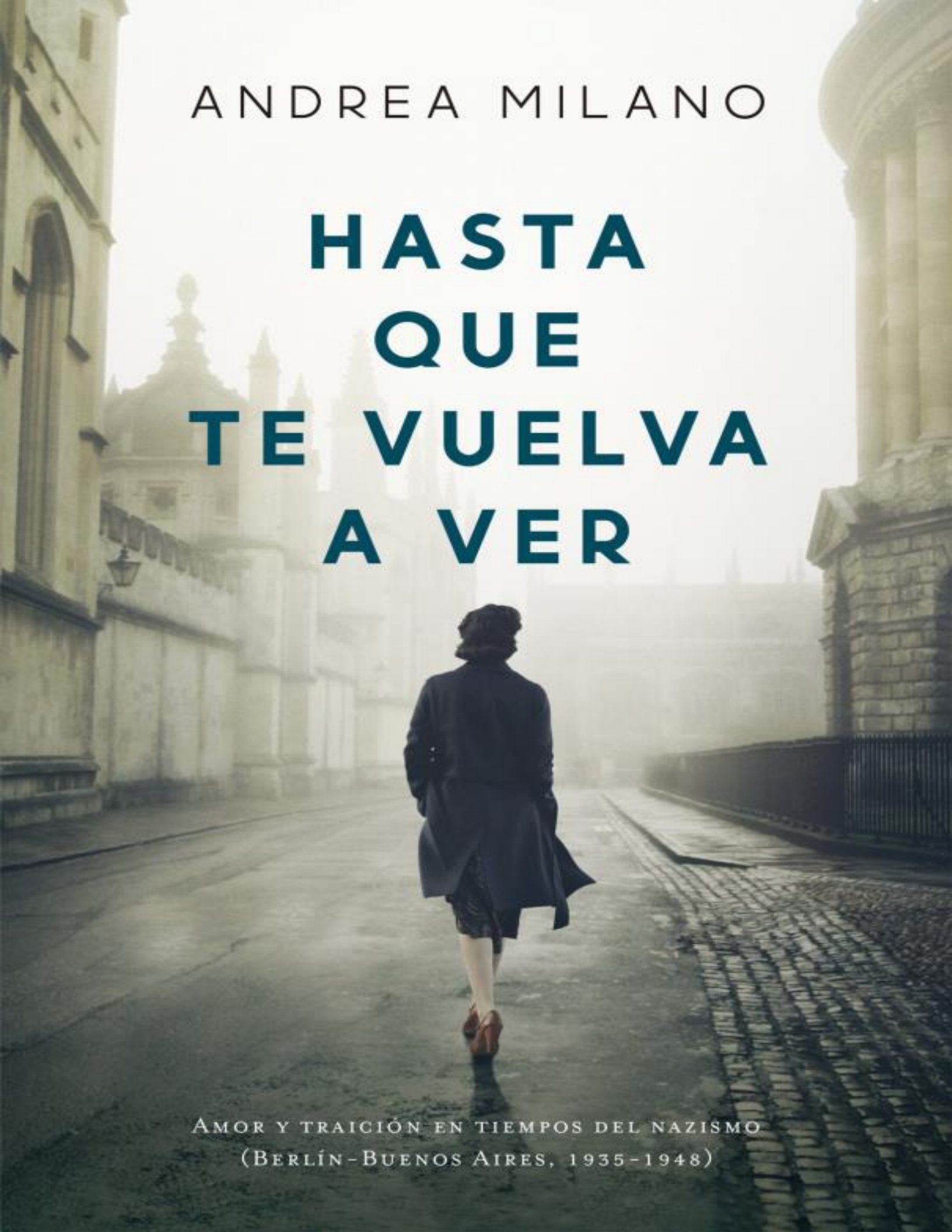
ANDREA MILANO

HASTA QUE TE VUELVA A VER



Amor y traición en tiempos del nazismo
(Berlín-Buenos Aires, 1935-1948)

ANDREA MILANO

Hasta que te vuelva a ver

Amor y traición en tiempos del nazismo (Berlín-Buenos Aires, 1935-1948)

Estábamos muertos y podíamos respirar.

PAUL CELAN, poeta rumano de origen judío

¿Cómo se llora a seis millones de muertos? ¿Cuántas velas se encienden? ¿Cuántas plegarias se oran? ¿Sabemos cómo recordar a las víctimas, su soledad, su impotencia? Nos dejaron sin dejar rastro, y nosotros somos ese rastro. Contamos estas historias porque sabemos que no escuchar ni desear saber lleva a la indiferencia, y la indiferencia nunca es una respuesta.

ELIE WIESEL, sobreviviente del Holocausto

TARDE TRÁGICA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, agosto de 1935.

Lo primero que hizo Santiago Navarro Soler al llegar a su casa fue desatarse el nudo de la corbata. Antes de cerrar la puerta saludó al guardia que vigilaba la propiedad y sus alrededores durante el turno diurno. Su padre, don Álvaro, vivía con el temor de que algún malhechor lo atacase a él o a algún miembro de su familia. La situación en el país era insostenible. Hacía menos de un mes que se había perpetrado un atentado en contra del santafesino Lisandro de la Torre en medio de una sesión en el Senado. El ministro de Agricultura, Luis Duhau, y el ministro de Hacienda, Federico Pinedo, habían sido acusados por De la Torre de hacer la vista gorda mientras el frigorífico Anglo, uno de los más importantes del país, cometía delitos de fraude y evasión de impuestos. Mientras el senador Lisandro de la Torre ponía al descubierto la red de corrupción que el gobierno de Justo y los ministros habían tejido alrededor del negocio de la carne, Duhau lo había empujado y el senador terminó en el suelo. En medio del tumulto y los gritos, se oyeron disparos. Enzo Bordabehere, senador electo por la provincia de Santa Fe y compañero de Lisandro de la Torre, había sido asesinado. Su agresor: un excomisario, quien trabajaba para el Partido Demócrata y era hombre de confianza del ministro de Agricultura. La muerte llevó a una comisión investigadora a firmar un tratado para regular el comercio de exportación de la carne; sobre todo, la verificación de los precios al mercado exterior. Álvaro Navarro Soler, uno de los principales exportadores de carne del país gracias a su cadena de frigoríficos bautizada con el nombre de NavaSol, apoyó sin ningún titubeo las nuevas normas, y rápidamente se ganó la antipatía de colegas que estaban en contra de ajustar los precios de venta. Muchos de ellos comenzaron a realizar movimientos fraudulentos. Durante el allanamiento del Norman Star, un carguero inglés, la comisión descubrió los libros contables que el frigorífico Anglo se negaba a mostrar, ocultos en cajas de *corned beef*.

Álvaro Navarro Soler, gracias al soplo de uno de los empleados del frigorífico, avisó al mismísimo Lisandro de la Torre, miembro de la comisión investigadora. La muerte de Bordabehere le hizo pensar en su propia seguridad, por eso tenía vigilada la mansión y el edificio en donde funcionaba su despacho.

Santiago intentaba olvidarse del asunto porque, según él, vivir con miedo no era vivir. Arrojó los libros de estudio en la mesita de arrime y torció la boca en un gesto de fastidio cuando uno de

los pesados armatostes de leyes casi voltea el jarrón de porcelana favorito de su hermana Rosario. Lo había conseguido a un muy buen precio con su anticuario de confianza y lo cuidaba como si estuviese bañado en oro. Con un rápido movimiento, alcanzó a evitar la catástrofe. Después de pasarse toda la tarde en la Facultad de Derecho, lo que menos deseaba era someterse a la retahíla de sermones que le tendría reservada su hermana mayor si rompía el dichoso jarrón. Se pasó la mano por el cabello y movió el cuello para aflojar la tensión. Estaba en el segundo año de Abogacía y la carrera se le estaba haciendo cuesta arriba. Pero al menos no era como algunos de sus compañeros, que habían elegido dedicarse al Derecho solo para complacer a sus padres. A él siempre le había interesado la carrera; sobre todo, la veía como un trampolín para saltar de lleno al mundo de la política. Su padre no estaba muy de acuerdo con sus aspiraciones, y le recordaba en todo momento que la vida de los políticos era muy complicada, sobre todo en un país como la Argentina. Don Álvaro Navarro Soler soñaba con que algún día él ocupase su lugar al frente de los negocios. Con Francisco, su hijo mayor, ni siquiera podía contar. Estaba seguro de que no tardaría ni una sola noche en dilapidar su fortuna en una mesa de juego o cerrando un mal negocio. Y Pedro, el benjamín de los Navarro Soler, había elegido un camino totalmente distinto al de sus hermanos.

Santiago se dispuso a subir a su habitación para darse un baño y descansar un rato antes de la cena. Había quedado en salir esa noche con unos amigos y necesitaba recuperar fuerzas para divertirse. Se detuvo al ver que la puerta del despacho de su padre estaba entreabierta. En el gramófono, sonaba un tango de Gardel. Desde su trágica muerte, ese mismo año en Colombia, en un accidente aéreo, sus discos siempre se escuchaban en la mansión. Pasaría a saludarlo, aunque imaginaba que no iba a aprobar que se fuera de juerga cuando al otro día debía madrugar para ir a la facultad.

Empujó la puerta y descubrió que el lugar se encontraba en penumbras. Una de las farolas que alumbraba el jardín echaba un poco de luz a través de la ventana. No era su padre quien estaba allí. Por encima del respaldo de la butaca, distinguió la cabeza de su hermano mayor. El brazo derecho colgaba hacia un lado. Un vaso vacío hacía equilibrio entre sus dedos. Un mal presentimiento lo exhortó a aproximarse al escritorio. Entonces vio la pistola.

—¡Francisco! ¡No lo hagas! —se detuvo abruptamente cuando su hermano se puso el arma en la sien.

—No te acerques, Santiago. No quiero manchar tu ropa con sangre.

Estaba borracho. De nuevo.

—¿Sabés que día es hoy?

Claro que lo sabía. Hacía doce años que su madre había muerto. Doce años desde esa fatídica tarde en la cual Francisco la encontró sumergida en la bañera, con las venas cortadas y el agua teñida de rojo. Una escena demasiado espantosa para un niño de apenas diez años. Esa tragedia, que había enlutado a los Navarro Soler, aún hoy, perturbaba a su hermano mayor. No importaba

el tiempo que hubiese transcurrido; para él, cada nuevo aniversario de la muerte de su madre lo llevaba de regreso a ese momento fatal. No era la primera vez que intentaba cometer una locura.

—Francisco, por favor, dame la pistola. —Le hablaba con calma, aunque con firmeza. Debía disuadirlo y evitar que los demás se dieran cuenta. Suponía que Rosario se encontraba en la casa; quizá encerrada en su atelier de pintura. Esperaba que Pedro no hubiese regresado del colegio todavía. Rogó para que su padre estuviese en su habitación, cumpliendo religiosamente con su rutina de dormir la siesta antes de dar un paseo por el jardín que rodeaba a la mansión.

El vaso que Francisco sostenía en su mano izquierda se estrelló contra el suelo. El ruido del vidrio al hacerse añicos se mezcló con la voz del Morocho del Abasto, que seguía inundando el despacho con su canto. Santiago miró hacia la puerta. La había dejado abierta. No pudo hacer nada cuando Rosario, seguida muy de cerca por Pedro, entró para ver qué estaba sucediendo. Su hermana corrió las cortinas para echar un poco más de luz al lugar y se quedó petrificada al ver cómo Francisco blandía la pistola de su padre a escasos centímetros de su cabeza. Miró a Santiago con un gesto suplicante mientras se sujetaba del brazo de Pedro porque se le habían aflojado las piernas.

—No pretendía hacer de este momento un espectáculo —se burló Francisco, moviendo el arma hacia abajo hasta apoyar el cañón en su cuello—. ¡Solo quiero que me dejen en paz! ¡Tengo derecho a elegir el día de mi muerte!

—Francisco, por favor, soltá esa pistola antes de que te lastimes —intervino Pedro sin soltar a su temblorosa hermana. De un manotazo apagó el gramófono.

El mayor de los varones de los Navarro Soler le dedicó una mirada despectiva.

—¿Acaso tenés miedo de que me vaya derechito al infierno, Pedrito? —Se echó a reír con fuerza. El arma se hundía cada vez más en su piel bañada en sudor—. ¿No se supone que tu Dios es omnipresente? ¿Dónde estaba esa tarde cuando mamá decidió cortarse las venas? ¿Por qué se la llevó tan pronto?

Pedro, quien siempre parecía tener la respuesta correcta cuando se trataba de hablar del Creador, permaneció mudo. Su vocación religiosa no tenía fisuras; amaba a Dios por sobre todas las cosas y había sentido el llamado de la fe a una edad muy temprana. Con tan solo quince años, su único deseo era servir al Señor. ¿Qué podría decirle a su hermano para acabar con su tormento? Él no se acordaba casi nada de lo que había ocurrido con su madre. Era muy pequeño y, para protegerlo, le habían ocultado la verdad durante mucho tiempo. No fue hasta muchos años después, cuando Francisco se lo gritó en la cara, que descubrió cómo había muerto en realidad.

—¡El futuro cura no sabe ni qué decir! —se jactó el mayor de los hijos varones de Álvaro Navarro Soler.

Aprovechando que Francisco le prestaba atención a Pedro, Santiago le hizo señas a sus hermanos de que continuasen distrayéndolo.

—Si bajás el arma, podemos hablar… —manifestó Rosario, haciendo un gran esfuerzo para mantenerse calmada. De reojo, observó cómo Santiago rodeaba el escritorio con sigilo sin que Francisco se percatara de sus movimientos.

—¡No quiero hablar! —replicó Francisco volteándose hacia ella.

Era ahora o nunca. Y Santiago lo sabía.

Ignorando las consecuencias de su temerario acto, se arrojó encima del cuerpo de su hermano mayor y colocó su mano alrededor de la suya para quitarle la pistola. Francisco reaccionó y quiso empujarlo. Le costó mucho moverse; el alcohol había menguado sus reflejos. Puso el dedo tembloroso en el gatillo con la clara intención de llevar a cabo su propósito, pero Santiago fue más rápido y terminaron ambos en el suelo. Francisco sí logró disparar el arma. Solo que la bala que estaba destinada para él, se desvió de su trayectoria, impactando en el cuerpo de Rosario. Ella se llevó ambas manos al vientre y en tan solo cuestión de segundos, la seda de su vestido se manchó de sangre. Pedro la recostó en el sofá y apretó con fuerza sobre la herida de bala para detener la hemorragia.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó el aspirante a sacerdote, con el rostro desencajado.

Sus hermanos tardaron en reaccionar. Ninguno de los dos fue capaz de asimilar lo que acababa de ocurrir delante de sus ojos. Francisco se hundió en la butaca al tiempo que negaba con la cabeza. Santiago, recostado contra el estante de los libros, contemplaba horrorizado la pistola que humeaba entre sus manos. En medio del forcejeo, no supo quién había apretado finalmente el gatillo.

Cuando don Álvaro entró al despacho y se enfrentó a semejante escena, ordenó de inmediato que trasladaran a Rosario a su habitación para esperar la llegada de la ambulancia. Aunque había perdido una cantidad importante de sangre, se mantenía consciente.

Francisco trató de ayudar, pero su padre le gritó que en su estado solo estorbaría. Humillado, salió al balcón cerrando la puerta con ímpetu. Nadie lo necesitaba, por lo tanto tampoco nadie se daría cuenta si esa noche no dormía en casa.

Santiago ni siquiera se inmutó cuando don Álvaro se apoderó de la pistola y la guardó en uno de los cajones del escritorio bajo llave.

—Ha sido un accidente… un terrible accidente —dijo, dándole unas palmaditas en el hombro.

Solo en el despacho, abrumado por el miedo de no saber qué podría ocurrirle a su querida Rosario, Santiago se arrodilló en el suelo y lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Ni siquiera cuando murió su madre había llorado tanto.

OSCUROS VIENTOS DE CAMBIO

Barrio de Wilmersdorf, Berlín, Alemania, octubre de 1935

La pequeña Isabela, inquieta como de costumbre, balanceaba sus piernas hacia atrás y hacia delante mientras que por encima de la taza de chocolate caliente observaba con atención todo lo que hacía su prima Madeline. Se llevaban exactamente cuatro años y cuatro meses, y eran inseparables. Ambas adoraban las tardes como aquellas en las que salían con sus respectivas madres a disfrutar de una suculenta y deliciosa merienda en el café Kranzler. Las primas no solo llevaban la misma sangre, la de los Eiserman, también compartían la pasión por la música. Isabela tomaba clases de canto y Madeline aprendía a tocar el violín. Eran alumnas destacadas en la Academia de Artes de Berlín y el orgullo de sus familias.

—Isabela, querida, ¿podrías dejar de moverte un poco? —le pidió Aina a su pequeña hija.

La niña se mordió el labio superior, miró de reojo a su prima y, como por arte de magia, se quedó quieta.

Débora Eiserman, la madre de Madeline, recompensó a su sobrina con una porción extra de tarta de ciruelas por su obediencia y bebió un sorbo de té con la elegancia que la caracterizaba. Sin que se diera cuenta, su hija la imitó, levantando levemente el dedo meñique e intercambiando una mirada cómplice con su prima. A Isabela le costó mantener la compostura que acababa de recobrar hacía apenas un instante, pero un movimiento inusual fuera del café atrajo la atención de todos los presentes en el lugar y sus graciosas muecas pasaron inadvertidas.

Poco a poco, una multitud se fue arremolinando en las veredas de vía Kurfürstendamm para enterarse de lo que estaba ocurriendo. Aina y Débora, intuyendo de qué se trataba todo aquello, intercambiaron miradas cargadas de angustia. Se rehusaron moverse a pesar de que las niñas, presas de la curiosidad, insistían en salir a la calle.

—¡Salgamos! —pidió Isabela, tironeando de la manga del vestido de su madre.

Aina Eiserman fue incapaz de moverse. Permaneció en silencio, rogando poder salir de allí sin llamar demasiado la atención. En ese momento pensó que merendar con las niñas fuera de casa había sido un error. Berlín ya no era una ciudad segura para ellos. Se lamentó de no haber escuchado las razones de su suegra ante el pedido de que no salieran. Debió haberse quedado en casa, ayudando a Samuel con las tareas de la escuela. Aunque el mundo ya no era el mismo, no deseaba que los vientos de cambio que soplaban desde la llegada de Hitler al poder ni siquiera

rozasen a su familia. Las meriendas en el café Kranzler después de las clases en la academia; los paseos por la plaza Rüdesheimer o las visitas a la sinagoga formaban parte de su rutina. Pero sospechaba que por más que se empeñase, ya no podría evitar que sus vidas cambiaran para siempre.

Madeline se ocupó de entretener a su prima llevándola hacia el rincón en donde se exhibían los dulces. Con sus once años de edad, la única hija de Otto y Débora Eiserman, sabía que algo muy malo estaba sucediendo a pocos metros de allí. Lo percibió en la mano temblorosa de su madre y los ojos vidriosos de su tía Aina. La gente que estaba en el café no tardó en sumarse al gentío. Una señora enfundada en un grueso abrigo de piel dejó la puerta abierta y el griterío se hizo cada vez más fuerte. En un descuido, Isabela había desaparecido. Cuando Madeline se dio media vuelta, la pequeña ya no estaba allí. Le avisó a su madre y a su tía y salieron a buscarla.

Isabela llegó hasta la vereda caminando justo detrás de la señora del abrigo de piel. Iba casi pegada a su voluminosa anatomía por temor a que alguien la empujase. Asomó la cabeza y entonces descubrió el origen de todo aquel extraño tumulto.

Lo primero que llamó su atención no fue el grupo de soldados que encabezaba la marcha. Ya se había acostumbrado a verlos deambular por las calles de Berlín cada vez que salía de su casa, camino a la escuela o a la Academia de Artes. Lo que realmente le causó impresión fue ver cómo tres hombres, que avanzaban con la cabeza gacha, sujetaban enormes carteles entre sus manos. Ella ya sabía leer; no tan bien como su prima Madeline que iba a quinto grado, pero podía juntar las letras sin mayor inconveniente y practicaba lo aprendido, enseñándole el abecedario a Samuel, su hermano menor. Se puso en puntas de pie; sin embargo, desde su posición no alcanzaba a ver qué decían aquellos carteles.

Uno de los soldados que pasó muy cerca de ella, la miró directamente a los ojos y Isabela se encogió hasta hacerse invisible detrás de la mujer del ostentoso abrigo de piel a la que había seguido. De repente, sintió que alguien la sujetaba del brazo y la empujaba hacia atrás. Trastabilló con el borde de una baldosa y estuvo a punto de terminar en el suelo. Su prima alcanzó a evitar la caída.

—¡Vamos! —le ordenó mientras le apretaba la mano con fuerza.

—¡Espera! —Isabela no quería perderse nada de lo que sucedía a su alrededor. No entendía por qué Madeline la quería sacar de allí. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Qué habrían hecho para que los obligasen a desfilar por las calles de Berlín delante de todo el mundo?

—¡No les compren a los judíos! ¡Compren en los negocios alemanes! —vociferaban los soldados de las SA que, a empellones, obligaban a los tres hombres, comerciantes judíos, a seguir avanzando por vía Kurfürstendamm mientras la gente los humillaba con sonoras carcajadas o miradas cargadas de desprecio.

Aprovechando el tumulto que se originó cuando uno de los comerciantes se negó a moverse, Débora y Aina tomaron a las niñas de la mano y zigzagueando entre las farolas del café berlinés

en donde servían el chocolate más delicioso de la ciudad, se escabulleron en medio de la multitud. Antes de llegar a la esquina, Isabela miró por encima de su hombro en el preciso instante en que el comerciante que se rehusaba a seguir caminando era golpeado en la cabeza con la culata de un revólver. No supo qué pasó después porque su madre la obligó a voltearse.

Atravesaron las calles céntricas de Berlín a toda prisa. Huir de ese despropósito era lo que guiaba cada uno de sus pasos. Pero la barbarie estaba por todas partes, pisándoles los talones y ya no era posible escapar. De camino a casa, pasaron por la sastrería familiar. La habían establecido los padres de las niñas en pleno barrio de Wilmersdorf, diez años atrás. Les resultó muy extraño que estuviese cerrada. Aina y su cuñada observaban la fachada del negocio con lágrimas en los ojos. Las niñas, tomadas de la mano, se miraron entre ellas.

Alguien había pintado una gran estrella de David amarilla y negra en la vidriera.

A un par de metros de allí, en la puerta principal, la palabra "judíos" en color blanco marcaba el comienzo de la pesadilla.

Parecía que el mundo se hubiese detenido allí, a tan solo escasos metros del centro de Berlín y frente al edificio en donde habían pasado tantos gratos momentos. La familia de Madeline poseía un departamento arriba de la sastrería y era en ese lugar en donde se reunían los Eiserman para celebrar cada semana el *sabbat*. Las niñas seguían sin poder soltarse. Mientras a su alrededor la gente avanzaba de prisa sin hacerles el menor caso, un silencio sepulcral fue envolviendo a esas cuatro siluetas que se negaban a moverse, temerosas de descubrir qué les aguardaba más allá de aquellos muros.

El trance en el que se habían sumido se rompió cuando Otto Eiserman se asomó por una de las dos ventanas que daba a la calle y les hizo señas de que podían subir. Fue Débora, su esposa, la que reaccionó primero. Abrazó a su hija contra su cuerpo y la mano de Isabela quedó suspendida en el aire cuando Madeline la soltó.

—Será mejor que suban —indicó Débora, temiendo por la seguridad de su cuñada y su sobrina si se marchaban en ese momento. Los disturbios frente al café Kranzler podían replicarse en otros puntos de la ciudad y no quería que corrieran ningún riesgo.

Aina asintió mientras le acariciaba la cabeza a su hija.

—Llamaremos a Eugen desde tu casa para que venga a buscarnos.

—Será lo mejor —concordó su cuñada mirando por encima de su hombro para asegurarse de que, al menos por el momento, se encontraban a salvo.

A medida que ascendían por las escaleras aguzaban el oído, atentas a cualquier movimiento extraño que delatase la presencia de aquellos que se empeñaban en perseguirlos. Débora y Aina depositaron un beso en la mezuza que colgaba del marco de la puerta y que contenía un verso de la Torá escrito a mano por la querida Zila, la matriarca de la familia. Apenas entraron a la vivienda, Débora y su hija fueron envueltas por los fuertes brazos de Otto Eiserman.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella después de separarse de su esposo. Le clavó sus ojos azules.

No quería mentiras. Ya no. Aunque no estaba del todo segura, sospechaba que si la tienda continuaba abierta era solo porque Otto y su hermano pagaban para evitar lo que, irremediablemente, acababa de ocurrir.

—Nos obligaron a cerrar el negocio —explicó. Le temblaba la voz y no dejaba de mirar hacia la ventana por la cual se había asomado hacía un par de minutos—. Eugen se marchó por la parte de atrás, gracias a la ayuda de la señora Fischer, que lo escondió en su despensa hasta que los soldados se fueron.

—¿Papá se escondió?

Aina, en el afán de proteger a su niña, le tapó las orejas. Pero Isabela se apartó con un movimiento brusco.

—Isabela, cariño, no es momento para uno de tus berrinches —dijo su madre, haciendo un gran esfuerzo para no perder la paciencia. La obligó a sentarse en el sofá y le agradeció a su cuñada cuando le ofreció unos caramelos.

Madeline se acomodó a su lado, fingiendo que hablaba con ella, pero en realidad estaba atenta a la conversación que sostenían los mayores. A veces envidiaba la inocencia de su prima; sobre todo en situaciones tan difíciles como las que acababan de atravesar. Isabela era ingenua, pero no tonta, y la crueldad que se cernía sobre ellos, por el simple hecho de rezar en una sinagoga, no tardaría en mostrarles su lado más feroz.

Mientras aguardaban a que Eugen viniese a buscarlas y después de que Débora se lo ordenase, las niñas se encerraron en la habitación de Madeline. Entre muñecas, libros y crayones de colores, el mundo de afuera parecía lejano.

—Madeline…

—¿Qué?

Las primas estaban tiradas sobre la alfombra, boca abajo y con las rodillas flexionadas, coloreando unos dibujos.

—¿Es malo ser judío?

Madeline hundió el crayón en el papel, quebrando la punta. No supo qué contestarle. La escena que habían presenciado frente al café Kranzler difícilmente se les olvidaría.

—No lo sé —fue lo único que se le ocurrió.

—Cuando venga papá, le preguntaré a él —resolvió Isabela mientras pintaba de azul oscuro un cielo salpicado de estrellas. De pronto, dejó el crayón a un lado y miró a su prima muy seria —. ¿De qué color son las estrellas?

—Son blancas —dijo Madeline, sospechando la razón de su inquietud. La estrella de David amarilla que habían pintado en la sastrería no era más que un símbolo de odio.

Isabela asintió sin pronunciar una sola palabra y continuó coloreando su dibujo, ajena a la expresión de tristeza que turbaba el semblante de su prima.

Cuando finalmente Eugen Eiserman llegó a la casa de su hermano, Isabela estaba tan cansada

que se quedó dormida en sus brazos. Ya iba anocheciendo y decidieron que lo mejor era salir por la puerta principal, sin llamar demasiado la atención. Después de intercambiar un par de opiniones sobre lo que harían con la sastrería al día siguiente, Eugen y su familia se marcharon.

El trayecto en auto les llevó más tiempo de lo habitual. Por pura precaución, Eugen tomó una ruta alternativa. Su esposa y su hija iban en la parte trasera. Isabela dormitaba ahora entre los brazos de su madre. Media hora después, cuando la dejó en su cama, la niña ni siquiera se despertó. Aina la besó en la frente y la arropó con sumo cuidado. Se dirigió a la cama de al lado en donde dormía Samuel y también le prodigó los mismos cuidados. Su hijo menor se había quedado con su suegra mientras Eugen iba por ellas a la casa de su hermano. Tenía dos años menos que Isabela y, aunque vivían peleándose, se adoraban. Al llegar a la puerta, se dio media vuelta y contempló a los niños una última vez antes de apagar la luz. Ignoraba lo que les depararía el destino de ahora en más; pero estaba dispuesta a hacer todo lo que fuese necesario para proteger a sus hijos.

LÍOS DE FALDAS

Buenos Aires, Argentina, abril de 1936

La muchacha, una rubia despampanante que atraía todas las miradas masculinas presentes esa tarde en la Confitería del Molino, no lograba llamar la atención de su acompañante. Ni el primer botón de la blusa abierto, ni el rojo carmín que resaltaba sus labios eran suficientes para que Santiago Navarro Soler apartase la mirada del diario para dedicarse a contemplarla. Se abanicó el rostro con una servilleta mientras dejaba escapar un sonoro suspiro cargado de fastidio. El calor agobiante que venía azotando a Buenos Aires durante las últimas semanas a pesar de que el calendario indicaba que ya se encontraban en otoño, solía poner a los porteños de mal humor. Y Teté González del Pino no era la excepción.

—No me has contestado, Santiago —lo increpó, alzando un poco la voz.

Santiago la miró. Había cierto atisbo de burla en sus ojos oscuros. Llevaba un buen rato preguntándose por qué razón se encontraba allí, compartiendo un café con una mujer que se empeñaba en un compromiso que él no estaba dispuesto a asumir. Teté le gustaba. Lo tenía todo, o casi todo. Belleza, fortuna, doble apellido y una disposición asombrosa a cumplir sus deseos más íntimos. Cuando otros hombres de su edad o de su misma posición social, con novias formales, se veían obligados a buscar placer en un burdel porque no se aguantaban hasta la noche de bodas, él tenía el lujo de llevarse a la cama, a la heredera de una de las familias más acaudaladas de la aristocracia porteña.

—No recuerdo cuál era la pregunta —retrucó él con una sonrisa burlona.

Teté no estaba dispuesta a seguirle el juego. Se acarició la muñeca con el dedo pulgar sin quitarle los ojos de encima.

—La semana que viene es la fiesta de cumpleaños de mi madre, y tanto ella como mi padre me han pedido encarecidamente que no se me olvidara invitarte. —Se acomodó la melena que caía sobre sus hombros en pesados bucles del color de la arena—. Sería un desaire de tu parte no asistir, querido.

Cuando se valía de ese término cariñoso y posesivo, significaba que no toleraría un “no” como respuesta. Sin embargo, se trataba del cumpleaños de su madre. Un evento social en donde él seguramente sería visto como el “novio de la nena”. Y así, se le haría cada vez más difícil escapar de sus garras. Disfrutar de la intimidad con Teté no implicaba dar un paso hacia una

relación más formal. Era evidente que ella no lo entendía de esa manera y quizá debía explicárselo antes de que fuese demasiado tarde. Para empezar, no iría a la dichosa fiesta. Argumentaría que debía estudiar para los exámenes finales y la caprichosa heredera no tendría nada que objetar. Estaba a punto de dejárselo en claro cuando la puerta de la confitería se abrió y Armando Quiroz, el prometido de su hermana Rosario, entró al lugar acompañado de una mujer. Él no se había percatado de su presencia. Cuando descubrió que elegía una de las mesas del rincón, la que estaba más apartada de las miradas indiscretas, intuyó que su intención y la de su amiga era pasar desapercibidos. Dejó el ejemplar de *La Razón* junto a la taza de café vacía y se dispuso a levantarse.

—¿Adónde vas? —Teté le tocó la mano.

—He visto a un compañero de la facultad. Iré a saludarlo —respondió de mala gana.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

Santiago no quería involucrar a Teté González del Pino en asuntos familiares; sin embargo, no se marcharía de El Molino sin antes hablar con Quiroz.

—Esperame acá. —No fue un pedido, sino una orden.

Teté no tuvo más remedio que obedecer. Lo siguió con la mirada hasta que se detuvo frente a una mesa, al fondo del local. Había una pareja sentada, pero desde allí, no alcanzaba a distinguir de quiénes se trataba. Decidió pasar al tocador para volver a pintarse los labios de carmín mientras esperaba su regreso.

*

Santiago, de espaldas a Armando Quiroz, carraspeó para anunciar su presencia.

Cuando el futuro esposo de su hermana se volteó y vio la lividez en su rostro, Santiago sospechó lo peor. Le lanzó una rápida mirada a la joven que estaba sentada frente a él. Era más joven que Rosario, y a juzgar por su apariencia, era evidente que no pertenecía a su mundo de carreras en el hipódromo de Palermo o veladas en el Club del Progreso. Era agraciada, pero algo anodina para su gusto.

—¡Armando, cuñado, qué sorpresa encontrarte por acá! —le dio una fuerte palmada en el hombro con toda la intención de incomodarlo.

Armando Quiroz le sonrió a su acompañante. Ella, roja como un tomate, se quedó callada. Acababa de ser descubierta en falta y parecía que saldría corriendo de la confitería en la primera oportunidad. Miró a su pareja. Era demasiado evidente que estaba al tanto de su situación.

—Lamento interrumpir, pero los vi entrar y sentí curiosidad. —Santiago le dio otro fuerte manotazo en la espalda—. ¿No vas a presentarme a la señorita?

La muchacha, asustada de tener que darle una explicación a aquel hombre, se levantó, tomó su bolso y sin abrir la boca, abandonó la confitería como alma que lleva el diablo.

Santiago ocupó su lugar y le lanzó una mirada asesina a su cuñado.

—Ahora que estamos solos, vas a contarme, sin omitir ningún detalle, qué significa todo esto.

Armando Quiroz, con la garganta reseca, se bebió toda el agua que había en su vaso.

—No es a vos a quien tengo que rendirle cuentas —se atajó—. Sé que debí contarle a Rosario que estaba viéndome con otra mujer, pero después de que rompimos, no creí que fuese necesario…

—¿Qué dijiste?

Permanecieron mirándose durante unos cuantos segundos en silencio.

—Tu hermana y yo decidimos romper nuestro compromiso de mutuo acuerdo —manifestó Quiroz, muy suelto de cuerpo.

El estupor transformó el rostro de Santiago. ¿Qué estaba diciendo ese imbécil?

—Eso no es cierto…

—Por tu reacción, es obvio que en tu familia aún no lo saben.

—¿Cuándo rompieron? —quiso saber.

—Hace poco más de un mes.

—¿Y ya te estás pavoneando por toda Buenos Aires con tu nueva conquista?

Quiroz no respondió a su comentario malintencionado porque en el fondo se sentía culpable de haber engañado a Rosario durante la última etapa de su compromiso. Sin dudas, romper con ella sin tener que revelarle que se estaba viendo con otra mujer, había sido un alivio.

—¿Por qué mi hermana no dijo nada? ¿Cuál fue la razón de que hayan cancelado el compromiso?

—No sé si debería contártelo, Santiago. Si Rosario se quedó callada tendrá sus razones.

—¡Pero nos íbamos a enterar de todos modos! —saltó, perdiendo la compostura.

—Está bien, te lo voy a decir —aceptó Armando Quiroz con la convicción de que tanto Rosario como él habían tomado la decisión correcta.

—Te escucho.

—Rosario me confesó que había ido a un especialista para que confirmase el diagnóstico que le había dado su doctor de cabecera. —Hizo una pausa antes de continuar. Sabía que lo que estaba a punto de contarle le sentaría muy mal—. El disparo que recibió en su vientre, provocó un daño irreparable. Tu hermana nunca podrá llevar adelante un embarazo. Era es la razón por la cual rompimos nuestro compromiso. Rosario me dejó libre para que encontrase a una mujer que sí pueda darme los hijos que tanto soñamos ella y yo.

Santiago ya no lo escuchaba. Tenía la mirada perdida y los ojos vidriosos.

La bala que salió de la pistola que él había manipulado para salvar la vida de Francisco, le había arrebatado a Rosario el sueño de convertirse en madre. Aturdido por una verdad tan dolorosa, caminó con los hombros caídos por los pasillos de la confitería hasta alcanzar la puerta.

El ajetreo vespertino y el aire bochornoso de la ciudad le pegaron de lleno en el rostro. Sin un rumbo determinado, se mezcló con la gente hasta perderse entre la multitud.

Cuando Teté González del Pino regresó a su mesa, con el maquillaje casi perfecto y oliendo a perfume francés, su adorado Santiago había desparecido.



EL ÁNGEL AZUL

Barrio de Wilmersdorf, Berlín, Alemania, septiembre de 1938

Eugen Eiserman se llevó el cigarro a la boca y expelió el humo con vehemencia. Aina le había prohibido fumar dentro de la casa y él hacía lo posible por no contradecirla, y así evitar una discusión. Sin embargo, estaba tan nervioso que poco le importaba un enfrentamiento con su esposa. Por enésima vez miró el reloj que colgaba de la pared del salón, solo para comprobar que apenas habían transcurrido un par de minutos desde la última vez que posara sus ojos en el viejo cucú que Aina heredara de su padre. Ella no se encontraba en la casa. Había salido a hacer unas compras de último momento y los niños aún no regresaban de la escuela. Otto no debía tardar en aparecer. Desde que los soldados de las SS boicotearan la sastrería, ellos continuaban con el negocio, vendiendo a escondidas las prendas que habían terminado de confeccionar y aquellas que permanecían acumuladas en el sótano. No solo para evitar que la humedad o las polillas las destruyeran, sino también para mantener a flote la economía de sus familias. El dinero escaseaba cada vez más, y tanto Otto como él habían decidido arriesgarse para no perderlo todo. Llevaban tres años en la clandestinidad, moviéndose en los suburbios y ofertando también su mercancía a la gente del barrio; sobre todo, a los buenos vecinos que no se fijaban ni en su apariencia ni en sus creencias. Arrojó el cigarrillo en el cesto de la basura y eliminó cualquier vestigio de humo con las manos.

—Aina no es tonta, hijo. Ya no debes fumar, te hace daño —lo reprendió su madre, apareciendo de repente en el salón. Se había levantado más temprano de lo habitual y se la veía bastante desmejorada.

Eugen se aproximó a ella y le dio un beso en la frente. Con casi ochenta años, y a pesar de la fragilidad de su apariencia, Zila Eiserman procuraba que todo estuviese en orden en la casa. Ayudaba a su nuera a preparar el almuerzo, le servía la merienda a sus nietos cuando volvían de la escuela y, si hacía falta, también sermoneaba a su único hijo.

—No es un hábito, mamá. Solo fumo cuando estoy ansioso —respondió, ayudándola a sentarse en su sillón favorito para que continuase con sus labores de punto. Estaba tejiendo unas manoplas para Isabela y una bufanda para Samuel.

—¿Estás esperando a tu hermano?

Eugen asintió. No tenía caso ocultárselo. Aunque tanto Otto como él habían decidido

mantener en secreto lo que estaban haciendo con la sastrería, resultó imposible moverse en la clandestinidad sin contar con el apoyo de los miembros de su familia. Los niños eran los únicos que habían quedado al margen de lo que ocurría. No solo para protegerlos en caso de que alguien los descubriese; Isabela era demasiado pequeña cuando todo empezó y no sabía cuándo quedarse callada.

—Debemos concretar una entrega en Prenzlauer Berg y se está haciendo tarde —manifestó, inquieto—. Otto sabe muy bien que hay que terminar antes de que anochezca para evadir a las patrullas.

Zila apartó un instante los ojos de su labor de punto y lo miró con severidad.

—No me gusta lo que están haciendo. Sé que la vida no ha sido nada fácil para nosotros desde que Hitler llegó al poder y que se nos cierran muchas puertas por el solo hecho de ser judíos, pero tengo miedo, Eugen. Si esos malditos soldados se enteran de que continúan vendiendo su mercancía a pesar de que la sastrería está cerrada, van a tomar represalias.

—Quédese tranquila, madre. En todo este tiempo nadie sospechó nada…

—No pueden confiar ni en su propia sombra, hijo. —Extendió el brazo hacia él—. Prométeme que no cometerán ninguna tontería. Si algo les ocurriese a ti o a tu hermano mayor, me moriría.

Eugen apretó su pequeña mano con suavidad. Con una sonrisa en los labios, le prometió que todo iba a estar bien. Como si el éxito de esa promesa dependiera solamente de él.

*

La Academia de Artes de Berlín, una de las instituciones educativas más antiguas de toda Europa, se enorgullecía de educar y formar a sus alumnos en diversas disciplinas artísticas. Funcionaba en un edificio de tres plantas conocido como palacio Arnim, en la plaza de París, y era el orgullo de la ciudad. Ni el prestigio de la academia ni el nivel de sus profesores, algunos de ellos verdaderos talentos de la música o de la interpretación, impidieron que, en el mes de febrero de 1933, apenas un mes después de que Hitler y sus huestes asumieran el control de Alemania, un grupo de cuarenta y un miembros de la institución educativa fuesen apartados de sus cargos por cuestiones antisemitas.

Ajenas a esos hechos tan arbitrarios que se sucedían cada vez más a menudo, Isabela y Madeline asistían a sus clases dos veces por semana. Isabela, con su voz angelical, estudiaba canto. Madeline, aficionada a los instrumentos de cuerda, se perfilaba como una virtuosa del violín.

Se encontraban en el pasillo que conducía a la salida cuando un grupo de niños se les acercó. Isabela conocía a uno de ellos. Se llamaba Johann y también estudiaba canto. Tenía un año más que ella, sin embargo Isabela le ganaba por varios centímetros en estatura.

—Isabela, vámonos —la instó su prima, dándole un empujoncito hacia adelante. Intuía que la intención de esos niños era amedrentarlas.

Johann abrió su morral y sacó una especie de tubo de papel. Cuando lo desenrolló, descubrieron que se trataba del póster de una película.

—¡*El ángel azul*! —exclamó Isabela. Le brillaban los ojos. Cuando intentó apoderarse de la imagen, Johann se lo impidió—. ¿Me dejas ver más de cerca? ¡Por favor, por favor!

El grupo de niños se echó a reír mientras Madeline apuraba a su prima para irse de allí cuanto antes.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para que te deje verlo más de cerca? —preguntó Johann jugando con los bordes del póster de la película que se había estrenado en el año 1930 y que los nazis prohibieron tres años más tarde.

Isabela no entendió a qué se refería hasta que el séquito de niños que acompañaban a Johann comenzó a vitorear *¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!*

Madeline, que sabía de la gran admiración que sentía Isabela por la actriz Marlene Dietrich desde que había visto su foto en una edición especial de la revista *Illustrierter Film-Kurier*, la creía capaz de cualquier cosa. Hasta de besar a ese imbécil que miraba a su prima con aire burlón.

—Si te doy dos besos, ¿me regalas el póster? —retrucó Isabela, pensando en lo bien que quedaría el cartel de *El ángel azul* en la pared de su habitación, justo encima de su cama.

—¡Isabela, no caigas en su juego! —le advirtió Madeline, tratando de hacerla entrar en razón antes de que fuese demasiado tarde.

Isabela, quien con casi diez años se sentía mayor, hizo oídos sordos al pedido de su prima.

—Está bien —aceptó Johann—. Dos besos… en la boca, y el póster es tuyo.

Isabela vaciló un instante. No le agradaba la idea de besar a Johann, mucho menos en la boca. Marlene Dietrich, en una actitud provocativa, con poca ropa, luciendo su dorada caballera, parecía sonreírle desde el papel. ¿Qué importaban dos breves besos cuando la recompensa era tan grande? Se acercó a Johann y puso ambas manos en los hombros del niño. Lo último que vio antes de cerrar los ojos, fue su cabello enrulado color zanahoria y las enormes pecas en sus mejillas. Frunció los labios y contuvo la respiración. Se inclinó hacia él y le dio un beso. Como tenía los ojos cerrados, terminó dándoselo casi en el mentón. El segundo fue más rápido y más certero. Isabela se limpió los labios con el dorso de la mano porque tenía la asquerosa sensación de que Johann había abierto la boca y se había encontrado con su húmeda lengua.

—¡Ha besado a una judía! —exclamaron al unísono los demás niños, echándose a reír a carcajadas.

—¡Johann le chupó la boca a una cerda judía! —se burló uno de sus amigos haciendo el ademán de que estaba a punto de vomitar.

Isabela trató de ignorar los agravios y las risotadas, fingir que no le importaban, pero cuando

le reclamó a Johann que le entregase su recompensa, tenía los ojos llorosos.

—¡Toma, judía! —Arrojó el cartel de *El ángel azul* al suelo y la miró de manera despectiva —. ¡Tus besos valen menos que este estúpido papel!

Las primas se quedaron viendo cómo Johann y sus compañeros se marchaban corriendo hacia la salida. Isabela se agachó y levantó el póster. Le alisó con los dedos la arruga que se había formado en uno de los bordes y aceptó el pañuelo que le ofreció Madeline para secarse las lágrimas. Recorrieron los pasillos de la Academia de Artes en silencio. Ninguna de las dos se imaginaba que esa sería la última vez.



EL SUEÑO DEL PADRE

Buenos Aires, Argentina, octubre de 1938

Cuando Santiago llegó a la oficina que su padre tenía en el centro de la ciudad, en plena Avenida de Mayo, a su secretaria se le iluminó el rostro. Lo saludó con una sonrisa en los labios y le comunicó que don Álvaro lo estaba esperando. Él le sonrió y enfiló hacia el despacho. A pesar de que no era necesario, dio tres golpes a la puerta y esperó a que lo autorizara a pasar.

—Hijo, sabés que no me gusta que toques antes de entrar. —Fue lo que dijo su padre antes de darle los buenos días—. Esta oficina algún día será tuya y ya es hora de que comiences a involucrarte un poco más en el negocio.

—Ya lo hago, padre —retrucó él, sentándose en el sofá de cuerina gris que ocupaba una de las paredes del despacho. Evocó las veces en las que, siendo un niño, se quedaba dormido allí mientras esperaba que su padre saliera de alguna reunión en el salón de al lado.

—No me refiero solo a los asuntos legales de los frigoríficos que gestionás mientras terminás la carrera. Sabés que tengo depositada en vos toda mi confianza. Sos el único que puede hacerse cargo de la empresa cuando yo ya no esté.

Santiago soltó un soplido.

—Don Mario Sanabria ha sido durante todos estos años su mano derecha. Nadie mejor que él conoce los tejes y manejes del negocio, padre. Debería considerar seriamente la posibilidad de que ocupe la dirección cuando usted lo disponga. —Si hubiese adivinado que lo había citado para recordarle una vez más lo que se esperaba de él en el futuro, no se habría molestado en acudir a su encuentro. Sus hermanos se habían librado de cualquier responsabilidad y le tocaba a él lidiar con las aspiraciones de su padre. Pedro, siguiendo su firme vocación religiosa, estudiaba Teología en el Seminario Inmaculada Concepción de Buenos Aires. Con Francisco, siempre errático y propenso a la vida ligera, directamente no se podía contar. Y por ende él, el más serio de los hijos de don Álvaro Navarro Soler, el futuro doctor en Leyes, era el candidato perfecto para ponerse al frente de la empresa familiar.

—No dudo de la capacidad de Mario para hacerse con las riendas del negocio; pero mi deseo es que la cadena de frigoríficos que he levantado con tanto esfuerzo, quede en manos de uno de mis hijos. ¿Acaso es pedir demasiado?

—Padre, no quiero discutir con usted sobre ese asunto otra vez —manifestó Santiago en un

tono conciliatorio—. ¿Quería verme para algo más?

Don Álvaro entendió, de mala gana, que era mejor cambiar el rumbo de la conversación. Él tampoco necesitaba enfrascarse en un altercado con el único hijo que, hasta el momento, no le había dado ningún disgusto. Rosario, de un día para otro y sin dar ninguna explicación valedera, había roto su compromiso de casi cinco años con un muchacho de buena familia como Armando Quiroz. Pedro, el más pequeño, había renunciado a todos los placeres de la vida para dedicarse de cuerpo y alma a Dios, y Francisco… ¡ay, Francisco! Él era lo opuesto a Pedro. Se la pasaba de fiesta en fiesta, o en el peor de los casos, de burdel en burdel, despilfarrando parte del dinero que había heredado de su madre y echando a perder su vida en noches de naipes, alcohol y mujeres de dudosa reputación. Sin embargo, él todo se lo perdonaba. El año que había pasado haciendo la conscripción no sirvió para templar su carácter. Después del terrible incidente en su casa, en donde había estado a punto de quitarse la vida y su hija Rosario terminase con una bala en su cuerpo, había decidido ser un poco más condescendiente con su hijo mayor; por eso, apañaba su comportamiento licencioso por temor a que volviese a cometer una locura. La terrible experiencia de ver a su madre muerta lo había marcado para siempre, y mientras él estuviese vivo haría hasta lo imposible para protegerlo, aunque eso implicase, muchas veces, hacer la vista gorda o cubrir sus deudas de juego para evitar que algún acreedor de pocas pulgas lo mandase a la cárcel.

—Está bien —manifestó don Álvaro, resignándose a posponer nuevamente sus pretensiones —. No voy a insistir… por ahora.

Santiago siguió cada uno de los movimientos de su padre mientras este se acercaba a la ventana con las manos en los bolsillos del pantalón y la frente arrugada por alguna preocupación. Le gustaba contemplar al vigilante de la garita de tránsito emplazada en la esquina de la Avenida de Mayo y la calle Piedras, mientras trataba de controlar el caos vehicular a esa hora de la tarde. Era uno de sus pasatiempos favoritos cuando lo ganaba la ansiedad. Los resabios de lo que había ocurrido en el Senado con el asesinato de Bordabehere todavía lo tenían inquieto. A pesar de la custodia que no lo dejaba ni a sol ni a sombra durante las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, su mayor temor seguía siendo terminar igual que el senador santafesino.

—¿Qué sucede, padre?

Álvaro Navarro Soler guardó silencio. Había un automóvil estacionado al otro lado de la calle. Llevaba allí desde temprano. ¿Lo estarían espiando? El guardaespaldas lo esperaba abajo para escoltarlo hasta la casa; sin embargo, cualquier detalle fuera de lo ordinario le ponía los nervios de punta. Miró a su hijo. Si a Santiago le incordiaba que no cejara en su propósito de que aceptara ocuparse de todo cuando él ya no estuviese, tampoco le caería bien lo que pensaba decirle.

—El otro día coincidí con González del Pino en el Jockey Club. Me comentó que estabas frecuentando a su hija Teté. ¿Va en serio la cosa? —preguntó, sin hacerse demasiadas ilusiones.

Ahora fue Santiago en que optó por quedarse callado. Era evidente que a su padre no solo le preocupaba a quién dejar en su lugar al frente de los negocios… también lo inquietaba el paso de los años y la ausencia de nietos. Y a él, esa responsabilidad le pesaba demasiado.

—Con Teté solo hemos salido un par de veces —respondió tajante.

—¿No hay ninguna posibilidad entonces de formalizar? —inquirió su padre, escrutándolo concienzudamente.

Santiago negó con la cabeza. Y con ese gesto severo, don Álvaro supo que su hijo, una vez más, daba por zanjado aquel asunto que siempre quedaba en suspenso entre ellos. Regresó al escritorio y se puso a acomodar unas carpetas. Luego llamó a su secretaria y le anunció a Santiago que tenía una reunión impostergable con el gerente de uno de los frigoríficos. Se despidieron con un abrazo hasta la cena de esa noche y al quedarse solo don Álvaro se dejó caer con pesadez en la butaca. La preocupación y las interminables jornadas de trabajo, empezaban a pasarle factura. Un ligero ardor en el pecho lo sorprendió de repente. Se aflojó el nudo de la corbata para respirar mejor. Cerró los ojos y rogó en silencio que esa extraña molestia que ya había padecido en ocasiones anteriores, se le pasara enseguida.

CHOCOLATE Y CARAMELO

Barrio de Wilmersdorf, Berlín, Alemania, noviembre de 1938

Isabela esperó hasta que su hermano saliera de la habitación y cerró la puerta con llave. Lo había convencido de hacer la tarea en la cocina con la excusa de acompañar a la abuela Zila. Samuel, quien sentía verdadera devoción por su adorada bobe, obedeció sin quejarse. Un mohín de tristeza ensombreció su rostro al ver el calendario que su hermano había colgado en la puerta del armario. Era jueves. Y a esa hora, tanto ella como Madeline debían estar en la Academia de Artes. Pero tras el incidente del beso con el tonto de Johann, ya no habían podido regresar a sus clases de canto y de violín. Al día siguiente de tan lamentable suceso que le permitió a ella ganarse el cartel de *El ángel azul*, el director había mandado a llamar a sus padres. Ella había oído la conversación que su madre y su abuela habían mantenido tras su regreso de la academia, y así se había enterado de que el señor Matthus, ese hombre desgarbado y de voz ridículamente aflautada les había "aconsejado" que lo mejor para la institución, y sobre todo para las niñas, era que buscasen otro sitio para ellas.

Por supuesto, esa orden disfrazada de sugerencia había echado por tierra sus sueños y los de su prima. Podían estudiar en otra academia, pero su padre había decidido que esperarían. ¿Qué debían esperar? Eso ni ella ni Madeline lo sabían. Perder las clases de canto y el constante pedido de su madre de que no saliera a la calle a menos que fuese realmente necesario, la tenían muy angustiada. Solo tenía permitido visitar a sus tíos, y debía hacerlo siempre en compañía de un adulto. Extrañaba mucho a su prima. Ya no se veían casi a diario porque tampoco asistían a la escuela. Sus padres hablaron con ella y con Samuel para explicarles que estudiarían en casa porque el edificio escolar se había incendiado. A Isabela le pareció muy extraño, porque ella misma veía cómo la niña de los vecinos, que iba a la misma escuela, pasaba cada tarde con su uniforme y su morral. Cuando se lo contó a su padre, él no hizo ningún comentario, dejándola con la incertidumbre.

Metió la mano debajo del colchón y sacó unas tijeras. Era la más afilada, la que usaba su bobe para las labores de costura. Se la había quitado esa mañana sin que ella ni su madre se dieran cuenta. Buscó su muñeca favorita, a la que había bautizado Marlene, y la dejó encima de la cama. La contempló un momento en silencio antes de pedirle perdón por lo que estaba a punto de hacer. Tomó las tijeras y con cuidado para no cortarse, empezó a arrancarle el pelo. Era rubio,

muy brillante y estaba trenzado en la parte de atrás. Logró recortarlo sin que se dañara demasiado y cuando acabó, sintiéndose culpable, ni siquiera quiso mirar a la pobre de Marlene, con su cabeza rapada. Desarmó la trenza y, con la improvisada peluca en la mano, se dirigió al tocador. Se paró frente al espejo y suspiró hondo. Isabela tenía el cabello corto, formado por bucles de un insípido color amarronado. Se lo acható un poco para poder colocar el pelo de su muñeca encima. Al principio le costó acomodarlo, pero con paciencia pudo hacerlo. Como la cabeza de Marlene era más pequeña que la suya, su cabellera continuaba asomándose por debajo de la peluca. Aun así, Isabela se quedó contenta con el resultado. Se dio media vuelta y clavó sus enormes ojos castaños en el póster de *El ángel azul* que había colgado en la cabecera de su cama. Ahora sí se parecía a su admirada Marlene Dietrich. Se atusó el pelo rubio y sonrió.

—¡Isabela, hija! ¿Por qué te has encerrado en la habitación? —le gritó su madre desde el otro lado de la puerta, moviendo con insistencia el picaporte para poder entrar.

Isabela se quitó la peluca y la escondió en la cesta en donde guardaban los juguetes. Le abrió a su madre, poniendo cara de inocente.

—Perdona, mame. No quería que Samuel me molestara.

A Aina no le sorprendió la explicación de su hija. Con casi diez años, Isabela renegaba cada vez más del hecho de tener que compartir la habitación con su hermano menor. De inmediato intuyó que le ocultaba algo. Conocía cada uno de sus gestos y cuando estaba en medio de alguna travesura, se le sonrojaban las orejas. Le bastó mirar a su alrededor para descubrir lo que ocurría. Sobre la cama, estaba Marlene. La miró a los ojos buscando una explicación.

—¿Qué has hecho con ella, Isabela? ¡Marlene es tu muñeca favorita!

Isabela estuvo a punto de decir que era su favorita, precisamente porque era la única con el pelo rubio, pero se quedó callada.

—Ven aquí. —Aina la asió de la mano y la condujo hasta el sillón que Samuel movía siempre junto a la ventana para poder leer con la luz del sol que se filtraba a través de los cristales. Se sentó y le hizo señas a su hija de que se acomodase sobre su regazo.

—No te enojes conmigo, mame —musitó Isabela, echando los brazos al cuello de su atribulada madre.

—¿Por qué lo has hecho? Estoy segura de que has tenido una razón muy poderosa para desfigurar a la pobre de Marlene de esa manera.

Por el rabillo del ojo, Isabela miró hacia la cama en donde había arrojado a la muñeca.

—No quise lastimarla —afirmó, frunciendo los labios. Ahora que volvía a verla, le daba una pena terrible lo que había provocado con su pequeña aventura. Ella había obtenido una cabellera dorada como la de la Dietrich, pero su adorada Marlene se había quedado calva y fea.

—¿Querías parecerte a ella? —inquirió Aina, señalando el póster de *El ángel azul*.

Isabela no contestó.

—Mame… ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, mi niña. Todas las que quieras. —La besó en la coronilla y la apretó un poco más contra su pecho.

—¿Por qué mi cabello es de un color tan triste y el de Madeline es dorado y brillante como el de Marlene? Mi prima sí se parece a ella… incluso, si la miras bien, nadie diría que es judía.

Aina se sintió abrumada por el planteo que acababa de hacerle su pequeña.

—Madeline es tan judía como tú y como yo, Isabela. Heredó el cabello dorado de su abuela, la madre de Débora. Yo he visto unas fotos de cuando era joven y tu prima es idéntica a ella. —La sujetó de la barbilla para que la mirase a los ojos—. Tú no tienes nada que envidiarle a Madeline, tampoco a Marlene Dietrich. —Le tocó los suaves bucles que le cubrían las orejas—. Tu cabello es muy especial, Isabela. Es del color del chocolate, con unas sutiles pinceladas de caramelo.

Isabela se rio. Nunca había pensado en su cabello de esa manera. Pensaba que el hecho de que fuese marrón, como el de la mayoría de sus pares, la había convertido en un blanco fácil de las burlas de sus compañeros. Pensó en Johann y su grupo de amigos. La habían llamado “cerda judía” Se limpió la boca con el dorso de la mano porque todavía le parecía sentir la humedad de sus labios sobre los suyos.

—Mame…

—¿Sí? —Aina la miró expectante. No sabía con qué le saldría a continuación.

—No le arranqué el pelo a mi muñeca solo para parecerme a Marlene —le confesó, entre sonoros hipidos—. Creí que si el tonto de Johann y sus tontos amigos me viesen con la peluca rubia ya no se atreverían a decir que soy una cerda judía. A Madeline, seguramente porque es rubia, no la llamaron de esa manera tan fea.

Aina le enjugó las lágrimas con la yema de sus dedos.

—Nadie tiene derecho a tratarte así, cariño. No dejes que el odio irracional de aquellos que solapan la violencia enturbie tu alegría. —Se le hizo un nudo en la garganta. No quería siquiera imaginarse por todas las humillaciones por las que seguramente habría atravesado su niña cuando ella no estuvo ahí para protegerla. Se preguntó hasta cuándo iba a poder hacerlo antes de que la maldad de quienes los trataban con tanto desprecio lograse alcanzarla. La acurrucó contra su pecho y mientras le cantaba una canción, se quedaron dormidas.

Un vocerío proveniente de la planta baja, las despertó. Sobresaltada, Aina alzó a su hija en brazos y la acostó en la cama.

—¡Quédate aquí! Le diré a tu hermano que venga a hacerte compañía.

—¿Qué pasa, mamá?

—No es nada, creo que ha llegado tu tío Otto.

El rostro somnoliento de Isabela se iluminó.

—¿Habrá venido Madeline con él?

—No lo sé. Si está aquí, subirá a verte.

Le tiró un beso y salió de la habitación cerrando la puerta.



LA VÍSPERA DEL HORROR

Barrio de Wilmersdorf, Berlín, Alemania, 9 de noviembre de 1938

Otto Eiserman llegó solo a la casa de su hermano. Por la expresión de zozobra en su rostro, supieron que no traía buenas noticias. Lo primero en lo que pensaron Eugen y su esposa, fue que habían descubierto que estaban vendiendo por debajo de la mesa la ropa que aún conservaban en la sastrería, y que los oficiales de policía de la Wehrmacht vendrían de un momento a otro a detenerlos. Pero Otto le dijo que, en ese aspecto, no tenían nada de qué preocuparse. Nadie los había delatado y el negocio seguía en pie; al menos por el momento.

—¿Qué ha sucedido entonces? —quiso saber Eugen, inquieto por la intempestiva aparición de su hermano mayor.

—Ha ocurrido algo terrible y no sé qué consecuencias tendrá para nosotros.

Tanto Aina como Eugen sabía que con ese *nosotros* se refería a ellos, los judíos. Los hermanos Eiserman se sentaron alrededor de la mesa familiar que ocupaba gran parte de la cocina mientras Aina ponía a calentar el agua para un té. La abuela Zila estaba dormitando en el salón y Samuel se había ido a reunir con su hermana en la habitación.

—Uno de nuestros clientes más asiduos, ya sabes, ese arquitecto austriaco que nos pidió confeccionar el traje de su boda, me ha contado lo que ocurrió hace unos días en la frontera con Polonia. Él estaba de viaje, visitando a sus suegros, y dice que se armó un gran revuelo por allí.

—La situación está cada vez peor —intervino Aina mientras sacaba las tazas de la alacena—. Isabela le destrozó la cabeza a su muñeca favorita para quedarse con su cabello rubio. Pensó que así nadie volvería a llamarla… cerda judía. —Las dos últimas palabras las pronunció con dolor y en voz queda.

Eugen golpeó la mesa con el puño cerrado. Le provocaba náuseas enterarse del episodio en el cual su pequeña había sido insultada por unos niños que, seguramente influenciados por sus padres, no tenían ni la menor idea de lo que ocurría a su alrededor. Miró a su hermano y lo instó a proseguir.

—Según contó el arquitecto, hace poco más de una semana un número importante de judíos de origen polaco fueron obligados a cruzar la frontera, pero Polonia se negó rotundamente a que entrasen.

Eugen y su esposa intercambiaban miradas cargadas de desconcierto.

—¿Qué pasó con esa pobre gente? —preguntó Aina, siguiendo su relato con suma atención.

—Muchos de ellos quedaron varados en medio de la nada, cerca de la ciudad de Zbaszyn. El asunto no terminó ahí —añadió, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad—. Entre la decena de miles de deportados, se encontraban los padres de un judío polaco de apenas diecisiete años que llevaba tiempo viviendo en Francia. Herschel Grynszpan es su nombre, y hace dos días le disparó a un diplomático de la embajada alemana en París, en represalia por lo que los nazis hicieron con sus padres y los demás judíos al expulsarlos de Alemania y dejarlos a su suerte en territorio polaco. Por supuesto, Hitler aprovechó para avivar el fervor antisemita, alegando que Grynszpan era parte de un grupo subversivo de judíos que planeaba ir en contra de los alemanes. El muchacho ni siquiera intentó huir y fue detenido.

—¿Y el diplomático logró salvarse? —Esta vez fue Eugen quien formuló la pregunta.

Otto negó con la cabeza.

—He oído la radio antes de venir hacia aquí. Goebbels, el ministro de Propaganda de Hitler, pronunció un discurso frente a los miembros del partido, instando a destruir nuestras casas, nuestros comercios y nuestras sinagogas. —Se secó el sudor de la frente—. Por eso he venido a advertirles que tengan cuidado. No salgan de la casa si no es realmente necesario. En el camino me he cruzado con varias tropas de *camisas pardas*… y ellos no son la única amenaza. También algunos civiles fueron copando las calles. Agitadores adeptos al régimen que encontraron la excusa perfecta para acometer contra nosotros.

Eugen apretó la mano de su mujer con fuerza. No hacía falta agregar nada más. El momento que tanto temían, había llegado. Despidieron a Otto entre abrazos, recomendaciones y lágrimas. Regresaron a la cocina, en donde el té se había enfriado. Aina se paró junto a la ventana para comprobar con sus propios ojos lo que su cuñado acababa de relatarles. Eugen se acercó a ella y cerró la cortina. Cualquier movimiento podía delatarlos. Mientras planeaban qué hacer a continuación para poner a salvo a su familia, no se percataron de que, ocultos entre las sombras del pasillo, Isabela y Samuel los estaban espiando. Llevaban un buen rato allí y habían oído todo lo que el tío Otto les había contado a sus padres. Isabela, asustada, abrazó a su hermano menor por la espalda. Él la miró por encima del hombro. No había entendido mucho de lo que se había hablado en la cocina, pero cuando vio que Isabela tenía lágrimas en los ojos, Samuel le acarició el cabello con ternura. Lograron escabullirse hacia su habitación antes de ser descubiertos.

*

Esa noche, nadie tenía apetito. La abuela Zila alegó un malestar estomacal y se retiró a descansar temprano. No habían querido angustiarla con las terribles novedades que hablaban de persecuciones y ataques a todo aquello que tuviese relación con su pueblo. Pero la anciana era demasiado perspicaz y supo de inmediato que la visita de su hijo Otto había causado estragos en

su familia. Se encerró en su habitación, ubicada en el ático de la vivienda, y allí se dedicó a orar.

Los niños también se rehusaron a cenar. Isabela sentía un nudo en la garganta que a veces hasta le impedía respirar. Buscaba en la mirada de su madre o los gestos de su padre alguna señal de que nada malo les sucedería. Sin embargo, solo percibió miedo y preocupación. Obedeció cuando Aina le ordenó que se ocupase de acostar a Samuel. Apenas entró en la habitación, descubrió que su madre le había echado llave a la puerta. Se quedó paralizada mientras su hermano se echaba de bruces sobre la alfombra para jugar con sus caballitos de madera. ¿Y si necesitaban usar el excusado? ¿Por qué los habían encerrado? La bola que le atravesaba la garganta pareció agigantarse en su interior. Se dejó caer en la cama, arrebujándose con el edredón cosido por su bobe, y sin saberlo, porque había de por medio una escalera y otra puerta cerrada, ella también se puso a rezar.

*

La mala noticia, el preludio del infierno, llegó a través de una llamada de teléfono. Eran las seis con veinte minutos del día jueves 10 de noviembre. Fue Eugen quien levantó el auricular. Al otro lado de la línea, una acongojada Débora le comunicó que la noche anterior, mientras se encontraban cenando, un grupo de manifestantes con la cara cubierta y palos en las manos, habían destrozado la sastrería.

—¿Dónde está mi hermano? —Pensó en Otto y su carácter reaccionario.

Se hizo un pesado silencio.

—¡Débora, habla!

—Otto se enfrentó a los agitadores, blandiendo una pistola. No estaba dispuesto a permitir que se salieron con la suya. Lo rodearon entre cuatro hombres y uno de ellos logró quitarle el arma. Lo machucaron a culatazos delante de nuestros ojos, Eugen… Nuestro Otto se desangró en los brazos de Madeline porque yo estaba petrificada de miedo.

—¿Qué estás queriendo decir? —Eugen sabía la respuesta, aun así, necesitaba oírla de los labios de su cuñada.

—Tu hermano está muerto, Eugen —manifestó tras un hondo suspiro lastimero—. Ahora mismo lo estoy viendo. Tiene la cabeza en el regazo de mi hija; ella le acaricia el rostro y se ha manchado las manos de sangre… la sangre de su padre.

—¡Salgo para allá de inmediato! —dijo antes de cortar. Dejó caer el auricular del teléfono y al darse media vuelta, se encontró con su esposa. Se abrazó a ella como un náufrago perdido en altamar y sollozó acurrucado en su pecho por la muerte de su único hermano.

Aina, que no encontraba palabras de consuelo para alivianar el dolor de Eugen, no dijo nada. Se limitó a llorar con él hasta que él la apartó y, mirándola fijamente a los ojos, le anunció:

—Tengo que ir allá y verlo. Necesito hacerlo.

—Iré contigo.

—¡De ninguna manera! Quiero que busques a los niños y se encierren en el ático con mi madre hasta que yo vuelva.

—¿Y si no regresas? —Aina lo sujetaba del cuello del sweater, rehusándose a dejarlo marchar.

—Volveré. Te lo prometo, mi vida.

El día todavía no había aclarado cuando Eugen abandonó su casa amparándose en la oscuridad de la madrugada berlinesa. Bajo la enorme visera de su gorra, observó cómo el barrio de Wilmersdorf se había convertido en una batalla campal. Se le estrujó el corazón cuando pasó frente a la sinagoga y la vio envuelta en llamas. Alcanzó a esconderse detrás de la columna de un edificio cuando una turba de jóvenes, con la esvástica pintada en la frente, dobló la esquina en su dirección. Esperó a que desaparecieran y se metió en un callejón que daba a la plaza Rüdesheimer. Desde allí hasta la casa de su hermano, solo había tres manzanas de distancia. Cuando finalmente divisó la propiedad, comprobó con sus propios ojos lo que le había descrito su cuñada a través del teléfono. Los cristales de la sastrería estaban desperdigados por el suelo. Habían destruido la pared y algunos de los maniquíes se retorcían entre los escombros. Manos, pies y cabezas se asomaban entre los cascotes de concreto. Entró por el patio de la vecina. Su casa estaba a oscuras y en silencio. ¿Dormirían o lo estarían espiando por la mirilla de la puerta? Siempre habían sido amables con él y su hermano, pero con los tiempos que corrían, no podían fiarse de nadie. Apresuró el paso, subiendo las escaleras con sigilo y besó la mezuza antes de entrar. Débora lo estaba esperando. Vestía un deshabillé arrugado y estaba descalza. Madeline se encontraba en el salón, sentada en el sofá, con las piernas apretadas contra su delgado cuerpo y llorando desconsolada.

—¿Dónde está?

—En la sastrería, detrás del mostrador. Lo dejaron allí tirado sin importarles si vivía o moría.

Eugen le dio un abrazo y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar con ella. Pasó junto a su sobrina. Madeline ni siquiera le prestó atención. Estaba con la mirada perdida y todavía tenía las manos manchadas de sangre. Quiso decirle algo, brindarle una caricia de consuelo, pero no fue capaz de hacerlo. Enfiló hacia el pasillo que llevaba a la sastrería y se detuvo en el acto al ver el cuerpo de su hermano. Tambaleándose se aproximó a él y se arrodilló a su lado. Tenía el rostro magullado. Le habían roto parte de la dentadura y quebrado la nariz. Le acomodó el flequillo, el mismo que solía peinarse hacia un costado para, según sus propias palabras, “explotar su perfil más agraciado”. Extrañaría sus bromas; pero, sobre todo, ese empeño que ponía siempre en enfrentarse a los problemas con una sonrisa y una frase ocurrente. Su querido Otto ya no estaría allí para regañarlo o para engrandecer su ego, felicitándolo con una fuerte palmada en la espalda por su buen tino en los negocios. Otto había sido víctima de un crimen de odio. Su muerte era demasiado injusta como para resignarse. Juntó las palmas de las manos en

señal de oración y oró por el alma de su hermano… Otto Eiserman, un hombre bueno que murió por la fe que profesaba.



EL ÚLTIMO DESEO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, junio de 1940

—¿Dónde carajo está Francisco? —despotricó Santiago, estrellando su puño contra el respaldo del sofá.

Rosario le suplicó que se calmase, que de nada le servía irritarse de esa manera. Muy cerca de allí, de pie junto a la ventana, Pedro estrujaba el crucifijo de bronce antiguo que había sido bendecido por el mismísimo Sumo Pontífice en su viaje a Roma, un año antes.

La tensión, sumada a la larga espera, estaba haciendo estragos entre los hermanos Navarro Soler. El doctor llevaba más de una hora encerrado en la habitación con su padre.

Don Álvaro había llegado del centro más temprano de lo habitual, aduciendo un cansancio inesperado. Cuando no se levantó de su siesta, Rosario lo fue a ver y lo encontró inconsciente, tirado frente a la puerta que conducía a la terraza. Con la ayuda de Santiago y Pedro lograron levantarlo y acostarlo en la cama. Como seguía sin reaccionar a pesar de las sales de amoníaco y de las suaves bofetadas que su hija le daba en el rostro en un vano intento de que abriera los ojos, decidieron llamar al doctor Miranda.

Nadie mencionó nada; sin embargo, y conociendo el miedo que tenía su padre de ser víctima de un atentado por su vinculación con el conflicto del sector comercial dedicado a la exportación de carnes, no querían hacer ninguna conjetura apresurada. Don Álvaro había llegado a la mansión acompañado de su guardaespaldas y al ser interrogado por Santiago, solo para descartar una posible emboscada, el hombre, parco en palabras, le informó que no había sucedido nada extraño entre el trayecto desde el centro porteño hasta el barrio de Belgrano. La explicación de quien velaba a diario por la seguridad de su padre le pareció convincente. Nada indicaba que su estado se debiera a un ataque.

Santiago observó por enésima vez su reloj. Luego comenzó a dar vueltas por el pasillo, como una fiera enjaulada. No saber lo que sucedía a pocos metros de allí y la ausencia de Francisco lo estaban sacando de quicio. ¿Y si su padre moría? Francisco se arrepentiría toda la vida de no haber estado a su lado.

—Iré a buscarlo —anunció de repente, mirando a sus hermanos.

—No creo que sea lo más conveniente —opinó Rosario, negando con la cabeza.

—Yo voy con vos —terció Pedro, abandonando la oración.

Santiago vaciló un instante antes de aceptar su ofrecimiento. Los sitios que solía frecuentar su hermano mayor no eran los más apropiados para un seminarista. Lo vio tan decidido que al final no pudo negarse. Se despidieron de Rosario dándole un abrazo y partieron en el Lincoln Zephyr de Santiago rumbo a los bajos fondos de la ciudad.

*

Tras recorrer varios burdeles y garitos en los barrios de Barracas y La Boca, sin éxito, Santiago sugirió ir al Chantecler, el famoso cabaret en donde transcurría la mayor parte de la movida porteña nocturna. Era temprano, pero sabía de buena fuente que Francisco solía llegar mucho antes de que el local abriera sus puertas porque era amigo de su dueña, la Ritana, conocida también en el ambiente como madame Jeannete. Le gustaba gastar su dinero en bebida y compañía femenina. Pero, sobre todo, disfrutar de la gran atracción de la noche: los juegos acuáticos que osadas y bellas muchachas desplegaban en la piscina climatizada que estaba ubicada en el fondo del local. No hizo falta pedirle a Pedro que permaneciera dentro del vehículo. El seminarista prefirió esperar. Tenía la intuición de que Francisco se encontraba allí y era mejor ahorrarse el espectáculo de sorprenderlo en alguna actividad *non sancta*.

Efectivamente, unos cuantos minutos después lo vio aferrado al hombro de su hermano, haciendo malabares con los pies para no caerse al suelo. Iba borracho como una cuba. Santiago abrió la puerta trasera del Lincoln Zephyr e, ignorando la jaqueca de Francisco, la cerró de un fuerte golpe. Mientras regresaban, el hijo mayor de don Álvaro Navarro Soler, desconociendo la razón que habían tenido sus hermanos para ir a buscarlo hasta allí, se recostó contra la puerta, arrebujándose con el cuello del saco que apestaba a alcohol y se puso a dormir la mona.

*

Al llegar a la mansión, lo primero que hicieron fue llevar a Francisco a su habitación y meterlo bajo el agua fría de la ducha. Se sacudió en estertores, tiritando y maldiciendo a sus hermanos, jurando que les haría pagar por lo que estaban haciendo. Le pidieron a una de las criadas que preparase café bien cargado y lo dejaron solo, mojado y furioso.

No había rastros de Rosario por ningún lado. Se dirigieron a la habitación de su padre y allí la encontraron, arrodillada junto a la cama, tomándolo de la mano.

—¿El doctor Miranda? —preguntó Santiago, angustiado con la escena que tenía delante de sus ojos. Su padre aún continuaba inconsciente.

—Acaba de marcharse.

—¿Qué ha dicho? —Santiago se acercó a su hermana mayor y le acarició el brazo.

—Es su corazón. Ha sufrido un ataque y no cree que pueda resistir mucho más. Ni siquiera

creyó necesario trasladarlo a la clínica —les explicó, con los ojos vidriosos—. ¿Pudieron encontrar a Fran?

—Sí —respondió Santiago, sin apartar la mirada del cuerpo inerte de su padre. Estaba cubierto hasta el pecho con las mantas y tenía la cabeza hundida en la almohada. Parecía tan vulnerable—. Está en su habitación, recuperándose de una borrachera.

Rosario no dijo nada, solo atinó a asentir.

—El doctor Miranda aseguró que despertará de un momento a otro y que cuando eso suceda, estemos a su lado. Es posible que ya no vuelva a abrir los ojos otra vez. —Se levantó y se arrojó a los brazos de Pedro, buscando consuelo en lo más cercano a Dios que poseía.

Santiago aprovechó para acercarse al lecho. La respiración de su padre era pausada. Trató de recordar algún episodio que hubiese anticipado lo que estaba ocurriendo; pero no le vino nada a la memoria. Siempre había sido un hombre fuerte y sano. Ni siquiera se había venido abajo cuando su esposa, a la que amaba con locura, se quitó la vida. Seguramente su cuerpo le habría advertido que algo andaba mal; sin embargo, don Álvaro Navarro Soler jamás lo había manifestado. Era como un viejo oso que prefería lamer sus heridas en solitario para no preocupar a sus hijos, que, según él, ya habían sufrido demasiado con la pérdida de su madre siendo tan pequeños. Y ahora se encontraba allí, esperando que la muerte viniera a buscarlo, mientras a su alrededor esos hijos a los que había intentado proteger del dolor hasta el final, no se resignaban a perderlo.

Todos se voltearon hacia la puerta cuando Francisco entró a la habitación. Parecía totalmente compuesto, incluso se aproximó a Rosario y le dio un beso en la mejilla. Sus tres hermanos, alrededor del lecho de muerte de su padre, lo contemplaron en silencio. No supieron cuánto tiempo pasó hasta que, por fin, don Álvaro abrió los ojos. Trató de esbozar una sonrisa al verlos allí a todos juntos. Su mirada, algo extraviada, se clavó en Santiago. Extendió el brazo hacia él, dándole a entender que se acercara un poco más.

—Quiero… quiero hablar con vos… a solas —anunció, haciendo un gran esfuerzo al hablar.

Santiago miró a sus hermanos. No hubo necesidad de decir nada. Salieron de la habitación con la incertidumbre de no saber si volverían a verlo con vida.

—No se fatigue, por favor. Me quedaré con usted todo el tiempo que desee. —Santiago se sentó en la cama y apoyó su mano sobre las piernas de su padre.

—Tengo que pedirte algo… hijo —balbuceó, con la respiración agitada.

—Padre, trate de descansar.

Álvaro Navarro Soler movió la cabeza, negándose a obedecer.

—Ya descansaré cuando me muera, hijo. Necesito que… que me hagas una promesa. No voy a exigirte que te ocupes del negocio porque… no… no tengo derecho a pedirte que abandones tu profesión para cumplir mi voluntad. —Hizo una pausa para tomar aire—. Lo único que quiero es que sientes cabeza y formes una familia. Pedro ya es casi sacerdote y Francisco… él es de los

que no se casan. Mi querida Rosario, después de romper su compromiso… le será difícil encontrar otro candidato que esté a su altura. En vos deposito todas mis esperanzas de perpetuar el apellido Navarro Soler.

Santiago no dijo nada. Se quedó mirándolo mientras la vida se le apagaba. Su hermano Pedro, futuro sacerdote, hubiese dicho que era un deber cristiano acatar el último deseo de un moribundo. No podía defraudar a su padre precisamente ahora. Le apretó la mano con fuerza y le prometió no solo que su apellido no moriría ni con él ni con sus hermanos, también le aseguró que tomaría las riendas del negocio en su ausencia. Cuando terminó de escuchar el juramento de su hijo, con una sonrisa en los labios, don Álvaro Navarro Soler descansó en paz.



LAS MEJORES AMIGAS DEL MUNDO

Barrio de Wilmersdorf, Berlín, Alemania, septiembre de 1940

La pequeña radio a transistores que Eugen había conseguido obtener en el mercado negro a cambio de un abrigado saco de paño, una de las pocas prendas que habían logrado rescatar del depósito de la sastrería, estaba encendida, con el volumen bajo para evitar que alguien desde la calle pudiese oírla. En el salón, Aina intentaba concentrarse en la lectura. La abuela Zila, con movimientos torpes, porque estaba perdiendo la visión del ojo derecho, zurcía unos calcetines para su nieto. La Kristallnacht, bautizada así por la destrucción masiva de negocios judíos y la gran cantidad de cristales rotos esparcidos por el suelo, le había arrancado de cuajo a su hijo mayor. Devastada, de tanto dolor y tantas lágrimas derramadas, ya no tenía deseos de vivir. Tras pasar casi dos semanas en cama, sin hablar y sin querer comer, fueron las palabras cariñosas de sus nietos las que la sacaron del caparazón de tristeza en el que se había encerrado. Ahora hablaba poco, y cuando a alguien se le escapaba el nombre de Otto, se quebraba. También sentía que las fuerzas volvían a abandonarla cuando su nieta Madeline la visitaba. Se abrazaban fuerte durante un largo rato y nadie se atrevía a romper ese lazo que las unía en el sufrimiento.

Frente a ella, su hijo menor releía el periódico. Eugen se conocía de memoria su contenido. Era de la semana anterior y lo obtenía gracias a la buena fe de uno de sus vecinos. Envuelto entre sus páginas, habían recibido una bolsa de harina para hornear pan y algunas patatas. Ellos apenas dejaban su casa, y cuando los víveres comenzaban a escasear, Eugen salía de noche, unos minutos después de que la caravana de camiones de los soldados de las SS hiciera su ronda nocturna. Aina vivía prácticamente encerrada, ganaba unos pocos centavos planchando ropa para la esposa del panadero. Le dejaba el fardo en la puerta trasera, con las monedas atadas con una cuerda y regresaba al otro día para retirarlo. Aina y la mujer se saludaban a través de la ventana, con un breve gesto de manos. Muchas veces, Eugen le recordaba que era peligroso no solo para ellos sino también para todo aquel que estuviese dispuesto a brindarles su ayuda. En algunas ocasiones, las personas que desobedecían las normas impuestas por el nuevo gobierno recibían el mismo castigo que los judíos. Aina no quería que nada le ocurriese a esa pobre mujer que ponía en riesgo su integridad física para que ella pudiese ganarse unos centavos a la semana. No era demasiado, pero lograban apañarse bastante si racionalizaban la comida, el agua y los medicamentos. Oraba todos los días para que ni su suegra ni los niños enfermasen.

Aina dejó el libro sobre su regazo y la abuela Zila abandonó un momento el zurcido para oír el comunicado que, a diario, se emitía en la radio. Desde hacía poco más de un año, después de que Hitler anunciara que las tropas alemanas solo se habían defendido, respondiendo con fuego al ataque de Polonia, se había impuesto un toque de queda a partir de las ocho de la noche para todos los judíos alemanes. La guerra había estallado y era cuestión de tiempo para que llegase a Berlín.

Todos dieron un respingo cuando llamaron a la puerta. Eugen les indicó que permanecieran calladas. Esperó hasta escuchar que golpeaban tres veces, hacían una pausa, y golpeaban una vez más. Esa era la señal que habían acordado con su hermano Otto y que ahora usaba su cuñada para advertir de su llegada.

—Es Débora —anunció y, tanto él como su madre y su esposa respiraron aliviadas, soltando el aire contenido en los pulmones.

Solo para asegurarse, Eugen espió por la mirilla. Efectivamente, allí estaban Débora y su sobrina. Se apresuró a abrirles, y antes de cerrar la puerta oteó hacia la calle solo para comprobar que nadie las hubiese visto. Llevaban sin verse más de una semana. Trataban de reunirse para cada *sabbat* y mantener las tradiciones intactas a pesar de todo. Ni siquiera la muerte de Otto había roto la devoción de celebrarlo cada viernes. Por eso les pareció muy extraño que se presentaran un martes, sin avisar y a esa hora de la noche. Eugen apagó la radio y la escondió debajo del sillón, cubriéndola con la tela de volados que lo adornaba en la parte inferior.

Madeline preguntó por su prima Isabela y cuando su tía Aina le dijo que estaba en su habitación, hacia allí se dirigió tras saludar a su abuela con un sonoro beso en la mejilla. Ya sabía lo que estaba a punto de suceder y ella no tenía ganas de volver a pasar por lo mismo. Atravesó el pasillo a paso firme y antes de llamar a la puerta echó un vistazo al salón. De cierto modo, envidiaba la capacidad que tenía su madre para enterrar el pasado y mirar hacia adelante. Ella no podía olvidar lo que había sucedido durante La Noche de los Cristales Rotos. Y estaba segura de que nunca conseguiría arrancarse esa angustia del pecho.

Entró en la habitación de su prima y la sorprendió con su álbum de fotos de Marlene Dietrich. Sus ojos claros se posaron en el póster de *El ángel azul* que Isabela había colgado en la cabecera de su cama. Le dolía recordar la humillación por la que habían pasado por causa del dichoso cartel. No comprendía cómo su prima no sentía deseos de llorar cada vez que lo veía.

—Hola, Madeline, ¿cómo estás? —No se movió de su sitio. La miró de soslayo mientras seguía acomodando unas fotografías.

Madeline se acercó, espió por encima de su hombro y respiró hondo. Con ese gesto atrajo por fin la atención de Isabela.

—¿Qué pasa? Hoy no es el *sabbat*. ¿Por qué has venido? —Isabela se dio media vuelta y percibió que algo le ocurría a su prima. Aunque desde la muerte de su padre ya no era la misma, esa noche estaba más rara de lo habitual.

—Mi madre tiene un importante anuncio que hacer a la familia —le soltó, sentándose en la cama con los brazos cruzados en el pecho.

—¿Un anuncio importante? —retrucó Isabela, frunciendo el ceño.

Madeline asintió, pero permaneció en silencio, aumentando la curiosidad en su prima.

Isabela aguardó hasta que ella se decidiera a hablar. Durante los últimos meses se había vuelto taciturna y algo distante. Extrañaba a su prima risueña; la que acompañaba sus interpretaciones vocales con el violín o la que le prestaba su ropa para lucir más mayor.

—Mi madre va a casarse de nuevo —le soltó de repente.

La novedad dejó a Isabela muda y con la boca abierta.

—Todavía no hace un año de la muerte de mi padre y otro hombre pretende ocupar su lugar.

Isabela cerró el álbum de fotos, metió la silla debajo del escritorio y se sentó a su lado.

—¿Lo conoces? ¿Sabes quién es?

—Se llama Teodoro Schneider y es argentino.

—¿Argentino? —Isabela no terminaba de sorprenderse. Trajo a su memoria el gran atlas que el señor Schröder, su profesor de Geografía, había colgado junto al pizarrón. Si no recordaba mal, Argentina se encontraba en América, bien al sur, cerquita de la Antártida—. ¿Vino de tan lejos?

—Lleva viviendo en Alemania algunos años y trabaja en el consulado. Mi madre lo conoció de casualidad. Coincidieron en una reunión. Alguien los presentó y desde entonces, ese hombre no la ha dejado en paz. Cuando le pidió que se casara con él, ella aceptó de inmediato… y eso no es lo peor —añadió, bajando la mirada.

—¿Hay algo peor todavía? —Isabela no daba crédito a lo que estaba oyendo. Sabía que el amor era algo que podía ocurrir de pronto, como en la novela romántica que había leído a escondidas de su madre y que encontrara en el cesto de basura de la tendera que vivía en la esquina de su casa.

—No conozco a fondo los detalles porque mi madre no ha querido contarme demasiado, pero después de la boda nos iremos de Berlín.

—¿Te vas a vivir al campo? ¿A otra ciudad?

Madeline negó con la cabeza.

—Saldremos de Alemania y cruzaremos el océano. Nos vamos a vivir a la Argentina.

*

—No espero que comprendan la decisión que he tomado —manifestó Débora, mirando de hito en hito a su familia. Percibió asombro en el semblante de Aina, un atisbo de enojo en los ojos de su cuñado y lágrimas en las mejillas de su suegra—. Teodoro Schneider nos ofrece a mi hija y a mí la posibilidad de comenzar una vida nueva lejos de este caos. Lo hago por Madeline… ella

aún vive atormentada por lo que le sucedió a Otto y estoy segura de que un cambio de aire le sentará muy bien.

—¿Lo quieres? —interrogó Aina, dejando de lado la sorpresa.

—No estoy enamorada de él si es lo que quieren saber. Siento aprecio y lo respeto. Teodoro sabe que sigo amando a Otto. Aun así, me ha pedido que me case con él. Yo acepté pensando solo en el bienestar de mi hija.

Aina no podía condenarla por el paso que estaba a punto de dar. Ella quizá habría hecho lo mismo si se hubiese encontrado en su situación. No tenían derecho a juzgarla. Acarició la mano de Eugen. El enojo que había expresado hacía unos instantes fue desapareciendo. La abuela Zila esbozó una sonrisa comprensiva.

—No es judío, ¿verdad? —comentó la anciana.

Débora les contó quién era su futuro esposo y a qué se dedicaba.

—Su puesto dentro del consulado le permite moverse por terrenos en donde la burocracia es ama y señora; sobre todo en estos tiempos tan revueltos. Pidió el traslado a Buenos Aires después de que aceptase su propuesta de matrimonio; solo tardaron una semana en concedérselo. También tiene importantes contactos en la Oficina de Inmigración. Consiguió documentos falsos para Madeline y para mí. Una de sus fuentes más confiables, que trabaja en la Gestapo, le aseguró que están deteniendo a todos los judíos que intentan abandonar el país. Mi matrimonio será el salvoconducto que nos permita salir de Alemania. Me gustaría que pudieran irse con nosotros…

Eugen y Aina intercambiaron miradas. ¿Dejar su hogar y empezar de cero en otro país? La oferta era tentadora; sin embargo, ellos no contaban con documentación falsa que ocultase su origen y no podían arriesgarse a ser detenidos en la frontera y que fuesen separados para siempre. No había necesidad de tomar ninguna decisión. Su familia permanecería unida hasta el final de aquella pesadilla. Era un sinvivir estar siempre pendiente de quién rondaba su calle o llegar a casa a tiempo para no violar el toque de queda. Pero al menos permanecían juntos.

Felicitaron a Débora por su valentía. Nadie de los allí presentes dudaba de que lo estaba haciendo solamente por proteger a su única hija. Antes de que se lo preguntasen, Débora les comunicó que el enlace matrimonial se oficiaría en una oficina del centro. Para no comprometerla en su fe, sería solo por civil. Tenían planeado partir dos días después. Viajarían en tren hasta Francia y de allí subirían a un barco que los llevaría a su destino final: la ciudad de Buenos Aires.

*

La sencilla ceremonia en la cual Débora Eiserman y Teodoro Schneider contrajeron matrimonio se realizó una mañana tibia y lluviosa de septiembre. El juez, conocedor de la situación que

rodeaba a la pareja, se apresuró en su discurso por temor a que alguien irrumpiese en su despacho con la intención de detenerlos. Eugen y Aina, oficiaron de testigos. La abuela Zila y los niños esperaban en la casa, en donde celebrarían el acontecimiento con un discreto ágape que serviría también como fiesta de despedida.

Madeline no había querido asistir a la boda. Todavía no le perdonaba a su madre lo que estaba haciendo. Según ella, casarse con otro hombre era traicionar el recuerdo de su padre. Se había negado a participar en la fiesta y tampoco quiso colaborar para que todo estuviese listo para recibir a los recién casados. Ni siquiera las palabras de cariño prodigadas por su bobe ni los intentos de Isabela para animarla habían conseguido que se sintiera mejor. Rechazó el abrazo cariñoso de su madre al llegar y no respondió al saludo de su flamante padrastro. Estuvo todo el tiempo con cara larga y no probó bocado. Isabela la observaba atentamente mientras trataba de enterarse cuáles eran los planes de su tía. Saber que en apenas dos días tendría que separarse de Madeline le provocó un nudo en la garganta y dejó el hamantash por la mitad. El crocante pastelito de tres puntas relleno con frutos secos era su dulce favorito, pero ella también había perdido el apetito. La siguió con la mirada cuando su prima abandonó la mesa para acercarse a la ventana que daba al patio trasero. Su madre le hizo señas de que fuese con ella; en esos momentos Madeline la necesitaba más que nunca, aunque no lo reconociera.

Isabela se puso de pie y se acomodó unos pliegues del vestido. Era el más vistoso de su armario y había insistido tanto en ponérselo, que ni su madre ni su bobe se atrevieron a contradecirla. Eran tan pocas las ocasiones en las que podía lucirlo, que hubiese sido un sacrilegio negarle ese capricho. Se aproximó a Madeline con una sonrisa en los labios. Estaba triste por su partida, pero no quería demostrárselo.

—He buscado a la Argentina en un mapa —le dijo mientras se enroscaba entre los dedos el lazo de seda que adornaba la cintura de su vestido—. Parece un país muy grande, con mucho verde y muchas tierras.

Madeline se quedó callada. Estaba mirando fijo hacia afuera, como si esperara que algo sucediera de un momento a otro. No había nada interesante en el patio, tan solo un montón de leña apilada contra una pared y el jardín de flores algo mustias que su bobe ya no podía cuidar.

—Aunque ya no nos veamos, podemos escribirnos —comentó Isabela, tratando de captar su atención.

—No será lo mismo —respondió por fin Madeline, saliendo de su mutismo.

—Lo sé, pero al menos mantendremos el contacto hasta que volvamos a vernos —manifestó la más pequeña, ilusionada con la posibilidad de intercambiar cartas con su prima que se iba a vivir al otro lado del mundo.

—Tendré que escribir yo primero.

Isabela arrugó la frente.

—¿Y eso por qué? —quiso saber.

—Porque yo ya conozco cuál es tu dirección, mientras que tú ignoras la de mi casa, allá en Buenos Aires. Ni siquiera yo la sé —argumentó, encogiéndose de hombros.

Isabela asintió. Su prima tenía razón.

—¿Me prometes entonces que lo primero que harás cuando llegues a ese país tan grande y lejano será escribirme?

Madeline sonrió por primera vez en muchos días. Había lágrimas de tristeza en sus ojos, pero también brillaban de esperanza. Estaba segura de que las cartas de Isabela mantendrían el lazo que la unía a sus raíces. Podía atravesar todo un océano y alejarse de sus seres más queridos; sin embargo, se llevaba la promesa de que Isabela y ella nunca dejarían de comunicarse. No sería sencillo a causa de la guerra. Las misivas seguramente tardarían más de lo habitual en llegar a su destino; quizá se perdieran en el camino, pero seguirían juntas a pesar de la distancia.

Las primas, visiblemente emocionadas, se dieron un largo abrazo. Cuando se separaron, enlazaron sus dedos meñiques con fuerza y juraron que, aunque el mundo se derrumbase allí afuera, ellas siempre serían primas y las mejores amigas del mundo.

LETRAS DESDE EL OTRO LADO DEL MAR

Barrio de Wilmersdorf, Berlín, Alemania, febrero de 1942

El frío se colaba por los resquicios de la ventana y la estufa del salón, no alcanzaba para calentar todos los ambientes de la casa. Por esa razón, durante el invierno la abuela Zila dormía en la habitación con los niños. Isabela metió las manos en los bolsillos de su abrigo. Debían ponerse todo lo que encontrasen para no congelarse. A Aina le resultaba cada vez más complicado racionar las infusiones. Podían prescindir de la carne, incluso del pan, pero un té o un chocolate caliente era la única manera de mantenerse en pie durante buena parte de la jornada. El gobierno de Hitler había dispuesto que los judíos que transitaran en la vía pública, sin excepción, debían portar encima un distintivo para poder identificarlos. La estrella de David amarilla, bordada en el lado izquierdo del pecho era obligatoria. Todos los judíos mayores de seis años de edad debían llevarla cosida a la ropa. Isabela había intentado arrancársela en varias ocasiones porque le recordaba esa tarde en la que alguien había pintado la misma estrella en la fachada de la sastrería. Cuando salía a la calle —cada vez lo hacía con menos frecuencia— intentaba cubrirla con su bufanda, pero recibía una reprimenda de su madre y se quedaba callada, con los labios fruncidos en señal de fastidio. Con trece años recién cumplidos, Isabela comenzaba a rebelarse en contra de las normas; no solo las que imponía el régimen nazi, sino también las que regían en su propio hogar. No podía asomarse a la ventana durante el día, ni jugar en la vereda. Tenía prohibido salir sola, y cuando se le permitía hacerlo, debía quedarse en silencio y no llamar demasiado la atención. Se levantaba muy temprano, se encargaba de vestir y peinar a su hermano menor para luego ayudar en la cocina con la elaboración del desayuno. Cuando la enviaban al sótano para buscar un poco de harina de la última bolsa que les quedaba, aprovechaba para espiar hacia la calle por la pequeña claraboya que su padre había clausurado durante el verano. Desde allí abajo observaba el pedacito de mundo que seguía girando a su alrededor. Las pocas horas de alegría que disfrutaba en el día las pasaba acompañando a su bobe, dándole lecciones de matemática a Samuel, ordenando y desordenando para volver a ordenar las fotos de Marlene Dietrich y leyendo por enésima vez la única carta que había recibido de su prima Madeline desde que se marchara de Alemania.

Un jueves por la mañana el cartero la deslizó por debajo de la puerta. Ella se encontraba en la habitación y casi se tropieza con el borde de la alfombra cuando su madre le gritó desde la planta

baja que había una carta de la Argentina para ella.

Lo primero que hizo al tenerla entre sus manos fue deslizar los dedos por el sobre. El papel, grueso y de color blanco con unos cuantos matasellos en su esquina superior derecha, estaba bastante arrugado. Lo atribuyó a que venía desde muy lejos, del otro lado del mar. Miró la fecha. Había sido enviada hacía cuatro meses. Cuando la dio vuelta y se topó con el nombre del remitente, se llevó una sorpresa. Allí no decía Madeline Eiserman. El nombre que estaba escrito en tinta azul, era el de Magdalena Schneider. Contrariada, alzó la cabeza y observó a su madre.

—Así se llama ahora tu prima —le explicó ella, adivinando la razón de su inquietud.

Isabela podía llegar a entender que ahora llevase el apellido del esposo de su madre; sin embargo… ¿por qué cambiarse también el nombre? Leyó la parte del texto en donde venía la dirección. Su prima vivía en un lugar llamado Barrio Norte. Recorrió esas cuatro líneas tantas veces antes de abrir el sobre que al final del día se conocía la dirección de memoria. Hasta la caligrafía de Madeline había sufrido cambios. Ya no escribía ladeando las letras hacia la izquierda, y por un instante Isabela llegó a pensar que no había sido ella la autora de esas palabras. Esa extraña percepción fue desapareciendo a medida que leía la carta.

Buenos Aires, 18 de octubre de 1941

Mi querida Isabela,

Espero que cuando recibas esta misiva te encuentres muy bien.
No he podido escribir antes y te pido disculpas. Desde que llegamos a este país, apenas he tenido tiempo para sentarme a dedicarte unas letras; además el servicio postal a Europa está reducido y las cartas tardan más de lo habitual. El señor Schneider está preocupado porque teme que lo que sucede allí pueda terminar afectándonos a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia. Yo no entiendo demasiado, y cuando pregunto para saber, mamá y él se quedan callados. Según lo que pude oír sin que ellos se dieran cuenta es que hay fuertes rumores de que el partido nazi tiene adeptos también aquí, en la Argentina y todos los ojos están puestos en la Embajada de Alemania y en el consulado. Pero mejor te cuento sobre Buenos Aires. Es una ciudad enorme y ruidosa, de edificios altísimos con cúpulas que parecen llegar hasta el cielo. No se parece demasiado a Berlín. El esposo de mamá dice que los porteños, así se le llama a la gente que vive aquí, aseguran que Buenos Aires es como París. Yo no puedo dar fe de ello porque, aunque hemos estado un par de días en Francia, no pasamos por la capital. Teodoro nos prometió que cuando la guerra en Europa acabe, nos llevará para que podamos comprobarlo con nuestros propios ojos. Es un hombre ocupado; está todo el día en el Consulado, y mamá y yo aprovechamos a dar cortos paseos alrededor del barrio para no perdernos. Cuando se lo contamos, dispuso que el

chofer nos llevase adonde quisiéramos. Así, hemos llegado hasta el centro de la ciudad. Vimos el Obelisco, un monolito de muchos metros de altura, emplazado en medio de la avenida 9 de Julio. El chofer, que se llama Braulio, nos contó que es la calle más ancha del mundo y durante el mes de noviembre, en plena primavera, los jacarandás la colorean de violeta. Es una estampa maravillosa, querida prima. Ojalá algún día puedas verla con tus propios ojos. ¿Sabes qué haré? Le pediré a Teodoro que me compre una cámara de fotos y te enviaré algunas imágenes para que la cuelgues en la pared de tu habitación.

Me ha costado acostumbrarme a este lugar. Aquí se habla español y no fue sencillo entender y hacer que la gente nos entendiera. En la casa donde vivimos, además del chofer, hay dos criadas, una cocinera, un jardinero y un ama de llaves. La única que sabe hablar algo de alemán es Gertrudis, la cocinera, ya que antes de servir al señor Schneider trabajaba en la embajada alemana. Un profesor de español viene tres veces por semana a darnos clases a mi madre y a mí. Es un poco extraño, pero se ganó de inmediato nuestra simpatía. Nos enseña el idioma, pero también nos cuenta cosas de este país para que lo vayamos conociendo. Nos habla de política, de personajes ilustres y de cultura. Aquí es muy famoso el tango, se baila y se canta. Braulio nos dijo que, aunque nació en los arrabales, los barrios más populares de Buenos Aires, se ha convertido en el rey indiscutible de la noche porteña. Ha traído algunos discos y mi madre y yo nos reímos mucho al principio porque no entendíamos nada. Aun así, su compás es contagioso y te hace mover los pies, aunque no comprendas lo que dicen sus letras. De la selección que nos prestó, nuestra favorita es Tita Merello. Canta con un desparpajo que te provoca risa y ternura al mismo tiempo. Si vivieras aquí, con tu voz de ángel, estoy segura de que serías una muy buena cantante de tangos, querida prima.

El otro día fuimos al cine por primera vez y me acordé de ti y del póster de El ángel azul. Vimos una película que se llama Los martes, orquídeas. La actriz, una tal Mirtha Legrand, se parece mucho a tu admirada Marlene Dietrich. Prometo enviarte una foto suya en mi próxima carta.

Dejé la mejor noticia de todas para el final… ¡He vuelto a tocar el violín! El señor Schneider se enteró de que el mío se quedó en Alemania y me compró uno nuevo para mi cumpleaños. Sé que lo hizo para ganarse mi cariño, pero no importa. Me anotó en un conservatorio de música que queda a pocas calles de la casa y voy dos veces por semana; los martes y jueves, los únicos días que no viene el profesor de español. También fue difícil durante las primeras semanas, pero he conseguido que los demás me entiendan y yo, si me hablan despacio, comprendo todo, o casi todo, lo que me dicen.

Nuestras vidas han cambiado mucho, Isabela; pero ahora comprendo que mi madre hizo lo que hizo por mi bien. En Berlín, ya no iba a poder ser feliz nunca más… no después de lo que sucedió en noviembre de 1938. Los nazis me arrebataron a mi padre, y con él las ganas

que tenía de seguir viviendo. Nunca se lo he contado a nadie, Isabela, y espero que guardes mi secreto. La noche en la que murió, su asesino se acercó a mí y me obligó a mirarlo a la cara. Te juro que pensé que estaba frente al mismísimo demonio. Sus ojos eran oscuros y siniestros. Me apretó el cuello con una de sus manos y creí que iba a matarme a mí también. No sé qué impidió que lo hiciera, pero vi claramente que esa era su intención. Antes de soltarme, me escupió el rostro y me llamó "puta judía".

Por las noches tenía pesadillas, soñaba que ese monstruo venía a buscarme. Una vez, abrí la ventana de mi habitación y miré hacia el vacío. La niebla cubría las calles y el silencio era aterrador. Estuve a punto de saltar, Isabela. Ya no deseaba vivir, tampoco recordar lo que había sucedido. Pensarás que estoy loca, pero escuché la voz de mi padre. Me llamaba desde algunas de las nubes que surcaban el cielo. Miré hacia arriba, pero allí no estaba. Cerré los ojos y volví a oírlo. Repetía mi nombre una y otra vez. Entonces comprendí que había venido hacia mí para salvarme la vida. Tiré un beso al aire, cerré la ventana y me acosté. Nunca más volví a tener pesadillas. La noche siguiente y las siguientes, volví a abrir la ventana en plena noche, con la única ilusión de escuchar nuevamente su voz pronunciando mi nombre, pero mi padre se había ido para siempre.

Lo extraño demasiado, y aquí, tan lejos de mi tierra, siento que el tiempo, irremediablemente, terminará por borrar su recuerdo. Me traje una fotografía suya que llevo en mi cartera y me acompaña a donde quiera que vaya. ¿Te acuerdas de ese verano en que nos invitó a dar un paseo por la plaza Rüdesheimer y nos permitió, en secreto, atiborrarnos de helado de fresa? La foto es de esa misma tarde. Aparecemos los tres juntos, delante de la fuente, con los cucuruchos en la mano y mi padre está arrodillado entre nosotras. A mí me sujeta por la cintura, y a ti, que eras mucho más pequeña, te abraza por los hombros. Quizá lo olvidaste, pero quiero que sepas que cuando contemplo esa imagen de una época en la que éramos tan felices, ansío volver a verte. Sé que algún día estaremos juntas de nuevo. Aquí las noticias que llegan de Europa no son muy alentadoras. Mi madre no me deja leer el diario, y en la radio apenas hacen referencia a la guerra. Argentina tiene sus propios problemas como para preocuparse de lo que ocurre a miles de kilómetros de distancia.

Hablando de la radio. Se ha convertido en una fuente inagotable de entretenimiento. Antes de la cena, y de que el señor Schneider vuelva a casa, mamá y yo escuchamos el radioteatro. Ella se ha vuelto una verdadera aficionada y no se pierde ningún episodio. Es como si alguien te estuviese leyendo un libro en voz alta. Nos es muy útil para practicar el idioma, sobre todo, esas expresiones tan graciosas que oímos entre los criados y que desconocemos su significado. Nuestro favorito se llama Los Pérez García. También hay recitales en la radio, aunque empiezan justo cuando llega el señor Schneider y él prefiere que cenemos en silencio. Cuando él se retrasa porque tiene una reunión en el consulado,

encendemos la radio y comemos mientras escuchamos algún concierto de tango.

Déjame contarte sobre mi fiesta de cumpleaños. Yo pensé que no habría ninguna celebración, porque no conocemos a mucha gente. En la casa nadie mencionó nada y mi madre, taciturna por demás, tampoco hacía ningún comentario. Yo, la verdad, no tenía muchos ánimos de festejar. Este año faltaría no solo mi padre, también tú, mi querida bobe, el revoltoso de Samuel y tus padres, siempre tan cariñosos conmigo. ¿Qué sentido tenía celebrar si tanta gente importante para mí estaba ausente? Pero mi madre, y sobre todo el señor Schneider, pensaban lo contrario. Cuando llegué de mis clases de violín, me encontré con que me habían organizado una fiesta sorpresa al aire libre. Aunque todavía no era primavera, el día estaba soleado y el banquete se armó en el jardín, junto a la glorieta en donde me encanta sentarme a leer durante las tardes. No supe cómo reaccionar, Isabela. Había personas extrañas y a algunos de los invitados apenas los había visto una sola vez antes de ese día. Fingí felicidad solo para no contrariar a mi madre. Intercambié palabras con varias muchachas de mi edad, hijas de funcionarios del consulado, pero no congenié con ninguna de ellas. Pensaba en ti y en la falta que me hacías. ¿Será posible que el año que viene lo celebremos juntas? Dentro de dos meses es tu cumpleaños. Sé que la situación allí es muy distinta y nadie tiene deseos de festejar nada. Yo, desde aquí, brindaré por ti y tus trece años, mi querida prima.

Creo que ya es hora de despedirme porque esta carta se está extendiendo demasiado. Aquí ya es casi de madrugada, pero como me desvelé, quise aprovechar para escribirte. Espero que esta sea solo la primera de muchas cartas que cruzarán el océano y que nos mantendrán unidas.

Ahora tengo otro nombre; el que aparece en mi identificación y, según el señor Schneider, nos ayudó a cruzar la frontera entre Alemania y Francia cuando nos fuimos. Sin embargo, para ti sigo siendo Madeline, tu prima mayor, la que tanto te quiere y te extraña.

Aguardo, ansiosa, tu primera carta, Isabela. No tardes en escribir, por favor.

Cariños a la bobe, a los tíos Eugen y Aina y a Samuel.

Hasta pronto,

Madeline

Isabela tenía un nudo en la garganta. Sus manos temblaban y el corazón le latía muy de prisa. Bajó la cabeza cuando se dio cuenta de que su madre la observaba.

—Que no te de vergüenza llorar, cielo —le dijo, dándole una palmadita en el hombro.

Isabela se llevó la carta al rostro. Aunque había venido de tan lejos, después de cuatro largos meses de travesía desde Buenos Aires, si aspiraba profundo y cerraba los ojos, todavía podía percibir el suave perfume de su prima impregnado en el papel.

—Si te apuras en responder, mañana mismo podemos ir a la oficina de correos para despachar tu carta. —Vio que el rostro de su pequeña se iluminaba con una sonrisa.

—¡Le escribiré ahora mismo, mame! ¡Quiero que Madeline la reciba lo antes posible! —le dio un beso y subió corriendo las escaleras para encerrarse en su habitación.

Cuando entró, vio que Samuel estaba tendido en su cama, jugando con unos soldaditos de plomo. Estaba en medio de una batalla y la almohada le servía de trinchera. Cuando el pequeño tomó una de las piezas más grandes y comenzó a moverla como si fuese una metralleta, Isabela se acercó y de un manotazo se la quitó, arrojándola al suelo.

—¡Ya tenemos una maldita guerra allí afuera, Samuel! —le gritó, perdiendo los estribos—. ¡No necesito que la traigas a casa!

Samuel tragó saliva. Nunca antes había visto a su hermana tan enfadada. Se deslizó muy despacio por la cama hasta caer en el suelo y, en absoluto silencio, recogió el soldadito de plomo que ella le había arrebatado. Luego, desarmó la escena de guerra que tanto le había llevado construir y metió todo en el interior de una caja de zapatos. Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se dio media vuelta y la miró.

—Perdóname, Isabela.

Ella dejó la carta de Madeline encima de la mesita de noche, fue hacia donde estaba él y tomando su rostro con ambas manos, le sonrió.

—Te perdono, Samuel. Solo prométeme que no volverás a jugar ese juego. No le hace bien a nadie, mucho menos a ti.

Samuel asintió. Isabela le apretó suavemente los cachetes regordetes, le revolvió el flequillo y le dio un sonoro beso en la frente. Recién entonces, lo dejó marcharse.

Cuando se quedó a solas en la habitación, se tiró sobre la cama y releyó la carta de su prima dos veces más. Al terminar, se sabía su contenido casi de memoria. Se levantó de un salto, buscó un cuaderno, una pluma y se sentó en el alféizar de la ventana para escribir. Por precaución, los postigos permanecían cerrados durante el día. Al otro lado del muro, el mundo, con su maldita guerra, seguía girando; ella estaba inmersa en el suyo, buscando las palabras más bonitas para plasmar en el papel.

POR EL BIEN DE TUS HIJOS

Barrio de Wilmersdorf, Berlín, Alemania, febrero de 1942

Los golpes en la puerta, dados con gran vehemencia, despertaron a los Eiserman en medio de la noche. El primero en poner un pie fuera de la cama fue Eugen. Le pidió a su esposa que no se moviera hasta que él volviese. Se puso su gastada bata de felpa encima del piyama y salió. Mientras atravesaba el pasillo, la puerta principal continuaba siendo azotada. Pasó por la habitación de los niños y vio que no se encontraban en sus camas. Oteó un poco más allá. Los descubrió acostados junto a su bobe, acurrucados entre sus esqueléticos brazos. Se llevó el dedo índice a la boca y les hizo señas de que hicieran silencio. Cerró la puerta y se dirigió escaleras abajo. Se apretó el nudo de la bata, como si con ese simple gesto, pudiese protegerse. El momento que tanto habían temido estaba allí, a pocos metros de distancia, y no les daba ninguna oportunidad de escapar. La radio lo había anunciado hacía apenas unos días. Todos los judíos serían obligados a abandonar sus hogares. Algunos mencionaban que los trasladaban a unos campos de trabajo en las afueras de la ciudad. Otros afirmaban que los nazis habían habilitado una especie de barrios, cercados por alambres de púa de donde ya no podrían volver a salir. Cualquiera de las dos opciones provocaba incertidumbre y angustia. Eugen estaba a punto de abrir la puerta para evitar que terminaran derribándola y se dio cuenta de que no llevaba la estrella de David encima. Regresó rápidamente a la habitación, se deshizo de la bata y se puso la chaqueta con la insignia bordada en el pecho. Hizo caso omiso a las preguntas de su esposa y le ordenó que permaneciera allí hasta su regreso. Cuando Eugen salió, Aina se escabulló hasta la habitación de los niños para estar con ellos y su suegra. Aguardaron con el corazón exaltado y el miedo en la mirada.

En la planta baja, Eugen sostenía el picaporte de la puerta, que se sacudía debido a los golpes. Sabía que no se marcharían, que la derribarían de un momento a otro. Respiró hondo y la abrió.

Cuatro uniformados lo atropellaron al ingresar a la propiedad al grito de “A levantarse, judíos”. Uno de ellos se le acercó, lo miró de arriba abajo y le preguntó su nombre y quién más vivía en la casa. Era inútil mentir. Aunque hubiesen tenido tiempo suficiente para ocultarse en el hueco que había hecho en el sótano, los habrían encontrado de todos modos. Los soldados de las SS eran como perros sabuesos. Siempre daban con el paradero de sus presas. El que parecía ser

el más joven se quedó montando guardia en la puerta mientras otros dos subían a la planta alta para buscar a los demás habitantes de la casa. Eugen fue llevado al salón y lo obligaron a sentarse a punta de pistola. Estaba tan nervioso que no podía dejar de mover los pies. Se detuvo cuando vio la expresión de odio en el rostro filoso de uno de los hombres que sellaría su destino y el de su familia para siempre.

*

Isabela se apretó contra el cuerpo sudoroso de su madre cuando dos soldados entraron a la habitación. Les ordenaron a los gritos que se vistieran, metieran algo de ropa en las maletas y bajaran lo antes posible. Aina asintió con breves y temblorosos movimientos de cabeza. No pudieron vestirse con comodidad porque el soldado que se había quedado junto a la puerta, no les quitaba los ojos de encima. Isabela se vio obligada a darse media vuelta para quitarse el camisón. Lo hizo con rapidez, y le agradeció con una sonrisa a su hermano cuando se colocó detrás de ella, a modo de escudo. Aina ayudó a su suegra, quien apenas podía moverse, y luego terminó de vestir a Samuel.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? —Se rascó el mentón mientras sus penetrantes ojos claros se clavaban en las piernas de Marlene Dietrich—. La perversidad no tiene cabida en la nueva Alemania. Nuestro admirado Führer prohibió cualquier demostración artística que violara las normas del Tercer Reich.

Isabela, aterrada por las palabras del soldado, terminó cayéndose sobre la cama. Impotente, observó cómo arrancaba a jirones el póster de *El ángel azul*. Pensó en el álbum de fotos. Correría la misma suerte si lo encontraban. Sintió que alguien le rozaba el hombro. Era su bobe. Con un gesto le indicó que no se preocupara, que su admirada Marlene Dietrich estaba a buen resguardo. Cuando estuvieron alistados, con sus precarias pertenencias y los abrigos bordados con la estrella de David, fueron conducidas al piso de abajo para que se reunieran con Eugen. Mientras bajaban la escalera, Isabela pensaba en la carta que le había escrito a su prima y que jamás podría ser enviada porque la había quedado debajo de su almohada. ¿Qué pensaría Madeline de su falta de respuesta? No pudo evitar que unas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Aina se dio cuenta y se las enjugó con su pañuelo.

—Tranquila, no tengas miedo. Pase lo que pase, estamos juntos —trataba de aparentar calma cuando por dentro se moría de miedo. Eugen tomó su mano para infundirle valor y Aina asintió. *Sonríe, hazlo por el bien de tus hijos*, se dijo una y otra vez, aferrada al brazo de su esposo.

Al salir de la casa, el uniformado que llevaba la voz cantante les ordenó que se movieran.

Zila, con sus huesos cansados y su andar lento, apenas podía caminar. Eugen la llevaba del brazo, tratando de aligerar un poco su paso.

—Vamos, madre. Haga un esfuerzo —le suplicó, temiendo lo que pudieran hacerle.

—Lo intento, hijo mío, lo intento —respondió la anciana moviendo la cabeza. Estaba demasiado oscuro y la nube blanca que cubría uno de sus ojos no le permitía ver con claridad.

—La vieja no va a durar mucho —comentó el soldado más joven, acompañando sus palabras con una carcajada siniestra.

Fingieron no oírlo, pero Isabela lo miró por encima de su hombro. Se dio vuelta de inmediato cuando le guiñó el ojo.

Los llevaron hasta un camión que habían estacionado en la esquina. En su interior se encontraban dos mujeres, tres hombres y una niña que debía tener no más de cinco años. Se movieron cuando los Eiserman subieron para darles un poco de espacio. Eran demasiados y quedaron apretujados. Bajaron la lona para que no pudiesen mirar el camino y, sin darles ninguna explicación, el vehículo se echó a andar.

—Soy Eugen Eiserman y esta es mi familia. Mi esposa, Aina, mis hijos Isabela y Samuel, y mi madre, Zila —dijo Eugen, señalando a los suyos.

Uno de los presentes lo imitó. Estaba con su mujer y su pequeña hija. También había una pareja de recién casados, que vivían al norte de la ciudad, y el tercer hombre era un rabino. La oración, el único consuelo en esos momentos tan inciertos, los acompañó durante buena parte del viaje. Después, mientras las mujeres y los niños dormitaban al compás del traqueteo del camión, los hombres se pusieron a hacer conjeturas sobre el destino que les esperaba al final del camino. El rabino mencionó la posibilidad de que los enviasen a Palestina, pero el joven que llevaba pocos días de casado fue más pesimista. Él aseguraba que los estaban trasladando a un campo de trabajo forzado. Tras barajar varias hipótesis, y vencidos por el cansancio, se quedaron dormidos.

Abrieron los ojos cuando se dieron cuenta de que se habían detenido. Un halo de luz se filtraba por un resquicio de la lona, anunciando que ya había amanecido. Cuando un soldado, armado con una Mauser de grueso calibre, la levantó, los fuertes rayos de sol los dejaron obnubilados.

—¡Abajo! —les gritó.

Fueron descendiendo del camión, con sus maletas a cuestas y el miedo a lo desconocido tallado en el alma. Eugen ayudó a su madre, entumecida de tantas horas en la misma posición y llorando de dolor.

El soldado se le acercó, la miró a los ojos y sonrió.

—¿Le duele, señora?

Zila asintió mientras su hijo le apretaba la mano.

—No se preocupe, ya no volverá a sentir dolor. —La apartó bruscamente y la pobre vieja terminó en el suelo, hecha un ovillo y quejándose por el ardor en sus articulaciones.

Eugen quiso intervenir, pero Aina lo sujetó con fuerza del brazo para que no lo hiciera.

Aterrados, observaron cómo ese hombre vestido de gris, con su impecable chaqueta adornada con insignias y el símbolo del partido nazi, le apuntaba a Zila Eiserman con su arma.

—¡Levántate, vieja! —le exigió, dándole una patada en las piernas.

—No puedo, señor… mis huesos ya no responden como antes —le dijo, entre sollozos.

El soldado soltó una carcajada y le volvió a atestar otra patada en el mismo sitio.

Zila se retorció de dolor. Elevó los ojos al cielo. Ninguna nube lo perturbaba y el sol brillaba en su esplendor. Sabía lo que le esperaba. Su viaje había llegado a su fin. Miró a su hijo, a su nuera y a sus adorados nietos. Los rostros de aquellos a quienes más amaba serían lo último que verían sus ojos. Los cerró y esperó. Un calmado silencio la envolvió. Ya no escuchó los gritos desaforados de su verdugo, tampoco sintió el tacón de las pesadas botas de cuero clavándose en su cuerpo.

Un disparo en el medio de la frente le arrebató la vida a Zila Eiserman.

Su cuerpo inerte quedó tirado en la calle a la vista de todo el mundo.

No le permitieron a su familia acercarse. Cuando lo intentaron, fueron rodeados por tres soldados armados que los instaron a moverse. Aterrados, se dieron media vuelta y echaron a andar. Cualquier movimiento o cualquier gesto podría ser un motivo para descerrajarles un tiro en la cabeza. Eugen ya no podía hacer nada por su pobre madre, pero debía proteger a su familia. Aun a costa de su propia vida, haría hasta lo imposible por ponerlos a salvo de tanta locura.

Un enorme cartel dominaba la entrada de aquel lugar.

Cuatro letras y un destino incierto.

Acababan de llegar al gueto de Lodz.

EL QUE NUNCA SERÉ

Estancia Las Acacias, partido de Pilar, Argentina,
Nochevieja de 1942

Como cada fin de año, los Navarro Soler recibían a sus amistades en la estancia que la familia poseía en Pilar. Era una costumbre que había instaurado don Rogelio, el abuelo paterno, quien vivió en el campo durante buena parte de su juventud, después de abandonar su España natal a mediados del siglo pasado. La tradición continuaba a pesar de la muerte de Álvaro Navarro Soler. La que se encargaba de todo, como no podría ser de otra manera, era Rosario. Ella siempre procuraba que todo estuviese listo para celebrar la llegada del nuevo año, sin descuidar ningún detalle. Desde el menú, pasando por la elección de la mantelería, los adornos y hasta el repertorio que la orquesta ejecutaría para el deleite de los invitados. En todo pensaba Rosario. Para salir airosa en cada uno de los eventos sociales que organizaba, contaba con la eficaz colaboración de Emilce, el ama de llaves, capaz de entender a su patrona intercambiando tan solo una mirada.

La jornada había amanecido con buen clima y Rosario dispuso colocar la mesa cerca de la piscina. Justo enfrente y de espaldas a la casa, se ubicaría la orquesta de más de quince músicos que había contratado gracias a los contactos que su hermano Francisco tenía con el mundillo del espectáculo. Aunque no le agradaba demasiado que se involucrase con esa gente, esa noche debía agradecerle por la música que alegraría la velada. Miró su reloj con impaciencia. Era temprano aún y no había nada de qué preocuparse. Los camareros contratados en uno de los mejores clubes de campo de la zona se movían de un lado a otro de la propiedad con la elegancia de las gacelas. Algunos se ocupaban de acomodar varias sillas alrededor de la mesa y disponer unas cuantas alrededor de la piscina. El agua estaba limpia y el aire cálido. Si alguien, quizá pasado de copas, decidía darse un chapuzón, ella no se lo impediría.

—La cena está casi a punto, señora —le anunció Emilce, acercándose con tanto sigilo que Rosario se sobresaltó.

—¿Han llegado mis hermanos? —le preguntó sin apartar la vista de los camareros por si había que darles alguna instrucción de último momento.

—El señorito Santiago está en su habitación arreglándose, y su hermano Pedro llamó hace un rato para avisar que es posible que se retrase un poco, pero me pidió que le dijera que se quede tranquila, que estará presente para el brindis de fin de año.

Rosario dejó escapar un suspiro. No era difícil imaginarse dónde andaría su hermano pequeño a esas horas. Desde que oficiaba de diácono en la parroquia Santa Clara, salía todas las vísperas de Año Nuevo a repartir golosinas a los niños de los barrios más carenciados. Esperaba de verdad que llegase a tiempo para celebrar la llegada de 1943 junto a su familia.

—¿Y Fran?

La expresión de desconcierto en el rostro del ama de llaves fue demasiado elocuente.

—No ha llegado y ni siquiera ha llamado —manifestó Rosario, adivinando su respuesta.

Emilce negó con la cabeza.

Rosario le dijo que podía regresar a la casa para supervisar el menú mientras ella se ocupaba de revisar una vez más la lista de invitados. La mayoría había confirmado su presencia; solo un par de familias, que habían preferido pasar las fiestas en Mar del Plata, se habían excusado, enviando una nota y una costosa botella de champagne francés. Se sentó en uno de los sillones de mimbre que había en la galería y se acomodó las gafas que llevaba colgando sobre su pecho con una cadena de oro que le había obsequiado su padre el día de su primera comunión. Cruzó las piernas, procurando no mostrar más de lo permitido y se dispuso a repasar la lista. Al releerla, se dio cuenta de que había unas personas que no le sonaban de nada: Teodoro Schneider, su esposa Débora y su hija Magdalena. No los conocía, por lo tanto no había sido ella quien los incluyera en la lista. ¿O lo habría hecho y ahora no lo recordaba? Sus nombres estaban anotados junto al del cónsul alemán y fue entonces que comprendió lo sucedido. Una tarde, después de tanto ajetreo, mientras armaba un borrador de la lista, alguien había llamado desde el consulado para cancelar su participación en la fiesta. Cuando le sugirieron que sería un detalle gentil de su parte invitar a uno de los diplomáticos que había cumplido buena parte de sus funciones en Berlín, Rosario no lo dudó ni un segundo. Apuntó sus datos y terminó incluyéndolo a él y a su familia en la lista definitiva. Siempre era divertido conocer gente nueva y estaba segura de que, al haber vivido en Europa, el dichoso Teodoro Schneider tendría muchas anécdotas para contar.

El quejido ronco de un motor provocó que alzara la cabeza. Una camioneta algo maltrecha acababa de estacionarse en la entrada principal. Deslizó los anteojos hacia abajo y observó atentamente lo que ocurría a varios metros de distancia. Vio a su hermano Pedro apearse del vehículo y estrechar la mano de su conductor como si se conocieran de toda la vida. No llevaba sotana y eso ya era un punto a su favor. Aunque sabía que a esas alturas era casi imposible que Pedro torciera su destino, todavía guardaba la esperanza de que abandonara la vida eclesiástica y formase una familia… la que ella ya no podría tener nunca. Quizá era un acto de puro egoísmo de su parte, pero quería ver a sus tres hermanos casados y felices. Soñaba con una casa llena de sobrinos a los que malcriar y, por el momento, se quedaba solo en un deseo.

Recibió a Pedro con una sonrisa. Aunque había prescindido de la sotana, llevaba una camisa gris, holgada, y el alzacuello. Igualmente, sentía que hasta que no se ordenase de sacerdote, tenía derecho a hacerse ilusiones.

—Hola, Rosario. —Se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

Su hermana lo miró con detenimiento. Venía sudado y tenía un poco de tierra pegada en la mejilla.

—¿Dónde andabas metido? —le preguntó, mientras le quitaba la mancha con sus propios dedos.

—Mejor no te lo digo —respondió, con aire burlón.

—¿Puedo pedirte un favor?

Pedro se sentó a su lado, levantó las piernas y las dejó descansar en el sillón de mimbre que quedaba libre.

—Al menos por esta noche, ¿no podrías vestirte como lo hace la gente normal?

—¿Y cómo se viste la gente normal, según vos? —le retrucó, rascándose el mentón. Después de haber recorrido los barrios periféricos de Buenos Aires, necesitaba darse un baño para quitarse el polvo de las calles de tierra y el olor a la basura amontonada en las veredas.

—Sabés muy bien lo que quiero decir, Pedro. Podrías pedirle a Santiago que te preste uno de sus trajes de gala y, sobre todo, quitarte el dichoso alzacuello, aunque sea para darme el gusto por un rato. —Le rozó el brazo con la intención de convencerlo—. ¿Harías eso por tu hermana mayor?

Pedro la miró a los ojos. Ambos compartían el mismo color azul grisáceo que habían heredado de su padre. No le costaba nada cumplir el capricho de Rosario. Era el último día del año y su condición de diácono transitorio le permitía ciertas libertades.

—Está bien, mi querida hermana. —Le dio unos golpecitos cariñosos en la mano—. Vos ganás. Al menos por esta noche, me vestiré como Pedro Navarro Soler, el que desearías que fuera siempre y el que nunca seré.

Las palabras del joven calaron hondo en Rosario. Le concedía el deseo de verlo regresar al mundo secular al menos durante unas horas. Como si estuviesen viviendo en un cuento de hadas, sabía que el hechizo se rompería después de la medianoche y entonces volvería a ser Pedro, el diácono de la parroquia Santa Clara.

*

Magdalena no estaba conforme con el vestido de chiffón rosa adornado con entredoses blancos que su madre le había comprado para celebrar la Nochevieja. Era uno de los últimos diseños de la casa de ropa de la distinguida Fridl Loos que, a pesar del conflicto bélico en Europa, traía desde Alemania y Austria nuevos modelos para ofrecer a sus clientas. Era elegante. No iba a negarlo; sin embargo, le parecía demasiado ostentoso para una joven de su edad. Estaba segura de que, si revolvía el ropero, encontraría uno acorde a su estilo y con el cual se sentiría mucho más cómoda. Dio varios giros frente al espejo con el vestido y seguía sin convencerla. Resolvió,

por su propia tranquilidad mental, que no le daría el gusto a su madre. Ya era un incordio asistir a la fiesta de una familia que ni siquiera conocía como para encima llevar una prenda que ella jamás hubiese elegido. Arrojó el vestido sobre la cama sin ningún remordimiento y entre la gran variedad que colgaba del ropero, halló el indicado. Todavía no lo había estrenado y le parecía una ocasión apropiada para hacerlo. Estaba confeccionado en seda brochée celeste pastel, con manguitas y corsage drapeados. Un discreto moño le ceñía la cintura. Si su madre le cuestionaba su elección, le inventaría cualquier excusa para evitar una discusión. Una costura rota a último momento o una mancha insalvable en la falda, serían argumentos suficientes para salirse con la suya sin que ella sospechara la verdad. No le costaba nada rasgar la tela del vestido o volcar un poco de tinta en él para hacer más creíble su historia.

Llegar a Pilar, en donde los Navarro Soler habían decidido celebrar la despedida del año, les demandaría una hora de viaje. Mientras se deshacía de las horquillas que sujetaban su cabello, observó el reloj. Tenía tiempo de sobra para arreglarse sin que su madre ni el señor Schneider la amonestasen por su costumbre de retrasarse más de la cuenta cada vez que se trataba de asistir a una fiesta o a un evento social. Llevaban dos años viviendo en la Argentina y ya hablaba español fluidamente. Extrañaba las clases del profesor Rodríguez, pero don Teodoro las consideró innecesarias. Los días en los que no iba al conservatorio, se aburría demasiado. Para matar el tiempo y el tedio de tener que permanecer en la casa todo el día, salía a dar un paseo por el barrio o le pedía al chofer que la llevase al centro. Le gustaba caminar por la Plaza de Mayo, llegar hasta el Congreso y disfrutar de una merienda en la Confitería del Molino. A veces recorría vidrieras en la calle Florida, aunque no comprase nada. Le gustaba moverse en soledad, le daba cierta libertad que perdía cuando su madre le estaba encima todo el día. No se cansaba de decirle que, a su edad, lo más normal era reunirse con amigas o que la estuviese rondando algún pretendiente. Amigas no tenía. Apenas un par de chicas que iban al conservatorio y con las que coincidía a la entrada y la salida. Cuando llegaba un poco más temprano o alguno de los profesores se retrasaba, se cruzaban a la plaza que estaba frente al edificio para pasar el rato. Conversaban y hasta se reían juntas; sin embargo, no estaba segura si podía considerarlas de verdad sus amigas. Desde que abandonara Alemania, no había entablado una relación de amistad verdadera como la que compartía con su prima Isabela. La nueva vida, esa que al principio la había asustado tanto, poco a poco la fue deslumbrando. Buenos Aires había conseguido enamorarla y se sentía culpable por haber dejado su pasado en Berlín enterrado en el fondo de la memoria. Echaba de menos a su familia; los dulces de su amada bobe, las palabras siempre cariñosas de sus tíos; las travesuras de Samuel, pero, sobre todo, los buenos momentos junto a Isabela. Se sentó en la cama y abrió el cajón de la mesita de noche. Allí, guardaba las tres cartas que le había enviado y que regresaron a ella sin ser abiertas, con un sello que informaba que el destinatario ya no vivía en la misma dirección. Solo podía estar segura de que la primera había llegado a sus manos porque era la única que no le habían devuelto. Pero esa carta quedó sin

respuesta. Isabela no le había contestado y no sabía qué destino pudo haber tenido junto a su familia. La guerra en Europa no daba tregua; a pesar del avance de los aliados, Hitler continuaba ganando terreno. Tanto su madre como don Teodoro trataban de no mencionar el asunto delante de ella, pero durante uno de sus paseos vespertinos, mientras tomaba chocolate en La Ideal, oyó la conversación de dos caballeros sentados junto a su mesa. Hablaban de campos de concentración, de matanzas masivas y del oro judío. Magdalena quiso saber más, pero se quedó con las ganas porque los hombres cambiaron de tema de conversación. Empezaron a hablar de fútbol y ya no les prestó atención. Cuando tenía ocasión, se metía en el despacho de su padrastro para leer los diarios a escondidas. La información que él y su madre le negaban, la encontraba en las páginas de *El Mundo* o *La Razón*.

La situación era más terrible de lo que había imaginado. Sobre todo para los judíos. Había leído el testimonio de un maestro polaco que logró huir durante un traslado después de estar confinado en un lugar llamado Duchau, en Baviera, al sur de Alemania. Su desgarrador relato hablaba de hambre, de literas infectadas de pulgas, de hacinamiento, de abusos físicos y de muertes atroces, pero que muchos de ellos deseaban para salvarse de tanto odio. Se le había revuelto el estómago mientras devoraba el texto con avidez. Cuando llegó a la parte en donde se mencionaba los hornos, tuvo que detenerse. Ya no pudo seguir leyendo. Después de semejante revelación, estuvo varios días inapetente y con dolor de estómago. Su madre llamó al médico, la obligó a permanecer en cama hasta recuperarse y le llevaba tazas de té con limón y alguna hierba aromática para mejorar sus malestares. Sin embargo, lo que ella tenía no se curaba con una infusión. Una noche, angustiada después de una pesadilla, le contó a su madre lo que había descubierto al leer el diario a escondidas.

Débora la abrazó y lloraron juntas. A partir de ese día, no volvieron a ocultarle nada.

Acarició las cartas que su prima nunca llegaría a recibir y las volvió a guardar en su sitio.

Respiró hondo. El pasado había quedado atrás.

Esa noche no celebraban el Rosh Hashaná, festejaban el Año Nuevo. Ya no había ni *sabbat* ni Janucá.

Ya no era Madeline Eiserman, la hija de Otto Eiserman. Ya no tenía padre; tampoco el mismo nombre y apellido. Ahora tenía una nueva vida, en donde la palabra “judío” quedaba para siempre sepultada en el olvido.

DE NIÑA A MUJER

Lodz, Polonia, 31 de diciembre de 1942

El estruendo de los cohetes que se lanzaban esa noche para despedir un nuevo año, retumbaba en las delgadas paredes de las viviendas del gueto. Los alemanes, con muros de madera y alambres de púa habían aislado a los judíos del resto de la ciudad. El gueto estaba dividido en tres partes, justo en la intersección de dos carreteras importantes. Sobre la vía pública se habían levantado puentes para cruzar de un lado al otro. Aunque continuaban pasando los tranvías, tenían prohibido detenerse. Unidades especiales vigilaban los alrededores, mientras que mantener el orden dentro del perímetro del gueto, era exclusiva responsabilidad de la Policía judía que, a su vez, respondía a un consejo local, conocido como el Judenrat. El presidente era Mordechai Chaim Rumkowski, un empresario judío que había estado a cargo de un orfanato antes de la guerra y que se ocupaba de la distribución de alimentos, la higiene y el alojamiento. Se empeñaba en hacer buena letra con el ejército alemán, y para ello procuraba que el gueto fuese altamente productivo. Estaba convencido de que la mano de obra judía, necesaria en las fábricas del Tercer Reich, evitaría la desaparición del gueto de Lodz.

Mientras los judíos vivían hacinados, sin agua corriente ni alcantarillas, sometidos al trabajo forzado y al hambre, la vida continuaba como si nada a pocos metros de allí. A veces los niños, curiosos por naturaleza, se asomaban cada vez que pasaban para ver de cerca a los judíos. Muchos de ellos habían oído que eran seres despreciables, que robaban y mataban sin sentir culpa. Algunos aseguraban que tenían ojos de serpiente y cabeza de cerdo. Pero cuando los chiquillos que vivían al otro lado de los muros de madera espiaban sin que los adultos se dieran cuenta, no encontraban a nadie con ojos de serpiente o cabeza de cerdo. Para ellos, los judíos solo eran gente pobre, porque andaban con ropas raídas y zapatos llenos de agujeros. La mayoría estaban flacos y sucios. Cuando nadie los veía, los niños más grandes se burlaban de ellos con muecas y risotadas. Los más valientes se atrevían a insultarlos. Todo acababa cuando uno de los guardias que custodiaba la entrada se les acercaba y de un grito les ordenaba que volvieran a sus casas, que allí no se les había perdido nada.

Isabela, durante sus idas y venidas a la fábrica de calzados que funcionaba en el gueto, en muchas ocasiones había sido testigo de cómo los curiosos muchachitos salían corriendo al ser descubiertos por los uniformados. Aunque se burlaban de los que vivían de ese lado del muro, no

les guardaba rencor. Quizá, en menor proporción, ellos también eran víctimas de las terribles circunstancias que los rodeaban. Samuel, en cambio, no perdía oportunidad de sacarles la lengua o hacerles un gesto obsceno con el dedo apuntando hacia arriba. Isabela lo reprendía. No porque los indeseados invitados no se merecieran probar de su propia medicina; su mayor temor era que los guardias lo vieran y terminaran castigándolo. Ya era suficiente para su pobre hermano soportar tantas horas trabajando en el taller de zapatos. La mayoría de los niños que vivían en el gueto eran obligados, casi a diario, a realizar diversas labores dentro del viejo edificio que estaba al final de la calle principal. No recibían una paga; tan solo una escasa ración de comida al final de la jornada.

Eugen, quien todavía era un hombre fuerte a pesar de las penurias que padecían desde su llegada a Lodz, trabajaba en la refinadura de cueros, y Aina en una fábrica en donde se confeccionaban uniformes para el ejército alemán. No había tiempo libre para el padre de familia. Por las tardes, uno de los hombres del Judenrat lo llevaba a un bosque cercano para hachar troncos y proveer de leña a las viviendas que los miembros de la Wehrmacht poseían en la ciudad. Parte de ese preciado botín que los judíos no podían disfrutar, ni siquiera durante el crudo invierno, también era destinado para alimentar las calderas de los talleres y de las fábricas. En alguna ocasión, cuando el guardia se distraía, Eugen escondía pequeños troncos de leña en el interior de su ropa; pero cuando Aina le indicó que era peligroso, no volvió a hacerlo. La casa en la que vivían contaba con una sola habitación y para mantenerse calientes se acurrucaban uno al lado del otro. El mísero mobiliario consistía en una mesa con dos sillas y debían turnarse para ocuparlas. En una vieja estufa que funcionaba a gas, Aina debía hacer milagros para cocinar. Tenían una tarjeta de racionamiento que les permitía conseguir un poco de leche, legumbres y velas para alumbrase durante las noches. Aina hacía la cola todas las mañanas, pero a veces cuando llegaba hasta el puesto de entrega ya no quedaba nada y regresaba con las manos vacías. Por esa razón, Eugen y ella tomaron la decisión de reducir sus porciones, para que ni Isabela ni Samuel pasaran hambre. El aseo era otra cuestión angustiante. Debían bañarse con agua fría, y cuando llegaban las bajas temperaturas prescindían del agua por temor a caer enfermos. Los que contraían alguna enfermedad eran de inmediato subidos a la parte trasera de un camión y ya nunca más volvían a verlos.

Padecían las necesidades más básicas, pero al menos permanecían juntos. Trataban de no meterse en problemas y agachar la cabeza cada vez que pasaban junto a uno de los miembros de la Policía judía. Isabela y Samuel tenían la orden de hacer lo mismo en el taller y podían estar horas sin hablar entre ellos, temerosos de que alguien los reprendiera. Uno de los niños había intentado robarse un par de botas para llevárselas a su abuelo y, al igual que los que enfermaban, fue subido a bordo de un camión y jamás regresó. Cada vez que veían al pobre anciano, con los pies desnudos y cubiertos de llagas, se acordaban de él.

Isabela apartó a su hermano para poder levantarse. Se había dormido apretado a ella para no

sentir tanto frío y le costó salir sin que se despertara. La cama en la que se acostaban los cuatro cada noche chirriaba con cualquier movimiento brusco. Tuvo que deslizarse muy despacio, apoyar los pies en el suelo y levantarse con sumo cuidado. Suspiró aliviada cuando lo logró sin provocar ningún ruido. El piso estaba frío, pero el agudo pinchazo que sentía en la parte baja del vientre era más fuerte. Avanzó sigilosamente hacia el fondo de la habitación en donde su padre había colocado un tarro de latón para hacer sus necesidades. Corrió la cortina, que en realidad era un viejo vestido de su bobe y tras desembarazarse de las varias prendas de vestir con las que dormía, se sentó en el improvisado excusado. Por el ventanuco se filtraba la luz que emitían los últimos fuegos artificiales de la noche. Fue entonces que descubrió, perpleja, que había una mancha en su ropa interior. Se tapó la boca para no gritar de espanto. ¡Era sangre! Los estertores en su vientre ganaban en intensidad. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Moriría allí mismo, desangrada, o la llevarían en uno de los camiones y ya no volvería a ver a su familia? Se inclinó hacia delante para paliar el dolor, pero no le sirvió de nada. Se pasó la mano por el rostro y se percató de que estaba sudando. ¿También tenía fiebre? ¿Qué le estaba sucediendo? Tiró la ropa interior manchada con sangre en un agujero en el piso en donde arrojaban los papeles sucios y apartó la cortina. Su madre, acurrucada en el pecho de su padre, dormía plácidamente. Isabela sabía que ella era la única que podría ayudarla frente a tamaña contrariedad. Chistó muy suavecito con el propósito de despertarla. Aina se removió inquieta. Finalmente, los intentos de Isabela rindieron sus frutos. Abrió los ojos y lo primero que vio fue a su hija, de pie junto al excusado. Notó el terror en su semblante y abandonó la cama de inmediato.

—¿Qué te sucede, hija? —la sujetó de los hombros. Le tocó la frente cuando la sintió temblar y se preocupó al descubrir que tenía la piel caliente.

Isabela no dijo nada. Buscó el refugio de sus brazos y recostó la cabeza sobre el pecho de su madre.

—Me voy a morir, mame —musitó, con el rostro hundido en el cabello de Aina.

—¡No repitas eso nunca más! —La apartó y la miró directamente a los ojos—. ¿Qué es lo que sientes? ¿Te duele algo?

—Me desperté con fuertes calambres en el vientre y cuando me senté en el excusado descubrí que por ahí abajo, se me fue un montón de sangre.

Aina sonrió aliviada y volvió a abrazarla. Se arrepintió de no haber hablado con ella antes y explicarle lo que, tarde o temprano, le iba a suceder. La contempló con una mezcla de ternura y orgullo.

—Mi pequeña Isabela se ha convertido en toda una mujercita. No tienes nada que temer, hija. A partir de ahora, sangrarás todos los meses. A veces los dolores serán insoportables y en otras ocasiones, a no ser por las pérdidas, ni cuenta te darás de que te ha venido la regla.

—¿La regla?

—Sí, así se llama. Tendrás que ponerte unas compresas durante unos días y luego te olvidas

hasta el siguiente mes. Ven conmigo. —La llevó hasta el rincón en donde estaba la cocina. Tomó el delantal que había lavado esa mañana, recortó un pedazo de tela y se lo entregó junto con una pieza de ropa interior limpia; la última que quedaba. Le dijo que regresara al excusado y se cambiara.

Isabela obedeció. Se dio media vuelta y contempló a su madre durante unos cuantos segundos antes de cerrar la cortina.



UN OPORTUNO ACCIDENTE

Estancia Las Acacias, partido de Pilar, Argentina,
Nochevieja de 1942

Santiago llevaba moviéndose entre los invitados buena parte de la noche. Como si fuera una pieza de ajedrez, lo hacía de manera estratégica. Se acercaba a los grandes grupos en donde casi no llamaba la atención, y se alejaba de aquellos en donde las damas eran mayoría. Si alguna de las invitadas lo miraba con insistencia, se daba la vuelta y se desviaba de su trayectoria. Gracias a su buena suerte, Teté González del Pino pertenecía a una de esas tantas familias que optaban por celebrar las fiestas en la costa, o en su caso en particular, ya que su padre era oriundo de la provincia, cada año viajaban a las sierras de Córdoba. Al menos esa noche no tendría que estar huyendo de ella. Divisó a su hermana Rosario en uno de esos grupos que él siempre buscaba evitar. La rodeaban al menos una media docena de hombres y tres mujeres. Tenía una copa de champagne en la mano y aunque su rostro mostraba en todo momento una amplia sonrisa, sabía que por dentro se consumía de rabia por la ausencia de Francisco. Su hermano mayor había vuelto a romper una promesa. En las fiestas del año anterior tampoco había aparecido. Cuando argumentó que sin el viejo ya nada era lo mismo, ni Rosario, ni Pedro, mucho menos él, fueron capaces de amonestarlo. A esas alturas, ya nadie lo esperaba esa noche. Estaría celebrando en algún cabaret, acompañado de una mujer complaciente o jugándose los cuartos en una mesa de juego. Era su manera de divertirse, y aunque se lo reprochasen, Francisco no iba a cambiar. Cuanto más pronto Rosario lo entendiese, antes dejaría de sufrir por su "querido Fran".

La observó dirigirse hacia donde se encontraba la orquesta, seguramente para darle a los músicos alguna instrucción, y luego regresó a mezclarse entre los invitados. Lo saludó con la mano al percatarse de su presencia y Santiago le dedicó una sonrisa. Adoraba a su hermana mayor. Tras la muerte de su madre, Rosario se había ocupado de criarlos. Le llevaba apenas cuatro años a Francisco; aun así, fue lo suficientemente madura como para encargarse de ellos, desoyendo los consejos de su padre de contratar una institutriz para que la ayudase con los niños, especialmente con Pedro, el más pequeño. Rosario se convirtió en una madre abnegada, pero permisiva. La que solapaba cada una de sus travesuras, pero también aquella que sabía imponer un castigo cuando hacía falta. Santiago se apoderó de una de las últimas copas de champagne que cargaba el camarero que pasó junto a él y se la bebió de un solo trago. La culpa de lo que

había ocurrido hacía siete años atrás todavía lo atormentaba. Aunque Rosario jamás se lo había echado en cara, había acabado con muchos de sus sueños. La bala que salió del arma que él y Francisco manipulaban, la había empujado a romper su compromiso y le había arrebatado la posibilidad de ser madre. Se mesó el cabello, como si así pudiese apartar los amargos pensamientos que amenazaban con provocarle otra noche de insomnio, y se dejó caer en la silla más próxima. Contempló el agua cristalina de la piscina, perdiéndose en los reflejos distorsionados que se dibujaban en la superficie. Una silueta femenina captó toda su atención. Al levantar la cabeza, descubrió a una muchacha, levemente recostada contra una de las columnas de la galería. Al igual que él, tenía la mirada clavada en el agua y parecía ajena a todo lo que la rodeaba. Estaba seguro de que nunca antes la había visto. ¿Quién sería? Cada año Rosario engrosaba la lista de invitados y era usual cruzarse con gente desconocida en su propia estancia. Aprovechando que la muchacha no se había percatado de su presencia, se dedicó a contemplarla. Era esbelta, quizá demasiado delgada para su gusto; sin embargo, el vestido que llevaba puesto y que le llegaba hasta los tobillos resaltaba el largo contorno de sus piernas y su estrecha cintura. Un collar de piedras preciosas adornaba su cuello y el cabello, rubio y abundante, le caía en ondas sobre el hombro derecho. No alcanzó a distinguir el color de sus ojos, pero estaba seguro de que eran verdes o azules. Deseaba acercarse y descubrir de quién se trataba, aunque era evidente que ella prefería la soledad. No iba a quedarse con las ganas de conocerla. Le hizo señas a un mozo y tomó dos copas de champagne. Rodeó la piscina y se aproximó con paso lento pero firme. Nunca antes le había costado abordar a una mujer; no sería esta la primera vez. Se aclaró la garganta y se dispuso a desplegar todas sus maniobras de seducción.

—Buenas noches —le dijo, curvando los labios con una de sus mejores sonrisas.

*

Una voz masculina la apartó de sus pensamientos. Observó al hombre que estaba frente a ella, con dos copas en la mano y una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. No tenía ánimos de conversar con nadie. Desde que llegara a la fiesta, y tras saludar a la anfitriona, había logrado escaparse de su madre y de su padrastro, perdiéndose entre la marea de invitados. Se había refugiado allí, con la esperanza de pasar desapercibida, pero ahora tendría que sacarse a ese sujeto de encima para poder estar tranquila.

—¿Te han comido la lengua los ratones? —le preguntó, ante su falta de palabras.

—No acostumbro a hablar con desconocidos —respondió Magdalena fulminándolo con la mirada.

Santiago descubrió entonces que sus ojos eran verdes. También se dio cuenta de su acento.

—¿Extranjera?

Magdalena tardó en asentir con la cabeza.

—¡Déjame adivinar! Francesa… ¿británica, quizá?

—Soy de Alemania, nacida en Berlín —dijo ella por fin, acabando con las intenciones de aquel desconocido de jugar a las adivinanzas.

Santiago se quedó callado, sin apartar la mirada de ese bello rostro que se resistía a ser contemplado.

—¿Y qué estás haciendo en esta parte del mundo? —Se arrepintió casi de inmediato de su pregunta. Con la situación que se vivía en Europa, era evidente que muchos abandonaban sus hogares para escapar de la guerra.

Magdalena, con la esperanza de que la dejara en paz si contestaba a su interrogatorio, se lo contó.

—El esposo de mi madre es diplomático y cuando estalló la guerra pidió que lo trasladaran a Buenos Aires. Él es argentino y se desempeñó durante muchos años en el Consulado de Berlín.

—Hablás muy bien español.

—Hace un par de años que vivo aquí, además tuve un excelente profesor.

Santiago, que recordó que llevaba dos copas de champagne en la mano, le ofreció una.

—No, gracias. No bebo.

—¿Ni siquiera en una noche como esta? —insistió.

—Mucho menos en una noche como esta —replicó, dejándolo intrigado.

—Ya que no vas a compartir una copa conmigo, ¿puedo al menos saber cuál es tu nombre? Yo soy Santiago Navarro Soler y soy uno de los dueños de esta estancia. Rosario es mi hermana, seguramente ya la habrás conocido porque supongo que ella los ha invitado a vos y a tu familia a despedir el año con nosotros.

—La conocí al llegar. Una mujer muy agradable.

—Mi hermana es realmente especial… —Enarcó las cejas y le acercó el champagne en un último intento por convencerla—. ¿Por qué no hacemos un brindis por ella y por el éxito de su fiesta?

Magdalena volvió a rehusarse. Cuando atinó a marcharse, Santiago se interpuso en su camino. Ella se movió hacia la izquierda, él también. Quiso escabullirse por el otro lado, pero Santiago fue más rápido y al tratar de detenerla, le volcó la copa de champagne encima.

Ambos se quedaron quietos, contemplando cómo el líquido de color amarillento se desparramó por su vestido.

Magdalena abrió la boca, dispuesta a soltarle un insulto, a último momento prefirió ahorrarse el disgusto. Santiago, apenado por lo que acababa de provocar, intentó disculparse, aunque terminó por echarse a reír.

—¿Le parece muy gracioso? ¡Ha arruinado uno de mis mejores vestidos! —La mancha era bastante importante. Nacía justo debajo del escote y llegaba hasta la cinta de raso que se cruzaba en la cintura con un moño.

—Lo lamento. De verdad que no lo hice a propósito —dijo, recuperando la compostura. Su acento se volvía más notorio con el enojo. En ese momento se dio cuenta de que era más joven de lo que había imaginado. Hubiese querido preguntarle la edad; sin embargo, no quería generar otro conflicto.

—Tengo que limpiarlo ahora antes de que se seque. —Miró hacia la casa—. ¿Me podría indicar dónde queda el baño, por favor?

—Haré algo mejor que eso. Puedo acompañarte…

—¡Ni se le ocurra! ¡Ya ha causado demasiados problemas! —Respiró hondo. No ganaba nada con alterarse—. Solo dígame cómo llegar.

Santiago le dio las indicaciones pertinentes y trató una vez más de convencerla para que la dejase acompañarla. Magdalena volvió a rechazar su oferta y se alejó de él sin siquiera despedirse.

Mientras Santiago lamentaba quedarse con la intriga sobre la identidad de la joven, Magdalena se dirigía hacia la casa, furiosa por lo que acababa de suceder.

Apenas llegó al vestíbulo se olvidó por completo de las instrucciones que le había dado el hermano de la anfitriona. Miró por encima de su hombro. ¡Ni muerta regresaba para que se lo volviese a explicar! Esperaba no cruzarse nuevamente con él durante el resto de la velada. Frente a ella había una amplia escalera que se bifurcaba en la parte superior. Supuso que no era necesario arriesgarse a subir y terminar en cualquier lado. En la planta baja seguramente encontraría un baño de servicio. El dilema era hacia dónde dirigirse. Optó por el pasillo a su derecha. Avanzó despacio hasta el final, en donde descubrió una puerta entornada. Se asomó con precaución. Era la cocina. El baño no debía estar lejos. Estaba a punto de continuar con su búsqueda cuando un ruido a sus espaldas atrajo su atención. La curiosidad pudo más que la cautela. Retrocedió sobre sus pasos y vio que había un hombre parado junto a la ventana. Tenía la camisa arremangada hasta la altura de los codos y apoyaba un brazo en el borde de la mesada. Estaba un poco inclinado hacia adelante, como si no se sintiera bien. Imaginó que quizá había bebido demasiado y apenas podía sostenerse en pie. De repente, se dio media vuelta y casi la sorprende espiándolo. Alcanzó a ocultarse entre las sombras, pero desde allí podía verlo todavía. Se trataba de un hombre joven, tenía el cabello negro y una barba de varios días oscurecía la parte inferior de su rostro mientras unas cejas tupidas le conferían un aspecto algo salvaje. Aunque era delgado, percibió la fortaleza de su espalda y de sus brazos. Llevaba pantalones anchos y uno de los tirantes colgaba sobre su pierna izquierda. Sabía que no era correcto espiar a las personas, pero por alguna razón que no llegaba a comprender, no podía apartar la vista de ese hombre. Se olvidó de la mancha en el vestido y hasta del idiota que la había causado. Tenía que irse antes de que se percatara de su presencia. ¿Qué explicación le daría? ¿Qué estaba buscando el baño y se había quedado como tonta observándolo a través de la puerta entreabierta? Se alejó con el sigilo de un gato y atravesó el pasillo con el corazón agitado. Al salir de la casa, buscó a

su madre. Débora le preguntó qué le había ocurrido a su vestido y le contó que había tenido un torpe accidente. Omitió entrar en detalles; no tenía caso decirle la verdad. Aceptó la copa de champagne que su madre le ofreció y, sin titubear, se la bebió de un solo sorbo. Se unieron al grupo en donde se encontraba su padrastro, y aunque fingía escuchar lo que se hablaba a su alrededor, toda la atención de Magdalena estaba puesta en la casa. Desde allí intentaba adivinar cuál era la ventana de la cocina. Cuando imaginó que ese misterioso hombre podría estar espiándola, se le erizó la piel. Miró su copa vacía. De muy buena gana se hubiera bebido otro trago para calmar la inquietud que la embargaba.

—Hay un joven que no te saca los ojos de encima, querida —le susurró su madre al oído.

—¿Dónde? —Magdalena volvió a fijar toda su atención hacia la casa.

—Allí, junto a la piscina. Date vuelta con discreción y lo verás.

Magdalena miró de soslayo por encima de su hombro. En ese mismo momento, Santiago Navarro Soler la saludaba con una sonrisa en los labios.

PAJARITOS EN LA CABEZA

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, 1 de enero de 1943

Alguien había dejado la ventana abierta y los rumores de la ciudad, más vacía que de costumbre en esa primera mañana del nuevo año, lo obligaron a despertarse. Maldijo en voz baja al culpable de semejante descuido y se cubrió la cabeza con la almohada. Intentó volver a dormirse, pero el intenso dolor de cabeza, fruto de la resaca, no se lo permitió. Resoplando y lanzando más maldiciones al aire, se dio media vuelta y abrió muy despacio los ojos para que su cerebro se acostumbrase a la claridad que reinaba en la habitación.

Descubrió que se encontraba a solas. El lado derecho de la cama, arrugado y con vestigios de una mezcla extraña de un aroma desconocido, estaba vacío. Buscó el reloj en el cajón de la mesita de noche. Las once y cuarenta de la mañana. Lady Olivia lo había dejado dormir demasiado. Hacía calor. Se deshizo de las sábanas pegajosas y se sentó. Necesitó unos segundos antes de ponerse en pie. Cuando le rugieron las tripas, recordó que no probaba un bocado consistente desde la tarde anterior, cuando compartió la merienda con su hermana Rosario. Las diminutas porciones de turrón que las muchachas del cabaret le habían ofrecido a él y a sus contrincantes durante la timba que habían armado en el sótano no podían contabilizarse como alimento. Además, el vodka y el champagne francés robado de la bodega de su casa que había consumido hasta mucho después de la partida de cartas se habían asentado en su estómago y subido rápidamente hasta su cabeza. Lo mejor era que ahora ni siquiera se acordaba cuánto dinero había perdido. Se levantó, y desnudo se dirigió hacia el mueble en donde lady Olivia siempre colocaba una jofaina con agua fresca para alivianar los malestares de la resaca. Se mojó el rostro, el cuello y la nuca. Con los dedos peinó su cabello hacia atrás. Cuando se miró al espejo, constató que su aspecto coincidía con su estado mental. Estaba aturdido, con pesadez en el cuerpo y muchas ganas de seguir durmiendo hasta el día siguiente. Pero no podía quedarse. Había faltado a la fiesta de Nochevieja en la estancia y su hermana jamás se lo perdonaría. Si se apuraba, podría llegar al almuerzo que preparaba cada 1 de enero para agasajar a los empleados a modo de agradecimiento por los servicios prestados durante el año. Al menos conseguiría un poco de clemencia. No había tiempo que perder. Barrió la habitación con ojos somnolientos y fue recogiendo su ropa a medida que la iba encontrando. La noche anterior, ni el alcohol en exceso, ni la frustración de haber perdido a las cartas, le habían impedido tener un excelente

desempeño en la cama. Haciendo una excepción, ya que en el local no se permitía que los clientes pernoctasen con sus *gatitas*, lady Olivia, para levantarle el ánimo, le había dado permiso de quedarse. No recordaba sus rostros, tampoco sus nombres, que casi nunca solían ser los verdaderos. Su piel sí que tenía memoria y sonrió complacido, cuando al cerrar los ojos, se le vinieron a la mente los momentos de infinito placer que había experimentado entre las cuatro paredes de aquella habitación. Tendría que pasar a ver a lady Olivia antes de irse para agradecerle por su gesto. Terminó de vestirse y se guardó la corbata arrugada en el bolsillo del saco. Le echó un vistazo a la cama una última vez antes de salir y cerró la puerta con cuidado, porque el más mínimo ruido estallaba en su cabeza. Saludó con una sonrisa a las mujeres que cruzó en el pasillo, y cuando preguntó por la dueña del cabaret le dijeron que estaba en la terraza, tomando el fresco. Enfiló hacia la parte trasera del viejo caserón en donde funcionaba desde hacía casi dos décadas El Gato Calavera y la encontró reclinada sobre una butaca, con un abanico que agitaba con vehemencia sobre su rostro y unos enormes lentes oscuros para protegerse del sol. Un mate hecho de calabaza esperaba ser cebado.

—Buenos días —la saludó cariñosamente, acariciándole el hombro que se asomaba por debajo de la bata de satén. A pesar de que ya debía rondar los sesenta, Olivia Lombardo, conocida como lady Olivia, era una mujer muy sensual. Mantenía su cuerpo esbelto a fuerza de dietas y su piel casi exenta de arrugas gracias a las cremas de belleza importadas que uno de sus antiguos clientes le obsequiaba a cambio de un poco de compañía. Francisco sentía un gran aprecio por ella. La había conocido en el hipódromo de Palermo. Él tenía quince años y había ido a probar suerte con los caballos después de que, en un sueño, se le apareciera un zaino con el número 5 estampado en la testuz. Entusiasmado ante la posibilidad de ganar unos pesos, apostó la mitad de sus ahorros a Mequetrefe, el caballo cuyo jockey portaba en la espalda el número que había soñado.

Mequetrefe le hizo honor a su nombre y lo traicionó, llegando a la meta en quinto lugar. Tal vez había malinterpretado su sueño, pero lo cierto era que había perdido. Cuando una mujer mayor se le acercó, quizá sintiendo lástima por su mala suerte, se sorprendió. Al principio, avergonzado de que algún conocido lo viese en su compañía y le fuese con el chisme a su padre, intentó evadir sus avances. Ella le puso una tarjeta en la mano y mientras le susurraba al oído que lo esperaba esa noche para compensarlo por el mal trago que acababa de pasar, le rozó el brazo con descaro. Sonrió al recordar los deseos que había tenido en ese momento de salir corriendo. Por supuesto, no lo hizo. El estupor y los nervios no se lo permitieron. Y esa misma noche, pisó El Gato Calavera por primera vez.

—Quién solo se ríe, de sus picardías se acuerda —bromeó Olivia Lombardo, invitándolo a acompañarla—. ¿Querés un amargo?

—No, tengo el estómago revuelto —le respondió—. Además, no puedo quedarme, cuento con una única oportunidad de congraciarme con mi hermana después de no presentarme en su

fiesta y voy retrasado.

—Te mima demasiado —comentó bajándose los lentes un instante para mirarlo a los ojos—. Le podés hacer las mil y una; siempre termina perdonándote.

Francisco suspiró. Lady Olivia tenía razón. Rosario, en su rol de madre sustituta, le había permitido demasiadas cosas. Y él, para compensarla por tantos disgustos, dejaba que se metiera en su vida siempre que quisiera. Se la pasaba reprochándole sus salidas nocturnas, las llegadas a la casa a altas horas de la madrugada y las infinitas deudas de juego que ella cubría de su propio bolsillo para no disgustar a Santiago.

—Rosario espera que un día se obre en mí un milagro… pero ella no comprende que los milagros no existen. ¡Ni siquiera teniendo un hermano sacerdote! —Puso los brazos en jarra y se dio cuenta de que no se había abrochado el cinto.

—Dejame a mí, querido. —Lady Olivia dejó el mate sobre la mesa, se volteó hacia él y con un rápido movimiento apretó la correa de cuero, apoyando ligeramente la mano en su entrepierna más tiempo de lo necesario. Le sonrió—. ¿Vendrás esta noche?

Francisco se quedó quieto. Todavía le provocaba una gran excitación esa manera entre sutil e insolente que tenía de tocarlo. Nunca había sido puta; se acostaba con los hombres por placer, no por dinero. Ella le enseñó todo lo que había que saber sobre el sexo. Después de ese encuentro casual en el hipódromo, había terminado aceptando su invitación y se presentó en el cabaret. Más por curiosidad que por interés, se había aparecido en el lugar con uno de los trajes de su hermano Santiago y el cabello engominado para aparentar más edad. Hacía apenas un año que había abandonado los pantalones cortos y estaba ávido de conocer mujeres y llevarse el mundo por delante. Su debut sexual, por causa del miedo y de los nervios, había resultado bastante bochornoso. Se marchó con la intención de no regresar nunca más; pero cuando lady Olivia le dijo que lo esperaba al día siguiente, dejó la vergüenza a un lado y comenzó a frecuentar el cabaret. Aunque muchas de sus noches las había pasado en sitios de más categoría, como el Chantecler o el Marabú, siempre terminaba volviendo a El Gato Calavera. Ya no eran solo los recuerdos los que lo ataban a ese antiguo caserón del Bajo Flores. Lady Olivia confiaba tanto en él, que llevaba tiempo organizando las timbas clandestinas en el sótano. Él conseguía a los jugadores. Casi siempre eran ricachones que pertenecían a su círculo de amistades, y ella no solo ponía el lugar, también aportaba al negocio compañía femenina siempre dispuesta a atender bien a los clientes. Francisco se llevaba el cuarenta por ciento de las ganancias; eso, por supuesto, cuando no se jugaba los cuartos en una mano de cartas.

—Antes de que te piantés, quería contarte que está por llegar *mercadería nueva* —le dijo apartándose de él para seguir abanicándose con ahínco.

—Sabés que no me gusta involucrarme en esa parte del negocio —le recordó—. Vos te dedicás a las chicas y yo a la timba.

—Ya sé, pero no te hagás el otario conmigo porque bien que te gusta darles el visto bueno

cuando recién llegan —retrucó Olivia Lombardo con ironía.

—Eso ya es otra cosa —se atajó.

—No es un reproche, Francisquito —le sonrió—. Solo quería que estuvieses al tanto, porque seguramente querrás conocer a la pebeta antes que los demás.

—¿Qué tiene de especial?

Lady Olivia sacó una fotografía del bolsillo de la bata y la dejó encima de la mesa de mimbre.

—Viene del norte, de algún pueblito perdido de Santa Fe —le informó—. Mi contacto en esa provincia me dijo que la inocente cree que viene a laburar conmigo de sirvienta. Al parecer tiene demasiados pajaritos en la cabeza y sueña con triunfar en el cine.

—¿Cómo se llama? —Preguntó Francisco, contemplando la foto de la muchacha.

—Saturnina Montero. Sin dudas, lo primero que haré será cambiarle el nombre.

Francisco asintió. Una jovencita de trenzas rojizas y mirada pícara sonreía a la cámara. Llevaba un holgado vestido a lunares con un bordado casi infantil en el escote. ¿Cuántos años tendría?

—Nina.

—¿Cómo?

—Se podría llamar Nina; es un diminutivo de su nombre.

A lady Olivia le agradó la sugerencia. También percibió que, aunque Francisco le recordase en todo momento que no deseaba meterse en los asuntos del cabaret, demostraba un interés especial en aquella muchacha.

—Es demasiado joven o es impresión mía —comentó, dejando la fotografía de nuevo en la mesa.

—No hay nada de qué preocuparse. Tiene dieciocho años. Es evidente que le deben haber hecho esa foto hace mucho tiempo.

—¿Para cuándo la estás esperando?

—El tren llega el jueves a la tarde. Iré yo misma a buscarla a la estación para que no le agarre un julepe al ver tanta gente junta por primera vez. Dormirá en una de las piezas del fondo, la que no tiene ventanas. Sé que no querés detalles, pero para asegurarme de que no se las tome en la primera oportunidad, durante los primeros días le seguiremos la corriente y la haremos laburar como criada. Una vez que entre en confianza, le canto las cuarenta.

—Me parece una estrategia acertada —comentó, echándole un último vistazo a la nueva adquisición del cabaret.

—Podés venirte el jueves a la noche así la conocés.

Una invitación demasiado tentadora como para rechazarla. Se despidió de ella con un ligero beso en los labios y se marchó. Debía darse prisa si aún quería ganarse el perdón de su hermana Rosario.



UNA HIJA VIRTUOSA

Barrio Norte, Buenos Aires, Argentina, enero de 1943

—¿Es necesario que yo también vaya, madre? —la pregunta retórica que Magdalena acababa de pronunciar provocó que Débora le lanzara una mirada hierática.

—Rosario Navarro Soler no tenía por qué invitarnos —repuso, corriendo las cortinas de la habitación para que entrase el sol de la mañana. El día estaba espléndido para disfrutarlo al aire libre y no para quedarse encerrada en la habitación—. Tuve la oportunidad de conversar con ella en la fiesta de Nochevieja y me parece una mujer muy simpática. Me comentó lo de la kermés y cuando me dijo que necesitaban gente dispuesta a colaborar con la organización, no dudé en ofrecerle nuestra ayuda. Creo que es una buena ocasión para que te distraigas, ahora que las clases en el conservatorio están en su receso de verano. Es probable que conozcas a otras chicas de tu edad con las que puedas entablar una amistad. No me gusta que pases tanto tiempo sola. Cuando no estás encerrada en casa, sales a pasear con el chofer o te escapas al menor descuido mío.

—Le recuerdo que ya no soy una niña. Si su temor es que me pierda, quédese tranquila que eso no va a suceder. —Lo que su madre ignoraba era que, aunque muchas veces salía acompañada por el chofer, ella se bajaba a unas pocas calles de distancia para pasear a sus anchas sin que nadie la vigilase. Se ponía de acuerdo con él, y a cambio de unos pocos pesos la pasaba a buscar, y así cuando llegaban juntos nadie sospechaba nada.

—Lo que me inquieta es que seas tan distinta a las demás jovencitas de tu edad, hija. —Débora se sentó junto a ella y le acarició las piernas por encima de las sábanas—. Nunca has invitado a tus compañeras del conservatorio a la casa a merendar; tampoco te has acercado a las hijas de las familias vecinas. Me consta que, solo en esta calle, hay al menos tres a las que podrías frecuentar sin ningún problema. Hace tiempo Teodoro me sugirió organizar una fiesta. Creyó que sería una buena excusa para que se conocieran, pero de inmediato le dije que te ibas a molestar con él por tratar de imponerte la presencia de esas muchachas a las que ni siquiera saludas cuando te las cruzas por el barrio.

—Y por supuesto querías evitar un posible conflicto entre nosotros —alegó Magdalena, a sabiendas de que su madre buscaba siempre la manera de propiciar un acercamiento con el hombre al que pretendía que algún día viese como un padre.

—Me parece que debí hacerle caso y correr el riesgo, hija. —Le hablaba con resignación. Sus intentos de mejorar la relación entre ella y su esposo seguían cayendo en saco roto. Magdalena respetaba a Teodoro, y en el fondo le agradecía todo lo que había hecho por ellas al sacarlas de Alemania. Sin embargo, nunca había tenido un gesto cariñoso hacia él cuando Teodoro le demostraba en todo momento que la quería como a una hija a pesar de no llevar la misma sangre.

A Magdalena le costaba mucho dar su brazo a torcer, pero veía a su madre tan empeñada en que se sumara a los preparativos de la dichosa kermés, que decidió aceptar con el único propósito de que la dejara en paz.

—¿Qué es lo que quiere exactamente esa mujer que hagamos? —le preguntó, esforzándose en mostrar interés mientras abandonaba con pereza la cama.

—Me dijo que la kermés la organiza la parroquia en donde su hermano oficia de diácono…

—¿Tiene un hermano sacerdote? —la miró a través del espejo con el ceño fruncido. Recordó al tal Santiago de la fiesta de fin de año. Definitivamente, no se trataba del mismo hombre.

—Es diácono —le aclaró—. El padre que oficia misa en Santa Clara se ha tomado unos días y él ha quedado en su lugar. Todavía no ha tomado los votos definitivos. ¿Se dirá así? Con las monjas sé que sí, pero en el caso de los seminaristas, no tengo ni idea.

Magdalena se encogió de hombros. Ella tampoco lo sabía.

—La intención es recaudar dinero para comprar juguetes y luego repartirlos el Día de Reyes en los barrios más carenciados. —Había entusiasmo en sus palabras. Era evidente que se sentía a gusto con la oportunidad de hacer algo más provechoso con su vida que quedarse en casa a oír radioteatros o salir a recorrer tiendas por la calle Florida—. Rosario quiere que colaboremos en todo lo que nos sea posible. Yo me ofrecí a dar una mano con la venta de rifas entre nuestros conocidos. Le comenté que tocabas el violín…

Magdalena se dio vuelta de un sopetón.

—¿Por qué hizo tal cosa? —le increpó.

—Porque tienes mucho talento y Rosario cree que te podrías convertir en la gran atracción de la kermés. No estás obligada a hacerlo, querida; es solo una posibilidad —agregó, al ver la expresión de espanto en el rostro de su hija—. Seguramente encontraremos alguna otra actividad con la que te sentirás más cómoda de poder colaborar.

Magdalena guardó silencio. ¿Actuar en un evento de caridad? Jamás se le habría pasado por la cabeza. Ella soñaba con tocar en una gran orquesta. Su profesor no se cansaba de elogiar su talento y la alentaba a aspirar alto. Su meta era convertirse en una de las violinistas del mítico Teatro Colón. Planeaba hacer una audición ese año, y si la suerte estaba de su lado, quizá alcanzaría por fin su sueño. El que había compartido alguna vez con su prima Isabela cuando estudiaban en la Academia de Artes de Berlín. ¿Por qué se acordaba de ella justo en ese momento? Lo atribuyó a la falta de noticias. Isabela seguía sin responder a sus cartas. Cuando comprendió que tal vez ni siquiera llegaban a sus manos, ya no volvió a escribirle.

Débora, ante su repentino mutismo, decidió salir de la habitación para que terminara de arreglarse. Le dijo que la aguardaba en el vestíbulo y le suplicó que no tardase demasiado porque Rosario Navarro Soler las esperaba a las diez en punto.

*

Magdalena y su madre llegaron a la parroquia Santa Clara, ubicada en el barrio porteño de Flores, con diez minutos de antelación. Débora le dio permiso al chofer para que fuera a dar una vuelta, porque no sabían cuánto tiempo iban a tardar. Con la tranquilidad que les brindaba haber llegado temprano a la cita, permanecieron un momento en la vereda, buscando refugiarse de los inclementes rayos del sol, bajo la sombra de un árbol. El pórtico de la iglesia estaba cerrado. Divisaron un automóvil acercándose despacio por la calle Zuviría.

Una mujer de cabellera cobriza se asomó por una de las ventanillas traseras al tiempo que las saludaba con la mano.

—Es ella —dijo Débora, acomodándose el casquete de terciopelo que adornaba su cabeza.

A Magdalena le pareció algo exagerada la reacción de su madre al verla llegar. Ella apenas había intercambiado algunas palabras con aquella mujer durante la celebración de fin de año en su estancia de Pilar. De esa noche en particular, recordaba dos hechos que la habían dejado bastante inquieta: el encuentro con el desconocido en la piscina, que arruinó uno de sus mejores vestidos; y el hombre al que había espiado sin ningún remordimiento durante su incursión por los pasillos de la casa. Aunque se dedicó a buscarlo en el jardín el resto de la noche, se quedó con las ganas de volver a verlo. Al otro lo descubrió varias veces observándola, y cada vez que intuía que planeaba acercarse a ella nuevamente, conseguía evadirlo mezclándose entre los invitados.

Rosario Navarro Soler atravesó la vereda toda presurosa, mirando de tanto en tanto hacia abajo por temor a que el fino tacón de sus zapatos de cuero encharolado terminase atrapado en el resquicio de una baldosa. Se plantó delante de ellas con una sonrisa en los labios.

—¿Hace mucho que llegaron? —les dio un beso en la mejilla a cada una. Se detuvo un instante para contemplar a Magdalena—. Sos más linda de lo que recordaba.

—Gracias, señorita Navarro Soler.

—¡Nada de formalismos, por favor! ¡Rosario a secas! —le pidió, mirando de soslayo a Débora.

—Pedro debe estar esperándonos en la sacristía. ¡Se puso muy contento cuando le conté que posiblemente podamos tener un concierto de violín en la kermés!

—Con respecto a eso… —Débora intentó explicarle que su hija aún no había aceptado, pero la impetuosidad de Rosario no se lo permitió.

—Ya hablaremos de los detalles con mi hermano. —Dirigiéndose a Magdalena, añadió—: ¡Estoy segura de que lograremos recolectar una muy buena suma de dinero con tu participación!

Magdalena, apabullada por la exacerbación de aquella mujer, tampoco se animó a contradecirla.

La siguieron hasta la iglesia en silencio mientras Rosario, gesticulando con las manos en el aire, iba enumerando la lista de actividades que había pensado para atraer a la mayor cantidad de público posible a la kermés. Avanzaron en fila por el pasillo central, haciendo que el repiqueteo de sus tacones retumbase en el lugar. Rosario se detuvo un instante delante del altar y se santiguó antes de desviarse hacia la sacristía. Varias figuras religiosas colocadas en pedestales de mármol parecían custodiar sus pasos. Magdalena se sintió algo cohibida de estar allí. Abandonar Alemania bajo una identidad falsa significó para ella y su madre renunciar a sus creencias y a la de sus antepasados. Teodoro Schneider fue muy claro con ellas desde el principio: habían conseguido escapar de la persecución de los nazis fingiendo ser lo que no eran y así debían continuar. Él se había arriesgado demasiado para traerlas sanas y salvas a la Argentina. Si en el consulado se enteraban de que había falsificado documentos con el sello diplomático para cruzar la frontera con Francia, no solo perdería su trabajo; también podría terminar en la cárcel. Cualquier descuido acabaría con todo lo que habían logrado hasta el momento en cuestión de segundos. Desde que vivían en Argentina, para no levantar sospechas, acompañaban a Teodoro a la iglesia los domingos. Se sentaban en la parte de atrás para no llamar demasiado la atención y eran los primeros en marcharse. En una ocasión, durante uno de los paseos que daban Magdalena y su madre para conocer la ciudad, habían pasado por delante de una sinagoga. Fue tan grande la angustia que las embargó que, unas calles más adelante, le pidieron al chofer que detuviera el automóvil porque querían caminar un poco. Cuando llegaron al templo judío, no se atrevieron a entrar. Permanecieron en la vereda, con las manos entrelazadas y los ojos llenos de lágrimas. A partir de esa tarde, siempre que les era posible trataban de repetir el mismo recorrido sin despertar la sospecha del chofer. Mientras el auto pasaba frente a la sinagoga de la calle Libertad, ellas en silencio decían una oración.

Los golpes que dio en la puerta Rosario Navarro Soler trajeron a Magdalena de regreso al presente. Distraída todavía por sus pensamientos, escuchó que una voz profunda las invitaba a entrar. Magdalena fue la última en pasar a la sacristía. Débora le hizo señas de que esperasen un momento mientras los hermanos se abrazaban. Magdalena se paró en seco. A pesar de la sotana, lo reconoció de inmediato. Su corazón se aceleró de tal manera que pensó que se le saldría del pecho. Era él… el hombre misterioso que había visto en la fiesta de fin de año. El mismo que ocupaba su mente y con el que soñaba por las noches. Sintió que le sudaban las manos.

—Queridas amigas, les presento a Pedro, el diácono de Santa Clara, pero antes que nada es mi hermano pequeño y el más consentido. —Le acarició la mejilla en un gesto de cariño—. Pedro, ellas son Débora Schneider y su hija Magdalena.

—Encantado de conocerlas. —Les tendió el brazo mientras sonreía.

Magdalena sintió vergüenza de que notara la humedad en las manos y tardó en responder a su

saludo. El suave contacto de su piel le provocó un calor intenso en la nuca. Aunque estaba temerosa, alzó la cabeza y se atrevió a mirarlo. El rostro masculino que había percibido en la penumbra de aquella cocina era tan hermoso como el que se imaginaba cada noche en sus sueños. Ahora que lo tenía tan cerca, a plena luz del día, descubrió que sus ojos eran grisáceos y que unas cuantas pecas salpicaban la parte superior de sus mejillas. Llevaba el cabello prolijamente peinado, aunque unos mechones del flequillo se rebelaban, cayendo sobre su frente. Posó su mirada en el alzacuello blanco que se asomaba por debajo de la sotana. Un sacerdote… el hombre que hacía latir su corazón con la fuerza de un caballo desbocado, era un hombre consagrado a la Iglesia. Sintió deseos de salir corriendo; sin embargo, la inexplicable atracción que ejercía en ella el padre Pedro le impidió moverse. Deslizó despacio la mano hacia abajo, deshaciendo la magia, al comprender que su extraña reacción estaba poniéndola en evidencia. Se percató de que él mostraba cierta incomodidad y hasta creyó ver que se sonrojaba. Sonrió para sus adentros al comprobar que él tampoco era inmune a su presencia. Rosario dijo algo acerca de la kermés y ambos la miraron.

—Los de la imprenta me prometieron que el talonario de la rifa va a estar listo para hoy a la tarde —anunció, invitándolos a sentarse.

Débora y Magdalena se ubicaron una al lado de la otra mientras Pedro ocupaba la silla en la cabecera de la mesa, enfrentado a su hermana.

—¿Cuál es el premio principal? —quiso saber Débora, intrigada.

Rosario la miró.

—Una casa de muñecas donada por Harrods. Estará expuesta en una de las vidrieras de la tienda para incentivar a sus clientes, y sobre todo a los padres de familias con posibilidades, para que compren muchos números.

—No habíamos acordado nada aún, pero Magdalena y yo podemos colaborar con la venta de rifas en nuestro barrio.

—¿Dónde viven? —Pedro entrelazó las manos por encima de la mesa. Miraba de hito en hito a las amigas de su hermana.

—En Barrio Norte —se apresuró a contestar Magdalena para tener una excusa de intercambiar algunas palabras con él.

—Es una zona de familias pudientes, pero también muy generosas —comentó él, curvando los labios en una sonrisa afable.

Magdalena tragó saliva. No pudo decir nada más; no cuando la encandilaba con esa sonrisa.

Pedro, confundido por su repentino silencio, volvió a concentrarse en lo que decía su hermana. De vez en cuando, y sin siquiera proponérselo, posaba sus ojos gises en aquella muchachita rubia que tanto lo había desconcertado.

Cuando Rosario mencionó lo mucho que le gustaría contar con el concierto de violín para la kermés, Magdalena pareció reaccionar de repente.

—Mi hija es muy virtuosa —comentó Débora, confiada de que entre los tres, lograrían convencer a Magdalena para que aceptase la invitación—. Mientras vivíamos en Alemania, asistía a una de las academias de artes más prestigiosas de Europa… Luego, cuando estalló la guerra y tuvimos que abandonar el país, perdimos su preciado instrumento con la mudanza y estuvo alejada de la música durante un tiempo. Hasta que mi esposo le regaló un violín nuevo, ¡nada menos que un Stradivarius! Retomó sus clases en el mejor conservatorio de Buenos Aires y sé que sería un honor para ella tocar en la kermés, ¿verdad, querida?

Magdalena se sintió acorralada. ¿Cómo negarse después de los halagos que acababa de hacerle su madre? Además, en su fuero más íntimo, lo que no quería era quedar mal con el padre Pedro. Le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Será un enorme placer para mí dar un concierto en la kermés y colaborar con todo lo que haga falta para que esos niños reciban sus regalos, padre. —Sus miradas se cruzaron durante unos cuantos segundos. A Magdalena la idea de participar en el evento de caridad de Reyes no la entusiasmaba demasiado; ni su madre, ni Rosario Navarro Soler, y mucho menos el padre Pedro, sospechaban que la única razón por la que ella había aceptado, era para poder estar cerca de él.

SUEÑOS DE SIESTA

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, enero de 1943

Esa noche, Francisco apareció en El Gato Calavera un poco más temprano de lo habitual. Había compartido la cena con sus hermanos con el único propósito de complacer a Rosario, y a la primera oportunidad, inventando un compromiso que no podía eludir, se escapó antes de que terminaran convenciéndolo de que colaborase con la dichosa kermés que su hermana y Pedro estaban organizando para el Día de Reyes. No le interesaba en lo más mínimo involucrarse en las actividades filantrópicas en las que se embarcaba Rosario para no aburrirse. Nunca antes la había visto tan ilusionada con un evento benéfico; incluso hasta le cambió el humor. Quizá ese marcado entusiasmo se debiera a otra razón. Tanto él como sus hermanos se preguntaban si no habría conocido a alguien. Tras la ruptura de su compromiso con Quiroz, no volvió a interesarse en otro hombre; y no era porque le faltasen candidatos. Muchos de los caballeros con los que compartía las mesas de juego le preguntaban por ella. Alguno, incluso, se había atrevido a pedirle permiso para frecuentarla. Pero todos terminaban con el rabo entre las piernas y el orgullo herido después de que ella rechazara sus invitaciones a salir. Parecía que había perdido el interés en los hombres y prefería sacrificar su propia felicidad para dedicarse a ayudar a los demás.

Una de las chicas del cabaret se le acercó, insinuando claramente cuáles eran sus intenciones al acariciarle la pierna. Francisco le sonrió cuando aquella mano cargada de anillos y experta en complacer a los hombres se deslizó hasta su bragueta.

—Ahora no, muñeca —le dijo, dejando el vaso vacío encima del mostrador—. ¿Dónde está lady Olivia?

—En su pieza, preparándose para salir —le contestó de mala gana. Le dio un ligero beso en la mejilla y corrió hacia la puerta cuando vio que ingresaba otro cliente.

Francisco pidió otro trago y arengó al pianista para que tocase algo más alegre. Entre el alcohol y la música, la espera se le hizo menos pesada.

Unos minutos más tarde, Olivia Lombardo entró el salón principal, desplegando toda su sensualidad. Francisco la saludó alzando el vaso hacia ella.

La mujer, contenta de tenerlo allí esa noche, se sentó a su lado con la espalda bien erguida y la falda del vestido abierta a un costado para lucir sus firmes muslos, apretados en unas

llamativas medias de red.

—¿Cómo va todo? —preguntó él clavando la mirada en su escote. Era sorprendente cómo un buen corpiño podía obrar milagros. Los exuberantes pechos de lady Olivia, víctimas del paso de los años y, sobre todo, de la gravedad, lograban mantenerse en su sitio sin ningún esfuerzo. Hacía tiempo que no la veía desnuda; se los imaginó caídos, algo fláccidos sin todo ese armazón de encaje que los contuviera y se le quitaron las ganas de volver a acostarse con ella. Lady Olivia, quizá enamorada de su juventud o empujada por la añoranza de esos primeros encuentros, se le seguía insinuando. Para Francisco, en cambio, esa pasión arrolladora que había sabido despertar en él siendo un adolescente se fue apagando con el paso del tiempo.

—Sabía que vendrías, *cachorro*.

Francisco sonrió. Hacía mucho que no escuchaba de sus labios ese apelativo cariñoso con el cual lo había bautizado al poco tiempo de conocerse. Su hermana Rosario siempre lo llamaba Fran, y sus hermanos Francisco a secas o Pancho cuando querían burlarse de él.

—A veces me da miedo que me conozcas tan bien —le dijo, aceptando el cigarro que le ofreció.

Lady Olivia guardó la pitillera en el escote de su vestido y se llevó la boquilla a los labios pintados de rojo.

—Son gajes del oficio, *cachorro*. —Se aproximó a él para que le encendiera el cigarro y aprovechó para embriagarse con el olor de su perfume. Lo extrañaba en su cama; pero era consciente de que él ya no la deseaba como antes y se había acostumbrado a las reglas del juego, aunque ella tuviese las peores cartas y saliera perdiendo. Debía conformarse con las migajas que le daba. Era eso, o nada. Y no estaba dispuesta a arriesgar lo que tenían en su afán de recuperar algo que él ya no quería compartir con ella.

—¿Dónde está la muchacha nueva? —preguntó, sin dar más rodeos.

—En la pieza del fondo, tirada en la catrera. Viajó varias horas en tren y llegó molida, pobrecita. La foto que te mostré no le hace justicia para nada —comentó, echando el humo del cigarro a un lado—. ¡Es una preciosura la nena! Un poco verde todavía, pero eso lo arreglo yo en un santiamén. Pebetas más remilgadas que ella pasaron por mis manos y terminaron siendo las mejores alternadoras de Buenos Aires —se jactó.

Francisco sonrió. Había decidido ir al cabaret para conocerla; ahora, las palabras de Olivia Lombardo no hacían más que acrecentar el deseo de ver a la muchacha y saciar por fin su curiosidad. Ella, percibiendo su ansiedad, no lo hizo esperar más. Aplastó el cigarrillo en el cenicero con el logo de Cinzano y le pidió que la acompañase. Mientras se dirigían a la pieza en donde se había instalado la recién llegada, Francisco aprovechó para atusarse el cabello y ajustarse el nudo de la corbata. Aspiró con fuerza. Se había puesto unas cuantas gotas de loción Atkinsons y apenas había rastros de alcohol en su aliento. Sabía que lady Olivia no le permitiría intimar con la muchacha en la primera noche, pero al menos quería causarle una buena

impresión. Se rio de sus propios pensamientos. Nadie le garantizaba que la tal Saturnina, a la que él había rebautizado con el diminutivo de Nina, terminase siendo de su agrado. En la foto le había parecido bastante insulsa; aunque si hacía caso a los comentarios de lady Olivia, intuía que no se llevaría ninguna decepción.

Y no se la llevó en lo absoluto.

Cuando la puerta se abrió, lo primero que sus ojos advirtieron fue un par de sandalias de charol por donde se asomaban unos dedos pequeños con las uñas pintadas de rojo. Deslizó sus inquisidores ojos hacia arriba, deleitándose con sus piernas bronceadas. Estaba sentada en la cama, con ambas manos cruzadas sobre el regazo y al percatarse de que lady Olivia venía acompañada, se puso de pie de inmediato.

Francisco comprobó que, definitivamente, la foto que le habían mostrado no le hacía ninguna justicia. Su cabello, de un rojo intenso, estaba recogido con dos horquillas al costado de la cabeza y le caía en enormes bucles encima de los hombros. No llevaba rouge en los labios; solo percibió un ligero tono rosado en las mejillas. Impresionado por su belleza, no supo discernir en ese momento si era maquillaje o se había puesto colorada por su causa. Olivia Lombardo cerró la puerta para que nadie los interrumpiera. Echó un fugaz vistazo al lugar y descubrió que todavía no había deshecho su equipaje. La vieja valija de cuero que había cargado desde la estación se asomaba por debajo de la cama. Esa no era una buena señal. Trató de recordar si había dicho o hecho algo que la pusiera en alerta sobre lo que se esperaba de ella, pero solía ser muy cuidadosa con las jovencitas, sobre todo las que venían del interior. No podía darse el lujo de que se asustaran y perder la inversión. Gastaba mucho dinero en cada una de ellas como para quedarse con las manos vacías. A las que se rebelaban en su contra y amenazaban en todo momento con escaparse, las tenía que enviar al local de una amiga en el sur de la provincia. Esperaba que aquella muchacha, a la que le veía un futuro muy prometedor, no resultase una revoltosa.

—Querida, ¿pudiste descansar?

Saturnina asintió en silencio, cohibida por la presencia de Francisco.

Lady Olivia sonrió. Sobre la mesita de noche, la bandeja vacía le indicaba que además de cansada del viaje en tren, había llegado muerta de hambre.

—Te traje a un amigo mío para que lo conozcas. —Puso la mano en el brazo de Francisco, instándolo a presentarse.

—Buenas noches, señorita. Mi nombre es Francisco Navarro Soler y es un placer conocerla.

Ella hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo.

—Buenas… buenas noches, señor Navarro Soler. Yo me llamo Saturnina Montero, para servirle. —Cuando la vergüenza le permitió mirarlo a la cara, descubrió que era un joven muy atractivo. Con ese pelo engominado hacia atrás, el fino bigote y el pocito en el mentón, lo encontró parecido al actor Floren Delbene, uno de los galanes de cine que más le gustaba.

—¿Podría llamarte Nina? —le preguntó él, de repente, contando con la anuencia de lady

Olivia.

—¿Nina? Nunca nadie me llamó de esa manera —respondió, algo perpleja.

—Aquí es muy común cambiarse el nombre, cariño —terció la madame—. El tuyo es demasiado largo y difícil de recordar. Creo que Nina te va mucho mejor.

La joven volvió a asentir. Le gustaba Nina. En su pueblo, allá en el norte de Santa Fe, todos la llamaban *la Saturnina* o *la hija de la Beatriz*. Lo repitió varias veces para sus adentros, y no le costó nada acostumbrarse a su nuevo nombre. Además, estaba segura de que si quería triunfar como artista en Buenos Aires, Nina sería mucho más elegante. Ninguna de las actrices que admiraba tenía un nombre difícil y aburrido como el suyo. Se llamaban Tita, Fanny o Zully.

—A partir de ahora seré Nina —manifestó, muy segura de lo que decía.

Olivia Lombardo sonrió complacida. La muchacha empezaba a dejar de lado la timidez y ese era tan solo el primer paso para convertirse en su mejor apuesta.

—Lo elegí yo al ver tu fotografía —repuso Francisco, con la intención de ganarse un punto con ella.

Cuando la muchacha se sonrojó, lady Olivia comprendió que quizá era un buen momento para dejarla a solas con Francisco. Inventó una llamada de teléfono inexistente que no podía posponer y abandonó la habitación, sin dejar de espiar por encima de su hombro hasta que cerró la puerta.

A Nina la desconcertó la súbita salida de la mujer y no supo qué hacer o qué decir. Extenuada después de tantas horas arriba de ese tren, no había podido dormir por causa de la emoción, y cualquier contrariedad le provocaba inquietud. Cuando eso sucedía, se decía a sí misma que no había nada de qué preocuparse. Lady Olivia le estaba ofreciendo la oportunidad de hacer realidad lo que tantas veces había soñado durante las tardes de siesta calurosas en las que cerraba los ojos y se imaginaba en Buenos Aires, triunfando en el mundo del espectáculo. No podía desperdiciar ni un minuto si quería convertirse en artista de cine.

De repente, se dio media vuelta, se arrodilló sobre la alfombra y sacó su valija. Con cierta dificultad, la colocó encima de la cama y la abrió.

Mientras Nina empezaba a desempacar, Francisco la contempló sin decir nada. Las sinuosas curvas de su cuerpo, acentuadas por la tela del vestido, poco tenían que ver con las de una muchachita de dieciocho años. No le costó nada imaginársela desnuda, entre sus brazos, echados en aquella misma cama en donde ella acomodaba todo lo que iba sacando de la vieja valija de cuero que seguramente había visto tiempos mejores. Descubrió que no había traído demasiada ropa. No quiso preguntarle para no incomodarla. Desconocía su situación económica y seguramente esos pocos trapos eran los únicos que poseía. Cuando la vio apilar un montón de revistas *Radiolandia* y algunas fotos de artistas a todo color, la curiosidad lo empujó a acercarse a ella.

—¿Te gusta el cine?

Nina volteó la cabeza hacia él. Una sonrisa radiante le iluminaba el rostro.

—¡Me encanta!

Francisco pensó que, si le sonreía de esa manera a los clientes del cabaret, se convertiría rápidamente en la favorita de muchos. La idea no le agradaba en lo más mínimo.

—¿Sabías que lady Olivia fue actriz? —Intuyó que aún no se lo había contado, porque si hubiese visto la colección de revistas del espectáculo que traía en su valija, se habría valido de ese fanatismo para ganarse más fácilmente su confianza. Ella negó con la cabeza mientras abría muy grande los ojos—. Trabajó en un par de películas cuando era más joven.

—¿En cuáles? —quiso saber, visiblemente emocionada porque la mujer que le había ofrecido trabajo en Buenos Aires, pertenecía al mundo del espectáculo. Se ilusionó con la posibilidad de concretar sus sueños antes de lo pensado.

Francisco le mencionó los títulos en los que Olivia Lombardo había participado y se sorprendió cuando Nina le dijo que había visto una de las películas en un cine de Rosario, durante una visita a una tía enferma.

—¡Jamás me hubiese imaginado que lady Olivia fuese una de las actrices!

Trató de explicarle que apenas le habían dado un rol secundario, con cuatro líneas de diálogo y una brevísima aparición delante de las cámaras; pero prefirió no decírselo, para no herir la susceptibilidad de Olivia Lombardo.

—Entonces ella debe conocer a mucha gente del espectáculo —comentó, mirándolo de reojo.

—Sí, conoce a mucha gente del medio artístico. —Estuvo a punto de decirle que él también se codeaba con ellos, pero no creyó necesario hacer alarde de su amistad con la farándula, al menos no todavía—. Algunos incluso frecuentan este cabaret. Cualquier noche de estas te podés cruzar con Pedro López Lagar o con Sofía Bozán.

Nina desparramó las revistas hasta encontrar la que buscaba y le mostró una *Radiolandia* del año anterior.

—¡Floren Delbene es el más churro de todos! —exclamó, llevándose la revista al pecho. Se puso colorada al recordar que apenas lo había visto, le resultó muy parecido a él.

—Delbene no es asiduo a El Gato Calavera; es más, creo que no ha venido nunca. Sin embargo, hallaremos la manera de que lo conozcas algún día. —Saboreando por anticipado lo agradecida que estaría con él si le cumplía su sueño, se dispuso a mover cielo y tierra para ponerla delante del actor que era conocido como el *galán de las cancionistas*, por trabajar al lado de estrellas como Libertad Lamarque, Mercedes Simone o Tita Merello.

Nina se dejó caer pesadamente en la cama. En ningún momento, soltó la revista *Radiolandia*. Clavó la mirada en el cielo raso mientras dejaba escapar un suspiro.

—Después de conocerlo, me puedo morir tranquila —proclamó, con expresión ensoñadora —. Pensándolo bien… si me muero, no voy a tener tiempo suficiente para darle las gracias, señor Navarro Soler.

Francisco se sentó a su lado. La falda del vestido estaba levantada y dejaba ver sus rodillas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el impulso de tocarla. Lady Olivia se lo había advertido: cualquier movimiento en falso y todo se echaría a perder. Con Nina debía armarse de paciencia y entonces, más pronto de lo esperado, la tendría comiendo de la palma de su mano.

—No me digas señor —le pidió—. Prefiero que me llames por mi nombre de pila.

Nina miró la foto de su adorado Floren Delbene, luego miró a Francisco y asintió.

Era lo menos que podía hacer por él.



LA ALEGRÍA DE VERTE

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina,
víspera del Día de Reyes de 1943

El día de la kermés a beneficio amaneció con un sol radiante. La diócesis a la que pertenecía la parroquia Santa Clara había llegado a un acuerdo con las autoridades de la ciudad para realizar el evento en un predio baldío, a pocas cuadras de la iglesia, justo en los límites entre el barrio de Flores y Caballito.

El escenario principal consistía en una pérgola adornada con guirnaldas de colores y cubierta con un toldo de lona. A su alrededor se habían instalado los puestos de venta de comida, las tómbolas y los de esparcimientos varios. Rosario Navarro Soler había sido de las primeras en llegar. Deseaba que todo estuviese listo para la apertura, pautada a las nueve de la mañana. Pedro pronunciaría un discurso; ella diría unas palabras de agradecimiento hacia todos los que habían colaborado y luego recorrerían cada uno de los puestos para bendecirlos.

Aunque no era el primer evento benéfico que organizaba, estaba más nerviosa de lo habitual. Recorría los pasillos del predio revisándolo todo, intercambiando saludos y sugerencias con los encargados de los puestos. Se esperaba una muy buena recaudación al final del día. Contaban con que la promoción que se había hecho en la radio y en los diarios atrajera mucha gente. Para eso habían anunciado que una talentosa violinista, de origen alemán, daría un pequeño concierto a las cinco de la tarde. Era el plato fuerte de la kermés y Rosario especulaba con que por la tarde la afluencia de público sería mayor.

—Todo saldrá bien.

La voz calmada de su hermano Pedro le permitió parar un momento y respirar hondo.

—No puedo evitar ponerme ansiosa —le respondió, llevándose las manos a la cintura. Llevaba un elegante pero cómodo tailleur de lino color bordó y zapatos negros de tacón bajo para que sus pies no se resintieran con el ajetreo. Se había recogido la melena cobriza en un rodete en lo alto de la cabeza, adornada con un discreto moño de terciopelo que hacía juego con el resto de su atuendo.

Pedro, víctima también de los nervios, intentó sonreír. El padre Olegario lo había dejado a cargo de todo para irse a pasar las fiestas con su familia en La Pampa y suponía para él una gran responsabilidad. Vio que su hermana observaba con insistencia el reloj.

—¿Qué pasa?

Rosario lo miró.

—Ya son casi las nueve y Débora no ha llegado. Me dijo que por nada del mundo se perdería nuestros discursos, pero no la veo por ningún lado.

Pedro estiró el cuello y barrió el lugar con sus ojos grises, esperando hallar a la mujer entre el gentío.

—No la veo a ella ni a su hija. ¿Vienen juntas? —Ni siquiera supo el porqué de su pregunta. Magdalena daba su concierto a la tarde, no tenía razón alguna para presentarse por la mañana.

—Ayer hablamos por teléfono para ultimar detalles y no me mencionó si vendría acompañada de su hija. Estaba muy contenta porque entre ambas habían logrado vender todos los números del talonario. —Se encogió de hombros—. Supongo que Magdalena necesitará prepararse para el concierto.

—¿No es ella? —Pedro alzó el brazo y señaló hacia la calle.

Rosario vio cómo Débora Schneider descendía con elegancia de un vehículo que acababa de estacionarse frente al predio. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Estaba radiante con ese ligero vestido celeste de mangas cortas que se ceñía en el escote con un broche. Llevaba unas cómodas sandalias y tenía el cabello suelto, peinado hacia un costado. Lucía unos enormes pendientes de perlas en las orejas y una gargantilla haciendo juego.

Un hombre se aproximó a ella y le puso la mano en la espalda.

Es el esposo, pensó. No le había dicho que él la acompañaría. Experimentó una sensación ambigua mientras los veía avanzar en medio de la gente. Le provocaba una inmensa alegría encontrarse nuevamente con Débora después de solo escuchar su voz a través del teléfono durante los últimos días. Sin embargo, verla al lado de ese hombre que con el simple gesto de tener la mano apoyada en su cintura parecía proclamar abiertamente “es *mi* mujer” le causó un gran disgusto.

Tras las presentaciones de rigor, cuando Débora se inclinó hacia ella para saludarla con un beso en la mejilla, Rosario se vio embriagada por el perfume dulzón que despedía su cabello. Sintió que de repente le faltaba el aire. Con la excusa de buscar al encargado del sonido, logró alejarse sin llamar demasiado la atención. Con pasos presurosos, se dirigió a la parte trasera del escenario para estar un momento a solas. Necesitaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Cerró los ojos, pero al hacerlo se le aparecía el rostro de Débora Schneider. Se llevó la mano al cuello; se le había acelerado tanto el pulso que pensó que le daría un síncope. La asaltó un miedo irracional a lo desconocido. Respiró hondo al tiempo que apretaba los labios. Poco a poco, la calma volvió a su cuerpo y el pulso recobró su ritmo normal. Sin embargo, no sería sencillo deshacerse de los inquietantes pensamientos que minaban su mente. Eso, lamentablemente, no dependía de su fuerza de voluntad.

Llamó a Pedro porque ya era la hora de inaugurar oficialmente la kermés y buscó a Débora

con la mirada. Estaba frente al puesto de venta de manzanas asadas, conversando con su esposo.

—¿Pasa algo? —Pedro le tendió el brazo para ayudarla a subir las escalinatas del escenario.

—No, estoy un poco nerviosa. Lo normal en estos casos —respondió ella, sonriendo para que él no sospechase nada.

Pedro la conocía demasiado bien como para intuir que hablar en público no era lo que realmente le preocupaba. Había algo más que no quería contarle.

Mientras daba su discurso, más breve que otros que preparara en anteriores ocasiones, Rosario trató en todo momento de mantener la mirada al frente. Débora y su esposo estaban a su derecha, escuchándola con atención. Soltó el micrófono al darse cuenta de que tenía las manos pegajosas por causa el sudor. Adrede, se salteó algunos párrafos para acabar con la tortura de una vez por todas. Agradeció la presencia de los asistentes y los conminó a vaciar sus bolsillos por una buena causa. Le dio paso a su hermano, quien en ausencia del padre Olegario fue el encargado de la bendición oficial. Ella se apartó, quedándose en un rincón. Se secó las manos con un pañuelo y cuando alzó la cabeza, descubrió que Débora la estaba mirando. Esa íntima conexión visual entre ambas duró unos pocos segundos… apenas un instante en el cual el mundo que las rodeaba, despareció. Una breve ráfaga de tiempo que dejó a Rosario todavía más aturdida.

*

Magdalena llegó a la kermés media hora antes de su actuación. Don Teodoro venía con ella, porque su madre había decidido quedarse para ayudar a Rosario en lo que hiciera falta. En una mano llevaba el violín y en la otra una carpeta con las partituras de los tres temas que ejecutaría en el escenario. Se había esmerado en su arreglo más de lo habitual. Convenció a su madre de que necesitaba comprarse ropa nueva para lucirse en una ocasión tan especial, y el vestido que ahora estrenaba le sentaba como un guante. El color azul zafiro resaltaba su mirada, mientras que el ligero vuelo de la tela de algodón dejaba que sus rodillas se asomasen por debajo de la falda cada vez que se movía. Se había pintado los labios de rosa y acentuado su mirada alargándose las pestañas con las pinzas de su madre.

Muchos se volteaban al verla pasar. Era una visión magnífica que atraía de igual modo la atención de los hombres y la envidia de las mujeres.

Don Teodoro caminaba a su lado, con el pecho ancho de tanto orgullo y una sonrisa de oreja a oreja estampada en el rostro. A pesar de las diferencias que existían entre ambos, Magdalena era para él la hija que nunca tuvo.

Se detuvieron frente al escenario. Una silla de madera y un atril adornado con las mismas guirnaldas que colgaban de los puestos de la kermés estaban esperando a la concertista. Todavía era temprano.

—¿Dónde se habrá metido tu madre? —Teodoro Schneider, impaciente por naturaleza, miró su reloj por enésima vez.

—Debe estar con la señorita Navarro Soler —comentó Magdalena, apoyando el estuche del violín en las escalinatas porque empezaban a dolerle los dedos. El paradero de su madre la traía sin cuidado. Le interesaba mucho más saber en dónde estaba Pedro.

Como si lo hubiese llamado con el pensamiento, lo divisó delante del puesto de tiro al blanco. Estaba arrodillado junto a una niña y sostenía un oso de peluche contra su pecho. Se lo entregó, le dio un beso en la frente y se despidió del hombre que acompañaba a la pequeña con un apretón de manos. Cuando él se volteó y la vio, la primera reacción de Magdalena fue acomodarse el cabello. Había decidido llevarlo suelto, a sabiendas de que su madre siempre la sugería que lo recogiese en un rodete para que no se le enredara el arco del violín. Estaba dispuesta a correr el riesgo con tal de verse bonita.

A medida que Pedro se iba aproximando, ensayaba en su cabeza qué decirle, cómo decírselo y qué sonrisa pondría. La presencia de su padrastro le resultó molesta. Le pidió que fuese a buscar a su madre y consiguió quitárselo de encima.

—Buenas tardes, señorita Schneider —la saludó Pedro, llevándose las manos a la espalda.

Magdalena sonrió. Agradecía que esa tarde hubiese prescindido de la horrible sotana negra. Llevaba unos pantalones grises y una camisa celeste de mangas cortas. Si no fuera por el alzacuello, se podría haber olvidado fácilmente de su condición de diácono de la Iglesia católica.

—Buenas tardes, padre. —Le sostuvo la mirada durante un instante, pero cuando sintió que las mejillas comenzaban a arderle, claudicó en su propósito de incomodarlo.

—¿Necesita ensayar o prepararse antes de su presentación?

Hubiese preferido que no la tratase con tanta formalidad; sin embargo, no se animaba todavía a pedirle que la tutease. Aunque lo ansiaba con todas sus fuerzas, debía ir despacio para no asustarlo.

—No, he practicado en mi casa —respondió, tocándose el lóbulo de la oreja—. Me sé las partituras de memoria, pero preferí traerlas por las dudas. No suelo tocar delante de desconocidos, solo en el conservatorio y allí nos conocemos casi todos.

—¿Es su primer concierto entonces?

Magdalena asintió y Pedro le sonrió. Al hacerlo, se le achinaban los ojos. Otro rasgo físico de él que acababa de descubrir y le fascinaba.

—Supongo que estará nerviosa.

—Un poco —reconoció ella. Al menos, si notaba algo extraño en su comportamiento, lo adjudicaría a los nervios por el concierto y no a las perturbadoras sensaciones que le provocaba su cercanía.

—Venga, la ayudaré a acomodarse.

Magdalena notó que había estado a punto de ofrecerle su mano para que subiera las

escalinatas, pero se arrepintió en el último instante. Lo que hizo, en cambio, fue apoderarse del estuche del violín para llevarlo. Ella le dio las gracias mientras acomodaba las partituras en el atril.

—No veo a mi hermana por ninguna parte. La voy a presentar yo, si le parece bien.

Magdalena asintió. No echaba en falta a Rosario Navarro Soler ni a su madre. Sentía que con él a su lado no necesitaba a nadie más. Si hubiese tenido las agallas suficientes, le habría pedido que permaneciera junto a ella durante el concierto.

Reclamó la atención del público aplaudiendo con vehemencia y se aclaró la garganta antes de anunciarla.

—Queridos amigos; sé que muchos de ustedes estaban esperando este momento. Hoy contamos con la presencia de una talentosa concertista que nos va a deleitar con su repertorio. Démosle la bienvenida a la señorita Magdalena Schneider. —Le hizo señas de que diera un paso hacia delante y ella, tímidamente, lo obedeció.

Magdalena miró a la gente que se había acercado al escenario; entre ellos se encontraban su madre, don Teodoro y Rosario Navarro Soler. Sonrió cuando la saludaron con la mano, infundiéndole ánimos. Abrió el estuche de cuero y sacó el violín. Se sentó y con voz temblorosa agradeció por la oportunidad que le daban de actuar en la kermés y de poder aportar su granito de arena para que los niños más carenciados tuviesen su regalo de Reyes. Antes de ejecutar la primera melodía, “La flauta mágica”, de Mozart, buscó a Pedro. Lo vio bajarse del escenario para mezclarse entre el público. Se sintió desolada, como si la hubiese abandonado en el momento que más lo necesitaba. Por un instante, perdió la concentración y se le nubló la mirada. Colocó el instrumento de cuerda en su hombro, irguió la espalda e inclinó la cabeza hacia la izquierda, hasta apoyarla suavemente sobre el extremo más ancho del violín. El texto de la partitura se veía borroso, pero había ensayado tantas veces aquella melodía, que podía ejecutarla con los ojos cerrados. La música tenía el mágico poder de transportarla al pasado; se olvidó de todo lo que había a su alrededor y simplemente se dejó llevar. En su mente revivió aquellas noches en las que, siendo una niña, se sentaba en el regazo de su padre con un violín de juguete y fingía tocar para él. Mientras sus pies se movían al compás de la obra de Mozart, unas cuantas lágrimas rodaban por sus mejillas.

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina,
vísperas del Día de Reyes de 1943

Tras dar varias vueltas por el lugar, Santiago por fin encontró un hueco en donde estacionar su automóvil. No planeaba asistir a la kermés, pero Rosario había insistido tanto que no pudo negarse. Francisco había conseguido librarse del compromiso, alegando que era el cumpleaños de unos de sus tantos conocidos y no podía faltar al festejo. Podía inventarle cualquier excusa a su hermana que ella todo se lo perdonaba.

Le llegó el quejido melodioso de un violín. Recordó que Rosario había mencionado que la hija de una de sus amistades daría un concierto en el evento benéfico. Seguramente le agradecería que al menos hubiese llegado a tiempo para escucharla tocar.

No había nadie en los puestos de entretenimiento; los que atendían las tómbolas, estaban absortos con la música. Toda la gente, en el más absoluto silencio, se había arremolinado alrededor del escenario. Sin dudas, Rosario había acertado en su pronóstico cuando aseguró que aquel número se convertiría en la atracción principal de la kermés. La vio a un costado del escenario, hablando por lo bajo con una mujer. Buscó a Pedro entre la multitud. No le resultó difícil encontrarlo. Era el único con alzacuellos. Pidió permiso para poder avanzar sin pisotear a nadie y cuando llegó al rincón en donde estaba su hermano, se paró en seco.

La concertista atrajo toda su atención.

Era ella; la muchacha que había conocido en la fiesta de fin de año.

Respondió al saludo de Pedro con un abrazo, pero no pudo apartar la mirada del escenario. Había pensado en ella durante los últimos días, y ahora le parecía increíble volver a verla.

Pedro percibió de inmediato el interés de su hermano mayor por Magdalena.

—¿La conocés? —le preguntó en voz baja.

—La verdad es que sí. Nos vimos en la celebración de Nochevieja, en la estancia.

Pedro no hizo ningún comentario. Él también estuvo allí, pero no se había cruzado con Magdalena. Si lo hubiese hecho, seguramente la recordaría.

—Rosario insistió mucho para que actuase en la kermés.

Santiago no le hizo el menor caso.

—No imaginé encontrármela precisamente acá —manifestó sacudiendo la cabeza en señal de

perplejidad. Tenía una gran sonrisa en los labios.

—Parece que te alegra volver a verla. —Pedro no supo decir a ciencia cierta por qué había hecho aquel comentario ante lo que resultaba tan evidente. ¿Le molestaba que Pedro mirase a Magdalena de ese modo? ¿Se sentía en desventaja porque él la había conocido primero? Cualquiera fuese la razón de su reacción, era un auténtico desatino.

—Sí, Pedro, me alegra y mucho. Me dejó bastante intrigado esa noche, además le debo una disculpa.

—¿Una disculpa? —Pedro arrugó el ceño—. ¿Qué le hiciste?

Santiago le puso la mano en el hombro.

—No fue nada grave —respondió, conteniendo la risa al ver la expresión de pavor en su rostro—. Solamente atenté contra su maravillosa humanidad, volcando sobre ella una copa de champagne. Ahora tengo la oportunidad de ganarme su perdón y quién sabe, tal vez acepte tomarse un café conmigo.

Pedro lo miró, boquiabierto. No le agradaba ese tono soberbio que solía utilizar cuando una mujer le gustaba. Él mismo había sido testigo de las veces en las que algunas de ellas, despechadas ante su repentino distanciamiento, se aparecían en la mansión exigiendo verlo para que les diera una explicación. Santiago, por supuesto, ni siquiera se dignaba recibirlas, porque no estaba en su naturaleza de hombre solitario y dedicado al trabajo tomarse a las mujeres en serio. Pedro dudaba seriamente que algún día cumpliese la promesa que le había hecho a su padre en el lecho de muerte. ¿Cómo iba a sentar la cabeza si prefería saltar de flor en flor en vez de afincarse en una sola?

El público aplaudió a rabiar después de que el violín de Magdalena ejecutó los últimos acordes. La ovación duró varios segundos. Santiago seguía cada uno de sus movimientos. Ella se puso de pie, hizo una reverencia a modo de agradecimiento y respiró hondo en un vano intento de contener las lágrimas de emoción que amenazaban con deslizarse por sus mejillas.

No quería perder más tiempo. Sorteó los pocos metros que lo separaban de aquella joven y saltó al escenario justo a tiempo para ofrecerse a ayudarla con el violín. Percibió la sorpresa en su semblante.

—Magnífica actuación —le dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Usted? ¿Qué hace aquí? —Recogió las partituras del atril con tanta mala suerte que se resbalaron de sus manos temblorosas y terminaron en el suelo, sobre los pies de su inoportuno ayudante.

—Lo que hace todo el mundo: disfrutar de su talento musical, Magdalena.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—La noche en la que nos conocimos, me quedé con la intriga de saber quién era usted. —Se acercó un poco más a ella y le indicó que mirase hacia la izquierda del escenario—. Ese de ahí es mi hermano menor, Pedro. Él develó el gran misterio sobre su identidad.

Magdalena lo miró. Ella ya estaba al tanto del parentesco que los unía. Trató de hallar algún rasgo similar entre ambos, pero no se parecían en nada.

—¿Por qué no empezamos de cero y dejamos en el olvido el pequeño incidente de aquella noche? Santiago Navarro Soler, de nuevo a sus pies, señorita Schneider. —Apoyó el estuche del violín contra la silla y le tendió la mano.

Ella vaciló un momento antes de responder a su saludo. Sintiéndose observada, optó por corresponderle. Dejó que Santiago le sujetara la mano durante unos segundos y luego la retiró de inmediato.

—Espero que pueda perdonarme, y para compensarla por el mal rato que le hice pasar, me permito invitarle una naranjada o un helado; lo que usted prefiera. ¡Prometo ser más cuidadoso esta vez y no atentar contra ese elegante vestido que lleva puesto y que no hace más que acentuar su belleza! —Con un gesto de la boca, hizo que su bigote se moviera de manera graciosa.

Magdalena se percató de que Pedro los estaba mirando. Lejos de ruborizarse o sentirse incómoda por una proposición que le pareció de lo más atrevida, terminó aceptando su invitación. Le pidió que la acompañase al auto de su padrastro para poner a buen resguardo el violín y regresaron a la kermés. Recorrieron los puestos de venta de comida, él le compró una enorme nube de algodón rosada y ganó una muñeca de porcelana en el tiro al blanco para ella, que terminó donando para la causa de Reyes.

Mientras Magdalena y Santiago se divertían, Pedro, mezclándose entre la gente para pasar desapercibido, los seguía de cerca.

*

Débora, como todas las noches, estaba poniéndose la crema hidratante en sus piernas cuando Teodoro ingresó a la habitación. Cerró la puerta tras de sí y se quedó observándola. Ella, incómoda, dejó el pote a un lado y con un rápido movimiento se cubrió con la bata de seda.

A Teodoro le molestó su falso recato. Llevaban casi tres años casados, y aunque su matrimonio no había sido precisamente por razones sentimentales, él se había enamorado de ella casi desde el primer día. Ofrecerle ser su esposa y salvar su vida y la de su hija no había sido ningún sacrificio de su parte. Débora era una mujer hermosa, que todavía no había cumplido cuarenta y cinco años y él la deseaba con locura. Trataba de contenerse para no violentarla a la hora de exigirle ejercer su derecho marital, pero ya no se conformaba con lo poco que ella le daba. Sabía que, aunque no estaba enamorada de él, le tenía un gran aprecio. Continuó contemplándola en silencio. Estaba más bella que nunca. La satisfacción de haber formado parte de un evento benéfico tan importante hacía que le brillasen los ojos. Se sentía útil y él lo celebraba. Le iba a costar demasiado respetar su espacio esa noche. Se aproximó a la cama con la esperanza de no terminar nuevamente rechazado y con el orgullo herido. Sus amigos más

íntimos, aquellos que sabían de su tormento, lo azuzaban para que se consiguiera una querida. Una mujer que estuviese dispuesta a complacerlo sin pedir demasiado a cambio. Pero ellos no comprendían que amaba a Débora y que nunca se le habría pasado por la cabeza engañarla. Ni siquiera cuando pasaban varias semanas sin hacer el amor.

Esa noche haría el intento otra vez. Quizá esa dicha que le iluminaba el rostro era la señal que había estado esperando. Se sentó junto a ella y le acarició el hombro por encima de la bata. Notó que debajo llevaba puesto el camisón de satén negro que había usado la primera noche que pasaron juntos. Lo tomó como una segunda señal de que nada perdía con intentarlo.

—Estás hermosa, Débora —le susurró al oído mientras deslizaba la mano por el brazo femenino.

Ella permaneció inmóvil, sintiendo el calor de su aliento en la nuca. Tampoco hizo nada cuando comenzó a besarle el cuello. Cuando le desató el nudo de la bata, todo su cuerpo se tensó. Aun así, no se atrevió a rechazarlo. No podía humillarlo una vez más. Alegar cansancio o una jaqueca inexistente, no le serviría de mucho esa noche. Vio el deseo reflejado en sus ojos apenas entró a la habitación. Lo respetaba a él y a su matrimonio, y aunque no lo deseaba como hombre, dejaría que la hiciera suya.

Teodoro, entusiasmado por su buena predisposición, le quitó la bata y la empujó suavemente hacia atrás. Deslizó los tirantes del camisón hasta dejarla desnuda de la cintura para arriba y se inclinó sobre ella, hundiendo el rostro entre sus pechos.

Débora enredó los dedos en su cabellera salpicada de canas y cerró los ojos.

Mientras su esposo la penetraba con el ímpetu de un adolescente afiebrado, ella pensaba en la sonrisa de Rosario Navarro Soler.

*

Era más de medianoche y Pedro aún estaba despierto. Inquieto, se movía en la cama sin poder conciliar el sueño. No llevaba nada encima, solo un par de calzoncillos cortos, porque el sudor hacía que la ropa le picase en la piel. Culpó al calor y a la falta de aire que hacía que las noches de verano porteñas se transformaran en una verdadera tortura.

Encendió la luz y clavó la mirada en el techo. Delineó mentalmente los contornos de la enorme mancha de humedad con forma de alas de mariposa mientras el tic-tac del reloj retumbaba en sus oídos. Afuera solo se escuchaba el incesante cantar de los grillos. Cerró los ojos y respiró hondo, soltando muy despacio el aire contenido en los pulmones. Aquella habitación estrecha y austera lo estaba asfixiando. El padre Olegario le había pedido que durmiera en la casa parroquial durante su ausencia, y hasta su regreso, pautado para el lunes de la semana siguiente, debía quedarse allí para cumplir la promesa hecha al viejo sacerdote. Sabía que no debía, pero echaba de menos la comodidad de su casa. Sobre todo, el colchón mullido de

su cama con doseles dorados y las perfumadas sábanas de lino que le producían la agradable sensación de estar acostado sobre una nube.

La vida que había elegido lo obligó a renunciar a demasiadas cosas; sin embargo, su fe y su vocación de servicio estaban por encima de cualquier anhelo. Aunque su familia respetaba su decisión, en muchas ocasiones habían intentado convencerlo para que abandonara esa "loca idea" de abrazar la vida religiosa. Jamás había dudado de cuál iba a ser su destino. Mientras los demás niños de su edad recortaban figuritas de autos de las revistas o leían el *Billiken*, él coleccionaba imágenes de santos o de mártires de la Iglesia católica. Le gustaba rezar por las noches y ansiaba que llegase el domingo para ponerse la túnica y acompañar al padre Olegario durante la celebración de la misa. Él había sido su mentor; el principal impulsor para que un día, siendo apenas un adolescente, pero con las ideas bien claras, hablase con su padre para comunicarle que deseaba dedicarse al servicio de los demás y que empezaría sus estudios en el Seminario Inmaculada Concepción de Buenos Aires.

Habían transcurrido cinco años desde ese momento y su vocación seguía intacta.

Agobiado por el calor y la falta de sueño, se sentó en la cama. Cuando sus pies descalzos tocaron el suelo de madera, lo sintió tibio. Fue hacia la ventana para abrir los postigos. El cielo estaba estrellado y el aire olía a madreselva. Su mente comenzó a vagar, a llenarse de pensamientos contradictorios. El rostro de una mujer se le aparecía una y otra vez, sonriéndole, mirándolo con cierta timidez.

No quería que invadiera su ser de esa manera tan intensa.

No podía permitírselo.

Agachó la cabeza mientras apoyaba las manos en el alféizar. Podía echarle la culpa de su insomnio al verano porteño o a la humedad aplastante; pero ¿a quién quería engañar? La verdad era otra y él tenía miedo de enfrentarla. Magdalena Schneider, colándose en su mente como una intrusa, amenazaba con hacer tambalear los sólidos principios religiosos que habían dirigido su vida durante los últimos años.

Nunca había tenido dudas de su fe. Aunque atravesó momentos en los que se sintió abrumado por la belleza de las muchachas que sus hermanos insistían en presentarle, el amor que le profesaba al Señor era más que suficiente. Recordó aquellas noches en las que se despertaba todo sudoroso, confundiendo sueño con realidad y las sábanas manchadas de una sustancia blanca. Cuando en secreto de confesión se lo contó al padre Olegario, el sacerdote lo tranquilizó, diciéndole que esas poluciones nocturnas eran normales a su edad y que no ofendían a Dios.

Y ahora, como si estuviese poseído por un demonio desconocido, la imagen de Magdalena tocando el violín o coqueteando con Santiago no dejaban de atormentarlo.

Se creía inmune a la belleza femenina… hasta el día en que ella se cruzó en su camino. A partir de entonces, y aunque hiciera acopio de toda su fuerza de voluntad, la pensaba en todo momento. Se le aparecía en sueños, convirtiendo sus noches en auténticas pesadillas. Parecía

estar preso de un hechizo o de algún encantamiento que amenazaba con quebrar su fe. ¡Cuánta falta le hacía oír los consejos del padre Olegario! Estaba seguro de que él sabría exactamente qué decirle para ponerle fin a aquel martirio. Se apartó de la ventana y de un manotazo encendió la luz.

En el perchero de pie colgaba su ropa. Tomó los pantalones y los despojó del cinto. Lo observó un instante mientras apretaba el cuero entre las manos. Se arrodilló sobre el reclinatorio, se aferró con fuerza a la parte superior hasta que los nudillos se volvieron blancos por la falta de riego sanguíneo. Cerró los ojos, alzó el brazo derecho y soltó el primer golpe. La hebilla llegó hasta la parte baja de su espalda, arañando su piel sin piedad. Se mordió los labios para no gritar. El segundo azote, propinado con más virulencia, se incrustó en sus carnes, provocando un sangrado. Tenía los ojos llenos de lágrimas. El intenso dolor que mordía su cuerpo, le hizo perder el equilibrio. Se detuvo apenas un momento para recobrar el aliento.

No podía parar… no podía hacerlo.

La firme mano del servidor de Dios castigó el tembloroso cuerpo del hombre pecador hasta el límite de sus fuerzas. Con aquel acto de contrición esperaba ahogar en su propia sangre los pensamientos impuros que Magdalena Schneider provocaba en él.

EL INCORDIO DE CRECER

Lodz, Polonia, mayo de 1943

Había movimientos extraños en el gueto esa mañana. Mientras cruzaban el puente de la calle Zgierska para dirigirse al taller de zapatos, Isabela y Samuel se percataron de que había dos camiones estacionados en la entrada. Los conductores conversaban con los guardias y hacían ademanes con los brazos, como si estuviesen dando indicaciones. En el trabajo, nadie comentó nada. Como cada día, cumplieron con sus labores en el más absoluto silencio. Al finalizar la jornada, hambrientos y agotados, se desviaron de su camino para cruzar por la calle principal. Comprobaron que los camiones continuaban en el mismo lugar y no había señales de los conductores. Isabela apuró el paso cuando un soldado se asomó por la ventana de la caseta y le dedicó una mirada lasciva mientras le lanzaba un ruidoso beso.

Era una situación desagradable que vivía casi a diario. Los alemanes sentían asco de los judíos; no perdían la ocasión de humillarlos y degradarlos como seres humanos. Por eso Isabela no entendía por qué ese soldado en particular se comportaba así con ella. Un día se lo contó a su madre y la explicación que le dio, le causó un miedo atroz. Recordaba cada una de sus palabras.

Isabela, ya no eres una niña. Tu cuerpo está cambiando y te has convertido en el centro de atención de muchas miradas masculinas. Tienes que tener mucho cuidado, hija mía. Eres demasiado inocente como para comprender qué se oculta en la mente de algunos hombres.

Después de escucharla se fue corriendo hacia el excusado y cerró la cortina. Se quitó el abrigo y sometió su cuerpo a un escrutinio riguroso.

Su mame tenía razón. Las caderas se habían ensanchado y sus pechos le abultaban ligeramente la ropa. Se los apretó para achatarlos, pero al sentir dolor, desistió. Había comenzado a usar sujetador casi al mismo tiempo de su primer sangrado. Se lo había dado su madre. Como le quedaba un poco grande, en vez de sujetarlo por los ganchillos, ella se lo ataba en la espalda. Se levantó la blusa. Estaba raído y tan holgado que apenas cumplía su función de contener a esas dos pequeñas manzanas que se habían convertido en un incordio. Le molestaban cada vez que le venía el período y hasta parecía que aumentaban de tamaño. El vello en las axilas y en sus partes íntimas eran otra señal de que se estaba haciendo mayor.

Hubiese dado lo que fuera por no crecer; por seguir siendo una niña y no enfrentarse todos los días a esa nueva Isabela que atraía la atención de los guardias o del encargado de la fábrica de

zapatos, que siempre le ponía la mano en el hombro cuando pasaba lista. Se acomodó rápidamente la ropa. Frustrada, comprobó que ni el abrigo, una talla más grande, ni la falda que le llegaba más allá de las rodillas, podían esconder sus curvas de adolescente en pleno desarrollo.

Odiaba tener catorce años, odiaba haber nacido mujer y odiaba esa maldita guerra.

*

Esa noche cenarían sopa. Aunque siempre resultaba ser un líquido aguado y sin sabor, Aina, con gran pericia culinaria y gracias a un intercambio que había hecho con una de las vecinas, consiguió convertirlo en un plato exquisito al agregarle unos pedazos de pan tostado y pimienta. Había entregado su único pañuelo de seda, pero la satisfacción en el rostro de su familia compensaba la pérdida.

Eugen, por su parte, también tenía una sorpresa para ellos. Ese día había llegado un poco más tarde de lo habitual porque después de cortar leña, el policía de la Judenrat, en un extraño gesto de amabilidad, le dejó cortar algunas grosellas para llevar a casa. Miró de reojo el cubo de madera que estaba detrás de la puerta. Le había puesto un paño por encima para que los niños no se dieran cuenta. Aina hubiese deseado hornear un pastel con los frutos, pero debían guardar la harina porque el pan era más necesario. Eugen la consoló, diciendo que Isabela y Samuel, adorarían comerse las grosellas en su estado natural y, sobre todo, terminar con la boca manchada de rojo.

Era un gusto que quizá no podrían disfrutar nunca más. Al día siguiente le daría de nuevo las gracias al guardia. Aún seguía sin comprender por qué le había permitido cumplir ese capricho. Siempre era déspota y lo trataba con la punta del pie, azuzándolo con la culata de su pistola para que cortase la leña más de prisa. Quizá era el calor o las moscas que proliferaban en el gueto y ponía de mal humor a todos, hasta al más imperturbable de los hombres. Trató de no darle vueltas al asunto y se dedicó a disfrutar de su familia. La expresión de estupor en el rostro de sus hijos al ver que su madre les entregaba un cuenco repleto de grosellas, bañadas en azúcar, disipó todas las preocupaciones que vagaban por su mente. Felices y satisfechos, se sentaron junto a la ventana para contemplar el cielo. Samuel se puso a contar las estrellas, apuntando hacia arriba con el dedo. De repente se dio media vuelta y miró a su hermana.

—Isabela, ¿por qué no cantas para nosotros?

Ella permaneció callada. No había vuelto a cantar desde la muerte de su bobe. Ese día, mientras su cuerpo era apilado en un camión junto al de otros judíos, la mayoría muertos por causa de la locura de alguno de los miembros de la Wehrmacht, había entonado su melodía favorita a manera de homenaje póstumo. Esa fue la última vez que los Eiserman se emocionaron con la voz angelical de su hija. Aina le acarició la mejilla.

—Cariño, nos gustaría mucho oírte cantar.

—No lo sé, mame. El timbre de mi voz ya no es el de antes —dijo a modo de excusa. Tenía miedo de que los cambios que se estaban produciendo en su cuerpo hubiesen afectado también sus cuerdas vocales.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas —terció Eugen, sonriéndole.

—¡Canta, Isabela, por favor! —insistió Samuel, contando con la complicidad de sus padres.

Era difícil negarse cuando la miraban con tanta expectación. Le preguntó a Samuel qué le gustaría escuchar y se aclaró la garganta antes de interpretar las primeras estrofas de "Adon Olam", uno de los himnos que escuchaban siempre durante la celebración del *sabbat*.

Efectivamente, la voz de Isabela ya no era la misma. Ahora tenía un agradable matiz aterciopelado que ponía la piel de gallina.

Aina y Eugen, emocionados, se miraron a los ojos. Samuel, completamente embelesado por la interpretación de su hermana, la contemplaba boquiabierto, con el mentón apoyado en las manos y las rodillas pegadas al pecho.

Cuando el *zemer* llegó a su fin, y tras un breve silencio, estallaron los aplausos.

Isabela fue la primera en percatarse de que algo ocurría. La quietud que precedió al desastre duró apenas unos pocos segundos. Todo ocurrió demasiado rápido. Uno de los camiones que había llegado al gueto esa mañana estacionó frente a la casa y permaneció con el motor encendido. Luego, un tropel de pasos apresurados, violentos golpes en la puerta y una orden proferida a gritos que no dejaba lugar a dudas: los estaban obligando a marcharse de Lodz hacia un destino tan incierto como temido. Les otorgaron apenas un par de minutos para recoger sus pertenencias. Se llevaron solo lo imprescindible y cupo todo en una sola maleta. Abandonaron aquella vivienda húmeda y fría que había sido su hogar durante los últimos catorce meses para volver a subirse a un camión que atravesó las calles del gueto a una velocidad más lenta de la usual, como si quisieran pasar desapercibidos. Cuando el vehículo se detuvo, Isabela levantó un poco la pesada lona para mirar hacia afuera. Se encontraban frente a la caseta de la entrada. Escuchó un murmullo de voces, pero no alcanzó a entender de qué estaban hablando. Asomó la cabeza y vio que dos soldados intercambiaban venias y golpes de tacones a modo de saludo de despedida. Se echó para atrás cuando uno de ellos, el que siempre la molestaba con sus gestos obscenos cada vez que la veía pasar, miró hacia la parte posterior del camión. Regresó al lado de su madre y se cruzó de brazos. Si había algo de lo que se alegraba al dejar ese lugar, era que ya no volvería a cruzarse con él nunca más.

Samuel se acostó sobre el regazo de su hermana mayor y al poco tiempo se durmió. Eugene, Aina e Isabela eran incapaces de conciliar el sueño. Cargaban con el cansancio después de una extensa jornada de trabajo, pero la incertidumbre de no saber hacia dónde se dirigían pesaba más en sus espaldas.

De vez en cuando, el camión pegaba algunas sacudidas, como si se estuvieran moviendo por senderos sinuosos. Oyeron el rumor de un arroyo cercano y, a lo lejos, el pitido de un tren. Los

Eiserman saltaban en sus asientos. Eugen sujetó a su esposa, que estuvo a punto de caerse al suelo, y Samuel, con tanto traqueteo, terminó por despertarse. Isabela le acarició el cabello mientras le susurraba la misma canción con la que los había deleitado antes de que los soldados irrumpieran en su casa.

El camión se detuvo unos minutos más tarde. El pitido de la locomotora se escuchaba muy cerca ahora. Era evidente que habían sido llevados a una estación de trenes. Isabela miró a sus padres.

—¿Volvemos a Alemania? —quiso saber. En sus ojos negros destellaba el brillo de la ilusión.

Aina y Eugen no supieron qué contestarle. Aunque en su fuero más íntimo sospechaban cuál sería su destino final, preferían dejarla con la intriga o que siguiera creyendo que regresaban a casa. Ninguno se atrevió a poner en palabras lo que les esperaba luego de bajar de ese camión.

Cuando los obligaron a salir, el día comenzaba a clarear. Estaban en una estación de ferrocarril, en medio de un paisaje montañoso. En el andén, una multitud de personas parecía tan a la deriva como ellos. Todos eran judíos. Llevaban la estrella amarilla en sus ropas y cargaban con sus bártulos a cuestas. Hombres, mujeres, ancianos y niños arracimados en un rincón, mientras un grupo de soldados de las SS, con enormes perros entrenados para la cacería sentados a su lado, vigilaban que todo estuviese en orden.

Avanzaron en fila, escoltados por el uniformado que venía con ellos en el camión. Los instó a moverse a punta de pistola cuando Samuel, arrastrando los pies, los obligó a retrasarse. Lo que había ocurrido en Lodz con la pobre Zila estaba aún demasiado vivo en sus cabezas. Isabela sujetó a su hermano del brazo y le imploró que se moviera. El pequeño obedeció al ver que ella tenía lágrimas en los ojos. Los dejaron junto a un par de ancianos que le dedicaron una sonrisa compasiva. Estaban tan angustiados como ellos, pero no se soltaron las manos en ningún momento mientras rezaban en voz baja el credo israelí. Eugen hizo lo mismo con su esposa y le ordenó a Isabela que no soltase a Samuel por nada del mundo. Todavía guardaba la esperanza de que conseguirían permanecer juntos. Necesitaba creer que así sería para no derrumbarse.

Un tren de carga de acercaba a la estación. Mientras los perros se excitaban y amenazaban con soltarse de las correas que los sujetaban, la multitud se aglomeró contra la pared para alejarse del humo que propagaban las ruedas de hierro sobre el andén a medida que el tren se iba deteniendo. Mientras un par de soldados abrían las puertas de los vagones, los que venían con los perros comenzaron a azuzarlos para que cumplieran con su objetivo: obligarlos a subirse al tren. Fueron divididos en dos grandes grupos. Los Eiserman se apiñaron y se sujetaron de las manos para evitar que los separasen. Un altavoz anunciaba que les servirían comida y bebida durante el viaje. Isabela vio las banderas con la esvástica negra flamear a merced del viento.

En la orilla del andén, cuando le tocó el turno a Eugen de abordar el vagón, tuvo que soltar a Aina durante unos segundos antes de que uno de los perros, con las fauces abiertas y la baba

cayéndole por el hocico, le lanzara un mordiscón. Ese breve lapso de tiempo fue crucial. Aina y los niños fueron empujados por otros que no querían terminar atacados por los perros, y en el forcejeo alguien levantó en el aire a Samuel y lo arrojó dentro del vagón. Gritó el nombre de su hermana e Isabela, desesperada, se subió con él. Aina venía detrás, intentando llegar hasta ellos. Eugen estaba en el otro vagón, pero no podía dejar solos a los niños. Lo buscó entre la multitud, pero no había rastros de él. Seguramente lo habían empujado hacia el fondo. En medio del alboroto, creyó escuchar que la llamaban por su nombre. Alzó la cabeza y lo vio. Por una delgada ranura en la parte superior del vagón, su esposo la estaba espiando. Se miraron durante un instante y ella le gritó que lo amaba. Luego, con la ayuda de alguien que le tendió la mano, logró subirse al tren y reunirse con sus hijos. Cuando le preguntaron por su padre, Aina les dijo que no se preocuparan, que pronto lo verían y estarían juntos otra vez.



UN CAMINO LARGO Y ESPINOSO

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, mayo de 1943

Nina estaba ansiosa. Esa noche, Francisco le presentaría a un importante empresario teatral que andaba en la búsqueda de nuevos talentos. Lo esperaban en El Gato Calavera para participar en una partida de póker y ella tendría, quizá, la oportunidad que tanto tiempo había estado esperando.

Llevaba cinco meses desempeñándose como alternadora en el cabaret. Al principio, cuando se dio cuenta de que la habían traído engañada a Buenos Aires y que no trabajaría precisamente como sirvienta, se asustó mucho e intentó escaparse. Fue lady Olivia, llenándose la boca con nuevas promesas, la que logró que se quedase. Le explicó que si volvía al pueblo a vivir nuevamente con su familia lo haría con un enorme cartel de "fracasada" en la frente y su sueño de convertirse en actriz quedaría trunco para siempre.

Hay trenes que pasan solo una vez en la vida, pebeta, le había dicho, palmeándole la espalda.

Desechó la idea de marcharse cuando lady Olivia le propuso un trato. Le aseguró que ella no obligaba a nadie a hacer lo que no deseaba. Se empeñó en explicarle que sus *gatitas* eran alternadoras, no putas. Trataban a los clientes con amabilidad, los alentaban a consumir alcohol y se sentaban en su mesa. Si alguno pretendía tener intimidad con ellas, se marchaban a un hotelito decente que había en la esquina y con el que tenía un acuerdo comercial. Ella podía alternar con los clientes hasta donde su moral o su pudor se lo permitieran.

Y allí estaba ahora; parada frente al espejo, terminando de arreglarse para impresionar a un hombre que no conocía y que podía cambiar su vida para siempre.

Ya no quedaba nada de esa muchacha tímida que había dejado atrás su pueblo y su familia para probar suerte en la gran ciudad. Ni siquiera el nombre conservaba. Desde el preciso instante en el cual Francisco la bautizara Nina, Saturnina había desaparecido para siempre. Dejó escapar un suspiro al pensar en él.

Estaba profundamente enamorada de Francisco Navarro Soler.

Su cuerpo y su corazón le pertenecían por completo. Aunque él le había repetido hasta el cansancio que no creía en el amor, ella terminó rendida a sus pies. Lo supo la noche en la cual la hizo suya por primera vez.

Cerró los ojos al revivir en su mente ese momento en el que fue tan feliz.

Había ocurrido a las pocas semanas de conocerse. Francisco la había invitado a dar un paseo por el centro de Buenos Aires y al volver al cabaret, lady Olivia les anunció que alguien los estaba esperando. Sonrió al recordar que casi se desmaya cuando el mismísimo Floren Delbene se plantó frente a ella y le besó la mano. Lo habían convencido de ir a El Gato Calavera porque había una admiradora suya que soñaba con conocerlo. El actor había estrenado hacía poco una nueva película y le contó todos los detalles de la filmación mientras compartían una copa. Antes de irse, el conocido "galán de las cancionistas" le firmó un afectuoso autógrafo que ella cuidó a partir de ese momento como si se tratara de un tesoro. Con la cabeza embriagada de alcohol y felicidad, buscó a Francisco para darle las gracias por haber cumplido uno de sus sueños más grandes. Cuando él le prometió que estaba dispuesto a cumplir cada uno de ellos si se lo permitía, Nina cayó irremediablemente en sus brazos. Se encerraron en la pieza del fondo y terminaron en la cama. Aunque sabía que llevaba deseándola desde el instante en que la vio, Francisco la trató con delicadeza. La desnudó despacio, tomándose todo el tiempo del mundo en recorrer con los dedos su cuerpo virginal. Le ofreció la dulzura de sus labios y el fuego ardiente de su intimidad al entrar en ella.

Nina se estremeció.

Francisco había sido su primer hombre y estaba segura de también sería el último.

Miró la cama en donde tantas veces habían hecho el amor. Dos vestidos esperaban que ella tomase una decisión. Entre el rojo con lentejuelas en el escote y el negro adornado con plumas en las mangas, le costaba elegir la mejor opción. Sabía que, en el mundo del espectáculo, la imagen era muy importante. Necesitaba causar una buena impresión para que el empresario teatral que había mostrado interés en conocerla no se decepcionara de ella.

Sin dudas, tener un rostro bonito era un gran punto a su favor. Allí le habían enseñado a explotar su belleza al máximo, a moverse con elegancia sin caer en la vulgaridad. Se decantó por el vestido rojo porque combinaba con el color de su cabello y hacía resaltar su mirada felina.

Los minutos pasaban y Francisco no aparecía. Se retocó el maquillaje por segunda vez mientras observaba la puerta a través del espejo. Cuando alguien llamó con insistencia, su corazón saltó de alegría. Se llevó una gran desilusión al descubrir que no era él sino una de las muchachas que venía a avisarle que el empresario a quien esperaban acababa de llegar. Le preguntó por Francisco y solo recibió un encogimiento de hombros como respuesta.

Se puso unas gotas de perfume en el escote y otro poco detrás de las orejas. Comprobó su imagen una vez más antes de abandonar la pieza.

Lo buscó entre los clientes que poco a poco iban llenando el lugar, pero Francisco no estaba. Se atusó el cabello cuando vio que lady Olivia venía hacia ella, acompañada por un hombre enorme que se movía con cierta dificultad por algún problema en su pierna derecha.

—Nina, el señor Irazábal anda preguntando por vos. —Puso la mano en el hombro del empresario, acariciándole el grueso cuello que se asomaba por encima de su ajustada camisa con

la punta de los dedos.

—Buenas noches, señor Irazábal. —Estaba tan nerviosa que no pudo ni esbozar una sonrisa —. Encantada de conocerlo.

Roque Irazábal, gracias a su curtido olfato en los negocios, tenía la capacidad de reconocer al vuelo cuando se le presentaba una gran oportunidad. Y aquella muchachita de cabello color de fuego y rostro angelical podía convertirse en la gallina de los huevos de oro. Navarro Soler le había dicho que era un diamante en bruto, pero se había quedado corto al describirla. Tomó su mano y la besó. Olía a flores silvestres.

—Un placer, señorita Montero —le dijo, recorriendo su cuerpo con ojos de zorro astuto. Luego miró a lady Olivia—. ¿Dónde podríamos hablar a solas?

—¿No deberíamos esperar a Francisco? —preguntó Nina, sintiéndose intimidada por aquel hombre que la devoraba con la mirada.

—No puedo perder el tiempo, querida. Vine hasta acá para conocerte a vos, no para hablar con Navarro Soler.

Lady Olivia le hizo señas de que le siguiera la corriente.

—Señor Irazábal… ¿puedo llamarte Roque? —El empresario asintió—. Roque, tenés que entender a la muchacha. Se puso nerviosa porque Francisco le prometió que estaría durante la reunión. Él es algo así como su representante y si vos le hacés una propuesta de laburo esta noche, es justo que también la oiga. ¿Por qué no bajás al sótano que en un rato arranca una partida de póker? Francisco me dijo que te gusta apostar fuerte.

Irazábal se tocó el bolsillo del saco a la altura del pecho.

—Vine preparado, por las dudas —anunció, dándole unos golpecitos a su abultada billetera.

—¡Perfecto! Vamos al sótano y cuando Francisco llegue, te mando a avisar.

Nina suspiró, aliviada. Había sido muy fácil salir del apuro.

—¿Te puedo pedir un favor, Olivia? —Roque Irazábal miró a la joven—. Me gustaría que ella me acompañase durante la partida. Tengo la impresión de que me dará buena suerte.

Lady Olivia, sin consultarla a Nina, asintió. No podía negarse a los requerimientos de un cliente tan importante.

—¡Por supuesto, querido! ¡Faltaba más! —Se acercó a Nina y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Andá con él y portate a la altura de las circunstancias, *gatita*.

Nina tragó saliva. Había bajado al sótano en muy pocas ocasiones. Era un lugar bastante siniestro que se llenaba con el humo de los cigarros y el olor rancio del perfume mezclado con el sudor de los jugadores. No tuvo más opción que acatar la orden de lady Olivia. Maldijo una y mil veces el nombre de Francisco mientras acompañaba al señor Irazábal al sótano.

El empresario teatral, con la excusa de que tenía una pierna mala por causa de un accidente en automóvil, le pidió que lo ayudase a bajar las escaleras. Nina lo tomó del brazo y Roque Irazábal aprovechó para apretarla contra su voluminosa anatomía.

—No queremos que ocurra una desgracia, ¿verdad, querida? —le rozó la mano con cierta presión al tiempo que sus ojos de halcón se posaban en el escote del vestido.

—No, señor Irazábal, por supuesto que no —respondió ella, haciendo un enorme esfuerzo para no salir corriendo.

—Llamame Roque, por favor. Cuanta más confianza haya entre nosotros, mucho mejor, ¿no te parece?

Nina asintió. Estaban llegando al final de la escalera, pero todavía tenían que atravesar un estrecho pasillo apenas iluminado para acceder al salón en donde se llevaban a cabo las partidas clandestinas.

A pesar de que el riesgo a una posible caída había desparecido y no había nada que obstaculizara el camino a pesar de la poca luz, el señor Irazábal continuaba sujetándole la mano. Nina trató de soltarse, pero él le indicó con un enérgico movimiento de cabeza que se quedara quieta.

—Navarro Soler me contó que tenías muchas ilusiones de convertirte en artista, querida —manifestó, pasándose la lengua por los labios al tiempo que la apartaba unos centímetros para observarla más de cerca—. Es evidente que tenés muchos atributos para triunfar. No sé qué te habrá dicho tu amigo, tu representante o lo que corno sea Navarro Soler para vos, pero para alcanzar la fama hay que hacer muchos sacrificios. Hay dos caminos posibles. —Se atusó el bigote—. Uno es largo y espinoso, el otro es más rápido y efectivo. Está en tus manos decidir cuál querés tomar para brillar en el cine o en el teatro. ¿Sabés cantar?

Nina negó con la cabeza.

—¿Y qué tal te va con el baile?

—Me defiendo —contestó ella, sintiéndose una tonta. Estaba echándose tierra encima, enterrando sus sueños cuando debía luchar por cumplirlos.

—Bien. A veces el canto y el baile no son estrictamente necesarios. El mundo del espectáculo es demasiado vasto y seguramente encontraremos algo que se ajuste a tu capacidad artística —comentó, guiñándole el ojo.

—¡Le juro que, si me contrata, no se va a arrepentir, señor Irazábal! —La euforia no le permitió ver el brillo malintencionado en la mirada del empresario teatral—. ¡Puedo empezar haciendo algún papel pequeño en la radio o en el cine… o donde a usted le parezca apropiado!

—Habías acordado que ya no me llamarías “señor Irazábal” Me gustaría que dijeses mi nombre; debe sonar muy bonito en una boca como la tuya —le acarició la mejilla y luego deslizó el dedo pulgar por sus labios—. Podés llegar muy lejos, chiquita. Depende de vos.

A Nina se le heló la sangre. En el tiempo que llevaba trabajando en el cabaret, nunca un cliente se había atrevido a tratarla de esa manera. La miraban con deseo, pero sabían que meterse con ella era buscarse problemas con un Navarro Soler. Apoyó la espalda en la pared. Tenía el estómago revuelto y la garganta seca. Quería salir corriendo, huir de aquel hombre pesado y

sudoroso que ahora le recorría el cuello con su enorme mano cargada de anillos.

—Roque… por favor, acá no. La partida debe estar por comenzar —le dijo, tratando de sacárselo de encima sin que se sintiera rechazado. Si era lo suficientemente inteligente, quizá podría conseguir de él lo que deseaba sin tener que acceder a sus exigencias. Francisco le debía muchas explicaciones. La había dejado plantada, a merced de ese cerdo y se lo cobraría muy caro.

Con una sonrisa seductora y un beso en la mejilla que le provocó náuseas, Nina lo convenció de abandonar aquel recinto en penumbras para reunirse con los demás jugadores.

Más tarde, cuando la partida de póker se puso picante y dos de las chicas bajaron para ofrecer puros y más alcohol a los apostadores, Nina aprovechó para salir sin que Irazábal se diera cuenta.

Preguntó por Francisco, pero nadie en el cabaret supo darle razón de él. Intuyó que ni siquiera aparecería por allí esa noche. Enojada, sacó a escondidas una botella de coñac del bar y se encerró en su pieza.

A solas, con los ojos vidriosos y el cuerpo todavía tembloroso, brindó por su suerte y por el gran futuro que le aguardaba en el mundo del espectáculo.

POR LA PASIÓN DE UNA MUJER

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, junio de 1943

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Santiago asintió.

—No es una decisión que se pueda tomar así, a la ligera —repuso Pedro, negándose a aceptar lo que parecía tan inminente. Lo había visto flirtear con Magdalena desde el día de la kermés, pero nunca pensó que la situación llegaría tan lejos. Santiago no la amaba, y en cuanto a ella… no podía decir exactamente qué clase de sentimientos albergaba hacia su hermano, no cuando se aparecía en la iglesia cada dos por tres con cualquier excusa para verlo y hablar con él.

—Le he dado muchas vueltas al asunto, Pedro —Santiago se distrajo un segundo con el movimiento de los criados que estaban preparando todo para que la familia compartiera el almuerzo en el patio con sus invitados, los Schneider. Miró a su hermano menor antes de continuar—. La promesa que le hice a nuestro padre no me deja otra opción.

Pedro no quería exaltarse y poner en evidencia la verdadera razón de que aquello le pareciera una locura. ¿Por qué tenía que contárselo precisamente a él? Podría haberlo hablado con Francisco o Rosario. ¿Por qué él?

—No podés casarte con Magdalena solo para cumplir con una promesa, Santiago. —Vio el gesto de indiferencia en el rostro de su hermano—. Un matrimonio se cimienta sobre bases sólidas; tiene que haber amor, respeto, confianza.

—El amor llegará con el tiempo —replicó Santiago, interrumpiendo lo que sospechaba se convertiría en un auténtico sermón—. Magdalena me gusta, la pasamos bien juntos y si lo que te preocupa es que no la respete a ella o a nuestro matrimonio, te podés quedar tranquilo, no tengo intenciones de violar ningún sacramento.

Pedro se removió inquieto en el sillón de mimbre. De repente, y más que nunca, el alzacuello le apretaba demasiado. Reprimió el impulso de quitárselo.

—¿Y ella qué piensa al respecto?

—No tiene idea de mis planes todavía —respondió, despreocupado—. Pienso pedírselo hoy mismo, delante de la familia, durante el almuerzo. La tensión que reina en el país me hizo replantearme muchas cosas, hermano. Sé que es hora de sentar la cabeza por fin.

Pedro se quedó callado. Jamás se imaginó que estaría presente durante la petición formal de

matrimonio de la mujer que, a pesar de todos sus intentos, vivía en su mente y en su corazón. No importaba las veces que había evitado su presencia; ella siempre se las ingeniaba para acercarse a él. Lo buscaba en la iglesia para colaborar con el ropero comunitario, donando varias prendas de vestir que recolectaba en su barrio, o se ofrecía a acompañarlo a los hospitales para leerle a los enfermos. Y a él le costaba mucho negarse a su compañía. En algunas ocasiones habían coincidido en la casa, cuando ella visitaba a Santiago. Pero allí Pedro contaba con la ventaja de poder encerrarse en su habitación. Entonces se acercaba a la ventana para espiarlos a ella y a su hermano mientras daban un paseo por el jardín. Desde que había conocido a Magdalena, su vida era una compilación de miradas furtivas, de silencios incómodos y deseos reprimidos. La autoflagelación aplacaba el fuego que corría por sus venas al pensar en ella; pero luego, cuando el dolor pasaba, la imperiosa necesidad de volver a verla se hacía insoportable. Era un círculo vicioso del cual no sabía cómo escapar. El padre Olegario, al tanto de todos sus tormentos, le había aconsejado tomarse un tiempo para reconsiderar sus prioridades. No sería el primero ni el último hombre de Dios que renunciaba a su vocación para plantearse la posibilidad de formar una familia. En su calidad de diácono provisorio, podía pedir una dispensa al episcopado. Pero él amaba demasiado a Dios y no pensaba renunciar a su fe por la pasión de una mujer.

Aunque le pareciera un desatino, quizá Santiago le estaba ofreciendo la solución a todos sus problemas. Si Magdalena ya era para él una peligrosa tentación debido a sus votos de castidad, en caso de casarse con su hermano pasaría a convertirse en un fruto prohibido. Uno al que debía mantener lejos de su alcance para no cometer un terrible pecado. En última instancia, si no podía controlar lo que sentía por ella, hablaría con el obispo para solicitar el traslado a otra parroquia. Estaba dispuesto a poner tierra de por medio si hacía falta, por su propio bien y por el de los demás.

—¿Creés que me dirá que sí?

Pedro notó a su hermano algo inseguro.

—Lo deberías saber mejor que yo —respondió, cortante.

—¿Qué te pasa? ¿No estás de acuerdo con lo que voy a hacer?

—En realidad poco importa lo que yo piense, Santiago. Te conozco y sé que no te gusta que se metan en tu vida, mucho menos que cuestionen tus decisiones. —Suavizó el severo rictus de su rostro—. Si bien no apruebo las razones que te llevan a querer casarte con Magdalena, voy a desearte toda la felicidad del mundo. Sos mi hermano y quiero lo mejor para vos. —*Aunque eso me cause un gran dolor*, pensó para sus adentros.

Santiago también se relajó después de oír las palabras de su hermano menor. No lo necesitaba. De algún modo, había hablado con él para buscar su aprobación. Ignoraba cuál podría ser la respuesta de Magdalena. Nunca habían hablado de matrimonio; tampoco de formalizar su relación. Quizá por eso había resuelto pedirle que fuera su esposa delante de todos. No quería darle la oportunidad de rechazarlo. Se tanteó el bolsillo del pantalón en donde

guardaba la sortija. Era una pieza valiosísima que había pertenecido a su abuela. Después de que Rosario rompiera su compromiso, había perdido el derecho de quedarse con la reliquia familiar. Ahora, si Magdalena lo aceptaba, terminaría luciéndose en su dedo.

El timbre anunció la llegada de los invitados. Santiago salió disparado hacia el recibidor mientras Pedro, cobardemente, corrió a refugiarse en su habitación.

*

Magdalena tenía la fuerte sospecha de que Santiago estaba tramando algo. Lo había notado bastante nervioso durante la última cita y aunque insistió en preguntarle qué le ocurría, él no había soltado prenda. La invitación a almorzar ese domingo no hacía más que confirmarlo. Su temor más grande era que Santiago descubriera la verdad: que había accedido a salir con él con el oscuro propósito de poder estar cerca de Pedro. No le alcanzaban las visitas a la iglesia, ni las pocas tardes que compartían en el hospital mientras él aliviaba el alma de los enfermos y ella los alegraba con sus lecturas. Frecuentar la mansión de los Navarro Soler, ganándose sobre todo la confianza de Rosario, le permitía sentirse parte de la familia y conocer más a Pedro, gracias a las anécdotas que le contaba su hermana mayor. Supo de la tragedia que los había golpeado cuando él era muy pequeño, y de las terribles consecuencias que la muerte de su madre había ocasionado en cada uno de ellos; especialmente en Francisco, el mayor de los varones, a quien veía muy poco durante sus visitas porque siempre estaba fuera de casa. Sabía qué clase de hombre era por los dichos de Santiago y le resultaba bastante antipático.

Esperaba ver a Pedro esa mañana. Era domingo y sabía que le gustaba compartir el almuerzo con sus hermanos. Por eso, cuando llegaron a la mansión del barrio de Belgrano y no lo vio sintió una gran desilusión. Santiago fue el primero en salir a recibirlos. Lo saludó con un beso en la mejilla, impostando una sonrisa. Rosario le dio un abrazo y tras estrechar la mano de don Teodoro, se llevó a su madre aparte para hacerle una consulta sobre el menú.

Cuando Santiago y su padrastro se enfrascaron en una charla sobre los últimos acontecimientos políticos que caldeaban los ánimos del país, Magdalena, con la excusa de devolver un libro que Rosario le había prestado, logró escabullirse hacia el vestíbulo. Siguió de largo al pasar delante de la biblioteca y subió las escaleras con sigilo. Nadie lo había mencionado; sin embargo, su instinto le decía que Pedro sí estaba en la casa y que se escondía para aplazar el momento de volver a verla.

No había estado nunca en la planta alta de la mansión y le pareció un laberinto de puertas cerradas que se extendían a lo largo de un pasillo con paredes empapeladas de gris oscuro y una gran ventana al final. Pinturas de paisajes campestres le daban un toque de color al lugar. Una de aquellas habitaciones era la de Pedro. La mullida alfombra persa amortiguaba el sonido de sus zapatos de tacón. Una sonrisa triunfal se instaló en su rostro al ver que una de las últimas puertas

del ala izquierda, estaba entreabierta. Se dirigió hacia allí con el corazón latiendo muy de prisa. Aguardó un momento antes de dar el siguiente paso. El silencio que reinaba al otro lado, era un claro indicio de que la habitación estaba vacía. Aun así, asomó media cabeza y descubrió el alzacuello encima de la cama. Supo entonces que no se había equivocado. Primero miró por encima de su hombro para cerciorarse de que no había nadie por los alrededores, luego, sin ponerse a pensar en las consecuencias de sus actos, entró en la habitación. Cerró la puerta y barrió al lugar con ojos curiosos. El lujoso pero escaso mobiliario consistía en una cama con dosel, una mesita de noche, un bargueño ubicado junto a la ventana y un reclinatorio en donde Pedro había dejado su biblia.

Entonces oyó el agua de la ducha. Pedro estaba dándose un baño. Esa puerta también permanecía a medio cerrar. Se acercó y apoyó la mano en el picaporte. Sería tan sencillo entrar allí y sorprenderlo. Sonrió cuando él se puso a cantar. Desafinaba bastante, pero era una delicia escuchar cómo entonaba aquel tango con tanto sentimiento. De repente se quedó callado. Se cubrió la boca con la mano. ¿Acaso se había dado cuenta de que no se encontraba solo? Cuando ya no escuchó correr el agua, se alejó del cuarto de baño antes de que la viera.

En vez de irse, se escondió detrás del pesado cortinado de terciopelo azul. La ventana daba al balcón. Desde allí podía ver el inmenso patio de la mansión y recordó la noche de fin de año, cuando había esperado en vano que Pedro se asomara desde la cocina para verlo. Era gracioso que ahora estuviese precisamente allí, dispuesta a espiarlo nuevamente.

Movió la cortina cuando la sombra de Pedro se recortó contra el piso alfombrado. Él estaba de espaldas, parado delante de la cama. Casi grita de espanto al ver los cardenales que surcaban su cuerpo. ¿Qué había hecho? Algunos ya habían cicatrizado, otros continuaban casi en carne viva.

De su cabello aún mojado caían algunas gotas de agua que se deslizaban por su piel. El deseo de tocarlo era tan intenso que superaba la terrible visión de su espalda lacerada. Magdalena cerró los puños, apretándolos contra la pared. Pedro rodeó la cama para buscar el reloj que había dejado encima de la mesa de noche y le ofreció, sin saberlo, una visión privilegiada de su pecho apenas cubierto por una mata de vello oscuro que se perdía en una línea delgada que atravesaba su ombligo y terminaba de desaparecer debajo de sus pantalones. Magdalena contuvo el aliento. Ya no le importaba ser descubierta. Es más, ansiaba salir de su escondite y acercarse a él. No supo si hizo algo que la pusiera en evidencia o Pedro la vio a través del reflejo de la ventana; pero de repente sus miradas se encontraron y no tuvo más remedio que mostrarse.

ARBEIT MACHT FREI

En algún lugar cerca de Gleiwitz, Polonia, junio de 1943

Era imposible saber cuánto tiempo había transcurrido desde que los obligaran a subir a aquel tren. Espiando a través de la estrecha rendija que había en una de las paredes del vagón, solo podían distinguir si era de día o de noche. Aquellos que debido al hacinamiento apenas podían moverse, lo descubrían cuando los abrasadores rayos del sol calentaban el techo al mediodía o cuando entraba un poco de aire fresco en aquel espacio viciado por el hedor de la orina y los excrementos. Había un solo balde para que casi un centenar de personas hicieran sus necesidades. Con el olor nauseabundo, las moscas, el contante lloriqueo de los niños más pequeños y los gemidos de los más viejos, era imposible dormir. Se turnaban para tirarse en el suelo porque el lugar era demasiado estrecho para que cupiesen todos. Isabela estaba de pie, con las manos en la espalda, apoyada contra el vagón. La pared de madera estaba caliente y tenía que moverse de vez en cuando para no quemarse. A su lado, Aina, sentada de costado, intentaba hacerse más pequeña para que Samuel no terminase con la cabeza entre las piernas de un hombre que a cada rato daba manotazos para espantar a las moscas. Llevaban tantas horas sin ingerir bocado que les dolía el estómago. Una mujer, impotente ante los berridos de su hijo, cortó un puñado de hierbas que se asomaba entre las maderas del piso del vagón, se la metió en la boca hasta formar una pasta verde y se la dio de comer al pequeño.

—Seguramente trasladaban bolsas de grano —comentó un hombre, mirando cómo el niño mascaba con fruición. Antes de que alguien se le adelantara, se tiró al suelo y arrancó un poco para él. Aquellos que lo vieron, de inmediato, se apresuraron a hacer lo mismo. Era un acto de extrema necesidad, el de sobrevivir de cualquier manera.

A Isabela se le caían las lágrimas al ver cómo aquellas personas eran capaces de arrancarse hasta los ojos por un poco de alimento para ganado. Comprendió que eso eran ellos precisamente… un rebaño de ovejas que marchaban rumbo al matadero.

Le hizo señas a su madre para que se levantara y entonces intercambiaron de sitio. Isabela se acomodó junto a su hermano mientras Aina estiraba un poco las piernas después de estar sentada durante tantas horas. Samuel se cubría las orejas para no escuchar el griterío. Isabela le besó la frente y descubrió que estaba ardiendo.

—Mame, mi hermano tiene fiebre.

Aina se inclinó hacia delante y comprobó, angustiada, que su hija mayor tenía razón.

—Necesita agua —manifestó Isabela mientras le apartaba el pelo húmedo del rostro a Samuel.

Aina miró a su alrededor. La poca agua que recibían cuando el tren hacía alguna parada, se acababa demasiado pronto. Les entregaban un balde a medio llenar y con la desesperación por beber, aunque fuese solo un poco, el agua muchas veces terminaba volcándose. Alguien había rumoreado que uno de los ancianos que viajaba en el fondo del vagón llevaba agua en una petaca que había conseguido esconder entre sus ropas al subir al tren. Viajaba con su esposa, una mujer ciega que dependía absolutamente de él para todo. Aina dudaba de que le fuese a dar un poco de agua para mojar los afiebrados labios de Samuel; sin embargo, tenía que intentarlo.

A empellones, logró llegar hasta donde se encontraba el anciano. Los que se encontraban a su alrededor, se fueron alejando al descubrir lo que sucedía. Estaba tendido en el suelo, al lado del cuerpo inerte de su mujer. Tenía las manos de ella apretadas entre las suyas. Debía llevar muerta algunas horas. En un acto de piedad, Aina se arrodilló y elevó una oración en su memoria. El viejo, ahogado en el dolor de la pérdida, no dudó en entregarle la petaca con agua en señal de agradecimiento. Con la vida escurriéndose entre sus dedos, sabía que el pequeño Samuel la necesitaba más que él. Aina ocultó la pequeña botella entre sus ropas. Cualquiera estaría dispuesto a matarla por un poco de agua. Regresó al lado de sus hijos y poniéndose delante de Samuel para cubrirlo con su cuerpo, embebió sus labios resecos por la fiebre. Le ofreció un sorbo a Isabela, pero su hija insistió en que a ella le hacía más falta. Bebió un poco y escondió la petaca detrás de Samuel.

Pocos se percataron de que el tren comenzaba a perder velocidad hasta que finalmente se detuvo. ¿Habrían llegado? Los que tenían la posibilidad de hacerlo, espiaban a través de las ranuras en las paredes. Aquellos que ya no soportaban la sed, conseguían sacar la mano para pedir un poco de agua a la gente que deambulaba por el andén. Un grupo de soldados, riéndose a carcajadas, se acercó al vagón con cubetas de madera. En un acto de crueldad innecesaria, arrojaron el agua al suelo, formando grandes charcos a su alrededor. Se alejaron, burlándose de su ingenuidad.

Unos cuantos minutos más tarde, el tren comenzó a moverse de nuevo. Aquel viaje agónico parecía no terminar nunca. Isabela se acurrucó junto a su madre y apretó la mano de Samuel hasta quedarse dormida.

*

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia, junio de 1943

La despertó el tumulto a su alrededor. Cuando abrió los ojos y no vio ni a su madre ni a su hermano se desesperó.

—Hija, levántate. —Aina estaba detrás de ella. Samuel, adormilado, se aferraba a su vestido —. Hemos llegado.

—¿Dónde estamos? —La puerta del vagón se abrió de golpe y el aire les devolvió un poco de vida.

—No lo sé, Isabela.

A un lado del tren los esperaban más camisas pardas… y más perros. También había hombres y mujeres que vestían uniformes a rayas. A los gritos, les ordenaron que bajasen. Lo primero que hicieron fue separar a los hombres de las mujeres. Aina buscó a Eugen, pero entre tanto movimiento de gente a su alrededor no lo encontró. Samuel continuaba prendido de la falda de su vestido. Se negó a soltarla cuando uno de los guardias que daba órdenes pero que no llevaba el uniforme militar lo zamarreó de los hombros para que se formara en la fila junto a los demás. Aina no sabía qué hacer. Su hijo estaba llorando y al mirar hacia abajo descubrió que se había orinado los pantalones.

—Por favor, cariño, haz lo que te ordenan —le imploró Isabela, temerosa de que el llanto de su hermano molestase a los soldados.

Samuel asintió con la cabeza mientras se secaba las lágrimas con la manga del saco. Lo apartaron de su madre y ya no volvieron a verlo. Isabela abrazó a Aina. Su familia había quedado partida al medio.

Los hicieron marchar bajo un sol ardiente por un sendero largo y recto, circundado por una hilera de barracones de madera en ruinas. Luego giraron hacia la izquierda por una vereda más corta hasta detenerse delante de una verja que se abrió lentamente con un molesto chirrido. Un par de metros más adelante, una barrera se levantó para darles paso. Todos alzaron la vista para leer el cartel de hierro que colgaba sobre sus cabezas.

“Arbeit Macht Frei”. “El trabajo os hará libres”.

La barrera bajó y aquel sonido metálico de las verjas al cerrarse tras ellos permanecería en sus cabezas durante mucho tiempo.

La hierba que bordeaba los caminos estaba prolijamente cortada y contrastaba con las edificaciones de ladrillo que se alzaban una al lado de la otra.

Los condujeron hasta la parte más alejada del campo. Los hombres por un lado y las mujeres por el otro. Entraron apretujadas en un bloque de duchas. Alguien repasó la lista con sus nombres en voz alta y se les ordenó que se desnudaran para una revisión médica. Hubo reticencia y miedo. Isabela miró a su madre. No quería quitarse la ropa delante de tanta gente. Pero aquellas que se negaban recibían un correctivo. Desobedecer no era una opción. Aina asintió con la cabeza, dándole a entender con aquel gesto que todo iba a estar bien.

Las prisioneras fueron sometidas a una exhaustiva y humillante revisación. Un doctor de

mirada sombría y gesto severo cuchicheaba con sus dos asistentes a medida que las iba examinando. Las más débiles y las que presentaban alguna enfermedad eran apartadas de inmediato. Luego debían pasar por manos del barbero. Les afeitaron las cabezas, el cuerpo y el vello púbico. Isabela observaba, angustiada, como las guedejas de su cabello del color del chocolate con suaves pinceladas de caramelo, quedaban esparcidas por el suelo. Cuando una mujer se agachó para guardarlo en una bolsa, preguntó en voz baja qué harían con él. Le respondió que una empresa alemana llamada Alex Zink pagaba buen dinero por una abundante cantidad de cabello que luego empleaban como relleno de colchón para las tropas.

Una vez que todas estuvieron peladas, fue el turno de las duchas. De pronto, las mujeres comenzaron a chillar cuando sus hijos pequeños les fueron arrebatados de los brazos para ser entregados al grupo que había sido apartado durante el examen físico y que continuaba amontonado en un rincón. Desesperadas, opusieron resistencia cuando se les ordenó que entraran a las duchas. No querían dejar a sus hijos porque sabían que ya no volverían a verlos. Isabela y Aina caminaban tomadas de la mano. Todas murmuraban, desconfiadas. Pero enseguida comprobaron que nadie las había engañado. Aquel lugar tenía duchas de verdad y recibieron el agua fría como una bendición.

Al salir, descubrieron que las prisioneras que habían sido descartadas junto con las criaturas más pequeñas no estaban más.

Les entregaron uniformes desinfectados y ropa interior limpia.

Luego, un alto mando de las SS, el comandante Blaz Müller, se encargó de pasar revista a los nuevos prisioneros.

Isabela bajó la mirada cuando aquel miembro del ejército alemán, vestido completamente de negro, se detuvo frente a ella. Pudo sentir sus inquisidores ojos recorriéndola de arriba abajo.

Ordenó que a cada uno le cosieran un número de identificación en el uniforme y también que se lo tatuaran en la parte interna del brazo izquierdo para evitar confusiones en el futuro. Isabela luego se enteraría de que les marcaban aquella cifra en la piel porque todos los prisioneros morían despojados de sus ropas y serían imposible de identificar.

Conforme con la inspección, el comandante Müller dispuso que fuesen trasladadas a los barracones. Les entregaban una manta raída y dispusieron que durmieran dos mujeres por litera. Isabela y Aina escogieron una de las más alejadas de la entrada. Se sentaron una al lado de la otra, observando el lugar con una mezcla de curiosidad y temor. Mientras susurraban una retahíla de plegarias para pedir por Eugen y el pequeño Samuel, escucharon el llanto desgarrador de las madres que acababan de perder a sus hijos.

HASTA EL DÍA QUE TE MUERAS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, junio de 1943

—¡Magdalena! ¿Qué... qué hacés acá? —Sorprendido por la repentina aparición de la joven, había estado a punto de mentar al mismísimo demonio. Cuando notó que todavía llevaba la bragueta del pantalón abierta, se prendió los botones con torpeza.

Mientras Pedro buscaba la camisa para cubrir su desnudez, Magdalena aprovechó para acercarse.

Cuando él levantó la vista, la tenía a tan solo unos pocos centímetros de distancia.

—Quería verte a solas —dijo ella, tomándose todo el tiempo del mundo para darle una respuesta que justificase su osadía.

—Magdalena, esto no está bien, y ambos lo sabemos. —Intentó alejarse; sin embargo, sus pies se negaron a obedecer. Su belleza volvió a encandilarlo. Tenía el cabello recogido y un tocado con flores celestes coronaba su peinado. Un par de tirabuzones dorados le caían al costado del rostro, dándole un toque algo aniñado. Llevaba una blusa en tusor de seda natural color canela y una falda *plissé* estampada en tonos azulados que se ajustaba a la altura de sus caderas. Clavó los ojos en su boca, teñida de rojo carmín. Pensó en todas esas veces en las que había deseado olvidar que llevaba sotana y besarla hasta quedarse sin aliento—. ¿Dónde está Santiago? —preguntó con la intención de hacerla entrar en razón. Magdalena debía entender que no podía cruzar ciertos límites.

—Abajo, conversando sobre política con mi padrastro —contestó ella, en tono burlón.

Pedro consiguió por fin que su cuerpo obedeciera y puso distancia entre ambos. No fue suficiente porque Magdalena volvió a aproximarse a él.

—Por favor, andate —le suplicó mientras intentaba abrocharse la camisa sin éxito.

—Deja que yo lo haga.

Antes de que Pedro pudiese reaccionar, Magdalena tomó la tela entre sus manos y la acomodó sobre su pecho. Cuando sus dedos entraron en contacto con su piel, sintió un fuerte latigazo que lo estremeció de pies a cabeza.

—No… —la sujetó de las muñecas con el propósito de apartarla de su lado; sin embargo, no fue capaz de moverse. Sus ojos se fijaron nuevamente en la boca de Magdalena. Los labios húmedos y temblorosos eran una invitación al pecado. *¡No puedo! ¡No puedo!*, le gritaba la voz

de su conciencia. El hombre de carne y hueso que dormía bajo el manto protector del Señor batallaba entre el deber y el deseo. Su cuerpo se rebelaba en contra de su fe. Bastaba tan solo que ella volviese a tocarlo para que sucumbiera a la tentación.

Magdalena percibió la lucha interna en la que se debatía Pedro mientras ella utilizaba todas sus armas para seducirlo. La deseaba tanto como ella a él. Sabía que no era justo aprovecharse de su vulnerabilidad; pero no había llegado hasta ese punto para irse con las manos vacías. Quizá era la única oportunidad que tenía para demostrarle cuánto lo amaba. Por eso, sin importarle las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer ni la mirada atormentada de Pedro, se liberó de su agarre para quitarse la blusa. Fue desprendiendo uno a uno los botones hasta revelar un corpiño de encaje blanco. Llevó los brazos hacia atrás y en un santiamén la falda cayó al suelo.

A Pedro se le cortó la respiración. Ni siquiera en sus sueños más audaces se la había imaginado así. Magdalena estaba jugando con fuego y sabía que no se detendría hasta arrastrarlo a los infiernos. Ella levantó una pierna para apoyarla en el borde de la cama y comenzó a quitarse el portaligas. Deslizó las medias de nylon por sus muslos con suma lentitud, para prolongar su agonía.

—Por favor, ya no más. —Intentó infundirle énfasis a su ruego, pero en su boca pastosa sonó más parecido a un débil pedido de ayuda. Necesitaba que se detuviera, que acabara de una vez por todas con aquel suplicio—. Soy un hombre de Dios, Magdalena. Te lo suplico, detén esta locura.

—En esta habitación, somos un hombre y una mujer —le susurró, acercándose peligrosamente a él—. No podemos negar lo que sentimos, Pedro. Olvídate de la sotana, de tus tontos votos de castidad y déjate llevar por lo que te pide a gritos tu corazón. —Tomó su mano y la acarició con lentos movimientos en círculo. Luego, la apoyó sobre uno de sus pechos. Cuando Pedro intentó soltarse, ella se lo impidió—. Mi piel arde por ti; cada rincón de mi cuerpo te desea, Pedro.

Él sintió una protuberancia debajo del encaje del corpiño. Ese pequeño botón endurecido envió cientos de señales a su entrepierna.

Magdalena percibió lo que sucedía y sonrió complacida.

—He esperado durante mucho tiempo este momento, Pedro. Buscaba cualquier excusa para estar cerca de ti. —Le abrió la camisa que ella misma había abotonado hacía apenas unos minutos y le rozó el pecho con el dorso de la mano—. Siempre supe que te gustaba. A pesar de tu condición de diácono, lo notaba en tus ojos y en cada uno de tus gestos. No importa que lo niegues, Pedro… tu propio cuerpo te traiciona, dándome la razón.

Pedro miró hacia abajo. A esas alturas, el deseo pernicioso que sentía por Magdalena se ponía en evidencia de la manera más vergonzosa.

—No podemos hacerle esto a Santiago —balbuceó mientras ella seguía recorriéndole el pecho, ahora con ambas manos.

—Yo no estoy enamorada de tu hermano —le confesó—. Si acepté salir con él fue solo para acercarme a ti.

—Él quiere casarse con vos… me lo dijo. Va a proponerte matrimonio hoy mismo.

La sorprendente revelación que le soltó Pedro, provocó que el apasionado juego de seducción que había puesto en escena Magdalena llegara a su fin. Aturdida, se dejó caer en la cama.

Pedro se sentó a su lado y la contempló en silencio.

—¿Casarnos? —Magdalena apenas daba crédito a lo que acababa de escuchar. Ahora entendía por qué lo había visto tan raro durante los últimos días.

—¿Tan terrible te parece la idea de convertirte en su esposa? —Cuando percibió que Magdalena estaba temblando, recogió la blusa del suelo y se la puso por encima de los hombros.

—¿Cómo me voy a casar con Santiago si es a ti a quien quiero? —Volteó la cabeza y lo miró —. ¿No te importa que sea su mujer? ¿Qué me entregue a él cuando solo deseo ser tuya?

Pedro no podía sucumbir de nuevo a sus deseos. Debía convencer a Magdalena de que aceptar la propuesta de matrimonio de su hermano era la única salida.

—Yo no voy a renunciar a la Iglesia, Magdalena. Lo que siento por vos es solo una encrucijada que el Señor me envió para poner a prueba mi fe.

—¿De verdad piensas que se trata de algo pasajero, Pedro? Yo no voy a poder olvidarme nunca lo que ocurrió hoy en esta habitación. Aunque ni siquiera nos hayamos besado, esa pasión que eriza nuestra piel con solo una mirada nos acosará por el resto de nuestras vidas. —Se levantó y, dándole la espalda, terminó de vestirse.

—Es lo mejor para todos —insistió él, poniéndose la camisa—. Yo no quiero lastimar a Santiago, tampoco ofender a Dios…

Magdalena se giró sobre sus talones y lo fulminó con sus ojos claros.

—¿Y qué hay de mí? ¿De nosotros? ¿Tan poco te importa lo que sentimos? —No quería llorar, pero no pudo hacer nada para evitar las lágrimas—. Yo no voy a apagar la llama de este amor que arde en mi pecho dándome azotes en la espalda, como haces tú. No me voy a refugiar en la oración para dejar de pensar en ti, Pedro. ¡Te quiero y te voy a querer siempre!

Antes de que él pudiese reaccionar, Magdalena se acercó y lo besó. Lo obligó a separar los labios mientras introducía la lengua en su boca. Pedro respondió, sujetándola con fuerza de la nuca para intensificar el beso. Luego, de repente, con el mismo ímpetu con el que lo tomó por sorpresa, ella se apartó y lo miró.

—Aunque me case con tu hermano, aunque reniegues de mí ante Dios, llevarás el sabor de mi boca en la tuya hasta el día que te mueras —sentenció, respirando agitada. Se acomodó el tocado y caminó hacia la puerta con la cabeza en alto y el corazón destrozado.

Pedro se tocó los labios, en sus dedos quedaron restos de carmín.

Magdalena tenía razón.

Jamás se olvidaría de ella.



NUNCA CON EL RABO ENTRE LAS PIERNAS

Barrio de Flores, Buenos Aires, junio de 1943

Los domingos a la mañana, Nina asistía a misa. Solía hacerlo en su pueblo, acompañada de su madre, y ahora, en Buenos Aires, mantenía la misma costumbre. El hecho de trabajar por las noches en un cabaret no reñía con su devoción cristiana. Se levantaba temprano y desayunaba con unos mates saborizados con cáscaras de naranja. Luego hurgaba entre sus ropas y elegía el atuendo más "decente" para no escandalizar a los feligreses o al padre Olegario.

El viejo sacerdote era su confesor. Cuando Francisco no la escuchaba, le contaba a él todas sus penas. Ese día, antes de que oficiara la misa de once, se acercaría nuevamente al confesionario. Necesitaba desahogarse con alguien después de las asquerosas insinuaciones del señor Irazábal. También le pediría la absolución porque deseaba matar a Francisco con sus propias manos después de lo que le había hecho.

Se bajó del tranvía y se enroscó la estola de piel alrededor del cuello. Odiaba el invierno; el frío y la lluvia la volvían melancólica. Extrañaba mucho a su madre. Le escribía dos cartas al mes y hablaba con ella una vez por semana. Doña Beatriz se había creído la mentira piadosa que inventó para no contarle a qué se dedicaba realmente. Para ella y para la gente del pueblo que seguía sus andanzas en la gran ciudad, Nina se había empleado como criada en la casa de una familia copetuda de Buenos Aires. No hacía nada malo; nunca había aceptado las propuestas indecentes de algunos clientes que querían llevársela al hotel para encamarse con ella; sin embargo, sentía vergüenza de contarle a su madre que trabajaba en El Gato Calavera. No era puta; se había convertido en la amante de un hombre porque se había enamorado de él. No sabía en qué terminaría su relación con Francisco; pero había una cosa que tenía muy en claro desde el principio: un Navarro Soler no se casaría con una mujer como ella.

Dobló la esquina en la calle Zuviría y apuró el paso. Debía darse prisa si pretendía que el padre Olegario la confesara antes de la misa. Entró a la iglesia, se santiguó y miró en dirección al confesionario. No había nadie esperando; solo un par mujeres orando antes del oficio religioso. Cuando el viejo sacerdote se acercó arrastrando sus pies por uno de los pasillos laterales, le hizo señas con la mano. El padre Olegario le sonrió y la invitó a pasar al confesionario.

—Ave María Purísima, padre.

—Sin pecado concebida, hija. Te escucho.

—Padre, usted sabe muy bien que en mi trabajo muchas veces es difícil mantenerse libre de pecado.

—Lo sé, hija mía —respondió el sacerdote en un tono comprensivo.

—No piense mal, por favor, sigo rechazando a los clientes que no se conforman solo con tomarse una copa conmigo —se apresuró a explicar—. Lady Olivia ha sido muy permisiva en ese aspecto y respeta mi decisión de… ya sabe… —bajó la voz por si alguien llegaba a escucharla— de no querer acostarme con ninguno.

El padre Olegario asintió desde el otro lado del confesionario.

—Visto ropa provocativa y coqueteo con ellos mientras los incito a beberse unos tragos; esa es mi única función en el cabaret. Usted sabe que mi sueño es convertirme en artista, que mi trabajo en El Gato Calavera es solo transitorio. Anoche vino un representante teatral que quería conocerme. Se suponía que Francisco iba a estar conmigo en un momento tan importante, pero el muy… —se mordió los labios para no soltar una grosería—. El caso es que no apareció en toda la noche y me dejó sola con ese señor.

—¿Te hizo algo? —preguntó el sacerdote, preocupado al percibir su enojo.

Nina tardó en responder.

—Me insinuó que sería muy fácil para una muchacha como yo hacer carrera en el mundo del espectáculo si accedía a ciertas exigencias. —Se quitó los guantes porque se dio cuenta de que le sudaban las manos—. Se aprovechó de que estábamos a solas y trató de sobrepasarse conmigo. Logré quitármelo de encima, haciéndole creer que estaba dispuesta a todo con tal de cumplir mi sueño. Sentí mucho asco, padre… No sé si poseo talento o si valgo para ello. Tengo miedo de que se repita lo de anoche o que piensen que soy capaz de acostarme con cualquiera para poder ser artista.

—Has actuado bien, hija. Debés dejarle bien en claro a esos señores qué clase de mujer sos. Tenés que hacerte respetar para que nadie se aproveche de vos. —Dudaba mucho de que en ese mundo regido por las apariencias, en donde la mayoría cubría sus verdaderos rostros con máscaras falsas, pudiese salir indemne—. Quizá estás a tiempo de salvarte.

—¿Qué quiere decir, padre?

—Si renunciás ahora al sueño de ser artista y volvés a tu pueblo, con tu madre a la que tanto extrañás, podrías evitarte muchos disgustos.

—No, padre. Eso nunca —contestó, con firmeza—. No voy a regresar al pueblo con el rabo entre las piernas. Voy a quedarme en Buenos Aires. No importa si no consigo convertirme en una estrella; no podría irme y alejarme de Francisco.

El sacerdote suspiró. Si el hermano mayor de Pedro estaba de por medio, de poco servirían sus recomendaciones.

—Ese muchacho no te conviene, hija. —Él sabía muy bien la clase de vida que llevaba Francisco Navarro Soler. Las terribles circunstancias en las que su madre muriera, prácticamente

delante de sus ojos, lo habían transformado en un hombre cínico y oscuro.

—Sé que a los ojos de mucha gente no es un buen partido —dijo, olvidándose por un momento de lo enojada que estaba todavía con él—. Si mi madre lo conociera algún día, estoy segura de que no aprobaría nuestra relación, pero yo lo quiero. A pesar del ambiente en el que ambos nos movemos, me trata con mucho respeto. Él fue mi primer hombre, padre. Y eso no se puede borrar así nomás. Podría tener un puñado de mujeres elegantes comiendo de su mano, pero me eligió a mí.

—Hace apenas un rato casi lo insultás porque no estuvo con vos anoche —repuso el sacerdote—. La ira es un pecado grave; pero también lo son la soberbia y la lujuria.

Aunque el cura no podía verla, Nina se puso colorada.

—Lo nuestro es amor, padre —aseveró, hablando de sus propios sentimientos para no pensar en los de Francisco. Él nunca le había dicho que la amaba. Era un hombre muy parco a la hora de expresar lo que sentía con palabras. A ella le bastaba una mirada, una caricia o uno de esos besos que le robaba y le cortaban la respiración.

—Está bien, hija mía. Si mis consejos van a volver a caer en saco roto, solo me queda decirte que tengas mucho cuidado. El mundo ahí afuera es muy peligroso y a veces sos una muchacha muy ingenua. —La miró a través del enrejado—. ¿Tenés algo más que decir?

—No, padre, eso era todo. —Había pensado en confesarle que sentía deseos de estrangular a Francisco por dejarla plantada la noche anterior, pero no había sido más que un arranque de furia que, estaba segura, se le pasaría cuando él la tomase entre sus brazos para pedirle perdón.

—Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Amén —repitió Nina haciendo la señal de la cruz.

Cuando abandonó el confesionario, lo hizo de prisa, para evitar que el padre Olegario la retuviera para seguir hablando con ella. Se sentó en un banco de la última fila y se entretuvo con el libro de cánticos mientras esperaba a que diera comienzo la misa.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, junio de 1943

Débora, aprovechando que Teodoro estaba conversando con Santiago en el salón, preguntó por Rosario. Emilce, la criada de confianza de la familia, le dijo que estaba en la cocina, supervisando los últimos detalles del almuerzo. Aunque le resultaba extraña la repentina desaparición de Magdalena, decidió ir al encuentro de Rosario.

La puerta de la cocina estaba abierta de par en par. El delicioso aroma de la carne asada perfumaba el ambiente. Sobre la mesada, una colorida variedad de verduras y hortalizas frescas estaban listas para ser cortadas.

—¿Necesitas una mano?

Rosario se dio vuelta de inmediato al escuchar la voz de Débora. Su acento europeo siempre le provocaba un cosquilleo en la nuca.

—¡La verdad es que sí! —le dijo, con una enorme sonrisa en su rostro. Llevaba un pañuelo en la cabeza para protegerse el cabello y un delantal de diseño cuadrillé rojo y verde que evidentemente no era suyo porque le quedaba demasiado grande.

—¿Qué quieres que haga?

Rosario la miró mientras se acercaba. Había estado pensando mucho en Débora últimamente y ahora no le era fácil asimilar que estuviese allí, en la cocina de su casa, dispuesta a ayudarla con el almuerzo. Le indicó que se ocupase de preparar la ensalada mientras ella terminaba con la guarnición de verduras.

—Teodoro no quería venir con las manos vacías. Había comprado una botella de cabernet, pero se la olvidó en casa. —Se puso un delantal que encontró colgado en un rincón de la cocina y regresó junto a la mesada. Era lo suficientemente espaciosa para que ambas pudiesen trabajar sin molestarse—. Me costó mucho convencerlo de que no se sintiera mal. ¡Quería ir a buscar el vino! ¡Imagínate! ¡Volver hasta allá por una botella!

—Cuando lo vea le diré que lo que importa es la intención —adujo Rosario, rascándose la nariz con el dorso de la mano porque la cebolla la estaba haciendo lagrimear.

Se miraron y ninguna de las dos logró contener la risa.

—¡Se preocupa por cualquier nimiedad? ¿Se dice así?

Rosario asintió.

—Es sorprendente lo bien que te expresás en nuestro idioma. Si no fuera por tu acento, que te delata, nadie diría que no sos argentina.

Débora guardó silencio. Hablar de sus orígenes, aunque solo fuese de manera casual, le provocaba mucha angustia.

—Perdón, dije algo indebido.

—No, no es nada, no te preocupes. —Desvió la mirada y fijó sus ojos verdes en las zanahorias que estaba rallando para la ensalada.

—No debe ser fácil abandonar tu tierra y echar raíces en otro lugar. Yo creo que si me alejasen de Buenos Aires me moriría. —De repente, la conversación estaba tomando matices más profundos.

—Dejamos Berlín obligados por las circunstancias, Rosario. —Interrumpió lo que estaba haciendo y se apoyó contra la mesada—. La guerra obligó a muchas familias a abandonar sus hogares. Los bombardeos eran casi diarios y nosotros corrimos con suerte. Conseguimos cruzar a

Francia a pesar de que ya era territorio invadido por los nazis. —Se había ceñido palabra por palabra a la historia que debían contar si alguien les preguntaba sobre su vida en Alemania.

—Ese tal Hitler me da escalofríos.

—Así como es odiado, también es amado. Los más jóvenes lo ven como a un ser superior e infalible y lo siguen con fervor. —Pensó en las Juventudes Hitlerianas, los famosos *niños del Führer*—. "Tú no piensas como yo, pero tus hijos me pertenecen" es uno de los lemas que Hitler se encargaba de hacer llegar a oídos de los que se oponían a sus ideas; sobre todo, a los enemigos internos que luchaban contra él en las sombras.

—¡Es terrible! —comentó Débora, abandonando por un segundo las tareas culinarias para escuchar su relato—. ¿Cómo es posible que un solo hombre tenga el poder de lavar el cerebro de tanta gente?

—Detrás de Hitler hay muchos más como él, Rosario. El Tercer Reich se gestó hace más de diez años, cuando los nazis llegaron al poder. Y no les alcanzó con extender sus garras por todo el territorio alemán, se quisieron adueñar también de Europa y su ambición desmedida provocó el estallido de la guerra. —La miró a los ojos vidriosos—. Alguien debería matar a ese hijo de puta… Se merece sufrir como un cerdo.

Rosario percibió lo afectada que estaba.

—Débora, estoy aquí para prestarte mi hombro siempre que lo necesites. —Le apretó la mano—. No sé por lo que habrán pasado vos y tu hija antes de llegar a Buenos Aires, pero soy buena escuchando a los demás. Soy la mayor de tres hermanos varones, ¡si he podido lidiar con sus problemas, puedo hacerlo con los de cualquiera! —dijo en tono de broma para animarla.

Débora se sintió reconfortada con sus palabras. Rosario era una buena amiga; la única a la que quizá se atrevería a contarle la verdad. Pero no estaba preparada todavía para hablar sobre sus orígenes judíos sin derrumbarse al recordar lo que había sucedido con Otto. Además, ¿qué pensaría ella si supiera que se había casado con Teodoro solamente para escapar de Alemania? No… no podía arriesgarse a perderla. Había resignado demasiadas cosas en su vida como para prescindir también de su amistad.

—Gracias, Rosario. —Hizo un esfuerzo por sonreír—. Eres una persona muy importante para mí.

Rosario suspiró. Otra vez, sus pensamientos volvían a dispararse hacia terrenos peligrosos. Cuando estaba con Débora, tenía la sensación de que nada ni nadie más a su alrededor existía. Se creaba entre ambas un halo de intimidad que temía romper con una palabra mal dicha o un gesto inadecuado. Sus ojos buscaron los de ella y se vio reflejada en su mirada. Como si hubiese caído presa de un trance hipnótico, levantó despacio el brazo y le acarició la mejilla.

Débora, víctima del mismo hechizo, tomó su mano y se la llevó a la boca para besar suavemente sus delgados dedos de artista. Sabían a enebro y a albahaca.

Rosario tuvo que sostenerse de la mesada porque sintió que sus piernas ya no le respondían.

No hubo ningún tipo de reticencia. Estaba completamente dominada por un extraño y placentero temblor que recorría todo su cuerpo. Su lado sensato le decía que aquello no era normal, que había algo mal en ella para tener sentimientos tan intensos por otra mujer; sin embargo, ese calor que se concentraba en la parte baja de su vientre, acallaba cualquier razonamiento.

Cuando escucharon que alguien venía, se separaron de inmediato.

Emilce entró en la cocina y le preguntó a Rosario si debía poner la vajilla de porcelana que usaban los domingos o la que sacaban de la alacena solo en ocasiones especiales.

—Saca las piezas de La Cartuja de Sevilla que heredamos de la bisabuela, Emilce. Sin dudas, hoy es un día muy especial —dijo, dedicándole a Débora una mirada cómplice.

ROSAS ROJAS Y UN PERDÓN

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, junio de 1943

Nina llegó al cabaret cerca del mediodía. El sermón que había dado el padre Olegario sobre la falsedad de la gente y la ingenuidad de los más débiles, había removido algo en su interior. Aunque la iglesia estaba abarrotada de feligreses, sentía que le hablaba especialmente a ella.

—Tenés visita, *gatita* —le anunció lady Olivia desde atrás del mostrador mientras se servía el primer trago de la jornada.

No hubo necesidad de preguntar de quién se trataba. Francisco era la única persona a la que ella le permitía entrar en su pieza cuando no estaba.

—No pongas esa cara que el pobre llegó todo compungido porque sabe que se mandó una macana con vos y ahora quiere portarse bien.

Nina se desvió de su camino y se acercó al bar. Hacerlo esperar era una manera de castigarlo. Le pidió a lady Olivia un jerez y se lo bebió de un trago.

—Tiene que pagar por lo que me hizo —dijo, respirando hondo después de que el alcohol le escociese la garganta—. Por su culpa pasé un momento muy feo con ese señor anoche.

—Un pequeño tropezón para alcanzar tu sueño, *gatita*. Aunque pretenden mucho, esos tipos suelen conformarse con poco. No te asustés porque no vas a tener que encamarte con Irazábal. Francisco nunca lo permitiría.

—Yo no estaría tan segura, lady Olivia. A veces siento que le importo demasiado poco, que pone más empeño en las timbas clandestinas que en nuestra relación —se quejó, quitándose el sombrero.

—Lo que pasa es que vos lo querés demasiado y cuando hay mucho amor de por medio, la cosa se puede poner fulera. Francisco es un tipo complicado, hay que saber llevarlo para no salir perdiendo. Ese metejón que tenés con él es casi de novela.

—Lo quiero… aunque en este momento me gustaría matarlo con mis propias manos —manifestó, dejándose vencer nuevamente por la rabia.

—Yo creo que con la noticia que te va a dar, se te va a pasar la bronca enseguida.

Nina, intrigada por las enigmáticas palabras de lady Olivia, arrugó la frente.

—¡No me quiso decir nada para no arruinar la sorpresa! —alegó, levantando la copa hacia ella para desentenderse del asunto—. Si estuviera en tus tamangos, iría corriendo a buscarlo.

Lady Olivia no pudo terminar la frase porque Nina, ansiosa, saltó del taburete para salir disparada hacia el fondo del local. Se detuvo un instante frente a la puerta de la pieza solo para retocarse el peinado y desabrochar los dos primeros botones del vestido que había tenido que cerrar para no llamar la atención durante la misa en la parroquia Santa Clara.

Lo encontró recostado en su cama, con los brazos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas. Iba a hacerle un reclamo, pero descubrió que se había quitado los zapatos. Estaba dormido, o al menos eso creyó. Se acercó muy despacio y lo miró desde arriba. Le pareció más vulnerable que nunca, con aquella expresión de paz en el rostro y la respiración pesada.

—Francisco. —Aunque estaba segura de que fingía, dijo su nombre en voz baja. Se inclinó un poco y sopló en su mejilla. Nada. Continuaba inmóvil. Con las uñas le rozó el cuello hasta detenerse en la nuez de Adán. Recordó en ese momento sus deseos de estrangularlo y tuvo que reírse.

—¿Qué picardía habrás hecho para que sonrías de esa manera? —Francisco abrió los ojos y sujetándola de los hombros la atrajo hacia él, haciéndola caer sobre su cuerpo.

—¡Sabía que no estabas dormido! —le reprochó, acomodándose contra su pecho mientras las manos de Francisco se apoyaban en su trasero, por encima del vestido.

—Me contó un pajarito que estabas enojada conmigo. Quería ganar un poco de tiempo antes de que me arrojases un almohadón o me atacaras con aquel florero —dijo, señalando el jarrón de porcelana en donde había dejado un enorme ramo de rosas rojas.

Nina se volteó. Se quedó boquiabierta.

—¿Son para mí?

—No, para lady Olivia —respondió, burlón.

Apartó las manos masculinas que aún descansaban sobre sus caderas y se levantó de la cama para ver de cerca su regalo. Hundió el rostro entre las rosas y aspiró hondo. El perfume dulzón le traía recuerdos de su casa en Santa Fe, de los rosales que su madre cuidaba con tanto esmero y que su abuelo podaba cada año para que crecieran con fuerza.

—Son hermosas, Francisco.

—¿Eso significa que estoy perdonado?

Nina sacó una rosa del florero y regresó a la cama. Se sentó junto a él y con los suaves pétalos color rojo sangre, acarició su mano.

—Cuando no apareciste anoche después de que me juraste que lo harías, me enojé mucho…

—Lamento haberte fallado, nena. Me encontré con un viejo amigo que no veía desde el servicio militar, y cuando me quise acordar ya era demasiado tarde.

—¿Un amigo? —¿Sería verdad o trataba de ocultarle que en realidad había estado con otra mujer?

—Sí. Él es del interior. Vivía en Junín, y le tocó la conscripción en Buenos Aires. Después, en vez de volver a su ciudad, decidió quedarse, pero le perdí la pista. Y anoche, en el Chantecler,

después de casi diez años, volvimos a encontrarnos. —Aunque se había rebelado en su contra cuando don Álvaro movió sus hilos para que hiciera el servicio militar con el propósito de enmendar su vida, no podía echarle la culpa por intentarlo. Por supuesto, el tiro le salió por la culata.

Parecía sincero; aunque con él nunca se sabía.

—¿Y ese amigo tiene nombre?

—Nombre y apellido —repuso Francisco un poco molesto porque notaba que ella desconfiaba de su historia—. Se llama Juan Duarte, pero para mí siempre ha sido Juancito. Un día de estos te lo voy a presentar y verás lo simpático que es. Tiene debilidad por las mujeres hermosas, los chalecos de piqué blanco y es un excelente jugador de billar. Anoche me ganó dos partidas seguidas; cuando quise la revancha, se le cruzó una señorita y me dejó plantado.

Nina lo escuchaba con atención. Eran demasiados detalles como para que estuviese tratando de engañarla. Eligió creerle y sintió curiosidad de conocer al tal Juancito Duarte. Pero ya habría tiempo para eso; ahora lo que más le interesaba era descubrir cuál era la sorpresa que tenía preparada para ella. Miró la rosa que sostenía en la mano. Esperaba que no fuesen solo las flores.

—Se me olvidaba contarte una cosa muy importante —comentó él apoderándose de la rosa, que a esas alturas había perdido la mayoría de sus pétalos—. Quería compensarte por el mal trago de anoche. No sé qué habrá pasado exactamente, pero conozco a Irazábal y sospecho que no pudo resistirse a su belleza.

—¡Fue muy desagradable! —replicó ella, poniendo los ojos en blanco—. Logré sacármelo de encima sin tener que llenarle la cara de dedos.

Francisco sonrió con orgullo.

—Ese hubiese sido un gran escarmiento, aunque también un error que terminarías pagando caro. Irazábal conoce a mucha gente importante en el ambiente artístico y le hubiese bastado un chasquido con la mano para arruinar tu carrera antes de empezarla. A veces es mejor agachar la cabeza para poder llegar a la cima —le aconsejó.

—Tenés razón, pero me costó contenerme —reconoció, mordiéndose el labio.

—Y tu coraje merecía una buena recompensa —le dijo, manteniendo un halo de misterio.

¡La sorpresa! Nina se emocionó. ¡No eran solo las rosas rojas, había algo más!

—Después de verte, Irazábal se apareció en el Chantecler. Tomamos juntos una copa y me dijo que había quedado gratamente sorprendido con vos; que creía que podías llegar lejos, pero que de inmediato se dio cuenta de que no eras de esas aspirantes a actrices que se meten en la cama de quien les convenga para alcanzar la fama. —Vio que Nina lo miraba, perpleja—. Creo que fue precisamente tu actitud la que hizo que te ofreciera tu primer trabajo.

Nina se cubrió la boca con la mano para no gritar. Las demás chicas dormían hasta tarde y no tenía derecho a despertarlas.

—No es gran cosa, pero por algo se empieza. —A Francisco le gustaba dejarla con la intriga,

por eso se tomaba su tiempo para terminar de darle la noticia.

—¿De qué se trata? —Nina, arrodillada en la cama, lo miraba, expectante.

—Mencionó que lo que más le gustó de vos fue tu sonrisa…

—¿Mi sonrisa? ¡Pero si apenas podía apartar los ojos de mi escote! —exclamó, perpleja.

—Eso fue lo que me dijo y gracias a esa bonita dentadura, mañana mismo, si querés, podés firmar tu primer contrato.

Durante unos cuantos segundos, Nina no mostró ninguna reacción. Parecía estar en medio de un trance, cuando en realidad, necesitaba asimilar las palabras de Francisco antes de que le ganase la euforia. ¡Un contrato! ¡El primer paso para hacer realidad su sueño!

Como ella no decía ni hacía nada, solo quedarse allí, arrodillada, con los ojos brillosos y una expresión de embeleso en su bello rostro, Francisco le contó todos los detalles.

—Es una publicidad de Kolynos, la famosa pasta de dientes. Tu sonrisa saldrá en las mejores revistas: *Radiolandia*, *Para Ti*, *El Hogar*, *Antena*.

—¡Pellizcame, por favor! —le pidió—. ¡Tengo que estar segura de que esto no es un sueño!

—Voy a hacer algo mejor, nena. ¡Vení acá! —La tironeó del brazo, arrojándola en la cama para montarse encima de ella. Le apartó el pelo de la cara y la miró—. Vas a triunfar, Nina Montero. Francisco Navarro Soler te lo promete.

Nina lo llenó de besos en el rostro y lo abrazó fuerte, aferrándose a su espalda. Mientras Francisco le hacía el amor, lloraba de felicidad.

LA PEDIDA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, junio de 1943

La guerra continuaba asolando a los europeos, y mientras países como México o Brasil colaboraban con el gobierno de Roosevelt, solidarizándose con los bandos aliados, Argentina mantenía una postura neutral. Sin embargo, la ideología nacionalista, de la mano de Leopoldo Lugones y de otros admiradores de la Alemania en guerra, se venía forjando desde la década anterior, con milicias fascistas desfilando abiertamente por las calles de Buenos Aires y con acusaciones hacia el presidente Castillo, al que muchos tildaban de nazi. Cuando estalló el conflicto en los principales gremios, entre ellos el de los frigoríficos, Santiago tuvo que tratar en persona con el sindicalista José Peter, quien, a pesar de haber sido separado de la Confederación Nacional del Trabajo, mantenía una estrecha relación con el gobernador Rodolfo Moreno. Tanto él como los demás propietarios de frigoríficos estaban convencidos de que Argentina no podía dejar sin carne a países como Gran Bretaña en medio de la crisis bélica.

Aunque la guerra parecía lejana, el fanatismo por el Tercer Reich que profesaban algunos miembros, tanto del Gobierno como del Ejército, había alcanzado límites insospechados. Un admirador de Hitler, el general Pertiné, había sido reelecto como presidente del Círculo Militar. Mientras tanto, el Grupo de Oficiales Unidos o Unificados, conocido como GOU, creado en el mes de marzo de ese año, era firme opositor al comunismo y buscaba evitar que el movimiento obrero se desviara hacia la izquierda política.

La madrugada del 4 de junio, el movimiento militar comandado por el GOU destituyó al presidente Castillo de su cargo.

La guerra que se libraba al otro lado del océano parecía repercutir en el territorio argentino. Un tiroteo frente al edificio de la Escuela de Mecánica de la Armada terminó con el sangriento saldo de más de ochenta muertos. Buenos Aires se vio invadida por el desconcierto. El general Arturo Rawson duró apenas un día en la Casa de Gobierno y fue reemplazado por Pedro Pablo Ramírez. El coronel Juan Domingo Perón asumió la Secretaría de Guerra.

La tensión campaba a sus anchas por el país. Los miembros de la clase alta creían que el asedio a los comunistas era una buena estrategia para mantenerlos a raya. Pronto comenzó a correr el rumor de posibles fusilamientos, pero eran solo eso… rumores.

Santiago dejó el ejemplar de *La Razón* encima de la mesita ratona. Las noticias eran cada vez

más desalentadoras. La dictadura de Ramírez extendía sus ramas hacia todos los ámbitos. A la imposición de la enseñanza de religión en todas las escuelas se había sumado la prohibición de cierto vocabulario sedicioso en la radio y de algunas letras de tango.

Sonrió cuando Teodoro Schneider se le acercó con una copa de jerez en la mano.

—La situación es bastante compleja, Santiago —comentó el diplomático, con un rictus de preocupación—. Lo que sucedió ha tenido repercusiones impensadas. Gran Bretaña y los Estados Unidos se mostraron satisfechos con el golpe. No obstante, en la embajada alemana la noticia no fue bien recibida. Muchos consideran que el tal Perón, quien se hizo cargo de la Secretaría de Guerra, fue el cerebro que orquestó todo y el líder nato del GOU.

—Nuestro sector se vio seriamente afectado, Teodoro. Los directivos de la Fundación Obrera de la Industria de la Carne fueron detenidos y enviados a la cárcel de Neuquén. Varios frigoríficos, por temor al boicot, tuvieron que cerrar sus puertas. NavaSol perdió dos franquicias en la provincia de Córdoba. Debemos mantener las exportaciones para no perder capital. Gran Bretaña sigue siendo nuestra mejor opción.

—Pero los alemanes pueden hundir los barcos que transportan carnes a Europa, perjudicando no solo a los ingleses, sino también a todos los que comercian con ellos —adujo Teodoro, preocupado.

Magdalena apareció en el salón, se sentó en apoyabrazos del sofá que ocupaba Santiago y se cruzó de piernas.

—No apoyo lo que está sucediendo —manifestó Santiago—. Sin embargo, Castillo se echó la soga al cuello cuando, en represalia por la postulación para presidente del ministro Ramírez, pidió su renuncia. Perdió poder y las fuerzas armadas supieron aprovecharse muy bien de ello.

Teodoro asintió mientras Magdalena escuchaba con atención. Le interesaba poco la política, pero no era ninguna novedad que era un mundo que a Santiago le atraía. Bastaba oírlo hablar para darse cuenta de que tenía la labia suficiente para desempeñarse en cualquier cargo público si se lo propusiera.

—Mi mayor temor es que se replique en nuestro país lo que sucede en Europa. —Teodoro miró de soslayo a su hijastra—. El discurso de los que asumieron el poder es muy parecido al de Hitler o al de Mussolini. Ha habido nombramientos importantes de personajes conocidos por sus ideales antisemitas y puede ser el comienzo de una persecución hacia la comunidad judía. Una de las medidas más drásticas ha sido la de cerrar sus diarios publicados en hebreo. Algunos aseguran que por orden del ministro Zuviría se están construyendo en Morón o en Ezeiza, parece que no se ponen de acuerdo, campos de concentración para 10.000 prisioneros.

A Magdalena le dio un escalofrió. Santiago percibió su cambio de ánimo.

—¿Estás bien?

Ella asintió. Ya no deseaba seguir escuchándolos. No quería siquiera imaginarse que aquello de lo que había conseguido escapar la alcanzara allí, a miles de kilómetros de distancia.

—Creo que mejor cambiamos de tema, muchacho —propuso Schneider, bebiéndose el último trago de jerez—. Vinimos para disfrutar de un almuerzo entre amigos; no tiene caso hablar de los problemas que aquejan a este país.

Santiago le dio la razón y apretó suavemente la mano de Magdalena. En el bolsillo del saco llevaba el anillo de su abuela.

Los Navarro Soler y los Schneider se reunieron alrededor de una mesa engalanada con la mejor vajilla y los manjares más deliciosos. Estaban todos, menos Francisco, que avisó por teléfono que no llegaría a tiempo para el almuerzo.

Mientras Débora y Rosario intercambiaban miradas con disimulo, Pedro hacía un gran esfuerzo por eludir el acoso visual de la prometida de su hermano.

Cuando Santiago reclamó la atención de los presentes para hacer un importante anuncio, todos guardaron silencio. Tomó a Magdalena de la mano para que se pusiera de pie y sacó un estuche de terciopelo negro del bolsillo del pantalón.

—Magdalena Schneider, aquí, delante de nuestros afectos, quiero pedirte formalmente que seas mi esposa. —La miró a los ojos. No notó sorpresa alguna en su semblante—. ¿Te casarías conmigo?

Ella vio cómo Santiago abría despacio la caja en donde guardaba el anillo de pedida. Sintió el impulso de gritarle que no, que nunca aceptaría convertirse en su esposa porque amaba a otro hombre. Sus ojos buscaron los de Pedro. Él no hizo ningún gesto, nada que le indicase que debía responder. Su mente parecía estar muy lejos de allí. Pensó en lo que había ocurrido esa mañana en su habitación; en ese beso tan esperado que sentenció su amor al olvido. Si Pedro no podía ser suyo; al menos tenía la gran oportunidad de llevar su apellido.

Aceptó la petición de Santiago y dejó que le pusiera el anillo en el dedo. Mientras él la abrazaba, exultante por haber recibido un sí como respuesta, Magdalena miraba a Pedro por encima de su hombro.

SU ÚNICA SALVACIÓN

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia, agosto de 1943

Cuando la kapo se le acercó, Isabela se puso a temblar. Esa mujer desgarbada, con el pelo blanco y los ojos tan claros que parecían blancos, le provocaba un miedo atroz. Se decían muchas cosas de ella: que había sido una asesina que escapó de la cárcel antes de caer en manos de los nazis y que no le importaba vender su alma al demonio con tal de salvar su cuello. Algunas mujeres que se habían marchado con ella de los barracones, a veces en medio de la noche cuando las demás dormían o fingían hacerlo para no ser ellas las elegidas, nunca regresaban. Las que lo hacían, guardaban silencio durante días, caminaban con la cabeza gacha y se orinaban encima apenas la veían.

—¡Oye, tú! —le dijo, con esa soberbia que la caracterizaba.

Isabela fingió no escucharla y continuó fregando el cubo de madera antes de volver a las letrinas.

—¿Además de judía eres sorda? —Le puso la mano en el hombro, obligándola a darse vuelta.

Isabela la miró. Sentía odio hacia los nazis, pero aquella mujer le provocaba náuseas. ¿Cómo podía tratar a los suyos con tanta crueldad? En aquel campo de concentración, era igual a ellos, aunque pretendiera lo contrario.

—Usted también es judía —retrucó, sin ponerse a pensar en las consecuencias de sus palabras.

La kapo, enfurecida por la osadía de la muchacha, la sujetó de la barbilla y la miró directamente a los ojos.

—No vuelvas a repetir algo así nunca más —le advirtió, clavándole las uñas en la piel hasta hacerla sangrar—. ¿Has visto lo que me obligas a hacerte?

Isabela ahogó las lágrimas, y en un acto temerario, le sostuvo la mirada.

—Eres más estúpida de lo que pensaba, niña. —Se acercó a ella y la olfateó—. Te crees que con esa carita de muñeca vas a evitar que te castiguen por tu insubordinación, pero hueles a inmundicia como todas las demás, y como tal recibirás tu merecido. ¡Deja ese balde que alguien más se encargará de terminar con tus tareas y ven conmigo! —le exigió.

Isabela no se movió. No quería desparecer o convertirse en una sombra como las demás.

—Si te portas bien conmigo, te puedo decir a dónde se han llevado a tu padre y a tu hermano —le dijo, para que obedeciera.

—¿Usted sabe qué fue de ellos?

La kapo sonrió. Le faltaba un diente y su aliento apestaba a tabaco.

—Claro que lo sé.

Había sarcasmo en su respuesta, pero Isabela tenía tantos deseos de averiguar qué había sido de ellos, que no se dio cuenta de las perversas intenciones de aquella mujer. Con recelo, pero con la esperanza de tener noticias de su padre y de su hermano, la acompañó hasta la zona en donde funcionaba el almacén de objetos robados.

Cuando la kapo cerró la puerta, a Isabela se le heló la sangre.

—¿Qué va a hacer conmigo? —No se atrevió siquiera a darse vuelta. Pensó en su madre. El hambre y las mordeduras de rata la habían debilitado tanto que, por las noches, en la litera que compartían con otras dos mujeres, lloraba hasta quedarse seca. No sabía de dónde sacaba fuerzas para ponerse en pie al día siguiente y salir a trabajar. Ella, a pesar de que estaba quedándose en los huesos, todavía mantenía las fuerzas. Era la necesidad de sobrevivir y reencontrarse con los suyos lo que la impulsaba a no desfallecer.

—Voltéate —le ordenó.

Isabela se giró sobre sus talones muy despacio. La kapo estaba recostada contra la puerta. Había encendido un cigarro y soplaba el humo hacia arriba. Fumar era uno de los privilegios que las mujeres como ellas, verdugos de su propia raza, recibían a cambio de lealtad y obediencia.

—Quítate el uniforme.

Los brazos de Isabela permanecieron pegados a su cuerpo, negándose a cumplir con sus exigencias.

—Si no haces lo que te digo, jamás sabrás el paradero de tu familia —le recordó, regodeándose con el miedo de aquella muchacha a la que algunos de los nazis que dirigían el campo le habían echado el ojo. A pesar de su deplorable estado, conservaba intacta su belleza casi angelical. Se la imaginó antes de toda aquella locura y se le hizo agua la boca. Sabía que tarde o temprano la llamarían a la casa del comandante Müller. Antes de que eso ocurriese, ella se sacaría las ganas de probar carne fresca después de sobar tanto pellejo hediondo. Sonrió, excitada por lo que estaba a punto de suceder y por la osadía de ganarle de mano a los malditos nazis.

Isabela, temblando de pies a cabeza, se bajó el sucio uniforme de dril hasta la cintura. Se cubrió los pechos con las manos y agachó la mirada.

El pudor de la muchacha enardeció más a la kapo.

—¿Cuál es tu nombre? —Acortó la distancia que las separaba y, de un tirón, la desnudó completamente.

—Isa… Isabela —respondió, echándose a llorar.

—Es un nombre muy bonito. Lástima que aquí no eres más que una cifra. —La sujetó del brazo izquierdo y le mostró el número que le habían tatuado después de pasar la *selektion*. Sus ojos de lobo hambriento se posaron en los pequeños pechos que ella se había empeñado en esconder. Estaban bastante desarrollados para su edad, aunque se le notaban los huesos de las costillas a su alrededor. Bajó la mirada hasta el triángulo hirsuto en su entrepierna. Olía fatal por la falta de higiene; sin embargo, a ella no le importaba. Se apartó solo un poco para poder mirarla mejor—. Con razón los nazis te comen con la mirada cada vez que te ven en el patio, pavoneándote delante de las oficinas o de la casa del comandante.

Isabela hubiese querido gritarle que ella no provocaba a nadie; mucho menos a esos hijos de puta a los que odiaba con cada fibra de su ser, pero las palabras se le quedaron atoradas en la garganta. Estaba a merced de aquella loca y le aterraba lo que pudiese hacerle.

Cuando le tocó un pecho, saltó hacia atrás. Dio de lleno contra una columna de madera.

—Puedo tratarte bien o hacer las cosas realmente difíciles para ti, Isabela —le advirtió, pasándose la lengua por los labios mientras estrujaba el pequeño pezón de color amarronado entre sus dedos calientes—. ¡No te muevas! —bramó, al ver que Isabela pretendía huir.

Ahora Isabela conocía el destino que padecían las mujeres que eran sacadas del barracón en medio de la noche por aquel monstruo con faldas. Volteó la cabeza para no mirarla. Gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas sucias. Ella también deambularía por el campo de detención como una muerta en vida, esperando que la deportasen lejos o la llevaran a darse una “ducha”. En ese momento, pensó que la muerte era su única salvación.

Pero cuando vio a través de la ventana que uno de los altos mandos de las SS se acercaba, quiso creer que todavía tenía una oportunidad de escapar. No supo si gritar para pedir auxilio o deshacerse de aquella mujer y salir justo en el momento en que el soldado nazi pasara frente al almacén. Decidió que la segunda opción era la más viable. Quizá un grito, en medio de tantos maltratos, ni siquiera alcanzaba para llamar su atención. La kapo podría taparle la boca y su intento de ponerse a salvo no le serviría de nada. Aprovechó un momento de distracción cuando estaba a punto de inclinarse sobre ella, para entrar en acción. Le dio un fuerte empujón y la kapo terminó desmadejada sobre el suelo cubierto de aserrín. Isabela se subió el uniforme, abrió la puerta y salió corriendo. Cuando el guardia la vio, media desnuda y con el rostro bañado en lágrimas, le ordenó que se detuviera. Isabela se paró en seco. El corazón le latía muy de prisa, parecía que estaba a punto de salírsele por la boca.

Al darse vuelta vio que la kapo ya estaba de pie, quitándose las virutas de madera que se le habían adherido a la ropa.

—La prisionera cometió una falta muy grave —le comunicó, parándose erguida como una estaca clavada en el piso—. Tenía que darle su merecido para que no vuelva a repetirse, mi sargento.

El uniformado, mano derecha del comandante Müller, la miró con desconfianza. La fama de

aquella mujer no era secreto para él ni para nadie dentro de Auschwitz. Había sido condenada por sodomizar y asesinar a una anciana para la cual trabajaba. Cuando la deportaron a Auschwitz desde el gueto de Varsovia, gracias a su carácter y al odio que proclamaba sentir por los suyos, se ganó el puesto de kapo. Al parecer seguía manteniendo los mismos "apetitos desviados" que la habían llevado a la cárcel en el pasado. Tanto él como el comandante hacían la vista gorda cuando los guardias aseguraban que se escabullía en los barracones durante las horas nocturnas para conseguir un poco de compañía.

Miró a la muchacha. Aunque con las cabezas rapadas y el uniforme a rayas todas las judías se parecían bastante, la reconoció de inmediato. Era la prisionera número 98287. La misma que limpiaba las letrinas por la mañana y pasaba por la oficina central atrayendo la atención de su jefe. Le dirigió una gélida mirada a la kapo. Podía inventar cualquier razón para justificar que se hubiese encerrado en la cabaña con la muchacha; sin embargo, pretendía encubrir la verdad con una mentira demasiado absurda. La creía un poco más inteligente. No podía pasar por alto lo que acababa de suceder. Si el comandante Müller descubría que él estaba al tanto de cuáles habían sido realmente sus intenciones, terminaría pagándolo caro.

Le dijo a Isabela que podía marcharse. Apenas ella se dio media vuelta, desenfundó su pistola y le apuntó a la kapo en la cabeza.

Isabela trastabilló y cayó al suelo cuando oyó el disparo. No quiso mirar hacia atrás. Como pudo, porque le temblaban las piernas, caminó hacia el sector de los barracones.

Algunas mujeres, ansiosas por saber qué había ocurrido, se arremolinaron a su alrededor. Entre ellas se encontraban varias de las que habían sufrido abusos por parte de aquella despiadada mujer.

—Pueden estar tranquilas. Ya no volverá a molestarlas nunca más —les dijo. Vio que intercambiaban miradas de escepticismo. Unas sacudían la cabeza; otras sonrieron por primera vez en mucho tiempo. Isabela buscó a su madre y se echó a llorar entre sus brazos.

Cuando Aina le preguntó qué le habían hecho, ella guardó silencio.

UN PLAN FRUSTRADO

Barrio Norte, Buenos Aires, Argentina, septiembre de 1943

Aunque el tiempo corría en su contra, Magdalena todavía mantenía viva la esperanza de que Pedro recapacitara y desistiera de tomar los votos definitivos antes de que ella se uniese en matrimonio con su hermano Santiago. Después de la pedida de mano formal durante el almuerzo en la mansión de los Navarro Soler, el mismo día que ella le había confesado a Pedro que lo amaba, parecía que nada ni nadie evitaría que la boda se llevase a cabo.

La ceremonia de consagración al sacerdocio se realizaría dentro de diez días, en la parroquia donde Pedro había oficiado de diácono los últimos años. El padre Olegario, próximo a su retiro, soñaba con que su discípulo más querido ocupase el cargo que él estaba pronto a dejar vacante.

Magdalena no quería asistir y ver con sus propios ojos cómo el hombre que amaba renunciaba a ella para dedicarle su vida al Señor. Llevaba tres meses comprometida con Santiago, el mismo tiempo que había invertido en hacer cambiar de parecer a su hermano menor. No importaba cuánto lo persiguiera, Pedro la mantenía alejada, tratándola con amabilidad, pero con cierta frialdad durante sus constantes asedios. El sentimiento de culpa le había proporcionado el mejor pretexto para evitar quedarse a solas con ella. Y esa indiferencia en la que Pedro se escudaba para ocultar lo que realmente sentía la sacaba de quicio. Estaba obsesionada con él. Había perdido el apetito, dormía poco, y cuando lograba vencer el insomnio, se despertaba en medio de la noche por causa de las pesadillas que la habían atormentado tras el asesinato de su padre. Solo que ahora, mezclado con esos sueños en donde antes reinaba la muerte y el odio, se le aparecía Pedro, con la sotana y el alzacuello, diciéndole que se olvidara de él. Lo veía alejarse cada vez más mientras ella intentaba traerlo de regreso.

Su madre creía que eran los nervios por la boda. Con Rosario se encargaban de organizar todo. Le repetía que ella no tenía nada de qué preocuparse. Pero su problema no era que el vestido le quedara un poco grande porque no se alimentaba bien o que saldría demacrada en las fotos. Su dilema era mucho mayor: no amaba a Santiago y, sin embargo, había aceptado casarse con él. Le parecía algo engreído y se aburría cuando le hablaba de la empresa familiar y de sus aspiraciones políticas en un país que parecía destinado a derrumbarse.

Quizá todavía estaba a tiempo de arrepentirse y cancelar el compromiso. Se miró en el espejo. ¿A quién pretendía engañar? No quería estar en boca de todo el mundo y convertirse en

el centro de las habladurías. Si al menos Pedro abandonase la vida eclesiástica… Entonces no le importaría en lo más mínimo la opinión de los demás. Podrían irse juntos a un lugar en donde nadie los conociera. Se le iluminaron los ojos al pensar en esa posibilidad.

Necesitaba un último y desesperado intento antes de renunciar definitivamente a Pedro. El reloj del salón dio cinco campanadas. A esa hora, Santiago seguramente todavía estaba en las oficinas del centro. Habían quedado en verse esa noche para cenar juntos.

¿Y si buscaba a Pedro? Tenía tiempo de sobra. Si se le hacía tarde, llamaría a Santiago para cancelar su cita, alegando una molesta jaqueca. El pobre confiaba ciegamente en ella; jamás dudaría de su palabra. Se cambió de vestido y pasó por la habitación de su madre para avisarle que saldría a dar un paseo.

Prescindió del chofer para que nadie supiera hacia dónde se estaba dirigiendo. Viajar en tranvía le traía gratos recuerdos de Berlín, cuando iba a la Academia de Artes con su prima Isabela. Ya no pensaba tanto en ella como antes. Había decidido que no valía la pena volver a escribirle; al menos no hasta que acabase la guerra en Europa.

Avanzó por la calle Zuviría con pisadas firmes; el andar de una mujer que estaba dispuesta a todo. Ingresó a la iglesia, se sentó en un banco de la tercera fila, se cubrió el rostro con una mantilla de encaje blanco y fingió que rezaba. El padre Olegario, entre los achaques de salud y su escasa visión, no reparó en ella. ¿Dónde estaría Pedro? Supuso que en la sacristía o en la casa parroquial. Esperaba que aquella aventura no hubiese sido en balde. Un muchachito se acercó al sacerdote, le dijo algo y luego salió corriendo. El padre Olegario hizo la señal de la cruz delante del altar, echó un vistazo a los feligreses y abandonó la iglesia por la puerta principal.

Es ahora o nunca, pensó Magdalena.

Rodeó el banco de madera y miró por encima de su hombro antes de abrir la puerta que conducía a la sacristía. Ninguno de los feligreses le prestó atención. Atravesó el pasillo con el corazón en un puño, temiendo que una vez más Pedro la rechazara. Llamó antes de entrar, pero nadie le respondió. Él no estaba allí. Salió al patio y se dirigió a la casa parroquial.

Avanzó despacio para no hacer ruido con los tacones de sus zapatos. Esta vez ni siquiera se molestó en golpear a la puerta. Escuchó voces en la cocina. Cuando se acercó, descubrió que se trataba de Santiago. No se esperaba aquel contratiempo. Se dio media vuelta, dispuesta a marcharse antes de que la descubriesen; pero al oír que mencionaban su nombre, decidió quedarse.

*

—Hay algo en ella que no logro descifrar, Pedro —manifestó Santiago, devolviéndole el mate a su hermano menor—. Cuando le propuse casarse conmigo aceptó enseguida; sin embargo, me temo que lo haya hecho solo para no quedar mal con su familia y la nuestra. Creo que me

precipité al pedirle matrimonio delante de todos.

Pedro vertió el agua caliente en el mate de madera y removió un poco la bombilla antes de responderle.

—Te aconsejé que lo pensaras bien antes de dar un paso tan importante. Magdalena te dijo que sí y los planes de boda siguieron adelante. Falta menos de un mes para que te cases con ella. ¿Qué es lo que tanto te inquieta? —Le costaba hablar de aquel asunto con él y pretender que ignoraba lo que pasaba.

—No lo sé realmente. —Santiago se encogió de hombros—. La he notado distinta, poco entusiasmada con el casamiento. Rosario asegura que es normal, que todas las novias se ponen nerviosas antes del gran día, pero intuyo que hay algo más.

Pedro desvió la mirada. Se sentía el peor de los hermanos. ¿Qué diría Santiago si supiera lo que había ocurrido entre él y su prometida? Evitar a Magdalena durante los últimos tres meses había sido una verdadera tortura. Mantenerse alejado de ella no impedía que se colara en sus pensamientos o irrumpiese en sus sueños. La distancia no podía sofocar ese deseo impuro que lo llevaba a flagelar su cuerpo para ya no pensar en el beso que se habían dado en su habitación.

—¿Has hablado con ella?

Santiago asintió.

—Cuando le pregunto qué le pasa o insinúo la posibilidad de que tal vez ya no quiera casarse conmigo, me dice que no sea tonto, que se le va a pasar y que no tengo nada de qué preocuparme. —Se puso de pie y miró hacia la puerta. Le había parecido percibir una sombra al otro lado del vidrio esmerilado—. Además, ¿no te parece extraño que no quiera casarse por la iglesia?

Pedro tragó saliva. Intuía que aquella decisión tenía que ver directamente con su persona. Aunque en su calidad de diácono no podía oficiar bodas, nada le impedía estar presente durante la ceremonia, acompañando al sacerdote. Seguramente Magdalena no querría tenerlo cerca mientras le daba el sí a su hermano y renunciaba a él definitivamente.

—Si es lo que ella ha decidido, deberías respetar su deseo.

—Lo haré —replicó Santiago, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. No soy precisamente un hombre de fuertes convicciones religiosas; eso te tocó a vos, hermano. Sin embargo, no dejo de darle vueltas al asunto. ¿Y si no quiere pasar por el altar porque es más sencillo disolver un matrimonio si solo se realiza en la instancia civil? Deshacer una promesa ante Dios debe ser más complejo. Vos lo sabrás mejor que nadie.

—No creo que se trate de eso —lo tranquilizó—. Quizá Magdalena no es de esas muchachas que sueña con entrar en la iglesia vestida de blanco. Tal vez prefiere una boda sencilla, sin tanta pompa. A Rosario también le asombró que no haya ceremonia religiosa, pero no es algo que debería preocuparlos demasiado. Si te parece, para que te quedes más tranquilo, le puedo pedir al padre Olegario que esté presente durante el oficio civil para que bendiga vuestra unión.

—¿Vos no podés hacerlo? Significaría mucho para mí y estoy seguro de que para Magdalena también.

Pedro no contestó. En términos eclesiásticos, nada le impedía impartir una bendición. Podía negarse; pero no tenía manera de justificar ante su hermano por qué no era capaz de hacerlo.

—Está bien —accedió por fin—. Hablaré con el padre Olegario. Le agradará saber que, aunque no haya boda religiosa, Dios estará presente de alguna manera cuando den el sí.

Santiago sonrió. Las charlas con Pedro siempre lo reconfortaban. No solo se había convertido en su confidente, su hermano menor era también su mejor amigo. Francisco, quien apenas paraba en casa, se había distanciado desde el incidente en el cual intentara quitarse la vida. La mayoría de las veces lo buscaba solo para pedirle un préstamo o proponerle algún negocio en el que, según él, ambos saldrían ganando. Sabía de las jugadas clandestinas que organizaba en El Gato Calavera porque lo había invitado a participar en varias oportunidades. Pero a él no le gustaba dejar su dinero en una mesa de juego; prefería invertirlo en el patrimonio familiar, abriendo nuevas franquicias de Frigoríficos NavaSol dentro del territorio nacional o ampliando la exportación de carne vacuna al extranjero.

La conversación de los hermanos Navarro Soler fue interrumpida por unas voces provenientes del otro lado de la puerta. Ambos se sorprendieron cuando vieron al padre Olegario entrar acompañado de Magdalena.

Santiago se percató de inmediato de que había sido atrapada mientras los espiaba. La sombra que creyera ver a través del vidrio… ¡Había sido ella! ¡Los estaba escuchando! No supo exactamente cómo reaccionar.

—Me he encontrado a esta bella muchacha en el pasillo —comentó el viejo sacerdote, ignorando el efecto que tendrían sus palabras.

Pedro le lanzó una mirada hierática. ¡Magdalena lo había ido a buscar!

—Hola —los saludó ella, ocultando su evidente nerviosismo con una enorme sonrisa.

—Magdalena, ¿qué hacés acá? —preguntó Santiago, acercándose a ella para darle un beso en la mejilla.

La joven pensó rápido. La conversación que había oído le dio la excusa perfecta para justificar su presencia en la casa parroquial.

—He venido a ver a tu hermano para hacerle una consulta sobre la boda. —Miró a Pedro de refilón—. Sé que ni tú ni Rosario se quedaron conformes con el hecho de que prefiero que nos casemos solamente por el civil. Por eso quería saber si sería posible que Pedro, o en su defecto el padre Olegario, nos bendijera ese día.

Se hizo un silencio generalizado que le confirmó a Santiago sus sospechas. Era demasiada casualidad que Magdalena dijera lo mismo que su hermano.

—Precisamente le estaba comentando a Santiago que con gusto les daré la bendición después de la ceremonia civil. No creo que el padre Olegario tenga alguna objeción al respecto. —Buscó

la complicidad del sacerdote.

—Por supuesto que no, hijo. ¡Faltaba más! —le dio una palmadita en el hombro y se sentó en la silla que acababa de dejar libre Pedro para reposar sus huesos.

—Será mejor que nosotros nos vayamos —dijo de repente Santiago, enfilando hacia la salida.

Magdalena no tuvo más remedio que irse con él. Se despidió de Pedro con un tibio “hasta pronto” y salió de la casa parroquial, frustrada por no haber podido verlo a solas. ¿Cómo iba a imaginarse que se encontraría con Santiago allí?

El tiempo se escurría entre sus dedos demasiado rápido y la boda estaba a la vuelta de la esquina. Santiago le puso la mano en la cintura mientras se dirigían hacia el auto. Si le molestaba aquel simple contacto o trataba de evitar sus besos de la manera más sutil posible, ¿qué haría durante la noche de bodas cuando él pretendiese hacerla su mujer?

Con aquellos inquietantes pensamientos revoloteando en su mente, Magdalena se subió al Lincoln Zephyr, dejándose caer en el asiento del acompañante con un gesto cansino. Cuando el automóvil pasó delante de la parroquia Santa Clara, suspiró hondo.

Otro intento fallido. Una nueva oportunidad de convencer a Pedro de que su destino estaba a su lado, perdida.

UNA MISIÓN ARRIESGADA

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia,
septiembre de 1943

A esas alturas, Isabela sabía que ya no volverían a ver a su padre y a su hermano. Aina, aferrándose a una última esperanza, prefería creer que pronto se reunirían con ellos.

Ni siquiera era posible averiguar si se encontraban todavía en Auschwitz o habían sido trasladados a otro campo de concentración. Aunque muchos perdían la cuenta de los días que llevaban en aquel infierno, Isabela dibujaba una raya en la pared con una piedra que tenía escondida debajo del colchón. 128 días de hambre, de vejaciones y de tantas muertes injustas.

Miró a través del ventanuco. Estaba aclarando y no tardarían en venir las kapos a gritarles que dejasen de holgazanear, que abandonaran las literas y se pusieran a trabajar. Aquella que tardaba en obedecer, se ganaba un golpe o un escupitajo en el rostro. Un mendrugo de pan y un poco de agua era lo único que les permitían ingerir antes de realizar sus labores. Se burlaban, diciendo que con el estómago vacío rendían mejor.

Una espesa columna de humo se elevaba más allá del bosque. A pesar de la distancia, el olor que llegaba hasta los barracones era insoportable. Ella misma, con un nudo en la garganta, había visto como los prisioneros más fuertes empujaban las carretillas repletas de cadáveres desnudos en dirección a los trenes para el traslado hacia el campo que funcionaba a pocos kilómetros de allí. Aunque volteaba la cabeza, la acuciante incertidumbre de saber si entre esos restos esqueléticos podrían estar su padre y Samuel, la obligaba a mirar.

Nadie les decía nada. Cuando algún oficial recorría las instalaciones de Auschwitz, Isabela se quedaba muda. Era tal el miedo que le infundían los camisas pardas que no le salía ni una sola palabra. Su madre había intentado hablar con una de las kapo más jóvenes, pero como no tenía nada que ofrecerle a cambio, se negó a darle cualquier tipo de información. Una de las prisioneras que hacía la limpieza en la oficina, les había dicho que allí llevaban un registro de las entradas, las deportaciones y las muertes de todos los prisioneros.

Pero ellas no tenían acceso al lugar. Si querían descubrir el paradero de Eugen y de Samuel, tendrían que urdir un plan.

Eva, la mujer que trabajaba en la limpieza, aseguraba que al mediodía, durante un período de media hora, la oficina se quedaba vacía porque los soldados salían a comer.

Isabela no lo pensó dos veces. Las letrinas estaban cerca y ella esperaría a que Eva le diera la señal para escabullirse hasta la oficina. Llevaría los baldes con las inmundicias a la parte trasera y se quedaría allí, haciendo tiempo. A nadie la extrañaría su presencia y podría pasar desapercibida con más facilidad.

Aina, temiendo que algo saliera mal, se negó rotundamente a darle su consentimiento. Pero Isabela estaba dispuesta a hacerlo, con su permiso o sin él. Logró convencerla de que era la única manera de conocer qué fin habían tenido su padre y su hermano. Como no quería perder más tiempo, y antes de que el miedo la apabullara, resolvieron que llevarían adelante su plan esa misma mañana.

El día había amanecido nublado y tanto Isabela como su madre rogaron que la tormenta que se cernía sobre sus cabezas pasara de largo. Cuando llovía, los guardias doblaban la vigilancia porque algunos prisioneros embadurnaban sus uniformes con barro para camuflarse con el terreno, y así, correr hacia la libertad. Aquellos que conseguían cruzar los límites del campo de concentración no llegaban muy lejos. Eran alcanzados por las balas y caían al suelo. Los que en el último instante se arrepentían, pagaban su osadía en el paredón de fusilamiento.

El aseo de las letrinas era una labor repugnante; pero esa mañana Isabela dejó el barracón con un brillo diferente en la mirada. Las nubes tormentosas habían disipado al sol y era difícil saber cuánto tiempo faltaba todavía para el mediodía. Cada tanto, con disimulo, observaba hacia el edificio de ladrillos en donde funcionaba la administración del campo. Vio a Eva salir dos veces para limpiar los vidrios de la ventana. Con un gesto, le indicó que se preparase.

Desde su posición, Isabela no tenía acceso a la entrada principal y no podía ver cuándo salían para almorzar los guardias que se encargaban de llevar el registro de prisioneros. Por eso debía estar muy atenta a los movimientos de Eva. Continuó vaciando baldes mientras el cielo se tornaba nuevamente oscuro.

Mientras regresaba a las letrinas, desde una de las ventanas laterales distinguió que alguien agitaba una mano. Eva le estaba avisando que era el momento de actuar. Oteó a su alrededor. Una decena de hombres se dirigía a la cantera, custodiados por dos kapos. Escondió el balde en un rincón y esperó hasta que se alejaron. No entraría por la puerta principal porque quedaría demasiado expuesta a la vista de cualquiera. Además, muy cerca de allí funcionaba la oficina de la Gestapo. Había acordado con Eva que le abriría la ventana que daba al patio trasero, fuera del radar de los guardias. Pegada a la pared de ladrillos, rodeó el edificio hasta llegar a la parte posterior. Allí Eva la aguardaba con impaciencia. Levantó la hoja de vidrio y le tendió la mano para ayudarla a subir. Isabela no creía que pudiese lograrlo. Estaba a una altura considerable y si se caía, lo haría encima de unos guijarros puntiagudos. Tragó saliva.

—¡Vamos, Isabela, no hay tiempo que perder! —la incitó Eva, inclinándose hacia ella para alcanzarla.

Isabela no podía amilanarse justo ahora. Pensó en su madre, quien seguramente estaría

rezando para que todo saliera bien. Entrar en aquella oficina era la única posibilidad que tenía de conocer el paradero de Samuel y su padre. Impulsada por la necesidad, se paró sobre un borde saliente para trepar con más facilidad. Se aferró a la mano de Eva y empujó su cuerpo hacia arriba cuando ella la tironeó del brazo. Cayeron aparatosamente una encima de la otra, pero ninguna se había lastimado. Se levantaron de inmediato y lo primero que hizo Eva fue cerrar la ventana.

—Es por aquí —le indicó, llevándola hasta la habitación en donde estaban archivados los expedientes de todos los prisioneros.

Isabela no había visto nunca antes tantos armarios juntos. Tenías las puertas de cristal y cubrían las cuatro paredes. En el centro había una mesa alumbrada con una lámpara, un teléfono, una máquina de escribir y un cenicero de cerámica lleno de colillas. Una butaca forrada en cuero gris estaba corrida hacia un costado, como si quien la ocupara hubiese salido de prisa.

—Yo ni siquiera sabría por dónde empezar —comentó Eva, desanimada ante el panorama que tenían frente a ellas.

Isabela abrió un armario al azar. Descubrió que los expedientes no estaban ordenados por letras. No le sorprendió. Allí, en Auschwitz, los prisioneros no eran más que números.

—Debes buscar rápido, Isabela. No tardarán en volver. Si te encuentran aquí, nos matarán a las dos.

Isabela asintió. Y en ese momento, lamentó haber involucrado a Eva en su plan. Jamás se lo perdonaría si algo le pasaba por su culpa.

Sin perder más tiempo, comenzó a mirar aquellos papeles mecanografiados en alemán. Se encendió una luz de esperanza en su alma cuando se dio cuenta de que el orden no respondía al número de identificación de los prisioneros, sino a la fecha de su ingreso en Auschwitz. Ella sabía perfectamente qué día habían llegado a aquel maldito infierno. Abrió un segundo armario, pero los expedientes databan de 1940. Continuó con la búsqueda mientras Eva, parada junto a la puerta, vigilaba que nadie viniera.

—¡Date prisa, por favor! —le suplicó, observando como las agujas del reloj que había en la oficina principal, avanzaban inexorablemente.

Después de revisar más de cinco armarios, pensó en darse por vencida. Eva la urgía a terminar y los soldados no tardarían en volver de su almuerzo. Pero Isabela no podía marcharse sin hacer un último esfuerzo. Se dijo que miraría un armario más y se iría. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando abrió uno de los expedientes fechado en enero de ese mismo año. Solo era cuestión de seguir con el resto para encontrar lo que buscaba. Al llegar a los registros del mes de junio, se detuvo un instante. La lista era interminable. Vio su número de identificación y el de su madre. Al lado, habían anotado sus apellidos y las iniciales de sus nombres. En letras rojas decía: “Aptas para el trabajo”.

Unas cuantas páginas más adelante, aparecía Eiserman una sola vez.

Prisionero N° 43070 E. Eiserman: apto para el trabajo

A Isabela se le heló la sangre. ¿Por qué Samuel no estaba en los registros? Miró por encima de su hombro. Eva continuaba atenta a la puerta principal; entonces aprovechó para arrancar la hoja y ocultarla debajo de la manga del uniforme.

—¡Oh, mierda! ¡Ahí vienen! —gritó por lo bajo Eva, dando un portazo.

—¿Qué hacemos ahora?

—¡No lo sé, Isabela! Yo puedo justificar mi presencia porque están acostumbrados a verme aquí, pero si te ven, se van a dar cuenta de que te ayudé a entrar y nos matarán a las dos.

—Eso no va a pasar —le dijo Isabela, tranquilizándola—. Me puedo esconder detrás de uno de los armarios y salir cuando ya no haya nadie.

—¿Y qué pasará a la hora del recuento? No puedo asegurarte que la oficina se quedará vacía antes de la revisión diaria.

Isabela no podía perder la calma; no ahora. Le pidió ayuda para mover el armario que estaba más lejos de la puerta y se metió detrás, quedando aplastada casi contra la pared.

—¿Estarás bien?

Isabela asintió.

—Vete y actúa como siempre. Si ves a mi madre, dile que no se preocupe por mí.

Eva le dio un apretón de manos y salió de aquella habitación, dejándola sola frente a un destino incierto.

AMORES QUE AHOGAN

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, septiembre de 1943

La ceremonia de consagración como sacerdote del joven Pedro Navarro Soler, miembro de una de las familias más prósperas de la sociedad porteña, era un evento que casi nadie se quería perder. Rosario había invitado a los más allegados porque sabía que su hermano así lo prefería, pero no pudo hacer nada cuando vio que la parroquia de Santa Clara comenzaba a llenarse de gente.

Entre los nervios y la excitación de aquel momento tan esperado, sabía que Pedro había pasado una noche de insomnio. Durante el desayuno apenas había probado una taza de café. Luego, sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo, dejó que se encerrara en la habitación hasta la hora en la que tuvieran que partir hacia el barrio de Flores. Como último recurso, habló por teléfono con el padre Olegario para ver si él podía hacer algo para calmarlo, pero el sacerdote le aconsejó que era mejor que no interviniera nadie durante las horas previas a un acontecimiento tan importante para su vocación religiosa.

Charló un rato con el obispo y cuando le contó en qué consistía el rito de consagración, se le puso la piel de gallina. Su hermanito pequeño estaba a punto de renunciar a la vida secular para brindarse en cuerpo y alma al servicio del Señor. Pensó en las veces en las que intentara convencerlo de torcer su destino sin éxito. No tenía derecho a reprocharle nada. Lo amaba y se había resignado hace tiempo a que el benjamín de los Navarro Soler jamás la convertiría en tía. Desde que aquella bala le arrebatara la posibilidad de convertirse en madre, soñaba con muchos niños a su alrededor a los cuales mimar. La inminente boda entre Santiago y Magdalena Schneider hacía renacer sus esperanzas.

Sonrió cuando vio a Francisco entrar a la iglesia. Estaba segura de que encontraría cualquier excusa para no ir; pero allí estaba, vestido con un elegante traje a rayas y el cabello engominado.

—No te entusiasmés demasiado —le advirtió mientras se inclinaba hacia ella para darle un sonoro beso en la mejilla—. Cuando empiece a aburrirme, me voy.

Rosario le lanzó una mirada asesina.

—¡No serías capaz de hacerlo eso a tu hermano! —Pero sabía que no le importaría irse en medio de la ceremonia.

Francisco sonrió.

—¿Y nuestro abogado favorito con ínfulas de político todavía no ha llegado? Creo que es la primera vez que aparezco antes que él en un evento —bromeó, solo para hacerla enojar más.

—Me avisó que vendría sobre la hora porque tiene una reunión en la oficina, y además debe ir hasta Barrio Norte para buscar a su prometida.

—Supo elegirla muy bien, ¿no te parece? —comentó Francisco, sentándose en el extremo de uno de los bancos. Se puso a juguetear con una hendidura que alguien había hecho en la madera —. Las pocas veces que he tratado con ella…

—No es culpa de Magdalena que apenas pararas en casa. Te recuerdo que faltaste a varios de los almuerzos que compartimos con los Schneider —le reprochó.

—Está bien, lo reconozco —dijo en tono conciliatorio—. Debí tomarme la molestia de conocerla más a fondo. Quién sabe; tal vez sería yo ahora el que estaría a punto de casarse con ella y no Santiago. Es una mujer muy hermosa, aunque…

—¿Aunque qué? —lo volvió a interrumpir Rosario, perdiendo la paciencia.

Francisco torció la boca en un gesto de desconcierto.

—Hay algo en ella que no termina de gustarme. Me pasa lo mismo con sus padres.

—¿Qué tienes que decir de los señores Schneider? —Rosario se corrió para que un grupo de muchachos que oficiarían de monaguillos durante la consagración al sacerdocio de Pedro pudieran pasar por el pasillo.

—Poco, porque a ellos tampoco los conozco demasiado.

—Débora es una mujer maravillosa. Hemos congeniado de inmediato y en el poco tiempo que llevamos frecuentándonos se ha convertido en mi mejor amiga —manifestó, temerosa de parecer demasiado entusiasta al hablar de ella. Se le erizaba la piel cuando recordaba ese acercamiento que habían tenido en la cocina de la mansión, el día de la pedida de mano. A partir de entonces, cada mirada, cada gesto que surgía entre ellas siempre que se veían cobraba un sentido totalmente diferente. La llegada de Débora Schneider a su vida le había devuelto las ganas de sonreír sin tener ninguna razón para hacerlo. Se levantaba contenta por las mañanas y hasta canturreaba como un pajarito cuando se encerraba en el atelier a pintar. El rompimiento con Quiroz ya no la hacía sufrir; muy al contrario, le parecía algo tan lejano que, si se lo cruzaba en la calle con su nueva novia, lo felicitaría.

—Realmente me alegro que hayas encontrado una nueva amiga, Rosario. —Francisco percibió el brillo en su mirada—. Sabés lo mucho que te quiero y lo feliz que me hace verte bien.

Rosario le acarició la mano. Sabía que era sincero. Francisco podía ser un tiro al aire, un dandi trasnochador y mujeriego que no se le movía un pelo cada vez que perdía dinero en una mesa de juego; sin embargo, de sus tres hermanos, era el que siempre le preguntaba cómo estaba o si necesitaba algo. El día de su cumpleaños se aparecía en su habitación muy temprano con un ramo de flores y una bandeja para compartir el desayuno con ella. Ni Santiago ni Pedro lo habían hecho jamás. Aunque tanto ellos como la gente aseguraran que lo hacía por pura conveniencia,

ella conocía muy bien a su hermano y sabía cuándo lo movía el interés. Era el que corría a buscarla cuando se metía en problemas, pero también el que le prestaba su oído para escuchar sus confidencias. Se preguntó qué diría Francisco de la situación que estaba viviendo con Débora. ¿Comprendería que de repente se sintiera atraída por una mujer o la condenaría? El temor a no saber cuál sería su reacción le impedía compartir su oscuro secreto con él.

—Me alegro que hayas venido, Fran —le dijo, con una sonrisa en los labios—. A Pedro le va a gustar verte en este día tan especial.

Francisco asintió. No entendía esa absurda vocación de su hermano menor, pero no podía faltar a la ceremonia. Pensó en Nina. Había insistido en acompañarlo. No entendía que él no estaba preparado para presentársela a su familia. Y quizá nunca lo estaría.

*

Magdalena se escondió debajo de las sábanas cuando su madre entró a la habitación.

—¿Todavía estás en la cama? No vamos a llegar a tiempo —le reclamó, abriendo las cortinas para que entrase un poco de luz.

—No me siento bien, madre. Creo que tendrán que irse sin mí. —La miró de reojo—. Me duele mucho la cabeza. No he dormido bien anoche. —Señaló su rostro—. ¡Tengo unas ojeras horribles!

—Nada que un poco de maquillaje no pueda solucionar, hija —retrucó Débora, desconfiando de su inoportuno malestar.

—De verdad, madre, prefiero quedarme. Llamaré a Santiago para avisarle que no venga por mí porque no voy a ir a la iglesia. —Quería sonar segura, pero le temblaba la voz.

Débora se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Se sentó a su lado y, solo para asegurarse, le tocó la frente.

—Fiebre no tienes.

—Me siento mal, de verdad —insistió.

—Y yo no te creo, Magdalena.

Se hizo un silencio sepulcral entre madre e hija.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Tiene algo que ver con la boda?

Magdalena negó con la cabeza.

—Se trata de Pedro, ¿verdad?

La joven desvió la mirada. ¿Tanto se le notaba?

—Te conozco hija, y sé que algo sucedió entre ustedes. He notado la manera en que te brillan los ojos cuando alguien menciona su nombre… Es el mismo brillo que te falta cada vez que te hablan de Santiago.

Magdalena se revolvió debajo de las sábanas. Lo que sentía por Pedro era tan intenso que la

estaba ahogando. Necesitaba imperiosamente hablar de ello con alguien, si no se volvería loca de desesperación. Su única amiga, a quien le podía confiar todos sus secretos, se encontraba a miles de kilómetros de distancia, atrapada en una guerra que no parecía tener fin.

—Me enamoré de Pedro, madre —le soltó, antes de que pudiera arrepentirse—. La primera vez que lo vi, en la fiesta de fin de año en la estancia de su familia, supe que era el hombre de mi vida. Esa noche no llevaba sotana ni nada que indicara que era un hombre consagrado a Dios. Después, cuando lo conocí en la iglesia y descubrí que llevaba hábito, me quise morir.

—Pero ¿y Santiago?

—A él también lo conocí esa noche y me resultó bastante impertinente. Lo volví a ver en la kermés y cometí la tontería de coquetear con él para provocar los celos de Pedro —reconoció—. Sabía que le gustaba, lo percibía en sus ojos cada vez que me miraba. Ingenua, pensé que si veía que su hermano se interesaba en mí daría el primer paso para buscarme, no como diácono de la Iglesia sino como hombre.

—Hija…

—Lo sé, madre. —Se arrojó a sus brazos por primera vez en mucho tiempo y lloró sin consuelo—. ¡Por favor, en este momento no necesito de sus reproches, solo dígame que entiende lo que me pasa y que no piensa que estoy loca por amar a un hombre que está a punto de convertirse en cura!

Débora, consternada por la situación que atravesaba su única hija, la abrazó en silencio, acariciándole la espalda con movimientos circulares como solía hacer cuando Magdalena todavía era una niña y la buscaba para reconfortarla por alguna pena. No habían compartido un abrazo así de emotivo desde el día en que Otto fue asesinado. Cuando el llanto de su hija cesó, se separó de ella, la tomó de la barbilla y la miró a los ojos.

—Pedro ya eligió su destino, Magdalena. No hay nada que puedas hacer para luchar contra eso. Si no quieres ir a la ceremonia de consagración, yo misma le diré a tu prometido que te encuentras indispuesta y prefieres quedarte en la cama. —Su hija asintió—. Tendrás que ser muy fuerte para sobrellevar lo que se viene. Faltan menos de dos meses para la boda, y aunque aún estás a tiempo de cancelarla, debes pensar muy seriamente qué consecuencias habrá si tomas la decisión de romper tu compromiso con Santiago Navarro Soler.

—Me voy a casar con Santiago, madre —aseveró, muy segura de sus palabras.

—Pero no lo amas.

—No. Lo que siento por Pedro es tan grande que no puedo querer a otro hombre… Creo que jamás dejaré de amarlo. —Esbozó una tenue sonrisa y apretó la mano de Débora—. No se preocupe, madre. Sabré ser lo que se espera de una buena esposa; fiel y devota. Santiago es un hombre atractivo, inteligente y me eligió a mí para compartir su vida. Pedro prefirió quedarse con su Dios en vez de arriesgarse a reconocer que es débil y que se enamoró de una mujer. No puedo pedirle que esté de acuerdo con lo que voy a hacer; pero espero que al menos me

comprenda, madre.

Débora la miró a los ojos. La amaba demasiado como para reprobar su decisión. Además, ¿qué derecho tenía ella de juzgarla cuando también sufría por causa de una pasión prohibida? Ambas debían esconder lo que realmente sentían para evitar la condena social. Magdalena estaba enamorada de un hombre consagrado a la Iglesia y ella, presa en un matrimonio sin amor, deseaba con locura a su mejor amiga.



A ESCONDIDAS

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia,
septiembre de 1943

Isabela tenía los músculos entumecidos después de llevar varias horas sin moverse. Sentía tantos deseos de orinar que temía que en cualquier momento se haría encima.

A pocos metros de distancia, y de espaldas a ella, un soldado escribía a máquina casi como un autómata. Se detenía de vez en cuando para darle una calada a su cigarro. La habitación, sin ventanas, estaba cerrada y el humo le hacía arder los ojos. En varias ocasiones había estado a punto de toser, pero logró contenerse. Si descubrían que llevaba horas escondida en aquel rincón y además le encontraban el expediente que había robado, no dudarían en pegarle un tiro. Y su cuerpo desnudo, junto a otros cadáveres, haría su viaje final en tren hacia el horno que habían habilitado a pocos kilómetros de allí, en un lugar llamado Auschwitz-Birkenau.

Encerrada entre aquellas cuatro paredes era difícil adivinar cuánto tiempo había pasado desde la llegada de aquel hombre. El temor de Eva de no estar presente durante el conteo diario se hacía cada vez más real. La buscarían por todas partes, azuzarían a los perros para encontrarla. Pensó en su madre. ¿Y si le hacían algo a ella?

De repente, el constante golpeteo de la máquina de escribir se detuvo.

Isabela se asomó despacio para saber qué había ocurrido. Con suerte, el soldado habría terminado lo que estaba haciendo y se iría. Aquella lucecita de esperanza se apagó enseguida. Aunque se quedara sola en aquella habitación, ¿cómo haría para salir de la oficina sin ser vista?

El joven se puso de pie y comenzó a dar vueltas por el lugar para estirar las piernas. Sintió envidia. Ella ya casi ni podía sentir sus miembros inferiores después de tantas horas en la misma posición. Se llevó ambas manos al vientre. Su vejiga estaba a punto de estallar. No quería, pero el ardor era insoportable. Cerró los ojos y dejó que el líquido caliente se escurriera entre sus muslos. El ansiado alivio se reflejó en su rostro bañado en sudor. Miró hacia abajo. La orina se iba extendiendo lentamente por el piso de madera. Supo que había cometido un terrible error cuando un par de botas relucientes pisaron el charco amarillento.

Con el corazón tan agitado como el de una liebre asustada corriendo de las garras de su cazador, Isabela levantó la cabeza.

El soldado, con las manos en la espalda y el asombro en sus ojos oscuros se quedó

observándola un momento antes de abrir la boca.

Isabela, en su afán de ponerse a salvo, intentó levantarse. Su cuerpo no le respondió y terminó sentada, con las piernas abiertas, sobre su propia orina.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —La sujetó de la manga del uniforme y la obligó a pararse. No le hizo falta leer el número tatuado en su brazo. Aquella criatura delgada y de enormes ojos color café era la judía que había llegado en un convoy desde el gueto de Lodz. La misma que el comandante Müller miraba con codicia. A él, en cambio, cualquier judío, macho o hembra, le provocaba náuseas. El fuerte olor de sus orines lo impulsó a soltarla.

Isabela, aterrada, no le contestó. Aunque les arrancasen las palabras a golpes, guardaría silencio. No podía traicionar a Eva después del riesgo que había corrido para ayudarla.

—Esta no es tu área de trabajo. Sé que tu tarea diaria es limpiar las letrinas —le dijo, apartándose de ella cuando Isabela consiguió por fin levantarse—. El castigo por entrar en una dependencia oficial puede ser muy severo, muchacha.

Isabela apretó los labios. El informe que había escondido entre sus ropas, quedó expuesto. El soldado se le abalanzó encima y se lo arrebató antes de que cayera sobre el charco de orina.

—¡Has entrado a robar, maldita judía! —Dejó el papel encima del escritorio y, olvidándose del asco y del olor nauseabundo que despedía su ropa, volvió a asirla del brazo y la empujó contra la pared.

Isabela pensó que no saldría viva de allí. Aquel hombre estaba furioso y dispuesto a darle su merecido. Las gruesas venas de su cuello latían con fuerza. Sus manos, cerradas en un puño, se asemejaban a dos rocas a punto de estrellarse contra su débil anatomía. Ni siquiera tenía oportunidad de escapar. El odio que vio en esa fría mirada le hablaba de muerte. Comenzó a temblar cuando lo vio dirigirse al perchero en donde colgaba la chaqueta de su uniforme. La calavera bordada en su gorra de plato parecía mofarse de ella.

El oficial sacó su arma, limpió la culata con la manga de su camisa y comprobó cuántas balas había alojadas en el tambor. Se dio media vuelta y le apuntó derecho al corazón.

Isabela apartó la mirada. Si iba a morir, no quería que el rostro de ese maldito fuera lo último que viesen sus ojos. Contuvo el aliento y esperó a que su asesino jalara del gatillo.

—Podría matarte aquí mismo y mandar a tirar tu cuerpo en una fosa. Entraste a robar, judía. Nadie dudaría de que estaba cumpliendo con mi deber. —Apoyó el cañón de la pistola sobre su seno izquierdo y apretó el gatillo.

Isabela oyó un *clic* y luego solo hubo silencio. Abrió los ojos mientras su cuerpo temblaba sin control. El verdugo se estaba riendo. Alejó el arma de su pecho y la dejó encima de la mesa, junto al expediente que ella había sustraído.

—Aunque arda en deseos de acabar con tu vida, no voy a matarte. Creo que no tiene ninguna gracia que mueras si antes no sufres un poco —le dijo en tono burlón.

Abrió la puerta para llamar a un guardia más joven. Le dijo algo en voz baja y luego volvió a

dirigirse a Isabela.

—He ordenado que te lleven a las duchas. —Vio cómo ella abría los ojos como platos—. Tranquila, solo un poco de agua y desinfectante, nada más… por ahora. Le voy a contar al comandante Müller sobre tu osada aventura y seguramente querrá saber cómo has hecho para entrar aquí sin que nadie se diera cuenta. A él sí tendrás que contárselo. Tiene métodos más efectivos que el mío, créeme.

El soldado que acababa de entrar la sujetó del brazo y la obligó a salir. Isabela pasó por la oficina, delante de los demás soldados, con la cabeza gacha y el cuerpo encorvado. Justo en la puerta, se cruzaron con Eva. Se miraron durante apenas un instante, y en aquel intercambio de miradas, Isabela le trasmitió que no importase lo que le hicieran, jamás mencionaría su nombre.

HASTA EL SANTO DESCONFÍA

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia, septiembre de 1943

Cuando Isabela salió del edificio en donde se desinfectaban a los judíos recién llegados y que pasaban la *selektion*, el joven soldado que la había llevado la estaba esperando. Le indicó con un gesto que lo siguiera. Isabela miró hacia los barracones. Seguramente, a esas alturas Eva ya le había contado a su madre que la habían atrapado. Ignoraba qué pensaban hacer con ella; pero que no la hubiesen asesinado inmediatamente después de descubrirla, y con documentos oficiales en su poder, le daba un pequeño margen de esperanza. No quería morir y dejar sola a su madre.

Fue conducida hasta la casa de uno de los altos mandos de las SS. La construcción, también de ladrillo, estaba ubicada en una explanada que se elevaba del suelo un par de metros. La altura suficiente para tener una visión privilegiada de casi todas las dependencias del lugar. Había un lujoso automóvil estacionado frente a la propiedad y hasta parterres con flores de diversos colores adornaban las ventanas. A Isabela le pareció una burla tanta belleza cuando todo a su alrededor era muerte y podredumbre.

Subieron las escalinatas y el uniformado le dio la orden de que se detuviera. Llamó a la puerta y una mujer mayor les abrió. La miró con desprecio cuando Isabela pasó junto a ella.

La casa tenía todas las comodidades; desde alfombras en los pisos hasta mullidos sillones estampados a rayas. La tela le hizo acordar a los sacos que su padre y el tío Otto confeccionaban en la sastrería y sonrió.

—¿De qué te ríes, judía? —la increpó la mujer, de muy mala manera.

La risa en los labios de Isabela se borró de inmediato. El soldado había desaparecido, dejándola sola con aquella señora de mirada penetrante y cabello tan negro como el plumaje de un cuervo. Se puso a contemplar uno de los cuadros del vestíbulo. Cualquier cosa era mejor que mirar a esa mujer a la cara.

Cuando el uniformado regresó, le dijo que su superior quería hablar con ella. Asustada y con un nudo en la boca del estómago, Isabela lo siguió hasta el despacho de uno de los hombres que manejaba los hilos de Auschwitz. Sabía que su vida dependía de él.

El comandante Müller era un hombre joven y fornido. Era el mismo que había hecho la revisión final el día de su llegada al campo. No llevaba el uniforme negro, característico de la Unidad de las Calaveras. Vestía de entrecasa. Una camisa blanca abotonada hasta el cuello y

pantalones azules con tirantes grises. Tenía el cabello peinado hacia atrás y un grueso rizo le caía sobre la frente.

La miró e Isabela sintió un escalofrío en su espalda. No solo percibió el odio hacia los de su raza en sus ojos claros; había un brillo extraño que no supo descifrar.

—Me contó un pajarito que te atraparon robando —le dijo, rodeando el escritorio para aproximarse a ella. Olfateó el aire y sonrió. El desinfectante había borrado el hedor de la orina.

—Eso no es verdad, señor.

—¿Estás insinuando que mis hombres mienten?

—Mi intención no era robar, señor. Solo buscaba información sobre mi padre y mi hermano, a quienes no veo desde que llegamos aquí —respondió, agachando la cabeza.

—Y encontraste lo que buscabas —dijo, cruzándose de brazos.

—Sí —musitó ella.

—¿Qué has dicho? No te escuché.

—Sí, señor. —Le temblaba la boca. Aquel hombre la intimidaba con solo una mirada.

Pero cuando la sujetó con firmeza de la barbilla no tuvo más remedio que mirarlo.

—Eres muy hermosa. —Le sonrió—. Isabela es tu nombre, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó, deslizando sus ojos por su cuerpo delgado que apenas se dibujaba debajo del uniforme de dril.

Isabela no pudo responder. El miedo le había formado un nudo en la garganta.

—¡Responde! —le gritó.

—Tengo… tengo casi quince años.

Le paso el dedo por el cuello y de repente, la soltó. Regresó detrás del escritorio y se dejó caer en la butaca.

—Dime los nombres de tu padre y de tu hermano.

Isabela soltó el aire contenido en los pulmones.

—Eugen y Samuel Eiserman.

—En el expediente que robaste solo hay información sobre tu padre. —Lo tenía frente a él, junto a otros papeles—. Eso significa que tu hermano no pasó la *selektion*.

A Isabela le fallaron las piernas. Tuvo que sostenerse de un mueble para no caerse.

—Supongo que era un niño demasiado pequeño o no tenía la fuerza suficiente para las labores que se le asignan a todos los que llegan a Auschwitz.

—¿Qué significa eso? —la pregunta tenía una respuesta muy dolorosa, pero Isabela necesitaba oírla.

—Tu hermano y otras personas fueron gaseados el mismo día de su arribo. Aquellos que no son aptos para trabajar o llegan enfermos, no nos sirven de nada.

—¡Era solo un niño! —clamó Isabela con el corazón desgarrado.

—Seguramente muchos más murieron ese día —manifestó con desdén.

Isabela apretó los puños. Deseaba abalanzarse encima de aquel animal y arrancarle los ojos.

—¿Hay alguien más de tu familia aquí?

Ella guardó silencio.

—¡Contesta! —le exigió, perdiendo la paciencia.

—Mi madre está conmigo.

—¿Cuál es su número de identificación?

Isabela no quería decírselo. Temía que le hicieran pagar por lo que ella había hecho.

—Si no respondes, me ocuparé personalmente que hoy mismo sea enviada a las *duchas* —le advirtió, sin ningún miramiento.

—97953 —y luego, en tono desafiante, agregó—: Su nombre es Aina Eiserman. —El dolor y la rabia de saber el final que había tenido su amado Samuel habían socavado su miedo.

El comandante Müller decidió pasar por alto aquel gesto de rebeldía porque, después de todo, la muchacha acababa de enterarse de la muerte de su hermano. Pero ya no le perdonaría ninguna falta más. Ningún judío se había atrevido antes a enfrentarlo de aquella manera tan directa. Si alguna vez alguien lo intentó, terminó con una bala en la cabeza. Él era el comandante Blaz Müller, miembro fundamental del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y uno de los más fervientes admiradores de Hitler. No por nada le habían encomendado la misión de dirigir uno de los campos de concentración más grandes del Tercer Reich. Miró a Isabela. Claro que a veces… hacía algunas excepciones. No era habitual encontrarse en aquel lugar con una judía tan bonita. Hacía tiempo que la tenía entre ceja y ceja, viéndola pasar casi todas las mañanas en dirección a las letrinas. Clavó sus ojos claros en las manos de la muchacha. Aunque tenía callos en la piel, eran pequeñas y de dedos largos. Le recordaban a las manos de su propia madre, una eximia artista que había deslumbrado al Führer en más de una gala interpretando sus melodías favoritas en el piano.

El deseo que despertaba en él aquella joven, muchas veces pesaba más que sus fuertes ideales antisemitas. No era inusual que en los campos de detención se abusara de las mujeres bonitas. Poco importaba su raza a la hora de saciar los bajos instintos. Sabía que, si la atacaba allí mismo, la situación podría salirse de control. Frau Herta rondaba por la casa y no se le escapaba nada. ¿Qué diría el ama de llaves si descubría que una hembra judía lo tenía como un animal en celo?

—Intuyo que no vas a decirme el nombre de la persona que te facilitó el acceso a las oficinas de la administración.

Isabela desvió la mirada. Podía infligirle la peor de las torturas; jamás le entregaría a Eva.

—No puedo permitir que una acción semejante vuelva a repetirse. Veo que eres orgullosa y no le temes a las represalias. Por eso, creo que la única solución es tenerte bajo constante vigilancia. —Se rascó el mentón—. Voy a ordenar que hoy mismo comiences a desempeñarte aquí, como ayudante de frau Herta en las tareas de la casa. ¿Qué dices? Es mucho mejor que

meter todos los días las manos en la mierda, ¿verdad?

Isabela, incrédula, lo miró a los ojos. Se estaba burlando de ella. ¿Cómo iba a premiarla de esa manera después de lo que había hecho? Los nazis jamás perdonaban a los judíos. Era una trampa.

—¿Aquí, en la casa?

—Sí. Ya no tendrás que dormir en esos inmundos barracones.

—¿Y mi madre? —No quería separarse de ella. Prefería renunciar a su extraña oferta antes que separarse del único ser querido que le quedaba en aquel infierno.

—Seguirá como siempre, con sus labores en el campo —afirmó.

Isabela no supo qué decir. Si aceptaba, ya no sería tan fácil estar juntas. Sin embargo, trabajar en la casa del comandante le daría ciertas ventajas. Podría robar comida para enviársela a su madre o incluso conseguir medicamentos.

—¿Puedo ir a despedirme de ella? —le preguntó, con cautela. No confiaba en él y nunca lo haría.

—Claro que puedes. —Llamó al soldado que esperaba en el pasillo y también a la mujer para la cual trabajaría—. Frau Herta, Isabela se mudará hoy a la casa. Será su asistente y tendrá mano dura con ella. Dormirá en el sótano y comerá con usted en la cocina.

La mujer, de mirada fría y semblante imperturbable, apenas le prestó atención. Se limitó a asentir antes de pedir permiso para retirarse.

Isabela fue llevada al barracón para que pudiera decirle adiós a su madre. Ya había vuelto de su trabajo y estaba echada en la litera, con las manos apoyadas en el pecho y los ojos clavados en la pared. Trató de incorporarse cuando vio que su hija se acercaba.

—Madre, ya estoy aquí. —Le dio un beso en la frente y le apretó la mano.

—¡Isabela, hija mía! ¡Tenía tanto miedo! —Aina la estrechó entre sus brazos—. Eva me contó lo que pasó. ¡Te dije que era demasiado arriesgado! —La apartó para mirarla mejor—. ¿Te han hecho algo esos animales?

—No, madre, más allá del susto, no me ocurrió nada. —Isabela se debatía entre guardar silencio o decirle lo que había descubierto. Su padre seguía en paradero desconocido, pero el pequeño Samuel había muerto poco después de que se lo arrancasen de las manos. Vio aquellos ojos tan hermoso bañados de lágrimas. No podía contárselo… No lo resistiría y ella ya no estaría allí para brindarle consuelo.

—¿De verdad no te lastimaron?

Isabela negó con la cabeza. Impostó una sonrisa. Necesitaba aparentar calma para transmitírsela.

—El comandante Müller quiere que empiece a servir hoy en la casa. Dice que tengo que estar bajo estricta vigilancia. Necesita asegurarse de que no volveré a meterme en ninguna dependencia oficial. Mantuve la identidad de Eva en secreto, aunque mi miedo es que trate de

obligarme a decirle quién fue mi cómplice.

—¿Trabajar en su casa? —Aina la miró con recelo. Poco le importaba el destino de Eva en ese momento—. No me gusta nada, Isabela. No me gusta nada…

—Mame, yo también tuve mis reservas cuando me lo propuso y lo que más lamento es tener que separarme de usted. —Se arrodilló frente a ella—. Pero, piénselo, estando allí será más fácil conseguir alimento. Puedo robar pequeñas raciones y pedirle a Eva que se las traiga. También tendré acceso a medicamentos. Sin esa tos que le da por las mañanas, se sentirá mucho mejor.

Aina asintió. La desconfianza persistía. Por más que Isabela se mostrara tan entusiasta, temía por ella.

—¿Has conseguido averiguar dónde tienen a Eugen y a tu hermano?

—No, mame —mintió—. Me descubrieron antes de que pudiera revisar los expedientes.

—Tal vez en la casa puedas obtener algo de información.

Isabela asintió y se acurrucó en su regazo. Odiaba ocultarle la verdad, pero muchas veces la realidad era demasiado violenta para asimilarla; sobre todo cuando cada día te hundes en el infierno.

Permanecieron abrazadas durante un largo rato, prodigándose besos y palabras cariñosas hasta que uno de los guardias entró al barracón buscando a Isabela.

Mientras la veía partir, Aina sintió un violento escalofrío en el pecho.

Entonces supo que quizá ya no volvería a verla.

ENVIDIA

Barrio Norte, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1943

El día de la boda había llegado.

Magdalena llevaba toda la mañana con calambres en el estómago y dolor de cabeza. Teodoro afirmaba que eran los nervios: Débora, que conocía los sentimientos de su hija, sabía que estar a punto de dar aquel paso definitivo en su vida la tenía sumida en la tristeza.

La ceremonia civil se celebraría en la mansión de los Navarro Soler. En un principio, habían sugerido hacerla en Las Acacias, pero el inusual clima de los últimos días, gris y ventoso, obligó a un cambio de planes de último momento. Y lo peor de todo era que Santiago insistía en que su hermano, en su rol de sacerdote recién consagrado, bendijera el enlace.

La presencia de Pedro no haría más que acrecentar la angustia de Magdalena.

—¿Vas a almorzar, hija? —le preguntó Débora al entrar en la habitación.

—No, madre. He perdido el apetito —respondió, contemplando la calle a través de la ventana. Volteó la cabeza y la miró—. ¿No le parece una extraña casualidad que usted se haya casado con don Teodoro bajo las leyes alemanas ocultando nuestro origen, y ahora la historia se repite conmigo? Muchas veces me pregunto qué pensaría Santiago si supiera que está a punto de unirse en matrimonio con una judía.

Débora suspiró. Era un secreto que pesaba demasiado. ¡Tantas veces había estado a punto de contarle a Rosario la verdad! Pero la misma incertidumbre que inquietaba a su hija le impedía ser sincera con ella sobre su pasado y su historia.

—Por lo pronto, es importante que aceptara que la boda sea solo por civil…

—Le pareció muy extraña mi petición, por esa razón se empeñó en que Pedro nos bendiga —comentó Magdalena jugueteando con las cortinas. El anillo de compromiso brillaba en su dedo —. Sé que no puedo impedir que él esté allí, acompañando a su hermano… pero será muy doloroso para mí tenerlo cerca mientras le doy el sí a Santiago.

Débora se aproximó a su hija y le puso la mano en el hombro.

—Debes olvidarlo, Magdalena. Tienes un futuro promisorio al lado de Santiago. No te faltará nada y estoy completamente segura de que serás muy feliz con él. —La asió del mentón para que ella se volteara a mirarla—. No dejes que ese amor imposible arruine tu matrimonio y tu vida.

—Lo amo, madre —dijo con los ojos vidriosos—. No puedo imaginar siquiera cómo será mi

vida junto a un hombre por el cual solo siento aprecio. Haré mi mejor esfuerzo para ser una buena esposa. Le daré a Santiago ese hijo que sé que tanto desea y Rosario tendrá un sobrino al que malcriar mientras llena de dicha sus días vacíos.

—No hables así de tu cuñada —le recriminó.

—¿Acaso no es verdad? —Magdalena se apartó de la ventana para ir a sentarse frente al tocador—. Rosario se la pasa diciendo que no ve la hora de convertirse en tía. Tengo la sensación de que si le doy un hijo a Santiago, se ocupará de él como si fuera suyo.

Débora no supo qué decir. Sabía que Rosario anhelaba ver un niño corriendo por los jardines de la mansión. Se lo había mencionado en varias oportunidades. Nunca se atrevió a indagar demasiado en aquel asunto, pero era evidente que proyectaba en Magdalena el deseo de convertirse en madre. Solo sabía que, tras varios años de noviazgo, decidió romper el compromiso con un joven de apellido Quiroz. Desde entonces no había vuelto a entablar ninguna relación formal con nadie.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando la criada entró en la habitación para anunciar que había una joven que preguntaba por Magdalena.

—¿Una joven? —Magdalena la miró extrañada—. ¿Te dijo su nombre?

—Se llama Teresa González del Pino.

Magdalena y Débora se miraron. No la conocían.

—¿Mencionó qué quería? —preguntó Débora, tan perpleja como su hija.

—No, señora, no lo dijo.

—Está bien, puedes retirarte. Dile a esa señorita que mi hija baja en un momento.

—Como mande, señora.

Cuando la criada se fue, Magdalena dudó en salir a recibir a la tal Teresa. Su nombre no le sonaba de nada. Ella no tenía amigas en el barrio y ninguna de sus compañeras del conservatorio de música se llamaba así.

—¿Quién será, madre?

—No lo sabremos si no bajas a verla.

Magdalena asintió. Tenía razón. Desde que vivían en Buenos Aires no había recibido muchas visitas, mucho menos de alguien a quien no conocía. Aunque le pareciera raro, la curiosidad por descubrir de quién se trataba era más fuerte. Se retocó el peinado delante del espejo y se puso un cárdigan de hilo encima del vestido.

—Iré contigo —le dijo Débora.

Bajaron juntas las escaleras y Magdalena fue la primera en entrar el salón.

Una joven vestida con un elegante tailleur color celeste y el cabello rubio peinado a la moda las recibió con una enorme sonrisa en el rostro.

—Buenos días, espero no importunarlas en un momento tan especial, pero no quería dejar pasar más tiempo antes de venir a felicitar a la novia. —Se acercó para darle un beso en la

mejilla a Magdalena—. Mi nombre es Teresa González del Pino, pero llámenme Teté, por favor. Mi familia ha sido amiga de los Navarro Soler desde hace décadas y cuando leí en la página de sociales que Santiago iba a casarse, supe que tenía que presentarme delante de la afortunada para felicitarla en persona. —Miró a Débora—. Usted debe ser su madre. El parecido es asombroso.

La joven destilaba sobriedad. Débora miró la mano que le tendía. Llevaba un anillo de diamantes y tenía las uñas pintadas de rosa.

—Soy Débora Schneider, señorita González del Pino. Es un placer conocerla. —Se dio cuenta de lo rápido que retiró la mano cuando aceptó su saludo.

—¡Teté, por favor! —le recordó, sin dejar de sonreír en todo momento.

—¿Le gustaría tomar algo? —Faltaba menos de una hora para el almuerzo. No podía ofrecerle un café, pero sí un aperitivo.

—No, gracias. No se moleste.

Magdalena, todavía sorprendida por la visita de aquella mujer, apenas había abierto la boca.

—Santiago nunca me habló de usted.

Teté González del Pino hizo un exagerado ademán con el brazo.

—¡Hombres! No te habló de mí seguramente porque hace un tiempo él y yo solíamos salir juntos. ¡Oh, no pongas esa cara! ¡De eso hace ya un siglo! —bromeó—. La verdad es que me puse muy contenta cuando supe que por fin iba a sentar la cabeza. Ahora que conozco a la hacedora de semejante milagro, entiendo por qué decidió renunciar a la soltería.

—Voy a la cocina un momento para ordenar que nos traigan algo de beber. —Débora notó cierta incomodidad en su hija. La miró a los ojos—. Regreso enseguida.

Al quedarse a solas, Magdalena invitó a la visita a sentarse.

—Me he dado cuenta de vuestro acento…

—Somos alemanas —se apresuró a contestar.

—¿De Berlín?

Magdalena asintió.

—Supongo que llevan poco tiempo en Argentina y que abandonaron su país por causa de la guerra —comentó, cruzándose de piernas con elegancia.

—Así es. —Fue la escueta respuesta que le dio Magdalena.

—¿Y cómo conociste a Santiago?

Magdalena sintió que estaba siendo sometida a un interrogatorio. Por más que le sonriera y le hablara con amabilidad, había algo en aquella joven que le generaba cierto recelo. ¿Una antigua novia de Santiago? ¿Por qué se había tomado la molestia de venir a conocerla?

—Fue en Las Acacias, durante la Nochevieja.

—O sea que hace menos de un año que tuviste el privilegio de cruzar tu camino con él. Todo ha sido muy rápido entonces… —Se detuvo al darse cuenta de que quizá había dicho algo inapropiado—. ¡No lo tomés a mal Magdalena, por favor! Es solo que me sorprende que te haya

pedido matrimonio tan pronto cuando siempre fue un hombre que reivindicaba su libertad a los cuatro vientos.

—Creo que tendrías que preguntárselo a él —replicó Magdalena, dejando muda por unos segundos a su interlocutora. Sonrió para sus adentros.

—Lo haré, querida. Apenas tenga la oportunidad, tendrá que saciar mi curiosidad. —Se reacomodó en el sillón y se alisó la falda—. Hablemos de otro asunto mejor. Me dijeron que tu padre es diplomático.

—El señor Schneider es mi padrastro, y sí, trabaja en el consulado alemán —respondió, poniéndose seria.

Teté González del Pino sonrió nerviosa.

—Me informaron mal entonces.

—Así es. Mi padre murió hace cinco años, en Alemania.

—¿Y a qué se dedicaba? ¿También estaba relacionado con el mundo de la diplomacia?

Estaba a punto de responder a su pregunta cuando Débora regresó al salón.

—Mi difunto esposo era uno de los mejores sastres de Berlín —dijo, sentándose al lado de su hija—. Murió en un accidente de tráfico.

Magdalena le agradeció con un gesto su acertada intervención. Ella no habría sabido qué decirle. Aunque debían ocultar cómo había muerto su padre realmente para preservar su verdadera identidad, le costaba hablar de ese momento tan traumático en sus vidas.

—Lo lamento mucho. Yo también perdí a mi padre. Una cruel enfermedad se lo llevó el año pasado y mi pobre madre todavía no consigue sobreponerse. —Miró a Débora. Se había quedado con las ganas de saber cuánto tiempo llevaba casada con su segundo esposo, pero supo que no era lo más conveniente indagar en su pasado si quería ganarse la amistad de su hija. Debía cambiar pronto de estrategia.

La criada entró, portando una bandeja con el refrigerio y se retiró cuando su patrona le dijo que ella se encargaría de servir el anís.

—¡Propongo un brindis! —Teté alzó su copa, alentándolas a hacer lo mismo con las suyas—. ¡Por Magdalena y Santiago, la feliz pareja!

—Por tu felicidad, hija —brindó Débora, sonriéndole.

El choque de los cristales sacó a Magdalena de su abstracción. Se bebió el anís de un solo trago y no se quejó cuando el alcohol quemó su garganta.

—¡Muero de deseos por ver el vestido de novia!

—No habrá ceremonia religiosa —se apresuró a aclararle Débora—. Preferimos una celebración más sencilla. Igualmente, hemos conseguido que un reconocido modisto, amigo personal de Rosario, diseñe el vestido de mi hija.

—¿Quién es? Si se puede saber, claro —preguntó Teté, intrigada.

—Paco Jamandreu. ¿Lo conoces?

Teté asintió. Le fue imposible disimular la sorpresa. Además de llevarse a uno de los mejores partidos de Buenos Aires, la alemana también conseguía que uno de los diseñadores que pisaban fuerte dentro del mundo de la moda confeccionara su vestido de bodas. Era un insulto para una mujer despechada como ella. Se inclinó con elegancia para dejar la copa vacía sobre la mesita y les sonrió.

—Me encantaría seguir conversando sobre los preparativos, pero lamentablemente tengo que irme. —Teté González del Pino se puso de pie y se despidió de ambas con un beso en la mejilla —. Las veo esta tarde en la mansión de los Navarro Soler. ¡Por nada del mundo me perdería la boda! —Se dirigió a la futura esposa del hombre con el cual siempre había soñado casarse—. Magdalena, no hace falta ni que te lo diga, pero podés contar conmigo para lo que sea. Me encantaría que fuésemos amigas. ¡Te podría contar tantos secretos jugosos de Santi! —dijo, guiñándole el ojo.

Magdalena solo se limitó a sonreír. Apenas la joven salió del salón, madre e hija intercambiaron miradas cargadas de alivio.

—¡Qué mujer entrometida! —exclamó Magdalena, dejando la copa vacía sobre la bandeja.

—Es un poco extraña —reconoció Débora—. Sin embargo pienso que su amistad no te haría ningún daño. Quizá es hora de que socialices un poco más, hija. Es conocida de los Navarro Soler y seguramente coincidirás seguido con ella en algún evento.

A Magdalena no le hacía mucha gracia. Para que no insistiera, le dijo que quizá tenía razón. Estaba ya demasiado nerviosa por la boda como para encima tener que preocuparse por hacer nuevas amistades. Subió las escaleras y se encerró en su habitación para poder llorar a solas sin que nadie la molestara.

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia,
noviembre de 1943

La casa del comandante Blaz Müller contaba con todas las comodidades necesarias para vivir bien. Agua caliente, chimenea en todas las habitaciones y un moderno refrigerador eléctrico en donde mantener frescos los alimentos.

Isabela dormía en el sótano. Aunque era un poco oscuro, ya que solo entraba la luz por una pequeña ventana que daba al río Sola, y olía mucho a humedad los días de lluvia, a ella le parecía un paraíso comparado con el barracón en el cual había vivido los últimos meses. La cama chirriaba demasiado cada vez que se movía, pero el colchón era tan blando que no le importaba. Como le daban una vela por día para que iluminara el lugar, cuando podía sacaba un libro de la biblioteca para leer por las noches. Lo escondía en un hueco de la pared, orando para que el comandante no lo echase en falta.

Todavía no se había animado a robar comida. Llevaba varias semanas haciendo buena letra para tratar de ganarse la confianza de frau Herta, una mujer dura que se había encargado desde el primer momento de dejarle bien en claro que ella, ni los de su raza, eran santo de su devoción. Le repetía casi a diario que no comprendía cómo había conseguido que el comandante la hubiera metido en su casa. Isabela intuía que siempre quería decirle algo más, pero luego terminaba quedándose callada, con los labios apretados y de pésimo humor durante todo el día.

Ella apenas le dirigía la palabra. Solo lo necesario para hacerle una pregunta cuando no entendía alguna cosa o para pedirle permiso para ir al baño.

Después de haber conocido las letrinas del campo, le gustaba entrar en aquella pequeña habitación, cubierta de azulejos blancos y sanitarios que relucían como si tuviesen luz propia. Se quedaba un largo rato mirándose en el espejo, tratando de encontrar en ese rostro delgado y ojeroso a la Isabela de antaño, la que cantaba como los ángeles… la misma que se había atrevido a besar a un idiota debido a su gran admiración por Marlene Dietrich.

La tenue claridad que llegaba hasta el sótano la despertó. Isabela abandonó el camastro y corrió hasta el ventanuco. Arrodillada, contempló cómo el sol comenzaba a despuntar en el horizonte, pintando de tonos anaranjados y rojizos el cielo. Era un maravilloso espectáculo que estando encerrada en el barracón nunca había podido disfrutar. Se vistió de prisa y se pasó la

mano por la cabeza. Los pelos le pincharon los dedos. Era lo único que detestaba cada vez que se miraba al espejo. No sabía cuánto tardaría en crecerle el cabello. Suspiró hondo. Extrañaba el roce del cepillo y el perfume de su abuela cuando la peinaba por las noches antes de irse a dormir.

Subió de prisa los escalones y empujó la puerta que daba a la cocina. Estaba vacía. Sus ojos se posaron en el armario donde frau Herta guardaba el pan que sobraba del día anterior. Sin pensarlo dos veces, lo abrió y tomó una hogaza. La envolvió con un paño, volvió corriendo al sótano y lo escondió en el mismo hueco donde ocultaba los libros que robaba de la biblioteca. Intentaría enviárselo a su madre lo antes posible, pero para ello debía buscar a Eva. Era la única que podría ayudarla. Miró por la ventana. La oficina en donde trabajaba estaba cerca. Bastaba con hacerle alguna señal para que pasara por la parte trasera de la casa con cualquier excusa. Ya había hecho la prueba y su mano cabía perfectamente en el agujero que tenía el ventanuco del sótano.

Regresó a la cocina justo a tiempo. Frau Herta entró, le echó un rápido vistazo y no le dijo nada.

—Buenos días —la saludó.

La mujer le dio la espalda y se puso a preparar café.

—El comandante Müller quiere verte —le comunicó cortante—. Hoy le llevarás tú el desayuno. Ponte a cortar pan y úntalo con la mermelada de arándanos.

Isabela obedeció enseguida. Sabía que aquel dulce que ella chupaba de la cuchara cuando nadie la veía era el favorito del comandante.

Con todo listo, tomó la bandeja y se dirigió al comedor. El olor del café le abrió el apetito. Isabela tenía que esperar su turno para desayunar porque frau Herta evitaba compartir la mesa con ella. Se le permitía beber un poco de té y consumir una pieza de pan blanco.

—Buenos días, comandante. —Dejó la bandeja encima de la mesa y se inclinó hacia delante para servirle el café. Sintió los ojos de aquel hombre clavados en su nuca.

—Buenos días, Isabela —le respondió mientras se colocaba la servilleta sobre las piernas.

—Si no me necesita para nada más, me retiro, comandante.

Cuando la asió de la muñeca, Isabela tragó saliva.

—Quédate. Hoy quiero que me acompañes a desayunar.

La invitó a sentarse y en un gesto que dejó a Isabela perpleja, llenó una taza de café para ella. Tanta generosidad era sospechosa. No sabía cómo actuar. Durante el tiempo que llevaba viviendo allí, nunca la había invitado a su mesa. Tampoco había insistido en saber quién la había ayudado a entrar en la Oficina de Registros. Quizá podía aprovecharse de su buena disposición y pedirle permiso para ir a ver a su madre. Isabela se dejó caer muy despacio sobre la silla. Su trasero se hundió en el blando tapizado de cuero verde y le costó acomodarse adecuadamente. Quedó sentada muy adelante, con el torso casi pegado al borde de la mesa. Se mostró un poco

reticente a beber el café. Sentía que cada uno de sus movimientos estaban siendo observados por el comandante Müller, como si estuviese esperando que cometiera el más mínimo error para echárselo en cara. Bebió un sorbo y nada de eso ocurrió. No recordaba haber bebido un café tan delicioso antes. Miró el plato con el pan embadurnado de dulce de arándanos y se le hizo agua la boca.

—Puedes probarlo —le dijo, ofreciéndole aquel manjar que le hacía brillar los ojos.

Isabela aceptó de inmediato. Aunque desconocía las intenciones del comandante al mostrarse tan amable con ella, no podía darse el lujo de rechazar aquel primer pequeño banquete después de tantas penurias. Sin embargo, cuando le dio el primer mordisco al pan y el dulce se derritió en su boca, se le vino a la mente la imagen de su madre, alimentándose con un seco mendrugo. Regresó el pan a su sitio y se limpió los labios con una servilleta.

—¿No te gusta?

—No puedo pensar en satisfacer mi apetito cuando mi madre y los demás se mueren de hambre a diario. —Lo miró a los ojos—. Hasta hace algunas semanas, yo también sufría por tener siempre el estómago vacío. No es justo… no es justo para nada. —Ya no quería siquiera terminar el café.

—Deberías agradecer lo que tienes, Isabela. Eres una verdadera privilegiada. ¿Sabes la cantidad de mujeres que quisieran estar en tu lugar, sirviendo en esta casa en vez de vivir en los barracones y trabajar en el campo? Te elegí a ti entre muchas. No deberías lamentarte por ello.

—¿Por qué me eligió a mí, comandante? —Ya no estaba tan segura de que fuese para mantenerla a raya; tampoco porque quisiera sonsacarle el nombre de su cómplice.

Blaz Müller se levantó, rodeó la mesa y de un armario sacó un paquete envuelto en papel floreado. Volvió a acercarse a ella y la miró desde arriba.

—Espero que te guste. —Depositó el envoltorio en sus manos—. Quiero que dejes de usar ese raído uniforme y comiences a llevar este vestido.

Isabela desenvolvió el regalo y se dio cuenta de que le temblaban las manos. Un hermoso vestido blanco con lunares rojos se fue asomando a medida que apartaba el papel.

—Supongo que será de tu talle. Frau Herta asegura que sí lo es.

¿Frau Herta? Isabela no podía imaginarse lo mal que le habría sentado que el comandante le hiciera aquel obsequio. Estaría maldiciendo su nombre. Temía que se lo hiciera pagar de alguna manera.

—No puedo aceptarlo, comandante. —Dejó el vestido a medio envolver sobre la mesa y se dispuso a marcharse.

Blaz Müller se interpuso en su camino.

—No estoy acostumbrado a que ninguna mujer rechace un obsequio mío —le dijo, en tono amenazante mientras le entregaba el paquete—. Esta noche, cuando me sirvas la cena, quiero que lo lleves puesto.

La severa mirada que le prodigó la obligó a asentir. Huyó del comedor y en la cocina se topó con la imponente figura de frau Herta, esperándola.

—¿Te gustó el vestido? —le preguntó. Parecía un perro rabioso dispuesto a saltar sobre su cuello.

—Es… es bonito —balbuceó, mirando hacia abajo. El espacio que había quedado entre la mujer y la puerta cerrada a su espalda era demasiado estrecho para intentar moverse.

—El comandante Müller está perdiendo la razón —dijo, ladeando la cabeza—. Nunca antes lo había visto así, babeando por una cerda judía que no merece siquiera que nadie la mire. Sabes cuál es el precio que tendrás que pagar por el vestidito, ¿verdad? Todos los hombres siempre quieren algo a cambio.

Isabela, horrorizada ante lo que acababa de insinuar aquella maldita mujer, se escabulló hacia el sótano y arrojó el paquete encima de la cama. Tenía deseos de romper el vestido en mil pedazos. Pero el castigo sería terrible… y todavía no le había pedido permiso al comandante para visitar a su madre. Tomó el vestido entre sus manos y se lo probó encima del uniforme de dril. Lo apretó contra su cuerpo, sintiendo la suavidad de la tela.

Cerró los ojos cuando unos gruesos lagrimones comenzaron a rodar por sus mejillas ardientes.

¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar realmente para poder volver a ver a su madre?

La respuesta a semejante pregunta era demasiado aterradora.

Cuando el comandante Müller la miraba, a ella se le helaba la sangre. Su madre, allá en el gueto de Lodz, le había advertido sobre cuán peligrosas pueden ser las intenciones de los hombres con una muchacha inocente. ¿Qué pasaría si ese cerdo le ponía la mano encima? ¿Saldría huyendo? ¿Se defendería con uñas y dientes o cedería a cambio de un permiso?

Durante el resto del día pensó en todas las opciones posibles. Cuando atardeció y Müller llegó a la casa, su corazón se detuvo. Faltaba una hora para la cena todavía.

Sesenta minutos para tomar una decisión. Quizá la más importante de su vida.

ALEA JACTA EST

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1943

El jardín de los Navarro Soler se había engalanado para la gran ocasión. Cintas blancas de raso colgaban de los pinos mientras unas guirnaldas de margaritas decoraban las columnas de la casa. Frente a la piscina, una mesa cubierta con un impecable mantel de lino, también de color blanco, estaba a rebosar de platos con diferentes tentempiés que los invitados disfrutarían en la breve recepción que darían después de la ceremonia. Algunos de los compañeros de Magdalena del conservatorio de música animarían el evento con algunas melodías y ejecutarían el "Ave María" de Schubert durante el ingreso de la novia. En la pérgola central habían improvisado un espacio para que el juez oficiara el matrimonio. Una mesa con un ramillete de rosas blancas y cuatro sillas. Don Cipriano Reyes, padrino de bautismo de Santiago, sería el testigo del novio. Débora cumpliría el mismo rol del lado de Magdalena. El juez, un hombre calvo y de contextura pesada, había llegado temprano. Recorría la mesa repleta de bocadillos con cierto disimulo mientras esperaba la aparición de los novios.

Magdalena se encontraba en la habitación de huéspedes echada sobre la cama, mientras la música que llegaba desde el jardín acompañaba sus pensamientos. Les había pedido a su madre y a su cuñada que la dejasen un momento a solas. Sabía que Pedro ya estaba allí. La misma Rosario le comentó su decisión de dormir en la mansión la noche anterior. ¿Qué temía? ¿Qué ella lo hubiese ido a buscar a la iglesia en un último y desesperado intento por convencerlo de que la amaba por encima de su Dios?

Alea jacta est. La suerte estaba echada. Sonrió ante la ironía del destino. En pocos minutos, se convertiría en una Navarro Soler; solo que casándose con el hermano equivocado, aquel del que jamás se enamoraría.

Esa noche y el resto de las noches de su vida, Santiago podría poseer su cuerpo… pero su corazón y su alma le pertenecían a un solo hombre. Pronunció el nombre de Pedro al tiempo que cernía los brazos alrededor de su cuerpo.

Alguien llamó a la puerta y se incorporó de inmediato. Antes de dar su consentimiento para que pasara, Teodoro Schneider entró en la habitación.

—Magdalena, ya es la hora. —La contempló un instante. Era una novia hermosa, aunque también una de las más tristes. Se acercó y la ayudó a acomodarse el chal de seda sobre el

vestido de organza blanca con corsage bordado de piedras turquesas y breteles fruncidos que Jamandreu había diseñado especialmente para ella—. Sé que en este momento tan especial de tu vida hubieses querido que tu padre estuviera con vos para acompañarte. No llevamos la misma sangre, Magdalena; sin embargo te quiero como una hija. Quizá no lo parece porque soy un hombre parco cuando se trata de mostrar mis sentimientos. Las amo, a vos y a tu madre, por sobre todas las cosas. Puse mi carrera en peligro para traerlas a este país y ponerlas a salvo.

—Y yo se lo agradezco, don Teodoro. Sé todo lo que hizo por nosotras, pero yo ya tuve un padre al que adoraba y murió entre mis brazos —le dijo, tratando de no sonar hiriente cuando en realidad no le importaba demasiado lastimarlo. Aunque sus vidas corrían peligro si se quedaban en Alemania, seguía culpándolo por haberla alejado de su familia y obligado a vivir bajo una falsa identidad.

Teodoro Schneider guardó silencio y le ofreció su brazo para abandonar juntos la habitación. Magdalena manifestó que no era necesario hasta que estuviesen delante de los demás. Bajaron y antes de salir de la casa se sujetó de él para avanzar los pocos metros que la separaban de su futuro esposo. El casquete de fieltro que adornaba su cabeza tenía un velo que le cubría el rostro y le permitió buscar a Pedro entre la gente sin que nadie se diera cuenta. Detuvo su andar apenas un segundo cuando lo vio, sentado junto a sus hermanos, a la derecha de la pérgola. Con las piernas temblorosas dejó que su padrastro la guiara durante el resto del trayecto.

Santiago besó su mano enguantada y luego se sentaron frente al juez. Las palabras del magistrado retumbaban en sus oídos. Solo podía pensar que Pedro estaba allí, a tan poca distancia, viendo como la mujer que deseaba se casaba con otro hombre.

Escuchó el contundente “sí” que pronunció Santiago cuando le preguntaron si la aceptaba como esposa. Cuando le tocó a ella, titubeó unos segundos antes de responder. Primero asintió con la cabeza. El juez le indicó que debía pronunciarlo en voz alta. Dio aquel “sí” con el corazón en un puño, dolorosamente consciente de que acababa de renunciar al hombre que amaba para siempre. Después del beso de Santiago tras la declaración formal de que ya eran marido y mujer, los testigos fueron los primeros en felicitarlos. Cuando Magdalena vio que Pedro se acercaba con el mismo propósito, no lo pudo soportar. Alegó un repentino malestar y salió corriendo rumbo a la casa.

Entre los invitados, se encontraba Teté González de Pino. La joven que había ostentado en alguna oportunidad el título de “novia” de Santiago Navarro Soler observaba, impactada, que su flamante esposa huía del lugar con el rostro bañado en lágrimas.

Sabía que era su oportunidad. La siguió y pronto descubrió, gracias a su llanto ahogado, que se había encerrado en el baño principal. Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

—Magdalena, soy yo, Teté. Nos conocimos esta mañana en tu casa. ¿Te acordás de mí? No sé qué es lo que te pasó, pero es normal que las novias se pongan así. Es demasiada emoción, supongo. —Como ella permanecía en silencio, continuó con su discurso—. Ya se te va a pasar el

miedo, porque es eso lo que sentís también. Miedo a una nueva vida y a no cumplir con las expectativas del hombre que te eligió como esposa. Todo se aprende sobre la marcha, querida. No me cabe ninguna duda de que harás muy feliz a Santiago. —Escuchó el *clic* del picaporte y sonrió cuando Magdalena se asomó por la puerta entreabierta—. No hay nada de qué preocuparse realmente, te lo aseguro. Los hombres son más simples de lo que pensás. Si necesitás un consejo o un hombro amigo donde refugiarte, te ofrezco ambos. Me gustaría de verdad que consideraras mi amistad, Magdalena. Me caíste bien de entrada y sé que podemos llegar a ser grandes amigas. —Sacó un pañuelo de su cartera y se lo ofreció—. Ahora secate ese rostro y volvamos. Conociendo a Santiago debe estar aguardándote nervioso.

Magdalena se enjugó las lágrimas y salió del baño. Jamás pensó que aquella muchacha que apenas conocía la hubiese consolado en uno de los momentos más tristes de su vida. Le dio las gracias mientras trataba de sonreír y juntas abandonaron la casa.

Santiago les salió al paso. Miró con desconfianza a Teté. Todavía no entendía por qué estaba presente en su boda. Seguramente se las había ingeniado para convencer a Rosario de que la incluyera en la lista de invitados.

—Querida, vení, que todavía nos falta la bendición de Dios. —La agarró de la mano, alejándola de su nueva amiga y la llevó hacia el sitio en donde los estaba esperando Pedro.

Mientras dejaba que Santiago la condujese por el jardín como una muñeca que pendía de unos hilos invisibles, Magdalena deseaba que todo terminara de una vez. Su esposo, la gente, la música, todo se había transformado en una pesadilla. Y allí estaba él, Pedro, el hombre que se había convertido en una obsesión para ella, más que dispuesto a bendecir su matrimonio.

—No tuve ocasión de felicitarte, Magdalena —le dijo, acercándose a ella para darle un abrazo.

Ella entornó los ojos mientras Pedro la estrechaba suavemente contra su pecho. ¿Por qué no podía quedarse allí, cobijada en su calor, hasta que todos a su alrededor desaparecieran?

—Gracias —musitó al borde de las lágrimas una vez más.

Pedro la contempló durante unos segundos antes de soltarla. El tiempo suficiente para que ella percibiera en esa mirada que compartían el mismo sufrimiento. Aturdida, Magdalena se apartó de su lado y se refugió en los brazos de su esposo. Si la amaba, ¿por qué había elegido quedarse con Dios?

El matrimonio de Santiago y Magdalena fue bendecido en el más sepulcral de los silencios. Incluso la música se había detenido en ese momento para escuchar las palabras del padre Pedro.

—Que la bendición de Nuestro Señor toque sus corazones y llene su vida de felicidad.

Cuando Pedro impartió el agua bendita sobre sus cabezas, Magdalena se sintió una hereje. Había evitado la boda religiosa, pero aquel pequeño acto de fe cristiana atentaba contra sus creencias, las mismas que poco a poco se iban perdiendo entre sus recuerdos. Miró de soslayo a su madre. Débora le sonrió, dándole a entender que no se preocupara, que todo iba a estar bien.

Pero ella sabía que nada de lo que ocurría a su alrededor podría estar bien si para seguir adelante tenía que ocultarle a todo el mundo que era judía.



LA MIRADA DEL ZORRO

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia, noviembre de 1943

El vestido que le había regalado el comandante Müller le quedaba como un guante. Había aumentado algunos kilos desde que vivía en la casa y no le sobraba tela por ningún lado. Se tocó los pechos. Ahora se le notaban debajo de la ropa. Todo su cuerpo había cambiado, ganando no solo peso sino también curvas. Y aquel vestido ajustado no hacía más que acentuar esa nueva silueta que iba dejando a la niña de lado para darle la bienvenida a la mujer.

Escuchó pasos arriba. Las botas del comandante se clavaban con fuerza sobre el piso de madera. Frau Herta no tardaría en llamarla para que le sirviera la cena. Excepto que esa noche volvería a compartir la mesa con él. No tenía un espejo en el sótano, pero se sentía tan cómoda con aquel vestido que imaginó que le quedaba bien. Subió a la cocina. El pavo que había rostizado frau Herta estaba en una bandeja, rodeado de verduras gratinadas. No había señales de la odiosa mujer por ningún lado. Seguramente estaría hablando con el comandante, dándole algunas recomendaciones para que tuviese cuidado con ella.

—¡Isabela! ¡Sirve la cena!

La orden de Blaz Müller retumbó en la cocina. ¿Dónde se había ido frau Herta? Nerviosa, tomó la pesada bandeja y se dirigió al comedor. Allí tampoco estaba. Acomodó el perfumado manjar en el centro de la mesa y se paró con las manos entrelazadas. Sintió los lascivos ojos del comandante recorrerla de arriba abajo.

—El vestido te sienta muy bien. Isabela. Si no tuvieses la cabeza rapada y el pelo asemejándose a las puntas de un cepillo, nadie diría que eres una judía. —Miró el tatuaje en su brazo—. Bueno, hay algunos detalles que siempre te recordarán tu origen.

Ella se mordió la lengua para no responderle como se merecía. El vestido parecía haber desaparecido bajo el fuerte influjo de esos ojos claros que la desnudaban sin piedad. Cuando se dio cuenta de que le miraba los pechos, se cruzó de brazos.

—Ven, sírveme un poco de ese pavo que huele delicioso —le dijo, sonriéndole.

Isabela tomó el cuchillo y lo sujetó un segundo en el aire. Si el comandante intentaba hacer algo con ella, no dudaría en usarlo para defenderse.

—No he visto a frau Herta por ningún lado —comentó mientras trozaba el pavo y pensaba en lo maravilloso que sería compartir aquel banquete con su madre.

—Le he dado la noche libre. Ha ido a pasear a la ciudad con un *amigo*.

El cuerpo de Isabela se tensó. Estaban solos. Nadie podría ayudarla si aquel hombre la atacaba. Claro que precisamente frau Herta no era la persona indicada para socorrerla en caso de necesitarlo. Sabía que, si por ella fuera, la hubiese enviado de regreso al barracón o a algún lugar mucho peor.

Colocó un pedazo de carne blanca en su plato y un poco de verduras a su alrededor. En una situación diferente, se hubiese abalanzado sobre la comida como un animal hambriento, pero el miedo le había hecho un nudo en el estómago.

Veía cómo el comandante engullía parte de su cena sin dejar de mirarla. Se sirvió un vaso de vino, y cuando quiso echar un poco en el suyo, Isabela le dijo que ella prefería beber agua.

—Como gustes —respondió acariciando el cuello de la botella con los dedos—. Empieza a comer, Isabela —le ordenó, mostrándose impaciente.

Ella había perdido el apetito. Hacía tanto tiempo que no tomaba un tenedor en sus manos para llevarse el alimento a la boca que lo hizo con recelo. Pinchó un trozo de pavo y se le cayó en la mesa, ensuciando el mantel con la salsa que frau Herta había preparado para darle sabor a la carne. Nerviosa, Isabela trató de limpiarlo con su propia servilleta, pero la mancha no dejaba de crecer.

—¡Déjalo ya! —vociferó Müller golpeando su plato con el cuchillo.

—Lo lamento, comandante. Ha sido una torpeza de mi parte. —Atinó a levantarse—. Ya mismo me encargaré de limpiar el mantel. —Deseaba salir de allí corriendo, escapar con cualquier excusa antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Te dije que lo dejaras, maldición! —La sujetó del brazo y la obligó a sentarse. Esbozó una sonrisa que apenas logró suavizar la severidad de su rostro—. ¿Ves lo que provocas, Isabela? No quiero enojarme contigo, mucho menos esta noche. —Continuaba rozándole el brazo con el dorso de la mano.

Isabela bajó la cabeza. El contacto con aquella piel blanca surcada por venas azules le provocaba escalofríos.

—Perdóname por haberme exaltado, pero es que soy un hombre que pierde fácilmente la paciencia. —La soltó para seguir disfrutando de la cena—. Para compensarte por este mal momento que te he hecho pasar, te concedo un deseo… el que quieras.

Isabela alzó la mirada muy despacio. ¿Había oído bien? Era la oportunidad que había estado esperando desde que se sentara a la mesa con él.

—Hay algo que querría pedirle, comandante. —Hablaba con voz queda, como si la tregua que acababa de ofrecerle pudiera romperse con alguna palabra dicha de más o de manera incorrecta. Muchas veces había sido testigo de cómo los soldados del Tercer Reich se enfadaban por cualquier nimiedad. Pensó en su pobre abuela, muerta a manos de uno de esos malditos tan solo porque no podía caminar al mismo ritmo de los demás. ¿Y todos aquellos que perecieron en

Lodz? Los que no murieron por falta de alimentos, habían sucumbido a la peste que trasmitían las ratas que pululaban en el gueto. Y allí, en Auschwitz, había presenciado muertes absurdas y crueles. ¿Cómo era posible entonces que aquel hombre estuviese dispuesto a cumplirle un deseo?

—Te escucho, Isabela.

Ella se aclaró la garganta antes de hablar.

—Me… me gustaría ver a mi madre, aunque solo fuera una vez. Si usted lo autoriza, quisiera llevarle un poco de comida y medicamentos para que se sienta mejor de su tos. —Guardó silencio, esperando con ansias y, sobre todo con mucho temor, su respuesta.

Müller dejó la servilleta encima de la mesa, bebió el resto de vino que quedaba en la copa y se echó hacia atrás en la silla para contemplarla a su gusto.

—Pides demasiado, Isabela. Disfrutas de muchas comodidades viviendo en mi casa. Comes, tienes una cama decente y hasta te das el lujo de lucir un bonito vestido.

Isabela supo en ese instante que había cometido un error. Tenía que subsanarlo lo antes posible.

—Usted ya ha hecho tanto por mí, comandante. No se preocupe. Olvide lo que dije.

El militar musitó algo entre dientes.

—Tampoco es imposible concedértelo. Si acepto, ¿qué me darías a cambio?

El silencio abrumador que los envolvió, acentuó los estrepitosos latidos del corazón de Isabela y la respiración agitada del hombre que estaba sentado frente a ella. La miraba como un zorro miraría a una gallina antes de comérsela.

—¿A qué se refiere exactamente? Yo trabajo para usted, estoy a su servicio —manifestó ella, haciéndose la desentendida.

—¡Podrías hacer tantas cosas por un hombre solitario como yo, Isabela! —Atrapó su mano encima de la mesa antes de que ella tuviese la oportunidad de reaccionar.

Intentó soltarse, pero no lo consiguió.

—Te he observado durante mucho tiempo. A pesar de la sangre judía que corre por tus venas, tu belleza ha podido eclipsar el asco que me producen los de tu raza. Estaría dispuesto a ir en contra de mis propios principios, desobedeciendo al mismísimo Führer con tal de tenerte entre mis brazos, aunque solo fuese una noche. No he estado nunca con una judía por placer, pero sé que contigo será diferente.

Isabela, espantada por lo que acababa de decirle sin que se le moviera un músculo de la cara, se lo quedó mirando. ¡Era ella la que sentía asco por él y por los de su maldita raza aria! Se levantó, tirando la silla al suelo. No pudo huir. Su mano continuaba debajo de la de aquel cerdo.

—¡Suélteme, maldito nazi! —le gritó, sin medir las consecuencias que tendrían sus insultos en aquel hombre que la creía la peor de las criaturas por el simple hecho de ser judía, pero que al mismo tiempo la deseaba como mujer.

El comandante Müller también se puso de pie. La zamarreó del brazo con fuerza y, con

extrema violencia, pateó la silla que ella había dejado caer. Arrastró a Isabela escaleras arriba con la clara intención de llevarla a su habitación.

Isabela hizo un esfuerzo sobrehumano para oponer resistencia. Con la mano que le quedaba libre se iba aferrando del barandal, arañando la madera para dificultarle la subida. Müller, transformado por la ira, la levantó en el aire y la cargó encima de su hombro. Al hacerlo, la falda del vestido se deslizó hacia arriba, dejando sus calzones al descubierto. Sonrió al ver la tela gastada ribeteada con unas puntillas de color rosa. Llevaba ropa interior de niña, pero Isabela era una mujer y él la iba a disfrutar esa noche.

Ya en sus aposentos, la tiró encima de la cama y cerró la puerta tras de sí para evitar que se le escapara.

—¡Quítate el vestido! —le ordenó mientras se aflojaba el cinto de los pantalones.

Isabela se acurrucó en un rincón, con las piernas dobladas contra el pecho.

—No hagas las cosas difíciles, Isabela —le dijo un poco más calmado—. No voy a lastimarte, te lo juro.

Ella negó con la cabeza. El brillo perverso en su mirada y aquellas manos grandes que ahora se disponían a quitarse la camisa, le inspiraban pavor. No fue capaz siquiera de gritar cuando él se acercó, la tironeó con fuerza de los tobillos y se arrojó encima de ella, hundiéndola en el colchón con su peso. Intentó besarla, pero Isabela volteó la cabeza. Müller le propinó una bofetada antes de apoderarse de su boca. La besó, la penetró con la lengua y luego le mordió los labios, haciéndola sangrar.

Isabela no lloraba y las lágrimas se amontonaban en su garganta. El ardor era intenso, pero le permitía abstraerse de la pesadilla que tantas veces había oído relatar a las mujeres del campo, abusadas por los soldados, y que ahora padecía en carne propia. Las manos del comandante Müller parecían tentáculos, moviéndose debajo del vestido, pegándose a su cuerpo como frías ventosas. Le apretó los pezones con los dedos mientras deslizaba la lengua por su cuello. Sintió su dura entrepierna palpitando contra su vientre. Cuando la arrancó los calzones de un tirón para penetrarla, Isabela reaccionó. Podía ordenar que la gasearan o que la fusilaran en el patio, pero ella no iba a convertirse en una víctima más de sus abusos. Aprovechando que estaba entretenido todavía con su cuello, acercó el rostro a su cabeza. Tan solo necesitaba unos pocos centímetros para alcanzar su objetivo. Se estiró más y como si le fuera la vida en ello, le arrancó el lóbulo de la oreja de un mordiscón.

Müller se incorporó rápidamente y se cubrió la herida con la mano para detener la sangre.

—¡Maldita cerda! ¡Maldita judía! —gritó, desesperado entre la rabia y el dolor.

Isabela se levantó y corrió hacia la puerta. Por fortuna, no la había cerrado con llave.

Salió sin mirar atrás, sabiendo que no lograría llegar lejos. Había escapado del monstruo; sin embargo, el infierno continuaba allí afuera, esperando para devorarle las entrañas.



PALABRAS HUECAS

Hotel Hurlingham, Mar del Plata, Argentina, noviembre de 1943

Santiago contemplaba el mar desde la ventana de la habitación. El suave murmullo de las olas barriendo la playa era un sonido que le traía recuerdos de su infancia; de las vacaciones de verano junto a su familia, de castillos en la arena que construía con la ayuda de sus hermanos o de los caracoles que coleccionaba Rosario para exhibirlos en la chimenea del salón principal de la mansión de Belgrano. Mar del Plata era sinónimo de risas, de chapoteos en el agua, de tardes en familia tumbados bajo el sol. Pero cuando su madre murió, los viajes a la ciudad costera se interrumpieron. Don Álvaro se resistía a regresar sin ella y ya no volvieron a veranear en la casa que tenían cerca de la Playa de los Ingleses; por eso había reservado una habitación en el hotel más cercano.

Magdalena y él habían llegado ese mediodía tras un viaje en tren de varias horas en el que intercambiaron pocas palabras. La noche anterior, la de su boda, contrariado por su rechazo, no había tenido más remedio que respetar su decisión de esperar hasta la luna de miel para consumar su matrimonio. La excusa que le había dado Magdalena era que no se sentía cómoda durmiendo con sus hermanos a solo unos pasos de distancia, y él se tuvo que conformar con dormir a su lado sin tocarla.

Pasó el dedo por el borde de seda de su bata. Había sido uno de los obsequios de Rosario para que luciera durante su estadía en Mar del Plata. Miró por encima de su hombro. Su esposa continuaba en el baño, con la puerta cerrada, y él estaba perdiendo la paciencia. Deseaba a su mujer y la extraña actitud de Magdalena no hacía más que prolongar la agonía de hacerla suya por fin. Escuchó el pestillo de la puerta al abrirse y vio reflejada su silueta contra el vidrio de la ventana. Se volteó lentamente hacia ella. Tenía puesto un largo camisón de raso color blanco con finos tirantes y adornado con encaje en el escote. Se había soltado la melena rubia y no llevaba nada de maquillaje. Ni falta que le hacía. Sintió bombear su corazón con fuerza. No quería asustarla. Sospechaba que la razón de su comportamiento se debía a algo tan sencillo como al hecho de que tenía miedo de lo que sucedía entre un hombre y una mujer en la intimidad. Magdalena era joven e inexperta. Se acercó y le acarició la mejilla mientras la miraba directamente a los ojos.

—No voy a hacerte daño, Magdalena —le susurró, deslizando su mano hacia abajo hasta

alcanzar uno de los breteles del camisón.

—¿Podemos apagar la luz, por favor? —le pidió, con voz temblorosa.

—Quiero verte desnuda, Magdalena.

Ella retrocedió unos pasos cuando Santiago intentó despojarla del camisón.

Sorprendido por su reacción, Santiago comprendió que debía hacer las cosas a su modo si quería hacerla suya. Dejó la habitación en penumbras, con las cortinas abiertas para que la luz de la luna fuera la única que los iluminara esa noche. Sonrió. Quizá aquel ambiente romántico que se había creado a su alrededor terminase propiciando una magnífica velada.

Regresó a su lado y la desnudó. Magdalena se acostó en la cama mientras él se deshacía de la bata. No llevaba nada más debajo. Se tumbó a su lado y delineó cada curva de su cuerpo con los dedos. Apenas podía verla, pero aquel juego de acariciarla entre las sombras le resultaba excitante. La besó con ternura, pero la urgencia de su propio cuerpo lo traicionó. Sintió que ella estaba tensa y apenas se movía. ¿Por qué no lo tocaba? Apenas respondía a sus besos. Hundió el rostro entre sus pechos. Cuando chupó uno de sus pezones, se endureció, pero ningún gemido salió de su boca. Parecía que su cuerpo reaccionaba por inercia, no por placer.

Se detuvo y la miró. Su rostro apenas se distinguía.

—Magdalena, ¿qué te pasa?

Ella no le contestó.

—Por favor, necesito que me digas qué sentís. —Jamás había atravesado por una situación semejante. Las mujeres que habían estado con él se entregaban sin ninguna restricción. ¿Qué había de diferente en su esposa?

—No sucede nada, Santiago —musitó por fin Magdalena al tiempo que le rozaba la mandíbula con la punta de los dedos—. Solo ve con calma —le suplicó.

Las palabras de su esposa le sonaron huecas. No había ningún sentimiento implicado en esa caricia que acababa de hacerle. Era la misma que un amo le prodiga a su perro para darle a entender que todo iba a estar bien. La soltó y se acostó a su lado, con la mirada clavada en el techo y el miembro insatisfecho.

Perdidos en sus propios pensamientos, no se dijeron nada durante unos cuantos segundos. Pareció que había transcurrido una eternidad hasta que un bocinazo proveniente de la calle acabó con el silencio, devolviéndolos a la realidad.

—Perdóname, Santiago. No estoy lista todavía para entregarme a ti.

Él, enojado por su frialdad, se tomó un momento antes de responderle.

—¿Por qué te casaste conmigo, Magdalena? —no era exactamente lo que planeaba decirle, pero la pregunta brotó de sus labios sin pensarlo.

Magdalena deseaba tener el valor suficiente para contestarle con la verdad; sin embargo, no podía hablarle de sus sentimientos porque ni siquiera estaba segura de lo que sentía realmente por él. ¿Aprecio? Era lo que unía a dos amigos. ¿Cariño? El que se profesaban los hermanos.

¿Respeto? El de un hijo hacia sus padres. Quizá había un poco de cada uno. Pero amor y deseo no entraban en aquella ecuación. Aunque le doliera reconocerlo, se había casado con Santiago solo para vengarse de Pedro. Quería que sufriera, que se la imaginara en brazos de su hermano… que se volviera loco de celos pensando que en ese momento Santiago le estaba haciendo el amor.

—Y tú, ¿por qué me elegiste a mí como tu esposa? —retrucó, en cambio, postergando su respuesta.

—No es secreto que me gustaste desde la primera vez que te vi. Creo que lo del incidente con el champagne no fue más que una treta para tener la oportunidad de acercarme a vos de nuevo para pedirte disculpas.

Magdalena sonrió.

—Tu plan funcionó.

—Sí. —Volteó la cabeza hacia ella—. Aunque me temo que cometí el error de apresurarme demasiado al pedirte que fueras mi esposa. La promesa que le hice a mi padre…

—¿De qué promesa estás hablando?

Santiago se mordió el labio. No pensaba decírselo para que no tuviese una idea equivocada acerca de su intención al proponerle matrimonio.

—Antes de dejar este mundo, mi padre me dijo que su sueño era verme casado y con hijos. Depositó en mí todas las esperanzas de que el apellido Navarro Soler no se extinguiera con su muerte. Sabía que Francisco no sentaría cabeza nunca o que se tomaría su tiempo para hacerlo. Y Pedro… bueno, ya sabemos que mi hermano menor eligió otro camino.

Magdalena suspiró al oír el nombre de Pedro.

—Entonces podrías haber elegido a cualquier otra para cumplir con el último deseo de tu padre —comentó Magdalena, sintiendo cierto alivio después de saber que él tampoco se había casado con ella precisamente por amor.

—Tampoco es así, Magdalena. No había pensado en la promesa que le hice a mi padre hasta el día en el que te vi en la kermés. Le dije a Pedro que creía haber encontrado a la mujer que convertiría en mi esposa, y aunque él no estuvo de acuerdo en que tomara una decisión tan importante a la ligera, me arriesgué de todos modos. No sabía si me aceptarías, pero entonces dijiste que sí y todo lo demás se precipitó. Tal vez debí hacerle caso a mi hermano.

—Te casaste sin estar enamorado de mí. —No fue una pregunta, sino una afirmación categórica.

—El amor vendrá con el tiempo, Magdalena. Me gustás mucho y te deseo con locura, pero no voy a forzarte a hacer nada que no quieras.

—Pero eres hombre y… —¡Ni siquiera sabía cómo decirlo!—. Los hombres tienen necesidades que satisfacer. ¿Vas a ir buscar en otro lado lo que yo no te doy?

Santiago no respondió. Se acercó nuevamente a ella y la besó sin más exigencias que las de saborear la miel de sus labios.

—No me hará falta —afirmó—. Estoy seguro de que antes de que volvamos a Buenos Aires tendré el placer de hacerte mi mujer. Ahora vamos a dormir que todavía estoy cansado del viaje. —Se puso de pie, rodeó la cama y se metió debajo de las sábanas.

Magdalena se incorporó y buscó a tientas el camisón. Se acostó a su lado, dándole la espalda. Lo escuchó respirar pesadamente. Ya se había dormido. Apoyó la cabeza en la almohada, pero le costó conciliar el sueño. Santiago se había sincerado con ella, contándole la razón por la cual le había pedido que fuera su esposa. Le quitaba un peso de encima saber que no la amaba; sin embargo, no podía pagarle con la misma moneda y contarle cuáles habían sido sus motivos para aceptar su propuesta de matrimonio. La odiaría para siempre. A ella y a su hermano.

El amor que sentía por Pedro debía permanecer oculto. Sería su secreto mejor guardado. Sonrió mientras su esposo roncaba a su lado. Aunque fuera una mujer casada, jamás renunciaría a él. Aunque Pedro se hubiese consagrado a su Dios, en cuerpo y alma, sabía que su corazón le pertenecía a ella.

Se durmió pensando en Pedro y en ese único beso que todavía la hacía vibrar.

A cientos de kilómetros de distancia, también en la penumbra de una habitación, un joven sacerdote, atormentado por los celos y la pasión, se infligía dolor para poder olvidar.

HUELLAS EN LA NIEVE

Campo de concentración de Auschwitz, Polonia, enero de 1944

La nieve lo cubría todo. Una fuerte ventisca venía azotando el sur de Polonia desde las últimas dos semanas. Los trabajos en el campo seguían haciéndose a pesar de que los prisioneros no estaban preparados físicamente para soportar las inclemencias del tiempo. Muchos perecieron de frío durante los primeros días; la gran mayoría moría en sus literas, tosiendo sangre y con el cuerpo ardiendo de fiebre. La sopa con verduras podridas que le servían una vez al día era otra burla cruel de los nazis. Ni siquiera la mantenían caliente y tenían que tomarla casi helada.

En esas terribles condiciones, Isabela y su madre hacían lo imposible por sobrevivir.

Después del incidente en la casa del comandante Müller, Isabela ya no volvió a trabajar en las letrinas, sino que fue enviada, junto a otras dos muchachas, para ocuparse de clasificar las pertenencias que dejaban los prisioneros antes de entrar a las *duchas*. Zapatos y diversas prendas de vestir eran enviados a Alemania para que alguien más los usara.

La noche en la que Blaz Müller había intentado abusar de ella, no logró llegar demasiado lejos. A mitad de camino, cuando se dirigía al barracón, un par de soldados la detuvieron. Uno de ellos le apuntó con la escopeta en la espalda y ella cayó al suelo de rodillas. Colocó las manos detrás de la cabeza y miró hacia el frente en donde solo vio oscuridad. Si moría, no lo sentía por ella, sino por su madre. Pero fue el propio comandante Müller quien impidió que la ejecutasen allí, en medio del patio, como a un perro.

Isabela oyó sus firmes pasos acercándose. El soldado apartó el cañón de la escopeta de su espalda y ella exhaló con fuerza.

—Llévenla al barracón donde pertenece —ordenó, con la voz imperturbable—. ¡Esperen! —Se plantó delante de ella y la miró a los ojos—. Vas a pagar muy caro lo que hiciste, maldita judía.

Isabela vio la sangre seca pegada en su cuello. Era la misma que ella aún conservaba entre sus dientes después de haberle arrancada un pedazo de oreja. Se le revolvía el estómago, pero no se arrepentía en lo absoluto. Aunque le costara la vida, se iría con la sangre de ese maldito en la boca.

Müller, dominado por la cólera, la obligó a ponerse de pie y le exigió que le devolviera el

vestido. Isabela, sin importarle el hecho de quedarse desnuda delante de aquellos hombres, se lo quitó y se lo entregó. Él, a su vez, se lo dio a uno de los soldados para que lo quemase.

—¡Al barracón! —vociferó, viendo como ella se cubría los pechos con ambas manos.

Mientras la llevaban, a punta de escopeta, al encuentro con su madre, Isabela no volvió a mirar atrás.

La salud de Aina no hacía más que empeorar. Isabela se había ofrecido a hacer su trabajo, pero la kapo que ahora regenteaba el barracón ni siquiera la escuchó. Su madre, débil y con todo el cuerpo adolorido, se levantaba cada mañana para salir en caravana junto a las demás mujeres y no regresaba hasta el atardecer. Isabela guardaba su ración diaria de alimento para dársela a su madre. Las semanas que había estado en la casa del comandante le habían ayudado a ganar peso y ahora podía estar varios días sin comer. No sabía hasta cuándo le sería posible resistir, pero su madre necesitaba de esa sopa aguada mucho más que ella.

Todavía guardaba silencio sobre lo que había descubierto del pequeño Samuel. También hubiese querido evitarle el dolor de saber lo que el comandante Müller había intentado hacer con ella; pero cuando Aina la vio llegar desnuda al barracón, lo supo de inmediato. La envolvió entre sus brazos y se durmieron acurrucadas. Al día siguiente, la kapo le había dejado un nuevo uniforme junto a la litera.

Esa mañana el frío calaba hasta los huesos. Isabela miró hacia abajo. Los zuecos que usaba, mucho más grandes que el tamaño de sus pies, la hacían resbalar en la nieve. Su madre llevaba unos viejos zapatos de cuero, con los dedos afuera. Decidió salir antes de que la kapo viniese a buscarla. Al menos, trabajar en la clasificación de objetos personales de los prisioneros era más saludable que volver a las letrinas. Cuando alguien le dijo que ahora era Eva la que se encargaba de aquella sucia tarea, Isabela supo que Müller la había castigado por haberla ayudado a colarse en las oficinas de la administración. Era un alivio que no hubiese sido ejecutada por su culpa.

Estaba dirigiéndose al lugar de su trabajo, un enorme galpón cerca de las fosas comunes, cuando percibió movimientos extraños. Un soldado venía caminando directamente hacia ella. Se detuvo en seco, pero desobedecer no era una opción. Le ordenó que lo siguiera. La estaba llevando hacia la casa del comandante Müller. Lo vio parado al pie de las escaleras, con su uniforme negro, el de la Unidad de las Calaveras, y la gorra de plato cubriéndole la cabeza. Tenía las manos en la espalda y las piernas ligeramente separadas.

Sonrió mientras avanzaba hacia ella, bajando los escalones con parsimonia.

—Buenos días, Isabela —la saludó.

Isabela no le respondió. Ahora que estaba más cerca, vio que una venda blanca le cubría la oreja.

—Hoy mismo dejarás este lugar. Partirás junto a un grupo de prisioneros hacia el campo de Buchenwald.

Isabela sintió que le faltaba el aire. ¿Irse de allí? ¿Y su madre? ¡No podía separarse de ella! Demasiadas preguntas que se agolparon en su mente y que provocaron un vacío en su pecho.

—No… no puedo marcharme sin mi madre —balbuceó, negándose a aceptar aquella aberración. No soportaría una pérdida más.

—Ya no tendrás que preocuparte por ella, Isabela. —Levantó el brazo y le indicó que se volteara.

Al hacerlo, Isabela vio una columna de mujeres dirigirse al sector de las duchas. Se le aflojaron las piernas cuando distinguió la silueta raquítica de su madre, encabezando la fila.

—¡No! ¡No! —gritó, desesperada, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

El soldado que la había llevado hasta allí la sujetó de la cintura, impidiéndole que saliera corriendo.

—¡Por favor, no lo haga! —Miró al comandante, suplicándole piedad por la vida de su madre. —¡No lo haga!

Blaz Müller sonrió, victorioso.

—Te advertí que ibas a pagar muy caro tu osadía.

—¡Máteme a mí, no le haga daño a mi madre! ¡A ella no! —Se retorcía entre los brazos de su captor. Intentó morderlo, pero el joven soldado fue más rápido y le tapó la boca con la mano.

El comandante chasqueó la lengua.

—¿Qué gracia tiene matarte, Isabela? —ironizó—. Es mejor verte sufrir y que cargues, por el tiempo que te quede de vida, con la culpa de haber provocado la muerte de tu pobre madre.

Isabela sacudió la cabeza. La fila de mujeres iba despareciendo. Las huellas de sus pies quedaban marcadas en la nieve. Su madre se dirigía hacia la muerte y ella no podía hacer nada para salvarla.

Suplicó, maldijo, lloró y pidió perdón. Nada de lo que hizo bastó.

Sintió que se le desgarraba el corazón de tanto dolor. Pero el martirio no terminaba allí. Müller, sádico como pocos, la obligó a ver cómo el cadáver desnudo de su madre, mezclado entre una pila de piernas y brazos, era llevado hacia los vagones que esperaban para el traslado final hacia Auschwitz-Birkenau, en donde serían cremados.

Isabela no lo soportó. Cayó desmayada ante tanta barbarie.

OTRA DECEPCIÓN

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, febrero de 1944

Era la primera vez que Santiago pisaba las instalaciones de El Gato Calavera. Tras la insistencia de Francisco para que fuera a conocer el lugar en donde había montado su "negocio" de mesas clandestinas de juego, había decidido hacerle caso. Salió de la oficina más tarde de lo acostumbrado para no pasar por la mansión. No tenía ánimos para enfrentarse a una esposa que cada día se parecía más a una extraña ni dejar que Rosario lo convenciera de quedarse para tratar de arreglar las cosas. Ya no sabía qué hacer para que su matrimonio no se derrumbara, ¡y tan solo llevaba tres meses casado con Magdalena!

Aunque delante de la gente fingieran que todo marchaba viento en popa y eran una pareja feliz, entre las cuatro paredes de su habitación la situación era completamente diferente. Cada vez que él intentaba tener intimidad con ella, Magdalena encontraba una excusa para rechazarlo. Le había pedido tiempo y él se lo había concedido; sin embargo, se estaba cansando de sus reiterados desplantes. Muchas veces había estado a punto de buscar en otras mujeres lo que su esposa le negaba, pero terminaba arrepintiéndose antes de siquiera intentarlo. A pesar de todo, respetaba a Magdalena y guardaba la esperanza que pronto cambiara de actitud con él.

Cuando entró el cabaret, una muchacha vestida con unos pantaloncitos de lentejuelas y una blusa de generoso escote se prendió a su brazo para conducirlo a una de las mesas. Pidió una copa de brandi y declinó su invitación de acompañarlo, alegando que estaba esperando a alguien. El lugar estaba bastante concurrido. Las alternadoras se movían con gracia y sensualidad entre las mesas, sonriendo y coqueteando con los clientes para que las invitaran a acompañarlos. Una mujer mayor, luciendo un vestido con plumas se le acercó.

—Buenas noches, vos sos nuevo por acá. Nunca te había visto —le dijo, arrastrando las palabras.

—Buenas noches. Tiene usted razón, señora…

—Lady Olivia, corazón. —Sus labios pintados de rojo se curvaron en una sonrisa.

—Encantado de conocerla, lady Olivia. Mi nombre es Santiago Navarro Soler.

—¿Navarro Soler?

—Sí, soy hermano de Francisco. Supongo que lo conoce. —Vio que apartaba una silla para sentarse a su lado—. Hace tiempo que quería venir, pero por una cosa o por otra lo iba

postergando. Él me habló mucho de este lugar.

—Tu hermano pasa casi todas las noches por acá. —Le hizo señas de que mirara hacia la barra—. ¿Ves a esa pelirroja? —Santiago asintió—. Ella es una de las razones por las cuales Francisco frecuenta mi cabaret. La otra, por supuesto, es la viyuya. No sé qué te habrá contado, pero tenemos un pequeño negocio entre los dos.

—Las mesas de juego —repuso Santiago tras beberse el primer sorbo de brandi.

—Exacto. Él pone la clientela, señores bien pitucos a quienes les gusta correr el riesgo de ganar o perder los *morlacos* en una partida de cartas y yo me ocupo de que mis chicas los atiendan como Dios manda.

Santiago sonrió. Lady Olivia le había causado una buena impresión. Aunque debía de tener más de cincuenta años, poseía una belleza peculiar. Nunca le habían atraído las mujeres mayores, y si él hubiese sido un hombre sin escrúpulos no le habría importado terminar aquella noche entre sus brazos. Pidió otra copa de brandi y lady Olivia le dijo que la casa invitaba. Era el hermano de Francisco y su primera vez en El Gato Calavera; tales circunstancias merecían una atención especial de su parte. Lo dejó para ir a recibir a uno de los clientes que acababa de entrar al cabaret y Santiago se acabó la segunda copa de un sorbo. El alcohol se podía convertir en su mejor aliado. Lo ayudaba a borrar los malos pensamientos de su mente, aunque sabía que no era más que una solución pasajera y que cuando volviera a casa se enfrentaría nuevamente al rechazo de su esposa.

Le preguntó a una de las muchachas dónde estaba el baño de caballeros y al pasar junto a la pelirroja que lady Olivia le había señalado antes, la saludó con una inclinación de cabeza.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, febrero de 1944

Era más de medianoche y la mansión de los Navarro Soler estaba sumida en el silencio. El canto de las cigarras se filtraba por la ventana que Magdalena había dejado abierta para que la brisa nocturna le permitiera dormir. Puso su mano en el lugar vacío de Santiago. No había llegado a cenar, alegando que tenía una reunión de negocios en el centro y que no lo esperasen. Ella experimentaba un gran alivio cuando su esposo se ausentaba durante horas. Ya no sabía qué excusa inventar para evitar que la tocara. Se acomodó boca arriba. Era muy probable que, en ese mismo momento, estuviese entre los brazos de otra mujer. Y a ella no le importaba. Incluso le daba cierta tranquilidad la idea de que, al conseguirse una amante, ya no la asediaría en la intimidad.

Así sería su vida de ahora en más. Un matrimonio bien avenido de puertas para afuera, mientras por dentro se caía a pedazos. Santiago quería un hijo. Era un reclamo constante y no un

pretexto para poder hacerla suya. Magdalena sabía que, tarde o temprano, tendría que acabar cediendo. Sin embargo, la sola idea de hacer el amor con Santiago cuando ni siquiera lo deseaba como hombre le provocaba un gran rechazo. ¡Todo habría sido tan diferente si se hubiese casado con Pedro y no con él! Dejó escapar un suspiro. Le bastaba pensar en el hermano menor de su esposo para sentir que su piel se erizaba. ¡Eso sí que era deseo! Un deseo incontrolable que le hacía perder la cabeza. Saltó fuera de la cama y vestida solamente con el camisón bajó al despacho para poder hacer una llamada telefónica sin que nadie la oyera. No le importó la hora ni que Pedro pudiese cortar apenas se diera cuenta de quién estaba al otro lado de la línea. Marcó el número de la casa parroquial y esperó. Tras varios intentos, finalmente levantaron el auricular.

—Diga.

La voz somnolienta de Pedro aceleró el ritmo de sus latidos.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Magdalena se mordió el labio. Tenía miedo de hablar y de que se enojara con ella. No era la primera vez que lo llamaba. Siempre se quedaba callada hasta que del otro lado de la línea se escuchaba el chasquido del tubo indicando que él había cortado la comunicación. Le bastaba su voz a la distancia para calmar la necesidad que tenía de salir corriendo a buscarlo.

—Hola, Pedro —susurró, enroscando los dedos en el cable del teléfono. Él no contestó. Su respiración agitada retumbaba en su oído, enviando sutiles vibraciones al resto de su cuerpo.

—Magdalena…

—Sí, soy yo.

—¿Por qué llamás a esta hora? —preguntó, preocupado. Estaba habituado a que lo llamasen de madrugada para dar alguna extremaunción; pero de inmediato comprendió que aquella llamada poco tenía que ver con sus obligaciones eclesiásticas.

—Necesitaba oír tu voz.

—Es muy tarde, no deberías estar levantada —fue lo único que pudo decirle.

—Santiago no ha llegado todavía y no podía dormir —le dijo, con la intención de volver a provocar sus celos—. Dijo que tenía una cena de negocios, pero dudo de que sea verdad.

—¿Por qué habría de mentirte?

—Porque nuestro matrimonio no funciona, Pedro. Es normal que un hombre como él salga a buscar lo que su esposa se niega a darle.

Otra vez el silencio al otro lado de la línea.

—Sí, padre Pedro —dijo con sarcasmo—. Su hermano y yo no hemos consumado aún nuestro matrimonio. ¡Soy tan pura como su adorada Virgen María!

—¡Cállate, por favor, no blasfemes de esa manera! —clamó, levantando la voz.

—Es verdad, Pedro. Nuestra noche de bodas fue un desastre. Cuando Santiago me tocaba, solo quería salir corriendo. No podía traicionar lo que siento por ti de esa manera, dejando que otro hombre profanase mi cuerpo.

—Magdalena, una esposa devota tiene que cumplir con sus deberes maritales. El matrimonio es un sacramente sagrado, y aunque no se hayan casado bajo las leyes de la Iglesia, es una unión que fue bendecida por Dios para que prospere y se multiplique.

—¡Me importa un bledo mis deberes maritales, Pedro! —replicó, alterada—. ¡Te estoy diciendo que ni siquiera soy capaz de hacer el amor con mi esposo porque es a ti a quien deseo y tú me vienes con toda esa retahíla de tonterías acerca de lo que debe hacer una buena esposa!

—No podemos hablar así. Estás demasiado alterada y deberías irte a descansar.

—No quiero descansar, Pedro —dijo, un poco más calmada—. Quiero estar allí contigo, acostarme en tu cama y entregarme a ti.

La respiración de Pedro se hizo mucho más pesada.

—Sé que es lo mismo que deseas tú; solo que prefieres esconder tus sentimientos debajo de la sotana.

—¡Basta, Magdalena! ¿Qué es lo que querés? No es justo ni sensato que me acoses de esta manera. ¡Soy un hombre de Dios! ¡Deberías mostrar un poco más de respeto por mi envestidura!

—Quiero que lo reconozcas; que me digas que sueñas conmigo cada noche, que te despiertas pensando en mí y que los azotes que te infliges como castigo no sirven para nada porque, aunque reniegues de ello, me llevas en tu corazón.

Se hizo una pausa prolongada y Magdalena interpretó aquel silencio como un acto de debilidad de un hombre, no el de un sacerdote. Podía imaginarse la expresión de desconcierto en su rostro y el brillo de deseo en sus ojos grises. Era como si lo estuviese viendo en ese mismo momento, luchando contra lo que sentía por ella. Cuando creía que por fin Pedro le iba a decir lo que tanto tiempo había esperado escuchar, volvió a llevarse una gran decepción.

—Sos la esposa de mi hermano, y como tal voy a respetarte. A él y a vos. No vuelvas a llamarme, Magdalena. Mucho menos a estas horas de la noche. Si descubro que estás al otro lado de la línea, te voy a colgar. Regresá a la cama y tratá de dormir. Estoy seguro de que Santiago no tardará en llegar. Buenas noches y que descanses.

Magdalena permaneció con el auricular en la mano mucho tiempo después de que Pedro diera por finalizada la llamada. Sentía rabia y unas inmensas ganas de llorar. Lo odiaba con la misma intensidad con la que lo amaba. Su único deseo en ese momento era vengarse de cada una de las veces en las que la había humillado, burlándose de sus sentimientos.

Escuchó el motor de un automóvil acercándose a la casa. ¿Sería Santiago? También podría tratarse de Francisco, quien acostumbraba a llegar a esas horas cuando dormía allí. No iba a quedarse a averiguarlo. Subió corriendo las escaleras, entró en la habitación como una tromba y se miró en el espejo. Estaba algo pálida. Con un fuerte pellizco en las mejillas, recobraron su color rosado. Se echó unas gotas de Kasmir Bouquet detrás de las orejas, otro poco en el escote y se soltó el cabello. Dudó entre recibirlo acostada en la cama o fingir que había pasado la noche esperándolo junto a la ventana. Se decantó por la segunda opción. Los pasos en el pasillo

deteniéndose delante de la puerta le confirmaron que Santiago había regresado.

Se dio media vuelta y apoyó la mano en la cortina entreabierta.

Santiago se sorprendió al verla levantada.

—Magdalena, es tarde, deberías estar durmiendo.

Casi las mismas palabras que había pronunciado Pedro, pensó con ironía. Percibió en su manera de hablar que había estado bebiendo. Quizá era mejor así. Ella habría dado lo que fuera por embriagarse también y no arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

Caminó hacia él en silencio. El perfume que despedía su piel inundó el aire a su alrededor.

—No podía irme a dormir sin saber si volverías esta noche, Santiago. —Se paró delante de su esposo y le dio un ligero beso en los labios, deteniéndose un momento junto a su rostro, respirándole en el cuello. Quería que no le quedara ninguna duda de cuál era su intención.

Santiago, embotado por el alcohol y el perfume de su cabello, pensó que había malinterpretado sus avances. Nunca imaginó que terminara siendo Magdalena la que tomase la iniciativa. Se estremeció cuando ella apoyó la cabeza en su pecho, apretándose contra su cuerpo.

—¿Estás segura, Magdalena? —Temía su respuesta. No soportaría que volviese a rechazarlo.

Ella lo miró directamente a los ojos y susurró un tímido “sí”.

A Santiago le bastó oír esa afirmación brotar de sus labios para alzarla en sus brazos y llevarla hasta la cama.

Aunque el deseo contenido lo urgía a poseerla, la trató con cuidado, tomándose todo el tiempo del mundo en despojarla de cualquier pudor. Esta vez, la escuchó gemir de placer con cada caricia. Sus delicadas manos le recorrían la espalda mientras Santiago le abría las piernas para entrar en ella.

Magdalena lo acariciaba con los ojos cerrados, dejándose llevar por la pasión que otro hombre despertaba en ella. El primer embate la tomó por sorpresa. Sintió el desgarro, seguido de un intenso ardor. Luego, con cada movimiento, el dolor fue desapareciendo. Se mordía los labios para no pronunciar el nombre equivocado. Sus caderas se sacudían en un eléctrico frenesí de subidas y bajadas. Cuando Santiago derramó su simiente en su interior, su cuerpo se volatizó en mil pedazos.

Magdalena nunca se hubiese imaginado que el cielo y el infierno se pudieran parecer tanto.

Santiago, exhausto y satisfecho, se dejó caer a su lado. Le acarició el vientre sudado mientras sonreía. Quizá el sueño de tener un hijo estaba más cerca de lo que pensaba.

Mientras él se ilusionaba con la idea de convertirse en padre, Magdalena planeaba cuál sería la mejor manera de contarle a Pedro lo que acababa de suceder.

LA MEJOR MENTIRA

Campo-gueto de Theresienstadt, República Checa,
febrero de 1944

Siempre que llegaba un nuevo contingente de prisioneros, todos los ojos se posaban sobre aquellos vagones atestados y malolientes que llegaban en masa desde diversos puntos geográficos dentro de los límites del Tercer Reich. Curiosidad, pena y dolor eran los sentimientos que sobrevolaban en Theresienstadt cada vez que aquellos que caminaban más muertos que vivos, descendían del tren. En su mayoría eran ancianos: hombres y mujeres que, sin saberlo, pasarían a formar parte de la mentira mejor fabricada por los nazis. También llegaban niños o jóvenes con habilidades artísticas. Con el fin de brindar información errónea sobre el exterminio al que eran sometidos los judíos deportados desde el Gran Reich alemán, el régimen nazi quería hacer creer al mundo que aquel lugar era un centro de trabajo productivo. Theresienstadt era una herramienta del engaño y servía de propaganda para los alemanes.

Entre aquella multitud de cuerpos famélicos y sucios se encontraba Isabela, al límite de sus fuerzas. Llevaba tres días sin comer. Los calambres en su estómago la mantenían encorvada hacia delante. Una mancha seca de sangre indicaba que en algún momento le había bajado la regla. Ya ni se acordaba cuándo había sido la última vez. Por la falta de alimentación, sus períodos se habían vuelto demasiado irregulares.

Un soldado les ordenó que se pusieran en fila para dirigirse a la zona en donde serían examinados para descartar enfermedades. Los mayores por un lado y los jóvenes por otro. Después de la corta estadía en Buchenwald, un campo de concentración que en un principio había sido establecido para prisioneros políticos, homosexuales y testigos de Jehová, ella fue seleccionada para ser trasladada a Theresienstadt porque alguien la había escuchado cantar una noche.

Isabela se sometió, una vez más, a la humillación de ser inspeccionada como si fuera un animal. Una mujer robusta le miró los dientes, le pidió que le mostrara las uñas y que abriera bien los ojos para comprobar que no estuviesen amarillos y descartar una probable ictericia. Anotó su número de identificación y su edad. Luego la colocaron frente a un muro y le dijeron que esperara.

Estaba absorta, clavando la mirada en el suelo cuando de repente vio una sombra muy cerca

de la suya. Al levantar la cabeza, se encontró con un muchacho rubio que le sonreía.

—Hola, ¿cómo te llamas?

Isabela no le contestó.

—Mi nombre es Jedrek, Jedrek Goldmann —dijo en un alemán un poco tosco. Extendió el brazo hacia ella para saludarla, pero su mano quedó suspendida en el aire—. ¿Vienes de Auschwitz? Yo estuve en el gueto de Bialystok. Llegué aquí hace seis meses junto con otros niños polacos. Mi padre murió allí, durante un brote de tifus. Desde entonces, me he quedado solo. ¿Tú también estás sola?

Isabela lo miró. Se le habían llenado los ojos de lágrimas al recordar todo lo que aquella maldita guerra le había quitado. ¿Qué sentido tenía seguir viviendo después de perder a toda su familia? Aunque desconocía aún el paradero de su padre, ya no guardaba ninguna esperanza de volver a verlo. Seguramente había tenido el mismo fin que su abuela, su madre y su pequeño hermano. A esas alturas, Eugen Eiserman estaría convertido en cenizas o pudriéndose en una fosa común a cielo abierto junto a otros miles de judíos. No quería pensar en ellos porque se le desgarraba el corazón. Y aquel extraño, con sus preguntas, no hacía más que reavivar su dolor.

—Lo lamento —le dijo de repente, con la voz queda—. A veces hablo demasiado.

—¡Eh, tú! —Un soldado le apuntó con el dedo—. ¿Qué estás haciendo?

El muchacho se dio media vuelta y se marchó. Isabela lo perdió de vista rápidamente. Transcurridos algunos minutos, le ordenaron que se moviera. Se sumó a un grupo de mujeres y fueron conducidas por un extenso callejón cubierto de grava hasta una edificación con rejas en las ventanas. Una vez dentro, tuvieron que despojarse de sus ropas. Había varios uniformes esparcidos sobre una mesa y algunos pares de zapatos amontonados debajo.

Tiritando de frío, mas no de miedo, Isabela ingresó a una habitación junto a las demás prisioneras. Algunas lloraban, otras se rehusaban a moverse. Ella, deseando reunirse con sus seres queridos, lo hizo con una sonrisa en los labios. Pero al igual que en Auschwitz, aquel lugar no era una cámara de gas. El agua fría, mezclada con el desinfectante, se clavó sobre su delgado cuerpo como agujas de hielo. Miró a su alrededor. Las que habían entrado a las duchas asustadas se abrazaban entre ellas, celebrando un día más de vida. Otras, quizá cargando con la misma tristeza de Isabela, permanecían inmutables mientras el agua arrasaba con los piojos y las costras de roña.

Después de secarse, recibieron la orden de salir. Afuera les tocó pelearse por un uniforme. Eran todos iguales, pero algunas temían quedarse sin algo que ponerse. Lo mismo ocurrió con los zapatos. Las dos mujeres que vigilaban, se reían a carcajadas frente a aquel patético espectáculo. Isabela observaba a las demás prisioneras moverse y empujándose a su alrededor. Ella continuaba desnuda, con los brazos lánguidos a ambos lados de su cuerpo. Una mujer se le acercó, le dijo algo que no entendió, y al no recibir respuesta de su parte, volvió a alejarse. Regresó apenas un par de minutos después, con un uniforme en las manos. Isabela se vistió. La

misma mujer fue también la que le proporcionó un par de zapatos viejos. Le quedaban estrechos, pero si no los calzaba en la parte de atrás, podrían servirle perfectamente. Le apretó la mano en señal de agradecimiento.

Después de la desinfección, las más jóvenes fueron trasladadas por un callejón cubierto de grava hacia un galpón con rejas en las ventanas. El portón de acceso estaba entornado. Al entrar descubrieron que era una especie de taller en donde al menos un centenar de prisioneros de ambos sexos se dedicaban a diversas tareas.

El guardia les explicó que aquel lugar era denominado Centro de Esparcimiento. Allí, los que tenían alguna habilidad artística podían pasar toda la tarde ocupando sus horas de ocio, haciendo lo que más les gustaba. Isabela apenas podía creer lo que sus ojos veían. Les advirtieron, además, que durante las mañanas todo era muy distinto. Tendrían que levantarse temprano y abandonar los barracones para desempeñar distintos trabajos en las instalaciones del campo. No debían olvidar lo que eran y por qué estaban allí. Seguían siendo prisioneros y morirían siéndolo.

—Hola de nuevo.

Isabela se sobresaltó al oír aquella voz a sus espaldas. Se volteó y vio al muchacho que la había abordado tras su llegada. Tenía un pincel calado en la oreja y las manos manchadas de pintura.

—¿Cuál es tu especialidad artística?

Isabela se encogió de hombros.

Jedrek sonrió. No había hablado aún, pero aquel gesto estaba bien para empezar a comunicarse con ella.

—¿Sabes dibujar? Yo estaba en el primer año de la carrera de Bellas Artes en Varsovia cuando fui deportado al gueto junto a mi padre.

La expresión en el rostro de Isabela sufrió una pequeña transformación. Recordó a su prima Madeline y los paseos que compartían con sus respectivas madres por el centro de Berlín después de las clases de música en la Academia de Artes. Las deliciosas meriendas en el café Kranzler y los barquillos que degustaban en la plaza Rüdesheimer.

—Yo estudiaba canto —respondió, tímidamente—. Comencé desde muy pequeña, pero a mi prima y a mí nos echaron de la academia por ser judías.

—¿Cantas?

Isabela asintió.

—Aquí se organizan veladas nocturnas una vez a la semana. Hay varios músicos, un par de directores de orquesta, algunas actrices y, por supuesto, no podían faltar los cantantes.

—¿Qué es exactamente todo esto? —A Isabela le parecía increíble que existiera un lugar como aquel. Sabía que una de las razones por las cuales la habían trasladado desde Buchenwald hasta Theresienstadt era precisamente porque una noche cuando ella se había puesto a cantar para homenajear a su madre, alguien la había escuchado.

—No sé mucho más que tú. Yo también me quedé con la boca abierta cuando vi lo diferente que es a los otros campos de concentración —sonrió—. Aunque hay trabajos forzados, sobre todo durante las mañanas, tenemos este pequeño paraíso en el cual perdernos durante algunas horas al día. Ven —le indicó que lo siguiera—. Voy a presentarte a alguien.

Isabela lo siguió. No recordaba siquiera su nombre; sin embargo, aquel muchacho le inspiraba confianza. En el fondo del galpón había un viejo piano y, sentado frente a él, un hombre tamborileaba sus escuálidos dedos sobre unas teclas percudidas por el paso del tiempo.

—Dimitri, un pajarito me dijo que estabas buscando una nueva cantante. —Jedrek le guiñó el ojo para que le siguiera la corriente.

El pianista, un hombre de unos cuarenta años, con un grueso bigote que se doblaba hacia arriba y gruesas gafas redondas la miró con sumo interés.

—¿Eres nueva?

—Llegó hoy —contestó Jedrek por ella.

—Jedrek, déjala hablar —replicó el tal Dimitri.

—Todavía no me ha dicho su nombre —se metió de nuevo el muchacho, rascándose la cabeza.

—Me llamo Isabela Eiserman.

—Yo soy Dimitri Tiszalok y este, mi amigo tan charlatán, es Jedrek Goldmann, el Monet polaco —Vio el número tatuado en su brazo—. Vienes de Auschwitz, ¿verdad?

Isabela asintió.

—¿Podrías cantar algo para mí? Hay una función mañana por la noche y no quiero quedar mal delante de esos nazis idiotas. Mi última partenaire resultó un gran fiasco.

Isabela no supo discernir si bromeaba con ella o le estaba diciendo la verdad. Aunque intercambiaba miradas de picardía con su joven amigo, no lo conocía lo suficiente como para afirmar si le hablaba en serio o no. De todos modos, le caía simpático.

—No lo sé… —Temía hacer el ridículo delante de dos desconocidos.

—¡Vamos, anímate! —la instó Jedrek, ansioso de escucharla.

—¿Tienes alguna melodía predilecta? —le preguntó Dimitri para empezar con algo que la hiciera sentir más cómoda.

Entre ambos eligieron una vieja canción popular judía titulada “Rozhinkes mit Mandlen”. Jedrek se sentó en una de las banquetas, dispuesto a deleitarse con lo que seguramente sería una previa de la velada que al día siguiente disfrutarían los nazis. Se quedó boquiabierto al oír la dulce voz de Isabela. Percibió que Dimitri estaba tan gratamente sorprendido como él. Cuando la canción llegó a su fin, la aplaudieron a rabiar. El resto de los prisioneros que se encontraban en el Centro de Esparcimiento se sumaron a la ovación. Incluso dos de los kapos que vigilaban el lugar se sintieron tocados por la magnífica interpretación de la joven.

—Ni siquiera te lo voy a preguntar, Isabela —le dijo el pianista, entusiasmado por el

diamante en bruto que acababa de descubrir—. ¡Mañana te subes conmigo al escenario!

Emocionada ante la idea de volver a cantar, Isabela, con los ojos nublados, aceptó su invitación.

HE PECADO, PADRE

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, febrero de 1944

Esa mañana en particular, el cura de la parroquia Santa Clara estaba algo ausente. Había tenido que repetir dos veces una parte del sermón y luego prolongó unos cuantos segundos el inicio de la eucaristía. Las feligresas más antiguas murmuraban entre sí, aseverando que no había sido buena idea poner a un sacerdote tan joven en lugar del padre Olegario. Los dos monaguillos que lo asistían intercambiaban miradas de asombro mientras trataban de subsanar algunos de los descuidos del padre sin que los asistentes a la misa se dieran cuenta. Cuando finalizó el servicio, el padre Pedro pidió que los que desearan confesarse lo aguardaran cerca del confesionario. Acomodó la biblia que había recibido de manos del padre Olegario sobre el altar, y tras guardar el cáliz se retiró junto a los monaguillos por el pasillo lateral que conducía a la sacristía.

Los dos muchachitos, de diez y doce años, eran primos y llevaban pocos meses en Santa Clara. Buenos chicos, aunque algo traviesos. Quizá por ello sus madres habían insistido casi hasta al cansancio para que los aceptara como sus colaboradores. Salieron corriendo por el patio que daba a la casa parroquial, arrancándole a Pedro una sonrisa. El ímpetu de aquellos niños le hizo pensar en su propia infancia, cuando perseguía a sus hermanos mayores para que le prestaran atención. Tenía a Rosario, quien se desvivía por él, cumpliéndole todos los caprichos; sin embargo, no era lo mismo. Por eso buscaba siempre la compañía de Francisco y Santiago. En un par de ocasiones se había llevado alguna que otra sorpresa desagradable. Francisco se volvió un niño retraído después de la muerte de su madre y se la pasaba encerrado en su habitación. Él, al ser tan pequeño cuando la tragedia golpeó a los Navarro Soler, no entendía muy bien lo que ocurría a su alrededor. Y esa inocencia típica de los niños de su edad, de alguna manera lo había protegido de tanto dolor. Sabía que su madre no estaba, pero cuando le preguntaba a los demás le respondían que se había ido de viaje, que no se preocupara, que pronto volvería.

Hasta que una tarde, mientras jugaba en su habitación con el trencito eléctrico que le habían traído los Reyes Magos, Francisco le abrió los ojos de la manera más cruel.

¡Nuestra madre nunca regresará, tonto! ¡Mamá está muerta! ¡Muerta!

Gritos, llantos desconsolados y reproches a granel convirtieron ese día en uno de los más tristes de su vida.

Apoyó las manos en el respaldo de la silla y suspiró. De vez en cuando lo asaltaban aquellos

recuerdos que habían ayudado a forjar más adelante su vocación religiosa. Precisamente su curiosidad sobre la muerte y el camino de las almas hacia la eternidad le hicieron plantearse seriamente la posibilidad de ingresar al seminario.

Abrió el armario, sacó la túnica blanca y se la colocó encima de la sotana. Con el cíngulo de seda se la ajustó alrededor de la cintura. Luego, fue el turno de la estola morada, que dejó caer sobre su pecho mientras inclinaba la cabeza un poco hacia abajo.

Se miró los zapatos. Brillaban como siempre. Al menos no se había olvidado de lustrarlos esa mañana después de pasar la noche en vela por culpa de la llamada telefónica de Magdalena. Había quedado tan perturbado, que pensó incluso en visitar cuanto antes al padre Olegario en el albergue para sacerdotes retirados en donde pasaría los últimos años de su vida. Luego, con la cabeza fría, comprendió que no podía importunarlo con problemas que tenía que resolver él. A veces pensaba que la única solución era tomar distancia; pero el obispo le había dejado bien en claro que, por el momento, no podían trasladarlo a ningún lado. Recién ordenado, cumplía su sacerdocio en la parroquia Santa Clara porque el propio padre Olegario había intercedido para que lo sustituyera.

Se mojó el dedo con agua bendita e hizo la señal de la cruz antes de abandonar la sacristía.

Algunas feligresas esperaban para confesarse. Una de ellas, con la cabeza cubierta por una mantilla de encaje negro y los codos apoyados en el respaldo del banco, llamó poderosamente su atención. No podía ver su rostro; sin embargo, no fue necesario. La agitación en su pecho le indicó de quién se trataba.

Entró al confesionario y corrió el pequeño cortinado de terciopelo azul para ver a los penitentes a través del enrejado de madera. Estaba expectante, esperando que apareciera de un momento a otro. Pasaron tres feligresas a confesarse antes de que Magdalena se sentara frente a él.

—Ave María Purísima —dijo Magdalena con sorna.

—Sin pecado concebida. —A Pedro le temblaba la voz—. Dios nuestro Padre, que ha hecho brillar la luz de la fe en nuestros corazones, te conceda reconocer sinceramente tus pecados y su misericordia.

—He pecado, padre. —Magdalena lo miró a través del enrejado. Solo podía distinguir el perfil varonil de su rostro.

—Te escucho, hija. —La risa que soltó Magdalena le provocó un cosquilleo en el estómago.

—No creo en la confesión, Pedro —dijo de repente, a punto de revelarle el porqué.

—Todo lo que me cuentes quedará entre nosotros, Magdalena —le explicó, tratando de olvidarse que la mujer al otro lado de aquella rejilla era la misma que había trastornado su existencia durante los últimos meses.

—Entonces déjeme contarle que anoche, por primera vez, mi esposo y yo hicimos el amor. —Hizo una pausa solo para oír cómo la respiración de Pedro se alteraba—. Yo me había

rehusado a tener intimidad con él porque amo a otro hombre, a su propio hermano.

—Magdalena…

—Permítame continuar, padre, por favor. —Le complacía llevar a cabo su venganza precisamente en aquel lugar—. La verdad es que fue un momento maravilloso. Santiago, mi esposo, me hizo sentir la mujer más deseada del mundo. Cada beso, cada caricia me transportaba a otra dimensión. Esta mañana, feliz, Santiago me dijo que estaba casi seguro de que anoche habíamos engendrado a nuestro primer hijo. ¿Usted qué cree, padre? ¿Es posible que el fruto de nuestro amor esté ya creciendo en mi vientre?

Preso de la indignación, Pedro ni siquiera le contestó. Su mano derecha estrujaba la estola morada con rabia. ¿Cómo podía Magdalena tener la osadía de presentarse ante él para hablarle de esa manera? ¿Qué pretendía? Se guardó cada una de sus preguntas, sabiendo que las respuestas de ella solo conseguirían alterarlo más.

—Tengo un pecado que sí me gustaría confesarle, padre —musitó con la frente apoyada en la pared del confesionario.

—Hace un rato has dicho que no creés en el sacramento de la…

—¿Va a escucharme o no? —lo interrumpió ella, haciendo un gran esfuerzo para que él no notara el temblor de su voz.

—Adelante, te escucho.

—¿Sabe qué es lo peor de todo, padre? El pecado más grande es que, mientras mi esposo me hacía suya, yo cerraba los ojos y pensaba en usted. Lo besaba a él imaginando sus labios… lo acariciaba soñando con su piel. Tenía que mantener la boca cerrada para no gritar su nombre. —Percibió que Pedro ni se inmutaba—. Dígame, padre, ¿qué penitencia me corresponde por haber ofendido a Dios deseando a uno de sus servidores más fieles?

Magdalena nunca lo supo porque Pedro, totalmente desencajado, abandonó el confesionario y la dejó sola. Lo vio desaparecer por la puerta que llevaba a la sacristía a toda prisa, como si huyera de sus propios pensamientos. Quería ir tras él; sin embargo no lo hizo.

Salió de la iglesia y el tibio sol de aquella mañana le acarició el rostro.

No volvió a la mansión. Necesitaba alejarse de los Navarro Soler, aunque solo fuera durante unas horas. Escapar del asedio de Santiago, de las continuas intromisiones de Rosario, de las miradas suspicaces de Francisco; pero, sobre todo, de los intensos sentimientos que albergaba hacia Pedro.

LIBRES

Londres, Inglaterra, mayo de 1946

Isabela no se acostumbraba al clima de Londres. La bruma que envolvía sus calles le provocaba una gran tristeza. Miró aquella parte de la ciudad, con sus altas chimeneas humeantes, y deslizó el dedo por el cristal empañado de la ventana, dibujando una nota musical.

El mundo… su mundo, había cambiado para siempre. La guerra ya no asolaba a los países de Europa y el sangriento reinado de los nazis había llegado a su fin. Recordó la felicidad que sintió al escuchar por la radio que Hitler, a quien tantas veces intentaron matar, cobardemente se había quitado la vida en su bunker de la Cancillería del Reich, junto a su amante Eva Braun. Algunos de los que habían sembrado el horror a su paso estaban siendo juzgados en la ciudad alemana de Núremberg.

Ella, Isabela Eiserman, había caído en las profundidades del abismo y había logrado sobrevivir. Aunque hubiese muerto una y mil veces durante sus años de cautiverio, allí estaba, a cientos de kilómetros de distancia, tratando de salir adelante con el alma hecha pedazos y el sueño de reencontrarse con su querida Madeline. Los intentos de la Cruz Roja para ponerse en contacto con su prima habían sido inútiles hasta el momento. Isabela recordaba de memoria su dirección; la que venía en la única misiva que había recibido de ella, antes de que la deportasen al gueto de Lodz junto a su familia. Llevaban más de seis meses enviando cartas con el membrete de la Cruz Roja Internacional a Buenos Aires; sin embargo, jamás habían obtenido una respuesta. El representante del prestigioso movimiento humanitario fundado en la ciudad de Ginebra en 1863 hablaba por teléfono con ella asiduamente para tenerla al tanto de lo que sucedía, y le garantizaba que seguirían todos los caminos necesarios para hallar a su prima. Isabela trataba de mostrarse optimista; sin embargo, el tiempo pasaba y no había noticias desde el otro del océano.

Marcel se refregó contra sus piernas, ronroneando en busca de unos mimos. Se agachó y levantó al gato entre sus brazos. Le acarició la cabeza suavemente mientras el felino entornaba los ojos. Era blanco, con una enorme mancha gris oscura en el lomo. Nunca antes había tenido una mascota. Su padre le decía siempre que, para tener un animal en la casa, primero debía saber lo que era la responsabilidad. Sus deseos de adoptar un perro o quedarse con alguno de los gatitos que regalaba un vecino cada vez que su gata se quedaba preñada, se habían quedado en

eso, en puros deseos.

Se alejó de la ventana, dejó a Marcel sobre la cama y buscó el cuenco de madera para servirle una ración extra de leche.

El apartamento era pequeño pero confortable. Había pertenecido al hermano del dueño de los grandes almacenes en donde se desempeñaba como camarera desde su llegada a Londres. La cocina estaba ensamblada con el comedor y la habitación se encontraba en la buhardilla. Desde allí podía ver la torre de la iglesia de San Patricio cada vez que se levantaba por las mañanas.

Miró la hora. Se había desvelado otra vez. Era su día libre y aún no decidía qué hacer esa tarde. Le había costado acostumbrarse a la idea de que una vez a la semana el señor Penworth, su patrón, le daba permiso para faltar a su trabajo. Las demás camareras le decían que era lo más normal del mundo, pero no para ella, que había tenido que trabajar a diario en el campo de concentración si no quería recibir un escarmiento. El único que sabía sobre su pasado era el señor Penworth. La Cruz Roja se había encargado de conseguirle aquel empleo tras su paso por Calgarth, y para evitar cualquier inconveniente se había llegado a un acuerdo con él para mantener el secreto. Isabela aceptó lo convenido. Ocultaba el tatuaje de su brazo izquierdo con prendas de mangas largas, y cuando alguien descubría por su apellido que era de origen judío, evitaba hacerle alguna pregunta incómoda. La animadversión hacia los de su raza no había desaparecido con el fin de la guerra; sin embargo, cuando los horrores cometidos por los nazis en los campos de concentración diseminados por Europa salieron a la luz, mucha gente comenzó a mirarlos con otros ojos. El odio daba paso a la compasión.

Marcel estaba sentado en el alféizar, lavándose el hocico con mucho empeño. El gato había llegado a su vida de casualidad, unas semanas después de mudarse al departamento. Una vez que salió al callejón a dejar la basura, escuchó unos maullidos. Lo descubrió dentro de una caja, flaco y mojado. Sin dudarlo, lo acurrucó contra su pecho para darle calor y se lo llevó con ella. Dormía en su cama, y aunque se escapaba temprano en las mañanas para salir de cacería, siempre lo encontraba junto a la puerta cuando volvía de su trabajo.

El gato se había convertido rápidamente en parte de su vida.

Pero allí, en Londres, no estaba sola.

Sonrió al pensar en Jedrek.

Se habían reencontrado hacía dos meses, después de que él preguntase en las oficinas de la Cruz Roja sobre su paradero. Cuando se despidieron en Windermere, no pensó que volvería a verlo, mucho menos tan pronto.

Posó sus ojos sobre el ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que él le había regalado para que mejorara su inglés. Tenía frases subrayadas y varias anotaciones en los márgenes. Debajo del título, había una dedicatoria.

Para Isabela, la voz más dulce del mundo.

Tu amigo por siempre,

Jedrek

Dejó la novela de Jane Austen sobre la mesita de noche y abrió el cajón en donde guardaba su diario. Había empezado a volcar sus pensamientos en él durante su estadía en Theresienstadt y ya le quedaban pocas páginas para terminarlo. La mayoría las había escrito en alemán, pero tiempo después de llegar a Inglaterra comenzó a hacerlo en inglés. Lo hablaba con fluidez, aunque con un leve acento que no pasaba desapercibido. Escogió una página al azar y leyó…

23 de junio de 1944

Hoy los camisas pardas nos permitieron bañarnos.

Llevamos varios días embelleciendo el lugar. Nos trajeron macetas con flores y pintamos las casas. A Jedrek y a mí nos tocó lavar los pisos hasta dejarlos relucientes. Nadie nos decía nada, pero algunos murmuraban que íbamos a recibir una importante visita. Dimitri fue quien nos contó que hoy vendría gente de la Cruz Roja Internacional a inspeccionar el gueto. Parece que los nazis querían agasajarlos con un concierto y tuvimos que ensayar una canción nueva.

Llegaron al mediodía y eran tan solo dos delegados, que estuvieron acompañados en todo momento por el comandante de Theresienstadt, el primer teniente coronel de las SS Karl Rahm. Jedrek, muy enojado, dijo que éramos títeres en la obra de teatro que los nazis habían montado para engañar a los de la Cruz Roja. ¡Hasta organizaron una ópera infantil para esconder lo que sucede en realidad en este lugar! En muchas ocasiones Jedrek estuvo a punto de acercarse a los visitantes para contarles la verdad, pero se lo impedí. Habría sido una muerte segura. Después de nuestra actuación en el Centro de Esparcimiento se proyectó una película, en donde los soldados mostraban la "buena vida" que nos dan en Theresienstadt, sobre todo a los ancianos. Una burda mentira que mantuvieron hasta que los delegados de la Cruz Roja se marcharon. Esa noche, un grupo de prisioneros, los mismos que habían participado en el film, fueron subidos a un camión y nunca más volvimos a verlos.

Se salteó unas cuantas páginas para ahorrarse tantos momentos tristes que se quedarían para siempre en su memoria y llegó hasta el día de la liberación.

8 de mayo de 1945

La pesadilla terminó.

Hace seis días, la Cruz Roja Internacional, el mismo organismo que fue vilmente engañado por los nazis, llegó y quitó las banderas con las esvásticas. Todos los soldados de las SS

terminaron huyendo.

Y hoy, muy temprano, el Ejército Rojo se enfrentó con un grupo de alemanes en las cercanías del campo-gueto.

Hoy, por fin, somos libres.

La siguiente entrada estaba fechada en el mes de agosto. Suspiró hondo antes de continuar con la lectura.

14 de agosto de 1945

Han sido los dos meses más largos de mi vida.

Después de que los soviéticos liberasen Theresienstadt, las autoridades médicas nos mantuvieron en cuarentena durante un par de semanas para controlar la epidemia de tifus.

Los niños y jóvenes que no teníamos adónde ir fuimos trasladados primero a Praga y desde allí hasta el Reino Unido, para formar parte de un programa de reinserción que gestionó un filántropo británico de apellido Montefiore. Así, tras un viaje de ocho horas en avión —el primero de mi vida— llegamos a Windermere. Durante el vuelo nos dieron pan y nosotros pensamos que eran bizcochos. Y desde allí nos transportaron en autobús hasta Calgarth. Los mayores tenemos nuestra propia habitación. Como yo estoy al límite de la edad permitida para participar en el programa, me dieron una de las más grandes. La Cruz Roja nos proveyó de vestimenta, pero estamos tan delgados que se nos cae del cuerpo. Por eso nos quedamos en ropa interior hasta que nos traigan las prendas adecuadas. La habitación de Jedrek está al final del pasillo y esta noche, cuando todos duerman, nos levantaremos para ir a robar pan de la cocina. Tenemos mucha hambre. Parece que nunca es suficiente.

No sé qué será de mi vida cuando me vaya de aquí. Tengo miedo. Jedrek me dijo que no vamos a separarnos nunca, y a mí me gustaría creerle.

UNA TARDE EN LA IDEAL

Buenos Aires, Argentina, mayo de 1946

Magdalena observaba a través de una de las ventanas de La Ideal como la gente avanzaba de prisa por la vereda para escapar de la lluvia que comenzaba a caer con más intensidad, acentuando el frío de aquella tarde otoñal. Había cierto aire de hastío en su mirada. El café estaba tibio y no tenía deseos de pedir otra taza. Sus ojos verdes se posaron en el bolso de cuero rojo que había dejado encima de la silla vacía mientras esperaba a su acompañante. Para variar, Teté González del Pino volvía a hacer alarde de su falta de puntualidad por enésima vez. Llevaba diez minutos de retraso, y ella ya empezaba a perder la paciencia. Sacó un sobre blanco del interior del bolso y recorrió el membrete oficial de la Cruz Roja Internacional con dedos temblorosos. Era la tercera carta que llegaba a la casa de Barrio Norte. En cada una de aquellas misivas se le comunicaba a la señorita Madeline Eiserman que su prima Isabela, la única sobreviviente de su familia, quería ponerse en contacto con ella. La primera notificación la había recibido don Teodoro a finales del año pasado y de inmediato les comunicó la noticia. Aunque su madre y ella se alegraban de que Isabela estuviese con vida; era muy triste enterarse de que los demás habían perecido durante la guerra. Según la detallada información que acompañaba la carta de la Cruz Roja, Zila Eiserman había sido asesinada cuando ella y su familia fueron deportados al gueto de Lodz, en Polonia. Eugen se encontraba con paradero desconocido —probablemente muerto— mientras que Aina y el pequeño Samuel perecieron en Auschwitz. Isabela se encontraba en el campo-gueto de Theresienstadt cuando el ejército soviético llegó para liberarlos. Tras su paso por un campamento establecido en territorio británico en donde centenares de niños y adolescentes, todos sobrevivientes de los campos de concentración, intentaron reinsertarse nuevamente en la sociedad, Isabela fue llevada a Londres, en donde residía desde entonces, a la espera de tener noticias de la única familia que le quedaba.

Cuando don Teodoro sugirió ignorar aquel comunicado oficial, Débora se rehusó.

Si aceptan a Isabela en nuestras vidas, tendrán que reconocer delante del todo el mundo la verdad sobre su origen.

Las palabras de su padrastro, dolorosas pero acertadas, las convencieron de que él tenía razón.

Las cartas se fueron sucediendo una tras otra, con un intervalo de dos meses entre una y otra.

Todas terminaban guardadas en el fondo de un cajón, en el despacho de Teodoro Schneider. Excepto la última de ellas, que había llegado hacía apenas una semana y en la cual se requería una vez más, información sobre Madeline Eiserman.

Magdalena se despojaba de cualquier sentimiento de culpa, imaginando que Isabela llevaba una buena vida en Londres. Todo lo que hacía don Teodoro era por su bien. La llegada de Isabela trastornaría sus vidas, exponiéndolos ante la sociedad porteña como unos mentirosos. Aunque pudieran justificar que hubiesen enterrado el pasado para escapar del nazismo, tanto ella como su madre serían igualmente sometidas al juicio de la gente. ¿Qué pensarían los Navarro Soler? A pesar de que le dolía en el alma abandonar una vez más a Isabela, el bienestar suyo y el de su hijo estaban primero. Guardó la carta en el fondo del bolso cuando vio que Teté entraba en la confitería.

—¡Ay, Magdalena, perdoname pero me fue imposible llegar antes! —se quitó el abrigo y sacudió su melena rubia salpicada de gotas de lluvia. Le dio un beso en la mejilla—. ¡Estás helada! ¡Pareciera que sos vos la que acaba de venir de la calle y no yo!

Magdalena hizo caso omiso a su inoportuno comentario. Un mozo se acercó para tomar su orden y Teté pidió un chocolate caliente con churros.

—Para mí otro café, por favor —dijo Magdalena, a pesar de seguir inapetente.

—¿Te ocurre algo? —Por el rabillo del ojo, Teté vio que por el borde del bolso de su amiga se asomaba una fotografía. Sin la autorización de la dueña, la sacó para ver de qué se trataba.

—¡Qué niño más mono! ¡Cada día se parece más a su padre! —exclamó, contemplando la imagen de Santiaguito.

Magdalena había olvidado que llevaba esa fotografía en el bolso. Se la habían tomado durante el verano, en una de sus tantas visitas a la famosa heladería El Vesuvio. Teté tenía razón. Santiaguito era la viva imagen de su padre. De ella solo había heredado los rizos dorados. Su hijo era lo único que la hacía feliz. El matrimonio con su padre se había convertido en una cárcel, una jaula de oro de la que no sabía cómo escapar.

—¿Dije algo indebido, querida? —preguntó Teté, quitándose los guantes.

—No, es solo que a veces quisiera que el tiempo no pasara y que Santiaguito tarde mucho en hacerse mayor.

—Es muy pequeño todavía. ¡Recién va a cumplir dos años! —repuso Teté, haciendo un exagerado ademán con las manos—. Es un niño muy consentido. ¡No me malentiendas, por favor! ¡Claro que lo adoro! Pero ambas sabemos que tu querida cuñada lo mima demasiado.

Magdalena no iba a caer en su juego de criticar a Rosario simplemente para darle el gusto. A Teté nunca le había caído bien la hermana de Santiago, y la antipatía era mutua.

—Con el paso de los años se ha convertido en una solterona un poco amargada —comentó Teté, con toda la intención de sonsacarla.

—A mí no me parece que Rosario esté amargada, muy por el contrario. De un tiempo a esta

parte la noto cambiada. Sale a pasear a menudo y está bastante animada.

Teté arrugó la frente.

—¿Tendrá algún pretendiente escondido por ahí, en alguna parte?

Magdalena se encogió de hombros.

—Si eso fuera verdad, me alegraría mucho por ella —respondió, esperando zanjar aquel asunto de una vez por todas.

—Yo también —dijo Teté, poco convencida.

Cuando el mozo llegó con el chocolate caliente, los churros y el café, Magdalena aprovechó para recuperar la fotografía de su hijo y la guardó en el bolso. Al hacerlo, tocó la carta de la Cruz Roja Internacional sin querer.

—¿Segura que no tenés nada? Estás más blanca que esta servilleta —insistió Teté, antes de darle el primer mordisco a uno de los churros. —¿Algún problema con Santiago? ¿Se trata de tu madre? Me la crucé el otro el día en Gath & Chaves y la encontré estupenda.

—Mi madre está mejor que nunca —replicó, revolviendo el café.

—Entonces el que te tiene así es tu marido.

Magdalena, quizá ante la necesidad de tener a alguien con quien desahogarse, le había comentado en una ocasión que las cosas en su matrimonio no andaban bien. Teté podía llegar a ser una mujer impulsiva, pedante y caprichosa, pero era la única que se había acercado a ella para ofrecerle su amistad. Y desde esa tarde cuando la encontrara llorando en el baño de la mansión, el mismo día de la boda, se había convertido en una especie de confidente. Claro que se cuidaba, y mucho, a la hora de compartirle cuáles eran sus miedos y sus inquietudes. Jamás le había mencionado lo que sentía por Pedro; Teté tampoco sabía lo de su origen judío. Con lo poco tolerante que era con la gente que consideraba diferente, intuía que saldría corriendo si se le ocurriera contárselo.

—Siento que se ha abierto una brecha entre nosotros que poco a poco se va transformando en un abismo —suspiró. No le mencionó que la culpable de aquella situación era ella; que se había vuelto a mostrar fría y distante con Santiago, sobre todo desde que Pedro ya no estaba en Buenos Aires. Agobiado por su asedio y por sus propios sentimientos, había conseguido que la diócesis lo trasladara a una parroquia a más de quinientos kilómetros de Buenos Aires. Se había ido después del bautizo de Santiaguito, sin siquiera darle la oportunidad de despedirse de él en solitario. Tuvo que verlo partir en tren desde el andén de la estación y contener las lágrimas frente a los demás para que nadie se diera cuenta de que se moría por dentro.

—Aunque don Mario Sanabria se ha hecho cargo de la empresa, el mundo de la política ha absorbido a Santiago por completo. Hace un año, cuando don Cipriano Reyes le propuso sumarse al Partido Laborista, aceptó de inmediato, sin consultarlo conmigo. Nunca me preguntó qué pensaba yo sobre su incursión en la política. Sabía que le interesaba dedicarse a ello en un futuro, pero no lo había hecho antes porque tras la muerte de su padre le tocó a él quedar al frente de la

cadena de frigoríficos

—No te podés quejar, nena —manifestó Teté, verde de la envidia—. Tu esposo no es solo uno de los hombres más prósperos de Buenos Aires, también ha conseguido su propio escaño en el Congreso de la Nación. —Rio nerviosa al darse cuenta de que hablaba con demasiado entusiasmo—. Si se lo propone, Santiago podrá llegar muy lejos. Me han comentado que es muy apreciado en el círculo íntimo de Perón, y que su esposa Evita siente una particular predilección por él.

Magdalena asintió. Quejarse de la poca atención que le brindaba su esposo desde que había abandonado la abogacía para dedicarse de lleno a afianzar su carrera política, era la manera más fácil de cubrir sus propias falencias. Aunque nunca le había dicho abiertamente a Santiago que se había casado sin amarlo, él no se cansaba de reprochárselo. No siempre con palabras. A veces llegaba muy tarde a la mansión para no tener que encontrarla despierta. Y para no molestarla, prefería dormir en el cuarto de huéspedes. El pequeño Santiaguito era lo único que mantenía su matrimonio a flote. Cuando compartían momentos con él, saliendo de paseo o jugando en los jardines, se olvidaban de sus roces y malentendidos para divertirse y hacerlo feliz. Mantener una buena imagen, sobre todo delante de la sociedad, era algo que se les daba muy bien. Los más cercanos sí se habían percatado de que la relación entre ellos se iba deteriorando; sin embargo, cuando alguien pretendía entrometerse, ni ella ni Santiago se lo permitían. Se habían acostumbrado tanto a vivir de las apariencias, que estaban atrapados en un círculo vicioso dentro del cual subsistían gracias al amor que ambos sentían por Santiaguito.

—Mi esposo se merece llegar tan lejos como lo desee —manifestó, apartando la taza de café a un lado. Se le había vuelto a enfriar.

Teté no hizo ningún comentario. Siempre que podía, le gustaba meter cizaña entre ellos. Aún no le perdonaba a Santiago que la hubiese preferido por encima de aquella alemana a la que apenas soportaba. Le había dado a Magdalena dos lugares muy importantes en su vida: el de esposa y el de madre de su único hijo. Era demasiada afrenta para una mujer orgullosa como ella.

Cuando la conversación se volvió demasiado frívola, Magdalena se despidió de Teté, alegando uno de sus tantos dolores de cabeza. Llegó a la mansión empapada, con el estómago rugiéndole de hambre. Le pidió a la criada que le preparase una suculenta merienda y corrió a su habitación para darse un baño caliente.

Con el apuro, no se dio cuenta de que la carta de la Cruz Roja Internacional se asomaba fuera del bolso.

LA LUZ DEL DÍA SIEMPRE VUELVE A BRILLAR

Woolworths Store, Londres, Inglaterra, mayo de 1946

Isabela le estaba sirviendo café a uno de los clientes cuando percibió que alguien la observaba desde el otro lado de la calle. Sonrió al reconocer a Jedrek. Él la saludó agitando la mano y ella regresó al mostrador para dejar la bandeja. Faltaban cinco minutos para terminar su turno, pero como el local se estaba quedando casi vacío y rara vez se iba antes de tiempo, su jefe le dio permiso para retirarse.

Presurosa, se dirigió al vestuario y se deshizo del uniforme. No había quedado en nada con él la última vez que se habían visto; por eso le extrañaba que hubiese aparecido de repente, sin avisarle. El vestido que había elegido esa mañana no era el que más la favorecía, pero Jedrek nunca se fijaba demasiado en su aspecto. O al menos eso era lo que ella creía. Se despidió de su jefe hasta el día siguiente y salió al encuentro de su amigo.

Se dieron un abrazo. Fue breve porque Isabela se separó de él enseguida. Todavía le provocaba cierta inquietud el contacto estrecho y prolongado con otros seres humanos.

—No te esperaba hoy —le dijo, acomodándose un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Me dejaron salir antes de la oficina postal y decidí pasar a verte. —Sacó un folleto del morral que llevaba colgado en el hombro—. Lo he visto ayer por la tarde y pensé que podría interesarte.

Isabela tomó el colorido papel entre sus manos y le dio un par de vueltas antes de interesarse en su contenido.

—Me contaste que tu prima vive en la Argentina. Allí hablan español. —La contempló mientras ella leía detenidamente el volante—. Creo que sería bueno que aprendieras el idioma, por si recibes pronto noticias de ella y tienes que abandonar el Reino Unido.

Isabela, poco convencida, no supo qué decirle. Ya había perdido las esperanzas de volver a ver a Madeline. La Cruz Roja seguía intentando dar con ella, pero el tiempo pasaba y no había noticias.

—Son cuatro clases a la semana, todas de tarde. Si no te animas a inscribirte por miedo o vergüenza, yo puedo acompañarte —se ofreció, estudiando su reacción.

Isabela lo miró, intrigada.

—¿Y tú para que quieres aprender español?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. —Nervioso, se puso a delinear con la punta de los zapatos una de las baldosas de la vereda—. Quizá me vaya también de Londres algún día.

—¿A la Argentina? —exclamó Isabela, sorprendida.

—O a España ¡Quién sabe! —No quería equivocarse en su respuesta. Si le decía que su deseo era ir tras ella si su prima la mandaba a buscar, Isabela podría sentirse luego muy incómoda si no recibía nunca noticias desde la Argentina y debía quedarse allí. Aunque lo que sentía por ella se volvía cada más profundo con el paso del tiempo, prefería guardar silencio y seguir conservando su amistad—. No perdemos nada con intentarlo.

Isabela volvió a leer el folleto. El curso lo dictaba un profesor nativo de Madrid y el valor no era demasiado elevado. Se lo podía permitir sin ningún problema. Además, solía aburrirse por las tardes. Lo mejor era que no estaba muy lejos de allí y podría prescindir del metro de la Central Line para ir caminando. La idea de que Jedrek estudiara con ella le proporcionaba un gran alivio. No quería reconocerlo, pero desde que había vuelto a aparecer en su vida dependía mucho de él. Le gustaba su compañía, era atento con ella y no tenía necesidad de darle ninguna explicación si empezaba a comportarse de manera extraña, porque él, por haberlo vivido también, sabía por todo lo que había atravesado durante la guerra. Pasar más horas al día con su querido amigo no sería ningún sacrificio. Le dijo que aceptaba y accedió a ir con él después de convencerla de que debían inscribirse en ese mismo momento para no perder más tiempo.

Satisfecha por lo que acababa de hacer, Isabela lo invitó a subir a su apartamento para almorzar juntos. No era la primera vez que compartían una comida. Ambos se rieron al recordar aquellas primeras noches en Windermere, cuando se levantaban de madrugada para robarse unas cuantas hogazas de pan que luego escondían debajo de la cama. El pavor de volver a quedarse sin alimento era tan grande, que tardaron mucho tiempo en comprender que allí nunca les faltaría nada.

Jedrek había congeniado con Marcel de inmediato, ganándose su confianza con galletas de pescado que le traía en los bolsillos cada vez que visitaba a Isabela. Disfrutaron de un almuerzo frugal mientras evocaban los mejores recuerdos que guardaban del Distrito de los Lagos. Si bien los cuatro meses que pasaron allí no alcanzaron para compensar tantos años de sufrimiento, habían aprendido a volver a sonreír, a creer que, en algún lugar del mundo, existía un futuro para ellos. Los tutores trataban de inculcarles una y otra vez el mismo concepto.

—*No importa cuán oscura sea la noche, la luz del día siempre vuelve a brillar* —dijeron los dos al unísono, memorizando aquella frase que al principio les había parecido una utopía.

Marcel maulló a los pies de Isabela, dándole a entender que él también quería participar de la conversación. Ella lo subió a su regazo y le tocó los bigotes para hacerlo enojar.

—¿Sabes? La otra vez, cuando no podía dormir, me puse a pensar qué sería de Marcel si tengo que marcharme de Londres. No creo que me permitan llevarlo conmigo. —De repente, se

puso triste—. Tendría que dejarlo atrás, abandonarlo como lo hizo su dueño anterior.

Jedrek le apretó la mano por encima de la mesa.

—No te preocupes por ese gato holgazán —le dijo, en tono burlón—. Ya encontraremos una solución llegado el caso.

—Podría quedarse contigo —planteó Isabela, convencida de que acababa de hallar la mejor opción.

Jedrek asintió solo para que se quedara tranquila. Cuidaría de Marcel si ella se lo pedía, pero sería solo algo provisorio. Apenas consiguiese dinero para el pasaje, se iría a la Argentina a buscarla.

Su mundo ya nunca volvería a ser el mismo lejos de Isabela. Quizá en un país distinto, con una nueva vida por delante, podría encontrar el valor suficiente para confesarle que estaba perdidamente enamorado de ella.

AMANTES

Estancia Las Acacias, Pilar, provincia de Buenos Aires,
mayo de 1946

Dos cuerpos desnudos yacían en la misma cama, entre sábanas revueltas y el humo de los cigarros diluyéndose en el aire. Afuera, la lluvia había cesado.

Las siluetas femeninas, aletargadas en una sinfonía de suspiros, se abrazaban después de hacer el amor.

—Sos tan hermosa que no me canso de mirarte —dijo Rosario, acariciando el rostro de su amante—. Me gustaría perpetuar tu belleza en mis cuadros.

Débora le sonrió antes de atrapar uno de sus dedos entre los labios. Lo chupó muy despacio, sintiendo en ellos su propio olor.

—Y yo no me canso nunca de sentir tu piel pegada a la mía. —Metió la mano debajo de las sábanas y le rozó la parte interna de los muslos—. De perderme entre tus brazos. —Siguió un poco hacia arriba, hasta alcanzar su sexo todavía húmedo—. De recorrer cada centímetro de tu cuerpo y hacerte estallar de placer.

Rosario, totalmente excitada, empujó la mano de Débora contra su entrepierna, que volvía a palpitar de deseo. Se arqueó un poco hacia arriba, con las rodillas separadas, para dejarse llevar una vez más por esa pasión incontrolable que dominaba cada espacio de su cuerpo hasta hacerla perder los sentidos.

Los dedos de Débora se movían en su interior formando pequeños círculos que subían y bajaban mientras Rosario se meneaba, siguiendo el ritmo.

Cuando Débora se inclinó sobre ella, hundiendo el rostro entre sus muslos, las manos crispadas de Rosario se aferraron con fuerza al colchón, sacudiéndose en violentos espasmos. Minutos después, satisfecha y con una sonrisa casi felina en los labios, cayó exhausta sobre la almohada. Entornó los párpados mientras, poco a poco, iba recobrando el aliento.

—Ha sido maravilloso. —Cuando abrió los ojos, Débora la estaba mirando. Ella también sonreía, feliz—. Cuando pensaba que la vida ya no podía sorprenderme, Dios, el destino o alguna de esas estrellas que brillan en el Universo, no sé exactamente qué, te trajo hacia mí. Yo me había acostumbrado demasiado rápido a la soledad, a ser siempre la hermana devota y la tía solícita. Me enseñaste lo que es el verdadero amor, Débora. Todo lo que sé lo aprendí de vos.

El cabello alborotado de Débora caía en gruesos mechones castaños, cubriéndole los pechos. Rosario comenzó a peinárselo con los dedos. Recordó con ternura la primera vez que se amaron. Había sido en esa misma cama, tres años atrás. Esa tarde de verano en la que se escaparon a la estancia de su familia con la excusa de organizar un evento de caridad, Rosario le había confesado que, con poco más de treinta y seis años, todavía era virgen. Para que no se sintiera avergonzada por su falta de experiencia, le dijo que ella también lo era, porque nunca antes había hecho el amor con una mujer. Se despojaron de sus ropas y de sus dudas, para entregarse la una a la otra, sin miedos ni tapujos. Entre besos y caricias, la torpeza inicial se había ido diluyendo por sus cuerpos sudados. Esa tarde, y todas las que le siguieron, habían sido inmensamente felices.

Procuraban ser bastante discretas, por eso avisaban con anticipación cada vez que pactaban visitar la estancia. Rosario les daba el día libre a los empleados y podían disfrutarse en total libertad sin que nadie las molestara. En algunas ocasiones pasaban la jornada completa en Las Acacias. Llegaban temprano, desayunaban en el jardín si el tiempo se los permitía y luego salían a cabalgar por el campo. Si hacía calor, se daban un chapuzón en la piscina.

Preparaban el almuerzo juntas y retozaban toda la tarde en la cama, amándose como si no existiera el mañana ni nada más allá de los límites de aquel pequeño paraíso que habían conquistado para amarse.

Por eso era tan duro cuando tenían que volver al mundo real. Débora, a la vida aburrida que compartía con su esposo, y Rosario al seno de una familia que la adoraba pero que no dudaría ni un segundo en condenarla por lo que estaba haciendo.

—¿Hasta cuándo podremos resistir, Rosario? —La pregunta de Débora quedó flotando en el aire. Las escapadas a la estancia se estaban volviendo cada vez más frecuentes y vivían con el miedo de que alguien las atrapara en alguna mentira.

—No voy a renunciar a vos, Débora —aseveró la hija mayor de don Álvaro Navarro Soler—. Cada uno de nuestros encuentros supone un gran riesgo; un día ya no sabremos qué decir para poder vernos; aun así, no voy a sacrificar mi felicidad y la tuya por nadie, ni siquiera por nuestras familias.

Débora, siempre un poco más cautelosa por su condición de mujer casada, permaneció en silencio. Algo la inquietaba, pero no le había comentado nada para no preocuparla. Últimamente Teodoro estaba muy raro con ella. Quería saber todos sus movimientos durante el día, y cuando llegaba del consulado la miraba con ojos inquisidores.

—¿Qué pasa, Débora?

No podía quedarse callada. Tenía que compartir sus temores con ella.

—Creo que Teodoro sospecha algo, no sobre lo nuestro. Quizá el hecho de que ya no compartamos tanta intimidad como antes lo ha llevado a pensar que me estoy viendo con otro hombre. —Se reclinó de lado, apoyando el codo en la almohada y la mano derecha debajo del mentón—. He notado que está cada vez más pendiente de mí, me pregunta qué hago y qué dejo

de hacer. Nunca antes había sido tan posesivo.

—¿Te ha dicho algo?

—No. Teodoro es demasiado reservado para hablar abiertamente de ciertos asuntos… Prefiere ponerse una venda en los ojos para no ver lo que sucede a su alrededor —suspiró.

—¿Desde cuándo se comporta así?

—Comenzó hace un par de semanas, después de aquel domingo que nos escapamos para vernos y se nos hizo tarde. Le dije que la reunión con los dueños de la fábrica de colchones que nos harían una donación para el asilo de ancianos se había prolongado más de la cuenta… pero es evidente que no me creyó.

—Tendremos que inventar mejores excusas —dijo Rosario, medio en serio, medio en broma.

Débora le dio un golpecito con el dedo en la punta de la nariz y le robó un beso apasionado, uno de los últimos hasta que volvieran a refugiarse dentro de aquellas cuatro paredes para esconderse del mundo.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, mayo de 1946

Lo primero que vio Santiago apenas puso un pie en la habitación fue el bolso de Magdalena tirado en el suelo. Sobre la cama había dejado su ropa desparramada mientras se daba un baño. Sabía por Emilce que acababa de llegar de la calle toda mojada, y en el comedor la esperaba una suculenta merienda.

Se agachó para recoger su bolso, y al hacerlo dos objetos se cayeron sobre la alfombra. Una fotografía de su hijo y un sobre con el membrete de la Cruz Roja Internacional dirigido a una mujer llamada Madeline Eiserman. Le resultó extraño aquel nombre, pero lo primero que se le vino a la mente fue que probablemente sería la versión alemana de Magdalena. En cuanto al apellido, sabía que, aunque ella usaba el de Teodoro Schneider, no llevaba su sangre. Era sorprendente que a esas alturas, cuando ya llevaban tres años de casados, conociera recién ahora su verdadera identidad. Intrigado ante aquel peculiar descubrimiento, se sentó en la cama y se dispuso a conocer el contenido de la carta. Era un documento oficial, por lo tanto nada de lo que estaba a punto de hacer atentaba contra la intimidad de su esposa. Sacó el papel, escrito a máquina y lo leyó. Estaba tan absorto que no se dio cuenta de que Magdalena lo observaba desde la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué haces con eso? —Se aproximó a él y de un manotazo le quitó la carta.

Santiago la miró. Había alcanzado a leer hasta el final.

—¿Quién es Isabela? ¿Por qué nunca me has hablado de ella?

Magdalena, indignada con él por haberse atrevido a hurgar entre sus pertenencias y enojada

consigo misma por no ser más precavida, estrujó el papel entre sus manos hasta convertirlo en una pelota arrugada que arrojó al suelo.

—No quiero hablar de ello ahora —dijo a la defensiva.

Santiago, perplejo, se la quedó mirando. Supo de inmediato que la frialdad con la que lo trataba no era más que una máscara para evadir sus preguntas.

—Por el tono de ese documento, es evidente que no es el primero que recibís. ¿Alguien de tu familia está tratando de localizarte desde el otro lado del mundo y vos lo ignorás?

Magdalena se sentó en uno de los extremos de la cama, dándole la espalda. Sopesó muy bien lo que iba a decirle. Santiago acababa de descubrir uno de sus mayores secretos y ya no tenía caso seguir callando. Ignoraba cuál sería su reacción cuando supiese la verdad; pero de algún modo, el hecho de que hubiera encontrado la carta le daba la excusa perfecta para quitarse aquel peso de encima. Esperaba que tanto su madre como don Teodoro entendieran que no había tenido otra opción.

—Isabela es mi prima, hija del hermano de mi padre, el verdadero. Se llamaba Otto Eiserman y murió durante el pogromo de noviembre de 1938 en Berlín. —Se le hizo un nudo en la garganta al recordar la pesadilla de aquella noche—. En la Alemania de Hitler, antes de que estallara la guerra, los judíos éramos perseguidos. Nos despojaron de nuestro patrimonio y de nuestra dignidad. —Vio la expresión de asombro en el rostro de su esposo—. Sí, Santiago, mi madre y yo somos judías, o al menos lo éramos hasta que ella se casó con Teodoro Schneider y adoptamos una nueva identidad para poder escapar del asedio de los nazis. Mi padrastro arriesgó mucho para ponernos a salvo; por eso le prometimos que nunca revelaríamos la verdad sobre nuestro origen a nadie. No quisimos engañarte.

—Por eso te negaste a celebrar la boda religiosa —dedujo él, comenzando a atar cabos. Recordó el almuerzo en casa de los Schneider cuando salió a colación el asedio a la comunidad judía tras el golpe del 43.

Magdalena asintió.

—¿Por qué no me dijiste la verdad entonces?

—No podía, Santiago. No dependía solamente de mí, debía pensar también en mi madre y en don Teodoro. —Escuchó que él se ponía de pie, y por el rabillo del ojo lo vio dirigirse hacia la ventana—. Él podría perder su puesto en el consulado si saliera a la luz lo que hizo. Falsificó documentos oficiales, se valió de su cargo diplomático para engañar a mucha gente. Nos salvó, y aunque nunca estuve de acuerdo en que mi madre se haya casado con él solo para salir de Alemania, le debo la vida. En la primera carta que llegó de la Cruz Roja nos comunicaron que nuestra familia pereció en manos de los nazis. Solo Isabela logró sobrevivir. Mis tíos, mi pequeño primo y mi adorada bobe ya no están más.

—¿Bobe?

—Mi abuela, se llamaba Zila.

Santiago no dijo nada. Ahora era él quien le daba la espalda.

—¿Desde cuándo has estado recibiendo estas cartas?

—La primera llegó en diciembre del año pasado.

—Y si yo hoy no hubiese encontrado la última por casualidad, seguiría ignorándolo todo —manifestó, molesto.

—Sí —respondió Magdalena con seguridad.

—¿Qué pensás hacer ahora? —Se volteó y la miró a los ojos.

Ella no entendió el alcance de su pregunta.

—No puedo poner en evidencia a mi padrastro.

—¡Me importa un bledo Schneider! —saltó él, perdiendo los estribos—. Estoy hablando de Isabela, tu prima. Esa muchacha se ha quedado sola en el mundo. No sabemos por todo lo que habrá tenido que pasar durante su cautiverio, como para que encima ahora vos niegues el hecho de que está viva y te necesita.

—Isabela debe tener una nueva vida en Londres. Estoy segura de que logrará salir adelante por sus propios medios. La guerra ya terminó y en Europa la situación se irá normalizando.

—No —replicó Santiago, interrumpiendo su discurso—. No voy a ser cómplice de una locura semejante, Magdalena. Nos pondremos cuanto antes en contacto con la Cruz Roja Internacional para hacerles saber que recibiremos a tu prima en nuestra casa.

—¡No podemos hacer eso!

—¿Acaso no querés volver a verla?

Magdalena no supo qué decir. Isabela formaba parte de su pasado. Un pasado doloroso que no deseaba recordar.

—Claro que quiero —mintió—. Isabela y yo éramos muy unidas, pero no es una decisión que nos compete solamente a nosotros.

—Las cartas van dirigidas a vos —repuso Santiago, dispuesto a no ceder.

—Porque cuando llegamos a Buenos Aires le escribí a Isabela, pero ella nunca respondió. Seguramente les dio mi dirección a los de la Cruz Roja para que trataran de localizarme.

—Tu prima quiere reencontrarse con vos, Magdalena. No podés darle la espalda. Es tu familia, tu sangre.

Magdalena no hallaba un argumento de peso para negarse. Debía pensar rápido, antes de que Santiago tomara una decisión que la perjudicara.

—Está bien, no voy a darle la espalda a Isabela. —Se aproximó a él—. Me necesita y le abriremos la puerta de nuestra casa, con una condición.

Santiago alzó las cejas en un gesto inquisidor.

—Nadie debe saber la verdad sobre su origen y el mío, ni siquiera tu familia. A los ojos de todo el mundo, Isabela es una prima lejana que se quedó huérfana porque sus padres murieron durante un bombardeo en Londres. Podríamos aprovechar su conocimiento del idioma inglés

para que se desempeñe como institutriz de Santiaguito.

—¿Eso es lo que realmente querés?

—Sí. A mi criterio, es la mejor solución para todos. Isabela está cerca de su familia y nosotros nos quitamos un peso de la conciencia.

A Santiago no le sorprendía nada de lo que hiciera su esposa; sin embargo, el desapego que percibió en sus palabras lo dejó anonadado. ¿Cómo podía ser tan fría y calculadora al hablar de su prima como si se tratara de una desconocida?

—Está bien, lo haremos a tu manera —capituló Santiago, resignado—. Mañana mismo pediré una conferencia telefónica con Londres para ponerme en contacto con los de la Cruz Roja. No sé cuánto tiempo llevará hacer la tramitación necesaria para que Isabela pueda viajar, pero esperemos que no tarde demasiado. Hablaré con quien haga falta en el Gobierno para acelerar el proceso. No te preocupes, que actuaré con la máxima discreción posible.

Magdalena asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer? Le dijo que tenía que cambiarse para bajar a merendar y Santiago salió de la habitación, dejándola sola por fin. Necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba por venir.

Isabela… Ya no experimentaba el mismo sentimiento de nostalgia al pronunciar su nombre. Angustia y zozobra la embargaban al pensar en su prima. Esperaba que traerla de regreso a su vida no empañase la frágil tranquilidad que había conseguido durante los últimos años.

TITA Y LUIS

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, septiembre de 1946

Nina estaba demasiado ansiosa y no podía hacer nada para disimularlo. Llevaba más tiempo de lo habitual frente al espejo, eligiendo cuál vestido favorecía mejor a su silueta o si debía dejarse el cabello suelto o recogerlo en lo alto de la cabeza para lucir su esbelto cuello de cisne. Nada la terminaba de convencer. Esa noche debía estar deslumbrante. Después de conformarse con hacer solamente anuncios publicitarios durante los últimos tres años, sentía que ya estaba preparada para dar el gran salto al estrellato. Su rostro se había hecho conocido gracias a su aparición en las revistas *Radiolandia*, *Antena* y *Para Ti*. El señor Irazábal había hecho muchas promesas, que quedaron suspendidas en el aire cuando ella le aclaró que nunca accedería a pasar por su cama para conseguir un papel en el cine o en alguna de sus obras de teatro. El productor se lo había insinuado en infinidad de ocasiones, pero pudo salir airosa y sin tener que mencionárselo a Francisco.

Esa noche, El Gato Calavera recibiría la visita, nada más y nada menos que de la gran Tita Merello. Francisco le había dicho que iría acompañada de su pareja, el también actor Luis Sandrini. Ambos estaban a punto de viajar a México para cumplir con algunos compromisos laborales, y lady Olivia, vieja conocida de Tita, quería despedirlos a lo grande.

Nina se había quedado deslumbrada con ella después de escucharla cantar tantas veces en la radio. Pocos meses después de llegar a la gran ciudad, tras insistirle mucho a Francisco para que la llevase, tuvo el placer de disfrutarla en vivo en el Teatro Alvear, con la obra *Buenos Aires de ayer y de hoy*, en donde la Merello interpretó por primera vez la canción “Se dice de mí” con el desparpajo que la caracterizaba.

Estaba nerviosa porque en pocas horas la conocería en persona. Lady Olivia le había dicho que no había nada de qué preocuparse, que Tita era una mujer sencilla, que no tenía ínfulas de diva como otras estrellas de su generación, y le aseguró que apenas pudiese encontrar la oportunidad de estar a solas con ella le hablaría de su deseo de ser actriz.

Nina sabía que la Merello venía de una familia humilde, que había tenido que irse a vivir a un orfanato a los cuatro años porque su madre necesitaba salir a trabajar, y que nunca había asistido a la escuela. Se sentía un poco identificada con su triste historia de vida. Ella también tuvo que padecer penurias por crecer en un ambiente rural, sin padre y con una madre que

trabajaba a sol y sombra para llevar el pan a su casa. Su admiración por ella iba más allá del ámbito artístico; Tita Merello era un ejemplo a seguir, y esa noche tendría el placer de conocerla. Se pellizcó muchas veces el brazo cuando Francisco se lo dijo. Ignoraba si concurriría alguien más del mundo del espectáculo; prefería ignorarlo y llevarse una sorpresa.

Finalmente se decidió por un vestido color verde esmeralda que provocaba que el tono rojizo de su cabello resplandeciera con la intensidad de una antorcha de fuego. Cada vez que se lo ponía, Francisco le susurraba al oído que era la mujer más bella de todo Buenos Aires. Por supuesto más tarde, cuando se lo quitaba en un abrir y cerrar de ojos, ella se creía todas sus lisonjas.

Lady Olivia pidió permiso para entrar y le entregó una pequeña caja de terciopelo azul.

—Es para vos. Quiero que la usés esta noche. —Sacó una gargantilla con eslabones entrelazados de plata y una gema blanca en el centro—. A mí me dio suerte hace muchos años cuando también soñaba con convertirme en una estrella.

—Es muy hermosa, lady Olivia. No sé si debería aceptarla.

—¡Claro que la vas a aceptar, *papusa*! —Le indicó que se volteara y la colocó alrededor de su cuello—. Levantate un poco la melena —le pidió, observándola a través del espejo.

Nina rozó la gargantilla con la punta de los dedos. Nunca antes había tenido una joya tan fina. Aunque Francisco le había obsequiado un par de brazaletes y un collar de perlas, él prefería agasajarla con enormes ramos de rosas rojas y perfumes importados de la Francia.

—Gracias, lady Olivia. —Nina tenía los ojos húmedos.

—¡Ah, no! ¡No te vas a poner a lagrimear justo ahora! —le recriminó, enjugándole el llanto con su pañuelo—. Tenés que estar hecha una pinturita para conocer a la Merello y a don Luis.

Nina esbozó una sonrisa radiante. Se giró sobre sus talones y la tomó por sorpresa, dándole un beso en la mejilla.

—No sé qué haría sin usted, lady Olivia.

Olivia Lombardo no solía emocionarse con facilidad; sin embargo, las palabras de aquella chiquilla le tocaron el corazón. La dejó sola para que terminara de arreglarse y le prometió que apenas Tita Merello y Luis Sandrini pusieran un pie en el cabaret, correría a buscarla.

*

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, septiembre de 1946

Francisco sintió el aire frío de la noche respirándole en la nuca. Había estacionado el automóvil a dos calles del cabaret para pasar desapercibido. Lo estaban buscando y no tardarían en encontrarlo. Podría haber recurrido una vez más a Rosario, pero la suma que debía era demasiado grande y no quería preocuparla. El dinero nunca había sido un problema en su vida,

hasta que empezó a perderlo en las mesas de juego, apostando más de lo que se podía permitir. La herencia de su madre, menguada después de tantas deudas, ya no podría volver a sacarlo de apuros. Su padre, que en paz descanse, siempre había tenido razón cuando decía que terminaría dilapidando el patrimonio que le había dejado su esposa, a fuerza de vicios y una mala vida.

Ernesto Caporale, el hombre al que le debía casi un cuarto de millón de pesos, era un pez gordo que se dedicaba al contrabando de bebidas alcohólicas entre Buenos Aires y Montevideo. Le había dado una semana para saldar la deuda y el plazo vencía esa misma noche.

Se echó a andar por las calles en penumbras del barrio de Flores con el miedo atenazándole el estómago. El fuerte eco de sus pisadas parecía acentuarse mucho más mientras la neblina que se levantaba hacia los faroles, lo envolvía lánguidamente, convirtiéndolo en una silueta fantasmagórica.

De repente, al llegar a la esquina del cabaret, escuchó pasos que se acercaban. Metió las manos en el bolsillo del sobretodo y apresuró la marcha. Faltaban pocos metros para llegar. Nina estaría esperándolo, emocionada porque esa noche Tita Merello y Luis Sandrini se presentarían en El Gato Calavera, invitados por lady Olivia. Ansiaba ver su cara de felicidad. Pero su deseo quedó atrapado en la neblina cuando dos hombres lo sorprendieron por la espalda y, de un empujón, lo subieron a bordo de un auto que había frenado bruscamente junto a la vereda.

Le cubrieron los ojos con una venda y lo obligaron a agachar la cabeza.

—Las deudas de juego son sagradas, Navarro Soler.

Francisco no podía moverse. La mano que le apretaba el cuello era tan fuerte que le cortaba la respiración. Reconoció la voz de Caporale. Debía lograr convencerlo de que tenía el dinero, pero que no lo llevaba consigo por cuestiones de seguridad. Quiso decirle algo, pero solo brotó un sonido gutural de su garganta. El contrabandista le hizo señas a su hombre que lo soltara.

Francisco se masajeó la nuca. Estaba en medio de aquellos dos sujetos, tan cerca que podía sentir sus fétidos alientos golpeándole la cara.

—No pensaba faltar a mi compromiso, señor Caporale —le dijo, tratando de sonar seguro—. Como comprenderá, no sería muy sensato de mi parte andar con semejante cantidad de billetes encima. Tengo que hacer un retiro del banco para saldar la totalidad de su deuda. Si me da un poco más de tiempo, tendrá su dinero en unos días.

—Una semana, Navarro Soler. Ni un minuto más —le advirtió Caporale, lanzándole el humo de su habano—. Pero por si acaso, para que no te queden dudas de lo que te puede pasar si no me pagas, uno de mis muchachos te va a acompañar hasta el cabaret.

Francisco no tuvo tiempo de decir nada. El *muchacho* de Ernesto Caporale, un fortachón que medía casi dos metros, lo tiró fuera del auto. Se deshizo de la venda que le cubría los ojos para escabullirse por la vereda y sortear los pocos metros que restaban para llegar a la puerta lateral de El Gato Calavera; la misma que se usaba para deshacerse de algún cliente demasiado borracho. Pero no alcanzó a dar siquiera un paso. Aquel gorila de manos grandes, con cara de pocos

amigos, le rompió la cara de un puñetazo. Francisco cayó al suelo con la nariz rota y el rostro bañado en sangre.

Creyó que lo peor ya había pasado. Hasta que una patada en la zona abdominal lo hizo retorcerse de dolor. Entre lágrimas, rogó que lo dejase en paz. La carcajada de Caporale fue lo último que escuchó antes de perder el conocimiento.

*

La llegada de Tita Merello y Luis Sandrini al cabaret provocó un gran revuelo. La pareja, que llevaba algunos años compartiendo escenarios y un romance que había dado que hablar a la prensa, saludaba a todo el mundo con una sonrisa. Algunos se acercaban y, con servilleta en mano, les pedían tímidamente un autógrafo para presumir de haberlos conocido.

Lady Olivia se acercó a ellos, le dio un beso a Tita y recibió el cálido apretón de manos que le dio Sandrini.

—Un placer tenerlos esta noche en mi humilde cuchitril. —Los escoltó hasta una de sus mejores mesas y llamó a una de las muchachas—. ¿Qué van a tomar? De más está decir que todo lo que chupen esta noche corre por cuenta de la casa.

Tita sonrió complacida.

—Queremos algo fino. —Miró a Sandrini—. Luisito, ¿pedimos champán? Aprovechemos que no nos cobran.

—Una botella del mejor champán, lady Olivia —solicitó el actor, desviando sus inquietos ojos hacia una de las *gatitas*, que vestida con ropa ligera acababa de pasar a su lado contorneando las caderas.

La Merello, atenta a cada uno de sus movimientos, carraspeó con vehemencia para obtener nuevamente su atención.

—No te conviene distraerte demasiado, Luisito. Tanta carne fresca de golpe te puede sacudir el bombo —le dijo por lo bajo.

Lady Olivia en persona regresó con el champán y las copas. Se permitió traer una de más porque quería brindar con ellos. Lo hicieron por el futuro viaje que emprenderían en pocas semanas hacia tierras mexicanas y por la felicidad de la pareja. Tita, sin andarse con rodeos, le preguntó por la muchacha que quería presentarles.

—¡Ya mismo la voy a buscar!

Lady Olivia estaba dirigiéndose hacia la pieza de Nina cuando uno de los hombres que custodiaba la entrada se le acercó con malas noticias. Habían encontrado al señor Navarro Soler tirado a la vuelta de la esquina, todo ensangrentado. Le informó que lo habían ingresado al local por la puerta lateral y una de las muchachas lo estaba atendiendo en el pasillo. Contrariada, se desvió de su camino para hacerse cargo de la situación.

Francisco estaba peor de lo que había imaginado.

—¿Pero qué carajo te hicieron, *cachorro*?

Él no podía hablar. Tenía la nariz hinchada y la boca llena de sangre.

—Dejá que yo me ocupo —le dijo lady Olivia a la joven que lo miraba con cierta aversión mientras sostenía en la mano un pañuelo manchado de rojo—. Vamos a tener que llevarte al hospital.

Francisco le agarró la mano y negó con la cabeza.

—Yo no voy a poder hacer mucho por vos, *cachorro*.

—Ni… Nina —balbuceó, con la respiración entrecortada.

—¿Querés que te traiga a la pebeta? Justito ahora se la iba a presentar a Tita Merello y a Sandrini. Sabés lo ilusionada que estaba de conocerlos. No podés hacerle esto a la pobre. —Sin embargo, cuando la miró con ojos suplicantes, fue incapaz de negarse—. Está bien, *cachorro*. —La muchacha que lo había asistido antes de que ella llegase todavía continuaba allí. La envió a buscar a Nina para poder quedarse con Francisco.

Un par de minutos después apareció Nina, emperifollada para la gran ocasión de esa noche. Se detuvo en seco al ver el estado en el que se encontraba Francisco.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasó?

—Eso ni se pregunta, *gatita* —dijo lady Olivia, lamentando más que ella aquella inoportuna situación—. Lo molieron a palos, acá, a la vuelta del cabaret. Debe tratarse de alguna deuda de juego.

Ambas vieron que Francisco asentía muy despacio con la cabeza.

—No podemos dejarlo así. —Olvidándose de que Tita Merello y Luis Sandrini la estaban esperando, Nina solo pensaba en el bienestar de Francisco—. Tenemos que llevarlo al hospital.

—El muy zonzo no quiere —le explicó lady Olivia, suspirando con fastidio.

Nina se arrodilló a su lado. Él intentó acariciarla y terminó manchándole el vestido con sangre.

—¡*Cachorro*! ¡Mirá lo que hiciste! —exclamó la dueña del cabaret, enojada.

—No se preocupe, lady Olivia. —Nina, la miró, resignada—. Ahora lo importante es atender a Francisco. Puede tener alguna costilla rota… ¡y esa nariz! Está demasiado hinchada. Tiene que verlo un doctor.

—Casa… llevame a casa —balbuceó Francisco, al borde del desmayo.

—¡Tita y Sandrini te están esperando! —le recordó lady Olivia.

Nina no quería perderse aquella oportunidad única de conocer a tan grandes artistas. ¿Pero qué podía hacer? Francisco la necesitaba.

—Tengo que ir con él —dijo con tristeza.

—Hagamos una cosa. Le voy a pedir a los muchachos de la entrada que lo lleven hasta su auto, mientras tanto te venís conmigo aunque sea para saludarlos. La morocha me preguntó por

vos, no podés piantarte así nomás, sin hablar con ella.

—¿Así? —Le mostró la mancha de sangre que Francisco había dejado en el vestido.

—Sí, no te amargués ahora por eso. Cuando le expliqués lo que pasó, hasta pena van a sentir por vos.

Con recelo, Nina accedió a acompañarla. Tanto tiempo frente al espejo, arreglándose para ese gran momento, y estaba a punto de presentarse delante de dos de los actores más reconocidos del país, con el vestido sucio y las manos sudadas.

La incomodidad se esfumó en un santiamén apenas Tita Merello le dio un abrazo tras oír lo que había sucedido con Francisco. Nina se habría echado a llorar de la emoción si Sandrini no hubiese salido con una broma al respecto que provocó una risa generalizada.

—La Olivia me chamuyó que andás con ganas de ser actriz —comentó Tita, mirándola con interés—. Tenés una buena percha, y esa carita de ingenua me hace acordar a Delita Garcés en *Dama de compañía*.

Nina sonrió. Nunca nadie la había comparado con ella.

—¿Vos qué pensás, Luisito?

Sandrini sonrió.

—Es una linda pebeta, Tita. Tenés razón, le veo cierto aire a Delia Garcés, aunque en versión colorada —bromeó, carcajeándose.

—Eso es lo que menos importa. No hay muchas actrices coloradas, además eso en la pantalla ni se nota. —Tita sacó una tarjeta del sobre de charol que llevaba en la mano—. Presentate mañana mismo en esta dirección. Un amigo mío está preparando una película y necesita chicas jovencitas para cubrir un par de papeles secundarios. Decile que vas de parte de la Merello y seguro te da laburo enseguida.

Con manos temblorosas, Nina tomó la tarjeta y leyó el nombre de Manuel Romero, uno de los directores más influyentes de la última década. ¡Apenas podía creerlo!

—Gracias, señora Merello.

—Tita a secas, querida —le pidió, acariciándole la mejilla—. Si no dejás que nadie te ponga la pata encima, podés llegar muy lejos. —Se prendió del brazo de Sandrini—. Luisito y yo nos vamos, que mañana tenemos que madrugar.

Nina, flotando en una nube, se los quedó viendo mientras se retiraban del cabaret.

La voz de lady Olivia, anunciándole que Francisco la esperaba para que lo acompañara a su casa, la bajó a la tierra de un plumazo.

SECRETOS OSCUROS

Estancia Las Acacias, partido de Pilar, Argentina,
septiembre de 1946

Francisco se inclinó un poco hacia adelante para mirar a través del parabrisas de su Packard Clipper color azul metalizado. Unas cuantas nubes encapotaban el cielo, anunciando que muy pronto se desataría la tormenta. Esperaba estar de regreso en Buenos Aires para entonces. Conducir con lluvia por aquellos caminos de tierra era una verdadera odisea. Ni siquiera se hubiera atrevido a ir hasta la estancia si no fuese porque la amenaza de Ernesto Caporale pesaba sobre su cabeza.

Tenía cuarenta y ocho horas, ni un minuto más, para pagarle lo que le debía. En esta ocasión, había decidido prescindir directamente de la ayuda de Rosario y tomar un atajo. La gran cantidad de objetos valiosos que había en Las Acacias, algunos traídos desde Europa, serían su salvación. Pensaba empeñar varias piezas, y luego, antes de que alguien notara su ausencia, recuperarlas con el dinero que esperaba ganar en las mesas de juego.

Sus hermanos apenas visitaban la estancia, a no ser en verano o en ocasiones especiales para alguna celebración. Con la primavera recién comenzada, tenía tiempo de sobra para reponer todo lo que sustrajera para solventar su deuda. La administración la llevaba el capataz; un hombre parco en palabras que servía a su familia desde muy joven. Santiago ya no se involucraba como antes en los asuntos del campo, prefería dejar todo en manos de don Mario Sanabria para dedicarse de lleno a la vida política.

Divisó la entrada principal de Las Acacias al final del camino. La tranquera estaba entornada, como si alguien se hubiese olvidado de cerrarla. Le pareció extraño, aunque tampoco se preocupó demasiado. Se bajó del auto para abrirla y sintió caer las primeras gotas. Corrió de regreso al automóvil y condujo por el sendero bordeado de frondosas acacias que llevaba al casco de la estancia. El aire húmedo acentuaba el dolor en las costillas. Los fuertes analgésicos que le recetados por el doctor Miranda calmaban el ardor, aunque todavía era demasiado pronto para que sanaran. Le había recomendado reposo absoluto. Él no podía quedarse en cama mientras alguien le había puesto precio a su cabeza. Conocía demasiado bien a Caporale, y cumpliría su amenaza si no le pagaba a tiempo.

Aminoró la velocidad cuando vio un automóvil estacionado al costado de la casa.

Lo reconoció de inmediato.

¿Qué estaba haciendo Rosario en Las Acacias? Le había dicho que tenía que ir al centro a comprar material de pintura. Evidentemente era mentira. Sintió cómo sus planes se venían abajo. Con ella en el lugar, ya no podría llevarse nada. Pensó en dar media vuelta y marcharse antes de que se percatara de su llegada; sin embargo, la curiosidad de saber por qué había mentido, lo obligó a quedarse. Dejó el auto a una distancia prudencial no ser visto desde la casa y se bajó. Continuaba lloviznando.

Tal vez Rosario viene a la estancia para pintar, pensó, mientras se acercaba con cautela. ¿Cómo justificaría él su presencia allí cuando se suponía que debía estar descansando?

No había nadie alrededor. La casa del capataz estaba a unos cuantos metros de distancia y no se veía desde el casco. Seguramente su esposa, quien se encargaba de la cocina y la limpieza, estaría acompañando a su hermana. ¿Por qué conduciría una hora hasta Pilar con la intención de pintar cuando tenía su propio atelier en la mansión de Belgrano? Además, ¿era necesario inventar una mentira para ocultar que prefería el campo para inspirarse? Algo no encajaba en aquella historia. Los postigos de madera de la ventana del salón estaban abiertos. Se aproximó despacio, llevándose la mano al pecho para alivianar el dolor. Parecía que con cada paso que daba las costillas se le incrustaban en los músculos. Se asomó y por el visillo tejido al crochet distinguió la silueta de una mujer. La luz que entraba por la otra ventana le daba en el rostro, por lo que le costó descubrir quién era. Sí notó que no llevaba nada encima. Estaba desnuda, acostada en el sillón con la cabeza levemente inclinada hacia un costado. El brazo derecho descansaba sobre su vientre plano. Los ojos de Francisco se posaron en sus pechos blancos, coronados por dos pezones rosados.

Cuando la misteriosa mujer se movió, pudo saber por fin de quién se trataba.

Era Débora Schneider, la suegra de Santiago. ¿Qué hacía posando desnuda para su hermana? La sorpresa fue mucho mayor cuando vio que Rosario se acercó a ella con un pincel en la mano y le daba un beso en la boca mientras se dejaba caer a su lado en el sillón.

No quería seguir mirando; sin embargo, una fuerza superior a su propia voluntad le impidió moverse. Rosario y aquella mujer eran amantes. Él no era un hombre que se escandalizara con facilidad. La vida nocturna de Buenos Aires le había enseñado de todo. No era la primera vez que veía a dos personas del mismo sexo en una situación tan comprometedora. Pero si se trataba de su propia hermana, era una realidad muy difícil de digerir. Cuando Rosario se quitó el vestido por encima de la cabeza, quedándose en ropa interior, ya no pudo seguir mirando.

Se dio media vuelta y regresó al auto. La lluvia había cesado. Permaneció un largo rato aferrado al volante, perdido en sus propias cavilaciones, mientras a pocos metros de él su hermana mayor se revolcaba con una mujer.

Era imposible regresar a Buenos Aires con las manos vacías. Caporale reclamaba su dinero y él tenía dos días para conseguirlo. Su idea de empeñar algunos objetos de lujo de la estancia ya

no era factible. El tiempo corría en su contra y no podía volver. Se arriesgaba demasiado. Necesitaba encontrar otra manera de juntar el dinero. Un método más rápido y efectivo.

Y su hermana acababa de proporcionárselo.

Viró el auto y emprendió el camino de regreso.

*

Barrio Norte, Buenos Aires, Argentina, septiembre de 1946

Teodoro Schneider apartó los ojos del diario al escuchar la voz de la criada, anunciándole que tenía una visita. Cuando le mencionó el nombre de Francisco Navarro Soler, se sorprendió. ¿Qué querría el hermano mayor de Santiago con él? Apenas se conocían, por eso le resultaba muy extraño que lo buscara en su casa. Le dijo que lo hiciera pasar y le pidió que preparase café por si le apetecía beber algo.

—Buenas tardes, señor Schneider. —Francisco le tendió el brazo—. Espero no ser inoportuno.

Teodoro estrechó su mano y lo invitó a sentarse.

—Buenas tardes, Francisco. No se preocupe, estaba poniéndome al día con las noticias. —Se cruzó de piernas—. Aunque debo confesarle que me intriga su visita.

—¿La señora Débora no se encuentra? —preguntó, escudriñando la reacción del diplomático mientras se desabrochaba el botón del saco para estar más cómodo.

—No, está de tertulia con unas amigas. Se reúnen una vez por semana para hablar de sus cosas.

El típico cornudo que ignora lo que pasa a su alrededor, pensó Francisco. *Si supieras dónde está tu esposa ahora mismo, te caerías de culo.*

—Las mujeres necesitan un tiempo lejos de las obligaciones familiares, supongo —comentó, preparando el terreno para atacar.

—Así es.

La criada entró con el servicio, pero Santiago no tenía ganas de tomar café. Pidió a cambio una copa de brandi y fue el propio Teodoro quien se la preparó, sirviéndose una para él también.

—Y bien, muchacho. ¿A qué debo el honor de su visita? —Le puso la tapa a la botella de brandi y removió un poco la bebida antes de saborear el primer sorbo.

—He venido a verlo porque acabo de descubrir algo terrible, que sin duda trastornará su vida y la de los suyos si sale a la luz, señor Schneider.

—No entiendo.

—Hay un oscuro secreto que rodea a su familia y me pregunto cuánto está dispuesto a pagar por mi silencio.

Teodoro Schneider se quedó paralizado. Dejó la copa encima de la mesita de las bebidas antes de que terminase hecha añicos en el suelo. Cuando pudo moverse, se dejó caer en el sillón y se aflojó el nudo de la corbata.

—¿Qué dice? —Aquello no podía estar pasando. ¿Cómo era posible que un hombre como Francisco Navarro Soler supiera la verdad sobre lo que había hecho para sacar a su esposa y a su hijastra de Alemania? Era un secreto guardado bajo siete llaves. Se había asegurado de no dejar ningún rastro, destruyendo los documentos originales y sobornando a quien hiciera falta para cubrirse las espaldas.

—La información que poseo es demasiado sensible —aseveró, confiado. Bastaba ver la expresión de agitación en Schneider para saberse que llevaba las de ganar. Como en una promisoria partida de cartas, debía actuar con precaución si pretendía ser quien diera el golpe final.

—¿Qué es lo quiere? —Se rectificó enseguida—. Mejor dicho… ¿cuánto quiere para mantener la boca cerrada?

Francisco no se esperaba que mencionase el dinero tan pronto, sin siquiera preguntarle los detalles de lo que él había descubierto. ¿Acaso ya estaba al tanto de la relación que sostenía su esposa con Rosario? Su reacción evidenciaba que, sea lo que fuese que escondiera, era muy grave.

Dijo una cifra y notó que Schneider se contenía para mantenerse en su sitio.

—Eso es lo que vale mi silencio. Creo que la reputación de su esposa no tiene precio, ¿no le parece? Sería muy desagradable que su nombre estuviese en boca de todos.

—¿Mi esposa? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto? —Si aquel oportunista había descubierto las maniobras ilegales que había ejecutado para huir de Alemania, ¿por qué se refería solamente a Débora? Allí había gato encerrado. Necesitaba indagar más en profundidad para sacarse la duda—. ¿Cómo lo supo?

—¿Quiere los detalles?

Teodoro Schneider asintió.

—Me enteré hoy mismo, y fue de casualidad. Estaba de visita en la estancia que mi familia tiene en Pilar.

—En la que se celebró la fiesta de fin de año —acotó el diplomático, inquieto.

—Exacto. Cuando llegué, me sorprendió ver el automóvil de mi hermana. Sobre todo, porque ella me había dicho que andaría en el centro, haciendo algunas compras.

Teodoro cada vez entendía menos. ¿Qué tenía que ver Rosario Navarro Soler en todo aquel asunto?

—Mi hermana no estaba sola, señor Schneider. Su esposa la acompañaba, posando desnuda para ella.

Teodoro Schneider tragó saliva. Sabía que la tal Rosario era aficionada a la pintura. Lo que

ignoraba era que Débora se hubiese convertido en su modelo. ¿Desnuda? ¿Qué clase de cuadro estaba pintando? Obviamente no se trataba de un retrato.

—La escena era bastante comprometedora. —Hizo una breve pausa para darle tiempo a digerir lo que estaba diciéndole—. Mi hermana y su esposa mantienen una relación sentimental, don Teodoro. Vi cómo se besaban a través de la ventana. Es evidente que hace tiempo que están juntas y comparten cierta intimidad.

—¡Cállese! —Teodoro Schneider, desencajado, se puso de pie.

Francisco pensó que le estaba dando un infarto. Su rostro empalideció de repente y había comenzado a sudar. La impactante verdad que acababa de revelarle, lo había dejado al borde del colapso. Algo no cuadraba.

—¿Por qué no tuvo la misma reacción cuando le comenté que conocía su secreto?

El silencio de Schneider confirmó las sospechas de Francisco. Evidentemente, el cónsul tenía más esqueletos escondidos en el ropero, y él solo había descubierto uno de ellos.

—Necesito el dinero lo antes posible.

—¿Por qué debería creerle? Apenas lo conozco.

—Le estoy diciendo la verdad. Jamás hubiese abierto la boca si no anduviera con problemas de solidez. Mi hermana es libre de hacer lo que le plazca con su vida privada. Yo soy el menos indicado para juzgarla.

Teodoro se resistía a creerlo, sin embargo, Navarro Soler no tenía por qué engañarlo. Además, él había sido testigo de ciertas actitudes sospechosas entre Débora y aquella mujer. Ahora comprendía que no se trataba solamente de una relación de amistad. Existía algo más profundo. No quería siquiera imaginárselo.

—Tendrá su dinero mañana mismo. Dígame cómo y dónde se lo hago llegar —repuso, volviendo a respirar con normalidad.

—Si le parece bien, vengo en persona a buscarlo. No me gusta tratar con intermediarios.

Schneider asintió.

—¿Cómo puedo tener la certeza de que el chantaje termina acá?

—No volverá a saber de mí, le doy mi palabra. Usted mantiene el buen nombre de su familia a resguardo y yo salvo mi pellejo saldando una deuda de juego.

—No sé si puedo confiar en usted.

Francisco se alejó hacia la puerta.

—Debe hacerlo, señor Schneider. No tiene otra salida, y yo tampoco. —Abrió la puerta y se volteó para despedirse de él—. Mañana a las diez vendré a buscar mi dinero. Hasta entonces.

Teodoro Schneider clavó los ojos en la puerta que Francisco Navarro Soler acababa de cerrar. Tomó el brandi y se bebió lo que quedaba en la botella. Luego, en un arranque de ira, la estrelló contra la pared, regando el piso de madera con pedazos de cristal. Abatido, se dejó caer nuevamente en el sofá.

Se le revolvía el estómago. Jamás se le hubiese pasado por la cabeza semejante aberración… Débora acostándose con otra mujer. Se daba el lujo de rechazarlo a él cada vez que la buscaba en la intimidad para dejar que Rosario Navarro Soler la tocara. Un sabor amargo le subió por la garganta. Su cuerpo se dobló en dos mientras el líquido viscoso y amarronado de los jugos gástricos, mezclado con el alcohol que acababa de ingerir, se desparramaba sobre la alfombra del salón.



LAZO DE SANGRE

Woolworths Store, Londres, Inglaterra, octubre de 1946

El corazón de Isabela saltó inquieto en su pecho cuando vio que la mujer que trabajaba para la Cruz Roja Internacional entraba en la tienda. Se acercó a ella con una sonrisa en los labios y le dijo que tenía algo importante que decirle. Isabela le pidió permiso a su patrón para tomarse unos minutos y ambas se sentaron en una de las mesas del fondo del local.

—Perdona que haya venido a tu trabajo —se excusó la mujer, apoyando el maletín de cuero en su regazo.

—No se preocupe, señora Taylor. —Estaba nerviosa. Su última visita había sido dos meses atrás, y como en todas las anteriores fue para comunicarle que todavía no tenían noticias sobre su familia en Argentina. Sin embargo, algo en su interior le decía que esta vez era diferente—. ¿Hay alguna novedad?

La señora Taylor había seguido muy de cerca el caso de Isabela desde que se lo asignaran durante su estadía en Windermere y apenas podía contener la emoción.

—Hemos recibido un telegrama de Buenos Aires, Isabela. No sé cómo pasó porque todas las cartas siempre fueron enviadas a la misma dirección y nunca obtuvimos resultados. Pensábamos que tu prima ya no vivía allí; al parecer, nos equivocamos.

Isabela la miró, escéptica.

—¿Madeline sigue viviendo en el mismo lugar? ¿Por qué no respondía entonces?

—No lo sabemos, Isabela. Tal vez tenga algo que ver el cambio de identidad. —Sacó un papel del maletín y se lo mostró—. Su nombre ahora es Magdalena Schneider. El telegrama está en español. ¿Crees que podrás leerlo? Yo ya me conozco el contenido de memoria.

—Sí, Jedrek y yo estamos estudiando el idioma. Llevamos tiempo asistiendo a un curso de español muy cerca de aquí. Él dice que tengo que estar preparada para cuando tenga que viajar a Argentina.

—Ese día finalmente ha llegado, Isabela. —Le apretó suavemente la mano, pero la joven la retiró, incómoda. Le entregó el telegrama y la observó mientras lo leía.

Isabela recorrió aquellas palabras con los ojos vidriosos.

Soy Magdalena Schneider, la prima de Isabela. Realice los trámites necesarios para que

ella pueda viajar a Buenos Aires cuanto antes. La recibiremos con los brazos abiertos. Saludos cordiales.

Unas pocas líneas mecanografiadas en un papel arrugado de tanto que lo habían doblado, eran la única prueba de que no se habían olvidado de ella. Aquel telegrama que venía de tan lejos la mantenía unida a su prima y a su tía mediante un hilo invisible, que le brindaba la seguridad que tanto necesitaba para salir adelante. Tenía a Jedrek; él era su mejor amigo, el único con el que podía contar. Pero Madeline y su madre eran su familia, las únicas personas en el mundo con las que compartía un lazo de sangre.

—¿Cuándo podré irme a la Argentina? —preguntó, abrumada por una extraña mezcla de sentimientos.

—Podemos preparar todo para que viajes en una semana. El tiempo necesario para tramitar tu pasaporte, conseguir un billete de avión y coordinar con alguien de allá para que te reciba en cuanto llegues.

Isabela asintió. Una semana. Era muy poco tiempo para acostumbrarse a la idea de que debía abandonar Londres para embarcarse, una vez más, hacia lo desconocido. No sería sencillo asimilar que tendría que separarse de Jedrek y dejar atrás a Marcel.

—¿Estás contenta?

Isabela no supo qué decir. Tenía un nudo en la garganta, ahogándola. Por eso agradeció cuando la señora Taylor le sonrió comprensivamente y se marchó, dejándola sola y con la promesa de que pasaría a verla cuando todo estuviese listo para su partida.

Cuando logró recuperarse de la impresión, habló con su patrón para explicarle que pronto tendría que dejar el trabajo. Como había poca gente en la cafetería de la tienda, le dio el resto de la mañana para que se fuera a descansar.

Lo primero que hizo Isabela apenas entró al apartamento fue abrazar a su gato. Lo sostuvo contra su pecho durante un largo rato, hundiendo el rostro entre su abundante pelaje. Lo iba a extrañar mucho. Aunque sabía que Jedrek lo cuidaría mejor que nadie, le dolía tener que separarse de él. Estaba a punto de recuperar lo poco que quedaba de su familia; sin embargo, debía pagar otro precio muy alto por ello. La guerra había terminado, pero sus efectos colaterales continuaban arrebatándole aquello que más quería.

Se acostó en la cama, abrazando a Marcel. El gato, quizá presintiendo su tristeza, no salió corriendo como en otras oportunidades. Permaneció a su lado, ronroneando ruidosamente, mientras Isabela le acariciaba el lomo.

*

Una semana después

El aeropuerto de Londres, inaugurado recientemente, era inmenso. Isabela pensaba que se perdería entre aquella marea de gente que se movía a su alrededor sin prestarle la más mínima atención. La señora Taylor caminaba junto a ella, mientras Jedrek, un poco rezagado, venía cargando su única maleta. Habían logrado llegar con las dos horas de antelación que se exigía a los pasajeros, después de que Isabela se tomase más de diez minutos para despedirse de Marcel. El gato se iría a vivir con Jedrek, y trató de explicárselo con vocablos simples y mimos en la cabeza para que no pensara que lo estaba abandonando. Se sentó en una butaca mientras la señora Taylor se encargaba de todo. Soltó la cartera que llevaba en las manos porque el sudor hacía que se le resbalara continuamente de los dedos. Suspiró cuando Jedrek se dejó caer junto a ella. Lucía agobiado, pero ambos sabían que aquellos rostros llenos de desconcierto y congoja poco tenían que ver con el cansancio.

—No te preocupes por Marcel, estará bien conmigo —le dijo Jedrek para acabar con el pesado silencio que se había instalado entre ellos.

Isabela lo miró.

—Jamás lo he puesto en duda. Sé que cuidarás muy bien de él.

—¿Vas a escribirme?

—Todas las semanas —le prometió. Intentó sonreír, pero no tenía ánimos de nada.

Cuando la señora Taylor regresó y le dijo que el papeleo estaba listo, Isabela tomó la mano de su amigo y la apretó con fuerza. El calor que despedía la piel de Jedrek le entibió el corazón. Dejó que entrelazara sus dedos con los suyos, y permanecieron así hasta que uno de los altavoces anunció que el vuelo de Pan American Airlines con destino a Buenos Aires estaba pronto a partir.

Esta vez no hubo abrazos y Jedrek lo entendió. Se quedó con la calidez de su mano y la sonrisa que le dedicó cuando se despidieron. Tanto él como la señora Taylor la siguieron hasta que se perdió de vista al mezclarse con los demás pasajeros.

—Isabela va a estar bien —afirmó la empleada de la Cruz Roja, con la voz estrangulada por la emoción.

Jedrek asintió. Era lo único que le brindaba consuelo en ese momento de tanta tristeza.

Ya nadie se reiría de él por su mala pronunciación del español, tampoco recibiría un regaño cada vez que alimentaba a escondidas a Marcel, arruinando su dieta. No volvería a escuchar la voz angelical de Isabela interpretando “Bésame mucho”. Pensar en todo lo que acababa de perder le provocó un enorme vacío en el pecho.

¿Cómo iba a soportar la vida sin ella?

Susurró el nombre de Isabela, como si al hacerlo pudiese traerla de vuelta a su lado.

Pero Isabela se había ido, ya no estaba más.



LAS FOTOS SOBRE LA MESA

Barrio Norte, Buenos Aires, Argentina, octubre de 1946

Ese jueves, Teodoro había permanecido en casa todo el día. Desde que estaba al tanto de la relación aberrante que su esposa sostenía con Rosario Navarro Soler, el alcohol, en su justa medida, se había convertido en su mejor aliado. Tener la mente algo embotada era lo único que le permitía borrar las imágenes que se formaban en su cabeza cada vez que se las imaginaba juntas.

Con un vaso de whisky en la mano, contempló el sobre que estaba encima del escritorio.

Aunque no tenía por qué dudar de la palabra del hermano de la amante de su esposa, había mandado a investigar a Débora para corroborar que todo fuera verdad. Un detective privado discreto y eficiente había seguido todos sus movimientos durante dos semanas.

Como afirmara Francisco, su esposa y Rosario se encontraban los jueves en la estancia de Pilar. Cuando a él le decía que se reunía con algunas amigas del barrio a merendar o le avisaba que iba a estar todo el día fuera de casa, colaborando con las dichosas obras de caridad inventadas para no levantar sospechas, en realidad se juntaba con su amante en el campo, para que nadie las descubriera.

Abrió el sobre. Se le revolvían las entrañas cada vez que contemplaba aquellas imágenes. El detective había hecho un excelente trabajo. En cinco fotografías logró plasmar la secuencia del engaño y la depravación.

Débora y Rosario riéndose a carcajadas.

La mano de Débora acariciando la boca de Rosario.

Débora quitándose la ropa mientras Rosario le suelta el cabello.

Rosario y Débora besándose.

Débora con la cabeza metida entre las piernas de Rosario.

Las dio vuelta de un manotazo y se bebió el resto del whisky. Deseaba tomarse otra copa, pero necesitaba estar lúcido para enfrentarse a su esposa.

No tardaría en aparecer para avisarle que saldría. Como si lo hubiese intuido, unos minutos más tarde Débora llamó a la puerta del despacho y él accedió a que pasara.

—Querido, me voy. —Miró el reloj—. Trataré de llegar temprano, aunque no te prometo nada.

Teodoro la observó mientras rodeaba el escritorio para despedirse con un ligero beso en los labios. *El beso de Judas*, pensó él, asqueado.

—¿Adónde vas?

—Ya te lo dije durante el almuerzo. Hay una reunión en casa de una de las chicas. Estamos organizando una colecta para colaborar con la parroquia Santa Clara.

—¿Y en esa reunión va a estar Rosario Navarro Soler? —inquirió, con una mirada hierática.

Débora se paró en seco. No fue el hecho de que mencionara el nombre de Rosario, sino la manera en que lo dijo lo que la alertó.

—Sí, por supuesto. Es la iglesia donde ha vuelto a oficiar misa su hermano después de pasar una temporada en el interior…

—¡Dejá de mentir, Débora! —Teodoro se levantó con tanto ímpetu que una de las fotografías, la más comprometida de todas, voló hasta aterrizar en los pies de su esposa.

Débora se agachó para recogerla y sintió que todo se volvía oscuro a su alrededor.

—¡No sé cómo has podido caer tan bajo, acostándote con esa degenerada!

La voz de Teodoro se escuchaba lejos, como si estuviese gritándole a través de una pared muy gruesa. Había empezado a temblar. La foto que evidenciaba su secreto más oscuro le quemaba en las manos.

—¿Desde… desde cuándo lo sabes? —Fue lo único que pudo decir mientras se dejaba caer pesadamente en el sofá porque las piernas ya no le respondían.

—Tu recelo a la hora de cumplir con tus deberes de esposa, la distancia que te empeñabas en poner entre nosotros y, sobre todo, ese repentino buen humor, eran claras señales de que algo te pasaba. Siempre fuiste sincera conmigo respecto a tus sentimientos. Te casaste sin amarme y pensé que con el paso del tiempo te habías cansado de mí… —Hizo una pausa para servirse otro vaso de whisky. Lo necesitaba—. Aun así, no podía concebir la posibilidad de que me estuvieses engañando. Resolví que no era sano quedarse con la duda. No me atrevía a enfrentarte y preguntártelo directamente, por eso te mandé a seguir. —Se calló lo del chantaje de Navarro Soler. No tenía caso mencionárselo—. Jamás se me cruzó por la cabeza que estuvieses viéndote a escondidas con esa mujer.

—Teodoro, yo… —Intentó darle una explicación; pero nada de lo que dijese lo conformaría. Ni él ni nadie podían entender lo que sentía por Rosario.

—Ahórrate las excusas, Débora. Lo que has hecho no tiene perdón de Dios. —La miró de arriba abajo—. Tal vez si me hubieses engañado con otro hombre, te habría podido perdonar… pero ¿una mujer? Me parece lo más asqueroso del mundo. Veo esas fotos y me dan ganas de vomitar.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó, cuando lo que quería saber en realidad era qué iba a hacer con ella ahora que sabía la verdad.

—Son la prueba de tu traición y de tu perversidad. —Las guardó todas en el sobre,

incluyendo la que Débora todavía sostenía en la mano, y luego lo escondió en el fondo de uno de los cajones del escritorio, cerrándolo con llave—. Si insistes en continuar con esta locura, se las mostraré a Magdalena. Aléjate de esa desviada antes de que sea demasiado tarde.

Débora no dijo nada. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y comenzó a llorar. Le dolía en el alma renunciar a Rosario, pero no podía permitir que Teodoro le mostrase las fotografías a su hija. La vergüenza de que Magdalena la viera en una situación tan íntima con una mujer pesaba más que lo que sentía por ella.

Cuando Emilce entró al despacho para avisarle que Rosario la llamaba por teléfono, Teodoro le dijo que atendería la llamada desde allí.

—No puedo hablar con Rosario ahora —repuso Débora, descompuesta.

—Por supuesto que lo harás. —La sujetó del brazo con vehemencia y la obligó a levantarse del sillón—. Le vas a decir que te ha surgido un contratiempo de última hora, y que no es necesario que te espere en su auto para llevarte a la estancia porque irás más tarde con nuestro chofer.

Débora se negaba a mentirle a Rosario, pero le bastó ver la rabia reflejada en los ojos de su esposo para sentirse intimidada. Levantó el auricular del teléfono y se lo llevó a la oreja con parsimonia.

—Hola, Rosario.

—Hola, cariño. Te llamaba para pedirte que te pongas el mismo vestido que usaste en la kermés. Quiero perpetuar en el lienzo el momento exacto en el cual me enamoré de vos.

Débora se aferró al borde del escritorio para no derrumbarse.

—Rosario, yo voy a llegar más tarde hoy. —Enredó los dedos en el cable del teléfono—. Será mejor que te adelantes. Yo le pediré a Braulio que me acerque hasta la estancia con la excusa de encontrarme contigo allí para juntar ropa para la colecta. Luego me vuelvo a Buenos Aires contigo.

—¿Sucede algo? Te noto extraña…

—Nada, es solo que me parece que me estoy por resfriar. Ahora te dejo porque acabo de ver a Magdalena por la ventana. Viene con Santiaguito y le prometí que iba a leerle un cuento. Te veo más tarde… Un beso.

—Un beso, mi amor. Te quiero.

Débora dejó caer el auricular del teléfono después de escuchar aquellas palabras de la mujer que amaba. *Yo también te quiero, mi amor* contestó para sus adentros con el corazón roto en mil pedazos.

*

Estancia Las Acacias, Pilar, partido de Buenos Aires, Argentina,

octubre de 1946

Rosario estaba inquieta. Débora no había llegado aún y empezaba a oscurecer. Pensó en volver a llamarla, pero no quería comprometerla. Dejó el pincel sobre la paleta y encendió un cigarrillo. Fumar, cuando se veía desbordada por la ansiedad, era lo único que la tranquilizaba. Había percibido algo extraño en la voz de Débora esa tarde cuando habló con ella. La conocía demasiado bien como para saber cuándo estaba preocupada. La casona, con sus altas paredes empapeladas de gris, le parecía más grande y vacía que nunca. Puso un disco de boleros en la vitrola para que la soledad de la espera no le pasara tanto. La voz de Agustín Lara con su "Noche de ronda" le acariciaba los oídos. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso a dar vueltas por el salón. Bailó al compás de la música, con los brazos pegados al cuerpo como si Débora estuviese allí con ella, moviéndose en la misma sintonía.

Siguió girando, ajena al tiempo y al espacio, perdida en sus recuerdos, cuando se percató de que uno de los postigos de la ventana se movía. Se paró en seco. Justo en ese mismo instante, la música dejó de sonar. Solo se escuchaba el chasquido de la púa raspando el disco de pasta. Se acercó a la ventana para verificar que no hubiese sido producto de alguna ráfaga de viento, pero el aire estaba sereno y el sol ya se perdía en el horizonte, dándole paso a la noche. No podía tratarse de Débora. Ella siempre entraba como una tromba por la puerta que daba a la galería, sin preocuparse en llamar porque sabía que estaban solas. Dudaba de que a esas alturas fuese a venir. Le había mentido. ¿Por qué? Necesitaba tranquilizarse antes de que sus pensamientos se dispararan. Se dirigió a la cocina para prepararse una infusión. La taza de porcelana casi se le cae de las manos cuando oyó un ruido. Había alguien en la estancia. Los empleados se hubieran anunciado de inmediato ante ella, no estarían afuera, al acecho. Se cerró la bata sobre el pecho antes de tomar la decisión de salir a investigar qué era lo que pasaba. Retiró la pava del fuego y apagó la luz para que no pudiesen verla desde el exterior. Fue dejando los ambientes en penumbras a medida que recorría la casa. Salió a la galería y se acercó a la ventana en donde había visto moverse el postigo. El gancho que trababa el pestillo en la pared se había roto. Suspiró aliviada. No había nada de qué preocuparse. Colocó una piedra para evitar que siguiera golpeándose y regresó a la casa.

Cuando entró en la cocina, una sombra se cernió sobre ella. Quiso darse vuelta, pero una mano le tapó la boca. Dos hombres se le abalanzaron, tirándola al piso. No pudo ver sus rostros. Llevaban medias oscuras que le cubrían por completo la cabeza hasta la altura del cuello.

—Será mejor que no grites, puta. Nadie te va a escuchar —le advirtió el que estaba parado frente a ella.

Rosario los observó. Ambos llevaban ropas oscuras, y el que permanecía a un par de metros de distancia, detrás del que le acababa de hablar, tenía un objeto en la mano. Se le heló la sangre cuando lo blandió hacia ella y distinguió la hoja de un cuchillo.

—¿Qué buscan? ¡No hay dinero en la casa! Puedo… puedo entregarles mis joyas. Hay varios adornos muy valiosos, jarrones chinos y cubertería de plata.

—No nos interesa nada de eso. —El que llevaba la voz cantante le abrió la bata a la altura de los muslos con la punta del zapato—. Vinimos a otra cosa más placentera, señorita Navarro Soler.

La conocían. No eran simples ladrones. Ahora lo sabía. La misteriosa llamada de Débora y su inesperada ausencia… Se arrastró por el piso, buscando alejarse de aquellos hombres, pero de inmediato comprendió que no tenía escapatoria posible.

El que llevaba el cuchillo se adelantó y, sujetándola del brazo, la obligó a ponerse de pie.

—Busquemos un lugar más cómodo, Negro —ordenó el que parecía ser el cabecilla.

La llevaron a empellones hasta el salón en donde hacía un momento había bailado en solitario al ritmo de un bolero.

—Te estuvimos espiando un buen rato. —Sonreía mientras se pasaba la lengua por los labios —. Acá, mi amigo el Negro, se entusiasmó enseguida con vos. Quería entrar y enseñarte lo que te perdés por andar metiéndote debajo de las faldas de otra mina.

Rosario miró al tal Negro. Cuando comenzó a sobarse la bragueta, cerró los ojos.

—Está muy necesitado el pobre. Hace poco que salió de la gayola y cuando ve una mina así, toda perfumada como vos, se vuelve loco, ¿cierto, Negrito? —le dio una palmada en el hombro a su compañero.

El otro, sin dejar de masturbarse, asintió dando cabezadas.

—Bueno, dejemos de chamuyar que estamos acá para otra cosa más agradable. —Miró a Rosario—. ¿Te parece bien el sofá o preferís que vayamos a la pieza? A nosotros nos da lo mismo.

—¡Por favor… váyanse! —les suplicó, cerrándose la bata en un intento por preservar su desnudez. No llevaba nada debajo—. ¡No sé quién los ha enviado, pero puedo conseguirles dinero, mucho dinero si se marchan ahora mismo de la estancia!

—No queremos plata, *señorita*. Ya cobramos por adelantado. Tenemos vía libre para hacer con vos lo que se nos antoje. —Le hizo señas al tal Negro para que se acercara—. Es toda tuya, compañero.

El Negro, desesperado de ponerle la mano encima a una mujer como aquella, la empujó violentamente contra el sofá. Cuando Rosario trató de levantarse, la sometió de nuevo, propinándole una bofetada. Aturdida, no pudo evitar que aquel hombre la despojase de la única prenda que llevaba encima. Se cubrió la entrepierna con ambas manos.

—¡Qué desperdicio que toda esa belleza la disfrute una tortillera de nariz parada! —comentó el cabecilla al verla desnuda. Se aproximó y, para facilitarle las cosas a su compañero, la sujetó de los brazos, impidiéndole cualquier intento de fuga.

Mientras el Negro se desabrochaba los pantalones con movimientos torpes debido a la

excitación, Rosario continuó suplicando que no le hicieran daño.

—No queremos lastimarte, Rosarito. Lo que te vamos a hacer es por tu bien. Quedate quieta que te va a gustar. —Ejerció más presión alrededor de sus muñecas—. Lo vas a disfrutar tanto que ya no te van a quedar ganas de tirarte a la mujer de nadie.

Entonces Rosario lo supo. Aquellos malvivientes estaban allí cumpliendo las órdenes de Teodoro Schneider. El esposo de Débora había descubierto lo que existía entre ellas y planeaba vengarse de la peor manera.

Mientras la bestia, con su rígida y asquerosa masculinidad, ultrajaba su cuerpo, Rosario solo podía pensar en lo que estaría padeciendo Débora en manos de aquel hombre. Lloró en silencio porque seguramente ya no volverían a verse. No importaba qué ocurriese con ella esa noche; la angustia de perder a la mujer que amaba la anestesió contra tanta violencia.

Cuando el Negro cayó exhausto a un lado de su cuerpo inerte, después de eyacular en su interior, Rosario creyó que por fin la pesadilla había terminado. Asqueada de su olor, se dio media vuelta, colocándose en posición fetal.

—Ahora me toca a mí, puta. —El líder, enardecido por la escena que acababa de presenciar, la agarró de los pelos y la sentó en el sofá, dejándola de frente a él, muy cerca de su entrepierna.

Rosario apartó el rostro cuando se dio cuenta qué era lo que pretendía que hiciera.

—Vamos, no podés dejarme así de caliente. —Se tocó el bulto de los pantalones al tiempo que su otra mano la sujetaba de la nuca con fuerza—. Me das el gusto y después nos piramos. No seas mala… —dijo en tono burlón.

Ella bajó la mirada, negándose a obedecer. El monstruo dominante, utilizando su poder, la obligó a levantar nuevamente la cabeza. Con un rápido movimiento, se separó la bragueta, exponiendo su enorme erección. Le apretó la nariz hasta que Rosario no tuvo más remedio que separar los labios para tomar aire. Sentir aquel miembro entrando y saliendo de su boca le provocaba fuertes arcadas. Cuando la tortura llegó a su fin, vomitó encima de él, ensuciándole los pantalones.

—¡La puta que lo parió! ¡Mirá lo que hiciste! —le gritó, empujándola lejos.

El Negro soltó una carcajada.

—¿De qué te reís, pelotudo? —lo increpó, limpiándose el desastre con la carpeta tejida el crochet que adornaba uno de los brazos del sofá.

—¡De tu cara de idiota! —retrucó el Negro, hablando por primera vez desde que habían llegado.

Rosario, ignorando el intercambio de insultos, se arrebujó en el suelo, con las piernas flexionadas contra el pecho y el rostro oculto entre los brazos.

—Nos vamos, señorita Navarro Soler. Espero que no esté enojada con nosotros. Solo cumplíamos órdenes.

Ni siquiera les preguntó de quién. No hacía falta.

Su cuerpo se paralizó cuando sintió que uno de ellos se inclinaba para olerle el cabello.

—Hágame caso, búsquese un macho y déjese de joder con esa mujer. Se lo digo por su bien.

Rosario se cubrió los oídos para no escucharlo.

No supo cuánto tiempo estuvo así, encerrada en un caparazón invisible que la protegía del mundo que la rodeaba, pero cuando abrió los ojos, enfrentándose a la realidad, descubrió que aquellos engendros del demonio ya se habían ido.

Desnuda y sucia, caminó hasta su habitación. Cuando pasó frente al espejo, se detuvo.

Recién entonces pudo llorar. Las lágrimas se deslizaban copiosamente por su rostro, mientras se sacudía en violentos estertores. Corrió al baño y abrió la llave de la ducha. El agua caliente barrió con el apestoso olor que habían dejado los violadores en su piel. Frotó cada rincón de su cuerpo con fuerza para despojarse de cualquier vestigio que le hiciera recordar lo que había ocurrido. La sangre seca mezclada con semen se deslizó entre sus piernas, perdiéndose en el drenaje.

La humillación, el dolor y la vergüenza no desaparecerían con la misma facilidad.

Se quedarían enquistadas en su alma, envenenando su vida para siempre.

EL REENCUENTRO

Aeropuerto de Morón, Argentina, octubre de 1946

Cuando el chofer detuvo el auto, Magdalena le pidió por favor que se bajara un momento porque necesitaba hablar con su cuñado a solas.

—Magdalena, no creo que sea correcto… —Pedro, incómodo con aquella situación, todavía no alcanzaba a comprender la verdadera razón por la que se encontraban allí. Magdalena se había aparecido en la iglesia para decirle que alguien muy importante llegaba esa tarde proveniente de Londres y, ante la ausencia de Santiago, ocupado en las celebraciones que conmemoraban el primer aniversario del Día de la Lealtad, había acudido a él para que la acompañara—. Podrías haber venido con don Teodoro.

—Mi padrastro es el menos indicado para estar aquí conmigo —replicó—. Él nunca estuvo de acuerdo en aceptar que Isabela forme nuevamente parte de nuestras vidas.

—¿Quién es ella?

Sin omitir ningún detalle, le contó la verdad sobre su prima, la precipitada boda de su madre con Teodoro Schneider y la intempestiva huida de Alemania para evitar ser cazados por los partidarios de Hitler.

—Cambiamos de nombre para salvar nuestras vidas, Pedro. Por eso no acepté casarme con Santiago por la iglesia. No podía traicionar de esa manera la fe que me inculcó mi padre… la misma que le causó la muerte.

Pedro apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Tendrías que habérmelo dicho, aunque fuese en el confesionario —le reprochó, si bien no se sentía con derecho a hacerlo—. Debió ser muy difícil para tu madre y para vos renunciar a todo en lo que creían. Si me lo hubieses contado, habría encontrado el modo de que visitaran alguna de las sinagogas de Buenos Aires.

—Era un riesgo innecesario —alegó, repitiendo las palabras de su padrastro—. Todo esto que te conté… tómalo como un secreto de confesión. Nadie sabe la verdad sobre Isabela, solo Santiago, y ahora tú, por supuesto.

Pedro no entendía la razón de sostener aquella mentira, pero no faltaría a su deber como sacerdote. Reprimió el impulso de tomarle la mano. El reducido espacio que compartían dentro del automóvil se volvía cada vez más peligroso. Llevaba menos de un mes en Buenos Aires tras

pasar una prolongada temporada en un pueblo del interior de la provincia, y aquel primer encuentro a solas con Magdalena no estaba resultando como lo había previsto. La distancia no logró apagar esa llama que encendía su corazón siempre que estaba cerca de ella. Había pensado negarse cuando lo llamó para pedirle el favor de acompañarla, pero al escuchar su angustia en el teléfono fue incapaz de decirle que no. Ni siquiera se le cruzó por la cabeza que podría tratarse de otra más de sus tretas para verlo. Ahora comprobaba que, por primera vez, lo necesitaba como sacerdote y no como hombre.

—Deberíamos bajar —sugirió Pedro, mirando el reloj—. El avión debe estar a punto de aterrizar y será reconfortante para tu prima encontrarse con un rostro familiar cuando pise suelo argentino.

Magdalena percibió su ansiedad.

—Todavía te pongo nervioso —comentó, sonriéndole.

Pedro la miró. Mantenerse alejado de ella, aunque solo fuese una mera ilusión pasajera, era lo único que evitaba que perdiera la razón.

—No es el momento ni el lugar, Magdalena —repuso, dándole la espalda para bajar del automóvil.

—Espera. —Le rozó el brazo y él se volteó a verla—. Sé que es inútil que te lo diga, que nada de lo que salga de mis labios te hará cambiar de opinión… pero igualmente quiero que lo oigas, Pedro. Sigo absoluta y locamente enamorada de ti, como el primer día y como el último de mi vida. Porque estoy segura de que moriré amándote. —Lo soltó y se tomó un par de minutos antes de abrir la portezuela para salir.

A pocos metros de allí, aturdido por la confesión que acababa de escuchar, Pedro la estaba esperando. No intercambiaron una sola palabra durante el trayecto hasta las instalaciones del aeropuerto. No había mucha gente esperando en la recepción. Braulio, el chofer, se había quedado junto al auto, atento a cualquier indicación que pudiese darle Magdalena para que cargara con el equipaje de la muchacha que llegaba desde el otro lado del océano.

Pedro se refugió en el silencio; sin embargo, las palabras de Magdalena se colaban en cada resquicio de su mente. Ella lo martirizaba con su presencia, recordándole en todo momento lo que había perdido por elegir el camino de la fe. Ahora la tenía allí, a pocos centímetros de distancia, embriagando el aire que respiraba con su perfume; eclipsando al mundo que los rodeaba con su magnífica belleza. Por más que se empeñara en alejarse de ella, Magdalena había sabido anidar en su corazón a fuerza de tanto insistir.

La amaba con la misma intensidad que amaba a Dios. Y ese amor, visceral y tierno a la vez, le daba miedo… mucho miedo.

*

Isabela avanzaba con timidez por un estrecho pasillo que la llevaría al reencuentro con la única familia que le quedaba. Había sido la última en bajar del avión. Al igual que aquella vez cuando aterrizara en territorio británico después de ser liberada del gueto de Theresienstadt, le asustaba lo que vendría a continuación. La incertidumbre era la misma. Hacía casi seis años que no veía a su tía y a su prima. Demasiado tiempo como para que todo resultara sencillo apenas se vieran. Un océano y la guerra las habían separado.

Quieta, incapaz de dar otro paso, buscó algún rostro conocido entre la gente que se movía a su alrededor. El lugar se fue quedando vacío. De pronto, distinguió a una mujer joven que, acompañada de un sacerdote, miraba fijamente en su dirección.

Aunque le costó reconocerla al principio, supo que era Madeline. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Quiso correr hacia los brazos de su prima, pero las piernas se negaban a obedecer a su cerebro. Entonces la vio que se aproximaba despacio, como midiendo cada uno de sus pasos. El sacerdote que estaba a su lado, también avanzó hacia ella.

Había cambiado mucho. Tenía el cabello un poco más corto, aunque conservaba las mismas ondas, que ahora le llegaban a la altura de los hombros. Un coqueto sombrerito azul le adornaba la cabeza. Debajo del abrigo asomaba un vestido en tonos celestes que no alcanzaba a cubrir sus rodillas. Sin duda, el paso del tiempo había sido benévolo con ella, convirtiéndola en una bellísima mujer. Isabela agachó la mirada. Sentía vergüenza de su aspecto. En un acto casi reflejo, se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. El vestido que llevaba no era tan fino ni tan elegante como el de su prima. Tampoco los zapatos que había conseguido en una rebaja dos días antes de dejar Londres se podían comparar con los que lucía Magdalena. Tenía que decir algo; aunque solo fuese un simple “Hola, ¿cómo estás?”, sin embargo, no le salían las palabras. Todo lo que se había guardado durante esos años estaba quedado atorado en su garganta.

Si no hubiese sido por la intervención de Pedro, habrían continuado contemplándose en silencio, detenidas en el tiempo… perdidas en sus propios recuerdos.

—Hola, Isabela. Soy el padre Pedro y te doy la bienvenida a la Argentina.

Isabela lo miró. Había algo en la mirada límpida de aquel joven sacerdote que le generó confianza.

—Encantada de conocerlo, padre —respondió, en un español bastante rudimentario. Si le hablaban despacio, era más sencillo comprender todo lo que le decían. Había practicado mucho con Jedrek el idioma durante la semana previa al viaje, pero temía que los nervios la traicionaran.

—Bienvenida, Isabela —la saludó Magdalena, disfrazando la falta de emoción con una sonrisa. Había imaginado aquel encuentro tantas veces en su mente, y ahora que se hacía realidad, no sabía exactamente cómo reaccionar. La Isabela que tenía frente a ella no se parecía en nada a la niña que había dejado de ver seis años atrás. Esperaba ver a una mujer completamente devastada por los resabios de una guerra que le había quitado todo; en cambio,

debajo de ese aspecto frágil y algo desvalido, afloraba una belleza extraordinaria. ¿Qué debía hacer? Vio los brazos de su prima, pegados a ambos lados del cuerpo. Parecía que no se animaba a dar el primer paso. Venciendo sus propias reticencias, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Todos los recuerdos de su infancia se agolparon en la mente de Isabela. Los gratos momentos que había compartido con Madeline lograron disipar el miedo a lo desconocido. Estaba muy lejos de casa, en un país al que había tenido que buscar en el mapa cuando su prima se lo mencionó por primera vez. Aunque hacía mucho tiempo que no tenía un hogar de verdad, guardaba la esperanza de encontrarlo precisamente allí, al otro lado del mundo, junto a las dos únicas personas que creía haber perdido para siempre y que el destino le traía de regreso a su vida. Hubiese querido abrazar a Madeline, descansar la cabeza en su hombro y dejar que las lágrimas que había acumulado durante años arrasaran con tanta nostalgia. Pero no pudo hacerlo. Percibió que ella tampoco se animaba a romper esa barrera que el tiempo había levantado entre ambas. Quizá era mejor así… quizá necesitaban habituarse a estar juntas de nuevo.

—Mi madre está ansiosa de verte —le dijo Magdalena, acabando con aquel incómodo silencio que no hacía más que acentuar lo poco que tenían para decirse.

—Yo también quiero verla —respondió Isabela esbozando una tímida sonrisa.

—Será mejor que nos vayamos. Nos está esperando en casa. —Miró a Pedro—. ¿Puedes ir a recoger su equipaje? Braulio se encargará de llevarlo hasta el auto.

Sin decir nada, Pedro hizo lo que le pidió. Una vieja valija gastada era lo único que traía Isabela consigo.

—¿Eso es todo lo que traes? —preguntó Magdalena, asombrada.

Isabela asintió.

—¿No has regresado a Berlín tras la guerra?

—No, la gente de la Cruz Roja Internacional me informó que el barrio donde vivíamos fue seriamente dañado durante los bombardeos. Tenía miedo de llegar allí y ver que todo se convirtió en ruinas.

Magdalena pensó en la sastrería de los Eiserman. Aquel lugar le traía muy malos recuerdos. Aunque nunca se borraría de su mente la imagen de su padre agonizando entre sus brazos durante los disturbios de la Kristallnacht, esperaba que realmente hubiese quedado reducido a cenizas.

Salieron del edificio siguiendo a Pedro. No volvieron a cruzar palabras durante la caminata hasta el auto en donde los esperaba el chofer. Braulio saludó con un movimiento de cabeza a la recién llegada, pero Isabela, absorta en sus propios pensamientos, no le devolvió la atención.

Pedro iba sentado en el asiento del acompañante, junto a Braulio. De vez en cuando observaba a las primas por encima del hombro. Cuando sus ojos se encontraban con los de Magdalena, desviaba la mirada hacia el paisaje.

Isabela se percató de que Madeline llevaba una alianza de matrimonio.

—¿Estás casada?

Magdalena contempló su mano. El costoso anillo que lucía alrededor de su dedo era una cruel burla del destino que no hacía más que recordarle a diario que había unido su vida a la de un hombre que no amaba.

—Sí, hace casi tres años que me casé. —Abrió su bolso, sacó una fotografía y se la mostró —. Él es mi hijo, se llama Santiago, igual que su padre.

Isabela acarició la imagen de aquel niño con lágrimas en los ojos. Le recordaba mucho a Samuel.

—Es… es muy bonito —dijo, devolviéndole la foto y volteando la cabeza para esconder su llanto.

Magdalena no dijo nada. No se sentía preparada todavía para saber lo que había sucedido exactamente con su familia. Por la reacción de Isabela, comprendió que ella tampoco estaba lista para contárselo.

Durante el resto del viaje hasta el barrio de Belgrano permanecieron calladas. Mientras Isabela contemplaba la ciudad a través de la ventanilla del auto, Magdalena buscaba a Pedro con la mirada. Él, reprimiendo el impulso de corresponderle, enfocó toda su atención en el camino.

COMO UNA INTRUSA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, octubre de 1946

Cuando Isabela llegó a la mansión de los Navarro Soler, creyó que se encontraba dentro de un cuento de hadas. La lujosa propiedad de dos plantas se alzaba señorial en medio de un inmenso jardín alfombrado de verde y salpicado de flores multicolores. Se quedó de pie junto al auto, contemplándolo todo con la boca abierta.

—¿Aquí es donde vives, Madeline? ¡Parece un castillo!

—Sí, Isabela. Es la casa de la familia de mi esposo. La construyó su abuelo a fines del siglo pasado. Nos mudamos después de la boda. —Estaba a punto de pedirle que ya no la llamase así, pero prefirió esperar un momento más oportuno—. Ven que están todos esperándote.

Isabela se detuvo de repente al ver a su tía que bajaba de prisa las escalinatas para ir a su encuentro. Si contemplar la foto del hijo de Madeline le había provocado tanta angustia, la imagen de Débora Eiserman, con los brazos abiertos hacia ella, removió todas las fibras de su ser. No se resistió cuando su tía la estrechó con fuerza entre sus brazos. Hacía tanto que nadie la abrazaba con tanto amor que sintió que se le aflojaban las piernas. Las palabras que se habían quedado aprisionadas en su garganta salieron en un grito desgarrador que dejó a todos conmocionados. Tía y sobrina cayeron de rodillas, fundidas en un abrazo que llevaba mucho tiempo esperando.

Débora, rota por su propio dolor, le cantó bajito la misma canción de cuna que Aina le cantaba a sus hijos mientras la mecía contra su pecho.

Rosario, sumamente conmovida por la escena, se aferró al brazo de Pedro. Francisco, para variar, todavía no había llegado. Y Santiago, demasiado ocupado con sus compromisos políticos, no pudo acompañar a su esposa en un día tan especial para ella.

Débora miró a Rosario por encima del hombro de su sobrina. El amor que sentía por ella la desbordaba. No habían vuelto a verse desde que Teodoro la amenazara con mostrarle las fotos a Magdalena. Se había distanciado para evitar la catástrofe, pero lo peor era que Rosario tampoco la había buscado. Era como si hubiesen acordado, de manera tácita, ponerle fin a una historia que jamás debió haber ocurrido y que nació para ser condenada.

El llanto de Isabela apartó a Rosario de sus pensamientos.

—Mi niña, mi querida niña. —La alejó un poco para poder mirarla mejor y le enjugó las

lágrimas con sus dedos—. No sabes las veces que soñé con este momento. Tantos años esperando volver a tenerte en mis brazos, que ahora me parece mentira que estés aquí. —Le hablaba en alemán mientras hacía un gran esfuerzo para no pensar en el triste final que habían tenido sus padres y su pequeño hermano.

—Te extrañé mucho, tía —le dijo, en español, sorprendiéndola.

—Pero ¿cómo es posible?

—Estudié español durante unos meses. Un amigo me convenció de que debía aprender vuestro nuevo idioma para cuando viajara a la Argentina.

Débora le sonrió.

—Celebro la idea de tu amigo entonces, Isabela. —Le acarició suavemente la mejilla, y al hacerlo fue como contemplar el rostro de su entrañable amiga. ¡El parecido con Aina era increíble!—. No queríamos abrumarte después de un viaje tan largo. Será mejor que hoy descanses y mañana almorzaremos todos juntos para que conozcas al resto de la familia —le pidió ayuda a Pedro para levantarse del suelo.

Isabela se percató entonces de que había una mujer junto al sacerdote.

—Hola, Isabela, mi nombre es Rosario Navarro Soler. Soy la cuñada de Magdalena. —Conmovida aún por lo que acababa de suceder, le costó hablar sin que se le quebrase la voz—. Te hemos preparado una habitación.

—Deja, Rosario, yo me encargo de acomodar a Isabela —intervino Magdalena, antes de que, en un descuido, su cuñada terminase descubriendo la mentira que habían fraguado para justificar la llegada de Isabela. Su madre, en medio de la emoción, no estaba ayudando demasiado a mantener el secreto a salvo.

Isabela le dio las gracias con una sonrisa al comprender que aquella simpática mujer era una de las dueñas de la mansión. Los Navarro Soler la habían recibido en su hogar sin siquiera conocerla. Tomó la maleta que le alcanzó el padre Pedro y siguió a su prima hasta el interior de la propiedad en silencio. Tenía el corazón sacudido por la emoción. Contempló cada uno de los rincones que iban dejando atrás con los ojos brillosos y la boca en un rictus de sorpresa continuo.

Magdalena se detuvo bruscamente a mitad de camino, provocando que Isabela trastabillara hasta casi perder el equilibrio.

—Entremos. —Se hizo a un lado para que pudiera pasar y cerró la puerta tras de sí—. Este es el despacho en donde mi esposo transcurre la mayor parte de su tiempo. Podremos conversar a solas sin que nadie nos interrumpa. ¿Has entendido lo que te dije?

Isabela asintió y dejó la valija en el piso. Recorrió el lugar con ojos curiosos. Un portarretrato que estaba encima de la chimenea, captó toda su atención. Se acercó para poder ver mejor la fotografía. Había dos hombres dándose un apretón de manos. El más joven sonreía y el otro, de contextura un poco más robusta, observaba a la cámara con cierto gesto de prepotencia en la mirada.

—Ese es Santiago, mi esposo, el día que su partido ganó las elecciones. El que está con él es Perón, el presidente de los argentinos.

—¿Tu esposo tiene algún cargo político? —Se quedó observándolo, tratando de descubrir qué tenía de especial para que su prima se hubiese casado con él. Su sonrisa era bonita, se le formaban dos hoyuelos en las mejillas.

—Santiago es diputado. Ocupa una banca en el Congreso de la Nación desde el mes de abril.

—Debes de estar muy contenta —comentó, sin apartar la mirada de aquella imagen.

—Santiago hace lo que se le da la gana. Quería entrar en el mundo de la política, y ahora que ha logrado sus objetivos, no hay nada que lo detenga.

Isabela percibió amargura en sus palabras. ¿Acaso no era feliz? ¿Cómo podría no serlo con un hombre exitoso a su lado, un hijo y una casa de ensueño? No se atrevió a indagar demasiado; al menos no por el momento.

—Me acuerdo de que en tu carta mencionabas que habías vuelto a tocar el violín.

Magdalena le indicó que tomara asiento. Tenían una conversación muy larga por delante.

—¿Recibiste aquella primera carta?

Isabela asintió.

—Fue la única que llegó antes de que nos llevaran al gueto. La perdí… aunque me conocía su contenido de memoria después de leerla y releerla tantas veces. —Cruzó las manos sobre su regazo—. Incluso te había respondido, pero nunca llegué a enviártela.

—Yo escribí otras cartas, y todas regresaban a Buenos Aires con el membrete de *dirección desconocida*.

Isabela se quedó callada. No sentía deseos de hablar sobre aquel asunto todavía.

—Mi sueño de tocar en el Colón, uno de los teatros más importantes del mundo, se truncó demasiado pronto.

—¿Qué sucedió?

—Me quedé embarazada de Santiaguito y tuve que renunciar a hacer las audiciones —manifestó, con un dejo de resignación en la voz—. Este año se ha fundado la Orquesta Filarmónica de Buenos Aires, cuya sede principal es precisamente el Teatro Colón, pero mi hijo es demasiado pequeño todavía y demanda todo mi tiempo.

—¿Pero sigues tocando?

—Sí, cuando me gana la nostalgia o necesito un momento a solas, mi violín es la mejor compañía. ¿Qué hay de ti? ¿Has retomado tu afición al canto? —Se arrepintió de aquella pregunta inmediatamente después de haberla formulado—. Disculpa… a veces se me olvida que estuviste prisionera.

Isabela tragó saliva.

—No te preocupes, Madeline. Comprendo que es muy difícil entablar una conversación “normal” con alguien que ha vivido en el infierno. —Trató de serenarse, pero le costaba hablar

de ello—. Antes de que me trasladaran a Londres junto a un grupo de más de setecientos jóvenes que, como yo, habían sido liberados de los campos de concentración, estuve en Theresienstadt, una especie de gueto que los nazis utilizaban como lugar de paso. Allí iban a parar los prisioneros más viejos y aquellos que poseían algún talento artístico. Los ancianos fueron asesinados; los demás, ayudamos a montar una farsa. Yo me subía al escenario una vez por semana y cantaba para entretener a los soldados. En Theresienstadt conocí a Jedrek, el muchacho que me convenció de estudiar español, y también a Dimitri, el pianista que me dio la oportunidad de cantar a su lado. Era homosexual y fue ejecutado unos días antes de que los rusos llegaran.

—Lo lamento.

Isabela asintió.

—Con respecto a mi nombre, no quise decírtelo antes, pero debes llamarme Magdalena. Madeline ya quedó enterrado en el pasado.

Isabela agradeció que hubiese cambiado de tema, aunque le resultaba extraño que le hiciera semejante petición.

—Ya sabía que habías cambiado tu nombre, lo leí en tu carta.

—Hay algo más que debo decirte y espero que no lo tomes a mal, Isabela.

—Te escucho.

—Todos creen que eres una prima lejana que perdió a su familia durante un bombardeo en Londres. —Estudió su reacción. Notó el desconcierto en su mirada—. Santiago y su hermano, el padre Pedro, son los únicos que conocen la verdad. Nadie debe conocer nuestro origen. Entramos al país con documentación falsa, en una época en donde los judíos no eran bien recibidos. Aunque no lo creas, aquí también tuvimos fanáticos de Hitler.

—¿Has ocultado tu verdadera identidad durante todo este tiempo?

—Sí, mi madre y yo nos vimos obligadas a hacerlo. Por eso tardamos tanto en responder a la Cruz Roja Internacional. Teníamos miedo de que, con tu arribo, la gran mentira que habíamos sostenido desde nuestra llegada a Buenos Aires se terminara descubriendo. Santiago no supo de tu existencia hasta hace poco, cuando encontró de casualidad la última carta que había llegado desde Londres.

Isabela tragó saliva. Madeline, o Magdalena, había ignorado su pedido de ayuda para mantener a salvo la nueva vida que ella y su tía se habían construido en aquel país.

Se sintió una intrusa, alguien que venía a usurpar un lugar que no le correspondía.

La seguridad de ese hogar que tanto necesitaba se diluía como arena entre los dedos con cada palabra que su prima pronunciaba.

JUANITO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, octubre de 1946

—¡Débora, esperá, por favor!

La súplica de Rosario desde lo alto de las escaleras hizo que Débora permaneciera quieta en el vestíbulo, con la mirada clavada en la puerta principal y el pecho agitado. Despacio, se giró sobre sus talones.

—Tengo que irme, Rosario —le dijo. No se atrevía a mirarla a los ojos.

—Necesito que hablemos, tenemos que hablar sobre lo que pasó. —Rosario sorteó los escalones que la separaban de ella antes de que saliera huyendo.

—Teodoro no quiere que llegue tarde. Braulio está en el coche, aguardándome —le explicó, señalando hacia el exterior.

—¡Me importa un bledo Teodoro, Débora! —Se tomó unos segundos para calmarse antes de volver a abrir la boca. No ganaba nada con exaltarse—. ¿Quieres que hablemos acá o prefieres que lo hagamos en mi habitación?

Débora no tuvo más remedio que acceder a sus exigencias.

—Vayamos a tu habitación.

Lograron llegar hasta la planta alta sin ser vistas. Implicaba un gran riesgo quedarse a solas en la intimidad de aquellas cuatro paredes; sin embargo, era el sitio más seguro para evitar que alguien las oyera. Se sentaron en el confidente y guardaron silencio.

—Te extraño.

Débora agradeció estar sentada. Aquellas dos palabras, dichas a bocajarro y con tanto sentimiento, le provocaron una conmoción. Hubiese querido gritarle que también la extrañaba, que vivía una existencia miserable y tediosa al lado de un hombre que la despreciaba.

—Sé que me alejé de vos sin darte ninguna explicación.

—Fue lo mejor, Rosario —la interrumpió, mirándola finalmente a los ojos—. Nuestra relación no tenía ningún futuro, lo más sano era terminarla antes de que saliéramos lastimadas o le hiciéramos daño a alguien más.

Rosario no dijo nada. Aunque había sido ella la que pusiera distancia entre ambas después del ataque sufrido en la estancia, el silencio de Débora durante todo ese tiempo era peor que el hecho de estar separadas. No entendía por qué se había alejado de ella sin ninguna explicación y

que ni siquiera hubiesen podido conservar la amistad que las uniera al principio.

—Aquella tarde en la que nunca llegaste, sucedió algo. —Se puso de pie. Tenía los puños cerrados—. Dos hombres con los rostros cubiertos aparecieron en la estancia. Me conocían y sabían sobre lo nuestro. Alguien los había enviado para hacerme pagar por meterme con vos.

—Teodoro… —musitó Débora, confirmando las terribles sospechas que la habían atormentado desde entonces.

—Nunca mencionaron su nombre, pero venían de su parte.

—¿Qué te hicieron? —exigió saber Débora, llenando su cabeza de espantosos pensamientos mientras Rosario guardaba silencio. Se acercó a ella y la asió de los hombros para que la mirase a la cara—. Por favor, cuéntamelo.

Rosario se puso a juguetear con uno de los almohadones. Necesitaba unos segundos para ordenar sus pensamientos.

—No es fácil hablar de ello, Débora. Aun hoy, cuando cierro los ojos, veo a esos dos demonios frente a mí… encima de mí. Escucho sus respiraciones agitadas y siento sus asquerosas manos en mi cuerpo. No he podido quitarme el acre olor de su sudor en mi piel.

—¡Dios mío, lo siento tanto! —Era su culpa. Rosario había sido violada porque Teodoro necesitaba castigarla a ella. Debió haber previsto que no se quedaría con los brazos cruzados después de descubrir la verdad—. ¡Perdóname, por favor!

Rosario la miró.

—Jamás te he culpado, Débora. No sé cómo tu esposo se enteró, pero mientras me… me violaban, yo no podía dejar de pensar en vos, en lo que estarías padeciendo en manos de ese hombre.

Débora también había recibido su castigo esa misma noche, cuando Teodoro la humilló en la habitación, obligándola a hacer cosas que ni siquiera se atrevía a decir en voz alta.

—Mi esposo me amenazó, Rosario. —Aquello sí podía contárselo. Quería que ella supiera por qué no había vuelto a buscarla—. Tenía fotos de nosotras dos en donde se nos veía en situaciones muy comprometedoras. Me dijo que se las mostraría a Magdalena si no me alejaba de ti. Yo no podía permitir que mi hija lo supiera, no de esa manera tan horrible.

Rosario, venciendo su propia resistencia, le acarició la mejilla. El suave tacto de su piel reavivó el deseo que había quedado aletargado en algún rincón de su memoria, escondido debajo del miedo.

—Aunque tengamos que vivir separadas para proteger nuestro secreto, quiero que sepas que siempre te voy a amar.

—Mi corazón es solo tuyo, Rosario. —Débora cerró los ojos y comenzó a recorrer sus dedos con los labios.

—No me importa qué pueda sucedernos mañana, Débora. —Se aproximó con la intención de besarla—. Yo te necesito aquí y ahora, para no morirme de tanto dolor.

Se besaron con la urgencia de los amantes que responden al ardor de la piel y de sus propios deseos, olvidándose del mundo a su alrededor. Sus cuerpos abrazados cayeron sobre el confidente. Entre caricias hambrientas, las faldas de sus vestidos terminaron enredadas en sus cinturas. Rosario, tumbada encima de Débora, apartó el delicado encaje que le cubría los pechos para chuparle un pezón mientras apretaba el otro entre sus dedos.

Débora gimió de placer. Las caricias de Rosario, el tacto de su piel frotando la suya, hicieron desaparecer el gris de sus días. Se irguió y quedaron sentadas frente a frente, con las piernas entrelazadas, mirándose fijamente a los ojos. Los pechos de Débora al aire y Rosario con el cabello alborotado.

Como si las hubiese asaltado el mismo pensamiento, ambas miraron hacia la puerta.

—Tranquila —le dijo Rosario, curvando los labios en una sonrisa—. Nadie se atreve a entrar a mi habitación sin llamar.

Débora delineó la curva perfecta de sus hombros y deslizó los dedos por sus brazos, percibiendo cómo se le erizaban los vellos bajo el influjo de su roce. Dibujó varios círculos imaginarios alrededor de su ombligo y luego introdujo la mano debajo de su ropa interior hasta alcanzar la humedad de su sexo.

Rosario se apoderó de su boca mientras separaba las piernas para permitir que Débora se moviera en su interior con más libertad. Se amaron con infinita pasión; se disfrutaron como si fuera la primera vez…y curaron cada una de sus heridas con besos y caricias. Rosario estalló en un orgasmo que la dejó con el cuerpo desmadejado sobre el sofá y el corazón henchido de felicidad.

—Te amo —le susurró Débora, antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Rosario le acarició el cabello y la miró directamente a los ojos.

—Yo también te amo. Eso es lo único que me importa —le dijo recostándose sobre su pecho.

Permanecieron un rato allí, abrazadas en silencio, bebiéndose en más besos y caricias el tiempo que les quedaba hasta que tuvieran que volver a separarse. Exhaustas, se quedaron dormidas.

Fue Débora la que despertó primero al notar que algo o alguien la tironeaba del brazo.

—¡Buela! ¡Buela! ¿Dónde tá Juanito?

La vocecita de su nieto la obligó a incorporarse. Todavía adormilada, se cubrió con las sábanas al darse cuenta de que estaba desnuda de la cintura para arriba. ¿Qué hacía Santiaguito buscando a su gato precisamente allí? La puerta estaba entreabierta.

—Rosario —la zamarreó con suavidad, intentando despertarla antes de que alguien más las descubriera. Saltó fuera de la cama y alzó a su nieto en brazos. Lo primero que hizo fue cerrar la puerta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, cariño? ¿Y Emilce? —La criada tenía la obligación de cuidar al niño cuando ella o su madre estaban ocupadas.

—En la cocina —respondió Santiaguito sonriendo al ver que su tía lo saludaba con la mano —. ¡Quiedo a Juanito!

Débora la miró.

—Esto no debió suceder.

—Lo siento, Débora. El niño a veces viene a buscarme cuando se aburre con Emilce. No pensé que iba a aparecerse precisamente hoy —se disculpó, mientras terminaba de vestirse—. Es demasiado pequeño aún como para entender lo que sucede a su alrededor.

Débora le peinó el cabello húmedo con los dedos y le dio un beso en el cuello. Olía a jabón. Emilce acababa de darle un baño y él se había escapado para estar con su tía. Lo abrazó, sin importarle que Santiaguito se retorciera en su regazo porque quería bajarse.

—Es posible que Emilce lo esté buscando —comentó Débora, con la mirada clavada en la puerta que acababa de cerrar. Dejó a su nieto en el suelo y el pequeño se sentó sobre la alfombra para jugar con los cordones de sus zapatos. Parecía haberse olvidado de su gato.

Como si la hubiese atraído con el pensamiento, la criada llamó a la puerta. Rosario esperó a que Débora estuviera fuera del alcance de sus ojos y le abrió.

—Si estás buscando al diablillo de mi sobrino, lo has encontrado. —Se movió para mostrarle que estaba con ella—. No te preocupes, Emilce. Ya casi es la hora de la merienda, yo bajaré a preparársela.

—¿Está segura, señorita Rosario? —le preguntó, contrariada. Había visitas en la casa y pensaba que nadie tendría tiempo para ocuparse del niño.

—Sí, andá tranquila y hacé lo que tengas que hacer. Yo cuido de mi sobrino. ¿Viste a Juanito por ahí?

—Hace un rato andaba por la terraza, acicalándose bajo el sol.

—Dejalo tranquilo entonces; seguramente necesita un poco de tiempo a solas —dijo en un tono comprensivo. Juanito era un gato callejero que el pequeño Santiago se había empeñado en adoptar cuando lo vio deambular por la plaza del barrio. Unos cuantos berrinches convencieron a sus padres de que se quedara. Cuando lo bautizó Juanito, en honor al presidente electo don Juan Domingo Perón, nadie tuvo el valor suficiente para decirle que no era conveniente llamarlo así.

—Está bien, señora Rosario, como usted mande.

Cuando Emilce por fin se fue, Débora suspiró aliviada. Aunque la situación les resultó algo cómica, habían corrido un riesgo innecesario, y ambas lo sabían.

—Mejor me voy antes de que alguien me vea —dijo Débora, atusándose el cabello—. Quiero pasar un rato más con Isabela antes de que Teodoro empiece a preocuparse por mi tardanza.

Rosario le rozó los dedos con disimulo.

—¿Volveremos a vernos? —le preguntó en un susurro.

—No lo sé, Rosario —respondió Débora, apretándole suavemente la mano.

Estaban tan ensimismadas despidiéndose que no se percataron de que el pequeño Santiaguito

se había metido entre ellas y las tironeaba del vestido para llamar su atención.

—¿Buela, jugamos a las escuendidas?



EL ROSTRO DEL DEMONIO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, octubre de 1946

Santiago llegó a la mansión cerca de la medianoche. Los festejos por el primer aniversario del Día de la Lealtad se habían prolongado hasta muy tarde. Aunque no había bebido demasiado porque tenía que conducir de regreso a casa, el champán lo había dejado algo aturdido. Por más que Magdalena se enfadara luego con él, eran compromisos laborales disfrazados de sociales a los que no podía faltar. Sabía que ese día en particular estaba molesta porque llegaba su prima desde Londres y no había podido acompañarla al aeropuerto a buscarla. Por eso le había sugerido ir con Pedro. Su hermano, el sacerdote, era el más idóneo para apoyarla en un momento tan importante.

Pensó en entrar por la puerta de la cocina para no despertar a nadie. Después de un día cargado de tantas emociones, seguramente Magdalena se había acostado temprano y no quería interrumpir su sueño. Por ello, decidió que dormiría, una vez más, en la habitación de huéspedes. Se detuvo un momento en la cocina para beber un poco de agua. Luego, se quitó los zapatos para subir las escaleras en silencio. Sorteó el escalón número doce porque era el único cuya madera chirriaba si se pisaba en la parte del medio. Era un truco que le había enseñado Francisco, quien lo ponía en práctica cada vez que llegaba a las tantas y no deseaba que Rosario lo descubriese.

Avanzó con sigilo cuando le tocó pasar por delante de la habitación que compartía con su esposa y enfiló hacia el fondo del pasillo. Abrió la puerta, la cerró despacio y al darse media vuelta, vio una valija en el suelo, junto a la cómoda. A pocos centímetros de distancia, distinguió un par de zapatos… y al mirar hacia la derecha, se encontró con un pie desnudo.

La lámpara de la única mesita de noche que había en la habitación permanecía encendida y le permitió descubrir que una mujer yacía en el suelo, sobre la alfombra. Estaba boca arriba, con un brazo cruzado en el pecho y el otro al costado del cuerpo. Dormía, aunque no lo hacía plácidamente. La escuchó gemir mientras comenzaba a retorcerse, moviendo las piernas como si pretendiera salir corriendo. Era evidente que estaba teniendo una pesadilla.

No supo qué hacer. Cualquiera en su lugar se hubiera marchado de inmediato al ver que la habitación de huéspedes estaba ocupada. No habían hablado con Magdalena al respecto; pero lo más sensato era instalar a Isabela allí y no en otra dependencia de la casa por más que pretendiera hacerla pasar por una prima lejana que venía a Buenos Aires para ser la institutriz de

Santiaguito.

Reconoció el camisón que llevaba puesto. Era uno de los tantos que tenía Magdalena en su guardarropa. La tela de algodón, empapada por el sudor, se adhería a su cuerpo marcando la redondez de unos pechos pequeños que se movían agitados al ritmo de su respiración. Sus delgados muslos se asomaban entre las sombras. Tenía que irse; sin embargo, algo se lo impedía. Quizá eran los suaves gemidos que emitía Isabela mientras algún terrible sueño la atormentaba; tal vez era la acuciante curiosidad que despertaba en él aquella criatura que venía desde el otro lado del mundo después de haber sobrevivido a la peor de las tragedias.

Un extraño y poderoso sentimiento de apoderó de él.

Por la razón que fuese, permaneció allí, velando su sueño en silencio.

*

La bruma lo envolvía todo a su alrededor. Alguien pronunciaba su nombre a lo lejos. Era un niño. Isabela no podía ver nada más allá de sus narices. Aquella voz infantil, tan familiar y tan desconocida a la vez, la impulsaba a avanzar a ciegas.

—¡Isabela, estoy aquí! ¡Ven a buscarme!

Caminó sin rumbo, perdida entre la niebla que la engullía a cada paso y las sombras que se movían a su lado, confundiéndola.

—¡Samuel! ¿Eres tú?

El niño se echó a reír.

—¿Dónde estás, pequeño travieso? —Se guio por el sonido de su risilla. Por momentos lo sentía muy cerca; pero cuando parecía que por fin lo estaba por alcanzar desaparecía, dejándola desconcertada.

A Samuel le gustaba jugar a las escondidas. ¡Era eso! ¡Se estaba escondiendo para que ella lo buscase!

De repente, en un parpadeo de ojos, la niebla desapareció.

Había regresado al infierno… Estaba en Auschwitz.

Ya no oía la voz de Samuel llamándola; tampoco su sonrisa. Cuando un frío helado le escoció la piel, se dio cuenta de su desnudez. Quiso correr, pero una mano alrededor de su brazo se lo impidió.

—No vas a escapar nunca de mí, cerda judía —le susurró el demonio, respirándole en el cuello.

Se abalanzó sobre ella, arrojándola al suelo. No tenía rostro. En su lugar, había una mancha oscura que se asomaba por debajo de la gorra de plato con una calavera de metal incrustada en el frente. Su cuerpo entero se paralizó. Parecía que cientos de manos la mantenían clavada en aquel sitio, hundiéndola en el lodo.

Las manos arrugadas de su bobe; las de sus padres y las de su hermano Samuel. También estaba el tío Otto, el señor Schröder, su antiguo profesor de geografía, el tonto de Johann y los tontos de sus amigos; frau Herta, la kapo que la había humillado, Eva… ¡hasta Marlene Dietrich se encontraba allí! Todos la sujetaban con fuerza, para que no pudiese escapar.

El rostro del demonio que la sometía fue asomándose detrás de la masa oscura que ocultaba su identidad.

Blaz Müller se reía a carcajadas. Una baba espesa le salía de la boca y se derramó sobre su vientre desnudo.

—¡Eres mía, puta judía! ¡Mía! —bramó mientras los ojos se le ponían negros.

—¡No! ¡No! ¡Suéltenme! —Le fue imposible moverse—. ¡Déjenme ir! ¡Basta!

Isabela sintió que alguien la sujetaba de los hombros con fuerza. Aturdida, fue incapaz de discernir si estaba dentro de su pesadilla o había despertado por fin. Intentó zafarse de su agarre, pero no pudo. Cuando abrió los ojos, solo vio a Blaz Müller y a su sonrisa malévola. Aterrada, le mordió la mano para que la soltara.

Santiago profirió un grito de dolor al tiempo que se propulsaba hacia atrás para poner distancia entre Isabela y él. Maldijo en voz baja para no asustarla más de lo que ya estaba. Había sido un error acercarse a ella de esa manera. Se miró la mano. Un hilo de sangre se deslizaba hacia su muñeca, manchando el puño de su camisa blanca. El dolor se fue mitigando de a poco, para transformarse en un molesto ardor. Respiró hondo y clavó los ojos en aquella muchacha que ahora se encontraba acurrucada en el rincón que formaba la cama con la mesita de noche. Tenía las piernas pegadas al pecho y trataba de cubrirlas, sin éxito, con el camisón. Había pánico en su mirada y sus pies se retorcían, clavándose en la alfombra.

—Isabela, por favor, no voy a hacerte daño —le dijo, ignorando si podía entenderlo o no—. Soy Santiago Navarro Soler, el esposo de tu prima Magdalena. Lamento haberte despertado, pero estabas teniendo una pesadilla. Mi intención no era asustarte.

Isabela recordó la foto que había visto esa tarde en el despacho. Era el mismo hombre. Vio su mano ensangrentada y se sintió culpable.

—Perdóname tú a mí —le dijo, con la voz queda—. Te he lastimado.

—¿Esto? ¡No es nada, apenas un rasguño! —Esbozó una sonrisa para tranquilizarla. Hablaba español; un obstáculo menos para intentar comunicarse con ella—. Seguramente me lo tengo merecido por meterme donde no me llaman. Cuando entré a la habitación y vi que dormías, debí marcharme enseguida.

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó ella, viendo como esos dos hoyuelos que habían llamado poderosamente su atención en la fotografía en donde aparecía con el tal Perón, le daban cierto aire de picardía a su rostro.

—No sabría explicarlo. —Santiago se encogió de hombros—. Es extraño, pero te vi ahí,

acostada sobre la alfombra y… no pude simplemente darme la vuelta y salir. —Prescindió de contarle la parte en la cual se había visto embargado por un fuerte sentimiento de ternura para que no lo malinterpretara y creyera que solo le inspiraba lástima.

Isabela no supo cómo reaccionar ante aquellas palabras. El miedo inicial se fue esfumando. Santiago era el esposo de Madeline. Eso lo convertía en familia. ¡Y su carta de presentación había sido una mordida en la mano!

—Puedo curar tu herida si quieres —se encontró diciéndole de repente.

—No hace falta…

—Me sentiría menos culpable si lo hiciera.

Santiago no encontró un argumento sólido para negarse.

—Supongo que habrá un botiquín en el cuarto de baño. —Isabela se puso de pie y al darse cuenta de que estaba en camisón, se colocó el deshabillé a toda prisa—. Espera aquí, ya vuelvo.

Él no se iría a ninguna parte. Si Isabela necesitaba ocuparse de su herida para sentirse mejor, no iba a impedírselo. Se sentó en la cama y la escuchó hacer ruido al otro lado de la puerta. Regresó con un frasco de alcohol, un poco de algodón y un esparadrapo.

Santiago extendió la mano hacia ella, dejándola encima de un almohadón.

—¿Te duele? —le preguntó mientras limpiaba la herida con el alcohol para evitar una posible infección. Se detuvo de repente al recordar lo que había sucedido con el comandante Müller en Auschwitz. Fragmentos de la pesadilla que acababa de tener se mezclaban con lo vivido en el campo de concentración.

—Apenas siento un leve escozor —respondió Santiago ante su prolongado silencio.

—Te vuelvo a pedir perdón, Santiago…

—Por favor, no es necesario. —La miró a los ojos. Eran negros y profundos, coronados por unas largas pestañas. No se parecía en nada a su prima Magdalena. La nariz, pequeña y con una leve curva en el tabique, combinaba a la perfección con sus labios gruesos. Unos tirabuzones castaños le caían sobre el rostro cada vez que agachaba la cabeza para tratar la mordida.

Isabela vendó su mano con sumo cuidado y le sonrió.

—Listo; si mantienes la herida limpia, sanará muy pronto. —Torció la boca en un gesto de culpa—. Espero que no sea un… ¿se dice inconveniente? —Santiago asintió con la cabeza—. Que no sea un inconveniente para ti andar por todos lados con la mano vendada. Magdalena me contó que eres un hombre público, que te dedicas a la política.

—Sí, hace unos meses asumí como diputado nacional. —Arrugó la frente, impostando un gesto adusto—. Si alguien pregunta en el Congreso qué me pasó, diré que tuve un percance doméstico o, mejor aún, me haré el temerario, afirmando que sufrí un pequeño accidente con mi moto.

—¿Tienes una motocicleta?

Santiago asintió.

—Una Harley Davidson Knucklehead traída especialmente de Estados Unidos. Me gusta montarme en ella de vez en cuando y salir para que me dé el viento en la cara. Magdalena cree que estoy loco, y mi hermana Rosario me dice que un día me voy a matar con esa "máquina del infierno", como le gusta llamarla.

Isabela se levantó, y al recoger el material que había sacado del botiquín, la manga del deshabillé se dobló hacia arriba, revelando el número tatuado en su antebrazo izquierdo. Ni siquiera atinó a ocultarlo. Aquella cifra de cinco dígitos clavada en su piel le recordaba cada día el más oscuro de los abismos.

Santiago no supo qué decir, mucho menos qué hacer. Fue la propia Isabela la que puso fin a ese silencio incómodo instalado entre ambos.

—Magdalena quiere que forme parte de la farsa que urdieron para ocultar nuestro origen judío. Debemos fingir que somos primas lejanas y que mi familia murió durante un bombardeo en Londres… —Delineó los números en su brazo—. No será sencillo esconder este tatuaje. Es imposible tapar el sol con un dedo.

—Quiero que sepas que yo no estuve de acuerdo cuando propuso lo de hacerte pasar por la institutriz de Santiaguito. Me enteré hace muy poco que existías y que me había estado mintiendo durante tanto tiempo. Fue la condición impuesta para aceptar que me pusiera en contacto con la gente de la Cruz Roja Internacional.

Isabela, que todavía tenía alguna dificultad para comprender algunos vocablos en español, pensó que había malinterpretado sus palabras. Le dio vueltas en su cabeza hasta que se dio cuenta de que había entendido perfectamente lo que acababa de decirle.

—Magdalena no me quiere aquí… —musitó con los ojos vidriosos.

Santiago deseó haberse mordido la lengua antes de meter la pata de aquella manera.

—Estaba muy asustada porque su secreto y el de su familia podría salir a la luz con tu llegada. —Se sintió un hipócrita. Trataba de convencer a Isabela de que entendiera las razones de Magdalena para mantenerla fuera de su vida, cuando a él le costaba tanto justificar su comportamiento.

Isabela asintió y le dio la espalda.

Santiago percibió el ligero temblor en sus brazos.

—¿Me podrías dejar sola ahora? Estoy muy cansada y quiero dormir.

—Por supuesto, Isabela. —Se alejó despacio de ella—. Buenas noches y bienvenida a Buenos Aires. —Permaneció un instante con la mano aferrada al picaporte de la puerta, esperando tal vez escuchar una palabra de despedida antes de marcharse. Pero Isabela no se dignó siquiera a mirarlo.

Salió de aquella habitación con un fuerte sentimiento de impotencia arañándole el pecho. En mitad del pasillo, se dio media vuelta con la intención de regresar para cerciorarse de que Isabela se encontraba bien. Pero desistió a último momento. Necesitaba estar sola y lo que menos

deseaba era importunarla. Se dirigió a la habitación que compartía con su esposa. Aunque la incomodara con su presencia, no tenía más opción que dormir con ella esa noche.

Entró con el sigilo de un gato para no despertarla, pero cuando ella encendió la lámpara no tuvo más remedio que saludarla.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —inquirió antes de que pudiese darle las buenas noches.

Santiago se desvistió, se colocó el piyama y recién entonces le contó lo que había ocurrido con su prima.

—¿Te mordió? ¿Pero acaso está loca?

—Magdalena, por favor, te puede escuchar… —Se metió debajo de las sábanas y se acostó de frente a ella—. Isabela se asustó mucho cuando me vio. Estaba teniendo una pesadilla, y al abrir los ojos se encuentra con un desconocido que la sujeta de los hombros, tratando de despertarla. La culpa es mía, debí imaginarme que la instalarías en la habitación de huéspedes.

—¡Es increíble! ¡Encima la defiendes! —protestó Magdalena, perpleja con su actitud—. No planeaba que se quedara allí, pero al ser su primer día no quise enviarla a alguna de las habitaciones de servicio. Además, mi madre insistió en que a nadie le va a importar dónde duerme la institutriz de Santiaguito… —se quedó callada de repente, como si estuviese barruntando alguna idea en la cabeza.

—¿Qué pasa?

—No sé si será una buena idea que Isabela se ocupe de nuestro hijo. —Señaló su mano vendada—. Si fue capaz de morderte, no sabemos cómo se comportará con él o qué reacción tendrá si alguien se le acerca demasiado. No quiero correr riesgos innecesarios. Santiaguito es demasiado pequeño.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —retrucó Santiago, reprobando la actitud de Magdalena—. ¿La emplearás como mucama o la enviarás a trabajar a otro lado? Te recuerdo que Isabela es tu prima hermana y lleva tu sangre…

—Ya lo sé, no necesitas recordármelo —dijo, con fastidio.

Santiago no tenía ganas de seguir con aquella absurda conversación. La besó en la mejilla y se dio media vuelta. Suspiró aliviado cuando Magdalena apagó la lámpara.

Esa noche le costó conciliar el sueño. Al cerrar los ojos, se le aparecía una y otra vez el rostro compungido de Isabela.

LA INDESEADA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, octubre de 1946

Magdalena oyó que alguien llamaba a la puerta con insistencia. Somnolienta, hizo caso omiso a los golpes.

—Magdalena, Santiago, soy yo, ¿puedo entrar?

Cuando se dio cuenta de que se trataba de su cuñada, resopló con fastidio. Miró por el rabillo del ojo derecho. Santiago también se estaba despertando.

—¿Qué sucede? —preguntó él antes de dar un sonoro bostezo.

—Es tu hermana.

Santiago se mesó el cabello desordenado y se incorporó hasta quedar sentado en la cama. Alzó la voz para decirle a Rosario que entrase y al verla, notó la preocupación en su semblante. Traía un papel en la mano, que de inmediato entregó a Magdalena.

—Isabela se ha ido. Fui hasta la habitación de huéspedes para ver si se le ofrecía algo después de pasar su primera noche entre nosotros y me encontré su cama vacía. Dejó la nota sobre la mesita de noche. La escribió en alemán… solo pude entender un par de palabras —explicó, cruzándose de brazos—. No hace mucho que se fue, las sábanas todavía estaban tibias.

—¿No la vio nadie? —Santiago parecía ser el más preocupado.

—Le pregunté a Emilce, pero ella no sabe nada. El jardinero mencionó que cuando llegó, el portón de la entrada estaba entreabierto.

Magdalena, ajena a la conversación de su esposo y su cuñada, leía la nota que le había dejado Isabela. Cuando descubrió lo que decía, comprendió por qué la había escrito precisamente en alemán.

> *Madeline, te pido perdón por reaparecer en tu vida. No quise causarte ninguna molestia ni que te sintieras incómoda con mi presencia. Creo que lo más sensato es que me vaya para que puedas vivir tranquila. No te preocupes por mí, estaré bien. He sabido salir adelante en situaciones peores. Una de las cosas que aprendí durante los últimos años es que, no importa lo mucho que te empeñes en agradar a los demás, cuando te conviertes en un ser indeseado, lo mejor es agachar la cabeza y retirarte antes de que te la aplasten. Me lo enseñó la guerra… me lo enseñaron los nazis.*

Olvídate de mí, Madeline. Sé feliz con tu esposo y con tu hijo, al que ni siquiera llegué a conocer. Dile a mi tía Débora que la quiero mucho, que ese abrazo que me dio me devolvió la fe en la humanidad.

Gracias por haberme recibido en tu casa; te deseo lo mejor, de corazón.

Tu prima, tu amiga,

Isabela

Al levantar la vista, se encontró con los rostros expectantes de Santiago y de Rosario.

—No menciona hacia dónde planea dirigirse, tampoco la verdadera razón por la cual ha decidido marcharse.

—Isabela no conoce a nadie en Buenos Aires —manifestó Santiago, saltando fuera de la cama—. No puede andar sola por ahí. Iré a buscarla.

Magdalena supo que debería haberse ofrecido a acompañarlo; pero no tenía deseos de salir corriendo detrás de su prima. En el fondo, se alegraba de que se hubiera marchado por sus propios medios, ahorrándole el mal trago de tener que pedírselo por el bien de su propio hijo.

—¿No habrá ido a la casa de tu madre? —Rosario la miró. Le desconcertaba su frialdad.

—No sabría cómo llegar —repuso Santiago vistiéndose con celeridad—. Dile a Emilce que me prepare un café bien cargado. Saldré a recorrer las calles del barrio en la moto, no debe estar muy lejos.

—¿Qué te pasó en la mano? —Rosario, con todo el revuelo, no se había percatado de que llevaba una venda.

—Nada de importancia. Un pequeño y desafortunado accidente doméstico —le respondió, mirando de reojo a su esposa.

Rosario no le creyó, pero no tenía tiempo de indagar en profundidad sobre la causa de aquella herida. Bajó con él a la cocina para apurar a Emilce con el café y resolvió que lo mejor era llamar a Débora para ponerla al tanto de la situación. Solo esperaba poder hablar con ella y no con el infame de su esposo.

Cuando se quedó a solas, Magdalena hizo un bollo con la nota de su prima y la arrojó al suelo con rabia. En menos de veinticuatro horas, Isabela había logrado trastornar por completo su existencia. Había escapado de la casa después de morder a Santiago y ahora tendría a todo el mundo preocupado por ella.

Debía darle la razón a Isabela, lo mejor era que despareciera para poder vivir tranquila.

*

Santiago conducía despacio su Harley Davidson Knucklehead por las calles del barrio de Belgrano con la ilusión de encontrar a Isabela. Tenía una importante reunión en la Casa Rosada;

pero conocer el paradero de la muchacha era más urgente. Ya inventaría una excusa creíble para justificar su ausencia. Cada vez que se cruzaba con alguien, se detenía para preguntar por ella. Nadie parecía haberla visto. Hasta que por fin un canillita, en la intersección de las calles Juramento y Vuelta de Obligado, le dijo que apenas unos minutos antes había visto a una joven deambular con una valija cerca de las vías del ferrocarril.

Sin perder más tiempo, se dirigió hacia el lugar, pisando el acelerador de la moto.

Efectivamente, allí estaba Isabela, caminando con su equipaje a cuestas mientras miraba a su alrededor, buscando quién sabe qué cosa.

Aminoró la marcha para acercarse a ella sin asustarla. Si su intención era huir, no dudaría en salir corriendo apenas lo viese. Decidió que lo mejor era llamarla para alertarla de su presencia.

—¡Isabela! —gritó con ímpetu su nombre, pero no logró que se detuviera. Muy por el contrario, la joven apresuró su andar, dirigiéndose a las vías.

Santiago se apeó de la moto y corrió hacia ella.

—¡Isabela, esperá! —Un tren se acercaba a gran velocidad. Se desesperó al descubrir cuál era su propósito. Cuando vio que se subía a uno de los rieles, soltando la valija sobre el terreno cubierto de pedregullo, se abalanzó sobre ella, tironeándola hacia atrás para evitar que cometiera una locura.

Empujados por la violenta ráfaga de viento que dejó la formación de vagones al pasar junto a ellos, cayeron aparatosamente sobre un montículo de tierra. Aturdidos por la estridente bocina que el maquinista tocó en señal de alerta, se agacharon hasta que el tren se alejó.

Isabela quedó atrapada debajo de Santiago. Tenía la mejilla apretada contra su mano vendada. Él la cubría casi por completo, protegiéndola con su propio cuerpo. Se apartó cuando notó que ella intentaba moverse.

—¿Estás bien?

Ella, con la respiración agitada, solo fue capaz de asentir con la cabeza.

Santiago se incorporó y tras ponerse de pie, la ayudó a levantarse. Tenía las medias de nylon rotas y se le había salido un zapato. Se lo alcanzó y ella, con las manos temblorosas, lo dejó caer al suelo. Se ofreció a ponérselo. Isabela, reticente, le dijo que no hacía falta. Finalmente, cuando se dio cuenta de que estaba demasiado nerviosa como para ocuparse del zapato sin que se le escurriera de nuevo entre los dedos, terminó permitiéndoselo.

A pesar de lo incómodo y doloroso, Santiago se arrodilló sobre la grava, tomó su pie con delicadeza y lo apoyó sobre su muslo derecho.

Mientras Santiago le calzaba el zapato, Isabela solo era consciente del calor que le trasmitían sus manos. Ella, la que siempre rehuía del contacto estrecho con otro ser humano, se dejó llevar por la sensación inexplicable de bienestar que le provocaba el roce de un hombre que apenas conocía. Santiago Navarro Soler, el esposo de su prima Madeline, acababa de salvarle la vida.

Él alzó la cabeza y le sonrió. Sus dedos continuaban alrededor del tobillo femenino.

Isabela tragó saliva. Ahora, a plena luz del día, con el sol iluminando su rostro, lo pudo ver mejor. Distinguió un pequeño lunar en la mejilla izquierda y otro un poco más grande en el cuello. Su mirada penetrante la inquietó. El zapato ya estaba perfectamente calzado en su pie; sin embargo, parecía que no tenía la intención de soltarla todavía.

Un automóvil cruzó las vías, haciendo sonar con insistencia la bocina. El molesto ruido los tomó por sorpresa. Sin proponérselo, sus ojos se encontraron. Permanecieron un instante contemplándose en silencio. Fue Isabela la primera en reaccionar. Movió la pierna con el propósito de alejarse de él y Santiago no tuvo más remedio que soltarla. Le ganó de mano, recuperando su valija de las vías. Le sacudió el polvo con unos cuantos golpes y se echó a andar hacia el sitio en donde había dejado su motocicleta, mirando cada tanto por encima de su hombro para constatar que Isabela venía detrás de él.

—No voy a volver —aseveró la muchacha, antes de arrebatarle su equipaje de las manos.

Santiago, con los brazos en jarra y un gesto de incredulidad en su semblante, la miró fijamente. Tenía el cabello desordenado y una de las horquillas que lo sujetaban justo encima de la oreja, colgaba a un lado de su cabeza.

—No voy a dejarte sola, Isabela —le advirtió—. No después de lo que trataste de hacer.

Ella atinó a replicar, pero se quedó callada de repente.

—Ignoro lo que escribiste en esa nota; mi escaso vocabulario alemán se limita a un par de expresiones: *vielen Dank* y *der Hund ist böse.*

A Isabela se le escapó una risita. No era inusual que supiese cómo se decía “muchas gracias” en su idioma, pero le resultó divertida la segunda frase.

—¿El perro está enojado?

Santiago se encogió de hombros.

—Me la aprendí de memoria después de intentar leerle un cuento en alemán a mi hijo. —Él también sonrió—. Espero que tu decisión de marcharte sin despedirte no tenga que ver con lo que sucedió anoche entre nosotros. Aunque llevo una venda en la mano, ya me olvidé del incidente. Es más, ni siquiera me duele.

—Mi presencia incomoda a Madeline… a Magdalena —se corrigió.

—Podés llamarla como te plazca.

—No creo que mi prima piense lo mismo —repuso ella, en un tono irónico.

—¿Adónde ibas a ir? —Miró hacia las vías del ferrocarril—. Lo que pensabas hacer no es la solución a nada.

Isabela no supo qué decirle. No era la primera vez que pensaba en la muerte como una salida. Había perdido a su familia. Su madre estaba muerta por su culpa y su prima, aquella amiga de la infancia con la que tanto anhelaba reencontrarse, no la quería cerca. ¿Qué razones tenía para seguir viviendo?

—Regresemos a la casa. Magdalena y mi hermana deben estar muy preocupadas por vos. A

estas alturas, también mi suegra ya debe saber que te has escapado. —Se subió a la Harley Davidson y le dio unos golpecitos al pedazo de asiento que había dejado libre para ella—. No te he presentado a mi hijo todavía. Te aseguro que cuando lo conozcas, no podrás resistirte a su encanto. ¿Venís?

A Isabela no le parecía buena idea montarse encima de aquella máquina. El brazo de Santiago se quedó suspendido en el aire durante unos cuantos segundos, esperando a que ella se decidiera.

—Iremos despacio —le dijo para tranquilizarla.

—No puedo subirme a *eso* —alegó, moviendo la cabeza hacia un lado y hacia el otro para dar énfasis a sus palabras. ¿Cómo pretendía llevarla en su motocicleta cuando era más que evidente que no cabrían los dos juntos en un asiento tan pequeño?

—¡Claro que se puede y te lo voy a demostrar! —La escudriñó de arriba abajo, como si estuviese midiendo las proporciones de su cuerpo—. Si vas sentada con las piernas abiertas, pegada a mi cuerpo, entrás perfectamente. Ninguna mujer se ha subido antes a mi Harley —dijo, acariciando con recelo a su tan preciado tesoro de dos ruedas—. Sos bastante menudita y te prometo que no te caerás.

—¿Menudita? ¿Qué significa eso? —Isabela se sonrojó. Era imposible lo que él proponía.

—Que sos una mujer pequeña —le aclaró, curvando los labios en una sonrisa.

—No lo suficiente como para caber ahí —replicó, señalando el espacio que había dejado libre para ella.

—¿Probamos? —insistió Santiago, ofreciéndole de nuevo la mano.

—¿Y qué hacemos con mi equipaje?

Con un movimiento rápido, él se bajó de la motocicleta, agarró la valija y la colocó en la parte trasera, trabándola entre el caño que sostenía el asiento y la carrocería que cubría la rueda.

—Un problema menos —dijo él, abriendo los brazos en un gesto victorioso.

Isabela estaba dispuesta a resistirse hasta el último momento. Le asustaba la inminente cercanía que se produciría entre ellos si accedía a su demanda. No había sentido rechazo cuando la cubrió con su cuerpo al salvarla de una muerte segura. Tampoco al tocar su pie para calzarle el zapato… entonces, ¿por qué le resultaba tan inquietante viajar con él en su moto?

—La gente nos mira raro —adujo Santiago, en un último y desesperado intento para convencerla.

Isabela descubrió azorada que él tenía razón. Estaban llamando demasiado la atención y era por su causa.

—¿No hay otra manera de volver? —preguntó.

—Sí, en tranvía —respondió él, tranquilamente—. Pero no puedo arriesgarme a que te bajés en cualquier lado y no llegues a la casa.

—¿Y si te prometo que…? —Vio que él negaba con la cabeza. Era más testarudo que ella.

—Vamos, Isabela. No hay nada de qué preocuparse. —Se subió nuevamente a la moto y apretó la palanca de arranque.

Desconfiada, finalmente se acercó. No sabía cómo montarse encima de aquella máquina sin su ayuda. Agradeció en silencio cuando volvió a tenderle el brazo. Tuvo que subirse un poco la falda del vestido para poder levantar la pierna. Oteó por encima de su hombro para asegurarse de que la gente que pasaba por el lugar ya no les prestaba la misma atención que antes y se aferró con fuerza a su mano.

—Usá el pedal para impulsarte hacia arriba —le aconsejó, deleitándose la vista con la generosa porción de sus muslos que quedaban al descubierto.

Isabela obedeció. ¿Qué otra opción tenía? Terminó perdiendo el equilibrio, chocando el hueso de su cadera con el borde del asiento. Para no caerse, se abrazó a él, apretándose contra su cuerpo.

Isabela nunca vio la sonrisa de satisfacción que se dibujó en los labios de Santiago. Asustada y contrariada por la mezcla de emociones que la embargaban, mantuvo los ojos cerrados durante todo el viaje hasta el barrio de Belgrano.

INTENCIONES POCO HONESTAS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, octubre de 1946

—¿Qué pasa?

Magdalena miró a su cuñado. Era evidente que hacía muy poco que se había acostado. Tenía el cabello todo revuelto y apenas lograba mantener los ojos abiertos. Seguramente, el revuelo que armó Rosario por la desaparición de su prima lo había despertado.

—Isabela, la institutriz de Santiaguito, se ha marchado. Dejó una nota diciendo que no se encontraba a gusto en esta casa, con nosotros, y decidió largarse sin despedirse de nadie. Ya sabes lo exagerada que puede ser Rosario. —Se alejó de la ventana y se ajustó el nudo de la bata de seda. Ni siquiera se había vestido todavía—. Tu hermano salió a buscarla.

Francisco se dejó caer en uno de los sillones. La camisa del piyama tenía tres botones desprendidos y se abrió. Ni siquiera se molestó en cubrirse el pecho cuando Magdalena lo miró.

—Esa muchacha es tu prima, ¿no? —se mesó el cabello hacia atrás—. Deberías estar un poco más preocupada.

—Es una prima lejana —se apresuró a aclararle. Le costaba apartar los ojos de esa porción de piel bronceada que quedaba expuesta con descaro. Nunca se había fijado demasiado en él. A pesar de que vivían bajo el mismo techo, Francisco pasaba muy poco tiempo en la casa. Descubrió que tenía cierto aire a Pedro. La forma de la nariz era similar y compartían la misma sonrisa.

—De todos modos, me parece extraño que no acompañaras a mi hermano.

—Santiago se fue a buscarla en la moto —le respondió, cortante.

Francisco asintió. Su cuñada se había levantado de mal talante. ¿Sería por la desaparición de su prima o había algo más? No la conocía lo suficiente como para acertar en sus conjeturas; sin embargo, su don de tratar con las mujeres muchas veces lo había conducido por el buen camino.

—¿Problemas en el paraíso? —se atrevió a preguntar.

Magdalena lo fulminó con sus ojos claros.

—¿De qué hablas?

—De ese humor de perros que afea tu hermosura —contestó, para ganarse su confianza. Seguía pensando que había algo en ella que no le terminaba de cerrar.

Magdalena intentó ignorar su comentario. Sabía que Francisco estaba acostumbrado a tratar

con todo tipo de mujeres, y seducirlas con lisonjas debía ser una de sus estrategias de conquista. Sonrió para sus adentros. ¿Acaso pretendía hacer lo mismo con ella? Si esa fuera realmente su intención, no se sentiría ofendida en lo más mínimo.

—No me gusta que las cosas se salgan de control, eso es todo. —Volvió a la ventana. Le preocupaba que no hubiese noticias de Isabela todavía. No podía haber llegado tan lejos. Se había ido caminando, cargando con su pesado equipaje, y estaba en un país desconocido. La abrumó un sentimiento de pena que hacía mucho que no experimentaba. Aunque la presencia de Isabela en su vida ahora era una amenaza, no deseaba que le ocurriese nada malo.

Rosario entró al salón y se sentó junto a su hermano.

—Le he pedido a Emilce que prepare té de tila para todos. —Miró a Francisco—. Creo que para vos es mejor un café bien cargado. ¿A qué hora llegaste anoche?

Francisco suspiró hondo. Era demasiado temprano para un sermón.

—Llevaba muy poco tiempo en la cama cuando tus gritos me despertaron —le respondió, antes de dar un sonoro bostezo.

—Deberías darte un baño y cambiarte…

—Primero me tomaré ese café —replicó, sonriéndole zalamero.

Rosario le quitó unos mechones de la frente y le pellizcó la nariz.

—¿Cuándo será el día que te decidas a sentar la cabeza?

—Falta mucho para eso, hermanita. Dejame que disfrute de las maravillas de la vida antes de que alguien trate de ponerme la soga al cuello.

—¿Qué hay de esa muchacha que vino con vos la noche del asalto?

La expresión en el rostro de Francisco cambió. No le agradaba en lo más mínimo que Rosario hubiese conocido a Nina. Pero había insistido en acompañarlo y él, malherido como estaba, ni siquiera tuvo la oportunidad de protestar. Para no preocupar a su hermana, le habían contado que un par de ladrones lo atacaron en plena calle para robarle el reloj.

—Es alguien sin importancia —respondió con displicencia—. La conocí en el cabaret y le estoy dando una mano porque quiere entrar en el mundo del espectáculo.

Rosario frunció el ceño.

—Por la manera en la que se comportaba con vos, me parece que se trata de algo más… serio.

Él se encogió de hombros.

—Si la muchachita se enamoró de mí, no es mi culpa —alegó, quitándole importancia al asunto. Nina sabía muy bien lo que sentía por ella y no tenía nada que reprocharle. Por eso le molestaba que pudiera valerse de ese contacto fortuito que tuvo con su hermana para tratar de acercarse a su familia. Esa noche, aturdido por los calmantes, creyó escuchar que Rosario le decía a Nina que podía visitarla cuando quisiera. Esperaba que no tomase en cuenta su invitación.

—¡Señorita Rosario, ahí volvió su hermano! ¡La joven Isabela viene con él! —les anunció Emilce, a viva voz desde el pasillo.

Rosario salió corriendo para recibirlos. Magdalena, ante la mirada suspicaz de su cuñado, no tuvo más remedio que seguirla.

Isabela venía abrazada a Santiago mientras él maniobraba con la Harley Davidson hasta estacionarse delante de la casa. Era una visión algo perturbadora para cualquier mujer casada; sin embargo, ella estaba muy lejos de sentir celos de su marido. Cuando Santiago sujetó a Isabela de la cintura para ayudarla a bajarse de la moto, tuvo la sensación de que él se tomó más tiempo del necesario para hacerlo.

—¡Qué bueno que volviste, Isabela! —exclamó Rosario, emocionada.

Isabela, avergonzada por lo que había hecho, la miró con cierto recelo, pero le bastó ver la enorme sonrisa de alivio en su rostro para saber que no estaba enojada con ella. Cuando sus ojos negros se posaron en su prima, apenas recibió una tibia sonrisa de su parte. Ni una palabra cariñosa, ni un abrazo. Una mujer que apenas la conocía le mostraba más afecto que ella, que era su familia.

—Ya la tenemos de regreso entre nosotros —intervino Santiago, reprochándole en silencio a Magdalena por su actitud tan distante—. Isabela me prometió que no volverá a irse.

—Estábamos muy preocupados —le dijo Rosario, incluyendo a su cuñada en la ecuación.

—Lo siento, de verdad. No quería causarles ningún problema —se disculpó.

En ese momento, apareció Francisco. Bajó de prisa las escalinatas y se acercó al grupo para conocer por fin a la tal Isabela. Todavía estaba en piyamas.

—¡Vaya, con que vos sos la culpable de que me hayan despertado tan temprano! —bromeó —. Soy Francisco, el más interesante de los hermanos Navarro Soler. Tu nombre es Isabela ¿verdad?

Ella asintió. Con la confusión del momento, no recordaba si le habían mencionado que existía otro hermano además de Pedro, el sacerdote.

—Encantada, señor Navarro Soler.

Francisco se quedó absolutamente fascinado. Aquella muchachita tímida, de voz queda, era una verdadera belleza. Ya no le importaba que apenas hubiese dormido por su culpa. Puso su mejor sonrisa.

—El señor es demasiado formal, Isabela. Si me llamás Francisco, o Fran, me harías el hombre más feliz del mundo.

La reacción de Isabela no fue la esperada, al menos por él. Desvió la mirada y sus manos comenzaron a temblar.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Rosario, contrariada.

—Quisiera estar sola, por favor —pidió, al borde del llanto.

Santiago le dedicó una mirada fulminante a su hermano. Era evidente que su galantería barata

solo había conseguido perturbar a Isabela. Rosario la acompañó a la casa mientras él bajaba su valija de la moto. Pasó junto a su esposa sin siquiera mirarla.

—Solo quería ser amable con ella —manifestó Francisco, con aire despreocupado.

Magdalena se volteó hacia él

—¿Te gustó?

Francisco asintió.

—Es muy bonita, y ese acento que tiene la hace más interesante aún.

—Isabela está muy sola, perdió a toda su familia durante uno de los tantos bombardeos en Londres. —El marcado interés que parecía sentir su cuñado por ella podía serle útil—. No conoce a nadie en Buenos Aires porque a mí y a mi madre dejó de vernos hace años y el paso del tiempo enfrió la relación.

—¿Estás tratando de decirme algo? —quiso saber él, intuyendo que se traía algo entre manos.

Magdalena le miró con aire de misterio.

—Te jactas de que cuando te gusta una mujer, no te detienes hasta conquistarla. Al menos es lo que tus hermanos comentan de ti.

—Mis hermanos no mienten —ratificó él, sonriendo con sarcasmo.

—Entonces, no te demores demasiado. Puede que alguien te gane de mano.

Abandonó el jardín y lo dejó con la palabra en la boca. Magdalena no solo acababa de darle su visto bueno para que se acercara a Isabela con intenciones poco honestas; prácticamente lo estaba incitando a que intentara seducirla.

¿Por qué no?

UNA CONDENA CRUEL

Barrio Norte, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

Débora entró al despacho de Teodoro y cerró la puerta. Era el tercer intento esa semana. Aprovechaba cada vez que su esposo estaba fuera de casa para colarse en su dominio y hurgar entre sus cosas. Tenía que hallar las malditas fotografías para que ya no pudiese utilizarlas en su contra. Harta de sus constantes amenazas y su maltrato, no le importaba que la descubriese. Había forzado el cajón en donde lo había visto guardar el sobre con las fotos, pero ya no estaban allí. Era evidente que lo había cambiado de sitio. Tras revolver entre sus papeles y mover los libros de los estantes de la biblioteca sin encontrar nada, se desanimó. Quizá ya ni siquiera las tenía en la casa. Si había decidido llevárselas a la oficina, estaba perdida. Abrió el armario en donde exhibía objetos traídos desde Alemania. Había adornos en cerámica, un revólver utilizado en la Gran Guerra, algunas figuras decorativas que representaban el arte germánico, un busto en tamaño pequeño de Wagner, el músico preferido de Teodoro y también una primera edición de *El lobo estepario* de Hesse y otra del *Fausto*, de Goethe. Metió la mano detrás de uno de los libros y rozó el borde de un papel. Tironeó, y al hacerlo, el armatoste cayó al suelo, abriéndose en dos. Allí estaba el sobre. Miró en su interior y encontró las cinco fotografías que les habían tomado a Rosario y a ella, violando su intimidad. Cerró la puerta del armario, olvidándose del libro tirado junto a sus pies. No podía llevarse las fotos y correr el riesgo de que Teodoro se las quitara. Debía destruirlas cuanto antes. Sin vacilar, las arrojó al cesto de la basura, mezclándolas con otros papeles y tomó el encendedor que ella misma le había obsequiado a su esposo en su primer aniversario de casados. Prendió fuego las pruebas que ponían en peligro su relación con Rosario con una sonrisa en los labios. Ya nada ni nadie podría separarlas.

De repente, la puerta del despacho se abrió y apareció Teodoro. Al verla allí, quemando la única evidencia que tenía de su aborrecible traición, montó en cólera.

—¿Qué estás haciendo? —se aproximó a ella y la sujetó del brazo con fuerza—. ¿Cómo te has atrevido a desafiarme de esta manera?

Débora lo miró directamente a los ojos. Vio la ira reflejada en su mirada, pero no se amilanó.

—Ya no tienes nada con lo que amenazarme, Teodoro —le espetó, perdiéndole el miedo.

Él soltó una carcajada.

—¿Cómo podés ser tan ingenua? —La soltó y se quedó viendo como el fuego consumía

aquellas fotos que lo habían humillado tanto—. Me basta contar lo que sé para que todo el mundo se entere de la clase de persona que son vos y esa pervertida. La palabra de un hombre respetable como yo, a veces, vale mucho más que cualquier imagen. Igualmente, no soy el único al tanto de su... romance.

Débora palideció de repente.

—¿Qué quieres decir?

Teodoro se apoderó del encendedor que su esposa había utilizado para quemar las fotos y prendió un cigarrillo. Soltó el humo y recién entonces se dispuso a darle una respuesta.

—Yo jamás te hubiese mandado a seguir, Débora. Aunque sospechaba que me ocultabas algo, prefería hacer la vista gorda por temor a descubrir una verdad demasiado desagradable. A veces, es mejor vivir en la ignorancia para no perder aquello que amamos. Pero un día vino a verme Francisco Navarro Soler para contarme lo que había visto durante una visita a la estancia de su familia. Él andaba necesitado de dinero para cubrir una deuda y me chantajeó. Le pagué una suma considerable para mantener tu secreto a salvo. Pero como comprenderás, no podía permitir que continuaras burlándote de mí y degradándote de esa manera, revolcándote con la puta de Rosario. —Vio que reaccionaba al insultar a su amante—. Debía asegurarme de que la dejarías; por eso contraté a alguien de mi confianza para seguirte. Ya sabía el lugar en donde se encontraban… fue un trabajo rápido y sencillo.

—¿El hermano de Rosario lo sabe?

Teodoro asintió.

—Si él no hubiese venido a verme para pedirme dinero a cambio de su silencio, quizá nunca me habría enterado lo que estabas haciendo a mis espaldas.

—Francisco es tan culpable como tú de lo que pasó esa noche en la estancia —le reclamó, abrumada por la noticia.

—La zorra se lo merecía —replicó Teodoro, aplastando la colilla del cigarrillo en el cenicero.

—¡No la llames así! —Débora, impulsada por el desprecio que sentía hacia él, se le abalanzó encima, dispuesta a llegar a las manos para hacerle pagar por todo lo que había provocado con su sed de venganza.

Vio que Teodoro miraba por encima de su hombro y sonreía.

—Mamá, ¿qué sucede?

Débora se paralizó al oír la voz de su hija. Se dio media vuelta. Ella no debería estar allí… ¡No debería!

—Magdalena, ¿qué haces aquí?

—Vine a visitarte para que comencemos con los preparativos del cumpleaños de Santiaguito. —Magdalena entró al despacho y de inmediato sintió el olor a humo. Unos papeles se quemaban en el cesto de la basura—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estaban discutiendo?

—Nada de importancia, hija —respondió Débora, acercándose a ella para saludarla con un

beso—. ¿Ha venido el niño contigo?

—No, se quedó en la casa con Isabela.

—Mejor así, Magdalena —dijo Teodoro—. No sería conveniente que mi nieto esté presente cuando te cuente la clase de madre que tenés.

Débora se dio media vuelta y lo fulminó con sus ojos claros.

—Teodoro, no, por favor —le suplicó. Le dolía el estómago. Tuvo que sentarse en el sillón.

—Hija, creo que ya es hora de que sepas la verdad.

Magdalena, confusa, los miró de hito en hito.

—No lo hagas, Teodoro… no tienes ese derecho —balbuceó Débora, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Se puede saber qué sucede? —exclamó Magdalena, harta de tanto misterio.

—Será mejor que te sentés, hija —le aconsejó Teodoro, indicándole la butaca.

—Estoy bien así.

—Como vos prefieras. —Encendió otro cigarrillo y observó a su esposa con aire de superioridad. Estaba descompuesta de los nervios. La llegada de su hija había borrado de un plumazo esa repentina valentía con la cual se había atrevido a enfrentarlo—. Hace un tiempo que tu madre me engaña. Al principio eran solo sospechas, pero luego comprobé que, efectivamente, me estaba siendo infiel.

—No puedo creerlo. —Magdalena la miró. Como Débora no decía nada, supuso que su padrastro no mentía.

—Siempre supe que se casó conmigo sin amarme, que lo hizo para asegurar tu futuro y el de ella. —Hizo una pausa para darle una pitada a su cigarrillo—. De todas formas, jamás me hubiese esperado una traición semejante.

Magdalena al final tuvo que sentarse. Ella tampoco se esperaba aquello. ¿Su madre tenía un amante?

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

Mientras Débora continuaba con la cabeza gacha, atormentada por la vergüenza, Teodoro sonreía.

—Es alguien que conocés muy bien, pero jamás lo adivinarías.

—¡No quiero jugar a las adivinanzas, Teodoro! —objetó, molesta por su actitud.

—¿Se lo decís vos, querida, o preferís que sea yo el portador de tan terribles noticias?

Débora apartó las manos del rostro y lo miró. El desprecio que sentía por su esposo se había convertido en odio. No le importaba lastimar a quien decía querer como hija con tal de plasmar su venganza contra ella. Tenía que sacar valor de donde fuera para contárselo. Hablar antes de que Teodoro lo hiciera era una victoria demasiado pequeña ante una verdad tan terrible; pero Magdalena se merecía oírla de sus propios labios.

—Hija, nunca he querido lastimarte —le dijo, abatida—. Sabes mejor que nadie que me casé

con Teodoro para poder salir de Alemania, que todavía amaba a tu padre cuando me convertí en su esposa. Nunca imaginé que aquí volvería a encontrar el amor. —Hizo caso omiso a la risa burlona de su esposo—. No lo busqué, ni lo planeé. A veces la vida nos sorprende y nos dejamos llevar por los sentimientos. No elegimos a las personas de quienes nos enamoramos.

Magdalena se sintió identificada con aquella sentencia lapidaria.

—Sé que, dadas las circunstancias, deberías comprender lo que siento. —Débora se creía capaz de soportar la condena social por haberse enamorado de una mujer, pero jamás podría lidiar con el desprecio de su única hija—. Amo a Rosario… y ella me ama a mí.

Magdalena la miró con escepticismo. ¿Había mencionado el nombre de su cuñada?

—No, eso es imposible —dijo, negando con la cabeza—. Tú no puedes haberte enamorado de una mujer.

—Pasó, hija. Nos amamos.

—¡Cállate! —le gritó, al borde de la histeria. Cuando vio que Débora se levantaba con la intención de acercarse a ella, retrocedió—. ¡Ni siquiera lo intentes! ¡No volverás a tocarme con esas manos impúdicas!

—Hija, pensé que tú llegarías a entenderme.

—¿Entender qué? —le reprochó, alzando la voz—. ¡Te has estado acostando con una persona de tu mismo sexo! ¡Te enredaste, nada más y nada menos, que con la hermana de mi marido! —Le dedicó una mirada cargada de desprecio—. ¡No sé cuál de las dos me da más asco!

Mientras madre e hija protagonizaban aquella dramática escena, Teodoro las observaba cómodamente desde su butaca, como el más privilegiado de los espectadores. Ya no lamentaba la pérdida de las fotos. Ni siquiera le habían hecho falta para consumar su venganza. Magdalena ya estaba al tanto de las desviaciones sexuales de su madre, y a juzgar por su violenta reacción, jamás le perdonaría que se hubiese enredado con Rosario Navarro Soler.

—¡No quiero que vuelvas a la mansión, madre! —Magdalena tenía el rostro enrojecido por la rabia—. ¡Se me revuelve el estómago de tan solo pensar que te acerques a mi hijo después de tocar a esa arpía!

—¡No puedes impedir que vea a mi nieto! ¡Deja a Santiaguito fuera de todo esto, por favor! —le rogó, desesperada ante la idea de perder al niño—.¡Haré lo que me pidas, pero no me separes de él!

Magdalena no estaba dispuesta a capitular fácilmente. Debía castigarla de alguna manera por atreverse a manchar la memoria de su padre con tanta perversidad.

—No vayas a verlo… al menos por un tiempo. Le diré que te has ido de viaje o inventaré cualquier excusa para que no pregunte por ti. —Se dirigió hacia la salida—. El día que puedas demostrarme que estás arrepentida y que ya no mantienes ningún tipo de relación con Rosario, hablaremos de Santiaguito. Pero ahora, necesito que te mantengas lejos de él… y de mí.

Débora no hizo esfuerzo alguno para retenerla cuando abandonó el despacho.

Miró las fotos convertidas en cenizas. De nada le había servido su efímero acto de valentía para impedir que Magdalena conociera la verdad.

NUEVAS AMISTADES

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, noviembre de 1946

Nina sabía que Francisco se enojaría con ella. Le había prohibido acercarse a la mansión de los Navarro Soler y allí estaba, atreviéndose a desafiarlo sin pensar en las consecuencias de sus actos. La noche en la que fue atacado por los secuaces de Caporale y lo acompañó hasta su casa, había conocido a su hermana Rosario. No pudo negarse cuando la invitó a tomar un café en la cocina mientras esperaban el diagnóstico del doctor Miranda. Al momento de marcharse le dio las gracias por lo que había hecho por su adorado Fran y la invitó a visitarla. No tenía nada de malo que frecuentara a su familia. Una posible relación de amistad con Rosario no era sinónimo de compromiso. Esperaba que él lo entendiera así. Se anunció como Nina Montero. Su nombre todavía no era conocido en el mundo del espectáculo. Tras varios anuncios de revistas que incluían los de la línea de labiales Nantes, lanzando su nuevo tono "Moreno Playa", y la de medias de seda María Cristina en donde mostraba sin pudor sus piernas, había obtenido un pequeño papel en una película que se estrenaba el año siguiente, gracias a la mano que le había dado Tita Merello. Se le erizaba la piel cada vez que recordaba aquella primera vez recorriendo los emblemáticos estudios de Argentina Sono Film. Se habría cruzado con figuras de la talla de Mecha Ortiz y Fernando Lamas, quienes estaban filmando una película titulada *La rubia Mireya.*

El camino hacia el estrellato era complicado, pero ella tenía todo el tiempo del mundo para alcanzar sus sueños. Por supuesto su madre, quien siempre esperaba noticias suyas desde el pueblo, había recibido un gran paquete con todos los ejemplares de las revistas en las que salía. Se le aguaron los ojos al pensar en lo orgullosa que debía estar doña Beatriz mostrándole las fotos de su hija a los vecinos.

La mujer que la atendió le preguntó si la señorita Rosario la estaba esperando. Le dijo que no; aunque se apuró en aclararle que le había dado permiso para que la visitara cuando gustara.

—No sé si se acuerda de mí. Estuve la otra vez, con el señor Francisco.

Emilce asintió. Por supuesto que la recordaba. Aunque había cambiado su manera de vestirse, la reconoció de inmediato. A su parecer, aquella joven no era más que una de las tantas arribistas que se acercaban al señorito Francisco con la intención de engatusarlo para ponerle la soga al cuello. No entendía cómo su hermana le había dado su consentimiento para frecuentar la mansión. La condujo hasta el salón y le pidió que aguardara.

Nina había estado allí de noche y apenas había tenido oportunidad de admirar la sobriedad del lugar. Ahora, con la luz del sol que se colaba por el ventanal, podía contemplarlo en todo su esplendor. No era de dejarse impresionar fácilmente con el lujo, pero recorrió aquel salón con la boca abierta. La cerró de inmediato cuando oyó que alguien se acercaba.

Esperaba a Rosario, pero los que aparecieron fueron una mujer joven y un niño de cabellos rubios que sostenía una pelota de goma contra su pecho. Las dos muchachas se quedaron mirándose.

—Hola, mi nombre es Nina —dijo la aspirante a estrella del cine nacional, rompiendo el hielo.

—Hola. Me llamo Isabela. Soy la institutriz de Santiaguito. —Puso la mano sobre el hombro del pequeño mientras le sonreía—. ¿Estás esperando a alguien?

—Sí, a la señorita Rosario. —Aquel niño que la miraba con cierta vergüenza era el sobrino de Francisco. Se lo había mencionado en un par de ocasiones, aunque también había reconocido que tenía poco tiempo para pasar con él—. No he podido dejar de notar tu acento…

—Soy… inglesa. —Había estado a punto de meter la pata. No se acostumbraba a mentir, pero debía hacerlo para proteger el secreto de Magdalena.

La cabeza de Nina no dejaba de dar vueltas con el hecho de que la tal Isabela vivía en la misma casa que Francisco. Era bastante bonita, aunque se notaba que no sabía sacar provecho de su belleza. Trató de recordar si Francisco le había hablado de ella; sin embargo, estaba segura de que no lo había hecho. ¿Acaso no quería que se enterara de que compartía el techo con una mujer joven?

—Isa… vamos al jardín —pidió Santiaguito, dejando caer la pelota al suelo. Rodó hasta los pies de Nina. Ella la recogió y se la devolvió.

Isabela lo alzó en brazos y le acomodó el flequillo.

—Seguramente la señorita Rosario no tardará en venir. —Enfiló hacia la puerta—. Fue un placer conocerte, Nina.

—Lo mismo digo, Isabela —respondió, amablemente. Le había caído simpática como para sentir celos de ella. Supuso que, al ser extranjera, no tendría amigos en el país. Se vio reflejada en su historia, cuando tras llegar del interior se deslumbró con las luces de la gran ciudad. Antes de perderla de vista la llamó—. Sé que recién nos conocemos, pero ¿te gustaría que fuéramos a tomar un helado una tarde de estas?

El rostro de Isabela se iluminó. A ella también le había causado una buena impresión aquella muchacha bien vestida que parecía tan simpática.

—¡Me encantaría!

—¡Yo tamién quiedo helado! —puchereó Santiaguito, tironeándole del cuello de la blusa.

Isabela miró a Nina.

—¿No te importa que el niño nos acompañe?

—No, por supuesto que no. ¿Te parece bien mañana, como a esta hora?

—Me parece perfecto. —Le dio un beso en la mejilla a Santiaguito antes de que él escondiera la cabeza en el hueco de su hombro—. Nos vemos mañana entonces.

—Hasta mañana, Isabela.

A Nina le cambió el humor y la espera se le hizo demasiado corta. Rosario la recibió con los brazos abiertos y cuando la invitó a cenar, para no sentir que abusaba demasiado de su hospitalidad le dijo que no podía quedarse. Conversaron de muchas cosas, pero Francisco se convirtió rápidamente en el tema central. Nina le contó cómo se habían conocido y que llevaban juntos desde entonces. Rosario, por su parte, le relató varias anécdotas de su querido Fran. Ignorando que Nina ya lo sabía, se abstuvo de hablarle sobre la tragedia que había marcado su infancia a los diez años. La amena charla llegó a su fin cuando Magdalena llegó a la mansión. Ni siquiera se dignó saludarlas, y con una mirada cortante impidió que su cuñada le presentara a la amiga de Francisco.

—A veces está de mal humor —dijo Rosario, justificando la conducta de Magdalena—. Ya tendrás la ocasión de conocerla.

Con lo poco que había visto, prefería no tratar nunca con ella.

Cuando Nina se marchó, y arriesgándose a ser maltratada por la esposa de su hermano, Rosario decidió confrontarla. Le debía una explicación. Llamó a la puerta de su habitación y ante su falta de respuesta, tomó coraje y entró.

UNA COMPAÑÍA PELIGROSA

Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

Era tarde y Santiago deseaba llegar a casa. Tras una reunión de más de dos horas con su padrino, don Cipriano Reyes, en las instalaciones del Jockey Club, lo único que necesitaba era la paz de su hogar. El sindicalista del gremio de la carne, que había sido testigo de su boda, estaba inconforme con la idea que planteaba Perón de disolver el Partido Laborista. La oposición de Reyes a perder autonomía había generado roces con el presidente, y en el acto celebrado el 17 de octubre en la ciudad de La Plata, la misma jornada que en la Plaza de Mayo se festejaba el primer aniversario del Día de la Lealtad, el laborismo rechazaba abiertamente la posibilidad de que el partido desapareciera.

Santiago se sentía entre la espada y la pared. Cipriano Reyes no solo era su padrino, era el hombre que le había contagiado su entusiasmo por la política y el que lo llevó de la mano cuando se unió al partido. Había recurrido a él en su carácter de diputado nacional para contar con su apoyo; pero la futura disolución del Partido Laborista era casi un hecho. Y él no tenía la incidencia suficiente para torcer su destino. Tras pedirle disculpas por no poder ayudarlo, Cipriano Reyes, resignado, le aseguró que comprendía su decisión. Apartó la política de su mente. No era bueno traer los problemas a casa. Ansiaba retozar un rato con Santiaguito en el jardín o enfrascarse en la lectura mientras disfrutaba de una copa de brandi. Magdalena ya no era una prioridad en su vida… no desde que había conocido a Isabela. No pudo evitar soltar un hondo suspiro al pensar en la prima de su esposa. Después de haberla convencido para que no se marchara, ya no se mostraba tan recelosa hacia él. Tenía un vínculo muy estrecho con su hijo. Se habían gustado desde el primer momento. Santiaguito estaba encantado con Isabela y ella lo trataba con mucho cariño. A veces había advertido que se lo quedaba mirando durante un largo rato, con los ojos vidriosos, como si la invadieran los recuerdos. Sabía de la pérdida de su hermano pequeño en el campo de concentración de Auschwitz. Seguramente Santiaguito se lo recordaba mucho. Encendió el motor del Lincoln Zephyr y miró a través del espejo retrovisor. Distinguió que alguien que salía del Jockey Club le estaba haciendo señas con la mano. La reconoció de inmediato. Podría haber fingido que no la había visto y marcharse; pero cuando se dio cuenta de que corría hacia el auto, fue demasiado tarde.

Teté González del Pino le golpeó la ventanilla del lado del pasajero con insistencia y

Santiago no tuvo más remedio que abrirle.

—¡Qué bueno que te pude alcanzar! —exclamó, agitada.

—Hola, Teté. ¿Cómo estás? —la saludó con amabilidad, aunque era un incordio haberse encontrado con ella.

—Ahora que te veo, mucho mejor —respondió ella, con una sonrisa seductora. Cambió rápidamente de estrategia cuando se percató de que Santiago ponía mala cara—. En realidad, me preguntaba si no sería mucha molestia que me acercaras hasta tu casa. Vas hacia allá, ¿verdad? —Él asintió—. Quedé en verme con Magdalena, pero mi padre insistió en que lo acompañase al Jockey Club para una exhibición de esgrima y se me pasó el tiempo volando. —Antes de que Santiago tuviese la oportunidad de decir algo, Teté abrió la portezuela del auto y se acomodó en el asiento, asegurándose de que la falda se subiera lo suficiente como para dejar al descubierto sus rodillas y un poco más.

Santiago sonrió mientras echaba a andar el auto. Las intenciones de Teté al abordarlo de aquella manera eran muy claras, pero él no tenía deseos de caer en su trampa y enredarse nuevamente con ella.

—Magdalena odia la impuntualidad… supongo que es algo típico de los alemanes —comentó, mirándolo fijamente mientras él conducía.

—No me comentó que irías a verla.

Teté sonrió, nerviosa. No quería que se diera cuenta de la mentira. Magdalena no la esperaba; ni siquiera habían acordado verse. Era la única excusa creíble que se le ocurrió para conseguir estar a solas con él.

—Las mujeres no le cuentan todo a sus esposos, Santi.

A Santiago no le gustaba que lo llamase de aquella manera. Daba a entender que todavía compartían algo de intimidad, cuando la realidad era que lo que existió entre ellos formaba parte del pasado. Era la única que usaba ese diminutivo de su nombre y no se sentía cómodo.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que te diga Santi? Recuerdo que cuando estábamos juntos te gustaba mucho que te llamara así… es más, te excitaba cada vez que lo susurraba en tus oídos mientras hacíamos el amor.

Santiago apartó un segundo la vista del camino y la fulminó con la mirada.

—Eso pasó hace mucho tiempo.

—Pero pasó —replicó ella, negándose a aceptar que todo lo que habían compartido quedara sepultado en el olvido.

—Nos divertimos y conocíamos muy bien las reglas del juego, Teté. Nunca hicimos promesas, tampoco existió un compromiso real entre nosotros. No hubo engaño, siempre fui muy sincero con vos.

—Pensé que al final terminarías enamorado de mí... que pedirías mi mano y me convertiría en la esposa de un Navarro Soler —manifestó, resentida—. Jamás imaginé que me cambiarías

por otra mujer. Cuando supe que te habías comprometido con una advenediza a la que ni siquiera conocía, me sentí traicionada. Magdalena me lo quitó todo en un abrir y cerrar de ojos. Yo sí me enamoré, Santiago. Jugué el juego que propusiste, pero terminé sacrificando mis sentimientos para estar con vos. Por eso nunca me resigné a que viniera otra a ocupar el lugar que me correspondía a mí.

—Magdalena no te quitó nada, Teté.

—Me apartaste de tu vida cuando la conociste —le reprochó—. Y ahora, con un matrimonio supuestamente consolidado y un hijo de por medio, ni siquiera deja que la toques.

Se hizo un silencio pesado en el interior del Lincoln Zephyr.

—Tu adorada Magdalena me lo ha contado, Santi. Sé que se rehúsa a tener intimidad con vos.

Él la miró, enfurecido.

—Por eso te has acercado a ella, fingiendo ser su amiga, ¿verdad? Para poder enterarte de todo lo que sucede entre nosotros.

—Era lo único que me quedaba después de que me desecharas de tu vida como si fuera basura. —Los ánimos se habían caldeado y a ella no le convenía. Respiró hondo para intentar calmarse—. Quería estar cerca de vos, Santi. No podés culparme por eso.

Cuando Teté le tocó el brazo, Santiago dio un respingo.

—Imagino lo difícil que debe ser para un hombre fogoso como vos tener que soportar el rechazo continuo de una mujer. —El sutil roce de su mano se convirtió en una caricia más intensa—. A mí no me importaría satisfacer tus deseos, Santi. Teníamos buena cama vos y yo. No podés negarlo.

Santiago experimentó un fuerte rechazo hacia ella. Se estaba ofreciendo para ser su amante. Una mujer de su estatus social, que se jactaba de tener una moralidad intachable delante del mundo, pero que en la intimidad se comportaba como una ramera. Quizá era su culpa. Aunque jamás sintió que se estaba aprovechando de ella porque habían establecido las reglas de su relación desde un principio, tal vez la había subestimado. Teté no parecía ser de esas mujeres que se enamoraban y soñaban con casarse. Ella era atrevida, se desenvolvía con soltura en la cama y sabía complacerlo como toda una experta. ¿Por qué le reclamaba ahora que la hubiese dejado?

—Si tuvieses un poco de amor propio, no me harías semejante propuesta —le dijo, cortante.

Teté no se sintió ofendida por su comentario.

—No me importa rebajarme ni perder mi dignidad. Lo único que quiero es estar con vos, Santi.

—¡Dejá de llamarme así! —le exigió. Apretó los puños alrededor del volante. Estaban lejos de su casa todavía. No se creía capaz de soportar su compañía durante mucho más tiempo.

—No te enojés, por favor —le pidió, girándose hacia él. Al hacerlo, la falda se volvió a subir. Esta vez, sus muslos cubiertos con medias de seda negras, quedaron completamente expuestos

hasta la altura del portaligas.

Santiago desvió la mirada para no caer en su juego. En otras circunstancias, no hubiese tardado nada en detener el coche y hundir la cabeza entre sus piernas. Pero Teté ya no tenía ese poder sobre él. De un manotazo le puso la falda en su sitio y volvió a concentrarse en el camino.

Disgustada por su inesperada reacción, Teté dio vuelta la cara para que él no viese las lágrimas de frustración que caían por sus mejillas. Era la primera vez que repelía uno de sus avances. Estaba convencida de que no le costaría nada seducirlo. La falta de intimidad con Magdalena era una razón más que suficiente para que terminase cayendo en sus brazos. Sin embargo, la frialdad con la cual la había tratado la dejó humillada y desconcertada. ¿Acaso habría encontrado en otra lo que su esposa ya no le ofrecía? Era la única explicación que se le ocurría para justificar su rechazo. Se devanó los sesos tratando de adivinar de quién se trataba. Los chismes en la alta sociedad porteña corrían como reguero de pólvora y no había oído nada sobre él, a no ser sus logros dentro del ámbito de la política. Nadie se metía en su vida personal. Esa, ella la conocía mejor que nadie. No podía quedarse con los brazos cruzados. Si había una mujer interponiéndose en su camino, lo averiguaría.

*

Isabela no lograba concentrarse en el libro que había empezado a leer por recomendación de Rosario para mejorar su español. Llevaba pasando las páginas sin enterarse de nada. Santiaguito estaba jugando con su gato en el patio y faltaba poco más de media hora para su baño. No se sentía cómoda haciéndose pasar por una muchacha británica que, tras la pérdida de sus padres, había venido a la Argentina para convertirse en la institutriz del hijo de una prima lejana suya que se había criado en Alemania. Esa mentira fraguada por Magdalena en complicidad con su esposo y con su padrastro le había dado la excusa perfecta para tratarla con cierta distancia. Delante de los demás, no era más que una empleada de la casa que se encargaba de cuidar a Santiaguito. Sin embargo, cuando estaban a solas y ya no había ninguna necesidad de fingir, Isabela sentía que el vínculo que habían forjado en su infancia se diluía con el paso del tiempo. Cada vez que ella intentaba acercarse porque extrañaba a Madeline, su prima… Magdalena le recordaba que cualquier indiscreción podía ser la ruina para su familia. Entonces Isabela se alejaba con un nudo en la garganta para llorar a escondidas en su habitación.

Si Santiago la hubiese dejado en paz el día que la encontró junto a las vías del ferrocarril, le habría ahorrado muchos dolores de cabeza. A Magdalena no le complacía su presencia allí. Parecía que los años de separación habían endurecido su alma.

Dejó el libro encima de la mesita de noche y se dirigió hacia la ventana. El castillo de cuento de hadas que la había encandilado cuando llegó, ahora le resultaba un lugar sombrío. Se sentía prisionera entre aquellos muros decorados por fuera con lujosos adornos pero que, por dentro, no

eran más que ladrillo y cemento. Así veía a Magdalena… una figura de brillante apariencia con un interior oscuro.

Abrió uno de los postigos y respiró hondo. Le llegó el perfume de las anémonas y de los malvones que florecían alrededor de la casa. La primavera era su época favorita del año, aunque viviendo en Buenos Aires no tardaría en extrañar los paisajes nevados de Berlín. Rosario le había comentado que en el sur, en un lugar llamado Bariloche, la nieve era la protagonista absoluta durante los meses de invierno. Quizá algún día pudiera conocerlo.

Vio que un automóvil cruzaba el portón principal. Era Santiago. Descubrió que venía acompañado por una mujer. Desde esa distancia no pudo distinguir de quién se trataba, y aunque tenía el cabello rubio como ella, no podía ser Magdalena. Su prima había llegado hacía un rato desde la calle, azotando puertas y de un pésimo humor.

Iba a apartarse de la ventana para que no pensaran que los estaba espiando; aun así, no se movió ni un centímetro. ¿Por qué no bajaban todavía? ¿Qué tanto hacían en el interior del coche? La curiosidad la mantuvo allí quieta hasta que vio algo que la dejó bastante contrariada.

La mujer que estaba con Santiago se había acercado a él. Isabela podía jurar, sin temor a equivocarse, que lo había hecho con la intención de besarlo. Creyó ver un brazo alrededor de su cuello y una especie de forcejeo que acabó cuando Santiago se bajó del Lincoln Zephyr y cerró la puerta con violencia.

Isabela entornó el postigo para evitar que la descubrieran. No podía irse de allí. Necesitaba conocer la identidad de la mujer que lo había puesto tan nervioso.

Finalmente, la vio.

Caminaba con tanta altivez que nadie diría que apenas unos segundos antes había sufrido el desplante de un hombre. Llevaba pocos días viviendo en la mansión de los Navarro Soler y nunca la había visto. Siguió con atención cada uno de sus movimientos hasta que se juntó de nuevo con Santiago, quien se encontraba cerrando la puerta de su auto.

Isabela observó, atónita, como la rubia le rozaba la mano con disimulo. Él acercó su rostro al de ella, le dijo algo y luego se alejó en dirección a la casa. La rubia también tomó el mismo camino.

Isabela arrimó el postigo y se apartó de la ventana. Apenas podía dar crédito a lo que había visto. Acababa de sorprender al esposo de su prima en una situación bastante comprometedora con otra mujer, y a escasos metros de la casa que compartía con ella y su hijo.

¿Cómo podía atreverse a tanto? ¿Acaso Santiago no tenía moral? Era demasiado evidente que había algo entre él y la rubia que lo acompañaba. Estaba tan indignada que ni cuenta se dio de que tenía los puños crispados. Cuando se miró al espejo, también descubrió sus mejillas encendidas. ¿Qué le importaba a ella lo que hiciera el esposo de su prima? ¿Por qué le afectaba tanto haberlo visto con esa mujer? Se dijo a sí misma que era la reacción natural de alguien que se preocupaba por el bienestar de su prima. Pensaba en lo que podría hacer Magdalena si se

enteraba. Ahora se enfrentaba al dilema de contarle o no lo que había visto.

Jamás se le hubiese cruzado por la cabeza que Santiago fuese esa clase de hombre. Claro que ella apenas lo conocía y sabía muy poco de la naturaleza masculina.

Sentía lástima por Magdalena; sin embargo, había algo más intenso anidando en su pecho. Un sentimiento desconocido e inquietante que agitaba su corazón. Una mezcla de rabia y de impotencia al que le costó ponerle nombre.

Se dejó caer pesadamente en la cama. Al cerrar los ojos, se le apareció el rostro de Santiago. Los abrió rápidamente cuando lo imaginó tan cerca de aquella mujer.

Entonces comprendió por fin qué le sucedía.

No era pena lo que sentía por su prima… estaba celosa.



EL NOMBRE QUE QUIERAS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina,
noviembre de 1946

—¡No tengo ganas de hablar con nadie, Rosario! —gritó Magdalena con la intención de encerrarse en su habitación hasta la hora de la cena.

Rosario no pensaba desistir. Cuando descubrió que no le había echado llave a la puerta, y aun a sabiendas de que no tenía derecho a invadir su privacidad, entró sin pedirle permiso.

Magdalena se dio media vuelta y la fulminó con la mirada.

—Rosario, por favor, vete. —No era sencillo verla a la cara después de enterarse de la verdad —. Estoy muy cansada y no quiero discutir contigo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué llegaste de la calle con ese humor de perros? —Rosario cerró la puerta y se quedó parada junto a la mesa de arrime en donde su cuñada había arrojado su sombrero—. Tenía entendido que ibas a ver a tu madre para hablar con ella sobre los preparativos del cumpleaños de Santiaguito.

—Sí, efectivamente, a eso fui a la casa de mis padres —replicó Magdalena, escondiendo el asco que le producía tenerla cerca debajo de una falsa sonrisa—. Necesitaba coordinar con ellos el lugar en donde celebraremos los tres años de Santiaguito.

—A mí me gustaría que fuese en la estancia —sugirió Rosario, ignorando el tono despectivo con el cual su cuñada se dirigía a ella.

Magdalena no dijo nada. A esas alturas, le daba igual el lugar. Ya no podía contar con su madre, mucho menos con Rosario. Por más que se empeñara en participar en los preparativos, le dejaría bien en claro que no la quería cerca de su hijo.

—Te agradezco tus buenas intenciones, Rosario, pero voy a prescindir de tu ayuda. —Le dio la espalda para sentarse frente al tocador. Se quitó los aros y soltó su cabello—. Si necesito de alguien para que me dé una mano, lo buscaré en otro lado. No quiero que ni tú ni mi madre intervengan para nada.

Rosario la miró a través del espejo. No hizo falta que le diera ninguna explicación.

—Lo sabés, ¿verdad?

Magdalena le devolvió la mirada. Sus ojos verdes estaban cargados de desprecio.

—A mi madre no le quedó más remedio que confesármelo cuando los descubrí a ella y a

Teodoro discutiendo en el despacho. —Con movimientos envolventes comenzó a cepillarse el cabello. Era una actividad que solía relajarla de niña, pero ahora apenas era suficiente para evitar que perdiera los estribos—. Siempre supe que se había casado con mi padrastro solo para procurarnos un futuro lejos de Alemania. No era descabellado pensar que, con el tiempo, pudiese conocer a alguien de quien enamorarse. Mi madre es joven y atractiva. Estaba atada a un hombre al que no amaba. Muchas mujeres pasan por lo mismo, incluso podría haber llegado a comprender que le hubiese sido infiel a Teodoro. Sin embargo, cuando me dijo quién era su amante, repudié su comportamiento y su falta de moral.

—Sé que nuestro amor jamás será comprendido, mucho menos aceptado. Nos amamos, Magdalena… eso debería ser lo único que importase.

—No hables de amor, Rosario. ¡Lo de ustedes es cualquier cosa menos amor! —le replicó, cambiando la sonrisa falsa por un marcado mohín de repulsión—. ¡Lujuria, locura, perversión! ¡Ponle el nombre que quieras, pero lo que mi madre y tú sienten no es amor!

—No voy a discutir eso con alguien como vos, Magdalena. ¿Cómo vas a entender lo que nació entre Débora y yo cuando has vivido un matrimonio basado en la farsa?

Magdalena, impulsada por la rabia, se puso de pie. Hizo un gesto amenazante con la mano.

—¡No te atrevas a hablar de mí! —le advirtió.

—Santiago no es feliz a tu lado y ahora sé que es porque nunca lo has amado.

—¡Tu hermano tampoco estaba enamorado cuando se casó conmigo!

—Pero me consta que él ha hecho un gran esfuerzo para hacerte feliz. —Ahora que estaba envalentonada por la necesidad de defender lo que sentía por Débora, aprovecharía para decirle todo lo que tenía atorado en la garganta y que, por el bien de su hermano y su sobrino, se había callado durante tanto tiempo—. Ha soportado tus berrinches y tus desaires con estoicismo. Hasta hace pocos días, dormía en la habitación de huéspedes para no molestarte. ¡Por Dios, Magdalena! ¡Es tu esposo! ¡Tiene todo el derecho de mundo a compartir tu cama! No me lo ha contado, seguramente por pudor, pero es evidente que ni siquiera lo dejás que te ponga un dedo encima. ¿Por qué te casaste con él? ¡No lo entiendo!

Magdalena no iba a permitir que le hiciera semejante reclamo cuando era ella la que tenía que darle explicaciones sobre el sórdido romance que sostenía con su madre.

—Mi vida privada no te incumbe, Rosario…

—Pero vos tenés derecho a inmiscuirte en la de tu madre, ¿no es cierto?

—Eso es otra cosa. Alguien debe abrirle los ojos para que entienda la locura que está cometiendo —se justificó. Pasó junto a Rosario y se deshizo de los zapatos—. Le prohibí que se acerque a Santiaguito. Espero que sea razón suficiente para que recapacite y se olvide de ti.

—¿Sos capaz de usar a tu propio hijo para salirte con la tuya? —A Rosario ya nada de lo que hiciera su cuñada la sorprendía—. ¿A mí también me vas a impedir verlo?

—Convivimos bajo el mismo techo. Aunque quisiera, no podría —reconoció, de mal talante

—. Pero haré todo lo posible para que no pase tanto tiempo contigo. Por suerte, ahora tengo a Isabela. Ella cuida tan bien de él que no resentirá tanto tu ausencia.

—Santiaguito me adora y yo lo adoro.

—Santiaguito es mi hijo —enfatizó—. Si te hubieses enredado con un hombre en vez de meterte con una mujer, ahora podrías tener tus propios niños y no te apropiarías de aquellos que no pariste.

El breve pero certero discurso que pronunció Magdalena con tanta saña, le dio a Rosario en donde más le dolía. Su incapacidad de convertirse en madre nada tenía que ver con sus preferencias sexuales. Se tocó el vientre, aquel espacio hueco de su cuerpo en donde nunca se gestaría vida. Se le llenaron los ojos de lágrimas. No quería flaquear delante de ella, pero la había herido profundamente.

—Tenés razón, Magdalena. Estoy seca por dentro. Fue una bala la que me arrebató la posibilidad de engendrar un hijo, no el hecho de haberme enamorado de otra mujer.

Aquella confesión inesperada, dejó a Magdalena sin palabras. Quiso decirle que lo sentía, sin embargo, su orgullo se lo impidió.

—No voy a renunciar a tu madre —aseveró, secándose las lágrimas—. Vos menos que nadie tenés derecho a juzgarnos.

Magdalena se inquietó. ¿Acaso su madre le había contado que estaba enamorada de Pedro? De inmediato descartó esa posibilidad. Si Rosario estuviese al tanto del amor obsesivo que sentía por su hermano, se lo hubiese echado en cara sin ningún miramiento en el fragor de la pelea.

—Haz lo que quieras, Rosario. Ya se encargará la sociedad de condenarlas.

Rosario se marchó con un sabor amargo. Pensó en buscar a su sobrino, pero no quería empeorar la situación. Era mejor esperar a que las aguas se calmasen. Se dirigió a su habitación y tras arrojarse sobre la cama, se echó a llorar.

TIEMPO DE REPROCHES

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

Santiago se detuvo a mitad de camino cuando pasó delante del salón y escuchó la voz de Isabela. Le hablaba a su hijo de un tal Marcel y sintió curiosidad. Se acercó a la puerta entreabierta para espiarlos sin que se dieran cuenta.

Isabela y Santiaguito estaban tumbados boca abajo sobre la alfombra, con las piernas flexionadas hacia arriba. A su lado, Juanito, el gato que habían recogido de la calle, reposaba con la cabeza ligeramente levantada y meneaba el rabo en círculos.

—Extraño mucho a mi Marcel —se lamentaba Isabela, acariciando el lomo del felino mientras el niño, con ambas manos apoyadas en el mentón, la miraba en silencio—. Sé que quedó en las mejores manos, pero me gustaría que estuviese aquí conmigo, ahora. Estoy segura de que haría muy buenas migas con Juanito.

Santiaguito extendió el brazo y le rozó la mejilla.

—No tés triste, Isa —le dijo, con su vocabulario tan peculiar.

Ella suspiró hondo y le sonrió.

—No lo estoy, cariño. —Le besó la mano regordeta y abrió el libro de cuentos que le estaba leyendo—. ¿Seguimos con la lectura o prefieres que te enseñe más palabras en inglés?

Santiaguito se mordió el labio mientras balanceaba las piernas por detrás de su cabeza.

—¡Cuento! —gritó con entusiasmo.

Santiago permaneció oculto detrás de la puerta, escuchando cómo Isabela, con la calidez que la caracterizaba, le leía a su hijo uno de los relatos más famosos de los hermanos Grimm. Era una delicia verla cómo enfatizaba algunas estrofas o cambiaba la voz para darle vida a los diferentes personajes que componían la historia. Su hijo estaba encantado de oírla, y no era para menos. Él también se hubiese quedado horas allí, disfrutando de su compañía.

Al final se había quedado sin saber quién era el misterioso Marcel, porque no habían vuelto a mencionarlo.

En un descuido, la puerta se movió. Fueron apenas un par de centímetros, pero bastaron para que Juanito volteara la cabeza en señal de alerta y mirase en su dirección.

El gato acababa de ponerlo en evidencia. No tuvo más remedio que entrar al salón y fingir que recién llegaba. Se acercó y le removió el cabello a su hijo en un gesto de cariño.

—¡Hola, pillo! ¿Cómo estás?

Santiaguito se incorporó de un salto y se aferró a las piernas de su padre, exigiéndole sin palabras que lo alzara en brazos. Él obedeció y lo levantó mientras de reojo observaba a Isabela.

Juanito, después de haber provocado que casi lo descubrieran espiando, abandonó el salón muy orondo para irse a retozar en el jardín, bajo la sombra de uno de los pinos.

—¡Juanito! —Santiaguito, ansioso de salir detrás del gato, se removió inquieto entre los brazos de su padre.

Santiago lo bajó, le acomodó la ropa y se quedó viéndolo hasta que desapareció corriendo por la puerta.

—Será mejor que vaya con él. —Isabela se levantó, y al agacharse para recoger el libro de cuentos no previó que Santiago había tenido la misma intención.

Sus manos se rozaron sin querer. Ella atinó a rechazarlo, pero Santiago, aprovechándose de aquel contacto casual, comenzó a acariciarle la muñeca con la punta de su dedo índice. Isabela tragó saliva. Le costó tomar la decisión de apartarse de él. Cuando finalmente lo consiguió, descubrió que respiraba más rápido de lo normal. No era miedo, tampoco vergüenza. Aún no podía descifrar las sensaciones que le provocaba estar cerca de Santiago. Mucho menos cuando él la contemplaba con tanta intensidad, como si quisiera penetrar en su alma a través de una sola mirada. Suspiró hondo casi sin darse cuenta y le dio la espalda mientras ponía nuevamente distancia entre ellos para regresar el libro de cuentos a la biblioteca. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando escuchó que Santiago se acercaba.

¿Por qué no se iba y la dejaba en paz? ¿Qué pretendía al inquietarla de esa manera? Antes de que él diera un paso más, se giró sobre sus talones y lo enfrentó.

—¿Qué quieres? —Aun a costa de que él descubriese que debajo de aquella máscara de frialdad, existía una mujer luchando en contra de sus propios sentimientos, le sostuvo la mirada.

Santiago percibió el temblor en sus labios. Esos labios que lo atormentaban en sueños y que deseaba probar con locura. Desde aquel día en que la había rescatado junto a las vías del tren, no podía dejar de pensar en ella. Estaba mal, y lo sabía. Pero ¿cómo se hacía para evitar esos atrevidos pensamientos que irremediablemente lo llevaban, una y otra vez, a buscarla con cualquier pretexto?

—¿Podemos hablar? —Fue lo único que se le ocurrió decir.

Ella, en un gesto involuntario, se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

Santiago seguía con atención cada uno de sus movimientos.

—¿Hablar de qué? —replicó en un tono algo severo.

—¿Estás enojada conmigo? ¿Hice algo que te molestara? —Apoyó el brazo en una de las paredes de la biblioteca, cubriendo el espacio que los separaba.

Aunque hubiese querido, Isabela no habría podido retroceder porque el estante de madera estaba clavado contra su espalda.

—A mí no —respondió, trayendo a su mente la escena que había presenciado esa misma tarde entre él y la supuesta amiga de Magdalena.

—¿Y entonces a quién? —insistió, intrigado.

—Te vi.

Santiago enarcó las cejas.

—¿Me viste dónde?

Isabela no pensaba tener esa conversación con él; sobre todo porque todavía estaba muy molesta por lo inapropiado de su comportamiento a pocos metros de allí.

—Tal vez no debo meterme en los asuntos de los demás —dijo, con la intención de librarse de darle una explicación—. Debería ir con Santiaguito.

Santiago se interpuso en su camino, acorralándola contra la biblioteca.

—Ya empezaste a hablar, Isabela. No es justo que me dejés en ascuas.

—No soy quién para reclamarte nada… —comenzó a decir, bajando la vista para no tener que mirarlo a los ojos—. Pero me parece que deberías poner más cuidado en lo que haces. Cualquiera podría haberlos visto. Magdalena o el propio Santiaguito.

Él seguía sin entender de lo que le estaba hablando.

Isabela alzó los ojos y vio el desconcierto en su semblante.

—Me refiero a esa mujer. Los vi cuando llegaron en tu auto. A juzgar por el modo en el que se acercaba a ti, es indudable que hay una relación estrecha entre ustedes.

El rostro de Santiago se relajó.

—¿Teté y yo? ¡No tengo nada con ella! —afirmó, soltando un suspiro de alivio—. Malinterpretaste lo que viste, Isabela. No te voy a negar que lleva tiempo tratando de seducirme, sin embargo ya no me interesa como mujer.

A Isabela no le pasó inadvertido el último tramo de su comentario.

—Entonces en algún momento sí te interesó —quiso saber.

—Sí, salimos durante un tiempo antes de que conociera a Magdalena. Pero jamás tuve la intención de reanudar la relación. Aunque te parezca increíble, soy un hombre fiel, Isabela.

Ella no tenía por qué desconfiar de su palabra, parecía realmente sincero. De cualquier modo, no había malinterpretado lo ocurrido. La dichosa Teté sí estaba coqueteando con él sin importarle que Magdalena estuviese tan cerca.

—Ten cuidado con ella. No la conozco, pero una mujer despechada puede ser peligrosa. Si se acerca a Magdalena, me temo que no sea con buenas intenciones.

—Es loable que te preocupés por tu prima de esa manera —comentó, sonriéndole—. Aunque tengo el presentimiento de que tu enojo no es solo por ella, ¿me equivoco? ¿Sentiste celos, Isabela?

Si hubiese tenido el espacio necesario y las piernas firmes para correr, lo habría hecho.

Santiago la miraba con tanta intensidad que empezó a sentir que le faltaba el aire. Quedarse

allí era tentar a la suerte. Miró los hoyuelos en sus mejillas y movió la cabeza.

—Isabela… te pienso en todo momento. Por más que lo intento, no puedo arrancarte de mi cabeza.

Cuando comprendió la dimensión de sus palabras y las consecuencias de su inesperada confesión, Isabela recuperó el aliento y logró escaparse, pasando agachada por debajo de su brazo.

Corrió hacia la puerta y se detuvo un instante. Deseaba tener el valor suficiente para darse vuelta y mirarlo una vez más antes de irse, pero no lo hizo.

Se encerró en la habitación y lloró.

Lloró por ese sentimiento que crecía en su pecho y le estremecía el cuerpo entero.

Nunca había sabido lo que era el amor… hasta ahora.



LA TENTACIÓN EN CASA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

Cuando Emilce le anunció que la señorita González del Pino había venido a verla, Magdalena mostró su fastidio, arrojando el libro que estaba leyendo sobre el sofá. No habían acordado verse y cada vez le gustaban menos esas visitas imprevistas que se prolongaban hasta tarde. Le dijo que la hiciera pasar y que prepararse té con algunas de las masitas finas que había mandado a comprar en Las Violetas. Era la hora de la merienda y debía comportarse como la mejor de las anfitrionas, aunque no tuviese el más mínimo interés en su compañía. Con el tiempo, se había dado cuenta de que Teté realmente no era una amiga. Podían conversar de temas triviales y fingir que disfrutaban la una de la otra; sin embargo, apenas se soportaban. Ignoraba el motivo por el cual seguían manteniendo una relación de amistad. Ella lo hacía porque a veces se sentía demasiado sola y no tenía a nadie más a quien contarle sus variadas penas y sus escasas alegrías. Aunque nunca había visto nada extraño en su actitud, Magdalena sospechaba que la razón que había orillado a Teté a aproximarse a ella tenía que ver directamente con Santiago. No podía olvidar que había sido una especie de novia de su esposo tiempo antes de conocerlo. Quizá hacerse pasar por su amiga era la única manera que había encontrado para estar cerca de él sin que nadie se lo recriminase. Una *amistad* de conveniencia que ya no le aportaba nada.

Como el día se prestaba para pasarlo al aire libre, sugirió que tomasen la merienda en el jardín. Teté aceptó encantada después de alabar exageradamente, como siempre, el vestido que llevaba Magdalena.

—Me encontré con tu marido de casualidad a la salida del Jockey Club. —Dejó la cartera en una de las sillas y se acomodó la falda antes de sentarse—. Como venía hacia acá y tenía muchas ganas de verte, le pedí que me trajera. No te importa, ¿verdad?

Magdalena sonrió. Ella ni siquiera había visto a Santiago cuando llegó a la mansión. Seguramente se había encerrado en el despacho para evitar tener que saludarla.

—Me comentó que habías venido con él —le mintió. No iba a convertirse en carne de cañón para que esparciera por ahí sus miserias humanas—. Me sorprendí porque no habíamos quedado en vernos hoy, pero… siempre es grato recibirte en mi casa, Teté.

—La verdad es que estaba aburrida, y con el día magnífico que hace tenía ganas de salir.

Emilce apareció con el refrigerio y tras preguntar si necesitaban algo más, se retiró.

—¿Cómo van tus cosas, Magda?

Odiaba que la llamase así y Teté lo sabía muy bien. Evidentemente lo hacía a propósito.

—Faltan dos meses para el cumpleaños de Santiaguito y estoy planeando hacer una gran fiesta. Todavía no sé si la celebraremos aquí o en la estancia.

A Teté se le iluminó el rostro.

—¡Qué buena noticia! No hace falta que lo diga, pero podés contar conmigo para lo que sea —se ofreció—. Si te interesa mi opinión, creo que lo más conveniente es festejarlo en Las Acacias. Es más espaciosa y puede albergar a una importante cantidad de invitados. Sé que es apenas un niño, pero debido al entorno de tu marido, lo más normal es que asista mucha gente. Yo aprovecharía para afianzar vínculos y propiciar nuevas relaciones. Además, en el campo corre más el aire, y eso, sobre todo en verano, es una bendición para nosotros los porteños.

Magdalena solo se limitó a asentir. El argumento de Teté era sólido y le molestaba reconocer que tenía razón. Bebió un poco de té, pero se rehusó a probar las masitas porque había perdido el apetito. Continuaron intercambiando ideas sobre los preparativos de la fiesta y se hizo evidente que ni Rosario ni su madre participarían. Teté le preguntó a qué se debía el hecho de que se mantuviesen al margen y Magdalena le dijo que la madre del niño era ella y que estaba un poco cansada de que los demás tomasen decisiones que no le correspondían.

Teté, asombrada, aplaudió su actitud. Entonces, por el rabillo del ojo, vio que Santiaguito salía de la casa acompañado por una muchacha de cabello castaño que llevaba un vestido de mangas largas, a pesar de que a esa hora el sol seguía apretando.

—¿Quién es? —le preguntó, intrigada.

—Es la institutriz de Santiaguito. Es una pariente lejana, hija de una prima de mi madre, y viene de Londres.

Teté recordó que algo le había comentado durante uno de sus encuentros. Lo que no imaginaba era que se tratase de una mujer joven y bonita.

—¿Cuántos años tiene? Cuando me lo contaste, pensé que era alguien de mayor edad.

—Tiene diecisiete años. —Magdalena se dio cuenta en ese instante que, en pocas semanas, Isabela celebraba su cumpleaños—. Santiaguito la adora y ella lo trata con mucho cariño.

—¿Habla español al menos? —Mientras continuaba con su interrogatorio, no dejaba de observar a Isabela. Era mucho más joven de lo que imaginaba. Le inquietaba que viviese bajo el mismo techo que Santiago.

—Sí, estuvo haciendo un curso antes de venir a Buenos Aires. La idea es que le enseñe inglés al niño.

Teté asintió. Desvió la atención de su objeto de interés para mirar a Magdalena.

—Magda… ¿no te preocupa tener a una muchacha de esas características dando vueltas por la casa?

—¿Qué quieres decir?

—¿La has visto?

—Por supuesto. —Ahora fue Magdalena la que le prestó atención a Isabela. Se había sentado en el césped con Santiaguito y le hablaba, apuntando el dedo hacia el cielo. Estaría relatándole uno de esos tantos cuentos que luego el niño dibujaba en un cuaderno, o enseñándole nuevos vocablos en inglés.

—Es joven y posee cierto encanto —reconoció Teté, muy a su pesar—. ¿No tenés miedo de que tu esposo se tiente con ella?

La sola idea de que Santiago pudiese interesarse en Isabela le resultaba ridícula. Aunque su matrimonio estuviese tambaleándose, de crisis en crisis, nunca se fijaría en alguien como ella. Además, no sería tan estúpido como para buscarse una amante en su propia casa.

—Es absurdo —contestó, riéndose.

—Yo en tu lugar abriría bien los ojos, Magda. Las que van por la vida de mosquita muerta son las peores. —No entendía cómo podía mostrarse tan indiferente ante la posibilidad de que Santiago pudiese serle infiel con la institutriz de su hijo—. Sé que las cosas no van bien entre ustedes, y esa podría ser la excusa perfecta para que él se sienta con derecho de engañarte. Si no le das lo que pide, lo buscará en otro lado. Y si lo pensás bien, no tiene que ir demasiado lejos.

Las palabras de Teté lograron inquietarla. Nunca le había preocupado demasiado que su esposo la engañara. Después de todo, ella sería la más beneficiada si se conseguía una amante para que satisfacer sus deseos. Santiago ya no le reprocharía que se negara a cumplir con sus deberes maritales y podría yacer tranquila en su cama, soñando que era Pedro quien estaba a su lado. Sin embargo, no le gustaba para nada que los temores de Teté se cumplieran. Una cosa era aceptar que Santiago tuviese una amante y otra muy distinta que pusiera sus ojos, nada más y nada menos, en su prima Isabela. No podían humillarla de esa manera. Trató de pensar en algún gesto, alguna mirada que confirmase las sospechas de Teté. Entonces recordó la mañana en la que Isabela se había escapado y regresó a la casa después de más de una hora de ausencia, montada en la Harley Davidson de Santiago, nerviosa y agarrándose a su brazo con fuerza para no caerse. En ese momento no había notado nada extraño. Pero ahora, analizando la situación en frío, veía pequeños detalles que empezaban a hacerla dudar.

Las mejillas sonrojadas de Isabela cuando Santiago la ayudó a bajarse de la moto, el brillo en su mirada cuando le preguntó si él la había tratado con cuidado y, sobre todo, la sonrisa embobada en el rostro de su esposo… la misma que tenía la noche cuando se conocieron.

—No quiero ser pájaro de mal agüero, querida —manifestó Teté, encantada de seguir metiendo cizaña entre Santiago y Magdalena—. Deberías estar más atenta. No me gustaría que se burlasen de vos debajo de tus propias narices. Mucho menos, que usen al pequeño Santiaguito como tapadera.

Magdalena asintió. Teté tenía razón. Isabela no iba a arrebatarle lo que le pertenecía. No era una cuestión de celos, sino de puro orgullo. No podía permitir que la convirtieran en el

hazmerreír de todos.

Y estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de evitarlo.



MIRADAS INCÓMODAS

Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

A pesar de que todavía no estaban en verano, El Vesuvio se llenaba todas las tardes. Su variada y exquisita oferta de helados atraía tanto a niños como a mayores. Era uno de los lugares predilectos de Santiaguito. Cuando sus padres no podían llevarlo, eran su tía Rosario o su abuela Débora las encargadas de incluir a la heladería en algunos de sus paseos.

Isabela apretó la mano del niño con fuerza cuando se bajaron del tranvía en la esquina de la avenida Corrientes, a una cuadra del Obelisco. El sol comenzaba a apretar. Se agachó para desabrocharle el saco y le peinó el flequillo hacia un costado. Santiaguito, risueño y con impaciencia, señaló el local de la heladería. Cada vez que lo miraba, se le aparecía el rostro de su hermano. Sentía que cuidar del hijo de su prima era una revancha que le ofrecía el destino para subsanar errores del pasado. Muchas veces se reprochaba no haber estado más atenta cuando los soldados de las SS le arrancaron a Samuel de los brazos. Quizá si hubiera suplicado que no se lo llevasen, el pequeño de tan solo siete años no habría muerto en Auschwitz. Estar al lado de Santiaguito era como un bálsamo que cubría sus heridas, pero no alcanzaba para sanarlas.

Cuando se descuidó un instante, Santiaguito salió corriendo en dirección a El Vesuvio. Pronto se perdió en medio de la gente que pasaba por allí. El miedo se transformó en terror. Fue tras él y el alma le volvió al cuerpo al verlo parado en la puerta de la heladería, conversando con alguien. Era Nina, la muchacha que había conocido la tarde anterior en la mansión.

—¡No vuelvas a desaparecer así nunca más, Santiaguito! —Lo abrazó con tanta fuerza que el niño se removió inquieto, apartando la cabeza para poder respirar.

—Todos los niños cometen travesuras —dijo Nina, sorprendida por la exagerada reacción de Isabela—. No te preocupes tanto.

Isabela se incorporó, aunque mantuvo la mano del niño entra las suyas.

—Hola, Nina. ¿Hace mucho que esperabas?

—No, llegué hace cinco minutos. —Le sonrió—. ¿Entramos?

Isabela asintió. La mesa favorita de Santiaguito estaba ocupada. Antes de que hiciera un berrinche, lograron convencerlo de que sentarse cerca de la ventana tenía más ventajas. Pidieron un helado de chocolate y vainilla para él, mientras que Isabela y Nina optaron por una combinación de limón con dulce de leche.

—¿Hace mucho que trabajás para los Navarro Soler? —preguntó Nina, mientras miraba al pequeño con ternura. El deseo de formar una familia reñía con su sueño de ser artista; sin embargo, le gustaban mucho los niños y no descartaba la maternidad en un futuro lejano.

—Llegué a Buenos Aires hace tres semanas y me convertí en la institutriz de Santiaguito.

—¿Entonces no venías a la Argentina especialmente para ocupar ese puesto?

Isabela debía pensar muy bien cada una de sus respuestas. Acababa de meter la pata y la charla recién comenzaba.

—Soy prima lejana de Magdalena. Cuando me quedé sola tras la muerte de mis padres, tomé la decisión de buscarla. No sabía si me recibiría porque… porque no nos veíamos desde pequeñas, pero me abrió las puertas de su casa y me pidió que me encargara de la educación de su hijo. Pensó que tener a una institutriz nativa de Inglaterra podría resultar beneficioso para el niño.

—¿Le estás enseñando inglés?

Isabela miró cómo Santiaguito balanceaba las piernas, mientras esperaba ansioso su helado.

—Sí, de a poco, porque es demasiado pequeño todavía. —Nadie sabía que, además del inglés, le estaba enseñando algunas palabras en alemán.

—A mí me hubiese gustado aprenderlo. Supongo que saber hablar inglés le abre muchas puertas a la gente, y en mi mundo sería una gran ventaja.

—¿Tu mundo? —Las palabras de Nina despertaron su curiosidad.

Nina estaba a punto de responderle, pero apareció el mozo con la bandeja cargada de helados. Isabela le puso una servilleta en el cuello a Santiaguito y lo acomodó en la silla para que no quedase tan lejos de la mesa. En niño hundió la cuchara en la crema helada y se llevó una gran porción a la boca. Terminó con la nariz manchada de chocolate. Mientras lo limpiaba, él se reía. Enseguida ellas también se contagiaron de su risa.

—Cuéntame a qué te dedicas —le pidió Isabela una vez que terminó de ocuparse de Santiaguito.

—Soy actriz, o al menos es lo que siempre he soñado en convertirme. Salí en algunas revistas haciendo publicidades y este año participé en mi primera película con un papel pequeño.

—¿Apareces en una película?

Nina asintió. Se sentía halagada de hablar de su trabajo y que alguien mostrase tanto interés en escucharla.

—Aparezco exactamente dos minutos, en medio de un grupo de chicas, pero por algo se empieza. Se estrena en unos meses, y por supuesto estás invitada a acompañarme.

Isabela suspiró al recordar a su adorada Marlene Dietrich y el póster de *El ángel azul* que había dejado atrás cuando la deportaron al gueto de Lodz junto a su familia.

—¿En qué te quedaste pensando?

—En nada —respondió. Hablar de la Dietrich o de su película la pondría en evidencia—.

¿Cómo conoces a los Navarro Soler? Supongo que por intermedio de Francisco, tengo entendido que él es quien tiene vínculos con el mundo del espectáculo. Al menos es lo que oí en la casa. El modisto de la señorita Rosario viste a muchas figuras importantes del cine. Yo no lo conozco, pero Emilce dice que es todo un personaje.

—Yo tampoco lo conozco en persona. Se llama Paco Jamandreu y sí, algunos de sus diseños los llevan las grandes actrices en sus películas. —Nina soñaba con la posibilidad de que el excéntrico modisto confeccionara un vestido exclusivamente para ella. Quizá cuando fuera tan famosa como Fanny Navarro o Mecha Ortiz, tendría esa suerte—. Mi vínculo con la familia política de tu prima es a través de Francisco. Él y yo nos conocimos hace tres años, el mismo día que dejé mi pueblo para venirme a Buenos Aires. Aunque recién hace unos meses que frecuento de vez en cuando su casa. —Dejó la cuchara encima de la servilleta. El helado estaba delicioso, pero con tanta charla se había derretido—. Francisco me ayudó a dar mis primeros pasos. Al llegar, comencé a trabajar en El Gato Calavera, un cabaret en donde él todavía organiza partidas de póker. Servía mesas y conversaba con los clientes, nada más —le aclaró—. Allí me presentaron a un empresario del medio artístico que me consiguió varias publicidades en las revistas de mayor tirada del país. Luego, una noche tuve el honor de conocer a la gran Tita Merello…

—¿Tita Merello?

—¿Sabés de quién te hablo?

Isabela asintió. Magdalena se la había mencionado en su carta.

—Es una cantante de tangos, ¿verdad?

—Tita canta y actúa. Es una de las más grandes. Ahora se encuentra en México porque a su pareja, el también actor Luis Sandrini, le ofrecieron un importante contrato para filmar allí. Gracias a ella conseguí el papel en la película que se estrena el año que viene.

—Yo también canto… o solía hacerlo —comentó Isabela tímidamente.

—¿De verdad?

—Sí. Cuando era niña estudiaba en una academia de artes muy importante. Yo soñaba con ser cantante, y mi prima concertista de violín.

—Sí, Francisco me comentó que a veces la escuchaba tocar mientras estaba en la mansión.

—Ya no lo hace, y es una pena porque es muy talentosa.

—¿Y qué hay de vos? ¿No pensaste en dedicarte al canto de manera profesional? No conozco a mucha gente importante del ambiente todavía, aunque puedo hablar con lady Olivia, la dueña del cabaret donde trabajaba. Ella podría conseguirte una audición para la radio.

Isabela admiraba su entusiasmo, pero no quería hacerse ilusiones. El canto había quedado relegado a un segundo plano en su vida.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Nina de repente, mirando hacia la puerta.

—¿Qué pasa?

—Es Francisco. Acaba de entrar a la heladería. —Era inútil ocultarse. Él se dirigía directamente hacia ellas.

—Buenas tardes —saludó, quitándose el sombrero. Le dio un pellizco a Santiaguito en la mejilla y miró a las dos muchachas que lo acompañaban—. Rosario me dijo que ayer te apareciste en la mansión y hoy te encuentro compartiendo una salida con mi sobrino y su institutriz. —Sus ojos se posaban reiteradamente sobre el rostro de Isabela. La veía poco porque él llegaba a la casa de madrugada y se iba a la hora de la siesta; sin embargo, en los fugaces momentos en los que se la cruzaba, su belleza lo había deslumbrado.

Isabela notó la tensión que se produjo entre ambos. Lo saludó con un escueto movimiento de cabeza y se ocupó de Santiaguito.

—Francisco, no tenés nada que reprocharme —saltó Nina, tratando de no llamar demasiado la atención—. Si fui a tu casa es porque tu hermana Rosario me dijo que podía ir cuando quisiera. Ella quedó muy agradecida conmigo la noche cuando te acompañé después de la paliza que te dieron. Me parece que no hay nada de malo en que frecuente a tu familia… después de todo, hace tres años que salimos juntos.

Francisco la taladró con la mirada. Nina se aprovechaba de la presencia de Isabela y del niño para desafiarlo abiertamente. Provocar un escándalo en un lugar público como aquel no le convenía a ninguno de los dos. Ya saldaría cuentas con ella cuando estuviesen a solas en el departamento que le había puesto en la calle Paysandú, luego de que decidiera mudarse del cabaret.

—¿No me van a invitar a sentarme? —dijo socarrón, solo para molestarla.

—En realidad, ya nos estábamos yendo, ¿verdad, Isabela? —Le suplicó con la mirada que le siguiera la corriente.

—Así es, señor Navarro Soler. Santiaguito debe volver a la mansión temprano.

—No me llamés señor y ahorrate el apellido, por favor. Soy Francisco, a secas. —Le dedicó una sonrisa seductora.

Nina estaba que explotaba de la ira. Le sonreía como solía sonreírle a ella cuando recién se habían conocido. ¿Estaba coqueteando con Isabela delante de sus narices? ¡Era inaudito! Por debajo de la mesa le dio un fuerte pisotón. Francisco se apretó los labios y la miró de soslayo.

—Nina me estaba contando que el año que viene se estrena una película en la que trabajó —comentó Isabela, con la intención de que la sangre no llegase al río. La pareja echaba chispas por los ojos y temía ser, involuntariamente, la causa de aquella discordia.

—Sí, es un rol breve, pero confiamos en que le abrirá las puertas del mundo del cine. —Escudriñó a conciencia a la institutriz de su sobrina—. ¿Vos no pensaste en incursionar en el espectáculo?

—¿Incursionar? —Se mostró confundida—. Disculpen, pero hay palabras en español que me cuestan más que otras.

—Lo que Francisco quiere decir es si alguna vez pensaste en dedicarte al espectáculo.

Isabela no supo qué responder. Precisamente antes de que él apareciera en la heladería, la propia Nina le había mencionado que podría conseguirle una audición en la radio. Como la actriz no comentó nada al respecto, optó por callarse la boca. Cuando las insistentes miradas que le prodigaba Francisco comenzaron a incomodarla, resolvió que era hora de retirarse.

—Me gustaría mucho seguir conversando con ustedes, pero nos tenemos que ir. —Le limpió la boca a Santiaguito, lo sujetó con fuerza de la mano y lo conminó a bajarse de la silla. El niño, que aún no deseaba marcharse, hizo un berrinche que logró calmar enseguida con la promesa de que volverían muy pronto.

Francisco, como un perfecto caballero, se puso de pie y apartó la silla para ella.

—Ha sido un placer verte, Isabela —le dijo, sin dejar de sonreírle.

Isabela asintió a modo de agradecimiento y se despidió de Nina con un “hasta pronto”.

Apenas se quedaron solos, y antes de que Nina arremetiera con su retahíla de sermones, Francisco llamó la atención de uno de los mozos para pedir la cuenta.

—Nos vamos al cabaret.

—No quiero —protestó ella, enfadada.

Él suspiró.

—No me gusta cuando te comportás así, Nina. Te parecés al berrinchudo de mi sobrino. —Le ofreció la mano a modo de tregua—. Lady Olivia tiene una reunión con unos empresarios interesados en invertir en El Gato Calavera y quiere que esté presente.

Nina no pudo negarse. Aunque no se le había pasado el enojo todavía, se aferró de su brazo, marcándolo como propio. Abandonó la heladería con la cabeza erguida y una sonrisa en los labios.

LA MUJER QUE BUSCO

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

El muchacho miraba a su alrededor con desconfianza. Estaba anocheciendo y no sabía muy bien hacia dónde dirigirse. Había llegado en un vuelo desde Londres esa misma tarde, y gracias a la buena fe de un hombre que se apiadó de él apenas lo vio, consiguió que lo llevara en su automóvil hasta el centro de la ciudad. Buenos Aires le parecía demasiado grande. ¿Cómo haría para encontrar a Isabela entre tanta gente? Si hubiese sido un poco menos ansioso, se habría quedado en Inglaterra, esperando a que ella le mandase una carta con su dirección. Pero como no había recibido noticias de ella, se aventuró a cruzar el océano para buscarla. Pasó casi dos horas sentado en un banco de la Plaza de Mayo, observándolo todo con curiosidad y miedo. Su precario español le permitió preguntarle a un vendedor ambulante si conocía algún sitio económico en donde pasar la noche. Le nombró tantas opciones que terminó mareándose. Al final, una mujer que pasaba por ahí le recomendó una pensión en el barrio de Caballito. Una hermana suya vivía en el lugar y le aseguraba que se dormía y se comía bien y barato. Por temor a equivocarse, le pidió que le anotara la dirección en un papel. Le dio las gracias y escuchó atentamente las indicaciones sobre qué tranvía debía tomar para llegar a su destino.

Famélico y agotado, se pasó de largo, bajándose en el sitio incorrecto. Paró en un bar para preguntar dónde estaba y le dijeron que la dirección a la que quería ir quedaba a más de treinta calles de distancia. Lo vieron tan mal que le invitaron un café con medialunas.

Jedrek se lo devoró en un santiamén. Averiguó que se encontraba en el barrio de Flores,vecino al de Caballito, donde le habían indicado que quedaba la pensión. Si tenía suerte, quizá podía conseguir un lugar en donde pernoctar cerca de allí.

El dueño del bar, un italiano que hablaba un poco entreverado, le dijo que por unos pesos podía quedarse a dormir en una piecita que tenía en el fondo del local. Había un colchón y un par de frazadas para taparse del frío.

Jedrek aceptó de inmediato su oferta. Le pagó lo acordado y cuando lo llevó hasta la humilde dependencia que funcionaba como depósito no le pareció tan mala. Después de haber estado en un campo de concentración, aquel cuchitril de paredes de ladrillos y telarañas colgando del techo era una especie de paraíso. Con la ayuda de don Pasquale, tal el nombre del dueño del bar, desenrolló el colchón y lo cubrió con las frazadas que alguna rata se había encargado de

mordisquear.

Dejó la luz encendida. Cuando su cuerpo exhausto cayó sobre aquella cama improvisada, tardó solo unos pocos minutos en quedarse dormido.

Soñó con Isabela. La veía sentada frente a él, cantándole una canción.

Ignoraba el tiempo que le llevaría encontrarla, pero tarde o temprano daría con ella.

Y entonces sí ya nada le impediría confesarle lo mucho que la amaba.

*

Al día siguiente, al ver todo con más claridad y dejando de lado sus sueños, comprendió que hallar a Isabela sería toda una odisea. Don Pasquale no tenía idea de cómo ayudarlo. Cuando le sugirió que fuese a alguna comisaría para averiguar el paradero de su amiga, Jedrek le dijo que no hacía falta. No quería involucrar a la policía. No conocía las leyes de Argentina y arriesgarse a perder su libertad por causa de algún malentendido era lo último que necesitaba.

Recorrió las calles de Flores de arriba abajo, avanzando en manzanas de dos en dos para no perderse. En el bolsillo de su pantalón, llevaba un papel con la dirección del bar del italiano y algunos pesos por si le daba hambre durante el trajín de la búsqueda.

Volvía a hacerse de noche y continuaba sin saber nada de Isabela. Sentía que era como tratar de hallar una aguja en un pajar. Estaba de regreso cuando escuchó que de un local nocturno salía una música alegre. Un cartel luminoso de color rojo se encendía y se apagaba, como haciéndole un guiño cómplice. El Gato Calavera, leyó. Vio entrar a un par de caballeros y eso lo animó a acercarse. Apenas puso un pie en su interior, se le aproximó una muchacha ligera de ropas y lo instó a beberse algo en su compañía.

—¿Conoces a una muchacha llamada Isabela Eiserman? —fue lo primero que le preguntó.

La alternadora negó con la cabeza.

—No me suena de nada, bombón. —Otra de las muchachas se les acercó—. Moni, acá el señorito anda preguntando por una tal Isabela—. Miró a Jedrek—. ¿Everman?

—Eiserman. Isabela Eiserman —repitió, con la esperanza de que en ese lugar, frecuentado seguramente por mucha gente, alguien pudiera darle una mano.

—No la conocemos, gurrumín —dijo la tal Moni, sonriéndole—. Pero podés divertirte con nosotras hasta que la encuentres. —Prácticamente lo obligaron a sentarse y se pelearon para ver quién tenía el privilegio de atender a aquel muchacho con acento extranjero y cara de inocentón. Al final, se quedaron las dos con él.

Jedrek no tuvo más remedio que aceptar su invitación y tomarse un trago. De a poco, mientras las dos alternadoras se encargaban de que siguiera consumiendo, el cabaret se iba llenando de gente… y él llevaba tres copas de ginebra al hilo. Preguntó en dónde estaba la *toilette* y ambas se rieron.

—Por aquel pasillo, al fondo a la derecha —le respondieron, intercambiando miradas.

Cuando se puso de pie, sintió que el suelo se movía. Se maldijo por beber tanto. No estaba acostumbrado, y para él, un extranjero que no conocía a nadie en aquel país, excepto a don Pasquale, era una contrariedad. Se dirigió al baño y lo primero que hizo fue provocarse el vómito para evitar que el alcohol se le asentara en el estómago. Mareado, salió sujetándose de las paredes. La voz chillona de una mujer retumbaba en sus oídos. Estaba discutiendo con un hombre. Había gritos e insultos. Pasó por delante de la habitación en donde se desarrollaba la pelea y justo en ese momento, la puerta se abrió.

—¡Andate, Francisco!

—¡Soy yo el que debería estar enojado, Nina!

—¡Por Dios! ¡Sos el colmo de la desfachatez! ¡Me citás para que pasemos la noche en este lugar que significa tanto para nosotros y terminás preguntándome por otra mujer! —La joven salió al pasillo sin importarle tener testigos de la trifulca con su amante—. ¡Al menos hubieses sido más discreto!

—¡Basta, Nina! ¡No te sulfures y entrá a la pieza!

—¡No!

Jedrek la vio cruzarse de brazos mientras se recostaba contra la puerta abierta.

—¡Quiero que te vayas, Francisco! ¡Y si es posible, ya no vuelvas a buscarme!

El tal Francisco, en un arrebato, se le abalanzó encima, cubriéndola por completo con su cuerpo. Intentó forzarla a que entrara. Como ella se rehusó, le propinó una bofetada. La muchacha, histérica, cayó al suelo.

Jedrek estuvo a punto de salir en su defensa, pero el hombre, completamente ofuscado, terminó dándole el gusto y se marchó.

Fue recién entonces que ella reparó en su presencia. Jedrek se le acercó y le tendió el brazo para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien?

Nina asintió mientras se tocaba la mejilla que ardía por el golpe. Era la primera vez que Francisco se atrevía a ponerle una mano encima. Aceptó su ayuda y se puso de pie.

—Lamento que hayas tenido que ver una escena tan patética —se disculpó, haciendo un gran esfuerzo para sonreír.

—No debió golpearte. ¿Es tu novio?

—Algo así —le respondió, mirándolo con interés. ¿De dónde habría salido ese muchacho rubio que hablaba tan raro?—. No sos argentino…

—No, soy de Polonia.

—¡Vaya! ¡Jamás me lo hubiese imaginado! ¿Eso queda en Europa?

—Sí, al este de Alemania.

Nina sintió. La geografía nunca había sido su fuerte.

—¿Viniste a la Argentina por causa de la guerra? —Pensó en la cuñada de Francisco. Magdalena y su madre habían escapado de Alemania justo antes de que estallase el conflicto bélico en el continente europeo.

—En realidad, estuve prisionero en un campo de concentración durante la guerra. —Hizo una pausa—. Soy judío.

Nina no dijo nada. Oír las palabras prisionero, campo de concentración y judío en una misma oración, provocaba cierta incomodidad.

—Cuando los rusos liberaron el campo en el que estaba, gracias a un programa de reinserción para jóvenes víctimas del régimen nazi, viajé al Reino Unido junto a un grupo de chicos de mi edad. —Se recostó sobre la pared porque se había vuelto a sentir mareado—. Viví en Londres casi un año y vine a Buenos Aires buscando a una persona… a una mujer.

—¿Estás bien? —quiso saber al notar que su cuerpo se tambaleaba.

—En realidad, no. Bebí demasiado y no estoy acostumbrado —contestó, algo avergonzado.

—Si no te incomoda, podemos entrar en mi pieza para que te sientes. Me intriga mucho tu historia.

Jedrek aceptó. Cualquier ayuda, en sus circunstancias, era más que bienvenida.

—¿Cruzaste medio mundo para buscar a una mujer?

—Sí. Dejamos de vernos hace un mes, cuando ella viajó para encontrarse con su prima. —Se sentó en una silla y suspiró hondo—. Nos conocimos en el campo-gueto de Theresienstadt, en el Protectorado de Bohemia y Moravia. Ella es alemana y yo, polaco.

Nina asintió, aunque seguía sin ubicar los lugares que él le mencionaba.

—Cuando llegó acababa de perder a sus padres y a su hermano pequeño en Auschwitz, el centro de exterminio más grande del Tercer Reich.

—¿Es judía como vos?

—Sí, aunque también había presos políticos, gitanos, homosexuales y deficientes mentales, la mayoría de los prisioneros éramos judíos.

—Debés quererla mucho para venirte hasta acá a buscarla.

—Isabela es el amor de mi vida, a pesar de que nunca me animé a confesárselo.

Nina arrugó el ceño.

—¿Dijiste Isabela?

—Así se llama la mujer que busco —respondió Jedrek, percibiendo su repentina consternación.

—Yo conozco a una muchacha con ese nombre, pero no es judía ni alemana. La Isabela de la que te hablo es inglesa. Llegó a Buenos Aires hace algunas semanas para hacerse cargo de la educación del hijo de una prima lejana, que casualmente es la cuñada del hombre al que has visto hace un rato, abofeteándome. Es más, la razón de nuestra pelea era precisamente ella. Le reclamé a Francisco que no me gustaba el modo en que la miraba y él, como siempre, me dijo que estaba

equivocada. Ayer salimos juntas a dar un paseo con el niño y fue cuando descubrí que Isabela le gusta a mi hombre. Por supuesto, no la culpo a ella. Francisco es un picaflor y… bueno, tengo que reconocer que es una muchacha con encanto.

Jedrek recordó que en el bolsillo de su chaqueta llevaba la fotografía que el grupo de jóvenes rescatados se había hecho en Windermere el día antes de cumplirse los cuatro meses de estadía que establecía el programa. La sacó y se la mostró.

—Ella es mi Isabela. —Señaló a una muchacha arrodillada en la parte de adelante.

Cuando Nina vio aquella imagen, sonrió.

—¡Es ella, tu Isabela es la misma que yo conozco!

FANTASMAS DEL PASADO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

Isabela no podía conciliar el sueño. No sabía si era por causa del colchón, demasiado blando para su gusto, o porque le dolía el estómago de hambre. Se había acostado sin cenar porque no se sentía cómoda compartiendo la mesa con la familia de Magdalena. Hablaría con ella al día siguiente para decirle que prefería comer en la cocina, con los criados… después de todo, eso era ella ahora. Como institutriz del pequeño Santiaguito, formaba parte de la servidumbre. Se levantó de la cama y apoyó los pies en la mullida alfombra que cubría por completo el suelo de la habitación. Recordó su primera noche allí, cuando Santiago la sorprendió en medio de una pesadilla. No pudo evitar soltar un suspiro al pensar en el esposo de su prima. Él había salido a buscarla cuando intentó huir. No quería ni imaginarse hasta dónde hubiese sido capaz de llegar si Santiago no la encontraba junto a las vías del ferrocarril. Cerró los ojos al recordar el calor de su cuerpo cubriendo el suyo cuando la salvó de morir embestida por el tren. Los retazos de todo lo sucedido a partir de ese momento entre ellos se colaban en su mente, provocando que se le erizara la piel. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba así por ella: mucho menos un hombre que apenas acababa de conocer.

Se puso la bata que le había dejado Rosario encima de la cama por si tenía necesidad de levantarse por las noches y salió de la habitación, cerrando con cautela la puerta para no hacer ruido.

Esperaba que a nadie le molestara que husmeara en la cocina para conseguir un poco de comida. En Windermere contaba con la complicidad de Jedrek, y cuando uno de los tutores los descubrió robándose el pan él se echó la culpa, alegando que había sido su idea.

Si alguien la descubría allí, no tendría nadie para defenderla.

La cocina estaba en penumbras. Habían dejado las cortinas abiertas de par en par y la luna llena se colaba a través de los cristales. Encima de la mesa, una bandeja rebosaba de frutas de todos los colores. Se le hizo agua la boca. Ni siquiera tendría que quedarse mucho tiempo y correr el riesgo de que alguien la sorprendiera con las manos en la masa.

Se acercó y escogió una banana, la más grande, una manzana de brillante cáscara roja y una pera bien redondeada. Con ese suculento y delicioso botín, se dispuso a regresar a la habitación. Pero su misión de escape se vio frustrada cuando la luz se encendió. Lo primero que atinó a

hacer, antes de averiguar quién acababa de sorprenderla, fue devolver toda la fruta a su sitio y tratar de salir corriendo. Se detuvo en seco cuando se dio media vuelta y se topó con Santiago.

Él estaba recostado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión divertida en el rostro. Era evidente que apenas podía contener la risa.

—Lo lamento —dijo Isabela, sintiéndose culpable por intentar robarse unas frutas en medio de la noche.

—Isabela, no tenés que pedirme disculpas. —Se aproximó a ella, tomó la manzana que ella acababa de colocar en la bandeja y le dio un gran mordisco—. Yo también tenía hambre y bajé a la cocina por un pequeño tentempié. Esta es tu casa y no es necesario que pidas permiso, tampoco debés sentir que estás metiéndote en donde no debés.

Isabela no dijo nada. Se quedó viendo como él disfrutaba de la fruta con verdadera fruición. Dejando la culpa y la timidez de lado, se apoderó de una manzana un poco más pequeña y tras sacarle brillo con la tela de la bata, la mordió.

—Rica, ¿no? —Santiago no podía apartar la mirada de su boca, humedecida con el jugo de la fruta. Había sido una casualidad maravillosa encontrársela en la cocina después de echarla en falta durante la cena.

Isabela, incómoda, ya no tanto por haber sido sorprendida in fraganti sino por aquella manera intensa que él tenía de mirarla, terminó dejando la manzana a medio comer. Con la excusa de arrojarla al cesto de la basura, le dio la espalda. Tenía que salir de allí. Había sido un gran error dejar su habitación en mitad de la noche. Cuando se volteó con el propósito de irse, Santiago le pidió que se quedase.

—Cuando no bajaste a cenar con nosotros, me preocupé —le confesó—. Después de lo que pasó aquella mañana, tuve miedo de que volvieses a desaparecer.

Ella suspiró.

—Lo de ese día no se va a repetir —le aseguró—. No me iré de la mansión al menos que alguien disponga lo contrario. Estoy aquí para ocuparme de Santiaguito y cumpliré con mis obligaciones.

—Sos mucho más que la institutriz de mi hijo, Isabela. Aunque tengamos que seguirle el juego a Magdalena y a Schneider, nadie te puede despojar de tus derechos. Santiaguito es tu sobrino segundo y yo… ¿qué vengo a ser yo?

—¿Mi primo político?

Santiago se rio.

—Suena raro, sobre todo porque soy diputado y me dedico a la política —manifestó, mientras se acercaba, aprovechando que ella había bajado la guardia—. Preferiría ocupar otro lugar en tu vida… el que vos quieras darme.

Isabela tragó saliva. Apenas los separaban unos pocos centímetros. Sentía que la conversación estaba yendo hacia derroteros peligrosos.

—Eres el esposo de mi prima —respondió con la esperanza de sonar lo suficientemente cortante como para que la dejase salir de la cocina antes de que la situación se les fuese de las manos. Recordó lo que había pasado en la biblioteca después de que ella lo interpelara con una escena de celos y no podían volver a lo mismo.

—Sí, el esposo infeliz —dijo, resoplando con fuerza—. El esposo atrapado en un matrimonio sin amor.

Isabela no supo qué decir o qué hacer. No se esperaba una confesión semejante.

—Magdalena y yo no nos casamos enamorados. Iluso, pensé que el amor llegaría con el tiempo… pero llevamos juntos tres años y todavía sigo esperando.

—¿No amas a mi prima?

Santiago negó con la cabeza.

—¿Por qué te casaste con ella entonces?

—Para cumplir con la promesa que le hice a mi padre en su lecho de muerte y porque Magdalena me parecía una mujer muy hermosa. Me gustaba mucho.

—¿Ya no te gusta? —Se arrepintió de inmediato de formularle aquella pregunta tan privada.

—¿Querés saber la verdad?

No, no quiero, pensó Isabela para sus adentros. *Mucho menos ahora, en este lugar, cuando nos rodea el silencio y la penumbra.*

—Será mejor que vuelva a mi habitación —dijo, en un intento de escapar de lo que sentía cuando lo tenía cerca.

Santiago siguió derribando barreras y se aproximó hasta que sus cuerpos casi se rozaron.

—Primero vas a escuchar lo que tengo para decirte. —Se aclaró la garganta antes de continuar—. La sangre enciende mis venas, las manos me sudan y las piernas me tiemblan. Mi cuerpo entero se revoluciona cuando te veo, Isabela. Ardo en deseos de probar tus labios y llegar hasta donde vos me lo permitas. Estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario, porque sé que la espera valdrá realmente la pena. Apareciste en mi camino cuando ya me había resignado a enterrarme en vida en un matrimonio que se alimenta solo de apariencias. Lo único que me hacía feliz, hasta que te conocí, era el amor de mi hijo. No me pidas que me aleje de vos… ya es demasiado tarde. Te fuiste metiendo en mi pecho poco a poco y ahí vivirás para siempre.

Las palabras de Santiago, tan directas, tan profundas, la desarmaron. Ella también entraba en la misma espiral de emociones cada vez que lo tenía cerca. No podía pensar con claridad y cuando lo miraba a los ojos, se le olvidaba quién era… el esposo de su prima. Santiago se había adueñado de su voluntad, colándose en su mente y en sus sueños.

Él la sujetó del mentón con el claro propósito de besarla, Isabela contuvo el aliento. Aunque tuvo la oportunidad de escaparse, no lo hizo. Santiago le rozó el labio inferior con la punta del dedo índice. Todavía estaba húmedo. En el último segundo la miró, buscando su aprobación. No quería forzarla a hacer nada que ella no deseara de verdad. Cuando finalmente sus bocas entraron

en contacto, el beso le supo a manzana dulce y a gloria bendita. Le acarició el cuello por encima de la bata mientras ella se entregaba a sus brazos. Abandonó por un instante sus labios y con un rápido movimiento, la levantó para sentarla sobre la mesa. Isabela abrió las piernas y él se pegó a su cuerpo. Volvieron a besarse con intensidad mientras las manos de Santiago la sujetaban de la cintura.

Isabela, con los ojos cerrados, se dejó llevar por las sensaciones que dominaban su cuerpo. Santiago hundió el rostro entre sus pechos y ella enredó los dedos en los rizos que se le formaban en la nuca cuando no llevaba gomina.

—Isabela…

Cuando él susurró su nombre, algo en su interior se quebró. Viajó a miles de kilómetros de allí; a la noche en la cual el comandante Müller había intentado violarla. Eran otras manos las que la acariciaban y otra boca la que pronunciaba su nombre; sin embargo, el demonio estaba allí, acechándola desde los rincones más oscuros de su mente.

—¡No, déjame! ¡No me toques! —lo empujó con fuerza y Santiago, desconcertado, la soltó. Se bajó de la mesa. Estaba agitada y todo su cuerpo temblaba.

—Isabela, tranquila. —Intentó abrazarla, pero ella no se lo permitió. Cayó de rodillas al suelo y se arrastró lejos de Santiago, acurrucándose en un rincón, con las piernas pegadas al pecho y la cabeza gacha. Él se acercó para sentarse a su lado, en silencio, con la única intención de quedarse junto a ella hasta que el miedo desapareciera. Cuando comenzó a llorar, le acarició la mano—. Estoy acá, con vos. Nunca nadie te va a volver a lastimar. Te lo prometo.

Isabela lo miró. La voz de Santiago había espantado al demonio. Sin decir absolutamente nada, se recostó sobre su pecho y lloró hasta quedarse dormida, arrullada por el calor de su cuerpo.

Santiago la alzó en brazos para llevarla hasta su habitación. La depositó suavemente sobre la cama y la cubrió con las sábanas.

Antes de irse, le dio un beso en la frente y, aunque Isabela no podía oírlo, le prometió que él siempre la cuidaría.

BIENVENIDO, JEDREK

Barrio de Caballito, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

Jedrek estaba nervioso. Había llegado el día en el que por fin se reencontraría con Isabela. Don Pasquale, cuando se enteró de que la muchacha que había venido a buscar vivía en una mansión del barrio de Belgrano, le prestó uno de los mejores trajes de su hijo para no desentonar. Jedrek aceptó gustoso. Quería impresionar a Isabela. En el bolsillo del saco guardó la sorpresa que traía para ella desde Londres.

Había quedado con Nina en verse en la parada del tranvía. Todavía le parecía increíble que el destino la hubiese puesto en su camino. Jamás imaginó que una simple y casual visita a un cabaret porteño lo llevaría directamente a Isabela. Aunque había ciertas discrepancias entre lo que él sabía y la historia que le había contado Nina, la foto era la prueba de que estaban hablando de la misma persona.

Se mesó el cabello en un gesto de impaciencia. No le gustaba esperar; mucho menos cuando el deseo de volver a ver a Isabela era tan intenso.

Nina llegó diez minutos más tarde de lo pautado y perdieron el tranvía. Aquel percance solo lo puso más nervioso.

—Tomaremos el próximo —le dijo ella, para tranquilizarlo.

Jedrek asintió. ¡Qué otro remedio le quedaba!

Se sentaron en el banco de una plaza. Nina trató de darle conversación, pero Jedrek tenía pocas ganas de hablar.

—Isabela se va a llevar una gran sorpresa cuanto te vea.

Él asintió. Era la cuarta o la quinta vez que se lo decía. Había perdido la cuenta. Se paró en un santiamén cuando distinguió un tranvía al final de la avenida. Cruzaron la calle corriendo y se apuraron a subir.

El viaje duró menos de media hora, pero a Jedrek le pareció una eternidad. Se bajaron a dos cuadras de la mansión de los Navarro Soler y el resto del trayecto lo hicieron caminando. A Nina, con sus zapatos de tacón y el calor agobiante que se acentuaba a aquellas horas de la tarde, le costaba seguirle el ritmo. Tuvo que pedirle más de una vez que la esperara. Entonces Jedrek detenía su andar y se daba media vuelta hasta que ella lo alcanzaba.

—¡Llegamos! —dijo ella por fin, señalando el muro que se erigía alrededor de la propiedad.

El portón de rejas permanecía cerrado.

Jedrek se asomó entre los barrotes de hierro para contemplar aquella inmensa casa de dos plantas en donde se encontraba la mujer que amaba. Estar tan cerca de ella le aceleró el corazón. No había ningún movimiento en los alrededores.

—Es la hora de la siesta —comentó Nina, preocupada—. Quizá debimos venir más tarde.

Jedrek la miró.

—No voy a irme ahora —aseveró—. Recorrí miles de kilómetros para verla, Nina. No me moveré de aquí hasta que alguien nos atienda.

Nina comprendía su ansiedad. A la legua se notaba que estaba muy enamorado de Isabela. ¡Lo que hubiese dado ella para que Francisco la amara de la misma manera!

Puso el dedo en el botón del timbre y apretó suavemente. Jedrek le pidió que lo volviera a intentar cuando nadie acudió a su llamado. Finalmente, vieron que Emilce, el ama de llaves, se dirigía hacia ellos.

—Buenas tardes, ¿se acuerda de mí? —Nina le sonrió.

La mujer asintió.

—Vengo con un amigo de Isabela que acaba de llegar de Europa. ¿Podríamos verla?

Emilce miró al joven con recelo. ¿Desde cuándo la institutriz del niño recibía visitas en la mansión? El hecho de que fuese una prima lejana de la señora Magdalena no le daba ese derecho. Vaciló un segundo antes de dejarlos pasar.

—Acompáñenme, por favor —dijo por fin, abriéndole el portón de rejas.

Los jóvenes la siguieron por el sendero que conducía a la casa. Cuando se desvió de su camino, con la intención de que entrasen por la cocina, Nina apretó la mandíbula.

A Jedrek, en cambio, feliz por lo que estaba a punto de suceder, ni siquiera le importó.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, noviembre de 1946

Isabela, ajena a la emoción que viviría en pocos minutos, jugaba con Santiaguito en el salón mientras Magdalena descansaba en uno de los sillones y Santiago leía un ejemplar de *La Nación*. Cada tanto, y aprovechando que su esposa dormitaba, apartaba la vista del diario para contemplar a Isabela.

Después de lo que había ocurrido en la cocina la noche anterior, no habían podido estar a solas ni una sola vez. Isabela se las ingeniaba para evitarlo y él no sabía ya qué hacer para abordarla sin que saliera huyendo. Además, la constante presencia de Magdalena, quien permanecía en la casa casi todo el día, renunciando a sus habituales paseos, impedía que pudiera acercarse a su prima sin levantar sospechas. Ya ni siquiera visitaba a su madre. Cuando le

preguntó por qué, simplemente le dijo que no soportaba a Teodoro. Como no le creyó, habló con Débora, y ella, afligida, le contó que habían discutido por algo concerniente a la crianza de Santiaguito y que Magdalena se había enojado con ella. Decidió interceder a favor de su suegra, pero lo que empezó como una conversación tranquila rápidamente se convirtió en una violenta discusión. Santiago no quería acusarla de nada, pero había notado sus cambios de humor, sobre todo después de pasar horas encerradas en su habitación. La falta injustificada de algunas botellas de whisky empezaba a confirmar sus sospechas. Para colmo de males, seguía recibiendo la visita de Teté. Era una amistad perniciosa que no contribuía para nada a mejorar su situación. Había hablado con su exnovia para pedirle que ya no volviera por la mansión, pero ante un nuevo intento de seducirlo, desistió. Cruzó su mirada con la de Isabela y bastó que ella se sonrojara para sentir un cosquilleo en la nuca. Le gustaba observarla; no con la intención de incomodarla, sino porque su sonrisa o esa manía que tenía de acomodarse un mechón de pelo detrás de la oreja se habían convertido en parte de su vida. Cuando estaba en el Congreso, le costaba concentrase en las sesiones. El pequeño despacho que ocupaba en el edificio de la avenida Entre Ríos era el sitio en donde se refugiaba para pensar en ella; en esa sonrisa tierna y en ese mechón de cabello que se rebelaba en su contra. Cuando evocó la intimidad que habían compartido la noche anterior en la cocina hasta que el pasado de Isabela se interpuso entre ellos, sintió deseos de correr a su lado para acunarla entre sus brazos.

La aparente paz que reinaba en el salón fue interrumpida cuando Emilce entró para anunciar que Isabela tenía una visita.

—¿Una visita para mí? —preguntó mientras se alisaba la falda del vestido.

—Sí. Ha venido la señorita de la otra vez…

—¿Nina?

—La misma. Pero no está sola, un joven la acompaña. La esperan en la cocina.

Intrigada, Isabela salió del salón para descubrir de quién se trataba.

Santiago no pudo evitar sentirse intrigado también. ¿Un joven buscaba a Isabela?

Magdalena, quien se había despertado al oír la voz de Emilce, percibió el súbito interés de su esposo en querer saber quién había venido a visitar a su prima. Presa de la curiosidad, tomó a Santiaguito de la mano y lo siguió hasta la cocina.

Isabela se paró en seco cuando reconoció al muchacho que estaba de espaldas, sentado a la mesa y con un vaso en la mano.

—¡Jedrek! —gritó, con un nudo en la garganta.

El agua se derramó sobre el mantel cuando Jedrek escuchó la voz de Isabela. Impulsado por un resorte invisible, se levantó de la silla y salió a su encuentro. Titubeó un instante antes de acercarse; pero fue ella la que corrió directamente a sus brazos y apoyó la cabeza sobre su pecho.

La abrazó con la misma intensidad con la que había soñado hacerlo durante su ausencia. Respiró hondo para embriagarse con el perfume de su cabello.

Isabela no paraba de llorar, mientras a su alrededor todos contemplaban la emotiva escena en silencio.

A Nina se le escapó alguna que otra lágrima, ya que se sentía como una especie de hada madrina al propiciar aquel reencuentro.

Magdalena, preocupada por la llegada del tal Jedrek, a quien su prima había mencionado en un par de ocasiones, no dejaba de preguntarse qué consecuencias acarrearía la repentina aparición de aquel muchacho.

Santiago, muerto de celos, se dio media vuelta y abandonó la cocina sin poder soportar ver a Isabela en brazos de otro hombre.

Magdalena hubiese querido ir tras él y preguntarle qué le pasaba, aunque sospechaba la razón de su repentina salida. Prefirió quedarse. Debía estar cerca de su prima y de su amigo para procurar que nada de lo que dijesen pusiera en peligro la mentira que había mantenido a flote durante todos esos años.

—¡Déjame verte! —le pidió Jedrek, apartándola de él para poder contemplarla—. ¡Estás más hermosa que nunca!

—¡No exageres, soy la misma de siempre! —respondió ella, poniéndose colorada.

—No exagero. Hay un brillo especial en tus ojos que no tenías antes —manifestó, con el corazón henchido de felicidad. Ya estaba junto a ella de nuevo y nada ni nadie los iba a volver a separar.

—No pensé que te vería tan pronto, Jedrek —dijo Isabela, entre el llanto y la risa.

—Ya no soportaba Londres sin ti. Junté mis ahorros y me compré un boleto de avión. Quería llegar a Buenos Aires para estar contigo el día de tu cumpleaños.

—¿Cuándo es? —preguntó Nina, interviniendo en la conversación.

—En una semana —contestó Jedrek, entusiasmado—. El 5 de diciembre Isabela cumple dieciocho años.

—¡Ahora que te has reencontrado con tu amigo, tendremos que celebrarlo! —Nina no iba a aceptar un no como respuesta.

Isabela iba a decir algo, pero Magdalena pidió permiso para interrumpir.

—Bienvenido a nuestra casa, Jedrek. —Lo miró con desdén—. Yo soy Magdalena Schneider, la persona a la cual contactó la Cruz Roja para que Isabela viajara a la Argentina.

—¿Eres su prima? Ella me habló mucho de ti…

—En realidad, somos primas lejanas —lo corrigió, curvando los labios en una falsa sonrisa.

Jedrek asintió. Lo que le había contado Nina era verdad.

Magdalena miró a Isabela, advirtiéndole con un gesto amenazador para que le siguiera la corriente.

Pero Isabela no estaba dispuesta a mentirle a su amigo. Por eso, cuando Magdalena se fue a su habitación llevándose a Santiaguito y Nina se despidió de ambos porque la esperaban para una

cita de trabajo, salieron al jardín para explicarle por qué debía secundar la mentira fraguada por Magdalena, su tía y su padrastro para que ella pudiese quedarse en Buenos Aires.

Jedrek la escuchó con suma atención. Hacía menos de un mes que no se veían, sin embargo la notó tan cambiada que no supo si alegrarse o comenzar a preocuparse.

—Y por eso todos creen que soy inglesa. No puedo hablar con nadie de mis orígenes por temor a que la gente descubra que, durante los últimos seis años, los Schneider los han estado engañando. —Le mostró el brazo izquierdo—. Tengo que usar ropa de manga larga para esconder el tatuaje, tampoco puedo respetar el *sabbat* ni visitar una sinagoga.

—Pero Magdalena no tiene derecho a robarte la identidad de esa manera —protestó, acariciándole la mano. Le parecía increíble que ya no se mostrase reticente al contacto físico con otra persona—. No quería decir nada delante de ella, pero Nina lo sabe.

Isabela abrió los ojos bien grandes.

—¿Cómo es que lo sabe?

—Me encontré con ella de casualidad porque fui a parar al cabaret en el cual trabajaba. Cuando le conté la razón por la cual había cruzado el océano, me dijo que ella conocía a una muchacha llamada Isabela. Fuimos comparando detalles y no nos quedó ninguna duda cuando le mostré la foto que nos hicimos el último día en Windermere, y te señaló como la Isabela que trabajaba de institutriz en casa de su novio…

—Francisco.

—Sí, ese mismo. La estaba maltratando cuando la conocí. Es un sujeto bastante desagradable —comentó, bajando la voz.

Isabela asintió. Francisco Navarro Soler era un hombre de pocas pulgas. Nada que ver con su hermano Santiago; mucho menos con el padre Pedro, quien le caía tan simpático.

—Estoy seguro de que si se lo pedimos, Nina guardará el secreto.

—¡Tiene que quedarse callada, Jedrek! ¡Magdalena jamás me lo perdonaría si por mi culpa, su secreto sale a la luz!

—¿Qué secreto es ese?

Ambos se voltearon al oír una voz femenina. Rosario se acercó para conocer al famoso amigo de Isabela que había llegado desde Londres. Lo saludó con un beso en la mejilla y se sorprendió que hablase tan bien español.

—Rosario, Jedrek vino a visitarme porque Nina lo trajo —le dijo, preocupada por lo que pudiese pensar de ella al recibir a un extraño en la mansión.

—No hay ningún problema, Isabela. Tus amigos son bienvenidos en nuestra casa, no tenés que pedir permiso. Aunque mi cuñada insista en que solo sos una prima lejana, te tratamos como a alguien de la familia. Sobre todo, porque Santiaguito te adora…

—Y yo a él —repuso Isabela, conmovida por las palabras de Rosario. En los días que llevaba viviendo allí, le había mostrado más afecto que la propia Magdalena.

Rosario miró a Jedrek. Era un muchacho bastante atractivo, aunque el traje que llevaba estaba pasado de moda y le quedaba un poco grande.

—¿Cuánto hace que llegaste a Buenos Aires? —Apoyó la mano en el sillón de mimbre. Tenía los dedos manchados de pintura. Era evidente que había estado toda la tarde encerrada en su atelier.

—Llegué hace un par de días. Estoy viviendo en una pensión en… en Caballito.

—¿Pensás quedarte mucho tiempo? —Le sonrió—. Perdón si esto suena a interrogatorio, pero no quiero que un amigo de Isabela pase ninguna necesidad. Supongo que no tenés trabajo todavía.

Jedrek negó con la cabeza.

—¿Qué tal te defendés con la jardinería?

—¿Jardinería? —preguntó, confuso porque no recordaba qué significaba aquella palabra.

—Sí, flores y plantas. Nuestro jardinero ya es un hombre mayor y necesita alguien que lo ayude. Podrías vivir en una de las casetas del fondo.

La idea de quedarse allí significaba estar cerca de Isabela. La miró, a ella también le parecía una idea estupenda. Aunque no era ningún experto en el cuidado de las flores, pondría todo su empeño en aprender. Cuando Rosario los dejó para que siguieran conversando tranquilos, Jedrek aprovechó para darle la sorpresa que guardaba en el bolsillo del saco.

—Antes de que preguntes por Marcel… —Puso una fotografía en su mano—. Esa es su nueva ama, se llama Belinda y se enamoraron a primera vista.

A Isabela se le escapó una lágrima al ver al minino en brazos de una niña pelirroja que sonreía de oreja a oreja.

—Es la nieta del señor Penworth, tu antiguo patrón. Cuando le dije que planeaba dejar Londres para buscarte, se ofreció a encontrarle un hogar. Lo llevó con ella y apenas la niña lo vio, quiso quedarse con él.

—Se lo ve feliz —dijo Isabela, embargada por la nostalgia.

—Lo es —le aseguró, dejándose contagiar por la emoción—. Marcel encontró una familia que lo quiere y que lo va a cuidar mucho. Belinda me prometió que seguirá llamándose igual y que procurará que nunca le falten sus galletas de pescado.

Isabela sonrió.

—¡Eras tú el que lo malcriaba, dándoselas a escondidas! —replicó, acariciando la imagen de Marcel.

—¡Pues la pequeña Belinda mantendrá la costumbre! —bromeó, apoyando los brazos encima de la mesa de mimbre.

En ese preciso instante, mientras Isabela y Jedrek se reían juntos evocando las anécdotas protagonizadas por el entrañable minino, Santiago atravesaba el jardín en dirección a la cochera.



COMO DOS EXTRAÑAS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1946

Esa mañana, Isabela se quedó remoloneando un rato en la cama antes de levantarse. Rosario le había dicho la noche anterior que ella se encargaría de prepararle el desayuno a Santiaguito para que no tuviera que madrugar el día de su cumpleaños número dieciocho.

Aunque no estaba de ánimos para agasajos, se había enterado, gracias a un comentario indiscreto que deslizó Jedrek mientras conversaban en el jardín, que Nina le había organizado una fiesta sorpresa en El Gato Calavera. No podía fallarle; además, Jedrek parecía realmente entusiasmado por celebrar su cumpleaños en aquel lugar.

Saltó fuera de la cama y miró a través de la ventana. No había señales de su amigo por ninguna parte. Se había quedado con el puesto de ayudante de jardinería gracias a Rosario y estaba feliz con su nuevo empleo, aunque no entendiese mucho de brotes e injertos. Volver a estar juntos era su mejor regalo de cumpleaños.

Cuando se estaba dirigiendo al cuarto de baño para tomar una ducha, sus ojos negros se posaron en la tarjeta que había dejado sobre la mesita de noche. Después de haberle comentado a Nina sobre su pasión por el canto, gracias a una mujer llamada lady Olivia le habían conseguido una audición para Radio El Mundo. Aún no sabía si iba a presentarse. Ni siquiera se lo había comentado a Jedrek, mucho menos a Magdalena. Seguramente le diría que ella estaba en Buenos Aires para ser la institutriz de Santiaguito, no para triunfar en el mundo de la música. Suspiró hondo mientras releía aquellas letras en dorado que podían llevarla a cumplir ese sueño que perseguía desde niña y que la guerra le había arrebatado.

No perdía nada con intentarlo. La audición era al día siguiente, y Nina le había dado su palabra de que la acompañaría. Entró al cuarto de baño y se desnudó. Cada vez que se metía debajo del agua tibia, le venían a la mente fragmentos de aquellos terribles momentos de incertidumbre cuando los nazis la enviaban a las duchas. A pesar del infierno que le tocó padecer, había sido afortunada de salir con vida tantas veces de ese lugar en el que otros terminaron muertos en las cámaras de gas. Se le aguaron los ojos al pensar en su madre y en el terrible final que seguramente habrían tenido Samuel y su padre. Aunque no había ninguna confirmación oficial de que Eugen Eiserman hubiese muerto en el campo de concentración de Auschwitz, Isabela ya no guardaba ninguna esperanza de recibir buenas noticias. En la Cruz Roja

le habían dicho que, ante la inminente llegada de los aliados, los nazis habían destruido una gran cantidad de documentos y que, lamentablemente, el paradero de muchos prisioneros seguía sin conocerse.

Se envolvió el cuerpo con una enorme toalla blanca y se paró delante del espejo. Le pasó la mano para quitarle el vapor. Ese día cumplía dieciocho años… ella, que pensaba que nunca saldría viva de Auschwitz, estaba allí, a miles de kilómetros de distancia, hablando otra lengua y tratando de rearmar su vida después de estar rota durante tanto tiempo.

El trato distante que recibía de Magdalena era compensado por el cariño desinteresado que le demostraban Nina, Rosario y el padre Pedro. Su tía Débora, aunque no visitaba con frecuencia la mansión, suplía la ausencia de su madre con abrazos y mimos. Nunca pudo contarle en qué terribles circunstancias los nazis la habían asesinado. El pequeño Santiaguito se había convertido en una luz de esperanza después de perder a Samuel. Jedrek, con quien compartiera tantos momentos de su vida, de los malos y de los buenos, era el mejor de los amigos. El que había cruzado todo un océano para estar con ella.

Y por supuesto, Santiago… el hombre del que estaba enamorada más allá de la razón. Se tocó la boca al evocar el beso que se habían dado en la cocina. No debía pensar en él, y sin embargo su mirada tierna y esa sonrisa de graciosos hoyuelos que era capaz de arrasar con la peor de las tristezas, se le habían clavado en el corazón. ¿Cómo no amarlo cuando se preocupaba tanto por ella? ¿Cómo prescindir de la calidez de sus abrazos y la pasión de sus besos? ¿Cómo seguir viviendo si él no estaba a su lado?

Con la cabeza escondida entre los hombros, se echó a llorar.

¿Qué haría con ese amor tan inmenso que le desbordaba el alma?

Dio un respingo cuando alguien llamó a la puerta de su habitación. Se enjugó rápidamente las lágrimas con la toalla y salió del cuarto de baño para averiguar de quién se trataba.

Se llevó una gran sorpresa al ver a Magdalena.

—¿Puedo pasar? —le preguntó, mientras sonreía.

Isabela se apartó para que entrara y cerró la puerta tras de sí.

—Quería ser una de las primeras personas en saludarte en un día tan especial. —Se le acercó con la intención de abrazarla, pero al ver el número tatuado en su brazo izquierdo, se limitó a darle un ligero beso en la mejilla—. Sé que tal vez no era lo que esperabas, pero te aseguro que me alegra que estés aquí. ¡Feliz cumpleaños, prima!

—Gracias, Magdalena —le devolvió la sonrisa. Deseaba creerle. Olvidar la frialdad de su mirada desde que había llegado a Buenos Aires—. Me acuerdo de que en tu carta decías que esperabas que pudiésemos celebrar juntas mi siguiente cumpleaños, el número trece.

—¿Todavía lo recuerdas? —le preguntó, asombrada.

Isabela asintió.

—Me sabía de memoria cada estrofa… cada palabra de cariño que me habías escrito en

aquellas letras y que, al parecer, se borraron con el paso del tiempo.

—La vida no ha sido fácil para ninguna de las dos, Isabela —repuso Magdalena, tratando de justificar su conducta—. Ya no somos las mismas. No es falta de afecto, es solo que me cuesta mucho asimilar tu presencia cuando hasta hace un par de meses pensaba que jamás volvería a verte.

—No es necesario que mientas, Magdalena. Sé que has estado recibiendo cartas de la Cruz Roja Internacional desde el año pasado y que no respondías por miedo.

Magdalena tragó saliva. ¿Quién se lo había contado? Solo podía ser Santiago.

—La verdad es que no querías recibirme en tu casa, y si lo has hecho es porque tu esposo prácticamente te obligó.

Ya no le quedaba ninguna duda. ¿De qué más hablaría con Santiago a sus espaldas?

—Ya te expliqué las razones que tuve para ignorar los continuos avisos de la Cruz Roja. Mi padrastro era quien se oponía a que reaparecieras en nuestras vidas. Su reputación y su trabajo estaban en juego.

Isabela no quería que siguiera escudándose en las mismas excusas. Había esperado ese momento durante mucho tiempo y Magdalena la iba a oír.

—Vuelvo a pedirte disculpas por causarte tantos problemas. —Se dirigió al tocador para cepillarse el cabello. Le dolía aquella situación. Habían sido primas, las mejores amigas y ahora se trataban como dos extrañas—. Si hubiese sabido que mi llegada a Buenos Aires te iba a importunar tanto, jamás habría abandonado Londres.

—Llevabas una buena vida allí, ¿verdad? —Se sentó en la cama y cruzó las manos sobre su regazo—. En una de las cartas mencionaban que trabajabas en una tienda muy importante en Oxford Street y que tenías tu propio departamento.

La mano de Isabela se quedó suspendida en el aire. Dejó el cepillo encima de la cómoda y la miró a través del espejo.

—La buena vida dejó de existir para mí el día que los soldados de las SS nos llevaron al gueto de Lodz y le pegaron un tiro a nuestra bobe por el simple hecho de caminar más despacio que los demás. —Ignoró la expresión de espanto en el rostro de su prima y prosiguió con su relato—. A partir de ese momento, la muerte nos respiraba en la nuca. Después de pasar un año y tres meses en ese horrendo lugar en el cual me convertí en señorita, nos llevaron al campo de concentración de Auschwitz. Perdimos el contacto con mi padre en el tren y Samuel enfermó después de tantas horas de hacinamiento, de hambre y de sed. Cuando llegamos, los nazis nos arrebataron a Samuel de las manos y nunca más volvimos a verlo. A mi padre tampoco. Mi hermano fue gaseado porque no pasó la *selektion*. Tenía siete años y murió porque era demasiado pequeño. Los niños no duraban mucho en Auschwitz. ¿Sabías que entre las filas de los nazis había mujeres que se encargaban de estrangular a los niños recién nacidos por medio de una presión en la carótida? —Se tocó el cuello con el dedo índice—. Muchas prisioneras que dieron a

luz en ese infierno fueron despojadas de sus hijos apenas abandonaban sus entrañas.

—Isabela… por favor, no sigas.

—No he terminado —respondió, tajante—. He sufrido humillaciones y vejaciones de todo tipo por el simple hecho de ser judía. Un día me metí en una de las dependencias oficiales para investigar qué había pasado con mi padre y con Samuel. Me descubrieron, y como castigo me obligaron a abandonar los barracones para irme a servir a la casa del hombre más importante dentro del campo de concentración. —Se le revolvía el estómago al recordar a ese malnacido—. Blaz Müller era su nombre. Me dio una cama, me proveyó de alimentos y hasta me obsequió un vestido porque ya no quería verme con el uniforme de dril que usábamos los prisioneros. Una noche me ordenó que cenara con él, me arrastró hasta su habitación y trató de violarme. Conseguí escapar después de arrancarle un pedazo de oreja con los dientes. Volví a los barracones, a los brazos de mi madre. Apenas unos días después, en represalia por lo que le había hecho, la envió a la cámara de gas. La vi pasar delante de mí, caminando hacia su muerte y no pude hacer nada para evitarlo. No conforme con eso, me obligaron a ver cómo su cuerpo desnudo era trasladado hacia los vagones que se dirigían a Auschwitz-Birkenau para ser incinerados.

—¡Por favor, basta! —le suplicó Magdalena, descompuesta tras oír su terrible relato.

—Mi vida está muy lejos de ser consideraba buena, Magdalena. Cuando los rusos liberaron Theresienstadt, que fue el último sitio en el que estuve prisionera y en el que además conocí a Jedrek, sentí que no tenía derecho a seguir respirando, no después de haberlo perdido todo. Fue en Windermere donde me enseñaron que, aun luego de vivir en el peor de los infiernos, se puede salir adelante. —Se dio media vuelta y la miró directamente a los ojos—. Sé muy poco sobre tu vida después de que te fuiste de Berlín, apenas lo que me contaste en tu carta. Sin embargo, te has casado, tienes un hijo y un mundo de lujos que te rodea.

—Yo también atravesé por un infierno, Isabela —le dijo, respirando hondo para recobrar el aire. Los sucesos que acababa de conocer eran demasiado escabrosos como para olvidarlos tan fácilmente—. Nada se compara con lo que has sufrido por culpa de los nazis, pero en mi mundo no todo lo que reluce es oro. Me casé con Santiago amando a otro hombre, todavía lo sigo amando.

—¿Qué dices?

—La verdad. Mi matrimonio es puro teatro. Creo que lo único verdadero en mi vida es Santiaguito.

Aunque Isabela sabía por el propio Santiago que no se amaban, nunca se hubiese imaginado que su prima estuviese enamorada de alguien más. ¿Por qué no lo dejaba entonces? ¿Acaso le era más cómodo condenarse a una existencia desdichada?

—¿Y Santiago te ama? —Era una pregunta que quizá ponía en evidencia sus propios sentimientos; pero necesitaba hacérsela para confirmar lo que él ya la había confesado.

Magdalena se tomó su tiempo para darle una respuesta. Se puso de pie y caminó hacia la ventana. Había salido el sol y se esperaba otra jornada calurosa, anticipando el verano que ya estaba a la vuelta de la esquina.

—No se casó enamorado de mí. Me deseaba como mujer, pero nada más —dijo, con un dejo de resignación.

—¿Por qué sigues casada con él?

Magdalena se encogió de hombros.

—Por conveniencia o por puro capricho. Quizá me quedo a su lado porque el hombre que amo nunca va a ser mío.

—Lo estás usando…

—¿Y a ti qué te importa? —la increpó, dándose vuelta de un sopetón.

—Santiago es el padre de tu hijo…

—¡Nunca lo olvides! —le advirtió, volviéndola a interrumpir—. Puede que mi vida matrimonial sea un completo desastre, Isabela, pero la esposa de Santiago soy *yo*.

Isabela se dio por aludida con aquellas palabras que le sonaron a amenaza. No hubo necesidad de agregar nada más.

—Si quieres que me vaya de esta casa, solo tienes que pedírmelo. Me dolerá separarme de Santiaguito, pero supongo que no habrá problemas en que venga a visitarlo.

—No voy a sacrificar la felicidad de mi hijo por una calentura pasajera de mi esposo —manifestó, sonriendo con ironía—. Santiaguito te tiene mucho cariño y es muy pequeño todavía para comprender el mundo de los adultos.

Isabela no dijo nada. Cuando Magdalena se alejó con la intención de marcharse, y solo por puro compromiso, la invitó a la fiesta de cumpleaños sorpresa que esa noche celebrarían en El Gato Calavera. Le respondió que debía pensarlo y abandonó la habitación dando un portazo.

FELIZ CUMPLEAÑOS, ISABELA

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1946

Esa noche, El Gato Calavera había cerrado sus puertas al público por primera vez en mucho tiempo para realizar una fiesta privada. Cuando Nina le pidió permiso a lady Olivia para celebrar el cumpleaños de su amiga, la Lombardo no fue capaz de negarse. A pesar de que ya no trabajaba para ella, conservaban una excelente relación. Se visitaban mutuamente y Nina, que extrañaba a sus afectos, la consideraba una segunda madre. Su carrera comenzaba a despuntar. Estaba por firmar un contrato jugoso para una obra teatral en donde le ofrecían un papel al lado de una actriz de trayectoria como Paulina Singerman. Los ensayos comenzaban en enero y la tenían muy ansiosa.

Estaba casi todo listo para sorprender a Isabela. Habían amontonado las mesas en el centro del local y algunas de las *gatitas* de lady Olivia oficiarían esa noche de mozas. El banquete era abundante. No faltaba nada: canapés dulces y salados, una gran variedad de masitas finas y, por supuesto, la torta de cumpleaños, que había sido encargada en Las Violetas. Las bebidas corrían por cuenta del cabaret; también la música, ya que lady Olivia había contratado una pequeña orquesta para amenizar la fiesta.

El plan era sencillo. Jedrek traería a Isabela con la excusa de ensayar para la audición que tenía al día siguiente en Radio El Mundo y todos se esconderían para darle la sorpresa cuando llegasen.

Nina estaba nerviosa. Francisco no aparecía, y esa falta de interés que demostraba hacia ella últimamente la tenía muy desconcertada. Se veían cada vez menos, y cuando la visitaba en su departamento lo sentía distante. Sabía que lo estaba perdiendo y le daba miedo preguntarle qué le pasaba.

Soltó un suspiro de alivio cuando lo vio entrar por la puerta. En otra época no hubiese dudado en salir corriendo para recibirlo. Ahora solo se limitó a esperarlo junto a la barra del bar con una sonrisa.

—No te podés quejar —le dijo después de darle un beso en el cuello.

—Pensé que no ibas a venir.

—¿Y perderme la dichosa fiesta de cumpleaños? —Se quitó el sombrero y lo dejó encima de la barra—. Me encantan las sorpresas, y si me toca darlas, mucho mejor. —Miró hacia la puerta

—. Espero que no te importe, pero vine con mi amigo Juancito. Está estacionando el auto. Creo que te hablé de él en alguna oportunidad.

Nina sabía muy bien de quién se trataba. Su amigo Juancito era nada más y nada menos que el cuñado de Perón. Era bastante conocido porque se había hecho millonario prácticamente de la noche a la mañana. Con caballos de carrera, hoteles de lujo y concesiones para la extracción de petróleo, era un hombre codiciado. Se codeaba con mujeres del mundo artístico gracias a su hermana Eva. Era precisamente la gente de la farándula quien le había puesto un sobrenombre muy gracioso. Le decían "Jabón Lux"… porque nueve de cada diez estrellas lo usaban.

Cuando entró al cabaret, todos se voltearon a verlo. Se tocaba el fino bigotito negro mientras avanzaba con petulancia hacia ellos.

—Juancito, te presento a Nina.

—Encantado, preciosa —le dijo, inclinándose hacia ella para besarle la mano—. Juan Duarte, a tus pies.

Nina le sonrió, aunque se sintió incómoda cuando tardó más de lo debido en soltarla. Con la excusa de que tenía supervisar que todo estuviese listo para cuando llegase la festejada, logró escaparse sin problemas.

—La tenías bien escondida —comentó Duarte, mirándole el trasero a Nina sin ningún disimulo mientras se alejaba en dirección al escenario en donde se preparaban los músicos.

A Francisco ni siquiera le molestó el comentario, tampoco que se la hubiese quedado mirando de esa manera tan atrevida. Se estaba cansando de Nina. Ya no era la novedad del momento. No le gustaba que una mujer lo llenara de reclamos, y ella se la pasaba haciéndolos en todo momento. Que si ya no la trataba como antes, que la tenía olvidada, que apenas la llamaba para preguntarle cómo le había ido en el trabajo, que se comportaba extraño con ella… las recriminaciones no cesaban y solo conseguían ponerlo de mal humor.

—Si querés, te la regalo —le respondió, con displicencia. Él ya había puesto los ojos en otra mujer.

Juancito Duarte lo miró, sorprendido.

—¿Estás hablando en serio, Pancho?

—Tengo nuevos intereses ahora —explicó, sonriendo con picardía.

—Bueno, si me das tu permiso, voy a intentar arrimar el bochín a ver qué pasa —dijo, guiñándole el ojo.

En ese momento, uno de los guardias que trabajaba en la puerta entró para avisarles que la muchacha del cumpleaños estaba llegando. Nina dio la orden de que todos se escondieran, incluso los miembros de la orquesta soltaron sus instrumentos y se ocultaron detrás del telón. Francisco y Duarte hicieron lo mismo, agachándose detrás de la barra. Solo restaba esperar la llegada de Isabela.

*

—Acuérdate de fingir sorpresa —le pidió Jedrek mientras se acercaban a la puerta principal del cabaret—. Nina me mataría si supiera que te conté lo de la fiesta en un descuido.

Isabela le sonrió.

—No te preocupes, haré mi mayor esfuerzo para lucir muy sorprendida.

Habían llegado hasta el barrio de Flores en el auto de Rosario. El chofer los dejó a pocos metros del local nocturno y se marchó de regreso a la mansión. Isabela ignoraba si ella formaba parte del plan para sorprenderla, pero seguramente estaría allí para celebrar su cumpleaños. Tal vez por eso el chofer se había marchado tan de prisa. ¿Vendría Santiago con ella? No se habían visto en todo el día. Su tía Débora había pasado para saludarla y llevarle de regalo una cajita musical muy parecida a la que tenía su madre cuando todavía vivían en Berlín. La que estaba segura de que no vendría a la fiesta era Magdalena. Después de la conversación mantenida esa mañana, no esperaba que se presentara allí para acompañarla en un día tan especial. Respiró hondo. No podía dejar que la venciera la tristeza. Le habían organizado una fiesta de cumpleaños… la primera en mucho tiempo, y la disfrutaría.

Cuando entraron al cabaret, apenas había un par de luces encendidas y reinaba el silencio. Avanzaron con cautela, esperando que en cualquier momento alguien gritara *¡Feliz cumpleaños!*

Bajaron los dos escalones que separaban el vestíbulo del salón y nada pasó.

—¿No hay nadie? —preguntó Isabela, fingiendo desconcierto.

Las luces se encendieron de pronto y el cabaret se llenó de gente.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todos casi al unísono.

Nina se les acercó y le dio un abrazo.

—¡Felicidades, Isabela! —Miró a Jedrek y le guiñó el ojo.

Él sintió un calor intenso en el rostro.

—¡Gracias, no me lo esperaba! —manifestó, emocionada de verdad.

Lady Olivia se acercó para felicitarla y le dijo que le deseaba lo mejor del mundo. Cuando apareció Francisco y la saludó con un beso en la mejilla, Nina tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener sus celos. Aunque Isabela era la respuesta que tanto temía oír de los labios de Francisco si le preguntaba la razón de su extraño comportamiento durante las últimas semanas, sabía que ella no tenía la culpa de nada; es más, notaba lo inquieta que se ponía cada vez que él se le acercaba demasiado.

Tras la lluvia de saludos que recibió de la gente que se encontraba presente, Nina se la llevó aparte para hablar con ella.

—Lo sabías, ¿verdad?

Isabela la miró, sintiéndose culpable.

—¿Cómo lo descubriste?

—Acordate de que soy actriz y sé cuando alguien está fingiendo. No importa, creo que nadie más se dio cuenta de que la fiesta sorpresa no fue tan sorpresiva —le dijo, en son de broma.

—Jedrek me lo contó casi sin querer. No te enojes con él —le pidió, observando a su amigo. Estaba conversando animadamente con lady Olivia, cerca del escenario.

—No podría —respondió Nina, mirando hacia la misma dirección—. Él es algo así como mi ángel de la guarda.

—¿Te gusta?

La pregunta de Isabela la desconcertó.

—Es simpático y tiene encanto —reconoció. La realidad es que nunca había pensado en él en términos amorosos. La pasión que sentía por Francisco le había impedido en todo ese tiempo fijarse en otro hombre.

—Es un muchacho increíble, Nina. Nada me haría más feliz que tú y él terminasen juntos —comentó, ilusionada con la posibilidad de unirlos.

—No creo que eso suceda. —Volvió a mirar a Jedrek—. Me parece que su corazón ya está ocupado. No cualquiera cruza todo un océano para buscar a una mujer.

Isabela se apresuró a restarla importancia a su comentario.

—Jedrek y yo somos como hermanos. Nunca hubo nada sentimental entre nosotros.

Nina le creyó, pero en el fondo intuía que Jedrek no pensaba lo mismo que ella.

—¿Vendrá alguien más a la fiesta?

—¿Esperás a alguien en especial?

Isabela se puso nerviosa.

—Invité a mi prima Magdalena, aunque no me aseguró que vendría —dijo, con un dejo de tristeza en la voz—. Me dolería mucho no verla aquí esta noche.

Nina le dio ánimos con una palmadita en la espalda.

—No importa si no viene, ella se lo pierde. —Le hizo señas de que mirase en dirección a la puerta—. Me parece que la persona que acaba de entrar en este momento es la que realmente estabas esperando.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio a Santiago. Sintió deseos de llorar de la emoción, pero logró contenerse.

—Creo que mejor te dejo sola —le dijo Nina mientras él se acercaba.

—Hola —le dijo, curvando los labios en una sonrisa. Sacó una cajita del bolsillo del saco y se la puso en la mano—. Feliz cumpleaños, Isabela.

Ella comenzó a temblar. Santiago se percató y la llevó a sentarse. Cuando abrió el estuche y descubrió lo que contenía, las lágrimas brotaron solas.

—Espero que te guste. Recorrí varios locales hasta dar con tu regalo.

Isabela acarició la estrella de David bañada en oro con la punta de los dedos. Ese símbolo sagrado de su fe que había sido tan vapuleado por los nazis, ahora volvía a ella en forma de una

delicada pieza de joyería. La emoción le impidió pronunciar palabra.

Sin que ella se lo pidiera, Santiago tomó la cadena entre sus manos y se la puso alrededor del cuello.

—No, no debería usarla —balbuceó, tocando la estrella de David con verdadera devoción.

—Por supuesto que la usarás —replicó él, sin importarle en lo más mínimo lo que pudiera suceder cuando Magdalena lo supiera—. No deberías preocuparte por tu prima, Isabela. Creo que ya es hora de que se sepa la verdad sobre su origen y el tuyo. La guerra terminó, los judíos ya no corren ningún peligro. Son los nazis los que están siendo cazados ahora por todas las atrocidades que cometieron. —La sujetó suavemente de la barbilla y la miró a los ojos—. Ya no hay nada que temer ni ocultar, Isabela.

Se levantó y se arrojó a sus brazos. Le susurró gracias muchas veces al oído mientras Santiago la apretaba contra su cuerpo.

Jedrek se quedó de piedra al verlos. Comprendió en ese momento que Isabela nunca sería suya.

Francisco, desde un rincón del cabaret, también había visto cómo su hermano abrazaba a Isabela.

EL HOMBRE Y EL SACERDOTE

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1946

Santiago se había ido y Rosario estaba a punto de marcharse también. Magdalena contempló la botella de whisky medio vacía y soltó un bufido. La dichosa fiesta sorpresa que le habían organizado a Isabela le importaba un bledo. Cuando su esposo y su cuñada le preguntaron si pensaba ir, les dijo que no se sentía bien, para luego encerrarse en su habitación. Llevaba bebiendo desde entonces y estaba bastante ebria. Se miró al espejo. Tenía enormes ojeras oscuras y el cabello revuelto. Se pasó la mano por el rostro, desparramando el rímel y el carmín por sus mejillas. Parecía un payaso, un payaso solitario y triste al que nadie quería.

Todos preferían acompañar a Isabela en su cumpleaños. Incluso Santiago se había ido, dejándola sola en aquel estado lamentable. El silencio que la rodeaba le pareció más abrumador que nunca.

¿Dónde estaba esa joven virtuosa del violín que soñaba con convertirse en concertista? El Stradivarius reposaba sobre el diván. Cuando bebía ni siquiera podía tocar porque le temblaban tanto las manos que no podía sujetar el arco con firmeza. Se acercó y pasó el dedo por las cuerdas. En un arrebato de furia, lo arrojó contra la pared. El violín quedó tirado en el suelo, torcido en un grotesco amasijo de madera. Se lo quedó observando con los ojos bien abiertos. Luego, al recordar que había sido un regalo de su padrastro, se echó a reír como una loca. Se bebió el último sorbo de la botella y sacó del ropero uno de sus mejores vestidos. Se cambió, se puso sus zapatos más cómodos y recogió su melena en un rodete en lo alto de la cabeza. Ni siquiera se preocupó en quitarse las manchas de maquillaje del rostro. Quería que Pedro viera lo que su amor por él le había hecho.

Tambaleándose, consiguió llegar hasta la cocina. Le preguntó a Emilce por el chofer y cuando el muchacho se presentó delante de ella, le indicó que preparase el coche porque iba a salir. Hizo caso omiso a las recomendaciones de la criada de quedarse en casa y con la ayuda del chofer se subió sin sufrir ningún percance.

—¿Dónde la llevo, señora? —le preguntó, mirándola por el espejo retrovisor.

—A la parroquia Santa Clara… necesito confesarme con el padre Pedro.

—¿A esta hora? —se extrañó el chofer.

—No hable y conduzca —le ordenó, arrebujándose en el asiento.

—Como usted mande, señora —respondió, solícito. Le pagaban por obedecer y si aquella alemana que iba borracha como una cuba quería ir a visitar a su cuñado, el cura, él la complacería.

El ronroneo del motor le produjo somnolencia y no se despertó hasta que el automóvil se detuvo frente a la parroquia.

—Llegamos, señora —le anunció, dándose media vuelta para mirarla. Daba pena cómo estaba. Quizá era verdad que necesitaba al padre Pedro para reconfortarla; aunque le parecía extraño que se presentara allí a esas horas de la noche.

—Puede regresar a la mansión y si alguien pregunta por mí, le dice que me quedaré en casa de mi madre. —Le apuntó con el dedo en un gesto amenazante—. ¿Ha entendido?

—Sí, señora, perfectamente. ¿Necesita que la acompañe?

Magdalena negó con la cabeza y se alejó rumbo al templo en donde oficiaba misa el hombre que amaba. Rodeó el edificio para ir directamente a la casa parroquial. Era tarde y Pedro debía estar durmiendo. Se sujetó de las paredes para no caerse, y cuando tuvo que subir las escaleras, agradeció haber elegido unos zapatos de tacones bajos. Dio dos golpes a la puerta y esperó. Sonrió cuando la luz que colgaba del techo de la galería se encendió. Se acomodó el rodete y olió su aliento. Apestaba a alcohol, pero era algo que ya no podía remediar.

—Buenas noches, padre —dijo, cuando Pedro abrió la puerta.

—¿Magdalena? ¿Qué estás haciendo acá? —Se quedó de piedra al verla allí, apenas sosteniéndose en pie y con el rostro sucio de maquillaje.

—No me eches, por favor… —le rogó, echándose a llorar.

Pedro alcanzó a sujetarla de la cintura antes de que terminase en el suelo. El tufo a alcohol era insoportable.

—¿Por qué has bebido tanto? —le reprochó, ayudándola a entrar a la casa parroquial. No podía abandonarla ahora cuando más lo necesitaba.

—Porque mi vida es un desastre —respondió, apoyando la cabeza en el hueco de su hombro.

Pedro la condujo hacia la cocina para que bebiera un poco de agua. Finalmente, resolvió que era más indicado prepararle una taza de café. Cuanto antes se despejase y se marchara de allí, mucho mejor. La dejó sentada en una de las sillas para poner a calentar el agua.

—No —le apretó la mano—. No me dejes, Pedro, por favor.

—Voy a hacer café —le dijo, acariciándola con el dedo. Ese simple roce bastó para que ella lo soltase, más tranquila.

—Pensé que estarías en la fiesta de cumpleaños de Isabela —comentó mientras lo miraba prepararlo todo.

—Isabela me invitó, pero no podía ir —respondió—. Y vos, ¿por qué no fuiste?

Magdalena no le respondió.

—No le hago falta. Ya tiene lo que necesita, a mi esposo.

Pedro dejó de revolver el café al oír semejante afirmación.

—¿Cómo podés decir algo así?

—Es la verdad, Pedro. Santiago se entusiasmó con ella y supongo que a mi prima, después de tanto tiempo sola, la idea de acostarse con mi marido no le parece tan descabellada. —Había un dejo de ironía en sus palabras—. No puedo culparlo, ¿verdad? Santiago tiene al alcance de la mano lo que yo continúo negándole.

—¿Todavía sigues con esa absurda idea de no cumplir con tus deberes maritales?

—No puedo, Pedro… te amo a ti —le dijo, echándose a llorar nuevamente.

Pedro se le acercó y se arrodilló a su lado.

—Vamos, no llorés, por favor. Estás borracha y no sabés lo que decís.

—Siempre supe lo que siento por ti, Pedro —replicó ella, molesta—. Me busqué un rival muy duro. ¿Cómo se compite contra Dios?

Pedro hizo un gesto de negación con la cabeza. No importaba el tiempo, tampoco la distancia, la pasión que los unía permanecía intacta. Se maldijo una y mil veces por ser tan débil. Le besó la mano y la miró.

—Tenés que olvidarme, Magdalena. Nunca habrá nada entre nosotros. —Con una servilleta le enjugó las lágrimas y arrastró los restos del maquillaje—. Mucho mejor ahora.

Magdalena suspiró hondo.

—Me da miedo la mujer en la que me estoy convirtiendo, Pedro. Nunca me importó que Santiago pudiese salir a buscar fuera de casa lo que yo no le daba; pero ahora, con la llegada de Isabela, eso cambió. No soporto la idea de que estén juntos. No son celos… es envidia. No quiero que mi prima sea feliz mientras yo me hundo en un matrimonio que no tiene salvación. Un matrimonio que nunca deseé realmente.

—La envidia es un sentimiento muy traicionero, Magdalena. Deberías estar agradecida de que Dios haya puesto a Isabela de nuevo en tu camino. Es tu prima, la niña a la que dejaste de ver en Berlín hace años.

—No, Isabela ya no es esa niña dulce y traviesa que admiraba a Marlene Dietrich, la guerra la cambió. —Le contó los terribles sucesos que acontecieron en la vida de su prima después de que perdiera el contacto con ella—. Atravesó una experiencia atroz que la dejará marcada por siempre; sin embargo, hace un gran esfuerzo para salir adelante.

—Isabela es una muchacha muy valiente —adujo Pedro, espantado por lo que acababa de escuchar.

—Y me quiere quitar a Santiago. ¿Cuánto tardará en arrebatarme también a mi hijo?

—Eso no va a pasar —la tranquilizó.

Magdalena no solo tenía una gran tristeza arraigada en el alma; en su interior crecía un odio desmedido hacia su prima Isabela. Comprendió que era mejor no hablar más sobre el asunto. No le convenía que Pedro se pusiera del lado de su prima.

—¿No te molesta que haya venido a buscarte?

Pedro negó con la cabeza.

—Necesitabas al sacerdote y siempre estaré para vos, Magdalena.

Ella se mordió el labio inferior.

—Necesito al hombre, padre, no solo al servidor de Dios. ¿Puedo quedarme a dormir contigo esta noche?

Pedro se incorporó rápidamente y la miró, perplejo.

—Sabés que eso no es posible. Tenés que irte. —Miró hacia la puerta—. ¿El chofer te está esperando?

—No, le pedí que regresara a Belgrano y que dijese que me iba a la casa de mi madre. A nadie le extrañará que no llegue a dormir esta noche. —Abandonó la silla y se aproximó a él—. Además, Santiago y Rosario están en la fiesta de cumpleaños… Ni siquiera van a notar mi ausencia.

—No, tenés que irte —insistió, con firmeza.

—¿Quieres que me vaya caminando?

—Puedo llevarte en el auto que dispuso la parroquia para las emergencias.

—No quiero irme, Pedro. —Le acarició el mentón mientras se iba acercando cada vez más—. Te prometo que no intentaré hacer nada que no desees… solo déjame dormir a tu lado, en tu cama.

¡Le estaba pidiendo un imposible! ¿Cómo le proponía que compartieran la misma cama?

—Estoy tan borracha que seguramente me quedaré dormida apenas apoye la cabeza en la almohada.

—No, sería una ofensa al Señor y a mi investidura —dijo, apretando entre sus puños la sotana.

—Olvídate de Dios y de esa sotana, al menos por hoy. Te necesito tanto… que duele. —Se recostó sobre su pecho y respiró hondo para embriagarse con el aroma de su loción de afeitar.

Pedro permaneció inmóvil, sintiendo cómo su cuerpo se pegaba al suyo, amoldándose a la perfección. Llevaba puesta la sotana. Era un sacerdote, un hombre que se había consagrado a Dios, renunciando a la vida mundana. Sin embargo, Magdalena seguía allí, metida en el fondo de su alma, en cada resquicio de su mente y en cada latido del corazón. La rodeó con sus brazos y apoyó el mentón sobre su cabeza mientras le acariciaba el cabello. El rodete se desarmó y las ondas doradas cayeron sobre su espalda. Hundió la nariz y aspiró con fuerza. Aunque predominaba el olor a alcohol, su perfume lo hechizó.

Si tan solo pudiese olvidarse por un momento lo que era…

En un impulso, porque si lo hubiese pensado seriamente jamás lo habría hecho, la condujo hacia la habitación y cerró la puerta.

Magdalena sonrió cuando se dio cuenta dónde estaban. Su cuerpo laxo cayó sobre la cama y

se acomodó en el lado izquierdo, en posición fetal.

Pedro la contempló un momento antes de quitarse la sotana. La colgó en el perchero y se acostó a su lado. Se dedicaron a mirarse sin decirse nada. Magdalena alzó la mano hacia él y delineó su boca con la punta de su dedo índice.

—¿Recuerdas aquel beso que nos dimos?

—Fue el único —respondió él, mirándola a los ojos.

—Eso no fue lo que te pregunté —replicó Magdalena, sonriendo.

—Nunca he podido olvidar el sabor de tus labios, Magdalena. Ese beso se convirtió en mi mayor tormento cuando estuve lejos de vos —se atrevió a confesarle.

—Te amo, Pedro —le dijo con los ojos llenos de lágrimas. Esperó que él correspondiera a sus palabras con una declaración de amor; pero se quedó callado. —¿No puedes decirlo? ¿Tanto te cuesta?

Pedro se acostó boca arriba y clavó la mirada en el techo.

—No es fácil para alguien en mi condición —respondió, escudándose una vez más en su fe.

Magdalena, resignada a no escuchar de sus labios que también la amaba, se valió de una estrategia más efectiva para tratar de derribar el muro que Pedro había levantado a su alrededor. El deseo que sentía por él hizo que el sopor causado por el alcohol ya no le afectase tanto. Sabía muy bien lo que estaba a punto de hacer. Estiró el brazo y apoyó la mano en la bragueta de su pantalón.

Pedro dio un respingo al sentir aquel atrevido contacto. Quiso apartarla, pero cuando comenzó a frotarse contra su entrepierna, no pudo moverse. Magdalena continuó estimulándolo hasta que sintió la dureza debajo de su mano. Con un rápido movimiento, se incorporó y se sentó a horcajadas encima de él.

Pedro seguía sin reaccionar. Era su cuerpo el que respondía a las caricias de Magdalena. Ella se quitó la blusa por encima de la cabeza y, acto seguido, hizo lo mismo que había hecho aquella vez en su habitación. Tomó la mano del sacerdote y se la llevó hasta uno de sus pechos para que la tocara por encima de la tela del corpiño. Se arqueó hacia delante mientras la dura virilidad de Pedro rozaba su sexo húmedo. Lo obligó a levantarle la falda con la mano que le quedaba libre y gimió de absoluto placer cuando él le apretó el pezón con los dedos. Magdalena, encendida, se izó un poco para poder desabrocharle el cinto de los pantalones.

Completamente subyugado por esa pasión que venía consumiéndolo durante los últimos años, Pedro se entregaba sin resistencia a cada uno de los avances de Magdalena. Jugó con el otro pezón al descubrir que ella desfallecía de placer. Creyó que se volvería loco cuando su mano tibia se cerró alrededor de su miembro erecto.

—Por fin vas a ser mío, Pedro —susurró Magdalena mientras sonreía, extasiada y feliz.

Fueron sus palabras las que provocaron que Pedro, el sacerdote consagrado a Dios, se interpusiera entre los amantes.

Pedro, el hombre débil y tentado por el pecado de la carne, perdió la batalla.

Sujetó a Magdalena de los hombros y la apartó de él, arrojándola sobre el otro lado de la cama. Se levantó para poner distancia entre ambos y se acomodó los pantalones.

—Quiero que te vayas —le dijo, cortante.

—No… ¡No puedes hacerme esto! —le reclamó, alzando la voz.

—Magdalena, por favor, vestite y andate. Voy a llamar al chofer para que venga a buscarte. —Buscó la sotana y se la puso. Luego, con el cuerpo todavía temblando, besó el crucifijo que colgaba de su cuello mientras la miraba—. El Diablo te envió para corromperme y casi lo logra. Ya no volveré a dejarme engañar nunca más.

Magdalena, humillada por un nuevo rechazo de Pedro, se vistió en silencio. Desgarrada de tanto dolor, las lágrimas rodaban por sus mejillas sin darle tregua. Lo escuchó abandonar la habitación y hablar por teléfono a su casa para que la vinieran a buscar. Después, sin siquiera entrar, le avisó que se quedara esperando en la cocina hasta que pasaran por ella en un rato.

Cuando salió, Pedro no estaba por ningún lado. No era difícil imaginar dónde se encontraba. Él podía redimir su alma con la oración… y a ella, ¿qué le quedaba? Embriagarse con alcohol hasta perder el sentido.

BÉSAME MUCHO

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1946

Isabela había perdido la cuenta de las veces que había brindado por su felicidad en el transcurso de la noche cuando lady Olivia insistió para que subiese al escenario a cantar. Trató de negarse porque consideraba que no estaba realmente en condiciones de hacerlo con las copas de champán que llevaba encima. Nina también se lo pidió como la antesala de lo que sucedería al día siguiente cuando cantase en Radio El Mundo. Pero no fue hasta que Santiago le susurró al oído que le encantaría escucharla que aceptó acompañar a la orquesta con una canción. Su repertorio en español era bastante escaso y decidió interpretar "Bésame mucho", el bolero con el cual Jedrek y ella practicaban español durante su estadía en Londres.

Se lo mencionó y él le respondió que podía cantar lo que quisiera. Cuando notó su mal humor y le preguntó qué le ocurría, Jedrek se fue al lado de Nina. Contrariada, se subió al escenario. Tras intercambiar un par de palabras con los músicos, se paró frente al micrófono que lady Olivia había mandado a colocar especialmente para ella.

—Quisiera darles las gracias por esta noche maravillosa, hacía mucho tiempo que no era tan feliz. Espero que les guste. —Los fue mirando uno por uno, hasta que sus ojos negros se cruzaron con los de Santiago. Entonces le sonrió para que no le quedaran dudas de que la canción que estaba a punto de interpretar se la dedicaba a él.

Los suaves y sensuales acordes de "Bésame mucho" inundaron el ambiente, provocando que todo el mundo guardara silencio. La aterciopelada voz de Isabela entonó el bolero con tanto sentimiento que algunos de los presentes se emocionaron. Santiago fue el primero en subyugarse con su magnífica interpretación.

Cuando la canción llegó a su fin, un aluvión de aplausos estalló en el cabaret. Le pidieron otra, pero dijo que era la única que se sabía en español. Nina la instó a complacer a su público cantando en el idioma que fuese. No podía perder la oportunidad de mostrar su talento. Isabela se aclaró la garganta, habló con el director de la orquesta para indicarle que la próxima canción sería *a capella*.

Cantó en hebreo la misma melodía que había cantado aquella noche en la que los nazis habían llegado a su casa para deportarlos a ella y a su familia al gueto de Lodz. Las estrofas de "Adon Olam", aquel himno que le había enseñado su bobe cuando apenas tenía cuatro años, le

dieron el valor suficiente para hablarles a todos con la verdad… su verdad. Volvieron a aplaudirla con fervor a pesar de no entender nada de lo que decía la canción.

—Lo que acaban de oír es un *zemer* y es uno de los himnos más antiguos dentro de la religión judía que entonamos durante la celebración del *sabbat*. —Se hizo un silencio sepulcral a su alrededor. Le bastó mirar a Santiago para saber que estaba haciendo lo correcto—. Sé que muchos de ustedes creen que nací en Londres y que vine a vivir a Buenos Aires después de que un bombardeo mató a mis padres. Eso es mentira. Yo no soy inglesa y ellos no murieron de esa manera. Nací en la ciudad de Berlín en el seno de una familia judía. Antes de la guerra fuimos perseguidos por los partidarios de Hitler. Nos prohibían tener nuestros propios negocios y debíamos respetar un toque de queda. La noche del 9 de noviembre de 1938, un grupo de nazis fánaticos atacó la sastrería de mi familia y mató a mi tío Otto. —Pensó en Magdalena y decidió no exponerla—. Un año después nos deportaron al gueto de Lodz. Allí, apenas llegamos, mi bobe… mi abuela Zila, fue asesinada de un disparo en la cabeza. Cuando nos trasladaron al campo de concentración de Auschwitz, perdí a mi padre y a Samuel, mi hermanito de siete años. Tiempo después, mi madre también murió. —Hizo una pausa para respirar hondo. Estaba un poco mareada, seguramente a consecuencia de beber tanto champán. Se levantó la manga del vestido y les enseñó el número tatuado en su brazo izquierdo—. Soy judía y me siento muy orgullosa de mis orígenes. Aunque por mucho tiempo no fui más que una cifra, me llamo Isabela Eiserman, hija de Aina y Eugen Eiserman. —Abandonó el escenario mientras algunos de los presentes murmuraban a su alrededor. Jedrek le salió al paso y la abrazó.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo, emocionado. Tuvo que separarse de ella cuando apareció Santiago.

—¿Cómo te sentís? —le preguntó, ignorando al muchacho.

Isabela no podía hablar. Se prendió de su brazo y sin necesidad de palabras, él adivinó lo que quería.

Jedrek no pudo hacer nada cuando Isabela se marchó de El Gato Calavera con Santiago Navarro Soler. Desconsolado, buscó la compañía de Nina.

*

Santiago la acomodó en el asiento del acompañante y cerró la puerta. Rosario, que a esas alturas ya intuía lo que sucedía entre ellos, le dijo que no se preocupara por nada, que le pediría a Fran que la llevase a la mansión. Santiago la despidió con un beso en la frente y corrió a subirse a su auto. En el interior del Lincoln Zephyr, se tomó su tiempo para contemplar a Isabela. Estaba bajo los efectos del alcohol. Lo que acababa de ocurrir la había dejado muy conmocionada.

La tomó del mentón para que lo mirase.

—Has hecho bien —le sonrió—. Sé que el tal Jedrek ya te lo dijo, pero yo también me siento

muy orgulloso de vos.

Isabela dejó escapar un suspiro.

—Magdalena nunca me lo va a perdonar. Aunque no la mencioné, puse en evidencia su mentira. La gente no va a tardar demasiado en sacar sus propias conclusiones. —Tenía ganas de llorar—. No quiero ir a la mansión, Santiago. Llévame a cualquier lado, pero no quiero regresar allí.

—Está bien, no te preocupes. —Encendió el motor y miró por el espejo retrovisor para asegurarse de que la calle estaba despejada—. Iremos a Las Acacias. Te va a gustar, ya vas a ver. Cuando era niño esperaba ansioso los fines de semana para que mi padre nos llevara. Mi pasatiempo favorito eran las cabalgatas… —Se calló cuando se dio cuenta de que Isabela ya no lo escuchaba. Se había quedado dormida. Le acarició la mejilla y volvió a concentrarse en el camino. Le esperaba un viaje de al menos una hora hasta Pilar.

*

Barrio de Flores, Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1946

De vez en cuando, Francisco observaba a su hermana mientras conducía hacia la mansión de Belgrano. La notaba alicaída desde hacía un tiempo y no sabía cómo hacer para que le contara sus penas. Después de descubrirla en la estancia con su amante, seguramente viviría atormentada por una relación que parecía estar condenada al escarnio.

—¿No te molestó que Nina se haya quedado en el cabaret con ese muchacho, Jedrek? —le preguntó Rosario, incómoda porque él la miraba como si intentase sonsacarla.

Francisco se encogió de hombros. Lo que realmente le disgustaba era el hecho de que Santiago se hubiese llevado a Isabela. Pensaba abordarla esa misma noche, aprovechando que tenía algunas copas de alcohol encima, pero su querido y entrometido hermano le había ganado de mano.

—Me da lo mismo —contestó, con indiferencia—. Nina ya no me necesita.

—Está enamorada de vos —adujo Rosario, sorprendida por esa falta de interés en la muchacha.

—Pero yo no.

La lapidaria respuesta de Francisco no daba lugar a la duda.

—¿Qué pensás sobre lo que contó Isabela? —le preguntó él en cambio, para no seguir hablando de Nina.

Rosario hizo un gesto de negación con la cabeza.

—La verdad es que no me lo esperaba. No entiendo la necesidad de ocultar quién es en realidad. Creo que Magdalena tiene mucho que ver en eso.

Francisco asintió.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Qué Magdalena y su madre también son judías?

Francisco volvió a asentir.

—Es lo más probable. Eso explicaría, por ejemplo, el extraño empeño de Magdalena en no casarse por la iglesia. —Se miró las uñas, las tenía pintadas en un tono rosado—. A mí no me importa que sean judías, lo que me molesta es el engaño. No había necesidad de ocultar la verdad.

Francisco pensó en la visita que le había hecho a Schneider y esa sensación de que tenía más secretos debajo de la manga.

—Creo que don Teodoro es el principal artífice de esa mentira. —Notó la tensión en su rostro al mencionar al padrastro de Magdalena. —¿Qué te pasa? ¿Tenés algo en su contra?

Rosario ahogó el odio que sentía por Teodoro Schneider, amparándose en el silencio. A veces tenía deseos de gritarle a todo el mundo que estaba enamorada de Débora, pero la humillación a la que había sido sometida la convertía en una cobarde. Necesitaba contárselo a alguien. De sus tres hermanos, Francisco era, seguramente, el que mejor la entendería.

—Ese hombre me hizo mucho daño, Fran.

Francisco, consternado por lo que acababa de escuchar, estacionó el Packard Clipper a un costado de la calle y apagó el motor.

—¿De qué estás hablando? —Se volteó hacia ella y la miró a los ojos.

—Me da mucha vergüenza contártelo. —Rosario no pudo sostenerle la mirada.

—Hermanita, nada de lo que contés me va a escandalizar —le dijo, pensando en que ella no se animaba a confesarle que tenía un romance con la esposa de Schneider.

—Se trata… se trata de Débora, la madre de Magdalena. Ella y yo… nos enamoramos y empezamos a encontrarnos a escondidas en Las Acacias. —Se atrevió entonces a mirarlo y se dio cuenta de que no parecía para nada sorprendido con lo que le estaba diciendo—. No sé cómo, pero Teodoro Schneider se enteró y decidió vengarse.

Francisco arrugó el ceño.

—¿Vengarse?

Rosario asintió. Lo que venía a continuación no era sencillo de contar, pero ahora que había empezado, llegaría hasta el final.

—Sí, fraguó un plan para que yo me quedase en la estancia esperando a Débora. La obligó a llamarme por teléfono para avisarme que llegaría un poco más tarde y yo le creí. Ella nunca apareció… —Se cubrió el pecho con los brazos. De repente, sentía frío—. Los que sí aparecieron fueron dos hombres que él envió para… para cobrarse la traición que había cometido su esposa al enredarse conmigo.

A Francisco se le heló la sangre.

—¿Qué te hicieron?

—No me hagas decirlo, por favor —le rogó ella, al borde de las lágrimas.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Maldito hijo de puta! —bramó, estrellando los puños cerrados contra el volante del auto. Cuando miró a su hermana, experimentó un intenso dolor en el pecho. Era su culpa. A Rosario la habían violado porque él le contó a Schneider lo que había visto, con la intención de ganar dinero fácil. La tomó entre sus brazos y la apretó muy fuerte. —¡Perdoname, Rosario! ¡Por lo que más quieras, perdoname, por favor! ¡Yo soy más hijo de puta que él!

Rosario no entendía nada. Lo apartó para mirarlo de frente.

—¿Qué es lo que te tengo que perdonar? —Sin saber de qué estaba hablando, sentía la misma angustia que él.

Francisco no fue capaz de sostenerle la mirada. Tomó sus manos y se las besó.

—¡No me merezco tu perdón! ¡No me lo merezco!

—¡Por Dios, Fran! ¡Decímelo de una vez!

—Fui yo… —musitó por fin con la voz estrangulada por el llanto—. ¡Yo le conté a Schneider que las había visto en la estancia!

—¿Nos viste? —Rosario apenas podía creerlo. La sorpresa inicial dio paso al desconcierto.

—Sí. Necesitaba dinero para saldar una deuda y pensé en empeñar algunos de los objetos de valor que guardamos en Las Acacias. Cuando llegué, tu auto estaba parado delante de la casa. Me asomé por la ventana y vi a una mujer desnuda… Era Débora. Luego vos te acercaste y se besaron. —Le soltó las manos, aunque seguía sin mirarla—. No soy quien para juzgar tu romance con esa mujer. Sos libre de hacer lo que quieras con tu vida.

—¿Por qué se lo contaste?

Finalmente, alzó la cabeza y la miró.

—Necesitaba efectivo. La golpiza que me dieron no fue producto de un robo, Rosario. Debía una fuerte cantidad de dinero a un personaje nefasto que le había puesto un precio a mi cabeza. Chantajeé a Schneider a cambio de mi silencio. Jamás imaginé lo que te haría después.

En ese momento, dolida y enojada, Rosario no supo qué decirle. De manera indirecta, su propio hermano había sido el causante de su desdicha. Aunque nadie le garantizaba que el esposo de Débora no se hubiese enterado de todas formas, él había precipitado los acontecimientos.

—Nunca me voy a perdonar por lo que ese malnacido te hizo. Estás en todo tu derecho de odiarme, Rosario. —Se recostó sobre el asiento y se mesó el cabello hacia atrás.

No era odio lo que sentía, sino decepción. Francisco se había valido de su descubrimiento para llevarse una buena tajada, pasando por encima de sus sentimientos y los de Débora. Lo miró. Le daba pena verlo así, hecho un despojo. Le recordó aquella vez en la que había intentado quitarse la vida y la bala terminó impactando contra su vientre.

—Nunca podría odiarte. Sos mi hermano y te amo por encima de todas las cosas. —Le

acarició la mano—. Olvidemos lo que pasó, es lo mejor para todos.

—¡Te prometo que ya no volveré a jugar! ¡Mañana mismo hablaré con lady Olivia para borrarme del negocio!

Rosario asintió. No sería la primera vez, ni la última, que sus promesas caerían en saco roto.

—Lo único que quiero es que no vuelvas a arriesgar tu vida por culpa de una deuda de juego. Esos hombres podrían haberte matado. —Sacando fuerzas de donde no las tenía, logró sonreírle —. Vayamos a casa, estoy cansada.

Francisco la envolvió nuevamente entre sus brazos y le dijo lo mucho que la quería. Luego, encendió el motor y apretó el volante mientras el Packard Clipper reanudaba la marcha. El resto del trayecto hacia el barrio de Belgrano lo hicieron en silencio.

Francisco solo podía pensar en una cosa: vengaría a su hermana, aunque le fuese la vida en ello. Teodoro Schneider pagaría muy caro el haberse metido con un Navarro Soler.

SANAR TUS HERIDAS

Las Acacias, Pilar, Argentina, diciembre de 1946

Isabela se despertó cuando el auto se detuvo.

—¿Dónde estamos? —preguntó, oteando a través de la ventanilla.

Santiago sonrió. Era evidente que no había escuchado nada de lo que le había contado durante el viaje.

—En Las Acacias, la estancia de mi familia.

Isabela asintió. Había oído hablar de aquel lugar en alguna oportunidad. Aturdida, se incorporó en el asiento y trató de enfocar la mirada. Tenía los labios resecos y un sabor amargo le subía por la garganta.

—Recuérdame que lo piense dos veces antes de volver a beber tanto —le pidió, sujetándose del tablero del Lincoln Zephyr. Se cubrió la boca con la mano y se bajó rápidamente del auto para devolver sobre la hierba del campo el poco alimento sólido que había consumido durante la fiesta.

Santiago se le acercó para preguntarle cómo se encontraba. Le puso la mano en la espalda mientras ella continuaba con el cuerpo doblado en dos, mirando hacia el suelo. Cuando se incorporó, respiró hondo y se pasó la mano por el cuello. Estaba sudando. Eso sin contar con que se había despeinado, y si hubiese tenido un espejo cerca habría descubierto que el maquillaje estaba hecho un desastre.

—Debo parecer un adefesio. —Se dio media vuelta para que no la viese en esas terribles condiciones.

Él la asió del brazo y la obligó a voltearse.

—El adefesio más encantador que he visto en toda mi vida —le dijo, sonriéndole.

Isabela respiró hondo.

—Tengo sed.

—Vení, entremos. Los perros no tardarán en notar nuestra presencia y no quiero alarmar al capataz de gusto.

Isabela dejó que la llevara del brazo hasta la casa. Un par de perdigueros les salió al paso, y cuando su amo apareció, Santiago le dio algunas indicaciones para que no los molestarán hasta el día siguiente. Recién en ese momento, después de que él hablase con aquel hombre que la miraba

con cierta curiosidad, Isabela comprendió que pasaría la noche con Santiago en aquel lugar alejado del mundo. La ansiedad le atenazaba la boca del estómago. Recordó que había sido ella quien le pidiera que la llevase a otro lado.

Entraron a la propiedad por la puerta que daba a la cocina y Santiago le sirvió un vaso de agua. Isabela se lo bebió prácticamente de un sorbo.

—¿Tenés hambre?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy demasiado nerviosa como para probar bocado —reconoció, dejando el vaso vacío sobre la mesa.

Santiago la miró, expectante.

—Y yo tengo miedo de decir o hacer algo indebido y que huyas de mí como la otra noche en la cocina de la mansión.

Isabela lo sorprendió, tomándolo de la mano.

—¿Dónde podemos ir para hablar tranquilos?

—La casa es toda nuestra —respondió, apretando con suavidad sus dedos—. Vamos al salón.

Una vez más, Isabela se dejó guiar por él. Confiaba ciegamente en Santiago y se merecía saber el resto de la verdad que había revelado a medias esa noche en el escenario de El Gato Calavera.

Se sentaron frente al gran ventanal que daba a la galería. Isabela con la espalda bien erguida y Santiago con una de sus piernas encima del sofá.

—La otra noche… cuando te acercaste tanto a mí y te rechacé al final, no fue por ti. En algún momento, mientras nos besábamos, el pasado se me vino encima. —No quería quebrarse, pero ya le temblaban las manos—. Algo terrible me ocurrió en Auschwitz…

—Isabela, no es necesario —le dijo, comprendiendo cuánto le dolía hablar de aquello.

—Sí lo es —respondió, mirándolo a los ojos—. Quiero que lo sepas todo de mí, Santiago.

—Continuá, entonces.

Ella asintió.

—Un soldado del ejército alemán, el que mandaba en aquel lugar, ordenó que me sacaran de los barracones y me llevó a trabajar a su casa. Poco tiempo después, cuando intenté interceder por mi madre, para que me dejara llevarle alimentos y medicina, me dijo que lo haría si yo le daba algo a cambio. —Vio que Santiago apretaba la mandíbula—. Me… me encerró en su habitación con el propósito de… de abusar de mí. Me despojó del vestido que él mismo me había regalado y comenzó a tocarme. No sé de dónde saqué fuerzas para defenderme, pero lo hice. Le mordí la oreja, arrancándole un pedazo.

—Se lo tenía bien merecido —adujo Santiago, furioso—. ¡Yo le hubiese arrancado las pelotas!

—Ese acto de valentía le costó la vida a mi madre. —Aunque intentó evitarlo, se le llenaron

los ojos de lágrimas—. ¡Me castigó de la peor manera, haciendo que todos los días recordara que ella murió por mi culpa!

Santiago se acercó y tomó su rostro entre las manos.

—No, Isabela, no fue tu culpa —le dijo, mientras le acariciaba las mejillas—. Ese malnacido y el fanatismo irracional de los que pensaban como él son los únicos responsables de la muerte de tu madre. Hiciste lo que cualquier otro ser humano en tu misma situación habría hecho para sobrevivir.

Isabela se mordió el labio inferior.

—Me duele el alma cada vez que me acuerdo de todo lo que viví allí.

Santiago, visiblemente conmovido, la miró a los ojos.

—Si me lo permitís, yo voy a sanar cada una de tus heridas, Isabela. —Descubrió su brazo izquierdo hasta revelar el número de identificación que le habían marcado en Auschwitz. Primero rozó aquella macabra cifra de cinco dígitos tatuada de negro con la punta de sus dedos. Luego se inclinó un poco hacia abajo y la besó con tanta ternura que Isabela creyó desfallecer. —Lo supe nada más verte, Isabela. Lo sentí en la piel y en el alma. Si me dejás, pondré el mundo y mi corazón a tus pies.

—Santiago… abrázame, por favor.

Él la cobijó entre sus brazos mientras Isabela exorcizaba los fantasmas del pasado llorando sobre su pecho. La calidez y las palabras de consuelo de Santiago le brindaron la paz que necesitaba. Permanecieron unidos hasta que ella se quedó sin lágrimas. Fue Isabela la que tomó la iniciativa. Se apartó un poco y le acarició las manos.

—Esta noche no voy a escapar, Santiago —musitó, sonrojándose—. Quiero borrar todos esos recuerdos dolorosos entregándome a ti en cuerpo y alma. Ahora estoy segura de que solo tu amor podrá salvarme.

La boca de Santiago se posó suavemente sobre la de ella, agitando el deseo en su interior. Un instinto descarnado, dulce y terrenal, aleteó dentro de su corazón. Isabela respondió a sus caricias con ternura y avidez, devolviéndole los besos, mientras enredaba los dedos en su pelo y deslizaba las manos por sus hombros, tirándole de la camisa.

La pasión se sobrepuso a los nervios, el ansia los dejó sin aliento y el ardor de su sangre les hizo olvidarse de todo lo demás.

Santiago se apartó de Isabela para ponerse de pie y extendió el brazo hacia ella. Siguió besándola y acariciándola mientras se acercaban a la habitación principal.

La despojó de sus ropas con lentitud, tomándose todo el tiempo del mundo para admirar su cuerpo desnudo. Sus ojos acariciaron la redondez de sus pechos pequeños y la suave curva de sus caderas. Isabela respiraba agitada. Ya no había miedo en su mirada, solo deseo. Santiago también se desnudó y se aproximó a ella. Acarició su mejilla con los nudillos y le apartó un rizo suelto que le caía sobre la frente.

—Sos hermosa, Isabela —le dijo, deslizando un dedo por su boca entreabierta.

Ella se recostó sobre la cama, y un instante después, sintió el peso de Santiago sobre su cuerpo. Quería que el contacto fuera lento, demorado. Tenían tiempo suficiente para saborear todas y cada una de las caricias que se habían prometido en silencio. Fue entonces que Isabela descubrió su propia osadía, besando su cuello y deleitándose con el tacto de su piel. Las manos de Santiago la moldearon a voluntad. Isabela lo rodeó con sus brazos, ofreciéndole los labios, entreabiertos y húmedos. Él la besó y, mientras intentaba reconfortarla por cada una de las heridas de su pasado, su beso se llenó de pasión. Presa de aquel abrazo, Isabela luchó por demostrarle la verdad de su amor. Correspondió a cada una de sus emociones, y Santiago olvidó cómo había empezado todo y por qué. Besó su garganta y sus hombros con infinita ternura. Adoraba sus curvas, la tersura de su piel. Ella enredó los brazos alrededor de su cuello cuando los labios de Santiago alcanzaron la cima de sus pechos. Lamió sus pezones endurecidos mientras ella se arqueaba hacia arriba. Isabela temblaba de la cabeza a los pies, deseándolo. Santiago sintió que su miembro se tensaba, notó el pulso de su sangre acelerarse por el delicado roce de los dedos de Isabela que recorrían la parte baja de su espalda.

Santiago, poseído por una fiebre erótica, acarició su vientre y hundió la cabeza entre sus suaves muslos para saborear la humedad de su sexo. Un intenso gemido se escapó de los labios de Isabela. Dejó de pensar y se entregó al olvido mientras un placer puro comenzaba a levantar vuelo. Sumida en el éxtasis, pronunció su nombre una y otra vez.

Santiago se incorporó y la miró a los ojos. Isabela no opuso ninguna resistencia cuando le apartó las piernas para acomodarse mejor. Santiago la penetró despacio, pero ella había perdido el miedo entre sus brazos. La temperatura crecía, incontrolable. Cuando comenzó a moverse en su interior, Isabela respondió, contoneándose a su ritmo. El deseo se transformó en un frenesí salvaje y arrollador. Los dedos de ambos estaban fuertemente entrelazados. Las caricias de Santiago la derretían y cubrían la inocencia de su carne. El mundo a su alrededor desapareció. Sólo quedó la necesidad de alcanzar la cima, luego el deseo de dejarse llevar. Una y otra vez, las sombras y la oscuridad los acunaron mientras estallaban en el clímax. Exhaustos, permanecieron juntos, mirándose, deleitándose en el contacto de su piel.

No hablaron más esa noche. Los dos convinieron en silencio que había instantes que debían preservarse como un tesoro y no cuestionarse jamás.

LA MUJER MÁS VALIENTE DEL MUNDO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina,
diciembre de 1946

—¿No te parece que es demasiado temprano para ponerse a beber? —cuestionó Francisco cuando entró al salón y vio a su cuñada con un vaso de whisky en la mano.

Magdalena ignoró su comentario burlón y se dejó caer en el sofá. Esa mañana se había levantado ojerosa después de quedarse llorando hasta la madrugada. No estaba de humor para soportar a nadie; mucho menos al impertinente de Francisco.

—¿Dormiste sola?

Ella lo miró por encima del vaso.

—No te metas en lo que no te importa, Francisco —respondió, de mal talante.

Francisco se sentó frente a ella, en uno de los extremos de la mesita ratona y se cruzó de brazos.

—Tendrías que haber estado anoche en la fiesta de cumpleaños de tu prima… la judía.

Magdalena apretó el vaso con fuerza. Se bebió lo que quedaba de un sorbo y se levantó para servirse otro trago. Le temblaban los dedos mientras sostenía la pinza para el hielo en su mano. Estaba un poco aturdida por el alcohol, pero había oído perfectamente bien.

—Isabela lo confesó anoche delante de todos —le dijo, observando cómo su cuerpo se tensaba por los nervios—. Su historia resultó bastante conmovedora, aunque es evidente que se guardó parte de la verdad para no perjudicarte. No hace falta que sigás fingiendo, Magdalena.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, sin siquiera voltearse.

—Ha sido sencillo sacar conclusiones —manifestó, poniéndose de pie para acercarse a ella —. Fuiste muy astuta durante todo este tiempo para esconder tu origen. Isabela no es una pariente lejana, ¿verdad?

Magdalena sentía que su mundo comenzaba a derrumbarse. Odiaba a Isabela por haberle jugado sucio de esa manera. No solo había pasado la noche con su esposo, quién sabe dónde, también la había dejado delante de todo el mundo como una mentirosa. Ya no tenía caso sostener la farsa.

—No, es mi prima hermana —respondió.

—¿Era necesario el engaño? Te puedo asegurar que a Santiago no le hubiese importado que

fueras judía. Se habría casado con vos de todas formas.

—No podía decir nada —alegó, dejando el vaso sobre la mesa del bar. Ya no tenía deseos de seguir bebiendo—. No se trataba solo de Santiago o de tu familia. La carrera diplomática de don Teodoro estaba en juego y esa es la razón por la cual nos obligó a callar. Cometió actos ilegales para poder sacarnos a mi madre y a mí de Alemania. Cuando recibimos la noticia de que Isabela había sobrevivido a la guerra, se negó a que viniera.

—Por eso inventaron lo de la prima lejana que perdió a sus padres en un bombardeo, para traer a Isabela a Buenos Aires sin que nadie sospechara nada.

Magdalena asintió.

—¿Qué tan perjudicado puede salir Schneider si se sabe la verdad? —quiso saber. Tal vez acababa de encontrar el arma perfecta para vengarse de ese desgraciado.

—Una vez mencionó que podría terminar en la cárcel. Ignoro si lo dijo solo para que mi madre y yo nos asustemos o es lo que realmente puede ocurrirle si descubren lo que hizo.

Francisco se quedó meditabundo. Tenía sus propios contactos en el ámbito de la política y no precisaba recurrir a Santiago en su calidad de diputado. Estaba seguro de que, si hablaba con Juancito Duarte, encontraría la manera más idónea para que Teodoro Schneider terminase sus días en una celda. Incluso, estaba dispuesto a pedir una audiencia con el presidente Perón, pero ese maldito pagaría por todo el daño que le había causado a Rosario.

—Ojalá dé con sus huesos en la cárcel —farfulló, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué te ha hecho? —Magdalena lo miró, sorprendida.

Francisco no le contestó. Le hizo señas de que se callara la boca y prestase atención.

—Ese es el Lincoln Zephyr de mi hermano, parece que los tortolitos han decidido abandonar el nido y enfrentarse a la fiera —dijo, curvando los labios en una risa burlona. Se alejó en dirección a la puerta—. Mejor me voy, los triángulos amorosos me ponen demasiado nervioso.

Magdalena se sirvió ese trago que acababa de descartar, se sentó en el sillón de un solo cuerpo y esperó.

*

Isabela quiso soltar la mano de Santiago antes de ingresar a la casa, pero él no la dejó.

—Vamos a hablar con Magdalena —le dijo para que ya no estuviese tan nerviosa—. No quiero engañarla y tampoco ponerte a vos en una posición que no te merecés.

Ella respiró hondo y asintió. Con Santiago a su lado, se sentía la mujer más valiente del mundo.

Apenas traspasaron la puerta, oyeron la voz de Magdalena retumbar en el vestíbulo.

—¡Buenos días!

Isabela y Santiago intercambiaron un par de miradas antes de entrar al salón. Magdalena los aguardaba con un vaso de whisky en la mano.

—¡Vaya, pensé que no se atreverían a aparecer! —se burló mientras se cruzaba de piernas.

—Magdalena, estás borracha… —Santiago sabía que en aquellas condiciones no iban a poder mantener una conversación civilizada.

—No lo estoy —replicó. Sus ojos verdes se posaron en la mano de Isabela entrelazada a la de su esposo—. Tengo la lucidez suficiente para darme cuenta de la clase de mujerzuela que es mi querida prima.

Santiago apretó los dientes.

—No hace falta que la insultés —le advirtió—. Hemos venido para hablarte de frente. Isabela y yo nos enamoramos y queremos estar juntos. Nuestro matrimonio lleva roto mucho tiempo… Si seguimos casados es solo para mantener las apariencias. Me cansé de las mentiras y de vivir a medias.

Magdalena le lanzó una mirada cargada de ira a su prima.

—Supiste engatusarlo muy bien. —Dejó el vaso vacío sobre la mesa y la aplaudió—. ¡Te felicito, Isabela! Lo has perdido todo en la guerra; sin embargo, no tardaste nada en robarme lo que me pertenece.

—¡Isabela no te robó nada, Magdalena! ¡No puede quitarte lo que nunca fue realmente tuyo! —despotricó Santiago, perdiendo los estribos mientras Isabela le apretaba la mano para intentar que se calmase—. Me has condenado a un matrimonio desdichado casi desde el primer día. Sería patético que ahora te dieras golpes de pecho y reclames tus derechos de esposa cuando en todo este tiempo apenas dejabas que te toque.

—¿Es eso entonces? Te conseguiste una amante para saciar tu lujuria. —Hablaba desde el resentimiento—. Podrías haberla buscado en otro lado…

—Isabela no es mi amante, es la mujer con la que quiero compartir el resto de mi vida —sentenció Santiago, con la voz firme—. Voy a pedir el divorcio y la custodia del niño.

Magdalena, como si hubiese sido impelida por la fuerza de un resorte, se levantó del sofá y le apuntó con el dedo índice.

—¡Eso no! ¡Santiaguito es mi hijo y esa puta no me lo va a quitar! —Completamente desencajada y ebria, perdió el equilibrio y tuvo que volver a sentarse—. ¡No te lo voy a permitir! ¡Nunca me vas a separar del niño!

—Santiago, por favor… es mejor que hables con ella en otro momento —le pidió Isabela, sintiendo pena de ver a su prima en esas condiciones tan deplorables.

Él obedeció. Isabela tenía razón. Esperaría a que estuviese sobria para plantearle los términos de la separación mientras buscaba un buen abogado.

—Quiero que se vaya —balbuceó Magdalena, desmadejada sobre el sillón, con el cabello hecho una maraña de guedejas doradas y el rímel oscureciendo la zona alrededor de sus ojos.

Santiago trató de impugnar su decisión, pero Isabela no se lo permitió. Aceptó abandonar la mansión en ese mismo momento. Solo le pidió que la dejara despedirse de Santiaguito.

—Isabela, el dueño de la casa soy yo… Magdalena no tiene derecho a echarte; es más, es ella la que debería irse —manifestó Santiago, angustiado por el rumbo que había tomado aquel enfrentamiento.

—No compliquemos más la situación. Voy a subir a la habitación a preparar la valija y luego me despediré del niño.

—¿Adónde vas a ir?

Isabela se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Querés volver a la estancia?

—¿Es allí en donde pasaron la noche? —preguntó Magdalena, con los ojos envilecidos. Luego, soltó una carcajada—. ¡La llevaste al mismo sitio en donde nos conocimos!

Santiago ignoró sus comentarios.

—¿Y esa muchacha que trabaja de artista? La del cabaret… ¿Nina se llama?

Isabela asintió. Ni siquiera lo había pensado, pero seguramente ella no dudaría en echarle una mano. Además, habían quedado en verse esa tarde para su audición en Radio El Mundo.

—En algún lado tengo anotada la dirección de su departamento.

—Perfecto, yo te llevaré. —Le puso la mano en la espalda y se dirigieron juntos hacia la puerta—. Voy a buscar a Santiaguito para que lo veas antes de que te vayas.

Isabela se dio vuelta y miró una vez más a su prima.

—¡Gracias por lo de anoche! —le dijo, con sorna—. ¡Toda la ciudad de Buenos Aires debe estar riéndose de nosotros ahora!

Isabela hubiese querido disculparse por no haber respetado la promesa de guardar silencio, pero sabía que Magdalena jamás la perdonaría. Con el dolor que le causaba ver que la relación de amistad con su prima se había roto para siempre, subió corriendo las escaleras y se encerró en su habitación a llorar.

PARÍS, MON AMOUR

Barrio de Caballito, Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1946

Cuando Isabela llegó al coqueto departamento que alquilaba Nina, acompañada de Santiago y con una valija en la mano, la actriz se quedó boquiabierta. Aunque ya eran casi las diez de la mañana, era evidente que acababa de levantarse. La notaron bastante nerviosa, como si la hubiesen sorprendido haciendo algo indebido.

Los invitó a pasar, y apenas Isabela le explicó lo que había ocurrido con su prima, le dijo que podía quedarse con ella el tiempo que hiciera falta. Con una preocupación menos encima. Santiago se marchó porque tenía una reunión impostergable en el Congreso.

—¿Querés tomar algo? —le ofreció Nina, prácticamente arrastrándola hacia la cocina.

Isabela la miró.

—¿Qué ocurre?

Nina se mordió el labio mientras miraba al techo.

—No estoy sola —dijo por fin, soltando el aire contenido en los pulmones.

Isabela comprendió entonces la razón de su incomodidad.

—Puedo ir a otro lado.

—¡No, por supuesto que no! —Le indicó que se sentara.

Isabela dejó la valija en el suelo y ocupó una de las tres sillas que rodeaba la mesa.

—No quiero perturbar tu intimidad, Nina.

—No es eso, es que… —Se acercó a ella para hablarle en voz baja—. Se trata de Jedrek. Anoche se quedó un poco triste cuando te fuiste del cabaret con Santiago, bebió más de la cuenta y, te juro que no sé cómo pasó… pero terminamos en mi cama. —Se le tiñeron las mejillas de un rojo intenso.

Isabela, más allá de enojarse o escandalizarse por lo que acababa de decirle, sonrió encantada.

—¡Es maravilloso! —exclamó, levantando la voz para que Jedrek pudiese escucharla—. ¡Nada me haría más feliz que Jedrek y tú estuviesen juntos!

—¿De verdad? —preguntó Nina, dejando la culpa de lado.

—¡Claro! —Miró por encima de su hombro porque sabía que él ya se encontraba allí. Se levantó de sopetón y se acercó para darle un abrazo—. Nina es una joven maravillosa y sé que te

hará muy feliz.

—Hola, Isabela. —Jedrek se rascó la cabeza. No se había peinado todavía. Vio la valija en el suelo—. ¿Qué pasó?

—Me fui de la mansión… en realidad, Magdalena me echó.

—¿Se enteró de lo que pasó anoche en El Gato Calavera?

Isabela hizo un gesto de afirmación con la cabeza. No se sentía cómoda hablándole de su intimidad con Santiago; mucho menos después de que Nina insinuase que estaba enamorado de ella. Aunque, por fortuna, y a juzgar por su presencia allí, eso no era verdad.

—Le ofrecí que se quedara conmigo todo el tiempo que haga falta —intervino Nina, saludando a Jedrek con un ligero, pero atrevido beso en la boca. Él carraspeó, avergonzado, aunque parecía realmente fascinado por ella.

—Lo que más me entristece es haber dejado a Santiaguito… —se lamentó Isabela, con los ojos vidriosos.

—Ya habrá oportunidad de que lo veas —comentó Jedrek—. Recuerda que yo sigo trabajando en la mansión y puedo encontrar la manera de que te acerques a él sin que nadie sospeche nada.

Isabela dudaba de que Jedrek consiguiera mantener su empleo. Lo más probable era que Magdalena terminase echándolo a él también.

Cuando Jedrek se marchó para cumplir con su jornada laboral, Nina le propuso a Isabela ensayar para la audición de esa tarde. La buena compañía y la música le hicieron olvidar, al menos por un rato, tanta tristeza.

*

Buenos Aires, Argentina, diciembre de 1946

Rosario no comprendía aún qué estaba haciendo allí. Francisco la había llamado al mediodía para pedirle que se encontrara con él en la Confitería del Molino porque tenía que darle una sorpresa y, como era su costumbre, su hermano todavía no había llegado. Estaba sentada en una de las mesas que daba a la calle y desde allí contemplaba indiferente el movimiento de la gente. De repente, una mujer que se apresuraba a cruzar la avenida Rivadavia llamó poderosamente su atención. El corazón se le detuvo durante unos segundos al ver que se trataba de Débora. Cuando entró a la confitería, se levantó de la silla y le hizo señas con la mano.

—Hola, Rosario ¿qué estás haciendo aquí?

—Supongo que lo mismo que vos —respondió Rosario, incapaz de ocultar la felicidad que le provocaba su cercanía.

Débora ocupó la silla frente a ella y acto seguido, se quitó los guantes.

—La verdad es que no sabía qué hacer. Tu hermano se notaba bastante nervioso al teléfono y me insistió tanto en que no podía faltar, que finalmente decidí venir. —La miró a los ojos y sintió ese cosquilleo en la boca del estómago de la primera vez—. Teodoro vigila cada uno de mis movimientos y me resulta difícil salir de la casa sin que sospeche nada. Le hice creer que venía a encontrarme con Magdalena. A propósito, ¿cómo está mi hija? ¿Y Santiaguito? ¡Lo extraño tanto!

Rosario percibió la angustia en su voz. No tenía buenas noticias para ella, pero no se sentía capaz de ocultarle la verdad.

—Magdalena no está bien, Débora. Está bebiendo mucho y hace unos días echó a Isabela de la mansión porque descubrió que ella y Santiago habían pasado la noche juntos.

Débora, atónita, se quedó sin palabras.

—Hay algo más. Tu sobrina contó la verdad acerca de su origen en la fiesta de cumpleaños, y aunque no las mencionó ni a vos ni a Magdalena en ningún momento, sembró la duda sobre ustedes. Creo que esa es realmente la razón por la cual expulsó a tu sobrina de la mansión.

—¿Dónde está Isabela ahora? —Le importaba más conocer el paradero de su querida sobrina que el hecho de que seguramente a esas alturas ya se sabía que Magdalena y ella habían engañado a todo el mundo haciéndole creer lo que no eran.

—Santiago me dijo que se fue a vivir con Nina, la muchacha que trajo a Francisco a casa cuando le dieron aquella paliza.

Débora asintió. Le causaba cierta incomodidad hablar de su hermano con Rosario. Nunca le había dicho que estaba al tanto de que él fue la persona que las había puesto en evidencia delante de Teodoro. Quizá era el momento de hablarlo con ella.

—Débora, ¿por qué no me contaste que eras judía? Pensé que no había secretos entre nosotras.

—Intenté hacerlo muchas veces, pero nunca me animé.

Rosario le rozó la mano.

—Eso ya no importa ahora —le sonrió, y bajando la voz, añadió—: Te amo más allá de tu religión o de tu credo.

Débora le apretó suavemente los dedos.

—Yo también te amo, Rosario —le dijo en un susurro. Comprendió que era mejor callarse lo de Francisco. No quería causarle un disgusto.

Se soltaron cuando escucharon que alguien carraspeaba cerca de ellas. Al levantar la mirada, vieron a Francisco.

—¿Interrumpo? —Apartó una de las sillas que quedaban libres y se sentó. Le hizo señas al mozo de que se acercara y ordenó un café para los tres—. Conmigo no necesitan fingir.

Débora se dio cuenta de la mirada cómplice que intercambiaron los hermanos.

—¿Por qué nos has citado aquí? —le preguntó Débora, desconcertada.

Francisco respiró hondo y se aclaró la garganta antes de responder.

—Primero, quiero que sepan que estoy muy arrepentido por lo que hice. —Percibió que su hermana tenía la intención de interrumpirlo y le pidió que lo dejase continuar—. Jamás habría revelado su secreto si hubiese imaginado lo que ocurriría después. Necesitaba el dinero y temía por mi vida.

—Rosario, ¿ya lo sabías?

Rosario miró a Débora y asintió con la cabeza.

—Cuando supe lo que ese hijo de puta le había hecho a mi hermana, solo podía pensar en vengarme. —Ni siquiera pidió disculpas por su exabrupto—. Estaba dispuesto a mancharme las manos con sangre con tal de que pagase por su cobardía.

—Fran, ¿qué hiciste? —le preguntó Rosario, comenzando a preocuparse.

—Nada ilegal, hermanita, quedate tranquila. —El mozo apareció con los cafés y aprovechó para sacar de los bolsillos un sobre que colocó encima de la mesa.

—¿Qué es eso?

Francisco sonrió a su hermana.

—La sorpresa que les prometí por teléfono.

Rosario tomó el misterioso sobre entre sus manos y lo abrió. Eran dos pasajes de avión con destino a París.

—No entiendo. —Se los mostró a Débora mientras volvía a mirar a Francisco.

—Un amigo mío vive en Saint-Germain-des-Prés y me ha invitado muchas veces a visitarlo. Se marcha a los Estados Unidos de vacaciones en un par de días y ha vuelto a insistir para que vaya. Me dejará las llaves de su casa con una vecina para que me presente allí cuando me plazca. Si se deciden, puedo llamarlo hoy mismo para avisarle que yo no puedo ir pero que mi hermana y su amiga estarán encantadas de pasar una temporada en París.

—No podemos —repuso Débora, pensando en su esposo. Jamás le iba permitir salir de Argentina, mucho menos para irse con la mujer que amaba.

—Schneider hará hasta lo imposible para impedirlo —manifestó Rosario, adivinando lo que pasaba por la cabeza de Débora en ese momento.

—Teodoro Schneider ya no será un obstáculo entre ustedes —aseveró Francisco, antes de beber un sorbo de café—. Después de confirmar con Magdalena que había fraguado documentos para salir de Alemania y entrar al país, hablé con mi amigo Juancito Duarte.

—¿El cuñado de Perón? —Rosario se quedó boquiabierta.

—Sí, creo que te conté alguna vez que nos conocimos durante el servicio militar. Nos reencontramos hace tres años y retomamos la amistad. El caso es que él me puso en contacto con la gente indicada y es cuestión de horas para que lo detengan. Parece que hay un empleado del consulado que está dispuesto a contar todo lo que sabe a cambio de salir librado de una condena. Schneider falsificó documentos y sobornó a varios funcionarios, tanto aquí como en Alemania,

para mantener el engaño durante todo este tiempo. Aunque lo haya hecho por una causa loable, pasará algunos años en la cárcel. No serán suficientes para pagar la atrocidad que cometió con vos, Rosario, pero al menos podrán estar juntas.

Débora y Rosario se miraron. En sus rostros se asomó una sonrisa.

—¿Has estado en París alguna vez? —preguntó Débora, entusiasmada.

Rosario negó con la cabeza.

—Yo tampoco, me gustaría mucho conocerla a tu lado.

Francisco, satisfecho por haber resarcido de alguna manera el daño que había provocado, también sonrió.

—¿Se van entonces? Mi amigo estará de vacaciones dos meses. Tendrán tiempo de sobra para pasear por la Ciudad de la Luz y amarse sin que nadie las censure. Allí todo se vive con más libertad.

—Nos perderemos el cumpleaños de Santiaguito —comentó Débora, sintiendo nostalgia de su nieto.

—Es verdad —respondió Rosario, soltando un suspiro.

—No pasa nada —terció Francisco, restándole importancia al asunto—. Es verdad que el pillo de mi sobrino las echará en falta, pero estoy seguro de que, si le mandan muchos regalos desde Francia, las extrañará menos. Piensen en ustedes y olvídense de los demás. Se merecen ser felices.

Rosario se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla.

—Gracias, Fran. Significa mucho para mí. —Miró a Débora—. Para nosotras.

Francisco dejó un billete sobre la mesa para pagar la cuenta y se puso de pie.

—Ahora tengo que dejarlas. —Le devolvió el beso a su hermana y estrechó la mano de Débora con firmeza—. Hoy mismo llamaré a mi amigo para avisarle que irán a París en mi lugar. Pórtense bien mientras tanto —dijo, guiñándoles un ojo.

Ni Débora ni Rosario apartaron la vista de la puerta hasta que Francisco desapareció. Luego, se miraron, emocionadas.

—Vamos a ser muy felices —musitó Rosario, aguantándose las ganas de besarla.

Débora clavó sus ojos claros en la boca de su amante.

—Contigo soy feliz en cualquier lado. —Tomó los guantes, los guardó en el interior de la cartera y se puso de pie. —Voy un momento al tocador… ¿me acompañas?

Rosario sonrió ante su atrevida proposición, pero la siguió por el pasillo que conducía a los baños con el deseo a flor de piel. Cuando el lugar se quedó vacío, se encerraron en el cubículo más alejado y se entregaron una en los brazos de la otra con un beso apasionado.

UNA INVITACIÓN MUY ESPECIAL

Buenos Aires, Argentina, junio de 1947

Santiago estacionó el Lincoln Zephyr frente a las instalaciones de Radio El Mundo y decidió esperar un poco. Era temprano. Había quedado con Isabela para cenar juntos esa noche, pero tenía que darle una noticia estupenda y ya no soportaba la ansiedad. Pensó en encender un cigarrillo para atenuar la espera, pero se arrepintió apenas metió la mano en el bolsillo del saco. Se mesó el cabello con cierto nerviosismo y comenzó a tamborilear los dedos sobre el volante.

Cada vez que sus compromisos laborales se lo permitían, la pasaba a buscar por la radio para terminar juntos la noche. Aquella primera audición que había hecho Isabela el día después de su cumpleaños, le había abierto las puertas de un nuevo mundo. Hasta el señor Massa, director artístico de la radio, quedó encantado con su timbre de voz y la entrega que ponía en cada interpretación. Cantó "Bésame mucho", porque estaba convencida de que le daría suerte, y a partir de ese momento, gracias a su talento, pero sobre todo a su humildad, consiguió que la contrataran para cantar tres veces por semana durante la emisión nocturna, acompañada por la Orquesta Sinfónica de Radio El Mundo. Compartía el cartel con estrellas de la talla de Sofía Bozán o Mercedes Simone y también con una de las cantantes de tango predilectas del director de la radio, la famosa Gardelia. La estrella, que había sido descubierta por Gardel durante su segunda visita a la ciudad de Olavarría, allá por el 33, la había convocado para que interpretase boleros en una comedia musical que se estrenaba a fin de año en un teatro de la calle Corrientes. El éxito le sonreía y él estaba feliz por ella. Continuaba viviendo con Nina, aunque él insistía en que se mudasen juntos al departamento que había comprado tras abandonar la mansión de Belgrano al separarse de Magdalena. Isabela alegaba que no le parecía bien vivir bajo el mismo techo mientras no estuviese divorciado. Los trámites se demoraban más de la cuenta porque Magdalena se había empeñado en posponer la separación legal con el único propósito de fastidiar su felicidad. Miró hacia la entrada principal del edificio ubicado sobre la calle Maipú y sonrió al ver que Isabela acababa de salir. Se bajó del auto y la alcanzó a mitad de camino.

—Buenas noches, mi amor —le dijo, robándole un beso delante de algunos de sus compañeros de trabajo que venían detrás de ella.

Isabela soltó una risita.

—¡Nos están viendo! —protestó, mientras se aferraba de su brazo para sentir su calor.

—¡Qué nos vean! —exclamó él, pasándole el brazo por la cintura—. ¿Tenés frío?

Ella asintió y se cubrió la garganta con el cuello del abrigo. Desde que cantaba en la radio, se cuidaba mucho la voz. Hacía gárgaras de agua con limón y miel, prescindía de beber alcohol y comer alimentos picantes. Siguiendo el consejo de Gardelia, también había reducido la ingesta de café.

Le abrió la puerta del acompañante y la ayudó a subirse debido a la estrechez del vestido. Cuando entró al auto, la miró fijamente y suspiró hondo.

—Iba a decírtelo apenas llegásemos al departamento, pero no puedo esperar tanto.

Las palabras de Santiago provocaron su curiosidad.

—¿De qué se trata? —No podía ser algo malo. Él lucía demasiado ansioso y feliz.

—Hoy recibí la llamada del presidente mientras estaba en el Congreso.

Isabela no se sorprendió. Solía hablar con Perón a menudo.

—Evita parte hacia España en unos días en misión diplomática y van a agasajarla con una fiesta de despedida en la residencia presidencial.

—Y te han invitado —dijo Isabela, terminando la frase por él. Eso significaba que tendría que ir con Magdalena, no con ella. Aunque viviesen separados, cada vez que surgía algún evento social relacionado con la política, era su prima la que lo acompañaba del brazo, en su rol de esposa.

—Sí, pero no me llamó para eso. Quiere que cantés en la fiesta. Le hablaron muy bien de vos y parece que Evita te ha escuchado por la radio. Es una gran ocasión para mostrar tu talento.

—Magdalena también irá —repuso, con fastidio, conociendo de antemano la respuesta.

Apesadumbrado, Santiago asintió.

—Es solo hasta que consiga divorciarme de ella —le aseguró, acariciándole la mejilla.

Isabela suspiró hondo. Sabía que él no tenía la culpa. Ya era suficiente castigo que tuviese que pedir permiso para ver a su hijo como para que encima ella le armase una escena de celos. El abogado les había dicho que ante el abandono de hogar que había hecho, el niño debía quedarse con la madre hasta que la situación se resolviera por la vía legal. Una vez que la sentencia de divorcio saliera, podía pelear por la custodia de su hijo.

—A veces me arrepiento de haberme ido de la casa, pero la vida a su lado se volvió un verdadero infierno —se lamentó—. Sin Rosario, ya no tenía sentido quedarme. ¿Tendría que haberla echado?

—No, eso hubiese sido el golpe de gracia para Magdalena. —Isabela le besó la mano. Rosario y Débora continuaban en París. Habían decidido quedarse a vivir allí, y tras el encarcelamiento de Teodoro Schneider, nadie se atrevía a cuestionarlas. Hablaban con ellas una o dos veces por semana y jamás habían juzgado su relación, solo les bastaba saber que eran felices.

Santiago condujo hasta su departamento, ubicado a pocas calles del Congreso, y antes de

abandonar el Lincoln Zephyr, la miró a los ojos.

—¿Qué le digo al presidente?

—Qué cantaré para Evita con mucho gusto —respondió, regalándole una sonrisa.

*

—Francisco, ¿qué estás haciendo acá? —Nina tenía la puerta apenas abierta para impedirle el paso. Jedrek no tardaría en llegar y no quería un escándalo en el edificio.

—Vine a verte porque te extraño —le dijo, todo meloso mientras metía el brazo con la intención de entrar.

—Ya te dije que lo nuestro se terminó. Ahora estoy con otra persona.

—Sí, ya sé, el polaco ese, amigo de Isabela.

—Se llama Jedrek y será mejor que te vayas porque está a punto de llegar y no quiero que te vea. —Hizo un esfuerzo sobrehumano para empujarlo hacia afuera, pero Francisco era más fuerte y consiguió su objetivo.

Cuando entró, Nina no tuvo más opción que cerrar la puerta.

—¿Qué querés?

—Me gusta tu nidito de amor. —Recorrió el pequeño living con atención y luego se la quedó mirando—. ¿Sos feliz?

Nina asintió.

—¿Lo querés más de lo que me quisiste a mí?

—No voy a contestar esa pregunta —replicó, ajustándose el nudo de la bata. Solía esperar a Jedrek en camisón porque él a veces salía muy tarde del teatro. Tras dejar su puesto de jardinero en la mansión de los Navarro Soler, había conseguido trabajo como decorador de escenografías gracias a su habilidad con el pincel. Cuando llegaba a las tantas, cenaban juntos algo liviano, porque ella todavía no era muy ducha en la cocina, y luego se iban a la cama.

—Te ayudé cuando más lo necesitabas, Nina. Gracias a mí estás triunfando en el mundo del espectáculo —le recordó.

—Y nunca voy a dejar de agradecértelo, Francisco. Pero las cosas entre nosotros cambiaron. Vos te interesaste en otra mujer y yo conocí a Jedrek.

—En ese extraño giro del destino vos saliste ganando, porque yo me quedé con las ganas de seducir a Isabela. Ahora es la amante de mi hermano.

—No la llames así —le recriminó—. Isabela y Santiago se aman.

—Mi cuñada está cada día más loca. He pensado en mudarme a otro lado, pero no puedo dejarla sola en la mansión. Cualquier día de estos es capaz de cometer una locura y temo por el niño. Emilce hace lo que puede, pero sin Isabela y sin Rosario, ya nada es lo mismo.

—Santiaguito debería estar con su padre —dijo Nina, preocupada—. Nadie lo cuidaría mejor

que Isabela.

—Eso es imposible por ahora —le recordó. No estaba muy al tanto de los asuntos legales de su hermano, pero sabía que Magdalena se rehusaba a darle el divorcio. Decidió que era hora de marcharse. Nina no lo quería allí y aunque hubiese dado lo que fuera por volver con ella, ya era demasiado tarde—. Me voy antes de que llegue tu enamorado. Perdoname por venir a importunarte.

Nina lo acompañó hasta la puerta y lo despidió con un fugaz abrazo por temor a que malinterpretase su gesto de amistad con otra cosa. Cuando por fin se quedó a solas, miró nerviosa el reloj. No faltaba nada para que Jedrek llegara y todavía no había puesto la carne al horno.



UNA ALIANZA INESPERADA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, junio de 1947

Juanito se restregaba contra la pata de la silla en donde estaba sentado su pequeño amo. Desde el otro lado de la mesa, Magdalena lo miraba con un gesto despectivo. Aquel gato le hacía recordar a Isabela. Había sido rescatado de la calle, y durante los primeros días, cada vez que veía gente por la casa, se escondía en los armarios. Les había costado que entrase en confianza, pero con el paso del tiempo terminó adueñándose de cada uno de los rincones de la mansión.

—Le he dicho a Emilce que no me gusta que el gato esté presente durante las comidas —manifestó, como si Santiaguito pudiese entenderla. Bebió un poco de vino y lo miró—. A veces siento que le haces más caso a él que a mí.

El niño dejó caer la cuchara de plástico dentro del plato con puré de zapallo y tomó la servilleta entre sus manos.

—¡Papá… quiedo a papá! —balbuceó mientras revoleaba la servilleta.

—Quedate quieto, querido —le pidió—. Tu padre no va a venir esta noche.

—¡Papá! ¡Quiedo a papá! —gritó Santiaguito, meciéndose peligrosamente en la silla.

—¡Te vas a caer, Santiaguito! —le advirtió, perdiendo la paciencia—. ¡Dejá de moverte, por favor!

El niño se negaba a obedecer. Juanito salió del comedor, asustado por los gritos, que también atrajeron a Emilce.

—¿Qué ocurre, señora? —Se acercó a Santiaguito y le sacó la servilleta de la mano.

—¿Te lo puedes llevar para que cene en la cocina? —le pidió, desbordada por los nervios.

—Sí, señora, por supuesto. —Tomó al niño entre sus brazos y lo sacó del comedor antes de que a su madre le diera un ataque.

Magdalena contempló la mesa tan grande, tan vacía, y se apretó los dientes para no llorar. Aunque le costara reconocerlo, extrañaba mucho a su madre. Se había indignado cuando se despidió de ella para irse a París con Rosario. Cada postal que llegaba, iba directo al cesto de la basura. El único con el que a veces compartía una cena o un almuerzo esporádico era Francisco. Pero su peculiar sentido del humor, siempre tan ácido, terminaba por incomodarla. Para ver a Pedro estaba obligada a ir a alguna de sus misas, porque después de lo sucedido entre ellos no había regresado a la mansión. Y ella ya no tenía las fuerzas para volver a buscarlo y salir

nuevamente lastimada.

Bebió el vino que quedaba en la copa y abandonó el salón con la intención de irse a dormir. Estaba a punto de subir las escaleras cuando la puerta principal se abrió. Era Francisco. Lo saludó apenas con un movimiento de cabeza y siguió su camino.

—¿Ya te vas a dormir? —le preguntó, arrojando las llaves del auto sobre la mesita de arrime.

—Sí, no tengo nada mejor que hacer —respondió, cortante.

—¿Por qué no te quedás un rato más y charlamos? No quiero estar solo esta noche.

Magdalena se paró en seco. Luego lo miró por encima del hombro. Era evidente que venía borracho, de lo contrario no se hubiese animado a hacerle semejante propuesta. Ella también llevaba algunas copas de vino encima.

—Tu marido te dejó y yo hoy me he dado cuenta de que he perdido a una de las pocas mujeres que me quiso de verdad. —Se le acercó muy despacio mientras le sonreía—. Siempre me pareciste engreída, pero eso no quita que seas una mujer hermosa.

Magdalena lo miró con atención. Otra vez volvía a notar el parecido con Pedro. En otras circunstancias, jamás se le hubiese ocurrido acostarse con él; sin embargo, se sentía tan sola que no le importaría terminar entre sus brazos.

Tendió la mano hacia él y le acarició el pecho por encima del saco. Notó el brillo de deseo en su mirada.

—¿Por qué no vienes conmigo a mi habitación? Creo que yo tampoco quiero dormir sola esta noche —le dijo arrastrando las palabras mientras sonreía, seductora.

De un salto, Francisco sorteó el par de escalones que los distanciaban y la besó. Sus manos se apoyaron en el trasero de Magdalena, empujándola hacia su acuciante entrepierna.

—Espera… subamos, si no terminaremos rodando por las escaleras —le dijo, apartándolo un instante después del beso.

Él sonrió y hundió el rostro en su cuello, sin dejar de soltarla.

—Vamos, entonces.

En la habitación, dieron rienda suelta a la pasión. Esa noche, el alcohol, el miedo a la soledad, la ira y el deseo, se combinaron a la perfección para que terminasen saciados de placer uno en brazos del otro.

Magdalena se despertó de madrugada y logró dejar la cama sin que Francisco se diera cuenta. Se sentó en el sofá, con las rodillas flexionadas contra el pecho y apoyó el mentón sobre las rodillas mientras lo observaba dormir desnudo debajo de las sábanas.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas al comprender que, por más que se le apareciera cada vez que cerraba los ojos, no era Pedro el hombre con el que se había acostado… Jamás lo sería.

*

Barrio Norte, Buenos Aires, Argentina, junio de 1947

—Tal vez no deberíamos haber venido —dijo Isabela, a punto de arrepentirse de estar allí.

—Nada de eso —replicó Nina, cerrando la puerta del ascensor.

—No creo que nos reciba —manifestó Isabela, apretando el bolso contra su estómago.

—Rosario dijo que lo llamó por teléfono desde el mismísimo París para pedirle que diseñara tu vestido, y que cuando le mencionó que lo llevarías el día que cantarás en la fiesta de despedida de Evita, le respondió que lo haría encantado.

El ascensor se detuvo en el quinto piso del edificio ubicado en la esquina de Billinghurst y Santa Fe. Cuando la puerta se abrió, Isabela comprendió que ya no tenía caso marcharse. Estaba nerviosa. Jamás se hubiese imaginado que el gran Paco Jamandreu diseñaría un vestido exclusivamente para ella. Lo había visto de lejos un par de veces en Radio El Mundo, pero nunca se había atrevido siquiera a saludarlo.

Cuando llamaron a su puerta, fue el propio Jamandreu quien les abrió. Vestía un piyama de seda color bordó y tenía un cigarrillo en la mano.

—Isabela y Nina, ¿verdad?

Se había equivocado al señalarlas, pero Nina le aclaró enseguida quién era quién mientras Isabela permanecía callada.

—¡Pasen, pasen!

Entraron al departamento, cuyo piso estaba cubierto por una *moquette* color arena, y las hizo tomar asiento. Ambas se quedaron mirando la alfombra, cubierta de manchitas oscuras, como si fueran semillas de carbón.

—Es mi manía de tirar los fósforos al suelo cuando fumo —les explicó, como si fuese lo más normal del mundo. Se detuvo para observar con detenimiento a Isabela—. Tenés una cinturita de avispa, nena.

Ella sonrió, nerviosa.

—¿Te comieron la lengua los ratones?

—Perdón, es que me parece increíble que por fin pueda conocerlo —manifestó, emocionada.

—Charito me comentó que sos la novia de uno de sus hermanos. ¿De Francisco? Porque el más pequeño se metió a cura. ¡Qué desperdicio! —sonrió con picardía—. Y el diputado está casado; es más, yo diseñé algunos de los vestidos que se lucieron en su boda.

Isabela se puso tan colorada que fue Nina la encargada de satisfacer su curiosidad.

—En realidad, Santiago, el diputado, hace varios meses que se separó de su esposa.

Paco hizo un ademán con las manos para indicarle que no necesitaba decir nada más.

—Ahora entiendo. —Le guiñó un ojo a Isabela y le pidió que se pusiera de pie para poder verla mejor.

Ella obedeció sin chistar. Mientras era observada por Jamandreu no pudo evitar recordar las

dos veces que debió pasar por la *selektion*; primero en Auschwitz, después en el campo-gueto de Theresienstadt.

—¿Te pasa algo, nena? Te noto un poco tensa.

Isabela se dio cuenta de que había crispado los puños. Al oír la voz de aquel hombre, tan calma y pausada, volvió al presente.

—No, estoy un poco nerviosa, nada más.

—Tenés un cuerpo de princesa, querida, y mis dedos van a volar como mariposas sobre el papel cuando diseñe tu vestido. —Se llevó la mano al mentón y se quedó pensativo durante algunos segundos—. ¿Alguna petición especial? ¿Algo que no te guste usar?

Isabela sonrió.

—Confío plenamente en su criterio y en su talento, señor Jamandreu.

—¡Perfecto! —Se fue hacia el escritorio y hurgó entre el desorden de papeles hasta encontrar un lápiz—. Vas a cantar en la residencia presidencial, delante de gente muy importante. Tiene que ser un diseño sobrio, pero a la vez fresco para resaltar tu juventud. —Comenzó a trazar unas líneas mientras las dos muchachas lo observaban, fascinadas.

Unos minutos más tarde, después de algunos borrones y cambios de último momento, Paco les mostró el resultado.

Isabela y Nina aplaudieron al unísono. Parecía que el vestido se salía del papel.

—Usaremos tafeta color azul Francia para resaltar la blancura de tu piel.

Isabela asintió. Todo lo que él le decía estaba bien. Le sugirió qué zapatos ponerse y qué clase de bijouterie llevar para no desentonar con el vestido.

—¿Podré usarla? —le preguntó, tocándose la cadenita con la estrella de David que le había regalado Santiago para su cumpleaños.

Paco tardó en responder

—No tengo nada en contra de tu religión, nena —le aclaró—. Pero creo que, al menos esa noche, no deberías llevarla. —Paco había oído rumores de que algunos miembros del partido nazi luego de que lograran huir de Europa, habían ingresado al país con identidades falsas y el beneplácito de Perón—. Yo te recomiendo que te pongas un collar de perlas.

Isabela, contrariada, asintió. ¿De dónde iba a sacar un collar de perlas? No iba a pedirle a Santiago que le comprase uno. Tras acordar con Paco una fecha de entrega del vestido, se marcharon de regreso al departamento. Durante el viaje en tranvía le preguntó a Nina si ella tenía un collar para prestarle; pero el único que poseía, uno con perlas muy pequeñas, lo había llevado a la joyería para que se lo arreglasen.

—¿Por qué no querrá que use la estrella de David?

Nina se encogió de hombros.

—Supongo que será cuestión de diplomacia o algo así.

Isabela suspiró. No era necesario lucir la cadenita en el cuello para tenerla consigo en una

noche tan importante. La llevaría escondida, donde nadie pudiese verla.



UN BOLERO PARA EVITA

Residencia presidencial, Buenos Aires, Argentina, junio de 1947

Magdalena lucía sus mejores galas esa noche. A pesar de estar separados, le gustaba ese juego de seguir fingiendo que todavía era la mujer de Santiago Navarro Soler. Mucho más si con ello lograba fastidiar a Isabela. Cuando la pasó a buscar por la mansión y se puso a jugar un rato con Santiaguito, se ilusionó tanto al verlo junto a su hijo que incluso llegó a pensar que tarde o temprano se olvidaría del divorcio y de su prima. Entraron del brazo al gran salón. Magdalena caminaba con altivez mientras Santiago impostaba una sonrisa. Se acercaron al pequeño grupo que rodeaba al presidente Perón y a su esposa para saludarlos.

Era la primera vez que Magdalena veía a Evita tan de cerca y se puso nerviosa cuando le dio un beso en la mejilla.

—Encantada de conocerte, Magdalena.

—El placer es mío, señora —logró balbucir mientras sonreía.

Perón le palmeó el hombro a Santiago.

—¿Tuviste noticias del quía? —le preguntó, haciendo referencia a su padrino, Cipriano Reyes.

—La última vez que lo vi fue el mes pasado, general, durante la Cuarta Conferencia Nacional —respondió Santiago, con discreción.

El presidente asintió y lo dejó un momento para saludar a uno de sus invitados.

Santiago buscó a Isabela entre la multitud, pero no la vio por ninguna parte. Le disgustaba mucho que no fuese ella la que estuviese prendida de su brazo. Ya no quería seguir escondiendo a la mujer que amaba y exhibirse con aquella que había convertido su matrimonio en una pesadilla. La miró. Magdalena parecía encantada con la situación. Era en momentos como ese, cuando tenía que fingir delante de los demás, que se planteaba seriamente la posibilidad de abandonar su carrera política y retomar la abogacía. Además, se sentía en medio del fuego cruzado debido a su cercana relación con Cipriano Reyes y su lealtad al presidente, sobre todo porque le tocaba al Congreso Nacional decidir la suerte final del Partido Laborista.

—¿En qué piensas? —le preguntó Magdalena, molesta por la poca atención que le prodigaba.

—En nada —contestó, soltando un suspiro de fastidio. Aceptó la copa de champán que le ofreció uno de los mozos y se la bebió de un sorbo.

Magdalena hizo lo mismo, solo que ella, tras devolver la copa vacía a la bandeja, se apoderó de una segunda para no perder la costumbre.

—Tené cuidado —le advirtió Santiago—. No querrás hacer el ridículo en una noche como esta.

—Tranquilo, querido. —Le acarició el brazo mientras se bebía el champán de a poco—. No me interesan los escándalos, sobre todo después del que armó Isabela en su fiesta de cumpleaños. Me pregunto cuántos de los que están hoy aquí ya saben que te casaste con una judía. Supongo que todos los que no se acercaron a saludarnos. Deben ser los mismos que se horrorizaron al enterarse de que mi padrastro terminó en la cárcel por valerse de su cargo para cubrir nuestra mentira.

—No voy a discutir eso con vos, Magdalena. Me importa muy poco lo que toda esta gente pueda pensar. —Miró hacia la puerta y se le aceleró al pulso al descubrir que Isabela acababa de llegar.

*

Isabela detuvo su andar al ver a Santiago. Él la miraba con tanta intensidad que se le aceleró el corazón. A su lado, Magdalena alzó la copa de champán a modo de saludo mientras se aferraba al brazo de su todavía esposo delante de los ojos de los demás.

—No caigas en sus provocaciones, Isabela —le dijo Nina, instándola a seguir caminando. —Por más que presuma de marido, es a vos a quien Santiago quiere.

Isabela respiró hondo y asintió. Magdalena no iba a arruinar aquella noche. Además, jamás había dudado del amor de Santiago. Uno de los asistentes personales de Evita se le acercó con el propósito de escoltarla hasta una habitación en donde prepararse antes de su actuación, y Nina, alegando que era su asistente, la acompañó. Tras cerrar la puerta, se miraron y sonrieron.

—¿Has traído lo que prometiste? —preguntó Isabela mientras se quitaba el abrigo.

Nina sacó una polvera del bolso y se la mostró.

—Con esto, nadie notará nada.

Isabela asintió. El maravilloso vestido de tafeta azul Francia y bandas en la falda de crêpe color negro que Paco Jamandreu había diseñado para ella, tenía mangas que llegaban hasta el codo y dejaban al descubierto el tatuaje que le habían hecho en Auschwitz. Por eso Nina le consiguió un maquillaje especial en crema que utilizaban en el cine para hacerlo desaparecer. Tras colocar tres capas sobre su piel, la cifra de cinco dígitos de color negro se borró por completo.

—¡Listo! —Cerró la polvera y en vez de guardarlo nuevamente en su bolso, la metió en el de Isabela—. Te lo regalo, nunca se sabe cuándo lo podrás necesitar.

—Gracias, Nina, ¡no sé qué haría sin ti! —Le dio un beso en la mejilla y buscó la cadenita

que le había regalado Santiago para atarla alrededor de su muñeca. Si dejaba la estrella de David en la parte de abajo, podía usarla sin que nadie se percatara de su credo. Como no había conseguido el collar de perlas sugerido por Jamandreu, no llevaba nada en el cuello.

Nina la ayudó a retocarse el peinado y ensayó una vez más el bolero que había elegido para cantar esa noche. Estaba llegando al estribillo cuando el mismo asistente de antes le avisó que todo estaba listo para su actuación. Dejó a Nina cuando uno de los músicos de la orquesta la buscó para acompañarla al escenario. Se puso nerviosa cuando vio al presidente y a Evita, sentados en la primera fila. A tan solo un par de butacas de distancia, se encontraban Santiago y su prima Magdalena.

—Buenas noches a todos —saludó con la voz algo temblorosa—. Es un honor para mí poder cantar para la primera dama argentina antes de su viaje a España. Espero que disfruten del bolero que elegí especialmente para ella. —Le sonrió, tendiendo el brazo hacia ella—. En su honor, señora Eva.

Evita le retribuyó el saludo con un ligero movimiento de cabeza y en su rostro se asomó una sonrisa cuando reconoció los primeros acordes de “Solamente una vez”.

Solamente una vez
Amé en la vida
Solamente una vez
Y nada más
Una vez nada más
En mi huerto
Brilló la esperanza
La esperanza que alumbra el camino
De mi soledad
Una vez nada más
Se entrega el alma
Con la dulce y total
Renunciación

Un hombre que acababa de entrar al salón atrajo toda su atención de repente. Intentó concentrarse en la letra de la canción, pero fue imposible. Cuando lo reconoció, un escalofrío le recorrió la espalda. A medida que se acercaba al escenario, seguramente porque también la había identificado, los latidos de su corazón se aceleraron y un sabor amargo se arraigó en su garganta. Sentía muchas ganas de vomitar. Soltó el micrófono y retrocedió unos pasos. La orquesta dejó de tocar y el silencio generalizado que provocó su extraña reacción, pronto se convirtió en un eco de murmullos.

¡Era él! ¡El maldito desgraciado que había asesinado a su madre!

Quería correr y tener el valor que no tuvo en el pasado para matarlo con sus propias manos. Lo vio reírse y todo el dolor de lo vivido durante su cautiverio se le vino encima, aturdiéndola.

—¿Qué pasa? —le preguntó Magdalena a Santiago en voz baja.

—No lo sé —respondió él, deseando acercarse a ella para asegurarse de que Isabela estaba bien.

Perón también exigía una explicación, pero Santiago no supo qué decirle. Cuando Isabela bajó del escenario y pasó junto a ellos sin siquiera mirarlos, se percataron de que había un hombre parado en el pasillo. Era evidente que iba derecho a su encuentro. Magdalena, intuyendo un nuevo escándalo, corrió hacia ella y la detuvo, sujetándola del brazo.

—¿Qué vas a hacer, Isabela? ¡Todo el mundo te está viendo!

Isabela atinó a soltarse, pero su prima no se lo permitió.

—¡Es él, Magdalena! ¡El maldito nazi que mandó a mi madre a la cámara de gas! —musitó presa de la rabia.

—¡Eso no puede ser posible! ¡Estás equivocada, Isabela! ¿Cómo va a estar aquí? —le dijo, para hacerla entrar en razón. Vio que Santiago se aproximaba a ellas—. Será mejor que nos vayamos antes de que sigas poniéndonos en ridículo.

—¡No! —Isabela finalmente consiguió liberarse de su agarre y avanzó por el pasillo para enfrentarse al demonio. Le temblaba todo el cuerpo, pero se plantó frente a él y lo miró directamente a los ojos. —¡Asesino! ¡Maldito asesino!

Magdalena apareció por detrás para contenerla, pero no pudo evitar que todos oyeran las acusaciones proferidas por Isabela, tampoco que fuesen testigos de cómo escupía el rostro de aquel hombre alto, vestido todo de negro, que parecía imperturbable ante el ataque de la joven cantante. Santiago apartó a Magdalena y sujetó a Isabela por la cintura. En ese momento, el misterioso hombre de cabellos rubios aprovechó para mezclarse entre la gente y desaparecer.

—Isabela, ¿qué ocurre?

Ella sintió que se le aflojaban las piernas cuando escuchó la voz de Santiago. Se dejó caer entre sus brazos mientras sus ojos se cerraban.

El desmayo de Isabela fue la gota que rebasó el vaso y acabó con la paciencia de Magdalena. Por su culpa, otro escándalo envolvería a su familia. Miró su mano. En medio del forcejeo con su prima, se había quedado con la estrella de David que llevaba Isabela colgando en su muñeca. La guardó en el bolso y, con la cabeza en alto, salió del salón para buscar a su marido.

BUENAS NUEVAS

Barrio de Balvanera, Buenos Aires, Argentina, junio de 1947

El doctor Miranda continuaba en la habitación con Isabela y a Santiago lo carcomía la angustia. Nina tampoco soportaba la incertidumbre.

—Si me decís dónde está la cocina, puedo preparar un poco de café.

—Tengo el estómago cerrado, Nina, pero sentite como en tu casa. —Señaló hacia el pasillo, pero Nina no se movió de su sitio porque justo en ese momento la puerta de la habitación se abrió y apareció el doctor Miranda.

Ambos se abalanzaron sobre el facultativo para conocer el estado de la joven.

—Le administré un sedante suave para que duerma hasta mañana. Ha sufrido una fuerte conmoción, y en su situación eso puede ser contraproducente.

—¿Situación? ¿De qué habla? —inquirió Santiago, sintiéndose cada vez más angustiado.

El doctor Miranda, que lo conocía desde niño, sonrió mientras le daba una palmada en el hombro.

—Isabela está embarazada.

Santiago se quedó pasmado. Aunque era una noticia inesperada, su corazón se colmó de alegría.

—¿Está seguro?

—Sí, muchacho. Tengo unos cuantos años encima pero todavía puedo acertar en mis diagnósticos. Te aconsejo que la llevés cuanto antes con un especialista para que le haga todos los exámenes pertinentes, pero más allá de la bajada de tensión que sufrió, todo está en orden.

—¡Es maravilloso! —exclamó Nina, haciendo un ademán con las manos.

Santiago la miró.

—Sí, lo es. —El nudo en la garganta que le produjo la emoción apenas le permitía pronunciar palabra. Necesitaba estar con ella y abrazarla—. ¿Puedo pasar a verla?

—Sí, el calmante todavía no ha hecho efecto y debe de estar despierta.

—¿Ya lo sabe?

El médico asintió.

—Andá tranquilo, Santiago, yo mientras tanto le preparo un café al doctor Miranda. ¿Me acompaña a la cocina o prefiere tomarlo aquí?

—En la cocina me parece bien, jovencita.

Santiago llamó a la puerta de su propia habitación antes de entrar.

—Adelante —respondió del otro lado la voz queda de Isabela.

La encontró tumbada de costado en la cama, en posición fetal. Apenas lo vio, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi amor, no llorés, por favor. —Se acostó junto a ella y la abrazó por la espalda.

—No lo puedo creer, Santiago… —Puso la mano sobre su abdomen con la loca ilusión de sentir a esa criatura que gestaba en sus entrañas.

Él apoyó su mano encima de la suya y la apretó ligeramente, acariciándole el vientre.

—Es la más hermosa de las noticias —le susurró al oído.

—¿De verdad estás contento? —quiso saber. A ella aún le costaba asimilarlo.

—Estoy feliz, Isabela. —Le apartó un poco el cabello para darle un beso en el cuello. Fue en ese momento se dio cuenta de que no llevaba la cadenita con la estrella de David. —¿La perdiste?

Isabela no supo de qué estaba hablando.

—La cadena que te regalé.

Ella miró su brazo.

—La tenía alrededor de la muñeca porque Paco Jamandreu me sugirió que no la usara en la residencia presidencial.

—¿Te dijo por qué?

—No. —Un hondo suspiro se escapó de su garganta—. Seguramente la perdí cuando Magdalena trató de sacarme de allí a la fuerza. Lo lamento, sé lo mucho que te costó conseguirla.

—Eso no importa ahora, ya la recuperaremos. —No quería hablar sobre aquel asunto, pero necesitaba entender qué había pasado—. Isabela, ese hombre al que insultaste y escupiste en el rostro… ¿quién era?

El cuerpo de Isabela se contrajo y Santiago la abrazó más fuerte.

—Todo está bien, no hay nada que temer —le dijo, para tranquilizarla.

—Era él, Santiago. El comandante de las SS que trató de violarme y asesinó a mi madre. Lo reconocería entre un millón de hombres. Jamás olvidaré su rostro, mucho menos esa mirada. Me parece que le faltaba un pedazo de oreja.

—¿Te parece? Entonces no estás convencida.

Isabela volteó la cabeza y lo miró, molesta.

—¡Era él! ¿Tú tampoco me vas a creer?

—No es eso, Isabela, pero necesitamos estar seguros. Si ese hombre es quien vos decís, seguramente ha entrado al país con otra identidad, huyendo de las autoridades.

—Era el comandante Müller, el que manejaba los hilos en el campo de concentración de Auschwitz. Él también me reconoció, lo vi en sus ojos.

Santiago no tenía por qué dudar de Isabela. Sabía que muchos de los nazis que cometieron crímenes contra la humanidad durante la guerra habían conseguido escapar y algunos, incluso, llegaron a América. No sería descabellado que hubiesen entrado al país con documentación falsa y estuvieran viviendo entre ellos.

—Ya no pienses más en eso, mi amor. —La arrulló entre sus brazos mientras Isabela se adormecía por causa del calmante que le había inyectado el doctor Miranda. Permaneció a su lado hasta que el sueño también lo venció.

Nina abrió la puerta de la habitación muy despacio y los espió. Todavía conmovida por la noticia del embarazo de Isabela, se le escapó una lágrima al verlos dormir abrazados. Volvió a cerrar con cautela, apagó las luces del salón y se marchó.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, junio de 1947

Cuando Magdalena entró en el dormitorio, descubrió a Francisco despatarrado en su cama. Desde que había abandonado el negocio de las timbas clandestinas, llegaba a la mansión más temprano de lo habitual. No le disgustaba tenerlo como amante. Acostarse con él paliaba un poco esa soledad que le consumía el alma y la orillaba a beber hasta perder la conciencia. Colgó el abrigo en el perchero y recordó que en el bolsillo llevaba la cadenita que se le había caído a Magdalena. La sacó y la contempló un instante. ¿Cómo habría llegado a sus manos? Se paró frente al espejo y la llevó hasta su cuello para ver cómo lucía. Suspiró hondo. La estrella de David le traía recuerdos demasiado dolorosos. Las pintadas antisemitas en la sastrería, la noche del pogromo en la que habían asesinado a su padre… Se la quitó rápidamente, como si le quemase la piel.

—¿Qué hacés con eso? —le preguntó Francisco apenas abrió los ojos.

—Se le cayó a Isabela en la residencia presidencial.

—Santiago se la regaló la noche de su cumpleaños.

Magdalena se quedó contemplando aquella joya durante unos cuantos segundos. En su mente, comenzaba a fraguarse un plan que, si daba resultado, le devolvería parte de su dignidad como mujer. Se acercó a la cama y tras besar a Francisco se tumbó a su lado.

—¿Es verdad lo que me dijiste la otra vez?

—Te dije tantas cosas— respondió él, jugueteando con un mechón de su cabello.

—Me refiero a que conoces a gente importante dentro del gobierno.

Francisco asintió. Le habló de su amistad de Juancito Duarte y le recordó que, gracias a sus influencias, habían podido encarcelar a Teodoro Schneider.

—¿Crees que sería posible averiguar la identidad de un hombre que estaba anoche en la

fiesta de despedida de Evita?

—Supongo que no es algo imposible. En un evento de esas características, la gente suele ir con invitación. Además, la escolta presidencial es muy estricta y no entra nadie sin documento. —La miró, intrigado—. ¿Qué me vas a pedir?

Magdalena todavía tenía que ajustar algunos detalles de su plan. Primero debía estar segura de que las influencias del tal Juancito Duarte fuesen tan grandes como afirmaba Francisco. Le dio todos los detalles de la persona de la cual necesitaba información, insistiendo en que la precisaba con urgencia. Cuando él le prometió que hablaría con su amigo al día siguiente, Magdalena lo premió con una noche de lujuria y alcohol.



LA TREGUA

Barrio de Balvanera, Buenos Aires, Argentina, julio de 1947

Isabela llevaba casi un mes viviendo en el departamento de Santiago. Aunque le había planteado la posibilidad de volver con Nina, ante su insistencia, tomó la decisión de mudarse con él. Continuaba con sus actuaciones en la radio, pero había tenido que abandonar los ensayos de la comedia musical porque cuando la estrenasen en la calle Corrientes su embarazo estaría demasiado avanzado. Gardelia había lamentado mucho no tenerla en la obra, pero le prometió que pensaría en ella para la próxima.

Durante el día permanecía prácticamente encerrada. Solo bajaba a la calle para tomarse un chocolate en la confitería de la esquina, y regresaba tras dar un corto paseo por los alrededores. Santiago pasaba la mayor parte de la jornada trabajando y ella terminaba aburriéndose. Nina y Jedrek la visitaban con frecuencia, pero ella seguía extrañando a Santiaguito. Había llamado a la mansión en varias oportunidades y le había pedido a Magdalena que la dejara visitarlo; pero a duras penas permitía que lo hiciera Santiago. Las conversaciones telefónicas con su tía Débora y con Rosario le dibujaban una sonrisa a su rostro. Se habían puesto felices al darles la noticia de su embarazo, y le prometieron que volverían a Buenos Aires para conocer al niño. Durante esas charlas que se extendían por horas, Isabela nunca le contó a su tía sobre lo sucedido en la fiesta de despedida de Evita Perón. Santiago se había puesto a investigar por su cuenta, pero se le cerraban muchas puertas a pesar de su cargo político. En más de una ocasión le comentó que sentía que sus preguntas resultaban incómodas, incluso al general Perón.

El chillido de la pava en la cocina la apartó de sus pensamientos. Preparó el té con miel y unas gotitas de limón y se fue al salón. Encendió la radio. Era su única compañía durante las horas muertas del día. El programa *Oigamos a los oyentes* ya había comenzado. Se quitó los zapatos y subió las piernas sobre el sofá. El tránsito ruidoso de Buenos Aires se colaba a través de la ventana que daba a la terraza. A pesar de que estaban en pleno invierno, le gustaba dejarla un poco abierta para que el aire del departamento no se enviciara. Después de haber pasado tanto tiempo hacinada, se le había hecho costumbre.

A las cinco en punto, la programación de Radio El Mundo se interrumpía para dar paso a las noticias. Aprovechó entonces para regresar a la cocina y servirse otra taza de té. Se detuvo a mitad de camino cuando oyó que el locutor informaba de un crimen cometido en un hotel

céntrico de Buenos Aires.

> *Las autoridades policiales no han querido brindar más detalles sobre lo ocurrido, pero según fuentes extraoficiales, la víctima es un hombre de origen alemán que había llegado al país hace poco más de dos años. Al parecer, fue encontrado en su habitación, con un tiro en la nuca, a modo de ejecución. El comisario Martín Peralta, quien lleva adelante la investigación, no quiso brindar más información por el momento, debido a que se trata de un ciudadano extranjero.*

Isabela contuvo el aliento. La taza casi se le cae de las manos. No habían mencionado ningún nombre y seguramente habría muchos alemanes viviendo en Buenos Aires; sin embargo, algo en su interior le decía que podría tratarse del comandante Blaz Müller.

Le dio un sobresalto cuando sonó el timbre. No esperaba a nadie, aunque tanto Nina como Jedrek solían aparecerse sin avisar. Llevó la taza vacía a la cocina y se dirigió al vestíbulo para ver de quién se trataba. Espió a través de la mirilla y se quedó de una pieza. Era Magdalena. No supo qué hacer. Cuando insistió un par de veces más, finalmente le abrió la puerta. El corazón le dio un vuelco en el pecho al ver a Santiaguito. El niño soltó la mano de su madre y se arrojó a sus brazos.

—¡Hola, cariño! —Isabela se arrodilló y lo estrechó contra su pecho.

—¡Hola, Isa! —le dijo él, tocándole el cabello cuando se separaron.

—¿Cómo estás? —Le parecía increíble tenerlo allí cuando se había tenido que conformar con verlo de lejos durante todos esos meses.

—Bien —contestó, mirando con curiosidad el departamento.

—¿Santiago no está? —fue lo primero que preguntó Magdalena, obviando el saludo.

—No, está en el Congreso. —Los invitó a pasar y de inmediato Santiaguito empezó a toquetear todo.

—Lo pensé mucho antes de venir. —Magdalena aceptó su invitación a sentarse y dejó el bolso sobre el sofá—. Pero Santiaguito no dejaba de preguntarme por ti. Se negaba a comer y lloraba todo el día.

—Yo también lo he extrañado —respondió Isabela, acariciándole la espalda cuando el niño pasó a su lado—. Él no tiene la culpa de nada. No es justo castigarlo por los errores de los mayores.

—¿Los errores?

—Es una manera de decir.

Magdalena asintió.

—¿Cómo estás? —Forzó una sonrisa—. Me habían comentado que ahora vivías aquí. No me lo contó Santiago, me enteré por Teté. Ignoro cómo lo supo, pero prácticamente corrió a

decírmelo.

Aunque se alegraba de verla, se sentía incómoda hablando de Santiago con ella.

—Nina necesitaba un poco de privacidad. —Fue lo primero que se le vino a la mente para no tener que revelarle que la razón de mudarse con Santiago era que estaba esperando un hijo de él.

—Sé que te sorprende mi visita, pero no he venido solo para que veas al niño. He decidido firmar los papeles del divorcio y quería contártelo a ti antes de hablar con mi… con Santiago.

La noticia impactó gratamente a Isabela.

—¿De verdad?

—Sí. No tiene caso prolongar la agonía. Como Santiago dijo una vez, nuestro matrimonio se rompió hace mucho tiempo.

—Cuánto lo lamento, Magdalena. Siento que no hayas podido ser feliz. —Esperaba que ella se diera cuenta de que le hablaba de corazón.

—Lo sé, Isabela. —Miró a Santiaguito—. He dejado de beber y estoy decidida a cambiar el rumbo de mi vida. Pediré al juez que nos dé la tenencia compartida. El niño necesita pasar más tiempo con su padre… y contigo.

Isabela no dejaba de sorprenderse. Parecía realmente sincera. Si había dado el primer paso para un posible acercamiento, ella no pondría ninguna piedra en su camino.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Magdalena asintió.

—Ese hombre del que decías estar enamorada ¿no tienes ninguna posibilidad con él?

—No. —Le molestaba que le hubiese hecho una pregunta tan íntima, pero lo supo disimular muy bien—. Lo nuestro siempre fue imposible. Él vive atado a un amor demasiado grande que no le permite estar conmigo.

Isabela percibió la tristeza en su mirada. Era mejor cambiar rápidamente de tema. Aprovechó para preguntarle si por casualidad ella no tenía la cadenita con la estrella de David que se le había caído la noche en la que cantó para Eva Perón. Cuando le dijo que no, Isabela perdió las esperanzas de encontrarla.

Mientras ellas conversaban, Santiaguito continuaba recorriendo el departamento. Se encaramó a uno de los sillones y se puso a jugar con la estatua de un caballo que adornaba la mesita ratona.

—Hijo, suelta eso, lo vas a romper —le advirtió Magdalena, con severidad.

—Déjalo —intervino Isabela. Se arrepintió de inmediato al ver la expresión de enojo en el rostro de su prima.

—Tiene que comportarse —repuso, poniéndose de pie para apartar a su hijo de aquella figura de cerámica que seguramente había sido elegida por Santiago debido a su pasión por los caballos.

Al final, la estatua se rompió cuando Magdalena trató de arrebatársela a su hijo y terminó

golpeándola contra uno de los extremos de la mesita. Se hizo añicos sobre la alfombra.

Isabela les dijo que tuviesen cuidado de no cortarse y fue a la cocina a buscar algo para recoger los pedazos.

Con un rápido movimiento, Magdalena tomó su bolso y sacó un objeto que estaba envuelto en un paño rojo. Oteó a su alrededor, buscando el mejor lugar en donde ocultar la pistola. Santiaguito la miraba mientras se chupaba el dedo. Debía darse prisa. Fue hasta la biblioteca, pero era demasiado arriesgado dejarla allí. En el rincón, junto a la ventana, había un enorme jarrón con unos helechos ornamentales. Hurgó entre las hojas y comprobó que el arma cabía perfectamente por la abertura. La dejó caer y escuchó el ruido cuando chocó con el fondo. Cuando el niño se acercó para tratar de meter la mano en el jarrón, lo levantó en brazos y se lo llevó lejos de allí.

—¿Necesitas que te ayude? —le preguntó a Isabela cuando regresó al salón con una pala de plástico y una escoba.

—Mejor no. No quiero que te cortes, quédate con Santiaguito.

Magdalena la observó mientras juntaba los pedazos de cerámica del suelo con sumo cuidado. Le dio un beso en el cuello a su hijo y sonrió, satisfecha. El plan marchaba sobre ruedas firmes. Faltaba la última parte, la más importante.

Se acercó a la puerta, pasando lejos de donde estaba Isabela para no clavarse nada en los zapatos.

—Nosotros nos vamos. —Bajó a Santiaguito y lo sujetó con fuerza de la mano. Sabía que apenas lo soltara, iría a husmear el jarrón para descubrir qué había dejado en su interior—. Mañana mismo llamaré por teléfono a Santiago para concretar la firma de los papeles. No le digas nada hasta entonces, por favor.

—Está bien, lo haremos a tu manera —le dijo Isabela, yendo hacia la cocina con la pala llena de trocitos de cerámica. Sabía que Santiago echaría en falta aquella estatua porque era un obsequio de su padre. Le lanzó un beso al niño—. Nos vemos pronto, cariño.

Santiaguito la saludó con la mano abierta mientras Magdalena lo tironeaba hacia afuera.

Se acercó al auto en donde la esperaba el chofer y le ordenó que cuidase a Santiaguito mientras ella iba a la confitería de la esquina para realizar una llamada urgente. Presurosa, avanzó por la vereda con un solo pensamiento en su cabeza. Entró al local y con una de sus mejores sonrisas, le preguntó a uno de los empleados si podía hacer una llamada telefónica local porque le urgía comunicarse con su madre. El muchacho la acompañó hasta el sitio en donde estaba el aparato y la dejó sola cuando notó que le molestaba su presencia. Marcó el número que se sabía de memoria y esperó.

—Buenas tardes, quisiera hablar con el comisario Peralta. Es importante. Se trata del asesinato del ciudadano alemán.

Apenas unos segundos después, el policía se puso al habla.

—Buenas tardes. ¿Tiene información sobre el caso?

—Sí. Sé quién lo mató y por qué —dijo, bajando la voz.

—¿Cuál es su nombre?

—Preferiría no decírselo. Temo por mi vida.

—Entiendo. —El comisario Peralta hizo una pausa—. ¿Qué es lo que sabe, señorita?

—La mujer que asesinó al alemán se llama Isabela Eiserman. —Le dio la dirección del departamento de Santiago—. Si van allí, seguramente encontrarán alguna prueba de lo que le estoy diciendo.

—¿Conoce usted a la supuesta asesina?

Antes de que le formulara otra pregunta, Magdalena cortó. Le dejó una propina al muchacho que le había facilitado el teléfono y volvió al lado de su hijo.

Estaba casi todo listo para el golpe final; pero todavía no podía sentarse a disfrutar de la victoria. Debía ocuparse del único cabo que había dejado suelto. Francisco no tardaría en descubrir sus oscuras intenciones al pedirle que le proporcionara información sobre Blaz Müller.

No podía permitir que lo arruinara todo.

*

Barrio de Balvanera, Buenos Aires, Argentina, julio de 1947

Isabela y Santiago se encontraban disfrutando de una cena romántica a la luz de las velas cuando llamaron a la puerta. Los fuertes golpes retumbaron en el departamento, asustándolos.

Santiago dejó la servilleta sobre la mesa y le apretó la mano.

—Voy a ver quién es. Vos quedate acá.

Isabela asintió. Se le había acelerado la respiración y podía sentir cómo le bombeaba el corazón. Otra vez el pasado se hacía presente. Sabía que era imposible; sin embargo, el miedo de que un soldado alemán estuviese al otro lado de la puerta era real.

No se trataba de un militar, pero cuando el hombre que se presentó como comisario Peralta exhibió su placa policial, Isabela corrió a los brazos de Santiago.

—Tranquila, todo va a estar bien.

—¿Es usted Isabela Eiserman?

Ella asintió.

—¿Por qué me suena familiar su nombre?

—Isabela canta por las noches en Radio El Mundo —respondió Santiago, acariciándole la espalda.

—¡Claro! ¡Vos sos la famosa cantante de boleros que mi esposa pretendía contratar para su próxima comedia musical!

Isabela y Santiago se miraron, asombrados por aquella extraña casualidad.

—¿Gardelia es su esposa?

El comisario Peralta hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Llevamos más de diez años casados. Nos conocimos en Olavarría. Ella es española y empezó a cantar gracias a que Gardel la descubrió una noche después de su actuación en el Cine-Teatro París, de allá, de mi ciudad. Cuando la convocaron para cantar en Radio Splendid, pedí el traslado a una comisaría de Palermo y me vine tras ella.

Isabela sonrió. Seguía sin entender qué hacía la policía allí.

Santiago, adivinando sus pensamientos, fue el que hizo la pregunta.

—¿Qué es lo que buscan?

Peralta les entregó un papel. Era una orden de registro. Le dio algunas indicaciones a los dos agentes que lo acompañaban y los escoltó fuera del departamento para que pudieran hacer su trabajo con tranquilidad.

—Hemos recibido una denuncia anónima en contra de la señorita Eiserman en relación al homicidio que estamos investigando. —Se quitó el chambergo y entornó los ojos mientras la miraba fijamente—. ¿Conoce usted a un hombre llamado Blaz Müller?

Isabela se llevó una mano a la garganta. Ahora sabía la razón del fuerte presentimiento que había experimentado esa tarde cuando escuchó sobre el asesinato en las noticias de la radio. Era él. Alguien le había hecho a Müller lo que ella tanto deseaba hacerle.

—Sí, lo conozco —contestó, sin importarle el gesto que le hacía Santiago de que tuviese cuidado con lo que decía.

Peralta sacó una bolsita de nylon del bolsillo de su sobretodo gris y se la mostró.

—Hemos hallado esto junto al cadáver del señor Müller.

—No… no puede ser. —La cadenita con la estrella de David estaba en el interior de aquella bolsa. ¿Cómo era posible que hubiese terminado en poder de ese hombre?

—Por su reacción, deduzco que reconoce esta pieza de joyería.

—Yo misma se la regalé a Isabela, hace unos meses, para su cumpleaños —intervino Santiago, tan estupefacto como ella—. La perdió durante una gala en la residencia presidencial.

—¿La perdió?

Isabela, incapaz de articular palabra debido a la impresión, asintió con la cabeza.

—¿Y fue en esa misma gala en donde se enfrentó a la víctima, acusándolo de asesino y escupiéndole el rostro?

Isabela volvió a asentir porque no tenía nada que esconder. Aunque con cada minuto que pasaba su situación se complicaba, ella hablaría siempre con la verdad.

Uno de los oficiales lo llamó y el comisario Peralta entró al departamento.

—Santiago… ¿qué es todo esto? —Se puso la mano en el vientre al sentir un leve pinchazo.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy. —Se recostó sobre su pecho y cerró los ojos, rezando para que aquel malestar pasara cuanto antes.

Cuando Peralta regreso al pasillo, traía algo en la mano. Desenvolvió el objeto y ante sus ojos, apareció una pistola.

—Es del mismo calibre con el que asesinaron a Müller. —Le entregó el arma al oficial que la había encontrado y miró a Isabela—. Lo siento, pero va a tener que acompañarme, señorita Eiserman.

Isabela se aferró con fuerza al brazo de Santiago.

—No… yo no hice nada.

—Comisario, por favor, Isabela está embarazada y no se siente bien.

—Le brindaremos atención médica en la comisaría, no se preocupe. —Sacó unas esposas y se acercó a ella—. Isabela Eiserman, está usted detenida como principal sospechosa del asesinato del ciudadano alemán Blaz Müller.

ENEMIGOS ÍNTIMOS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, julio de 1947

Magdalena sabía que Francisco no tardaría en descubrir la verdad. Había logrado convencerlo de que todo lo hacía por el bien de Isabela. Con sus besos y caricias, le hizo creer que buscaba resarcir el daño que le había causado a su prima al obligarla a mentir sobre su origen. Después de obtener información precisa sobre el paradero del alemán, tuvo que pensar en una buena estrategia de seducción para que la apoyara en la segunda parte del plan. Cuando le dijo que necesitaba una pistola, se había negado rotundamente a proporcionársela.

—Ese hombre merece morir después de todo lo que hizo, Francisco. —Se recostó sobre su pecho. Acababan de hacer el amor y siempre era el mejor momento para tratar de manipularlo porque estaba con la guardia baja—. Isabela nunca se va a animar a hacer nada por más que lo hubiese enfrentado delante de toda esa gente.

—Lo que pedís es peligroso, Magdalena. Sin contar que podemos terminar en la cárcel. Nunca me ensucié las manos con sangre…

—Y no vas a ensuciártelas ahora tampoco. Tú entrégame la pistola, que del resto me encargo yo. Nadie te va a relacionar jamás con su muerte —le aseguró, acariciándole el mentón —. Es un criminal de guerra que logró huir de la justicia alemana. No puede quedar impune.

—Podemos denunciarlo —retrucó él, poco convencido con el plan de Magdalena.

—No me alcanza… y sé que a Isabela tampoco —afirmó.

—No lo sé, Magdalena. ¿Qué vas a hacer? ¿Irás al hotel en donde está hospedado, le pegarás un tiro y saldrás corriendo?

Ella no le respondió. Esa última parte del plan aún no estaba del todo definida.

—Tu participación se limita a conseguirme el arma. Yo me arreglo sola a partir de entonces. —Lo miró directamente a los ojos—. Mientras menos sepas, mejor para ti. Estoy dispuesta a pagarte muy bien por tus servicios. —Se valdría de su necesidad de efectivo para que terminase cediendo. Desde que ya no participaba en las partidas clandestinas del cabaret, andaba siempre corto de fondos.

Su oferta era demasiado tentadora. En los círculos en los que se movía era fácil conseguir un arma a cambio de un poco de dinero. Usar la pistola que había pertenecido a su padre, la

misma con la que había tratado de suicidarse, era una jugada peligrosa.

—¿Y si algo sale mal?

—Correré todos los riesgos. Nadie va a saber dónde conseguí el arma, te lo juro.

Magdalena parecía tan convencida de lo que iba a hacer, que Francisco se quedó sin argumentos para intentar que cambiase de idea. Cuando se montó a horcajadas encima de él y comenzó a frotarse contra su cuerpo, perdió los sentidos y la voluntad.

Magdalena sonrió al recordar que, al día siguiente, se apareció con una pistola escondida en un estuche de madera. Le enseñó cómo usarla y fueron hasta Pilar para practicar en el campo. Lo que hizo esa noche nunca se lo contó.

El tranvía la dejó a pocos metros del hotel. Llevaba la melena recogida en la nuca y un pañuelo negro le cubría la cabeza. Unas enormes gafas de sol, hacían lo mismo, ocultando sus ojos. En un bolsillo del grueso abrigo de paño tenía la pistola; en el otro, la cadenita con la estrella de David que pertenecía a Isabela.

Entró al elegante edificio ubicado en el barrio de Palermo y le preguntó al conserje por el señor Müller. Cuando quiso saber su nombre para anunciarla, le dijo que se llamaba Isabela Eiserman. Le sorprendió que decidiera recibirla, sobre todo después de la escena que habían protagonizado en la residencia presidencial. El viaje en ascensor hasta el séptimo piso le pareció eterno. El pasillo estaba vacío. Avanzó hacia la habitación del alemán a paso firme, con la seguridad de quien no teme lo que va a hacer. Dio tres golpes a la puerta. Insistió una vez más hasta que por fin, le abrió.

Allí estaba. El hombre al que su prima había escupido e insultado delante de un centenar de testigos.

—¿Quién eres? —La sonrisa en su rostro se borró al darse cuenta de que ella no era Isabela.

—¿Puedo pasar?

Müller vaciló un instante antes de permitirle ingresar a la habitación.

—Mi nombre es Magdalena y soy la prima de Isabela. Ella no pudo venir, pero me pidió que le entregase un recado de su parte. —Su mano derecha en el bolsillo acarició el gatillo de la pistola. Antes de que tuviese la oportunidad de comprender lo que sucedía, le apuntó a la cabeza y disparó.

El cuerpo de Blaz Müller cayó estrepitosamente al suelo. Tenía un agujero en la nuca y ya no respiraba. Magdalena tomó la cadenita con la estrella de David y la colocó cerca del cadáver, en un lugar bien visible.

Abandonó la habitación y cerró la puerta. Prescindió del ascensor y bajó por las escaleras, corriendo porque seguramente alguien ya habría oído el disparo. En el hall, el conserje

escuchaba la radio, distraído. Lo primero que hizo al salir a la calle fue respirar hondo.

Lo había conseguido.

Se acomodó el escote del vestido antes de que Francisco entrara al salón. Por el rictus severo en su rostro, supo que ya estaba enterado de todo.

—Me engañaste —le espetó, mientras se servía una copa de brandi.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de estar con mis hermanos. La policía detuvo anoche a Isabela por el asesinato del alemán. Sembraste pruebas para que la inculparan. No querías vengar al maldito nazi en su nombre. ¡Lo mataste para deshacerte de ella!

—¡Bingo! —Sonrió con ironía—. Mi plan funcionó hasta el último detalle.

—No voy a dejar que esa pobre inocente pague por un crimen que no cometió.

—Si me delatas, tú también caes —le advirtió—. El arma tiene tus huellas, no las mías.

Santiago recordó que durante las lecciones de tiro al blanco, ella llevaba guantes siempre que manipulaba la pistola.

—Mi participación fue menor —le dijo, para amedrentarla.

—Yo no estaría tan segura de que salgas mejor librado que yo. Las lágrimas de una pobre mujer abandonada por su marido suelen ser mucho más confiables que la palabra de un hombre que hasta hace poco organizaba partidas de cartas clandestinas y que es capaz de cualquier cosa por un puñado de dinero. —Se sirvió también una copa de brandi y alzó la copa en un gesto de brindis—. No tienes ninguna prueba en mi contra, Francisco. Si te quedas callado, nadie sospechará de nosotros jamás.

—Hay algo que no sabés sobre tu prima.

—¿Qué pasa con ella?

—Está embarazada. Santiago me lo acaba de contar

Magdalena no dijo nada.

—No voy a permitir que Isabela pase un día más en la cárcel, Magdalena. Me arrepiento de haber sido un hombre débil y caer en tu juego tan perverso. Vos hacé lo que quieras, pero yo iré hoy mismo a hablar con la policía a contarle todo lo que sé.

Esta vez no le dio siquiera una sola oportunidad de tratar de convencerlo. Se marchó de la mansión dando un portazo y Magdalena, presa de la desesperación, comprendió que estaba a punto de perderlo todo. Jamás debió fiarse de él, ahora ya era demasiado tarde. Se bebió el brandi, se sirvió otra copa y luego una tercera, hasta que finalmente se tumbó sobre el sofá con los sentidos embotados.

Solo había una persona en el mundo a la que recurrir. Como pudo, se puso de pie y caminó hacia la mesita en donde estaba el teléfono. Marcó el número de la parroquia Santa Clara, pero nadie le contestó.

*

Asilo Correccional de Mujeres, Buenos Aires, Argentina, julio de 1947

Isabela se encontraba acurrucada en un rincón de la celda; tenía las piernas pegadas contra el pecho y los brazos apretados alrededor de las rodillas sucias. Cabizbaja, lloriqueaba mientras su abundante cabello castaño caía hacia adelante, cubriéndole casi por completo el rostro. Unos leves e intermitentes estertores sacudían su cuerpo. A pesar de la humedad que corroía las paredes, no temblaba de frío. Era el miedo el que le atravesaba el alma, atenazándole la boca del estómago. Ese miedo atroz que la acechaba y que se cernía sobre ella como una sombra maléfica, quitándole el aliento y las ganas de vivir. Apenas levantó un poco la cabeza cuando la puerta chirrió al abrirse. En un acto empujado por puro instinto, se replegó hacia atrás, apoyándose más contra la pared, como si con ese simple movimiento, lograse desaparecer.

—Isabela…

Ella reconoció la voz del hombre que pronunciaba su nombre con cierta cautela; aun así, continuaba imperturbable.

El padre Pedro se aproximó a ella muy despacio. Él, más que nadie, sabía de los horrores que había padecido la joven durante los últimos años de su vida. Se le ponía la carne de gallina al recordar los terribles sucesos que oyera de labios de Magdalena acerca de lo que había vivido su prima durante su cautiverio. Se levantó la pesada sotana para arrodillarse a su lado y guardó silencio, esperando una reacción o al menos una palabra.

Debido a su preñez, la habían trasladado allí desde la comisaría, para que las monjitas la cuidasen durante su detención. Llevaba pocas horas en aquel lugar, pero para alguien como ella, superviviente del peor de los infiernos, un minuto de encierro era más que suficiente para dejarla en aquel estado tan calamitoso. Parecía un animalito asustado que, en la primera oportunidad, atacaría para ponerse a salvo. Según la información proporcionada por el abogado que llevaba su defensa, todas las evidencias apuntaban hacia ella. Junto al cadáver de la víctima habían encontrado una joya que le pertenecía. Además, estaba el testimonio de algunas personas que la habían visto protagonizar un altercado con el alemán, días antes de los hechos. Como si fuera poco, la policía encontró el arma homicida en su poder. Pedro estaba absolutamente convencido de que Isabela jamás le podría haber hecho daño a nadie; sin embargo, esa fuerte convicción comenzó a desmoronarse al conocer la verdadera identidad del hombre a quien supuestamente había ultimado de un balazo en la nuca. Cuando la policía descubrió que detrás de Blaz Müller, un comerciante de origen alemán que residía desde hacía dos años en el país, se escondía un exsoldado de las SS y uno de los hombres de mayor rango dentro del régimen nazi, temió que, en un arranque de ira, Isabela hubiese cometido el crimen. Por esa razón se encontraba allí, para

hablar con ella y escuchar lo que tenía para contarle.

La religiosa que le había abierto la puerta, perteneciente a la Orden del Buen Pastor, le informó que contaba solo con quince minutos para estar con ella. Le habían concedido un poco más de tiempo que a los demás gracias a su investidura.

—Isabela, ¿cómo estás? Santiago me pidió que viniera a verte. Él está indagando por su cuenta, tratando de encontrar al verdadero culpable.

La joven no contestó. Tampoco se movió.

—Tenés que contarme lo que pasó —la exhortó.

Las palabras del sacerdote surtieron efecto.

—Yo no lo hice… ¡yo no lo maté! —clamó mientras se abrazaba a sí misma por encima de las rodillas.

El padre Pedro le apretó las manos hasta que dejó de temblar.

—¿Por qué todo te señala?

Isabela respiró profundo y lo miró a los ojos.

—Creo que me tendieron una trampa… y sé quién fue.

ÚLTIMAS PALABRAS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, Argentina, julio de 1947

Cuando Pedro llegó a la mansión esa noche, Emilce le dijo que la señora Magdalena llevaba horas encerrada en la habitación tras intentar, sin éxito, comunicarse varias veces con él a la parroquia. Le preguntó por su sobrino y se quedó tranquilo al saber que dormía profundamente después de cenar con ella y los demás criados en la cocina. Subió corriendo las escaleras y llamó a su puerta con vehemencia. No se iría de allí hasta hablar con ella. Si las sospechas de Isabela eran acertadas, Magdalena tenía muchas explicaciones que darle. Volvió a insistir ante la falta de respuesta. ¿Por qué no le abría si había intentado localizarlo por teléfono más temprano?

—Magdalena, abrime, por favor. Sé que estás ahí, Emilce me dijo que llevás toda la tarde encerrada. —Dejó de golpear para ver si podía escuchar algún ruido proveniente de la habitación. ¿Estaría borracha? Cuando movió el picaporte, descubrió que había cerrado con llave. La inquietud le provocó un nudo en el estómago. Algo andaba mal. Lo sabía. Se alejó de la puerta y le atestó una patada. Tuvo que intentarlo una vez más hasta que finalmente la derribó.

La habitación estaba a oscuras. Había cerrado las cortinas y apagado las luces. Creyó distinguir un bulto sobre la cama. Se acercó y encendió la lámpara que estaba sobre la mesita de noche.

El panorama a su alrededor era aterrador.

Magdalena yacía boca arriba, con un brazo colgando fuera de la cama. Sobre la alfombra había una botella de whisky vacía y un frasco pequeño de color blanco con algunas pastillas desperdigadas a su alrededor. Se sentó a su lado y la sujetó de los hombros para obligarla a despertarla. Magdalena no respondió. Comprobó sus signos vitales. Todavía respiraba, pero Pedro sabía que no por mucho tiempo.

—¿Qué hiciste, Magdalena? —El enfado era con ella y consigo mismo, por no haber estado cuando más lo necesitaba. La abrazó y acomodó suavemente la cabeza inerte sobre su pecho. —No podés dejarme… no sabría vivir sin vos.

El cuerpo laxo de Magdalena se sacudió en un leve estertor. Pedro le apartó el cabello de la cara y le acarició la mejilla. De sus ojos cerrados brotaron lágrimas. Pero ella ya no volvería a despertar.

—Te amo, Magdalena… siempre te amé —le susurró al oído mientras el corazón se le

estrujaba de tanto dolor. Se quedó con ella hasta su último aliento y rezó una oración por su alma.

El ulular de las sirenas policiales acercándose a la mansión, quebraron el silencio de la noche.

Una nueva tragedia golpeaba a los Navarro Soler.

*

Santiago hizo caso omiso a las indicaciones del comisario Peralta y entró a la mansión. Hacía apenas un par de horas que Francisco había confesado la verdad a la policía y estaban allí para detener a Magdalena. Pensando en su hijo, le pidió al comisario estar presente durante el procedimiento y, aunque no era lo más recomendable, no pudo negarse.

Una vez que se cercioró de que el niño se encontraba a salvo, durmiendo entre los brazos de Emilce, Santiago se dirigió a la habitación de Magdalena. Peralta y uno de sus agentes, pistola en mano, lo seguían de cerca. La puerta estaba abierta y colgaba de uno de los goznes. Cuando Santiago entró y vio a su hermano Pedro abrazando a Magdalena, supo que habían llegado tarde.

Al aproximarse, escuchó que él le susurraba algo al oído, una y otra vez, mientras la acunaba contra su pecho.

—Perdoname, mi amor... perdoname.

—Pedro —lo llamó, pero su hermano no reaccionó.

El comisario Peralta observó la escena. Todo apuntaba a un suicidio. Al verse acorralada, después de que su cómplice la amenazara con contar todo lo que sabía, Magdalena Schneider había tomado la decisión de quitarse la vida antes de responder a la justicia por el crimen de Blaz Müller. De todos modos, necesitaban algo más que el testimonio de Francisco Navarro Soler para cerrar el caso.

Sobre la mesita de noche había un papel. Se acercó, sacó un pañuelo del bolsillo del saco y lo tomó con cuidado. Era una carta de despedida, pero también una confesión de puño y letra de la fallecida. Tras leerla, creyó conveniente entregársela a su esposo para que conociera el contenido.

Santiago, conmocionado, se dejó caer en la cama. La nota temblaba entre sus manos. Aun así, encontró las fuerzas necesarias para leerla. Estaba dirigida a Isabela.

Querida prima, sé que no tengo derecho a pedirte perdón después de lo que hice. Aunque no lo creas, nunca quise lastimarte. La vida fue demasiado dura contigo, Isabela. Pero conmigo ha sido muy injusta. Algo se quebró dentro de mí cuando asesinaron a mi padre. Tú mejor que nadie sabes de las pesadillas y del deseo que tenía de irme con él. Me costó seguir viviendo. Luego me obligaron a separarme de mis afectos y el mundo que conocía quedó atrás, sepultado al otro lado del océano. Aquí conocí al amor de mi vida… Sin

embargo, la vida volvió a golpearme. Él era un imposible, un hombre que se había consagrado a Dios.

Santiago apartó los ojos del papel y miró a Pedro. Magdalena se había casado con él amando a su hermano. Continuó leyendo.

Como no podía tenerlo, acepté convertirme en la esposa de Santiago. Nunca luché contra lo que sentía por Pedro. Lo amaba y sabía que él correspondía a mi amor a pesar de todo. Sus continuos rechazos y un matrimonio que no me hacía feliz me transformaron en una mujer resentida. Cuando llegaste a nuestras vidas y descubrí que Santiago y tú se amaban, no pude soportarlo. Sentía que no tenías derecho a esa felicidad que a mí se me negaba. Tenía miedo de que me lo arrebataras todo. Principalmente, el cariño de mi hijo. Por eso urdí un plan para quitarte del medio. El incidente con ese hombre durante la fiesta de despedida a Evita Perón fue la clave para convertirte en su asesina. Esa noche, sin querer, me llevé tu cadenita con la estrella de David y la guardé. Gracias a los contactos de Francisco, logré averiguar en dónde se hospedaba el alemán. Por una importante suma de dinero, él me proporcionó un arma y me enseñó a disparar. Fue más sencillo de lo que pensé. Me presenté una noche en el hotel y cuando dije que era Isabela Eiserman, Müller autorizó que subiera a verlo. Apenas me vio descubrió que no eras tú. Me invitó a pasar de todos modos y en cuanto se distrajo saqué la pistola y le disparé. Un tiro certero en la nuca a corta distancia. Para inculparte, dejé junto a su cuerpo tu estrella de David. Al día siguiente me presenté en el departamento de Santiago para plantarte el arma homicida. La escondí en el jarrón que está junto a la biblioteca y luego hice una llamada anónima a la policía para llevarlos hacia ti. Que estas palabras sirvan como confesión del crimen que cometí y te exoneren de toda culpa.

Isabela dile a mi madre que la amo con todo mi corazón. Pídele perdón en mi nombre cuando la veas y que sea muy feliz. A Pedro, cuéntale que mi último pensamiento será para él. Dale un abrazo muy cariñoso a Santiaguito y procura que nunca se olvide de mí. A ti, a Santiago y a esa criatura que viene en camino, les deseo lo mejor. El gran amor que se tienen los salvará del dolor, querida prima.

No me lo merezco; aun así, perdónenme.

Dejo este mundo para reunirme con mi padre, el único hombre que realmente me amó. Volveré a sentarme en su regazo y tocaré una pieza para él con el violín que me regaló. Estoy feliz de reencontrarme con mi bobe, con mis tíos y el pequeño Samuel. Les daré un gran beso de tu parte, Isabela.

Hasta siempre,

Madeline

Con lágrimas en los ojos, Santiago estrujó el papel entre sus manos. Se acercó a Pedro y lo obligó a soltar el cadáver de Magdalena para que la policía hiciera su trabajo.

—La abandoné, Santiago… cuando más me necesitaba, no estuve con ella —se lamentó Pedro, devastado por la muerte de la mujer que amaba.

Santiago y su hermano menor se fundieron en un abrazo en donde no hubo espacio para los reproches ni la culpa, tan solo para el consuelo.



LA DESPEDIDA

La Tablada, Buenos Aires, Argentina, agosto de 1948

El cementerio israelita de La Tablada se convirtió en la morada final de Madeline Eiserman. La tumba de mármol se encontraba al final de un extenso paredón con inscripciones judaicas. Isabela había pedido que al lado de la estrella de David colocasen una foto de su prima y su nombre, el verdadero, en hebreo. Debajo, un texto en español rezaba *Nunca serás olvidada.*

Había transcurrido más de un año desde su partida. Durante los primeros meses, Isabela la visitaba todas las semanas. Cumpliendo con la promesa que le hizo en silencio el día de su entierro, llevaba a Santiaguito siempre con ella, para que nunca se olvidase de su madre. Cuando el embarazo le impidió salir de la mansión, era Débora la encargada de celebrar aquel ritual con el que homenajeaban a su querida hija. Rosario y ella habían regresado de París apenas se enteraron de que Isabela había dado a luz a su hijo. Débora, conmocionada por la muerte de Magdalena, resolvió quedarse en Buenos Aires. Rosario apoyó su decisión y se mudaron a la estancia, ese pedacito de paraíso en el que podían ser felices sin que nadie las condenara por amarse.

Esa tarde de agosto, cálida y algo ventosa, Isabela había insistido en ir al cementerio, porque era el día que Madeline hubiese cumplido años. Santiago fue incapaz de negarse. Tampoco protestó cuando le dijo que quería llevar a Samuel. Era la primera vez que el pequeño los acompañaría. Santiaguito empujaba el cochecito de su hermano mientras Isabela y Santiago caminaban detrás, tomados de la mano. Se habían casado dos meses después de la muerte de Magdalena y vivían en la mansión de Belgrano. Después de que el Partido Laborista se disolviera definitivamente un año atrás para darle paso al Partido Peronista, Santiago había renunciado a su cargo en el Congreso. Volver a dedicarse a la abogacía y al manejo de la cadena de frigoríficos le dejaba más tiempo libre para pasar con su familia. Isabela había retomado las actuaciones en Radio El Mundo y acababa de firmar un contrato para formar parte del elenco de la comedia musical que Gardelia pensaba estrenar a principios del año siguiente.

Se detuvieron frente a la tumba de Magdalena y permanecieron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Santiago le acomodó la bufanda a su hijo y puso ambas manos en los hombros del pequeño que comenzaba a moverse, inquieto. Ya no preguntaba tanto como antes por su madre, aunque cada vez que alguien mencionaba su nombre respondía que estaba en

el cielo, acompañando al abuelo que nunca conoció. Isabela meció el cochecito para que Samuel no se despertara. Oró en silencio y luego, como un tributo que se repetía en cada visita al cementerio, sacó una piedra del bolsillo del abrigo y la colocó sobre la tumba. Santiaguito se agachó y tras recoger un guijarro del suelo, lo acomodó al lado de la piedra que acababa de dejar Isabela.

—¿Estás bien? —le preguntó Santiago al percatarse de que tenía los ojos aguados.

Ella asintió y apoyó la cabeza sobre su pecho.

Desanduvieron el camino de regreso y nada pudieron hacer cuando Santiaguito se apoderó otra vez del cochecito para empujar a Samuel. Aunque apenas tenía cuatro años, el hecho de ser el hermano mayor lo hacía sentirse grande. Isabela y Santiago lo vigilaban de cerca mientras avanzaban por el pasillo central del cementerio, abrazados. De repente, él se detuvo a mitad de camino y la tomó de las manos.

—¿Sos feliz, Isabela?

Ella se soltó solo para acariciarle la mejilla y deslizar el dedo por esos adorables hoyuelos que se asomaban siempre que sonreía.

—Soy la mujer más feliz del mundo, Santiago. El odio me arrojó al peor de los abismos, pero en tus brazos, refugiada en tu amor, encontré la gloria.

Santiago, emocionado por sus palabras, acabó con los pocos centímetros que los separaban y la besó.

En ese beso, una vez más, Isabela le entregó su alma… la misma que él había salvado.

*

Pedro esperó a que se fueran para visitar la tumba de Magdalena. Ya se había despedido de sus afectos, solo restaba decirle adiós a la única mujer que se enraizara en su corazón, haciendo tambalear su fe. Se acercó, y con las manos en los bolsillos del abrigo, contempló su fotografía. Se le hizo un nudo en la garganta. No había un solo instante en el cual no pensara en Magdalena y en ese último abrazo que le dio mientras la vida se le escapaba en un suspiro. Lo esperaba un largo viaje por delante, que lo llevaría a España, al terruño de sus abuelos. Necesitaba encontrar paz pero, sobre todo, necesitaba encontrarse a sí mismo para saber quién era en realidad. Ya no había sotana, ni alzacuello. El sacerdote había muerto con ella, ahora era tan solo un hombre agobiado por la tristeza que había perdido el rumbo de su vida.

Se inclinó sobre la tumba y acarició su fotografía con dedos temblorosos.

—Llevaré el sabor de tu boca en la mía hasta el día que me muera, Magdalena.

Una brisa tibia sopló de repente y movió los pétalos de las flores que descansaban sobre el mármol. Pedro sonrió y miró al cielo.

—Hasta siempre, mi amor.



AGRADECIMIENTOS

Al personal de la parroquia Santa Clara del barrio de Flores, por brindarme información durante la etapa de investigación.

A la querida Luisa Delfino, por “prestarme” a su gato Juanito para que forme parte de esta novela.

A mis queridas editoras, María Fernanda Mainelli y Florencia Cambariere, por darme la oportunidad de que esta historia que tenía tanas ganas de contar llegue a las librerías, y por acompañarme durante todo el proceso.

A todo el equipo de Penguin Random House, al de Edición, al de Marketing, al de Diseño y al de Comunicación, por el impecable trabajo que realizan antes, durante y después de la publicación de cada libro.

A todos los queridos trabajadores de prensa que me brindan un espacio en los medios para dar a conocer mis obras.

A los queridos libreros que recomiendan mis libros a sus lectores.

A los maravillosos grupos de lectura que realizan una gran labor difundiendo mis novelas. Gracias de corazón a: Carnaval de Lecturas, Lectoras Marplatenses, Fans de Autoras de Novelas Románticas, Recomiéndame Libros, Espacio para Autores y Lectores, Amigos Literarios sin Fronteras, Adictos a la Lectura Córdoba, Amigas Bonellistas, Lectoras de Córdoba, Mi Hobby es Leer, Grupo Patagónico de Lectura, Mundos de Papel, Nora Roberts Argentina, Las Abiblofobias Grupo de Lectura, Lectoras Casañistas, Rincón Literario, Bonellistas Unidas, Pasión por la Lectura, Divinas Lectoras, Historias Cruzadas-Club de Lectores, Te Recomiendo un Libro para Soñar, para Volar y Argentinas para Leer.

A mis queridos lectores, por todo el apoyo y el cariño que me brindan. Gracias infinitas por leer mis historias y recomendarlas.

Ustedes están al otro lado de la página, pero siempre cerca de mi corazón.



El horror de la guerra irrumpe en las vidas de las primas Isabela y Madeline Eiserman. Cuando el ejército nazi comienza a perseguir a su familia, los juegos, la música, las costumbres y los sueños se vuelven imposibles. Mientras tanto, en Buenos Aires, los hermanos Francisco, Santiago, Rosario y Pedro Navarro Soler intentan, como pueden, superar una tragedia y salir adelante. Francisco se pierde en la noche porteña y se mete en negocios turbios, Santiago se resiste a cumplir con un mandato familiar, Rosario debe aceptar una realidad que nunca había imaginado y Pedro decide consagrar su vida a Dios.

En esta apasionante novela coral los destinos de estas dos familias se unirán para siempre por sobre los escombros que dejó la guerra, las pasiones prohibidas, las mentiras y el miedo.

Ambientada simultáneamente en los guetos y campos de concentración donde fueron asesinadas miles de personas y la Buenos Aires glamorosa de los cabarets y las boîtes donde, con un bolero sonando de fondo, se cruzan Tita Merello y Luis Sandrini con Eva Perón y Juan Duarte.

En *Hasta que te vuelva a ver* Andrea Milano logra contar una apasionante historia de amor e intriga, surgida del peor de los infiernos.

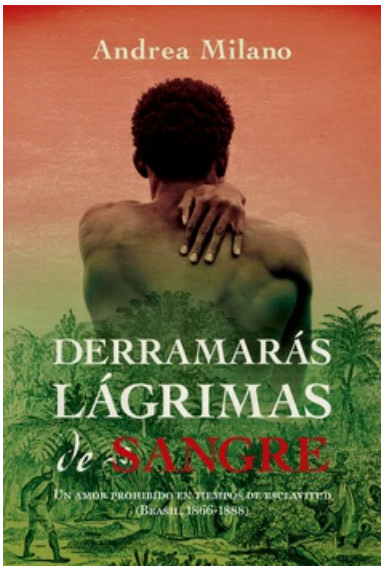


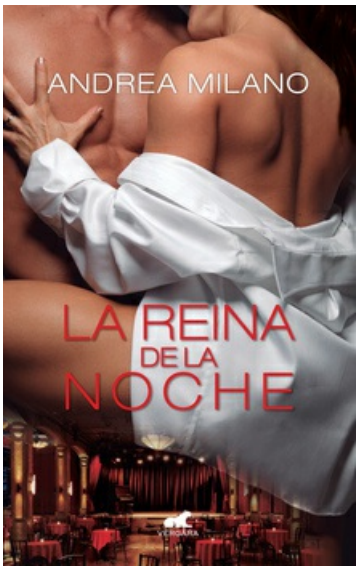
ANDREA MILANO

Vive en Olavarría, provincia de Buenos Aires. Estudió idiomas y se desempeñó como traductora y docente de lenguas extranjeras. Voraz lectora y apasionada de las letras desde pequeña, empezó publicando relatos en los medios gráficos de su ciudad hasta que en 2007 editó su primer libro. Incursionó en diversos géneros literarios, desde la novela histórico-romántica hasta el policial nórdico. Entre sus títulos se destacan: *Pasado imperfecto, Corazón impostor, Lazos de silencio, Susurros desde el más allá, La reina de la noche, Mala semilla, Embrujo gitano, En brazos de mi enemigo, Alma gitana y Derramarás lágrimas de sangre*. Escribió obras bajo dos seudónimos: como Sienna Anderson, *Nomeolvides, Escondido en tu mirada y La sombra oscura de la duda*; y como Lena Svensson, la saga de Greta Lindberg compuesta por *La redención y la muerte, El cazador y la presa, El ángel y el infierno, La araña y la mariposa y El azar y la venganza*. También participó de las antologías de relatos *Ay, amor y Ay, pasión*.

© Alejandra López











Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Milano, Andrea
Hasta que te vuelva a ver / Andrea Milano. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2021.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-574-4

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Imagen de cubierta: © Mark Owen / Trevillion Images
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: septiembre de 2021
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-574-4

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Hasta que te vuelva a ver
Epígrafe
Tarde trágica
Oscuros vientos de cambio
Líos de faldas
El ángel azul
El sueño del padre
Chocolate y caramelo
La víspera del horror
El último deseo
Las mejores amigas del mundo
Letras desde el otro lado del mar
Por el bien de tus hijos
El que nunca seré
De niña a mujer
Un oportuno accidente
Pajaritos en la cabeza
Una hija virtuosa
Sueños de siesta
La alegría de verte
Segundas oportunidades
El incordio de crecer
Un camino largo y espinoso
Por la pasión de una mujer
Arbeit Macht Frei
Hasta el día que te mueras

Nunca con el rabo entre las piernas
Rosas rojas y un perdón
La pedida
Su única salvación
Un plan frustrado
Una misión arriesgada
Amores que ahogan
A escondidas
Hasta el santo desconfía
Envidia
Entre la espada y la pared
Alea jacta est
La mirada del zorro
Palabras huecas
Huellas en la nieve
Otra decepción
La mejor mentira
He pecado, padre
Libres
Una tarde en La Ideal
La luz del día siempre vuelve a brillar
Amantes
Tita y Luis
Secretos oscuros
Lazo de sangre
Las fotos sobre la mesa
El reencuentro
Como una intrusa
Juanito
El rostro del demonio
La indeseada
Intenciones poco honestas
Una condena cruel
Nuevas amistades
Una compañía peligrosa
El nombre que quieras
Tiempo de reproches

La tentación en casa
Miradas incómodas
La mujer que busco
Fantasmas del pasado
Bienvenido, Jedrek
Como dos extrañas
Feliz cumpleaños, Isabela
El hombre y el sacerdote
Bésame mucho
Sanar tus heridas
La mujer más valiente del mundo
París, mon amour
Una invitación muy especial
Una alianza inesperada
Un bolero para Evita
Buenas nuevas
La tregua
Enemigos íntimos
Últimas palabras
La despedida
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos